Adriana A. Lamoso
Alejandro M. Banegas,
compiladores

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada

Serie Extensión
Colección Estudios Sociales y Humanidades

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada/Jorge Dubatti ... [et al.]; compilado por Adriana A. Lamoso; Alejandro Marcelo Banegas. - 1a ed. - Bahía Blanca : Editorial de la Universidad Nacional del Sur. Ediuns, 2016.
CD-ROM, PDF

ISBN 978-987-655-108-3

1. Pensamiento Americano. I. Dubatti, Jorge II. Lamoso, Adriana A., comp. III. Banegas, Alejandro Marcelo, comp.
CDD 807

Editorial de la Universidad Nacional del Sur
www.ediuns.uns.edu.ar | ediuns@uns.edu.ar
Facebook: Ediuns | Twitter EditorialUNS

Red de Editoriales de Universidades Nacionales

Libro
Universitario
Argentino

Diseño interior: Alejandro M. Banegas

No se permite la reproducción parcial o total, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las Leyes n.° 11723 y 25446.

Queda hecho el depósito que establece la Ley n.° 11723
Bahía Blanca, Argentina, mayo de 2016.
© Ediuns, 2016.

Índice

Conferencias plenarias

- Cuba en el corazón de un apasionado (Conferencia inaugural) 7
  Ana Cairo Ballester
- Martínez Estrada entre el higienismo y la utopía 41
  Hugo E. Biagini
- Ezequiel Martínez Estrada, un virtuoso del ensayo 57
  Liliana Weinberg
- El barro de la política, el barro de los intelectuales: las imposibilidades argentinas en *Diario de los EE.UU.* y *¿Qué es esto?* 80
  Graciela Montaldo
- Mal de piel o peronitis 99
  Christian Ferrer
- La dramaturgia de Ezequiel Martínez Estrada. La poética del drama moderno, versión ampliada, en *Lo que no vemos morir* (1941) (Conferencia de cierre) 119
  Jorge Dubatti

Martínez Estrada polifacético

- Proteger la memoria: el archivo Martínez Estrada 165
  Mariel Rabasa
- La muerte de Ezequiel: trascendencia en imágenes, alegorías y símbolos 187
  Marta Susana Ramírez
- Ezequiel Martínez Estrada, ajedrecista 199
  Juan Sebastián Morgado
- Ezequiel Martínez Estrada y el abordaje de las relaciones interétnicas en *Radiografía de la pampa* 224
  María Mercedes González Coll
- Propuesta de traslado de la capital federal: bases para el desarrollo de una visión estratégica de transporte 238
  María Angélica Viceconte, Raúl O. Dichiara

Paralelismo y confrontación

- Ezequiel Martínez Estrada y Luis Franco: la construcción del *escritor,* entre la utopía y la revolución 248
  María Lourdes Gasillón
- Héctor Murena, discípulo y detractor de Martínez Estrada 258
  Marcela Crespo Buiturón

Poesía y humor

- Del centro al margen: el canon y la poesía de Martínez Estrada 278
  Enzo Cárcano
- Ironía y humor en la poesía de Ezequiel Martínez Estrada: a propósito de *Humoresca* 288
  Marta S. Domínguez, Sofía Alderete
- Las *Coplas de ciego* de Martínez Estrada y la tradición hispánica 300
  Carmen André de Ubach

Influencias y caminos

- Aportes de intelectuales y lecturas de Martínez Estrada en *Diferencias y similitudes de los países de América Latina* 310
  Rodrigo González Natale

❖ Itinerarios del pensamiento crítico de Ezequiel Martínez Estrada: sus interacciones transculturales 327
Adriana Lamoso
❖ Martínez Estrada y la reformulación desarrollista del «problema nacional» 336
Luciano Campetella

Afinidades y diálogos

❖ Sarmiento y Martínez Estrada en «diálogo intelectual» 346
Adriana Eberle
❖ Martínez Estrada y Hudson, una mirada de a dos 362
Virginia Martin
❖ Ezequiel Martínez Estrada y su hermano Quiroga 371
Nidia Burgos

Temas cubanos I

❖ La Cuba profunda en revolución que vivió y pensó Ezequiel Martínez Estrada 381
Ivette García González
❖ *Cromosomas históricos*: una lectura de Martínez Estrada sobre la Utopía de Tomás Moro y la isla de Cuba 403
Laura Rodríguez, Elena Torre
❖ Contexto, mímesis y revolución: Martínez Estrada y Cuba 421
Adriana C. Rodríguez

Temas cubanos II

❖ Entrecruzamiento de caricatura y discurso. La visión de Martínez Estrada y Siné de la diplomacia de Estados Unidos en *El verdadero cuento del Tío Sam* 432
Javier Pretti
❖ Externalización del lenguaje imperialista en Martínez Estrada 442
Claudio Gallegos

Conferencias plenarias

7 - Cuba en el corazón de un apasionado
(Conferencia inaugural)
(Ana Cairo Balleser)

41 - Martínez Estrada entre el higienismo y la utopía
(Hugo E. Biagini)

57 - Ezequiel Martínez Estrada, un virtuoso del ensayo
(Liliana Weinberg)

80 - El barro de la política, el barro de los intelectuales: las imposibilidades argentinas en *Diario de los EE.UU.* y *¿Qué es esto?*
(Graciela Montaldo)

99 - Mal de piel o peronitis
(Christian Ferrer)

119 - La dramaturgia de Ezequiel Martínez Estrada. La poética del drama moderno, versión ampliada, en *Lo que no vemos morir* (1941)
(Conferencia de cierre)
(Jorge Dubatti)

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 7-40.

CUBA EN EL CORAZÓN DE UN APASIONADO

Ana Cairo Ballester

[...] los hombres, jóvenes o canosos, que llevaban a **Cuba en el corazón**, y la veían fiera y elegante en aquella alma fina de poeta[1].
Además, la pasión es una nobleza. Los apasionados son los primogénitos del mundo. Los fuertes doman la pasión, pero en cuanto logran extinguirla, cesan de ser fuertes. Hasta para ser justo se necesita ser un poco injusto[2].
José Martí.
Cubano no es el que nació aquí; cubano es el que defiende a este país[3].
Fidel Castro

Entre Carlos Gardel y María Teresa Vera

Un día que salía de la casa de don Fernando Ortiz (sede de la Fundación de igual nombre y de los Departamentos de Historia) hacia mi Facultad, la de Artes y Letras, me encontré con la profesora Adriana. Ella me dijo que estaba organizando este evento y que si yo aceptaba participar. Todo fue muy rápido, porque andábamos apuradas.

Meses después, llegó la carta oficial y entonces recordé que se arribaba exactamente a los veinte años de mi presencia en aquel primer congreso. El invitado de honor había sido el poeta y profesor Roberto Fernández Retamar, su amigo y testigo privilegiado de las acciones en Cuba de don Ezequiel Martínez Estrada entre febrero de 1960 y noviembre de 1962.

Ramón de Armas (1939-1997) propuso a la dirección del Centro de Estudios Martianos que la mejor candidata para asistir a aquel evento era yo, porque podía resolver dos asuntos: hablar en una de las sesiones y revisar con celeridad una papelería asociada a Martí en la Fundación Martínez Estrada. También se había solicitado por la embajada que fuera a algunos actos de cátedras martianas en universidades.

Llegué a Bahía Blanca y, de inmediato, me traslade a la Fundación. Me habilitaron un local y comencé mi labor con la papelería sobre la que se necesitaba una caracterización. A las pocas horas ya sabía que mi presencia en el evento sería muy esporádica, porque necesitaba concentrarme en una lectura meticulosa de muy disímiles materiales.

Esa opción me alegraba, porque se trataba de un atractivo ejercicio investigativo. Me permitía adentrarme en particularidades del método de trabajo de un escritor autodidacta y prolífico. En resumen, los pocos días que estuve en Bahía Blanca fueron de trabajo muy intenso y de un fecundo aprendizaje.

Los organizadores del congreso tuvieron la deferencia de que mi turno para hablar fuera por la tarde. Así, garanticé el cumplimiento de mi jornada matutina en los papeles. Esta singular experiencia modificó el tema de mi ponencia. Decidí improvisar apoyándome en unas notas sacadas de la documentación. Me centré en algunos tópicos del proceso escritural de *Martí revolucionario.*

Tuve la suerte de que el profesor Fernández Retamar discrepara de algunos de mis criterios y se organizó un debate respetuoso, académico. En días posteriores, algunos de los que habían presenciado la discusión se me acercaron y me preguntaron si ese tipo de intercambio polémico era habitual entre los cubanos. Me reí y les recomendé que visitaran La

Habana para que disfrutaran de las más sorprendentes discusiones tanto en el ámbito familiar, en el de los espacios públicos, como en el laboral.

Hace veinte años que no releía a don Ezequiel. Se hermanaban el deseo de que lo que dijera resultara interesante y el realce de una emocionalidad diferente, puesto que la recepción ha variado con la distancia temporal.

Con la evocación de dos imágenes simultáneas, la del tango *Volver* (tal y como lo canta Carlos Gardel en la famosa película) y la habanera *Veinte años* (compuesta y cantada por María Teresa Vera), fui encontrando las claves para orientar mis palabras.

Quizás, con las nuevas posibilidades de las tecnologías digitales, el contrapunteo insólito de Gardel y Vera en torno a la emocionalidad implícita en la distancia de veinte años podría convertirse en un atractivo producto audiovisual.

La asociación de un tango y de una habanera me ha sugerido una de las clavessobre cómo leer ahora uno de los libros más útiles de don Ezequiel Martínez Estrada: *En Cuba y al servicio de la Revolución Cubana* (1963), obra que está cumpliendo el cincuentenario de publicada por la Editorial de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

Los contextos cubanos de don Ezequiel

Desde que arribé a los cincuenta, he privilegiado la conclusión de investigaciones que podrían tener garantizada la publicación inmediata. A partir del 2003, he conformado una serie de libros destinados a facilitar las consultas y el entrenamiento de un público muy diverso en las ventajas de una cultura del debate.

Comencé con *Mella: 100 años* (2003), una saga en torno a personalidades que marcaron derroteros en las modernizaciones de nuestro siglo XX. Siguieron *Antonio Guiteras: 100 años* (2006), *Raúl Roa: imaginarios* (2007) y *Eduardo Chibás: imaginarios* (2010). Todos tienen minuciosas cronologías que facilitan la estructuración de los contextos de muy diversos autores y obras.

En el 2006, apareció *Viaje a los frutos.* En menos de seis meses, se hicieron dos ediciones. Se trata de un repertorio de documentos e imágenes (caricaturas, fotos, cuadros) en torno a Fidel Castro entre 1953 y los primeros años de la década del sesenta. Así, se favorece la comprensión de cómo los intelectuales cubanos fueron descubriendo que Fidel era uno de ellos. El título se derivó de un texto de Alejo Carpentier.

Ramón de Armas, Eduardo Torres–Cuevas y yo hicimos una *Historia de la Universidad de la Habana* (dos tomos, 1984). Me correspondió investigar entre 1952 y 1978. Tuve que revisar decenas de periódicos y revistas. De esa búsqueda, salieron múltiples fichas. Con una parte de las mismas se conformó *Viaje a los frutos* y los libros anteriormente mencionados.

He acudido de nuevo a esos libros para estructurar una cronología en torno a las relaciones de don Ezequiel con Cuba. Se ofrece como un material de consulta, para quienes deseen o necesiten precisar datos. Se aceptan las sugerencias para enriquecerla.

La admiración y curiosidad por Nicolás Guillén y Che Guevara

El movimiento estudiantil de reforma, iniciado en la Universidad de Córdoba (1918), tuvo amplias repercusiones en América Latina. En particular, desde 1920, los jóvenes cubanos se interesaron por conocerla trayectoria de la rebeldía en la Universidad de Buenos Aires, en la Universidad de San Marcos en Lima y en la Universidad Nacional de México.

En 1921, comenzó la rebeldía estudiantil cubana. El 20 de diciembre de 1922 se fundó la Federación Estudiantil Universitaria (FEU). En La Habana de 1923, se leía el boletín estudiantil argentino *Renovación*, por lo anterior, un grupo de estudiantes reformistas decidió autodenominarse como Grupo Renovación para defender los fundamentos de una reforma universitaria en el Primer Congreso Nacional de Estudiantes (octubre de 1923).

Durante 1925, circuló en Buenos Aires la revista estudiantil habanera *Juventud* y Gabriel del Mazo le servía de corresponsal.

En agosto de 1925, el profesor y médico argentino José Ingenieros, acompañado de jóvenes universitarios, estuvo de visita en La Habana. Julio Antonio Mella fue uno de los anfitriones.

Mella, uno de los fundadores de la FEU y uno de los líderes del movimiento de reforma continental, fue muy conocido en la Argentina, sobre todo a partir de diciembre de 1925, cuando se declaró en huelga de hambre. Su asesinato (10 de enero de 1929) en México D. F. conmocionó a América Latina.

En México (1935), el profesor argentino Aníbal Ponce (discípulo de Ingenieros) y Juan Marinello, ambos exilados políticos, se hicieron amigos. En 1937, auspiciado por el cubano, Ponce viajaba hacia La Habana para impartir un ciclo de conferencias, cuando encontró la muerte en un accidente.

También en ese año, Arnaldo Orfila, dirigente estudiantil en la Universidad de Mar del Plata, y don Ezequiel se hicieron amigos. El joven había invitado al poeta y ensayista a que impartiera unas conferencias.

En 1948, el doctor Orfila se fue a residir a México porque había aceptado la dirección de la editorial Fondo de Cultura Económica. Desde esta responsabilidad se integró a la comunidad de intelectuales mexicanos.

En 1958, Orfila visitó a don Ezequiel. En el encuentro, se decidió que al año siguiente él viajaría invitado a México, para participar en las celebraciones por el XV aniversario de la editorial Fondo de Cultura Económica.

En ese mismo año, Nicolás Guillén andaba errante por América Latina, porque su pasaporte estaba vencido y la satrapía de Fulgencio Batista (10 de marzo de 1952–31 de diciembre de 1958) le impedía renovarlo. Gracias a las gestiones de su amigo el poeta español Rafael Alberti, se logró que le otorgaran asilo político, que pudiera sobrevivir en Buenos Aires y que se le publicara *La paloma de vuelo popular*.

Las noticias de que un famoso poeta cubano encontraba refugio en Buenos Aires y de que había un médico argentino peleando en Cuba despertaron muchas simpatías. A finales de diciembre de 1958, Guillén hizo el soneto «Che Guevara» que tuvo infinitas repercusiones:

Como si San Martín la mano pura
a Martí familiar tendido hubiera.
[...]
Así Guevara, el gaucho de voz dura,
brindó a Fidel su sangre guerrillera,
y su ancha mano fue más compañera
cuando fue nuestra noche más oscura[4].

Desde finales de 1958, el tema Cuba había despertado la curiosidad de don Ezequiel. Por iniciativa propia, quiso conocer a Guillén y lo logró en un evento por la paz dentro del programa del VII Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes por la Paz y la Amistad, celebrado en Viena (26 de julio-4 de agosto de 1959).

Al llegar a México (26 de agosto), don Ezequiel encontró que uno de los temas —a favor y en contra— dentro de la comunidad de intelectuales era Cuba.

Probablemente, su amigo Orfila le aportó precisiones. Resultaba que el profesor universitario Raúl Roa (exilado en México entre finales de 1953 y mayo de 1955) era el nuevo Ministro de Estado del Gobierno Revolucionario; que el médico y fotógrafo Ernesto Guevara, quien había participado como él en algunas tertulias de la revista *Humanismo* (1954–1955), dirigida por Roa, era el famoso Che.

El general Lázaro Cárdenas celebró el 26 de julio de 1959 en La Habana. Fue el invitado de honor a la gran concentración de apoyo a la primera Ley Constitucional de Reforma Agraria. Numerosos intelectuales lo habían acompañado. Ellos recibieron la más calurosa hospitalidad de sus colegas cubanos.

El trasiego fue incesante. El pintor David Alfaro Siqueiros estuvo varias veces. Se recuperaban y se hacían amistades. Se intercambiaban experiencias.

La Revolución Cubana se veía como una heredera de la Revolución Mexicana. A finales de octubre de 1960, José Antonio Portuondo era el embajador cubano en México. Solicitó a la Imprenta Nacional de Cuba

una reedición urgente de *Los últimos días del presidente Madero* de don Manuel Márquez Sterling. Con trabajo voluntario los obreros de la Imprenta garantizaron la tirada. Los ejemplares se distribuyeron a tiempo en México. En la fecha exacta del cincuentenario de la Revolución de 1910, se estaba recordando la solidaridad cubana con el presidente Francisco Madero y sus familiares.

Por la carta de 27 de agosto de 1959 a Fernández Retamar, se evidenciaba que desde la misma llegada a México, ya don Ezequiel andaba tanteando variantes para que el viaje a La Habana se pudiera concretar.

Podría pensarse que una de ellas fue la decisión de enviar al Concurso Literario Hispanoamericano, el primero auspiciado por la Casa de las Américas, un mecanuscrito, que fácilmente hubiera podido publicar en México con las relaciones de Orfila en el ámbito editorial.

El jurado estuvo integrado por Fernando Benítez (México), Roger Callois (Francia) y Jorge Mañach (Cuba). En la fundamentación para otorgarle por unanimidad el premio en el género ensayo se confirmaba que sus miembros tuvieron en cuenta la legitimación oportuna con el realce de que un escritor ya consagrado resultara ganador:

> Se ha hecho acreedor al Premio por su dignidad intelectual, la madurez del juicio, la maestría de la argumentación, la precisión y la seguridad de los materiales informativos y la limpieza del estilo.

Se habían logrado armonizar dos aspiraciones: la del creador que deseaba viajar para mirar la Revolución Cubana desde dentro y la de garantizar el éxito para que el certamen se consolidara.

Entre el 15 de febrero y el 7 de marzo de 1960, don Ezequiel fue recibido con los máximos honores en todas las instituciones culturales habaneras. Coincidió con Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, quienes también aspiraban a entender.

El 2 de marzo, quiso ir a la Universidad de la Habana para observar las características del Che como orador mientras hablaba a los estudiantes y los profesores. Logró rápidamente una entrevista privada con él en su oficina de presidente del Banco Nacional.

Probablemente el 4 de marzo, quedó conmocionado con la violencia del sabotaje al barco francés La Coubre.

A Roberto Fernández Retamar le escribió (3 de mayo):

> Nosotros hemos vuelto con una impresión indeleble de lo que se ha hecho en tan poco tiempo con tan pocos recursos de toda clase y contra obstáculos inmensos. Ha bastado la corta permanencia allí para haber comprendido la obra revolucionaria cumplida, aunque no hayamos percibido los detalles sino someramente. Estamos entusiasmados pues testigos de numerosas revoluciones de cuartel, hemos visto por primera vez, y acaso única, lo que es una revolución de veras hecha y defendida por todo el pueblo (Martínez Estrada, 2013: 48-9)[5].

Finalizó el contrato en México. Mientras observaba, ansioso por verlo más de cerca, el ritmo vertiginoso de los insólitos cambios en Cuba. El 26 de septiembre de 1960 regresó a La Habana. Asumía una responsabilidad en el desarrollo de la Casa de las Américas y tendría tiempo para estudiar y escribir. Inauguró cursillos libres de temas literarios e históricos. Intentaba consolidar un espacio público, donde se relacionaba con personas deseosas de saber y conocía a jóvenes.

Entre marzo y agosto de 1960, desde México, don Ezequiel comenzó a publicar textos que después incluyó en su libro *En Cuba y al servicio de la Revolución Cubana* (1963).

Todos los materiales incluidos en la obra habían circulado entre 1960 y 1962. Un caso particular era el de «Che Guevara, capitán del pueblo». Escrito entre marzo y abril de 1960, fue difundido internacionalmente por la agencia de noticias *Prensa Latina*; sin embargo, no se conoció en Cuba hasta que apareció el libro.

El joven periodista argentino Jorge Ricardo Massetiera el director-fundador de *Prensa Latina* (junio de 1959) y uno de los residentes latinoamericanos más cercanos al Che. Quizás, él fue el primero en admirar la perdurabilidad del texto de Martínez Estrada, por lo que facilitó la más amplia difusión internacional y al unísono evitó que se conociera en Cuba; probablemente con esta última decisión cumplió una orden del propio Che.

Don Ezequiel tenía experiencia en el buen manejo narrativo de una semblanza biográfica. Confesaba:

> El sentimiento o el instinto de la grandeza humana y, lo diré, el respeto y el culto a los héroes, los santos, los sabios, los artistas y los filántropos llegan en mi a la idolatría (Martínez Estrada, 1963: 164-75)[6].

Conformó dos acciones integradas al modo de una secuencia cinematográfica. En la primera escena, la atención se concentraba en el gran carisma de Che como orador político en un espacio emblemático: el Aula Magna de la Universidad de la Habana.

Había dos personajes protagónicos: Che y don Ezequiel, quienes estaban en dos espacios diferentes pero contiguos. El narrador-testigo, viejo y enfermo, permaneció de pie por más de una hora en la Plaza Cadenas oyendo al héroe. Estaban separados por más de cincuenta metros, porque había tanto público en el Aula Magna que se había desbordado el local y había cientos de personas en la Plaza Cadenas.

Che como orador tiene un dominio absoluto del tema. Esa convicción facilita al narrador-testigo privilegiar la descripción física del héroe, que se estructura por el reciclaje de una conocida antítesis entre plebeyos y patricios en la mitología romana. El nuevo héroe es un joven tribuno, quien representa orgullosamente a los plebeyos y puede brillar en el espacio público, puede ser admirado, porque conoce muy bien la dramaturgia escénica de los patricios:

> [...] la palabra engarza perfectamente en la persona, por lo que se dice se sabe lo que es [...] tribuno de la plebe, docto y circunspecto como un patricio[...] persona bíblica que viste uniforme de fajinas en vez de túnica [...] el cabello y la barba intensos encuadrándole un rostro de adolescente fatigado, los hombros altos y el torso aplanado, sin ninguna robustez corporal, y sin embargo resistente y poseedor de fuerza comunicativa, de dominio sobre los demás (Martínez Estrada, 1963: 79-84).

Don Ezequiel también acudió al reciclaje del mito bíblico de Jonás. Un personaje que al encontrar un nuevo destino se refundaba a sí mismo para entregarse en cuerpo y alma a una misión. Así, resaltaba la dimensión mítica de Che, un héroe cubano, latinoamericano y universal, quien había tenido una vida anterior como Ernesto Guevara, un médico argentino viajero:

> [...] aquí estaba su patria porque aquí estaba su deber [...] un símbolo en su persona y en su vida; representa al hombre liberado tanto como al libertador.

Guillén con el soneto y don Ezequiel con la semblanza estuvieron entre los primeros que construyeron la memoria de Che como un héroe-mito.

La segunda escena transcurrió en el espacio privado. Se pormenorizaban detalles de una visita del narrador-testigo al héroe. Se privilegiaban los detalles sobre el comportamiento de Che en la intimidad de su despacho: cómo hablaba, como servía amablemente al interlocutor.

En una mesita había una bombilla para el mate «[...] especie de amuleto que únicamente conmueve a los iniciados». Esto posibilitaba al testigo el realce de la argentinidad, como un orgullo compartido entre ambos, porque era un símbolo de la amistad, de un diálogo entre iguales.

Hacia el final del texto, se privilegiaba la imagen de un hijo cuidando a un padre. El cariño familiar era la metáfora adecuada para resaltar el nuevo tipo de héroe-mito popular ya encarnado por Che:

> [...] un hombre de ingénita sinceridad, llano y transparente, que cautiva entregándose y que inspira seguridad. [...] transmite la sensación de que yo también puedo hacer algo por mis hermanos y sus hijos desconocidos. [...] me conduce del brazo como si cumpliera conmigo su misión de amparar y guiar.

En el libro, había otro grupo de textos para demostrar que don Ezequiel se sentía comprometido con la defensa de la Revolución Cubana, concreción de una aspiración de humanismo antimperialista, anticolonialista, reivindicadora de los humildes como nuevos sujetos políticos, culturales, sociales.

La mitología martiana

Presentó dos textos dedicados a Martí en el libro. El primero es la primera versión de por qué estudiaba y recreaba su Martí. Para entender la colección de mitos en que devino la pasión ficcional de don Ezequiel, hay que atender a las claves de esta temprana aproximación.

Don Ezequiel pensaba que estaba haciendo un texto muy original, donde se fusionaban el ensayo y la narración. Su predilección por *El presidio político en Cuba* (1871) avalaba que se había apropiado de uno de los paradigmas composicionales para dialogar íntimamente con su héroe-mito.

La originalidad del ensayo-narración, construido desde un catauro de mitos tratados en secuencias cinematográficas, en parte, era cierta dentro del universo de la trayectoria escritural de don Ezequiel. Pero la cuestión resultaba muy diferente en la historia de la recepción de la vida y obra martianas y, más todavía, en el de los escritores cubanos del siglo XX.

Martí fue visto como santo de América, nuevo Jesucristo, nuevo Prometeo, personaje de cuentos sobre vida cotidiana, etc. Alfonso Hernández Catá publicó *Mitología de Martí* (1929), acaso sin conocer que ya su amigo José Antonio Ramos lo había intentado en una página delirante para la revista literaria *El Fígaro*.

Don Ezequiel utilizó al máximo la libertad para seleccionar y leer de múltiples modos en las fuentes. Eso le garantizaba los mismos derechos para la recreación ficcional. Algunos miembros de la comunidad martiana ejercieron también el mismo derecho a apasionarse en cuanto a las discrepancias.

Un tema conflictivo se relaciona con las asimetrías en cuanto a la cultura antropológica de don Ezequiel. Cuándo él residió en Cuba, don Fernando Ortiz (1881-1969) era el más famoso e importante de nuestros científicos sociales. Don Fernando acababa de publicar *Una pelea cubana contra los demonios* y la segunda edición revisada y ampliada del *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar.* Además, era el asesor de la presidencia en el proceso de conformación de la Academia de Ciencias y, específicamente, del Instituto de Etnología y Folklore, uno de los primeros en crearse.

Don Ezequiel estaba fascinado con las posibilidades teóricas de la bibliografía actualizada en cuanto a la antropología como puede leerse en *Análisis funcional de la cultura.* Con razón, exaltó su deuda con los intelectuales estadounidenses y reconoció también los desvelos de los mexicanos. Al profundizar en los textos martianos, descubrió que él también cultivaba la pasión antropológica y que esto le había facilitado un pensamiento muy original y modernizador para su contexto decimonónico.

Ortiz había publicado «Factores humanos de la cubanidad» (1939), el «Contrapunteo» (1940), «Martí y las razas» (1941), «Martí y las razas de librería» (1945), textos esenciales para un replanteo del pensamiento martiano en tópicos tan vitales como el mestizaje cultural, el ecumenismo cultural, la vindicación de otras culturas, etc.

Probablemente, si don Ezequiel hubiera conversado con don Fernando, o hubiera revisado algunos textos suyos, habría moderado la euforia en cuanto a los avances de su propia exégesis martiana.

Durante un mes, acompañado de su esposa, recorrió el país desde Pinar del Río a Santiago de Cuba:

> [...] andando sin objetivo preciso, solitos mi mujer y yo, ¿qué era ese viaje sino una peregrinación, y a dónde íbamos sino al templo de los dioses tutelares de Cuba, que Martí adoró, la Libertad, la Justicia y la Dignidad?[7].

La peregrinación terminaba en el cementerio de Santa Ifigenia:

> [...] me había acercado a sus reliquias, silenciosamente, para sentir en mi alma su soledad más que la mía, para llevarle mi compañía y dejársela [...].

No le gustaba el mausoleo. Tenía otra concepción sobre cómo debería ser. Al parecer, tampoco indagó sobre la historia del monumento derivado de un gran consenso político. No se documentó, ni conversó con don Guido García Inclán, quien desde finales de la década del 30 lideró la campaña popular para que los restos del Apóstol se conservaran en una tumba digna, como ya tenían los de Antonio Maceo y Máximo Gómez en La Habana.

Las inquietudes sobre la cultura socialista

En el libro, había otro grupo de textos para demostrar que don Ezequiel se sentía comprometido con la defensa de la Revolución Cubana, concreción de un humanismo antimperialista, anticolonialista, reivindicador de los humildes como nuevos sujetos políticos, culturales, sociales.

El 6 de marzo de 1961, como miembro del jurado del premio Casa de las Américas, participó en un programa de televisión dedicado a los intelectuales latinoamericanos. Sobre la Revolución Cubana, declaró:

> Todos somos beneficiarios de ella. Pero, por supuesto, el escritor hispanoamericano tiene ante ella una responsabilidad mayor. En mi país, Argentina, casi todos los escritores, salvo los que desarrollan tareas partidarias eran indiferentes a lo que ocurría en Latinoamérica en elterreno político. Ahora ante la Revolución Cubana, han despertado y tienen una tarea nueva, la cual aparte de preocupaciones literarias, puede tener resonancia en la literatura[8].

En su estancia habanera, don Ezequiel lidió con una contradicción insalvable entre sus deseos de encontrar aunque fuera un joven, con

mentalidad de discípulo, que lo ayudara a investigar, y la aceptación terrible de que el vértigo de la propia dinámica revolucionaria lo tornaba imposible.

Cada quien anhelaba la ejecución plena y rápida de su proyecto personal; que podía tornarse en grupal, sectorial, o intergeneracional, por convergencia de intereses, o por negociación de objetivos. Los jóvenes vivían muy apurados. Respetaban la pedagogía socrática como una estrategia retórica para ser utilizada en algunos ensayos; pero, no estaban dispuestos a dedicarle tiempo.

Don Ezequiel prefería a los jóvenes intelectuales y subestimaba el conocimiento de obras y autores, que le hubieran posibilitado un dominio más actualizado de la historia de la sociedad, del pueblo cubano y de los nexos con la geopolítica de lo que hoy se denomina el gran Caribe.

Esta carencia respondió a una elección metodológica que él mismo explicó a Emmanuel Carballo:

> Yo no he encontrado ninguna dificultad allá. Naturalmente, mi trabajo era un trabajo personalísimo, y he pasado esos dos años casi desconectado de la vida intelectual y de los intelectuales y políticos. Baste decir que no he visto, no he hablado una sola vez con Fidel Castro y que con el Che Guevara, a quien yo conocía y que prometió verme en repetidas ocasiones, tampoco pude conversar. De modo que me refiero a la libertad que tuve para realizar un trabajo sin ningún compromiso, sin ninguna obligación. Vale decir que el Martí que yo iba a desenterrar de debajo de los escombros de una gloria falsa [...] No solamente no tuve ninguna presión que me obligara a encaminar en cierta dirección mis estudios, sino que ni siquiera tuve ningún control sobre mi trabajo. En mi casa percibía mis emolumentos sin que jamás se me preguntara si había trabajado o dormido durante todo el mes[9].

Además del texto sobre Che Guevara, creo que merece un especial realce «Por una alta cultura popular y socialista cubana». Se trataba de una audacia en el ejercicio de pensar, porque estaba fascinado con el famoso discurso *Palabras a los intelectuales* (30 de junio de 1961) de Fidel Castro.

En «Por una alta cultura…» retornó a Martí llamando la atención sobre «Maestros ambulantes», en el que resaltó la modernidad del pensamiento humanista revolucionario en cuanto a educación y cultura. Se privilegiaba una pedagogía de la libertad, de la dignidad humana, de la justicia. Se defendía la preparación de nuevos sujetos culturales, como actos de redención. Se legitimaba a nuestro continente porque en los espacios público y privado se continuaban librando grandes batallas épicas.

Don Ezequiel transitaba de los tiempos martianos a los de la epopeya de la campaña de alfabetización. Realzaba el heroísmo de las mujeres. Insistía en que la campaña ilustraba la participación popular, el surgimiento de formas solidarias en las que millones de cubanos aprendieron a ayudarse, a cumplir misiones de lata espiritualidad. Se emocionaba con nuevas formas de una cultura revolucionaria.

Después se concentró en *Palabras a los intelectuales*. Mencionó el famoso discurso de Mao-Tse-Dong en los debates de Yenán. Encontraba afinidades en el modo en ambos líderes, se ocupaban de los diseños estratégicos de una política cultural ajustada a las urgencias de sus naciones.

Don Ezequiel estaba fascinado con el liderazgo de Fidel Castro demostrado en *Palabras*…. Probablemente, fue uno de los primeros intelectuales en admirar dicho texto. Sin embargo, pienso que no logró realzar suficientemente la maestría dialógica con que fue estructurado.

Los sábados 16, 23 y 30 de junio de 1961, en el teatro de la Biblioteca Nacional José Martí, en sesiones maratónicas, numerosos intelectuales dijeron con franqueza lo que pensaban. Se dilucidaron incidentes. Se enfrentaron opiniones. Se buscó estructurar un consenso ajustado a un tiempo y a espacios muy concretos.

Fidel Castro escuchó atentamente a todos; preguntó solo para aclarar situaciones. Se sabe que existe una versión taquigráfica de las tres sesiones. En el famoso discurso, el líder ofrece una respuesta detallada a cada una de las grandes interrogantes presentadas. Creo que debería hacerse una edición anotada de *Palabras*… en la que se

incluya la versión taquigráfica de las tres sesiones. Resulta imprescindible para comprender las claves esenciales de la política cultural revolucionaria en junio de 1961.

La maestría socrática de Fidel Castro para articular un consenso ya era admirada por intelectuales cubanos desde febrero de 1959. El 16 había asumido la responsabilidad de Primer Ministro del Gobierno Revolucionario; breves días después, tuvo que enfrentar un grave problema con los trabajadores azucareros. Convocó a centenares de implicados a una plenaria en un teatro. Estuvieron más de 16 horas discutiendo hasta que se logró un consenso estratégico para la nación, porque se trataba de la primera industria.

Esa admirable victoria política facilitó el surgimiento de una tradición de democracia participativa directa. Fidel hizo con los intelectuales en los tres sábados de junio de 1961 algo parecido a la variante utilizada con los obreros azucareros en febrero de 1959.

La comprensión de que *Palabras...* es un texto dialógico, derivado de coordenadas muy específicas, facilita un entendimiento más profundo de aquella experiencia de democracia participativa, que permitió articular un consenso duradero en cuanto a política cultural revolucionaria.

En la década del 90 y hasta julio del 2006 (cuando se enfermó), Fidel Castro asistió a numerosas reuniones con los miembros del Comité Nacional de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba para examinar problemáticas y construir estrategias.

La relectura de *En Cuba y al servicio de la Revolución Cubana* resulta de suma utilidad ya que podría funcionar con el atractivo de una fuente primaria para quienes no tuvieron la suerte histórica de vivir algunos de sus mayores desafíos.

Entre 1960 y 1962, don Ezequiel vivió con intensidad las problematicas cubanas. Me parece que hubiera coincidido con la opinión de Fidel Castro cuando dijo que «habíamos hecho una revolución más grande que nosotros mismos».

La Habana, 8 de septiembre de 2013.

Cronología

Las relaciones de don Ezequiel con Cuba y sus contextos

1945

19 de mayo. Cincuentenario de la muerte de José Martí.

1946

Panorama de las literaturas, publicado por la Editorial Claridad en la Argentina con una presentación de Arnaldo Orfila. Don Ezequiel hizo un elogio de José Martí.

1947

21 de agosto. Moción de la Academia de la Historia de Cuba agradeciéndole a don Ezequiel sus juicios en torno a Martí.

1949

En el *Anuario de la Academia de la Historia cubana* aparece como académico correspondiente.

1952

El *Boletín de la Academia Cubana de la Lengua* reproduce el fragmento de *Panorama de las literaturas* dedicado a Martí.

10 de marzo. Golpe de estado en Cuba. Fulgencio Batista instaura una dictadura.

1953

26 de Julio. Fidel Castro lidera los Asaltos a los cuarteles Guillermón Moncada de Santiago de Cuba y Carlos Manuel de Céspedes en Bayamo.

15 de octubre. Fidel Castro pronuncia su alegato de autodefensa «La historia me absolverá» en el juicio por los sucesos del Moncada. Encarcelado en el Presidio Modelo de Isla de Pinos escribe una segunda versión.

1954

Julio. Circula clandestinamente como folleto *La historia me absolverá* de Fidel Castro. Jorge Mañach escribe el prólogo, primer elogio a las excelentes calidades del texto.

Julio. Raúl Roa dirige la revista mexicana *Humanismo*, en la que colaboran numerosos intelectuales latinoamericanos que están exilados.

Agosto. El médico Ernesto Guevara está en Guatemala. Conoce a exilados cubanos, que habían participado en los sucesos del Moncada.

El gobierno de Estados Unidos financia una invasión mercenaria para derrocar al presidente Jacobo Arbenz.

Septiembre. Ernesto Guevara llega exilado a México. Participa en las tertulias de la revista *Humanismo*. Conoce a Raúl Roa y a Arnaldo Orfila.

1955

El general Juan Domingo Perón está exilado en Panamá. Allí conoce al periodista y político cubano José Pardo Llada. Se hacen amigos. Según el testimonio de Pardo, el teniente Omar Torrijos es el edecán de Perón. Pardo Llada prologa el libro *La fuerza es el derecho de las bestias* de Perón.

15 de mayo. Fidel Castro y sus compañeros son amnistiados.

12 de junio. En La Habana, se constituye la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio que lidera Fidel Castro.

Llegan los moncadistas, miembros del 26 de Julio, exilados a México. Uno de ellos es Raúl Castro. Los que habían estado en Guatemala reencuentran casualmente a Ernesto Guevara. Empiezan a llamarlo Che. Se lo presentan a Raúl. Se hacen amigos.

Julio. Fidel Castro llega a México. Raúl le presenta a Ernesto Guevara. Surge la amistad entrañable.

1956

2 de diciembre. Desembarco de los expedicionarios del Gramma. Ernesto Che Guevara es el médico.

1959

1-2 de enero. Victorias militares del Ejército Rebelde aceleran el fin de la tiranía de Fulgencio Batista, quien huyó en la madrugada del 1 de enero. Fidel Castro toma la ciudad de Santiago de Cuba. Esa misma

noche habla anunciando el triunfo. El comandante Ernesto Che Guevara gana la Batalla de Santa Clara. Ocupa la ciudad. Marcha hacia La Habana. Es nombrado jefe militar de la fortaleza de San Carlos de la Cabaña.

8 de enero. Entrada triunfal de Fidel Castro en La Habana.

28 de enero. Intelectuales cubanos publican un manifiesto sugiriendo al Gobierno Revolucionario un plan de acciones culturales.

Enero. Nicolás Guillén regresa a La Habana; después de varios meses de exilio en Buenos Aires, donde ha publicado su libro *La paloma de vuelo popular* (1958). Tiene una amplia difusión internacional su soneto «Che Guevara». En La Habana, el geógrafo y capitán del Ejército Rebelde Antonio Núñez Jiménez posibilita que se entrevisten Che y Guillén.

9 de febrero. Ley del Gobierno Revolucionario que declara a Ernesto Guevara ciudadano cubano por nacimiento. El único precedente era el del general Máximo Gómez.

16 de febrero. Fidel Castro asume la responsabilidad de Primer Ministro del Gobierno Revolucionario.

20 de febrero. En la fortaleza de San Carlos de la Cabaña, Guillén ofrece un primer recital de poesía a los soldados del Ejército Rebelde. Che demuestra su admiración cuando afirma: «la identificación absoluta de la poesía de Guillén con los mejores anhelos emancipadores de los pueblos de la América y de Cuba».

1 de marzo. Entrega de tierras a los campesinos de Las Martinas en Pinar del Río.

3 de marzo. Rebaja de las tarifas telefónicas.

6 de marzo. Rebaja de un 50 % en el precio de los alquileres.

20 de marzo. Rebaja del precio de las medicinas.

23 y 25 de marzo. Discurso de Fidel Castro contra la discriminación racial y explicación de las medidas públicas inmediatas en un programa televisivo.

24 de marzo. Fundación del Instituto del Arte y la Industria Cinematográficos (ICAIC).

28 de abril. Decreto del Gobierno Revolucionario para fundar la Casa de las Américas. Haydée Santamaría es nombrada presidenta.
17 de mayo. Ley constitucional de Reforma Agraria. Se implementa la erradicación de los grandes latifundios. Se entrega la propiedad de la tierra a miles de campesinos.
Junio. El periodista argentino Jorge Ricardo Masetti funda la agencia internacional de noticias *Prensa Latina* en La Habana.
4 de julio. Se inaugura la Casa de las Américas.
26 de julio. El general Lázaro Cárdenas, expresidente de México, es el invitado de honor a la gran concentración en la Plaza Cívica de La Habana, para conmemorar el sexto aniversario del Asalto al Cuartel Moncada. Numerosos intelectuales solidarios con la Revolución Cubana acompañan al general.
26 de julio-4 de agosto. Se celebra en Viena el VII Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes por la Paz y la Amistad. Por primera vez, la numerosa delegación cubana ha contado con todas las facilidades del Estado. Guillén y don Ezequiel se conocen en una sesión del movimiento por la paz mundial.
30 de julio. Ley n.° 479, por la que se rebaja entre el 25 y el 35 % el precio de los libros para la enseñanza primaria, secundaria y profesional.
26 de agosto. Por invitación de su viejo amigo Arnaldo Orfila, director del Fondo de Cultura Económica desde 1948, don Ezequiel llega México para participar en las celebraciones por el XV aniversario de la editorial. Es contratado por un año para investigar e impartir cursillos en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Establece amistad con intelectuales mexicanos solidarios con la Revolución Cubana.
13 de octubre. Se difunde la convocatoria al primer Concurso Literario Hispanoamericano, auspiciado por la Casa de las Américas. Hay un plazo de tres meses para enviar las obras inéditas. Se establecen los géneros: poesía, novela, cuento, ensayo y teatro. No se exige que el

tema se ajuste a características determinadas. Se entregará 1000 pesos a la mejor obra premiada en cada género y se garantiza la publicación inmediata.

26 de noviembre. Che Guevara es nombrado Ministro Presidente del Banco Nacional de Cuba. El Consejo de Ministros acuerda que, para cada trimestre, aumente el monto de la subvención estatal a la Universidad de la Habana. Sube de 70 mil a 210 mil pesos.

1960.

Enero. Se constituye el jurado. El del género ensayo está integrado por Fernando Benítez (México), Roger Callois (Francia) y Jorge Mañach (Cuba). Concursan 575 obras; 41 son ensayos.

22 de enero. Ley n.° 723 que establece el servicio médico posgraduado. Esto posibilita ampliar gradualmente la cobertura de salud pública gratuita a toda la nación.

5 de febrero. Se difunden los nombres de los ganadores. Dos argentinos son premiados: don Ezequiel con el ensayo *Análisis funcional de la cultura* y Andrés Lizarraga con la obra teatral *Santa Juana de América*. El cubano Manuel Moreno Fraginals obtiene una mención con «Nación o plantación. Cuba».

La fundamentación del jurado es:

> Se ha hecho acreedor al Premio por su dignidad intelectual, la madurez del juicio, la maestría de la argumentación, la precisión y la seguridad de los materiales informativos y la limpieza del estilo.

Jorge Mañach declara que el jurado otorga el premio por unanimidad, porque «aparte de sus cualidades intrínsecas nos pareció de proyección más actual y universal». Considera que en la obra se defiende la tesis de que «el esfuerzo intelectual y creador debe orientarse hacia un nuevo humanismo de honda proyección social».

15 de febrero. Llega a La Habana. Se hospeda en el hotel Presidente, cercano a la Casa de las Américas. Antonio Caram lo entrevista para *Lunes de Revolución*.

Visita el museo Casa Natal de José Martí.

20 de febrero. Roberto Fernández Retamar: «Ezequiel Martínez Estrada en La Habana» en el periódico *Revolución,* 20 de febrero de 1960. Retamar afirma: «es uno de nuestros americanos necesarios, de esa familia de testigos que no le han faltado nunca a nuestra patria mayor».

22 de febrero. Conferencia sobre su obra en la Biblioteca Nacional José Martí.

Los intelectuales franceses Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir llegan a La Habana. Recorren varias ciudades. Permanecen un mes.

23 de febrero. Conferencia «Martí y América» en la Casa de las Américas.

26 de febrero. Conferencia «Martí y Sarmiento» en el Aula Magna de la Universidad de la Habana.

29 de febrero. Conferencia sobre Simone Weil en la Sociedad Lyceum.

1 de marzo. Panel en la Casa de las Américas en torno a la obra premiada. Participan Manuel Moreno Fraginals, Sergio Rigol, Guillermo Cabrera Infante y Adrián García Hernández.

2 de marzo. Che dicta la conferencia «El desarrollo económico de Cuba» en el Aula Magna de la Universidad de la Habana. Asisten centenares de personas. Don Ezequiel lo oye desde la Plaza Cadenas (espacio central de la institución).

3 de marzo. Conferencia «La novela gauchesca» en la biblioteca de la Casa de las Américas. ¿Se entrevista con Che Guevara en su oficina del Banco Nacional?

4 de marzo. Explotan dos bombas (con diferencia de media hora para causar más víctimas) mientras se descargaba el barco francés «La Coubreen» en la bahía de La Habana. Decenas de muertos y heridos. Los intelectuales cubanos firman un manifiesto de apoyo a la Revolución y de condena a ese crimen.

5 de marzo. En el entierro de los muertos, Fidel Castro pronuncia un discurso en el que utiliza por primera vez la consigna revolucionaria

de «Patria o Muerte». El fotógrafo Korda hace la foto más famosa y difundida del Che.

6 de marzo. Salvador Bueno: «Lo que me dijo Martínez Estrada», revista *Carteles*, 6 de marzo de 1960, págs. 29 y 78.

¿7 de marzo? Don Ezequiel regresa a México.

Marzo. «El deus ex machina» y «Prolegómenos a una revolución de las letras argentinas», *Nueva Revista Cubana,* enero-marzo de 1960.

30 de marzo. Se crea la Imprenta Nacional de Cuba.

¿Abril? Che Guevara: *Guerra de guerrillas.*

3 de mayo. En carta a Roberto Fernández Retamar, le dice que *Prensa Latina* le ha publicado «Che Guevara, capitán del pueblo», que cree que él lo ha leído y le ha gustado. Está leyendo *Guerra de guerrillas* «con extraordinario interés».

9 de mayo. «El pueblo en la literatura argentina» en *Lunes de Revolución.*

28 de junio. Intervención de dos refinerías al negarse a refinar petróleo soviético.

Junio–julio. Se imprime *Análisis funcional de la cultura*y comienza a difundirse.

Junio-julio. «La mansa idea revolucionaria de Thoreau» en el primer número de la revista *Casa de las Américas.* Haydée Santamaría, directora; Alberto Robaina, subdirector; Fausto Masó y Antón Arrufat, responsables de la revista.

23 de julio. Anita Arroyo comenta *Análisis...* en el periódico *El Mundo.*

31 de julio-6 de agosto. Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes. En la clausura, Fidel Castro anuncia la nacionalización de 36 centrales azucareras, dos refinerías, las compañías de electricidad y teléfonos, todas empresas estadounidenses.

20 de agosto. Che Guevara participa en una asamblea de médicos en el teatro de la CTC. Pronuncia el discurso «El médico y el pueblo unidos por el progreso social de la salud». Nicolás Guillén lo acompaña y recita poemas.

22-28 de agosto. VII reunión de consulta de la OEA en San José de Costa Rica. El gobierno de los Estados Unidos organiza una acción colectiva contra Cuba. Raúl Roa libra una batalla diplomática.

2 de septiembre. En la Plaza Cívica de La Habana, gran concentración en la que el pueblo de Cuba aprueba la *Primera Declaración de La Habana*. Se defiende el programa revolucionario y se condenan las agresiones de Estados Unidos, ayudados por varios gobiernos latinoamericanos.

17 de septiembre. Nacionalización de tres bancos estadounidenses.

26 de septiembre. Fidel Castro pronuncia un discurso en la sede de la ONU en Nueva York. Don Ezequiel regresa para trabajar en la Casa de las Américas.

6 de octubre. Es el director del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Casa. Comienzan los foros sobre narrativa iberoamericana. Uno de los textos discutidos es la novela cubana *Mi tío el empleado* de Ramón Meza.

13 de octubre. Ley n.° 890. Nacionalización de 3820 grandes empresas nacionales y extranjeras. Ley de Reforma Urbana.

20 de noviembre. Dirige los seminarios ‹«deología y práctica de la unión de naciones hispanoamericanas» y «Martí y las revoluciones emancipadoras americanas». Los cursillos son anunciados por Loló de la Torriente: «Cultura latinoamericana. Hemos ganado muy buenos amigos», revista *Bohemia,* 13 de noviembre.

Noviembre. «Por qué estoy en Cuba y no en otra parte», revista *Casa de las Américas,* octubre-noviembre de 1960, págs. 33–34.

1961

1 de enero. Comienza la campaña nacional de alfabetización.

30 de enero. «Martí revolucionario» en el suplemento cultural *Lunes de Revolución.*

16 de febrero. Es jurado en el género ensayo del Concurso Literario Hispanoamericano con los cubanos Carlos Rafael Rodríguez y Ramiro Guerra. El argentino José Bianco es jurado en novela; esa decisión lo

obliga a renunciar a ser el secretario de redacción de la revista *Sur*. El guatemalteco Manuel Galich gana el concurso en teatro.

23 de febrero. Ley n.° 392. Se crea el Ministerio de Industrias. Che Guevara asume la responsabilidad de Ministro.

6 de marzo. Opina sobre el premio en *Lunes de Revolución*. Como jurado participa en el programa televisivo «El escritor y la revolución» (canal 4).

10 de abril. Mensaje de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre ante la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz.

15-16 de abril. Bombardeo a los aeropuertos militares en La Habana y Santiago de Cuba. En el entierro de las víctimas, Fidel Castro anuncia el carácter socialista de la Revolución Cubana.

17-19 de abril. Invasión mercenaria financiada y dirigida por el gobierno de Estados Unidos. El 19, Fidel anuncia la victoria militar en Playa Girón.

Los intelectuales organizan talleres de creación para ayudar en la propaganda revolucionaria.

Miembro del Consejo de Redacción de *Casa de las Américas* junto con Antón Arrufat y Elvio Romero.

1 de mayo. Desfile militar por la victoria contra la invasión mercenaria en la Plaza Cívica de La Habana. En su discurso, Fidel Castro anuncia la próxima nacionalización de las escuelas privadas. Por iniciativa popular, se ejecuta al día siguiente.

6 de junio. Ley constitucional de nacionalización de la enseñanza. La educación es pública, laica y gratuita.

Junio. La Imprenta Nacional de Cuba reproduce *Panorama de las literaturas*, cuya primera edición argentina era de 1946. Arnaldo Orfila escribe en la presentación:

> Declaro que para mí este honor es al mismo tiempo una indemnización tardía pero magnánima. Contemplando el *Panorama de las literaturas* desde esta elevada soledad insular y a esta distancia, siento

> sonrojo de ver que la cultura en mi país natal sigue gobernada por capataces y sargentos, como en la Época de la Proscripción.

16, 23 y 30 de junio. Fidel Castro se reúne durante tres sábados con intelectuales cubanos en el teatro de la Biblioteca Nacional José Martí. En el último pronuncia su famoso discurso *Palabras a los intelectuales.*

Junio. «U. S. A. uberalles», en revista *Casa de las Américas,* mayo-junio de 1961, págs. 3-69.

5–15 de agosto. Ernesto Che Guevara preside la delegación a la conferencia interamericana económica y social de Punta de Este, Uruguay. Viaja discretamente a Buenos Aires para entrevistarse con el presidente argentino Arturo Frondizi.

18-22 de agosto. Asiste como invitado especial al Primer Congreso Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, evento fundacional de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).

24 de agosto. Desmiente a la AsociatedPress, que circula noticia de que él ha renunciado a la nacionalidad argentina para asumir la cubana.

Agosto. «Juristas y justos» en la revista *Islas* de la Universidad Central Marta Abreu de Las Villas.

Agosto. En la sección Revistas y Días de la revista *Casa de las Américas*, julio-agosto de 1961, se reproduce «Aviso», una declaración de intelectuales argentinos opuestos a la Revolución Cubana:

> Los últimos episodios de Cuba son un episodio de la guerra entre el mundo libre y el mundo esclavizado. Detrás de Fidel Castro están las fuerzas que se proponen someter a todos los pueblos a la monstruosa uniformidad del régimen soviético. [...] Presentar los hechos de Cuba como una prueba del imperialismo norteamericano es una trampa que se tiende para los ingenuos caigan bajo el imperialismo ruso. Cuba tiene derecho a volver al mundo de la libertad. [...] para que se cumpla su destino de nación independiente, destino imposible en el mundo soviético [...] No apoyamos una causa antirrevolucionaria y

> antiamericana, todo lo contrario. Quienes heroicamente luchan contra Fidel Castro son los mismos que ayer lo acompañaron en su lucha contra el predecesor de la tiranía. Nos hallamos ante una revolución traicionada. [...] La democracia representativa ya no existe en Cuba. [...] Apoyamos a los cubanos que luchan contra la tiranía de Fidel Castro y que hoy o mañana, recuperarán su patria y su dicha y restituirán a sus hijos la dignidad de ser hombres.

Entre otros firman Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Adolfo Lanús, Luis Bernárdez.

Don Ezequiel publica una nota sin firma en contra del texto, la cual reitera lo dicho en: «Réplica a una declaración intemperante», colaboración con la Agencia *Prensa Latina*, 26 de junio de 1961; *El Mundo del Domingo*, 9 de julio de 1961; *Lunes de Revolución,* 10 de julio de 1961.

Noviembre. Recorre las ciudades de Pinar del Río, Trinidad, Camagüey, entre otras. En Santiago de Cuba permanece una semana. Visita la tumba de José Martí en el cementerio de Santa Ifigenia.

8 de diciembre. Pronuncia la conferencia «Retrato de Sarmiento» en el acto por el 150 aniversario del natalicio del intelectual en la Biblioteca Nacional. Juan Marinello es el otro orador.

19 de diciembre. «Cuba y el destino americano de ida y vuelta», en revista mexicana *Siempre.*

Noviembre-diciembre. José Pedroni: «Canto a Cuba» (págs. 137–138); Martínez Estrada: «Carta de confraternidad y agradecimiento» (un poema, págs. 139-142), revista *Casa de las Américas,* noviembre–diciembre de 1961. Dice a Padroni:

> [...]
> Si estuvieras aquí te llevaría a recorrer la Isla
> de paisaje apacible y hogareño,
> paisaje que se humaniza con la palma
> que tiene tallo de doncella, y cuerpo
> de princesa morena y africana,
> y con la ceiba material y con el cedro.

22 de diciembre. Concentración en la Plaza Cívica de La Habana para proclamar que Cuba es «territorio libre de analfabetismo».

Diciembre. «El Diario de Campaña [de José Martí] como documento caracterológico», en: *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí,* enero–diciembre de 1961, págs. 5-49.

1962

En México se publica *Diferencias y semejanzas entre los países de América Latina.*

Febrero. Concurso Literario Hispanoamericano Los argentinos Leónidas Barletta y Gerardo Pisarello son jurados en cuento y Raúl Larra en novela.

Marzo. Miembro del Consejo de Redacción de la revista *Casa de las Américas* junto con Manuel Galich y Antón Arrufat.

Junio. «Toda la poesía», comentario al libro de Pablo Armando Fernández, en la *Gaceta de Cuba,* revista de la UNEAC. El texto se convierte en el prólogo a la segunda edición de la obra en ese mismo año.

Mayo-junio. «Por una alta cultura popular y socialista cubanas» en la revista *Unión.* También se publicó como folleto en el mismo año.

11 de julio. «El mausoleo de Martí» en el periódico *El Mundo.*

10 de julio. «Balada pascual para Nicolás Guillén, poeta de amor, dolor y valor» en Biblioteca Nacional José Martí: *Exposición homenaje a Nicolás Guillén en su 60 aniversario.*

Julio-octubre. Aparece «Coplas de ciego», en el número 13-14 de *Casa de las Américas.*

Julio. Se incluye un texto suyo en *Para el 26 de julio, colección de poesía,* publicado por la UNEAC. José Álvarez Baragaño es el compilador.

5 de agosto. «Los hijos de Martí» en el periódico *El Mundo.*

29 de septiembre. Nicolás Guillén: «Don Ezequiel» en el periódico *Hoy.* Se cita una carta de don Ezequiel a Guillén en la que se defiende la «necesidad de una edición monumental de la obra de Martí, clasificada, correlacionada, comentada».

Octubre-noviembre. Se desencadena el conflicto político internacional llamado la Crisis de octubre.

15 de noviembre. Los amigos lo despiden con una cena en el restaurant 1830. Viaja a México. Es huésped de Arnaldo Orfila. El 21 parte hacia Buenos Aires. Antes de irse, Emmanuel Carballo lo entrevista: «¿Es el mismo don Ezequiel que se fue de México a Cuba en 1960 y el que regresa rumbo a la Argentina en 1962?». Martínez Estrada responde:

> [...] no podría decirle que al regreso soy el mismo que a la ida, y en eso me parezco un poco a Martín Fierro. [...] Yo puedo decirle que en mí mismo se ha operado, en cierto grado, en cierta escala, un fenómeno religioso de transmutación.

23 de noviembre. Juan Marinello: «Sobre las obras completas de José Martí», en la revista *Bohemia.* En el texto, explica que se está trabajando en una nueva edición y responde a la misiva que don Ezequiel había enviado a Guillén: «su carta contiene aspectos injustos determinados, seguramente, por la más noble de las impaciencias».

14-16 de diciembre. Primer Congreso Nacional de Cultura.

1963

10 de enero. Se funda el Instituto Julio Antonio Mella en la Universidad de la Habana. En una carta se adhiere al mismo.

Enero. La Casa de las Américas publica *El verdadero cuento del tío Sam*, ilustrado por el artista francés Siné. El narrador cubano Lisandro Otero escribe la presentación.

Se mantiene como miembro del Consejo de Redacción de la revista *Casa de las Américas* junto con Haydée Santamaría, Manuel Galich, Julio Cortázar y Emmanuel Carballo.

28 de enero. La Editorial Nacional de Cuba difunde los primeros volúmenes de las *Obras completas* de José Martí. El tomo 28 apareció en 1973. Gonzalo de Quesada y Miranda es el responsable del proyecto. Juan Marinello prologa el primer tomo.

Febrero. Concurso Literario Hispanoamericano. Hay dos argentinos miembros del jurado: Gregorio Bergman en ensayo y Raúl González Tuñón en poesía.

Febrero. Julio Cortázar: «Algunos aspectos del cuento» en el número noviembre de 1962-febrero de 1963 de la revista *Casa de las Américas.*

Abril. «El Nuevo Mundo, la isla de Utopía y la Isla de Cuba», en la revista mexicana *Cuadernos Americanos,* marzo-abril de 1963. También circula como separata. Don Ezequiel explica que don Jesús Silva Herzog, director de la publicación, pensaba que la isla de la utopía era la Isla de Cuba; él solo había argumentado esa idea.

Prepara el tomo de la poesía gauchesca para la *Casa de las Américas*.

23 de agosto. «Imágenes de Fidel Castro; lectura lenta de 4 instantáneas» en la revista *Bohemia,* 23 de agosto de 1963. Las fotos son: Fidel preso en Santiago de Cuba (agosto de 1953); Fidel y el Comandante Camilo Cienfuegos entrando en La Habana (8 de enero de 1959); Fidel leyendo la Primera Declaración de La Habana (2 de septiembre de 1960); Fidel hablando en las Naciones Unidas (26 de septiembre de 1960).

Che Guevara: *Pasajes de la guerra revolucionaria.*

1964

La Casa de las Américas cambia el nombre del certamen a Concurso Literario Latinoamericano, para incluir a Brasil. Fue una sugerencia de Manuel Galich.

Febrero. Concurso Literario Latinoamericano. Hay tres argentinos miembros del jurado: Juan Gelman en poesía, María Rosa Oliver en cuento y Alejandro Verbitsky en teatro. Dos ganan premios: Octavio Getino en novela y Mario Trejo en poesía.

4 de noviembre. Fallece en la ciudad de Bahía Blanca.

1965

La Casa de las Américas asume como título definitivo para el certamen el de Premio Literario Casa de las Américas.

Febrero. Hay dos argentinos miembros del jurado: David Viñas en novela y Miguel Crinberg en cuento. Víctor García Robles gana en poesía.

12 de marzo. Che Guevara publica el ensayo «El socialismo y el hombre en Cuba» en la revista uruguaya *Marcha.*

1 de abril. Che Guevara escribe a Fidel Castro una carta de despedida, que se hará pública en octubre y parte clandestinamente a cumplir una misión como combatiente internacionalista en el Congo.

Julio-septiembre. «Retrato de Sarmiento» en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí,* julio-septiembre de 1965.

La Casa de las Américas asume como título definitivo para el certamen el de Premio Literario Casa de las Américas.

Noviembre-diciembre. Número de la revista *Casa de las Américas*, en homenaje a don Ezequiel. Colaboraron: Arnaldo Orfila, Emmanuel Carballo, Manuel Pedro González, Roberto Fernández Retamar, Ambrosio Fornet, Edmundo Desnoes, Salvador Bueno, entre otros.

Ambrosio Fornet: «Al servicio de la Revolución Cubana» (págs. 70-73).

Manuel Pedro González: «Reflexiones en torno a Ezequiel Martínez Estrada» (págs. 55-62).

Arnaldo Orfila: «Nada más que recuerdo» (págs. 17-24).

Emmanuel Carballo: «Tres radiografías de Ezequiel Martínez Estrada» (págs.38-49).

1966

Septiembre. «Temas, motivos, diseños», adelanto del capítulo VII de *La poesía afrocubana…*, revista *Unión,* julio-septiembre de 1966.

Martí: el héroe y su acción revolucionaria, Siglo XXI Editores, México, Argentina, España, 1966. Arnaldo Orfila, director de esa editorial, es el gestor de dicha publicación.

La Editora Pedagógica reproduce *Panorama de las literaturas.*

1967

Enero. Se termina de imprimir *Martí revolucionario,* publicado por Casa de las Américas con una tirada de 5000 ejemplares.

Mayo. Federico Álvarez: «El héroe y su acción revolucionaria» en *La Gaceta de Cuba.*

La UNEAC publica *La poesía afrocubana de Nicolás Guillén.* La primera edición fue hecha por *El Arca* en Montevideo (1966).

9 de octubre. Ernesto Che Guevara es asesinado en La Higuera, Bolivia.

18 de octubre. Velada solemne en homenaje a Ernesto Che Guevara en la Plaza de la Revolución José Martí. Nicolás Guillén recita «Che comandante, amigo».

1 de diciembre. Aparece en la revista *Bohemia,* «Última página cubana de Martínez Estrada». En noviembre de 1962, don Ezequiel estuvo en México, como escala en su retorno a la Argentina. Allí, fue entrevistado por Emmanuel Carballo, quien le preguntó: «¿Es el mismo don Ezequiel que se fue de México a Cuba en 1960 y el que regresa rumbo a la Argentina en 1962?».

Martínez Estrada respondió:

> [...] no podría decirle que al regreso soy el mismo que a la ida, y en eso me parezco un poco a Martín Fierro. [...] Yo puedo decirle que en mí mismo se ha operado, en cierto grado, en cierta escala, un fenómeno religioso de transmutación. Y es que sin cambiar nada, aquellas cosas que formaban mi persona han sufrido un mejoramiento.

1968

28 de enero. Apertura de la Sala Martí en la Biblioteca Nacional José Martí (BNJM). Cintio Vitier la dirige. Fina García Marruz lo ayuda. Manuel Pedro González es uno de los oradores en reconocimiento a que fue uno de los promotores. Manuel Pedro cree que la Sala debe ser «una corriente viva de trabajo y colaboración internacional en torno al estudio de Martí».

Enero-mayo. Israel Echevarría: «Don Ezequiel Martínez Estrada en Cuba. Contribución a su biobibliografía», en: *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí,*enero-mayo de 1968, págs.113-165.

10 de Octubre. Centenario de la Revolución de 1868.

Diciembre. César García Pons: «Martí revolucionario. La personalidad: el hombre», *Revista Cubana,* Nueva York, julio-diciembre de 1968, págs. 470-475. Número especial de homenaje a José Martí promovido por Carlos Ripoll.

1969

Primer *Anuario Martiano*, realizado por la Sala Martí de la BNJM. CintioVitier: «El Martí de Martínez Estrada» (págs. 331-348).

Vitier afirma:

> No obstante sus arbitrariedades, errores e injusticias, va a ser difícil, incluso para sus impugnadores, desentenderse de este libro conflictivo, caótico y fascinante.

Segundo *Anuario Martiano.* Manuel Pedro González: «Radiografía espiritual de José Martí» (págs. 481-529); Alfonso Bernal del Riesgo: «Afirmaciones erróneas en un gran libro biográfico».

Bernal señala que el libro

> es un documento probatorio de la amplitud de criterio, bilateral y hermoso. Él, un pensador antimarxista, abraza la causa de la Revolución Cubana. La Revolución Cubana marxista leninista y, por ende, cientificista, lo hace uno de sus escritores queridos y respetados (p.355).

1986

En la Colección Literatura Latinoamericana de la Casa de las Américas, aparece una *Antología* de su obra.

2013

Roberto Fernández Retamar: *Fervor de la Argentina*, Ediciones Abril, La Habana, 2013. Incluye cartas de don Ezequiel, poemas, artículos y ensayos, págs. 45-74, 63-77, 91-138.

La Habana, 8 de septiembre de 2013.

NOTAS

1 José Martí. «Rafael María de Mendive» (periódico *El Porvenir,* Nueva York, 1 de julio de 1891), en: *Obras completas,* La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, t. 5, págs. 250-252. En lo adelante esta edición se indicará con las siglas *OC,* tomo y páginas. En la cita, el realce en negritas es de AC.

2 José Martí: «Courtland Palmer», *OC,* t. 13, págs. 350-355.

3 Ezequiel Martínez Estrada utiliza esta afirmación de Fidel Castro como lema en su texto «Por qué estoy en Cuba y no en otra parte», revista *Casa de las Américas,* octubre-noviembre de 1960, págs. 33-34.

4 Nicolás Guillén. «Che Guevara» (periódico Revolución, 9 de enero de 1959), en: *Obra poética.1958-1972,* La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972, pág. 152.

5 En Roberto Fernández Retamar. *Fervor de la Argentina,* La Habana, Editora Abril, 2013, págs. 48-49.

6 Ezequiel Martínez Estrada. «El mausoleo de Martí», en: *En Cuba y al servicio de la Revolución Cubana,* La Habana, Ediciones de la Unión de Escritores y Artista de Cuba, 1963, págs. 164-175.

7 «El mausoleo de Martí».

8 La cita fue tomada del periódico *Hoy,* 7 de marzo de 1961 y reproducida por Israel Echevarría en «Don Ezequiel Martínez Estrada en Cuba. Contribución a su bibliografía». *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí,* enero-mayo de 1968, págs. 113-165.

9 Emmanuel Carballo. «Tres radiografías de Ezequiel Martínez Estrada». En *Casa de las América.* noviembre-diciembre de 1965, págs. 38-49.

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 41-56.

MARTÍNEZ ESTRADA

ENTRE EL HIGIENISMO Y EL LIBERACIONISMO

Hugo E. Biagini
Universidad Nacional de La Plata – Universidad de Belgrano

Hablaré en mi carácter de especialista en dolencias secretas
Ezequiel Martínez Estrada, «Discurso en México».

Si partimos de la validez que implica acceder al perfil de un intelectual mediante sus dedicatorias éditas, el caso Martínez Estrada me da pie para encarar el presente abordaje, a través de su libro *Las 40*, en el cual, allá por 1957, nos exhibía sus afinidades pensantes desde el mismo pórtico del texto, consagrado sin más por el autor a dos puntales de nuestro firmamento doctrinario: en primer lugar, Agustín Álvarez y, en un segundo escalón, Deodoro Roca: es decir, el reconocido maestro del gravitante positivismo argentino, por una parte, y el abanderado del movimiento reformista latinoamericano, por la otra.

Matrices deterministas

la veo con un microscopio,
con un espectroscopio.
(*¿Olvidaba que soy radiólogo?*)
EME, «Carta a Victoria Ocampo», 23'3'64

En la misma obra señalada al principio, Martínez Estrada exalta la figura de Agustín Álvarez a quien apoda reiteradamente como su «amigo», pese a la distancia cronológica que guardan sus respectivas existencias: pues Álvarez fallece cuando el primero solo contaba 18 años de edad. Sea como sea, EME se preocupa por retomar aquello que, según él, caracterizó a Agustín Álvarez, una iracundia similar a la de Sarmiento y una trompeta metálica para denunciar el cúmulo de trastornos circundantes: la viveza criolla que se burla de las leyes, el robo impune y la corrupción institucional, el pueblo ignorante y ventajero, las revueltas sociales y los gobiernos taimados, los «historiadores de bocacalle» que silencian los grandes desastres nacionales. La apelación a las ideas de Álvarez lo induce a EME a descalificar cuatro décadas de políticas oficiales: todo el entero lapso que media entre Yrigoyen y Perón.

Bajo ese marco conceptual EME invoca varias obras de su admirado ensayista mendocino, a saber: *Manual de patología política*, *South-América* y *Adónde vamos*. Un rastreo de tales obras arrojaría su fuerte contenido etnocéntrico y un dudoso paralelismo entre la fisiología corporal y la cultura o el espíritu, lo cual conduce a describir a nuestra América y a su gente como provista de un «protoplasma político» inconsistente y sumida en enfermizos extravíos de la razón. Ello desemboca en propuestas como las de «gobernar es sanar», a tener que practicar como el médico, «la autopsia de nuestro males» y trasmutar la desgraciada constitución mental del argentino frente a sus taras hispanas; o a sostener desvaríos como los de distancia sideral que existe entre el coya —abúlico o mendaz— y el digno caballero medieval. Dichas polarizaciones también se dan para AA en el plano continental: mientras América del Norte, colonia anglosajona, representa el Día y está habitada

por personas de primera clase, América del Sur, colonia latina se identifica con la Noche y los agitadores, exentos de moralidad y de aptitud para el autogobierno.

Los condicionamientos climáticos, que darían lugar a una de las zonceras criollas de Jauretche, también se abren paso en el corpus de Agustín Álvarez reivindicado por Martínez Estrada, cuando aquél insinúa una correspondencia biunívoca entre el medio ambiente cálido —sinónimo de indolencia— y el propio del frío, equiparable con la rectitud, la honradez y la laboriosidad. En otros libros suyos, como *Educación moral*, Álvarez reforzará aún más esos prejuicios idiosincráticos y hará hincapié en el lastre racial que impera en nuestra región, donde se puede comprobar una «tuberculosis del alma» o un «instinto de engaño» fomentado —a diferencia de lo que ocurre en Inglaterra— por el sistema escolar. Asimismo, podemos enterarnos, en esas mismas fuentes, de cosas tan disparatadas como las de que la barbarie es contagiosa o que el salvaje carece no sólo de racionalidad sino también de fantasías.

Las analogías organicistas estarán imbricadas de un modo u otro en el análisis interpretativo de nuestras realidades. Ya en *Radiografía de la Pampa*[1], con su emblemático título *ad hoc*, se bosqueja el recorrido predeterminado en cuestión, a través de expresiones psicosomáticas como las de «cabeza decapitada» (67), «pueblo esclerosado» y «biológico» (76, 170), «parálisis periférica», «sopor profundo», «existencia letárgica» (81), [guerras que obedecen a] «energías orgánicas», «tumefacción» del hombre pampeano (133), abolición de la personalidad (147), «revoluciones endémicas» y «su pecado original», «muerte del interior» e «hipertrofia de Buenos Aires» (195). Además se esgrimen argumentos de este tenor: «la fatalidad de las leyes geográficas» (81), [Latinoamérica] «descoyuntada para siempre en el cerebro» 88, la imposibilidad de que los ríos sudamericanos posean el significado de los «ríos de lucha y civilización» (87), el mal de «la vastedad» y de la «tierra vacía» (93, 94), «no hay luchas de clases ni problemas sociales» (94), [poblaciones enteras viven en] el «estado sonambúlico» [del amor libre y la embriaguez] (129). Desde la visión esquemática, cunde una atmósfera

de primitivismo, marginación, derrota y negatividad, en una América subsidiaria de Europa, desinteligente y atomizada por falta de ideales integradores, con su naturaleza aplastante, su paisaje intemporal y su historia apócrifa. El indígena, un residuo arqueológico, sería la quintaesencia de ese cuadro, por su falta de pasado y porvenir, por su mera índole sensorial y anticivilizatoria.

La cabeza de Goliat también arranca con una adjetivación cientificista, al subtitulársela, *Microscopía de Buenos Aires*[2]. A ello se le añaden apreciaciones como «hipertrofia de la Nación» (21), «promiscuidad de razas» (15), «la hez traída de los países de Europa» (176), [la cabeza] «se chupaba la sangre del cuerpo» (27), [la Atenas del Plata] «tiene el hedor del alma descompuesta» (176). Se trata de un tipo de afiliación a la cual puede incluirse otras alocuciones contextuales del mismo tenor como la de «tumores» [ciudadanos][3].

Si bien el lenguaje corporalista se eclipsa en una producción coetánea como *Diario de viaje*, datado en 1942, se mantiene allí cierta yancofilia semejante a la que pulula en el propio Agustín Álvarez, pues los Estados Unidos, lejos de evidenciársele a EME como una «civilización del dólar» (64) —según lo percibirá en sus últimos años—, constituye «el país más casto y puro» (75), con un Estado «muy sólidamente fundado» (59), donde los agitadores no ofrecen ningún peligro y donde la gente que deja su cartera en la calle vuelve a encontrarla en el mismo lugar o hasta se la retornan a su casa (33). Dos puntos urticantes —el papel de la democracia y de las fuerzas armadas norteamericanas— serán despachados liviana y acríticamente:

> Democracia es siempre igualdad en la pobreza, ignorancia, nivelación hacia abajo. Aquí es bienestar, conducta, educación (40) [...] los militares existen sin mortificar al resto del género humano (34).

En su estudio sobre Sarmiento[4], aunque EME toma alguna distancia frente a ese coloso del liberalismo y el positivismo argentino, preserva la matriz segregacionista y defiende el paradigma de una obra tan dis-

criminatoria como *Conflicto y armonías* para plantear el tema de la nacionalidad; la cual debe ser abordada con el bisturí sarmientino que no embota nunca, pues «quiere y cura lo más sensible de nuestro amor al país» (8), presentándose en definitiva como indiscutibles los términos antitéticos de civilización y barbarie. Para EME, Sarmiento comprendió que lo americano ha sido inficionado por el mestizaje de una semicivilización o semibarbarie, ocasionando una degradación del tipo étnico peninsular. La historia argentina o sudamericana deviene una «cultura bastarda» (60) y el elemento aborigen resulta un factor contaminante que agudizó los trastornos coloniales. En *Los invariantes* EME reivindica como un verdadero hallazgo sarmientino el mito negativo de las fuerzas bárbaras y sostiene la unidad psicosomática de los pueblos, la cual, entre los «primitivos», trasunta una inmovilidad mental y técnica que se impone mórbidamente sobre los demás[5].

En *Cuadrante del pampero*[6], que recoge artículos publicados por EME anteriores a 1956, se habla de un país que debe ser resucitado, de una plebe psicoanalizable de «hermafroditas espirituales» (140) y del pueblo como un sujeto oscuro que sigue a los embaucadores, se compra fácilmente por un asado o actúa como una muchacha hermosa pero fácil (139, 138, 134). Al mismo tiempo, se alude a una misteriosa enfermedad que se exterioriza «por pústulas sanguíneas, disenterías, neuralgias» (132) y lleva un nombre ignominioso: peronismo, identificado con la doctrina fascista y el máximo de inmoralidad, mientras su creador es tildado como látigo, flagelo, azote y castigo divino a la vez (83). Y se despliega nuevamente la misma artillería experimentalista para una nación que tenía que recobrarse hasta alcanzar un metabolismo normal (133).

Para ese entonces EME da a conocer, *¿Qué es esto?*[7], otro libro detonante o «apocalíptico» —según lo postula su propio autor—. En él vuelve a hacerse referencia a una chusma ciega y corroída que requiere de una terapia recuperadora, a un Perón prestigiado por masas analfabetas y descamisadas —propensas a creer en milagreros y manosantas—, a un gobierno que equiparó salarialmente al trabajador con el profesional y que habituó a los obreros a correr tras la zanahoria

de un ingreso más alto. Evita nunca es llamada por su nombre, pero responde a distintos apodos: «ella» (308), «esa mujer» (327), «la vedette» (304) que tuvo como público a los «grasitas» (307) o, más *in extenso*: «una sublimación de lo torpe, ruin, abyecto, infame, vengativo, ofídico [...] que encarnaba atributos de los dioses infernales» (307).

Con todo, las baterías no apuntan solo contra el peronismo —como suele decirse— sino ante otro ídolo popular como Hipólito Yrigoyen, al cual se le endilga nada menos que la descomposición política y económica del país junto a un estilo personal sumamente defectuoso: por su desatino e irresponsabilidad, por su «inspiración sibilina» (289) que lo exhibía como un shamán o mago, por su «estolidez verbal» (287), sus «vocablos mesméricos» (*ibid.*) y sus palabras huecas. EME, que se hace eco de una nota sobre el golpe del 30 de *La Nación* —donde se habla del desprecio de Yrigoyen por la inteligencia, de su «adjetivación delirante» y «sus descoyuntamientos sintácticos» (290)— termina condenando al primer presidente democrático argentino por convertir en ministros a los limpiadores de cloacas y porque sus aforismos podrían parangonarse con la ulterior plataforma peronista.

En esas filípicas, Martínez Estrada rescata la prédica «genial» (153) de un «filósofo trashumante» (111), el conde de Keyserling, cuya inveterada caracterización de nuestra sociedad como un animal reptilíneo de sangre fría induce a nuestro escritor a hacerla extensiva a la falta de reacción que provocaría en principio el peronismo. Con K, que también llegó a exorcizar al mismo Yrigoyen, asistimos a otra de las variables causalistas fundantes del pensamiento de EME, quien tampoco podría alardear como K. —ni el político radical imputado— de poseer un lenguaje transparente, si nos atuviéramos a dicha óptica simplista que pasa por alto las mediaciones (entre el habla y las cosas).

Como se sabe, el trasfondo magnético que emanaba la obra de K. emerge ya con la misma *Radiografía...*[8], donde se traza un cuadro de similar orientación: al describirse la precordillera como proveniente del «segundo lapso de la creación» (83), cuando América Latina es ubicada dentro de un orden rudimentario, cuando se tienden filiaciones estrechas

entre el político regional —un señor de plebes postulantes— y el curandero, el brujo y la comadrona. *A posteriori*[9], EME admitirá haber titulado una parte de ese opus clásico con el mismo concepto que K. denominará a una de sus meditaciones: el miedo. Pueden constatarse menciones más expresas a K en muchos otros pasajes de EME. Por ejemplo, en el texto editado por Joaquín Roy, *Diagrama de los Estados Unidos*[10], cuando EME le reconoce al ideólogo báltico el haber captado una profunda similitud del «alma americana» con la eslava (158); el haber advertido un rasgo típico de la barbarie moderna en las culturas fronterizas junto a su evocación del influjo ejercido por las «fuerzas telúricas» sobre el inmigrante que vendría a ocupar el sitio vacante del indio[11]; o el haber intuido hondamente el cuerpo social de América y sus arcaicas fuerzas en pugna, donde la naturaleza conserva su poderío salvaje y se tensiona la evolución individual[12].

Si nos detenemos por último en la prominente silueta de K., me permito evocar un trabajo propio —lleno de ínfulas juvenilistas— y que, de un modo u otro, ha sido generosamente comentado como una interpretación bastante pionera en la materia. El mismo fue expuesto inicialmente con el nombre de *Caracterologías germánicas de lo americano* allá por 1985 en unas Jornadas alemano-iberoamericanas de Ética y luego publicado en distintas circunstancias[13]. En ese *paper*, yo hacía hincapié no solo en los distintos grados de deshumanización con los que K. encaraba la americanidad y su incidencia sobre Martínez Estrada sino también cómo, sin confesarlo, hacía leña del árbol recién caído y maltrataba a Yrigoyen como un instintivo cabecilla indígena dotado de carismáticos aires de hechicero sobre el populacho, según lo vimos casi gráficamente reproducido en *¿Qué es esto?*

Salvando los esquematismos, reitero en forma sintética la conclusión que formulé en el texto mencionado hace tres décadas atrás; conclusión que en el aquí y ahora de esta ponencia puede incluir al propio Agustín Alvarez y a su no menos trascendente intento de sustancializar nuestras presuntas ineptitudes:

> Keyserling viene a reforzar una prolongada línea valorativa que se remonta a los orígenes mismos del colonialismo [...] Esa ideología de la inmadurez y la incapacidad intrínseca del sudamericano ha servido para justificar el sojuzgamiento de nuestros países por los centros de dominación mundial y por los elitismos locales —ora a través de la ocu-pación lisa y llana de nuestro territorio, ora mediante el derrocamiento de gobiernos mayoritarios—, so remanidos pretextos, como el que insinuaba el propio K, de que hay pueblos [«retrasados»] que no están en condiciones de elegir sus autoridades [de vivir según «los principios de la democracia moderna»].

Cabe deplorar por cierto cómo esa impronta golpista se apoderó de muchos intelectuales y de cómo el mismo EME también sucumbió ante ella, llegando a dirigirse a un gobernante militar de facto, Pedro Eugenio Aramburu como a un excelentísimo presidente muy querido en Bahía Blanca[14].

La raigambre utopista

En verdad, no existen pueblos infantes
Lévy-Strauss, *Race et histoire*

hemos recuperado la confianza en la natural sabiduría de los pueblos
M. Estrada, *Mi experiencia cubana*

Si nos plantamos en una versión como la que acabo de esbozar tendríamos que clausurar sin más el ruedo Martínez–estradista y coincidir con visiones penetrantes como las de Eugenio Pucciarelli o la de la entrañable Graciela Scheines. Pucciarelli, en el número que le dedicó la revista *Sur* a EME, se refería a una «reflexión implacable sobre nuestros males [y] calamidades [en donde] nada se salva», mientras que Graciela, en su premiadísimo libro cubano, no dejaba a su vez de puntualizar que EME «impuso a las futuras generaciones el ejercicio de una crítica despiadada y sin salida de la realidad autóctona», lo cual ella englobaba en un paralizante apotegma: NO HAY NADA QUE HACER...[15] El

propio EME volverá una y otra vez a su *leit motiv* iniciático: «Una radiografía de la pampa muestra la imagen, inevitablemente sombría, del esqueleto, las vísceras y las glándulas de un país de llanura»[16].

Así y todo, frente a ese nihilismo a ultranza nos queda, por fortuna, la pata roquista o, mejor dicho, para disipar equívocos, ese puente deodórico que sugerí al comienzo. En puridad, un Deodoro Roca vendría a representar como el Dr. Hyde de EME, quien, sin mayores explicaciones y fuera de su estilo iconoclasta, llegaría a consagrar a su par cordobés como el escritor político argentino más importante del siglo XX. Con ello se superaba hasta el propio parecer del severo Ortega y Gasset quien, destacó a Deodoro como una de las dos mejores personalidades que había conocido en la Argentina. Si bien Deodoro no comulgó con la exaltación que hizo EME de Leopoldo Lugones —al cual en una memorable polémica lo lapidó con el epíteto de «león de alfombra»— existen en cambio algunas convergencias con el EME que voy a recuperar en esta parte de la disertación. Por lo pronto, el nombre de Deodoro Roca puede asociarse con un ferviente anhelo rupturista, similar al de Martí o Ugarte por materializar nuestra independencia económica y cultural, la afirmación nacional y la unidad continental, en contraposición al expansionismo estadounidense —todo un ideario fuertemente revitalizado en el último EME—, el cual, como Deodoro, fue primero un miembro conspicuo de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre hasta rematar ese cariz progresista durante su activa participación en la Revolución cubana.

Junto al factum mundano que lo lleva a EME a proclamar «Estoy en Cuba para servir a la Revolución», ¿qué otros referentes han podido acompañar ese giro o salto ideológico de nuestro ensayista que lo habrían alejado del reduccionismo genético-ambientalistas para incorporar en sus miras a la función utópica, o sea esa actitud de oposición a lo dado para transformarlo y anticipar el futuro. La respuesta a ese viraje hermenéutico no puede solo plantearse como el énfasis que le imprimió Ambrosio Fornet:

> A los sesenta y cinco años, un intelectual decide renunciar a todo un repertorio de ideas enmohecidas [...] y tiene la audacia de situarse ante la realidad como si todo empezara de nuevo y no hubiera más remedio que aceptar[17].

Una verdad palmaria si tomamos en cuenta la mutación que se produce en la cosmovisión de Martínez Estrada a partir de su acercamiento a la Revolución cubana. No obstante, fuerza es preguntarnos si no hubo significativos elementos de juicio previos a ese punto de inflexión que permitan configurar un panorama menos disruptivo. Acudamos por ello a distintos pasajes de su obra, aún la más urticante, con notorio carácter alternativo o contrahegemónico, *v. gr*:

> [Buenos Aires como] la ciudad de los grandes sueños del terrateniente y del hacendado, del político y del agente de la banca internacional: la ciudad que da la espalda al interior y mira a Europa (*Goliat*, 15).
>
> [Sarmiento] no comprendió que Inglaterra y Estados Unidos constituían países fundados sobre la ignominia (*Sarmiento*, 61).
>
> el pobre para [Sarmiento] era simplemente pobre, no un ser despojado injustamente de sus derechos naturales a la libertad y a la felicidad [...] el indio [...] era a sus ojos un instrumento de atraso, pero no un infeliz que soportaba sobre sí el peso de una injusticia social e histórica (*ibid*., 145).
>
> [EME presenta como] agentes invisibles de putrefacción [al] antisemitismo, [al] militarismo prusiano, [y al] nacional socialismo católico (*Cuadrante del Pampero*, 133).
>
> Se ha dicho que ninguna revista ni periódico americano [...] está libre de influencias de Wall Street [...]. Que los dos partidos políticos, el republicano y el demócrata, están a sueldo [...] de este movimiento imperialista universal que emplea la ciencia, el arte, las letras y las iglesias para realizar sus tenebrosos planes (*Ibid*., 14).
>
> si antes, para someter al hombre, era preciso vencerlo, hoy basta con enfermarlo. Y el vehículo de contagio asombrosa, maravillosamente eficaz no es siquiera el libro o el diario, sino la radio (*Ibid*).

> a los quince años [...] cantaba la Internacional, y leía *La Vanguardia* y *La Protesta* [...] Yo soy, en fin [...] un individuo peligroso para la seguridad del Estado (*Ibid*, 109).
>
> el estudiantado debe participar en el gobierno de todas las casas de estudio [...] mi lema es: «Todo el poder a las cooperativas y a los sindicatos» (*Ibid*. 160, 161).
>
> Perón marca una avanzada sobre la vanguardia del pensamiento social y político argentino[18].
>
> los gobiernos políticos están gobernados por gobiernos económico militares[19] (LQ 87).
>
> Hoy en día [...] le es imposible al trabajador de Suramérica tener idea ni aproximada de la situación mundial y menos de la mundial (Ibid. 101).

Más allá de esas pinceladas anticipatorias del EME definitivo y definitorio, puede igualmente aseverarse la creencia sobre el parte aguas que representa primero su intenso pasaje intelectual por México bajo los auspicios del argentino Ornaldo Orfila Reynal, director a la sazón del Fondo de Cultura Económica y exlíder reformista de la Universidad de La Plata, donde había llevado un insigne magisterio el propio Martínez Estrada. Se trató de una estancia durante la cual éste publicó su obra más voluminosa, *Diferencias y semejanzas entre los países de América Latina*, en la cual, sin prescindir del evangelio determinista, se critica el miraje sobre el indio como tipo humano inferior y estancado, renuente a la civilización y refractario al trabajo y a la instrucción; mientras se adelanta en asociar la guerra de la independencia cubana con el movimiento revolucionario castrista, desde análogos fundamentos éticos y sociales. En México EME diseña una línea de trabajo sobre Martí y las gestas emancipadoras, para abrirse francamente a la problemática supra-nacional.

Es probable también que desde el mismo México, ese promontorio hondamente regionalista, haya gestado el libro que sería objeto de reconocimiento por Casa de las Américas en 1960 (similar al que, salvando

distancias, recibiría, como es *vox populi* nuestra compatriota Graciela Scheines cuarenta años después). Me estoy refiriendo a su *Análisis funcional de la cultura*[20], una breve pieza, más académica que ensayística, y en la cual hace eclosión otro Martínez Estrada, que revierte su carga simbólica previa, se muestra receptivo a las aportaciones antropológicas y denuncia ciertos patrones occidentales. Depuesto el *parti pris* racialista, sostiene que el hombre es el mismo en todas las latitudes y que existe una única civilización. Lejos de visualizar al pueblo como una masa insulsa y de confundir pobreza con abyección, lo vincula con la sapiencia y con valores sacrosantos, por más que se intentara embrutecerlo con la cultura *kitsch* y con un taylorismo explotador. También cuestiona la frecuente escisión entre trabajo manual e intelectual, el modelo excluyente del *homo faber* tecno-positivista. No sólo advierte la predisposición reflexiva del indígena sino que alude a las culturas madres originarias como basamento de una renovada cultura americana.

Tales considerandos no suponen el total abandono del pivote sanitarista sino que, como ha solido ocurrir con ese arquetipo metodológico, el mismo puede cambiar de sentido y orientación, habida cuenta de que, fuera de sus limitaciones epistémicas, las explicaciones organicistas —de equiparar un cuerpo viviente con la sociedad humana— pueden oscilar entre los propósitos inmovilizadores del statu quo y formas evolucionistas favorables a la dinámica comunitaria[21]. Aunque EME dedica todo un apartado del texto a la «Patología de la cultura», se aparta de la mira que le atribuye a los pueblos aborígenes filiaciones anómalas y morbosas, para inclinar la balanza de lo enfermizo hacia las «altas culturas occidentales» (42) en su más diversas manifestaciones superestructurales, las cuales desnaturalizan, contagian y prostituyen el cuerpo social hasta producir la decrepitud de sus tejidos vivos. Y, en un tono curiosamente vaticinador, acusa como un fenómeno de propagación infecciosa al periodismo propio de las «más poderosas organizaciones monopolísticas», (53) empresas mercantiles funcionales al imperialismo y destinadas a pergeñar «un orden de barbarie moral, injusticia y mentira» (57).

De ahí en más nos topamos con aquello que le tocó experimentar desde adentro: lo que se ha dado en llamar una utopía realmente existente: la Revolución cubana en marcha, sus realizaciones y sus boicots. Además, la índole geo-física del emplazamiento en cuestión nos remite a una de las pautas principales con la que, según Fernando Aínsa[22], es concebido el género utópico clásico: la insularidad como un espacio ideal para la convivencia humana, al estilo de la isla figurada por Tomás Moro. Dicha asociación de ideas lleva a EME a desarrollar su ensayo sobre *El nuevo mundo, la isla de Utopía y la isla de Cuba*[23]. Se estaría en presencia de una nueva realidad, una nueva historia y una nueva humanidad apta para teorizar y conducirse, la isla de los utópicos, en la cual Moro le atribuía el Moro el cese de la opresión y postula la igualdad de bienes, con eliminación de la propiedad privada y distribución equitativa de la tierra. Para EME se trata de una profecía que anuncia un régimen social en el cual desaparecen las *pestes* centenarias que traen aparejado los gobiernos y regímenes «predatorios», en la línea de lo proclamado por la constitución mejicana y la acción revolucionaria cubana. Utopía deja de ser una isla imaginaria y se encarna en las Antillas. La Utopía de Moro viene a ser así la Cuba implementada por el movimiento 26 de julio. En Cuba se instrumentan las cualidades presagiadas por Moro y en Estados Unidos los «vicios y perversidades» que aquél observaba en Inglaterra, la caza de brujas que acabaría con la vida de ese libre pensador y subsistiría en las entrañas del coetáneo coloso del Norte.

En el último texto seleccionado, *Mi experiencia cubana*[24], se recopila una serie de heterogéneos escritos situacionales donde tampoco falta el símil fisiologista. De tal manera, la Revolución, planteada como una mutación radical, resulta el más descollante acontecimiento de masas en la historia independentista de nuestros pueblos y en correspondencia con *factores metabólicos* de la misma evolución cubana, mientras se potencia la misma lexicografía en relación a los disvalores políticos. Para dar cuenta del rol que jugaron los distintos poderes y fuerzas públicas —como Justicia, Ejército e Iglesia—, EME declara: «eran órganos

catabólicos que, absorbidas las *sustancias vitales* del esfuerzo colectivo, las expelían en residuos *tóxicos* y estupefacientes...» (83). La *etiología* de sus jaquecas eran jocosamente atribuidas a una Sagrada Trinidad: Dios, Patria y Hogar, mientras lanzaba sus dardos contra «el gigante [que] se pudría de una *enfermedad* vergonzosa que aludía a drogas heroicas y que su *estertor* amenazaba con aniquilar el planeta» (89). Allí mismo, haciendo quizá un poco de autoinculpación, cuestiona la forma en que los intelectuales se han ido alejando del pueblo.

Así, desde Cuba, como «territorio libre de América» (101), EME desafía a una «siniestra organización» como la CIA, impugnada por ejercer una coacción descomunal, junto al Departamento de Estado, el Pentágono y el FBI asesinando en masa a personas que contemplan esperanzadamente el porvenir (18), como el pueblo cubano que, sobreponiéndose a su postración, ha reconquistado su tierra y adquirido una conciencia cabal de sus derechos y de los poderes insospechables que contienen las fuerzas morales. Imbuido de lirismo anuncia la buena nueva:

> Tras las cumbres de la Sierra Maestra, lució un nuevo amanecer en la Historia [...] Después del 1º de enero de 1959 no podemos pensar, sentir, juzgar ni hablar como antes.

Tras tanta descarga de pruebas, en torno al dilemático ideario en juego y a la conversión de su portavoz en un ser humano apreciable y sensiblemente nuevo, podemos evocar con la conciencia analítica más suelta, el poema dedicado a su persona por Fernández Retamar, uno de sus principales anfitriones cubanos:

> *Que la alucinante suma de azares*
> *que a través de astros, espacios, monstruos,*
> *cataclismos, historias, se hizo una vez*
> *Ezequiel Martínez Estrada [...]*
> *Puesto que ha habido gente como usted,*
> *es probable, es bastante probable,*
> *que todo esto tenga algún sentido.*
> *Por lo pronto ya sé: no bajar la cabeza.*

NOTAS

1 Buenos Aires: Losada, 1976.

2 Buenos Aires: Club del Libro, 1940.

3 EME, ‹‹Estadios››, citado en la antología de Pedro Orgambide, *Genio y figura de EME*, Buenos Aires: EudeBA, 1985, pág. 135.

4 Buenos Aires: Sudamericana, 1969.

5 *Los invariantes históricos en el Facundo*, Buenos Aires: Casa Pardo, 1974.

6 Buenos Aires: Deucalion, 1956.

7 Buenos Aires: Biblioteca Nacional, Colihue, 2005.

8 Edición citada.

9 En *Los invariantes*..., pág. 27.

10 Incluido en EME, *Panorama de los Estados Unidos*, Buenos Aires: Torres Agüero, 1985.

11 *Sarmiento*, pp. 62, 90.

12 Martínez Estrada, *Diferencias y semejanzas entre los países de América Latina*, México, UNAM, 1962, pág. 19.

13 H. E. Biagini, «Deutsche Charakteriologien der sudamerikanischen Welt». En Fornet-Betancourt, R. y Lértora Mendoza, C. *Ethik in Deutschland und Lateinamerika heute*, Frankfurt: Peter Lange, 1985; incluido en H. Biagini, *Filosofía americana e identidad*, Buenos Aires: EudeBA, 1989. Sobre la correlación EME y K, ver el estupendo libro de Teresa Alfieri, *La Argentina de Ezequiel Martínez Estrada*, Buenos Aires: Leviatán, 2004, págs. 110 ss.

14 En *Cuadrante del pampero*. ed. cit., pág. 100.

15 E. Pucciarelli. «Imagen de la Argentina en Martínez Estrada». *Sur*, 295, 1965, pág. 39; G. Scheines. *Las metáforas del fracaso*. La Habana, Casa de las Américas, 1991, pág. 51.

16 EME. «Discurso en Ciudad de México». En Christian Ferrer (Ed.), *Epistolario. La correspondencia entre Victoria y Ezequiel Martínez Estrada*. Buenos Aires: Interzona, 2013, pág. 67.

17 «Desde el Martí de Ezequiel Martínez Estrada». En Fernández Retamar, R. *Antología personal.* México: Siglo XXI, 2007, pág. 220.

18 Citado por Hebe Clementi. *La historia de una editora*. Buenos Aires: Leviatán, 2004, pág. 71.

19 Martínez Estrada. *Las 40*. Buenos Aires: Torres Agüero, 1983, pág. 87.

20 Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1967.

21 Cfr. entrada de Gustavo Vallejo, «Evolucionismo social». En Biagini, H. y Roig, A. *Diccionario del pensamiento alternativo*. Biblos/Universidad Nacional de Lanús, 2008.

22 *La reconstruction de l'utopie*, París: Arcantères/Unesco, 1997, págs. 23-24.

23 Sobretiro de *Cuadernos Americanos*, 2, 1963, págs. 29, 33.

24 Montevideo: El Siglo Ilustrado, 1965.

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 57-79.

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, UN VIRTUOSO DEL ENSAYO

Liliana Weinberg
CIALC, UNAM, México

La soledad te ha hecho
Luchador por el tronco,
Por las ramas artista,
Por la raíz filósofo.
El árbol más potente
Es el que está más solo...
Ezequiel Martínez Estrada, *El ombú*

Radiografía del genio

Mi presentación girará en torno de esta imagen detonante que el propio Martínez Estrada nos ofrece de un árbol y de sí mismo en *El ombú*: luchador, artista, filósofo, poderoso y solo. Hace pocos meses tuve oportunidad de encontrarme con Sonia Henríquez Ureña en Santo Domingo. A mi pregunta sobre qué recuerdos tenía ella de Martínez

Estrada, me respondió que oyó a su padre decir que «si el genio existe, el genio es Martínez Estrada».

¿En qué consiste ese genio, hacia dónde se proyectó y qué nos legó? Genio —de *gignere*, engendrar— es aquél que manifiesta una fuerza, una potencia creadora, fuera de lo común. Formación romántica si las hay, «el misterio de la genialidad» se convierte en una de las formas de la relación del individuo y su comunidad desde el siglo XIX, ligada a la del profetismo laico y a la «agudísima inteligencia» del escritor (Schiller).

La noción de genio, de neta raíz romántica, ocupará más tarde un lugar especial en el pensamiento de Simmel y Rickert, dos lecturas obligadas de Martínez Estrada. En efecto, al referirse a la tragedia de la cultura, Simmel plantea que por tal se entiende el proceso que se encuentra entre el «alma» y las «formas». Para Simmel:

> Cultura significa ambas cosas: tanto las objetivaciones en las que se extraña una vida que brota de la subjetividad, es decir, el espíritu objetivo, como también, a la inversa, la formación de un alma que desde la naturaleza se eleva a la cultura, es decir, la formación del espíritu subjetivo. La vida en conjunto es interpretada conforme al modelo de un proceso de producción creadora en el que el artista genial efectúa la configuración orgánica de su obra desplegando con ello la totalidad de sus propias fuerzas esenciales. El *telos* de este proceso de formación es el incremento y potenciación de la vida individual. En la versión de Simmel el espíritu subjetivo mantiene decididamente la primacía sobre el objetivo, el cultivo del sujeto mantiene la primacía sobre la cultura objetiva (Habermas, 1996: 181-2).

Me atrevo a afirmar que a través de los ensayos de Martínez Estrada, y por qué no, de su obra toda, se evidencia esta permanente tensión entre espíritu subjetivo y cultura objetiva, traducida en muchas ocasiones a través de la figura de la paradoja. Esta identificación entre un escritor y su país, tal como él la descubrió en Sarmiento, es un tema que atraviesa su propia producción.

Por otra parte, la «soledad» se convertirá también en un motivo que acompañará al autorretrato que de sí hace Martínez Estrada: la «soledad» que abre y cierra este breve y formidable poema encuadra las potencias de

un luchador, artista, filósofo: rasgos que, bien examinados, no corresponden solo a la autoconstrucción intelectual de Martínez Estrada sino a la que él hace de sus «hermanos», esa confraternidad en soledad que nuestro autor compartía con Lugones, Quiroga, Franco, Glusberg. Un auténtico «desterrado en el mundo», como la figura del albatros en el poema de Baudelaire. En otra de las composiciones «autobiográficas», don Ezequiel se burla de su «nombre de profeta», «con un pistoletazo en cada zeta». En un comentario irónico dirá «Durante cierto período de mi vida tuve que alimentarme exclusivamente de obras escritas en español. En alguna forma tenía que pagar mi nombre de profeta» (Martínez Estrada, 1964a: 63). El profeta como aquél que dice la verdad a un pueblo impío, por cuya propia voz habla la sabiduría divina, como el Ezequiel bíblico, a quien Jehová llama y anima a decir su palabra al pueblo rebelde. «Acaso ellos escuchen; pero si no escucharen, porque son una casa rebelde, siempre conocerán que hubo profeta entre ellos», leemos en la Biblia (2: 6). En distintos momentos de su vida —sobre todo durante el peronismo— sus alocuciones y exhortaciones adquirirán un tono admonitorio y profético.

A la evocación de las figuras de genio, pensador y artista solo y profeta sumo otro elemento: la idea del *virtuoso*. Pensamos de inmediato en el primero de los virtuosos, el maestro que se hizo carne con su violín, destacado en la composición tanto como en la interpretación, a quien Martínez Estrada dedicó muchas páginas notables hoy en buena medida recogidas en su *Paganini*. (Martínez Estrada, 2001a) Ser virtuoso se convirtió en una forma a través de la cual, desde la soledad, el artista logrará incorporarse a su sociedad. Por otra parte, la idea de virtuoso va siempre ligada en Martínez Estrada a la de trabajo, trabajo titánico, trabajo sin descanso, de tiempo, entrega y vocación completos: un trabajo intelectual que exige el mismo primor, dedicación y dotes del trabajo artesanal y que compromete el propio cuerpo del artífice. Dirá, por ejemplo, que «Gandhi ha expresado muy bien el perfeccionamiento de toda índole que el obrero obtiene de su obra, en el sentido de que ésta le restituye lo que de él recibe. Es el alfarero quien recibe un bien de la tierra» (Martínez Estrada, 1968: 54).

Esta traducción en la propia vida del consabido lema de que «el genio no nace, se hace», y de la dignificación del hombre a través del trabajo, se traduce simbólicamente, en Martínez Estrada, en la transustanciación del trabajo manual y del trabajo intelectual, del artesano y su obra, del intérprete y la realidad interpretada. Es no solo su aspiración a decir la verdad, sino también el esfuerzo arduo para lograrlo, el que constituye la garantía de su decir y su sentir, la garantía de autenticidad (otro término clave en él), y está en la base de su imaginario.

Sobre su titánico modo de trabajar nos quedan noticias, por ejemplo, en la correspondencia que mantuvo con Orfila Reynal a propósito de *Muerte y transfiguración* y las imágenes «gauchescas» de la doma que entre burlas y veras aplicó en sus cartas para mostrar la magnitud de la tarea. Los proyectos adquirieron siempre dimensiones titánicas: basta con ver esas descomunales empresas de análisis y de síntesis que fueron no solo sus ensayos mayores sino también su *Panorama de las literaturas*, su *Diferencias y semejanzas*, su *Balzac*, su *Martí*, para comprender a qué nos referimos.

El modelo del virtuoso que se convierte en tal a fuerza de educarse a sí mismo hasta exigir el máximo de las energías y la entrega al trabajo. El modelo del virtuoso que se hace uno con su instrumento de música y de palabras. El modelo del virtuoso que se corresponde a la vez con el modelo del artesano y de la vida natural, que, como en Martí, exige otro elemento al escritor: la autenticidad, como lo fueron también en este sentido virtuosos del vivir y el trabajar auténticos Hudson o Quiroga. El modelo del virtuoso que se traslada al pensamiento y al arte, en cuanto interpreta como virtuosos a Nietzsche o Montaigne. El modelo del virtuoso de la ética, que busca la virtud en el propio vivir, como, otra vez, Quiroga, en quien celebra «una regla austera de conducta», «un deber de conciencia para consigo y para con los demás», la obediencia «a la simple fórmula de dar a cada cual lo suyo», y aclara: «Su mentor, como el mío, era Thoreau —la fórmula: arregla tus cosas primero y después ocúpate del mundo, era de Emerson— en calidad de escritor, pensador y hombre puro» (Martínez Estrada, 1968). Virtuoso por antonomasia es el que se corresponde con el

modelo del profeta y el mártir, el visionario que hace de sus herramientas el compromiso y la verdad, como en los casos de Gandhi o Martí.

Martínez Estrada hizo de su quehacer, el ensayo, y de su figura, el ensayista, un compromiso de vida semejante al que pinta en su libro sobre *Paganini*: «el violín y el violinista». Esto le permitió, como en Mariátegui, salvar la brecha entre trabajo artesanal y trabajo intelectual, entre pasión y dedicación. El compromiso incluso corporal entre el autor y su obra es también garantía de autenticidad.

Nos asomamos así a sus condiciones de genio, virtuoso y adelantado de la literatura: esa figura de profeta que tanto le interesó, esa figura de adivino o rabdomante que muchos encontraron en él, esa permanente capacidad de apasionamiento que activamente tradujo en libro hacia diversas figuras de la literatura y el arte de distintos lugares y tiempos (en Argentina, Sarmiento, Hudson, Lugones, Quiroga; en América Latina, Martí, el Che, y Guillén; en el mundo de las letras y las artes, Montaigne, Balzac, Nietzsche, Paganini), figuras a las que dedicó desde intensos medallones de filiación modernista hasta extensos estudios completos de tono expresionista, y que alimentaron su propio ideario posmodernista, todavía por explorar. Releamos ese primoroso autorretrato que resume todos estos componentes:

PRÓLOGO
Sin estar viejo y sin dolencia grave,
noto que va flaqueando mi memoria
y que es el tiempo en que, según se sabe,
el hombre empieza a edificar su historia.

LLEGADA
A mi pueblo natal llegué un día de fiesta,
antes de la alborada, y obtuve en homenaje
una salva de bombas y un baile a toda orquesta.
¡Y pensar que llegaba sin nombre ni equipaje!

PATRIMONIO
De mi padre heredé su carácter austero,
su estatura mediana y su sed de aventuras.

De mi madre, un volumen de versos y figuras
forrado con mi cuero.

PRIMERA SALIDA
Mi corcel de cartón piafaba en el desván
y por un ventanal entraba, enorme, el sol.
Yo estaba, espada en mano, como aquel español
que se metió en los sesos las «Sergas de Esplandián».

PRIMERA EMPRESA
Quise plasmar con humo mi ideal. (Prometeo,
con más sabiduría, usaba el barro).
Y ahora que digo el humo, me acuerdo del mareo
y de las náuseas del primer cigarro.

LA OBRA
El inútil apremio de la hormiga atareada,
y al fin de tanto esfuerzo, de tanto afán prolijo,
ni un gran libro, ni un árbol que dé sombra, ni un hijo.
La tristeza, el trabajo y el amor para nada.

PARTIDA
Por si el regreso es arduo de sierras y pantanos
con las botas calzadas espero la partida.
¿Pena? Sí; me dan pena, y aun no partí, las manos
altas y lentas de la despedida.

EPITAFIO
He respetado en todo al Dios desconocido
bajo las tres hipóstasis de Bello, Puro y Cierto.
Di al alma cinco dracmas y una a cada sentido.
Y, sin embargo, aquí estoy muerto.

«Un volumen de versos y figuras...forrados con mi cuero»: el hombre se hace libro, un libro encuadernado con su propio cuero, un libro que lo atormenta y se apodera de él, porque su vida empieza —como libro— por un prólogo a la vez que el libro acaba —como la vida— con un epitafio. Esta idea atormentada del *domador de sí mismo*, del compromiso vinculado a la autoexigencia hasta caer exhausto, se reitera una y otra vez

en su retrato de las figuras que más admiró. En muchos casos develará, en los respectivos autores, una cuota de genio y de trabajo sobre sí mismo, así como una capacidad de dar vida al pensamiento, a través de sus «órganos vivos de un filosofar auténtico» en Montaigne, Balzac, Nietzsche, (Martínez Estrada, 1946: 102) como se referirá al «fulgor de la inteligencia de Nietzsche» y esa «grieta profunda» de su pensamiento «que comunica con sus entrañas», «instinto de la verdad» en Montaigne y Nietzsche (265). En el caso del padre del ensayo, «se opera ese curioso fenómeno de desdoblamiento y complemento de la personalidad, que consiste en vivir en función de lo que ha de escribirse y de escribir en función de lo que se ha vivido». Montaigne, quien efectivamente declaró que «vamos de la mano mi libro y yo; quien lo ataca a él me ataca a mí», hubiera podido también decir que el libro iba forrado con su cuero.

> Así estos dos actos, vivir y escribir, entran en relación íntima e indestructible, como en los organismos distintos órganos de equilibrio e interregulación [...] no hay diferencia, efectivamente, entre lo que Montaigne pensó y vivió... (20)

Vio también en los nuestros los rasgos del genio: respecto de Sarmiento, dirá, por ejemplo, que

> Sarmiento es la más auténtica intergiversable institución nacional. Llegó a ser, no solo el hombre que pensaba como la cabeza de ese inmenso cuerpo de territorios y de gentes, sino el instrumento y la herramienta más adecuados para poder realizar la obra que había concebido (Martínez Estrada, 2001b: 25).

Y en diálogo con Victoria Ocampo dirá también que:

> Para Sarmiento, la realidad había tomado los caracteres constitutivos de su misma personalidad, y si aún nos parece su persona mental y temperamental tan ceñida a la realidad, hasta el extremo de coincidir puntualmente ambas configuraciones, es porque esa realidad que vemos es la que elaboró él solo con su genio.

Releer a Martínez Estrada nos depara siempre el descubrimiento de los asomos de un genio, no solo certero en sus análisis e intuiciones sino en sus anticipaciones y visiones. Nos depara también la voz admonitoria del profeta que todo lo examina desde la verdad y la moral. Nos depara también el modelo del virtuoso de la palabra, que se hace uno con ella. No alcanzan sin duda los límites de una conferencia para decir todo lo que al respecto se podría comentar, pero procuraré ofrecer algunos asomos a la obra de este virtuoso del ensayo. Porque solo el virtuosismo de una cultura integrada al cuerpo de la escritura hasta que sangre podía ofrecer a Martínez Estrada la validación de ese lugar de *outsider* de la cultura argentina que siempre le gustó ostentar, pero que al mismo tiempo le dolió reconocer en ese complejo y atormentado ejercicio de representatividad que buscaron las representaciones del ensayista. La imagen de la soledad, omnipresente en nuestro autor, acompaña también la visión del hombre desterrado de la sociedad, sacrificado a la incomprensión, como lo fueron los profetas, pero además nos devuelve una figura muy entrañable, la del artesano, liga al ascetismo del trabajo, el valor del *métier* y la maestría del oficio, la del hombre ligado a su tierra, y a un modelo que siempre añoró (Martínez Estrada, 1968: 63).

En un temprano texto, *Energías anónimas*, recrimina al pensador que no sirve de guía auténtica de las gentes bienintecionadas: «El pensador tiene la responsabilidad de ese fracaso, por haber hecho una especulación exageradamente hipotética, y por haber puesto poco amor y poca buena fe en su empeño». Y añade: «Se ha constituido en un obrero que ejecuta su oficio impelido por necesidades inminentes, en ocasiones, contra su vocación ínsita» (Martínez Estrada, 1964a: 35).

Al hablar de Lugones, alaba su maestría en el idioma pero por sobre todo sus dotes de creador, y dice:

> Vibraba en un vértigo constante de hallazgos y deslumbramientos: Solo entraba a la minucia de los hechos y los objetos como si se apropiara de materiales combustibles para mantener flagrante y vívida la llama de su imaginación [...]. Una gran necesidad de vigilia, de vivir en el colmo de

> la lucidez mental, de la fuerza y de la exactitud, conformaban esa personalidad inasible [...]. Siempre se aprendía de él la responsabilidad del idioma que no es un instrumento de aproximación sino de precisión, como un arma o un violín. Con su manejo diestro, él creaba, por la evangélica magia inherente al verbo, seres de vida y belleza inmarcesibles. Pues no era simplemente la palabra como ornamento, la palabra retórica y gramatical, sino la palabra creadora, el *logos espermáticos*, el idioma como una fuerza plástica que inclusive parecía moverlo a él, tan inquieto como sus ideas. (Martínez Estrada, 1956: 188).

Al hablar de Quiroga exalta también su excepcionalidad, grandeza y originalidad: rasgos todos del genio:

> No podemos entrar a considerar... la conducta de un hombre excepcional en tantos sentidos como Quiroga, sin admitir que mucha parte de su grandeza y originalidad debíase a un «daimon» que lo poseía [...]. (el) grande hombre, que en porción considerable es extraño a sí mismo y responde a mandatos que se le imponen perentoriamente [...]. El aforismo que reza: «el genio es hermafrodita de ángel y demonio» es exacto: Precisamente estas oscilaciones extremas de su carácter (de su destino) prueban la autenticidad de su genialidad tanto o más que los rasgos de estilo de su obra. No es un hombre «raro» a este respecto, sino que su fisonomía acusa una fraternal semejanza con los de su clase. Podría parecerse a Dostoiewski, a Lawrence o a Tolstoi por su talento literario, pero muchísimo más se les asemejaba por la urdimbre endiablada de su alma (Martínez Estrada, 1968: 24-5).

Al hablar de su hermano Quiroga dice también que:

> Su ejemplo me ha valido para explicarme la soledad de las alturas, el frío de las cumbres, y me ha servido para fortalecerme y sobrevivir de mis propias reservas. Pensaba en él y en Lugones, cuando escribí sobre Hernández: Creo ver cumplirse, también en Hernández, esa ley terrible de nuestra historia que exige el sacrificio humano en pago de la gloria. Todo grande hombre está solo (79).

Por último, citemos lo que dice en la sección «Paradoja: palabra empeñada» de su manuscrito sobre el mismo tema, donde afirma la existencia de un «genio paradojal» y anota:

> Entiendo que la paradoja no puede ser un hallazgo casual, si se le ha de considerar seriamente. Un hallazgo casual, una ocurrencia, no es más que el malogro baladí de la paradoja. Es preciso que la paradoja esté impregnada de una seria ansia de verdad, que sea para nosotros, los espectadores, un juego; pero de ningún modo para el autor punto menos que un juego que brota de su energía vital. La paradoja así entendida, como una necesidad natural, participa no sólo del pensamiento del creador, sino del creador. Quiero decir que hay hombres conformados psicológicamente para la paradoja, como hay animales anatómicamente desviados del plan uniforme de su especie; seres teratológicos que parecen romper, con el atrevimiento de su deformidad, el esquema teórico de la especie. Entonces la paradoja no es nada postizo; es una fatalidad. Acaso así considerado el genio paradojal, puede representárselo como un salto en el vacío que tiene contra sí las infalibles leyes de las estructuras normales. Adviértase en todos los grandes talentos paradojales —Aristófanes, Rabelais, Rousseau, Poe, Nietzsche, Shaw, de Broglio, Eddington—, la fuerza sobrenatural de la originalidad, no sólo por la posición anómala que pudieron haber tomado por convicción, sino cierta posición extraña a toda voluntad como cuestión inherente al ser, desde donde contemplan los fenómenos del mundo, o hasta dónde éstos tienen que hacer camino para ser contemplados; y el estilo absolutamente personal de sus obras. En algunos de estos sabios y artistas, es visible el esfuerzo por mantenerse fuera del orden canónico, y hasta se sospecha que su genio ha consistido en tomar de antemano esa posición de discrepancia con la mayoría homogénea del pensar. Pero a poco que se profundiza en sus métodos de trabajo, se advierte aquel carácter de fatalidad que ya dijimos.
>
> No obstante, resta averiguar si esta naturaleza no es de verdad una segunda naturaleza, creada por la necesidad de conducir hasta sus últimos resultados, la serie lógica de un error inicial, o de una posición aventurera de que se arranca en la interpretación de fenómenos muy complejos (*Sentido de la paradoja*, fols. 135-136).

La figura del virtuoso lo ayudó a fortalecer la inscripción de la experiencia y la corporalidad en el horizonte de la literatura. El modelo del

prodigio, el dotado, le sirvió para insertarse en el mundo literario, aun cuando lo hiciera como alguien cuya verdadera vocación fue la música. Así, al hablar de Paganini dice que «El mundo es un instrumento excesivamente difícil de manejar» (2001a: 31), o que «El violín era para Paganini un instrumento de posibilidades ilimitadas» (33). Y al hablar del tiempo en Paganini dirá que:

> La actividad del hombre es una función de la personalidad. En esta personalidad subyace la norma temporal que da carácter a sus actos, que configura cinéticamente sus actividades psíquicas y somáticas, que lo inclina a determinada vocación, a determinado medio de acción habitual. Fijaría en ese medio de acción convertido en profesión, en hábito, una característica de su personalidad (153).

Creo que podemos adelantar una conclusión: Martínez Estrada encuentra en el modelo del genio y el virtuoso una posibilidad de establecer el vínculo entre cultura subjetiva y cultura objetiva. Al hacerlo así, encuentra también el enlace entre la voz del autor y la interpretación del ensayo. Encuentra asimismo, en la figura del virtuoso, la posibilidad de establecer una analogía entre *métier* intelectual y trabajo manual, y con ello dar una resolución simbólica a un cierto modo de inserción del escritor proveniente de sectores inmigratorios y de provincia y, como el abuelo pintor y la madre contadora de cuentos, el modelo del artesano virtuoso que se hace uno con su obra, que a ella se entrega en cuerpo y alma, hasta que se confundan, como en Paganini, el violinista y su violín, o como, en él y los modelos que siguió, el ensayista y el ensayo.

Y dado que en este encuentro estamos rememorando el aniversario de la primera edición de *Radiografía de la pampa* (1933), quiero cerrar mi presentación refiriéndome a este gran ensayo de interpretación para mostrar el momento de despunte del genio: el momento en que el ensayista encuentra su propia voz, su propio gesto, su propia vocación y la orientación de su propio quehacer, así como su propio estilo de identificación entre sujeto y objeto, de participación entre su destino de escritor y el destino de su país, crucial para entender el giro que significó *Radiografía de la pampa.*

El genio de la «Radiografía»

La publicación en 1933 de *Radiografía de la pampa*, ese gran ensayo de interpretación de la vida argentina, constituye un parteaguas en la historia de nuestra literatura y una refundación del ensayo de indagación de lo nacional, que se corresponde históricamente con una profunda conmoción en la vida del país y del mundo: la crisis de los años 30, así como también un fuerte cambio de rumbo en la propia vida del autor. En cuanto a lo primero, esta obra aparece cuando, después de muchas décadas de optimismo en que la Argentina se consideraba el granero del mundo y se abría a una nueva etapa democrática, se han dado los acontecimientos del golpe militar que acaba con largos años de experiencia de gobierno radical, a la par que se viven los sacudones de la fuerte crisis económico-financiera mundial de los años treinta y el clima de entreguerras.

En cuanto a lo segundo, este ensayo representa un cambio fundamental en la vida del autor y en la vida intelectual del país, tal como él mismo lo reconoció treinta años después: «Con Radiografía de la pampa yo cancelo, no del todo pero casi definitivamente lo que llamaría la adolescencia mental y la época de vida consagrada al deporte, a la especulación y al culto de las letras». La idea de un «enfermo de patria» portador de «espléndidas amarguras» encuentra en este modelo de autoexigencia en recuperar la auténtica relación del argentino con su país un nuevo sentido.

Me interesa aquí mostrar que no necesariamente una operación genial como la que representa la escritura de *Radiografía de la pampa* debe interpretarse de manera aislada y descontextualizada. Muy por el contrario, entender las condiciones sociales de su producción y los debates epocales en que se inserta nos permiten entender de manera más completa el genio de su autor: especie de gran ajedrecista que resolverá con un movimiento estratégico magistral las infinitas posibilidades del juego.

Si pretendiéramos resumir en muy pocas líneas el sentido de *Radiografía de la pampa*, propondríamos que se trata de un texto que procura mostrar que la Argentina carece de una historia sedimentada y de

un sentido de comunidad. En una visión adelantada respecto de una vía que muchos años después adoptarán los estudios poscoloniales, Martínez Estrada intuye que en la Argentina el espacio le ganó la partida a la historia: distancias geográficas y abismos sociales, mapas de la soledad, el desencuentro y la pobreza, llevaron a los argentinos a construir un país con pies de barro que, aunque parezca avanzar, en rigor no hace sino hundirse en las mismas invariantes o fallas estructurales, y en repetir una y otra vez desencantos y miserias.

Uno de los primeros golpes de genio ensayístico fue el que lo condujo a aplicar la idea de interpretación de un «jeroglífico», de acuerdo al modelo de Freud y Nietzsche, a la propia realidad argentina. Y como el artista que se hace uno con su instrumento, se puso al servicio de la prosa y del lenguaje para extraer una nueva lectura de nuestra cultura. Pero además, su modo de trabajo fue realmente titánico, si atendemos al número de obras que logró consultar, así como no fueron menores que las del buen artesano las dotes de rigor, autoexigencia, esfuerzo y devoción que puso en la reunión y lectura de fuentes. Así, a treinta años de su primer gran ensayo dirá:

> Es natural entonces que me refiera a *Radiografía de la pampa* como a la obra fundamental de mis estudios históricos, sociales y de psicología colectiva, y que caiga en el exceso de mis críticos que me aplican el mote antonomásico de «autor de *Radiografía de la pampa*» (Martínez Estrada, 1964b: 12-4).

El artista se identifica con su obra, como lo hizo Montaigne con sus ensayos, a la vez que identifica sus estudios y lecturas con la responsabilidad que implica emprender la búsqueda exhaustiva de las claves de su país. El sujeto que escribe se hace uno con el objeto de su interpretación: la Argentina.

Radiografía de la pampa[1] es uno de los más grandes ensayos de interpretación de la vida nacional —genial en sus intuiciones y en sus alcances— que he propuesto interpretar en clave paradójica, pero cuya comprensión se puede a la vez enriquecer a través de la apelación a

lecturas y debates de época que arrojan luz sobre su concepción y recepción. En efecto, gracias al reciente descubrimiento de cartas, testimonios, redes de sociabilidad intelectual, estructuras de sentimiento de época y prácticas artísticas se hace posible ahondar en el sentido del texto.

Es así como la imagen del genio, el virtuoso y el profeta no nos debe hacer necesariamente pensar a Martínez Estrada como un hombre aislado. Son paradójicamente las formas de sociabilidad que él practicó las que lo habilitan a tomar el gesto del solo. El cuadro no estaría completo si no lleváramos a nuestro autor a caminar por Buenos Aires, a recorrer librerías, tomar café y frecuentar los distintos escenarios de sociabilidad artística e intelectual propios de esos años (bibliotecas, librerías, editoriales, redacciones de diarios y revistas, salas de conferencia). Martínez Estrada ingresa al mundo de la cultura desde el posmodernismo y el patrocinio de Lugones, vinculado a ese grupo de hermanos que rodeaban al gran poeta modernista.

Es aquí donde quiero subrayar la importancia de las prácticas de sociabilidad intelectual y las claves que ello puede ofrecernos. En efecto, si se atiende a los testimonios de su amistad con otras figuras de las letras argentinas, se comprende que los temas, problemas y lecturas tratados en *Radiografía de la pampa* estaban ya en el ambiente y formaban parte del discurso social en esos años de crisis de modelos en que la Argentina, y particularmente sus sectores intelectuales, sufrieron un proceso que Horacio Tarcus considera una verdadera repolitización (Tarcus, 2009: 57).

Radiografía de la pampa no resulta así un caso aislado: muchos fueron los textos que se escribieron para contribuir a repensar la historia argentina desde miradas marginales y críticas: Luis Franco, Bernardo Canal Feijoo, y que se hicieron eco de las lecturas y preocupaciones de época: Nietzsche, Freud, Simmel, Spengler, Keyserling. Por otra parte, como lo han probado Oscar Terán y Adrián Gorelik, el texto se inserta en una ya densa ‹‹red textual›› de interpretaciones sobre la Argentina que arranca en el siglo XIX con el *Facundo* y los viajeros, y que será renovada en el siglo XX a la luz de las problemáticas y discusiones de la hora, entre las cuales se encontraba

para muchos de nuestros autores «la necesidad de sintetizar el espacio geográfico e histórico en una *forma*, para producir esquemas sobre su sentido» (Gorelik, 2010: 285). Por otra parte, revistas como *Sur* y editoriales como Sudamericana comenzaban a difundir por esos mismos años las nuevas miradas interpretativas sobre la Argentina hechas por viajeros intelectuales como Ortega y Gasset o Keyserling, y Babel se centraba en la figura de Waldo Frank.

La obra de Martínez Estrada debe ponerse así en diálogo con la herencia de la prosa positivista (tales, por ejemplo, los escritos de Ramos Mejía), así como también con la larga tradición de visiones de la Argentina que arranca con Sarmiento y Alberdi, y tiene como exponentes autores como Lucio V. López o Juan Agustín García, con cuya obra se enlazan incluso explícitamente varios pasajes de *Radiografía*. Martínez Estrada retoma críticamente sus fuentes, ofrece una vasta revisión de autores y propone, con un golpe de genio, una nueva integración de otra serie de lecturas, que incluye muy particularmente a los cronistas y viajeros de siglos anteriores.

Recientemente, Horacio Tarcus aportó una nueva pieza del rompecabezas al referirse al proceso de «repolitización» vivido por todo un sector de la inteligencia argentina a partir del golpe de Uriburu. Ese proceso de repolitización es también fundamental para entender el giro que dio su obra. Como lo son el consejo de los hermanos Quiroga y Espinosa cuando lo exhortan a dedicarse al ensayo.

Considero que también para un ensayo de las dimensiones de *Radiografía de la pampa* es posible pensar en una obra de genio en cuanto Martínez Estrada retoma infinitas hiladas de sentido, las anuda y sintetiza, para a su vez convertirse en instaurador de una nueva discursividad (Foucault) para la comprensión de la vida argentina. Si abrimos las primeras páginas de la *Radiografía* descubriremos en el presente interpretativo del ensayo fuertes ecos de la voz y el quehacer de un poeta: la musicalidad y el ritmo (en buena medida guiado por el octosílabo), las poderosas imágenes y metáforas, hipérboles y enumeraciones, la fuerte impronta de la voluntad de estilo de su autor, que son pistas todas que nos

conducen a la presencia de un poeta que se transforma en ensayista, en un texto que nos ofrece además una versión de la Argentina a contrapelo de la narrativa oficial.

Uno de los grandes enigmas que rodean al autor está precisamente ligado a las razones que lo llevaron, de ser ya un poeta reconocido y que había alcanzado un lugar cómodo en el campo literario bajo el ala de Lugones —pero también bajo el reconocimiento de sus coetáneos: Borges, en primer lugar—, a cambiar los rumbos y dirigirse al ensayo. Examinada desde el punto de vista individual, la decisión de Martínez Estrada solo puede explicarse apelando a cuestiones vocacionales, psicológicas o a razones secretas propias de una personalidad atormentada; sin embargo, afortunadamente hoy puede también entenderse gracias a la cuidadosa reconstrucción de las formas y prácticas de sociabilidad intelectual en que se hallaba inserto y que logró traducir y sintetizar de manera genial en su libro.

Las dos primeras grandes secciones del ensayo son también las dos primeras históricamente concebidas de la obra y las primeras que se dieron a conocer, como lo atestigua la correspondencia entre Martínez Estrada y su «hermano» Samuel Glusberg, quien adoptó el seudónimo de Enrique Espinoza y publicó por primera vez el ensayo bajo ese sello que significa «Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias», acompañado por un pequeño grabado que reproduce el mapa de la Argentina. Hay también en esta decisión editorial el eco de los diálogos entre un grupo integrado por el «padre simbólico», Leopoldo Lugones, los «hermanos» Horacio Quiroga, Luis Franco y el propio Glusberg: una hermandad que se reunía en los años veinte en torno de Lugones, pero que hacia los treinta vive ya un momento de diáspora y repolitización, solo balanceado por un conjunto de cartas, intercambios de noticias, lecturas compartidas, hoy rastreadas por Horacio Tarcus:

> Hacia 1932, Martínez Estrada, Luis Franco y Samuel Glusberg, una vez que dieron por concluido el ciclo de *La Vida Literaria*, resolvieron lanzar una nueva revista. Repolitizados por el clima que vivía el país tras el

> golpe militar de septiembre de 1930, los tres desplazaron sus ficciones literarias a un segundo plano para privilegiar un nuevo género: el ensayo de interpretación histórica, política y cultural. En 1932, Glusberg publica sus ensayos de crítica política y cultural bajo el título de por sí elocuente de *Trinchera*. Al año siguiente, el que fuera el luminoso poeta lugoniano de los años veinte principiará en el ensayo de interpretación con su memorable *Radiografía de la pampa*. Ese mismo año, el poeta pagano de Belén dará a conocer el primer eslabón de su saga de ensayos históricos: *El general Paz y los dos caudillajes* (Tarcus, 2009: 57).

Hay al respecto un valiosísimo testimonio del propio escritor en *El hermano Quiroga:*

> En 1928 vivía yo en Lomas de Zamora y Horacio Quiroga en Vicente López. Habíamos iniciado nuestra amistad poco antes, al encontrarnos en casa de Norah Lange. Los encuentros anteriores fueron ocasionales, con muchas otras personas, en comidas o cócteles bulliciosos; excepto a las tardes, en el café «Paulista» de la calle Corrientes, donde nos encontrábamos los días de semana él, Espinosa y yo. A veces nos llegábamos hasta el Bar Helvético para encontrarnos con Lugones y gente de La Nación, que yo no conocía. Por azar participábamos de otras tertulias, como la peña del Gambrinus, a la que asistían Pardo, Sirio, Amorim, Hobmann, dibujantes y escritores entre quienes me sentía forastero. Quiroga iba a sorber su cucharada de bicarbonato. Gran importancia para nuestra amistad tuvo la tarde indeleble en casa de Norah Lange, con Sanín Cano, Espinosa, Mom y alguien más. La saludable alegría de Norah y las hermanas se hizo comunicativa y disfrutamos de jovial juventud hasta la noche. Quiroga estaba retozón, comunicativo, desbordante, locuaz como nunca lo oí. El patio parecía un jardín de infantes. Allí lo conocí como era realmente (Martínez Estrada, 1968: 36).

Al mismo tiempo, la circulación de traducciones y extractos en revistas de la obra de Simmel, Spengler y Freud permitió también al autor argentino sentar las bases de una forma característica de crítica cultural que a su vez entró en diálogo —a través de la mediación del escritor y editor Enrique Espinoza— con el precedente de Mariátegui, enlazados

ambos a su vez con la figura de Nietzsche. Es aquí donde se enlaza la exigencia de repensar la relación entre el ámbito de lo subjetivo y lo objetivo en el ensayo.

El comienzo mismo del texto nos muestra que se trata de un poeta, es verdad, pero también de un autor que tenía sensibilidad para la pintura y la música. Se trata de «Los aventureros», sección con la que se inicia «los rumbos de la brújula»:

> El nuevo mundo, recién descubierto, no estaba localizado aún en el planeta, ni tenía forma ninguna. Era una caprichosa extensión de tierra poblada de imágenes. Había nacido de un error y las rutas que a él conducían eran como caminos del agua y del viento. Los que se embarcaban venían soñando; quedaban soñando quienes los despedían. Unos y otros tenían América en la imaginación y por fuerza este mundo, aparecido de pronto en los primeros pasos de un pueblo que se despertaba libre, había de tener las formas de ambición y soberbia de un despertar victorioso. Es muy difícil reproducir ahora la visión de ese mundo en las pequeñas cabezas de aquellos hombres brutales, que a la sazón estaban desembarazándose de los árabes y de lo arábigo. ¿Qué cateos imaginativos realizaban el hidalgo empobrecido, el artesano sin pan, el soldado sin contrata, el pordiosero, y el párroco de una tierra sin milagros, al escuchar fabulosas noticias de América? Mentían sin quererlo hasta los que escuchaban [paradoja]. Un léxico pobre y una inteligencia torpe habían de enriquecer la aventura narrándola. Los mapas antiguos no pueden darnos idea aproximada de esos otros mapas absurdos de marchas, peligros y tesoros dibujados de la boca al oído. Volvían pocos porque el hambre y la peste los malgastaban; mas el supérstite fingía para librarse del ludibrio, y así hacía prosélitos. Embarcarse era, en primer término, huir de la realidad; con lo que ya se trabajaba para el reino de Dios, haciéndose a la mar. En segundo término, la travesía del océano deslastraba de su némesis de raza aislada, espuria, y de familia sin lustre y sin dineros, al que volvía la espalda a la Península y abría los ojos al azar. Este mundo era para él la contraverdad del otro; el otro mundo. Ningún propósito tranquilo que exigía la gestación de un embarazo; ningún proyecto de largas vistas, que exigiese moderación, respeto, pensar y esperar. Navegando tantos

> días y tantas noches, con un rumbo que los violentos obligaban a rectificar, llegaban prevenidos contra la muy simple y pobre realidad de América. Ya la traían poblaba de monstruos, de dificultades y de riquezas. América era, al desembarco, una desilusión de golpe; un contraste que enardecía el cálculo frustrado y que inclinaba a recuperar la merma de la ilusión mediante la sublimación del bien obtenido. Otra vez la llanura era el mar, sin caminos. América no era América; tenía que forjársela y que superponérsele la realidad del ensueño en bruto. Sobre la tierra inmensa, que era la realidad imposible de modificar, se alzarían las obras precarias de los hombres. De una a otra expedición se hallaban escombros y de nuevo la realidad del suelo cubriendo la realidad de la utopía. Nada de lo que se había edificado, implantado, hecho y fundado tenía la segura existencia de la tierra. La propiedad sobre las cosas, la autoridad sobre los hombres, las relaciones entre los habitantes, el tráfico de las mercaderías, la familia, estaban sujetas a imprevistos cambios, como plantas recién trasplantadas que podían prender o morir (Martínez Estrada, 1933: 11-2).

Es muy impresionante este aterrizaje evocado por un narrador omnisciente que observa el origen de los tiempos americanos a vuelo de pájaro y es capaz de asistir como testigo a ese mundo recién descubierto para luego volcarse a la historia, que se coloca a la par del tiempo largo de los procesos cósmicos y geológicos así como al tiempo del primer poblador de América y que llega así a un lugar y un tiempo marginales para «aterrizar», con una caída tan fuerte como la del albatros de Baudelaire, esos pájaros «que siguen lentamente, indolentes viajeros, el barco, que navega sobre abismos y azares», y que caen, como el poeta, desterrados del mundo. Hay también aquí una idea de destierro del nuevo mundo y de sus habitantes en el concierto de la historia universal. De este modo, ya desde las primeras páginas de *Radiografía* descubriremos en el presente interpretativo del ensayo fuertes ecos de la voz y el quehacer de un poeta: la musicalidad y el ritmo (en buena medida guiado por el octosílabo), las poderosas imágenes y metáforas, hipérboles y enumeraciones, la fuerte impronta de la voluntad de estilo de su autor, son pistas todas que nos conducen a la presencia de un poeta que se transforma en ensayista, en un

texto que nos ofrece además una versión de la Argentina a contrapelo de la narrativa oficial y que opta, ya por la descripción naturalista, ya por la pintura expresionista. El genio del poeta cae desde las alturas, aterriza después de planear un segundo a una realidad a la que deberá a partir de entonces dedicarse a entender e interpretar.

Y si el libro de Martínez Estrada se abre con esa serie de prodigiosas, geniales imágenes artísticas, que traducen esa serie de «espléndidas amarguras» (Borges), poéticas amarguras, muy pronto comenzará a tejerlas con diagnósticos de la vida nacional, para cerrarse con una interpretación de franco cuño ensayístico que vincula la mirada histórica y el psicoanálisis social y nos recuerda esa combinación entre literatura y crítica que había comenzado a hacer Sarmiento en su *Facundo* un poco más de un siglo antes, en 1845. En efecto, hay en *Radiografía de la pampa* una preocupación muy cercana a la de Sarmiento: la falta de hábitos de vida en comunidad impide que se genere una sociedad verdaderamente articulada e integrada. Pero hay también una toma de posición crítica respecto de la postura sarmientina, tal como puede leerse en las líneas que cierran el ensayo:

> Lo que Sarmiento no vio es que civilización y barbarie eran una misma cosa, como fuerzas centrífugas y centrípetas de un sistema en equilibrio. No vio que la ciudad era como el campo y que dentro de los cuerpos nuevos reencarnaban las almas de los muertos. Esa barbarie vencida, todos aquellos vicios y fallas de estructuración y de contenido, habían tomado el aspecto de la verdad, de la prosperidad, de los adelantos mecánicos y culturales [...]. Conforme esa obra y esa vida inmensas van cayendo en el olvido, vuelve a nosotros la realidad profunda. Tenemos que aceptarla con valor, para que deje de perturbarnos; traerla a la conciencia, para que se esfume y podamos vivir unidos en la salud (1933: 313).

A diferencia de las narrativas de cuño positivista de la historia argentina, en este caso la estructura del libro no se arma como una sucesión de capítulos guiados por la brújula del tiempo, sino que se configura, conforme a una *ratio* poética, plástica y musical, de acuerdo con

una serie de grandes temas, con sus recurrencias, contrastes y variaciones. El hilo narrativo y la referencia a fuentes diversas que apuntalan una demostración histórica se ve una y otra vez atravesado por magníficas iluminaciones o «mostraciones» de momentos, tipos, escenas, paisajes.

Pero además, insistimos, con el modelo del virtuoso que se hace uno con su tema, con su instrumento y con su obra, Martínez Estrada encuentra solución simbólica y así refunda la relación entre sujeto y objeto en el ensayo. Si el tipo del aventurero o del guarango dan la tónica de la relación entre un individuo representativo y su cultura, Martínez Estrada refunda un «tipo»: el del escritor que ha hecho carne su vida, su objeto de reflexión y su escritura.

Algunos años después redescubrirá en un joven, genial, virtuoso, auténtico escritor, que llevó la fidelidad consigo mismo y con su patria a dimensiones de exigencia, entrega y martirologio nunca antes vistos, al guía al que hubiera gustado haber conocido personalmente. Un autodidacta ve en otro autodidacta al maestro que le hubiera gustado tener. Un ensayista y pensador a deshora se hermana con otro escritor dividido entre el servicio a la patria y la creación: la patria y la noche. Un escritor ve en otro escritor la confraternidad de los solos que son uno con su propia cultura. El genio de Martínez Estrada redescubre, relee, reaprende el genio de Martí.

Enrique Espinoza anota al cierre de las «Palabras del compilador» a *Leer y escribir* (8) «Ninguna partícula viviente del inmenso legado del poeta de *Oro y piedra* debe perderse y no se perderá». Al recuperar, leer, releer sus páginas, al recombinar sus palabras y sus hallazgos, se nos aparece un Martínez Estrada cada vez más complejo y original.

Esto mismo me sucedió al descubrir su *Paganini* y su *Paradoja*: Lejos de sentir que nos acercamos a agotar su obra y que estamos próximos a dar una explicación a todos los enigmas del genio, este se nos aparece cada vez más enigmático, desafiante, secreto, virtuoso, genial.

Bibliografía

Gorelik, Adrián. «*Radiografía de la pampa*, de Ezequiel Martínez Estrada. La imaginación territorial en el ensayo de interpretación nacional». En Weinberg, Liliana (Coord.). *Estrategias del pensar*. vol. I, México, CIALC-UNAM, 2010.

Habermas, Jürgen. «Georg Simmel sobre filosofía y cultura». En *Textos y contextos*. trad. Manuel Jiménez Redondo, Barcelona: Ariel, 1996.

Martínez Estrada, Ezequiel. *El hermano Quiroga*. Montevideo: Arca, 1968.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Heraldos de la verdad*. Buenos Aires: Nova, 1946.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Leer y escribir*. edición de Samuel Glusberg, México: Joaquín Mortiz, 1964a.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Paganini*. selección y ordenamiento por Mario A. Lancelotti, Rosario: Beatriz Viterbo, 2001a.

Martínez Estrada, Ezequiel. «Prólogo inútil». *Antología*. México: FCE, 1964b.

Martínez Estrada, Ezequiel. «Quiroga y Lugones». En *Cuadrante del pampero*. Buenos Aires: Deucalión, 1956.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Radiografía de la pampa*. Buenos Aires: Babel, 1933.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Sarmiento; Meditaciones Sarmientinas; Los invariantes históricos del «Facundo»*. pról. Christian Ferrer, Rosario: Beatriz Viterbo, 2001b.

Tarcus Horacio. *Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Samuel Glusberg*. Buenos Aires: Emecé, 2009.

NOTAS

1 *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires: Babel, 1933. Tras esta primera edición hecha por la editorial dirigida por Samuel Glusberg, la obra será editada en Buenos Aires: Losada, 1942, en dos volúmenes, seguida por múltiples re-ediciones. Cito conforme a la primera edición.

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 80-98.

EL BARRO DE LA POLÍTICA, EL BARRO DE LOS INTELECTUALES: LAS DIFICULTADES DE SER ARGENTINO

Graciela Montaldo
Columbia University

El *Diario de viaje a los Estados Unidos* y*Qué es esto*de Ezequiel Martínez Estrada son libros que, en muy diferentes registros, exploran la relación de la cultura con la política, la identidad intelectual y el vínculo del intelectual con las masas a través de las nuevas tecnologías del poder. Me interesa salir brevemente de los «grandes» textos de Martínez Estrada para explorar las derivas de lo concreto que dos de esos textos menores vienen a proponer: el discurso que no siempre se tiene que enfrentar a la interpretación y que tiene que lidiar entonces con el barro de lo cotidiano.

El mundo de los otros

Todos aquellos que hayan leído el *Diario de viaje a los Estados Unidos* de Martínez Estrada se habrán encontrado con una sorpresa: también él

puede escribir sobre el goce, el disfrute, el placer, la banalidad, la impresión primera. Puede no citar incansablemente, puede escribir frases cortas, puede reírse de su entorno y de sí mismo. Y todo sin culpa… Me interesa comenzar esta lectura indagando en ese documento extraño que contiene, sin embargo, perspectivas muy novedosas para interpretar la relación de Martínez Estrada con la política y los vínculos entre cultura y política. El barro de la política diría.

Como sabemos, no se trata del único texto donde el autor reflexiona sobre el tema. Además del diario que escribió durante el viaje, Martínez Estrada desarrolló sus impresiones, de manera más formal, en un análisis publicado años más tarde, *Diagrama de los Estados Unidos* (parcialmente en 1982 y luego en el mismo volumen que el *Diario*, en 1985), un artículo («)Juicio sintético sobre los Estados Unidos›› en la revista *Libertad creadora* de La Plata, 1943) y ya instalado en Cuba compuso los textos del *comic*anti-imperialista *El verdadero cuento del Tío Sam* (con dibujos del prestigioso ilustrador francés Siné, en 1963).

David Viñas, en *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a Estados Unidos,* encontró en el diario de viaje más de lo mismo, es decir, leyó el discurso pleno (y plano) del liberalismo argentino, de la burguesía intelectual, esta vez, financiado por el Departamento de Estado norteamericano, con su ideología y sus prejuicios. Modestamente, me gustaría leer enel diario otras perspectivas de su pensamiento, una perspectiva que posiciona a Martínez Estrada en otro lugar, que no es el de la Argentina y desde el cual va a revisar algunas ideas pero, sobre todo, va a introducir tópicos nuevos que no siempre retomó en textos posteriores pero que pusieron en foco otras atenciones. Quisiera después, detenerme en algunos aspectos de *¿Qué es esto? Catilinaria*, para resituar su pensamiento sobre el populismo y la democracia.

Si buena parte de la crítica no se equivoca cuando describe el trabajo de Martínez Estrada —especialmente sus obras canónicas— como el de un solitario, un francotirador, un marginal de todos los grupos, un *outsider*, la escritura del viaje a Estados Unidos (que realiza en 1942) muestra su cara institucional, social, de relaciones públicas, de hombre metido en mundo

de la cultura que debe llevar adelante una abultada agenda, una incansable vida social. Paradójicamente, todo esto aparece en una escritura *íntima*, en un diario, en donde será posible leer la relación con su entorno y la forma en que la experimenta, en tiempo real[1]. No me propongo leer su diario literalmente sino como la escritura de una bitácora de viaje en la que se registran las impresiones en una perspectiva transnacional, que Martínez Estrada no había frecuentado hasta el momento. Ese salir de la inmediatez nacional, de la carcasa que tan bien había construido en *Radiografía de la pampa*, el Martínez Estrada fuera de la nación, es lo que —creo— nos permite explorar el impacto de otras formas de experiencia a las que fue relativamente permeable. Él mismo se da cuenta de lo que la mirada desde el exterior puede representar; dice, cuando llega a Miami (donde comienzan el viaje y el diario) y todo le gusta y con todo se siente confortable:

> El peligro, para mí, ¿no estará en que podría quitarme mi lobreguez, mi trágico sentido de las cosas, mi olfato de la descomposición cadavérica? Rectifico: cualquier ser humano tiene que sentirse feliz (el 7 de junio de 1942 en Miami, p 39)[2].

Declara así que la pérdida de la posición del espectador *trágico* es el riesgo que corre en un lugar donde no tiene que preocuparse por casi nada, pues la visita ha sido arreglada por la institución que lo lleva. Poco después, expresa nuevamente cierto resquemor ante la posibilidad de experimentar con la felicidad, que muy pocas veces se permite escribir. Pero a veces lo hace, como en la entrada del 3 de julio, ya en Washington:

> Llego a mi habitación, a dormir la siesta. Nublado y con suave lluvia. Me tiendo en la cama y tomo ese baño. Me siento presa de una felicidad corporal, plácido, identificado con todos los seres que viven sin conciencia de ello. Saborean precisamente (73).

Y pocos días después, todavía en Washington, a pesar de ciertos sinsabores del viaje, se anima a decir:

> Me siento con una plenitud de fuerza mental y de fecundidad como nunca en mi vida. Siento que estoy embarazado de diez fetos, adquiriendo vida o forma en ellos. ¡Qué parto me espera, Dios mío! (83).

Estamos, como dijimos, en el año 1942, durante la Segunda Guerra Mundial. Martínez Estrada hace un viaje de tres meses, de junio a agosto, por Estados Unidos con un itinerario que lo lleva a cruzar el país de costa a costa y visitar varias ciudades: Miami, Washington, Nueva York, Boston, Chicago, Denver, San Francisco, Berkeley, Los Angeles, Nueva Orleans. En el ínterin, durante el viaje, Martínez Estrada es elegido presidente de la SADE en Buenos Aires, en fórmula que comparte con Eduardo González Lanuza y que derrota a la oposición liderada por Roberto Giusti. Este marco es doblemente importante porque Martínez Estrada, en ese año y con esos dos títulos, forma parte de una institucionalidad de la cultura a la que siempre se sintió ajeno (a pesar de premios y elogios de escritores). Estamos en un momento de reconocimiento extranjero, nacional y de pares que promete un año para recordar. A pesar de esto, él seguirá en ese espacio que no está ni dentro ni fuera de la institucionalidad cultural, publicando sus libros en editoriales pequeñas y circundando las periferias de colegios o universidades.

Le experiencia norteamericana de Martínez Estrada no puede catalogarse como un *viaje de placer*, ni una exploración del país por propia iniciativa. Martínez Estrada accede a formar parte de los comités de invitados latinoamericanos que el Departamento de Estado americano lleva para que recorran sus universidades y conozcan a algunos de sus intelectuales, en una coyuntura en la que le interesa tejer nuevos y mejores vínculos con los países del continente a través de la política de *buena vecindad*. Como señala Joaquín Roy, quien primero editó estos documentos (el Diario y el Diagrama), su viaje:

> … debe ubicarse en el contexto del plan de intercambio cultural comenzado oficialmente en 1938, cuando el Departamento de Estado norteamericano creó la «División de las Relaciones Culturales» con el

> objetivo específico de «fomentar y fortalecer las relaciones culturales y la cooperación intelectual entre los Estados Unidos y otros países» … (Roy, 1985: 12).

En época de guerra, Estados Unidos quiere reactivar la política de buena vecindad y, entre otras cosas, implementa las visitas de intelectuales y artistas esperando que estos retribuyan con conferencias, artículos, libros, que difundan una imagen menos negativa del país en sus respectivas comunidades. El plan fue muy agresivo y llevó a muchos intelectuales, creó nuevos programas de cooperación y, de hecho, fue importante para la avanzada de los estudios latinoamericanos en Estados Unidos, dominados casi exclusivamente por catedráticos españoles que hegemonizaban *lo hispano* a través de los estudios de los clásicos del Siglo de Oro[3]. Durante la guerra, como sabemos, la Argentina tomó una posición neutral hasta casi el finalde la contienda pero Estados Unidos necesitaba de la lealtad y el apoyo de todos los países del hemisferio y, aunque los lazos intelectuales comienzan a mediados de los años 30, en los años 40 serán decisivos —por debajo de los políticos obviamente— para establecer un marco de buena voluntad y el «conocimiento mutuo entre los pueblos». Para poder lograr el objetivo, se crean varias agencias que se ocupan de diferentes áreas. La elección de los visitantes quedaba a cargo, en casi todos los casos, de comités binacionales y gran parte de las decisiones estaba en manos de las sedes diplomáticas y los intelectuales allegados a ellas. Varios intelectuales argentinos participaron en este programa, visitando Estados Unidos o como asesores en la Argentina sobre cuestiones culturales. Muchos de esos intelectuales (María Rosa Oliver, José Bianco, Alberto Girri) estaban ligados a la revista *Sur*, por afinidades estéticas e ideológicas, por su postura sobre la guerra, por sus vínculos con la cultura anglosajona, por su versatilidad con el inglés. Pero lo claro es que los elegidos son intelectuales y artistas, reclutados por la *Pan American Union, Division of Intellectual Cooperation*, que reciben un pasaje en avión, estadía paga y una dieta para todo el viaje y que se consideran potenciales difusores de los valores de la cultura norteamericana.

Martínez Estrada no sabe por qué lo eligieron para hacer ese viaje. No tenía «antecedentes» en Estados Unidos ni conocía el ambiente, tampoco la lengua, con cuyas dificultades se tropieza a cada instante. Desde siempre amó la literatura de Poe, de Whitman, de Thoreau, pero rápidamente comprende que esa admiración nada tiene que ver con que él visite el país de algunos de sus autores predilectos: nadie habla de literatura, incluso en el medio cultural en que se encuentra, las universidades o instituciones culturales. Y de eso se trata: invitado como escritor, como intelectual, Martínez Estrada se verá obligado a cumplir el papel de «socializar» en el ambiente de las universidades, los clubes de artistas, las tertulias y, básicamente, de los funcionarios y «voluntarios» del programa de «Cooperación intelectual» de la *Pan American Union*. Primer impacto: un intelectual no vale por sus lecturas ni sus escrituras sino por su posición institucional. La obra es secundaria respecto de su colocación en el campo cultural.

Entre los años 1940 y 1947 esta institución pública una revista llamada *Points of View*, en realidad se trata de una serie de números mimeografiados, en inglés, que se distribuyen entre intelectuales norteamericanos con el propósito de «contribuir al intercambio de ideas sobre varias cuestiones relacionadas con la vida intelectual en las Américas» (i)[4]. Claramente se trata de un trabajo de traducción de trabajos sobre temas relevantes para la sociedad americana y que contribuyen a establecer mejores lazos de «buena vecindad»:

> La División (de Cooperación Intelectual) se propone presentar traducciones en inglés, español y portugués de artículos de ciu-dadanos de Estados Unidos, Brasil e Hispanoamérica en la medida que puedan expresar la preocupación de varios líderes responsables involucrados en el desarrollo cultural de las artes, la literatura, la educación, la investigación científica y el estatus y rol del trabajador intelectual en un mundo de cambios. Frecuentemente, sin duda, estos *POINTS OF VIEW* entrarán en conflicto con las ideas del lector, y quizás con las nuestras también, pero se las presentaremos de todas maneras, especialmente

> cuando el autor ocupe una posición de poder/importancia en una disciplina en articular (1940: 1).

Los artículos que se traducen (uno por número) pertenecen a Américo Castro, Edmundo O´Gorman, Luis Alberto Sánchez, Ernesto Nelson (de la Argentina), Fernando Ortiz, Mariano Picón Salas, Moisés Sáenz y Juan Oropesa. Hay dos números colectivos en los que sobresalen intelectuales ligados al grupo Sur (algunos de los artículos traducidos aparecieron antes en *Sur*). De modo que ahí se delinea el perfil de los intelectuales invitados: comprometidos con las políticas culturales de sus países (normalmente funcionarios), cultos, dispuestos a intervenir en la esfera pública, reconocidos en ámbitos institucionales (diplomacia, universidades, revistas). Por un lado,Martínez Estrada es visto dentro de ese grupo heterogéneo pero, por otro, no será convocado a escribir en las publicaciones oficiales sino simplemente a visitar el país; las entrevistas que le hacen a Martínez Estrada durante su viaje (una para el *New York Times* donde Eduardo Mallea había publicado una nota el 22 de mayo de 1938, «The Literary Scene in Argentina») nunca serán publicadas, de lo que, naturalmente, se queja en su diario, precisamente el miércoles 5 de agosto (ya bastante decepcionado, en Chicago, durante la parte más patética y deceptiva de su viaje): «Otro reportaje: del *Daily News*. Hasta ahora no han publicado ninguno, porque no les digo lo que quieren que les diga. Sé que es tiempo perdido y que hacemos una farsa, el reportero y yo» (115).

Martínez Estrada tenía experiencia como intelectual público. Su *Radiografía de la pampa* no había pasado desapercibido como texto de fuerte intervención intelectual. Pero, en Estados Unidos, descubre una nueva faceta de esa intervención: no hablar solamente para los pares sino «para las masas» o, más modestamente, el público. Segundo impacto. A esto lo expone principalmente ese viaje. No se trata solo de las «re-laciones públicas» obligatorias, que tanto le pesan, sino de descubrir la dimensión pública del discurso intelectual, salir de la seguridad y el dominio de la letra para lanzarse a la oralidad, la escucha imprecisa, la mala

interpretación. Para eso, nada mejor que la radio, un medio de difusión masiva que, en épocas de guerra, adquiere también la capacidad de ser un *medio* de propaganda. Y para eso fue usado, como sabemos. Jean Paul Sartre, en *Qué es la literatura* (*Situaciones II*, 1948) plantea la ocupación de los medios como forma de intervención intelectual y varios latinoamericanos estarán experimentando con la radio, entre ellos el cubano Alejo Carpentier. Obviamente, fueron los regímenes totalitarios quienes vieron rápidamente el potencial de los medios (radio y cine) para adoctrinar. En *Cuadrante del Pampero* (1956) Martínez Estrada reflexionará sobre la importancia de la radio para conectar el discurso de los intelectuales con las masas. La radio, sostiene, debería ser un nuevo lugar de intervención pública que no usen solo los políticos.

En 1935, la Fundación Rockefeller (ligada a las actividades de la *Pan American Union*, su antecedente y continuadora de sus actividades hemisféricas) da a publicidad un informe diciendo que «su programa de humanidades» no está interesado solamente en el trabajo de investígadores independientes comprometidos con la preservación e interpretación de materiales culturales sino, más bien, con el proceso por el cual la cultura y la educación se difunden en la sociedad modern[5]. En ese contexto Martínez Estrada parece tener los primeros contactos con su «voz pública», es decir, su voz como es escuchada por otros. Y me refiero al aspecto más material de su voz: escucharse a sí mismo, entendiendo que un discurso no es solamente su contenido sino su emisión: su voz no le gusta. Tercer impacto. Comenta desde Washington a principios de julio (no todas las entradas del diario están datadas):

> De la Oficina de Coordinación Interamericana, un *speech*. Hablaré sobre Whitman. Grabación. Desconozco en absoluto mi propia voz. Mucho peor de lo que creí. Sibilantes. Español, en efecto. El diapasón más alto. Pedí una copia para las ideas. Pensamos de nosotros cosas absurdas, y pensamos absurdamente. No nos conoceríamos si nos mostrasen como somos. Nadie lo hace. He aprendido a notar algunos defectos. Me curaré de ellos; afirmar la voz (lo tierno es de pésimo gusto; lo afirmativo es convincente). Alisar las eses; evitar in-

> convenientes del paladar; respiración molesta. Por hoy, como para dormir temprano (85).

La experiencia, que lo desalienta, lo alienta, sin embargo, a mejorar: corregir errores, mejorar la emisión. Martínez Estrada analiza simultáneamente ideas y performance y está muy preocupado por mejorar su dicción. En estas correcciones, sin embargo, no aparece solo su narcisismo, sino la conciencia de que está siendo escuchado anó-nimamente, que puede ser evaluado no solo por sus ideas, es decir, se siente en un terreno que no domina en su totalidad. La escena me parece interesante porque muestra a Martínez Estrada preocupado por las ideas pero también, y al mismo tiempo, por la forma en que son escuchadas. Hay mucho que mejorar para ser escuchado, para ser entendido como él requiere serlo. El terror a escuchar su propia voz, irá cediendo y si no publican las entrevistas en los diarios, al menos, sigue con su carrera en la emisión oral. El domingo 16 de agosto en San Francisco, anota:

> Ceno con Mr. Fischer, después de haber grabado un disco en que participamos él, Mr. Hendrick, un cubano y yo, sobre el tema de la radiotelefonía. Cada cual dijo, en una especie de diálogo, algo sin prepararse. Estuvo bien, pero no pude oír la grabación. La pasarán el 2 de setiembre (125).

Martínez Estrada ya estará en la Argentina para entonces. Esta experiencia, con el grano de la voz, lo contacta con la dimensión pública y llega a entusiasmarlo.

Pero la oralidad es parte de otro problema, el que involucra al idioma (o los idiomas pues Martínez Estrada se maneja mejor en italiano y francés que en inglés, que le resulta una verdadera pesadilla). Aquí comienza la sensación desagradable de estar fuera de casa pero también la de sumergirse en la aventura:

> Cuando uno pronuncia una palabra en inglés, más o menos bien, no lo entienden. El oído, como la lengua, tiene su adaptación. Se aprende a

> hablar y se aprende a oír. En cambio, si el que escucha sabe que uno es extranjero, entiende; coloca el oído como nosotros la lengua. Les sorprende, pues, no tanto el idioma que hablamos mal cuanto la impresión de extrañeza, como si toda la vida hubiesen ignorado que se podía hablar mal su idioma nativo (56).

Voluntad de comprensión y conciencia de vivir inmerso en una cultura «traducida»; acceder al otro de manera imperfecta, sin naturalidad. Cuarto impacto: la lengua, que domina de cabo a rabo en la escritura (en español) se le vuelve un campo enemigo cuando se encuentra en otra comunidad lingüística, que lo relega a un lugar minoritario, sin posibilidad de réplica, el lugar del «mudo» que entiende, que sabe, que puede discutir con su interlocutor, pero que es incapaz de expresarse.

Pese a la experiencia del disfrute inicial, el viaje se va volviendo progresivamente insoportable: el idioma, el empaque de las reuniones, los trenes que pierde, las cantidad de cosas diferentes a las que se acostumbra a medias, las ciudades horribles (Chicago es una de sus peores experiencias) en que transcurren algunas semanas. Y cierta convicción negativa, cuando no perfecto escepticismo, de su misión:

> ¿Pueden los intelectuales hacer algo en sus países, al regreso, para consolidar los vínculos de unión espiritual de los países de América? Tendrían que venir, uno por uno, nuestros compatriotas; ver y comprender (47),

Dice en Washington el lunes 29 de junio. La circunstancia de su viaje lo pone a pensar sobre su país; Martínez Estrada es especialmente escéptico sobre los intelectuales y las condiciones de trabajo en la Argentina:

> El problema de la responsabilidad del intelectual aquí puede tener sentido y en los comentarios se plantea bien, por los críticos. Nosotros no tenemos ese tipo de intelectual independiente (responsable). Todos estamos sometidos a un empleo (irresponsabilizados), a una diversificada tarea, a un deber *no* intelectual (59).

Seguramente se le escapa la compleja red en que están atrapados los intelectuales norteamericanos (su «independencia» no está menos regulada: revistas, universidades, cargos políticos como el de Archibald MacLeish, con quien cena en Washington, director de la Biblioteca del Congreso y a través del cual conoce al vicepresidente de Estados Unidos entre 1941-45, Henry A. Wallace, con quien se entrevista).

Poco a poco lo va descubriendo. Quinto impacto: la cultura no está solo en los libros, museos, ateneos sino que se ha derramado por todos lados y es una industria:

> Eso del panamericanismo puede dar tema para un libro gordo. ¿Qué institución es ésta del té y de las palabras? ¿O que las viejas aprendan español en vez de calceta? ¿Hay una burocracia intelectual del panamericanismo? Yo no he interesado, realmente, a nadie, todavía. Lo mismo da que haya escrito versos o música, o fabricado chorizos. Estoy dentro del tren del panamericanismoy viajo como una mercadería envasada, más o menos libre de riesgo. Con una etiqueta: frágil (109).

Eso viene a descubrir en medio de su viaje: toda cultura se convierte en burocracia. Y Martínez Estrada la contabiliza: cuando llega a Harvard no deja de sentir cierto orgullo porque encuentra siete de sus libros en la biblioteca, pero se decepcionará en Chicago:

> Todo es inmenso. La biblioteca de la Universidad tiene 6.000.000 de volúmenes. No hay un solo libro mío; ni Dios me conoce. ¿Cómo es que hay esa relación entre la simpatía y los antecedentes? Me quedo meditando: porque aquí están las obras de todos los imbéciles de mi país; lo que no quiere decir que debieran estar también las mías. Me guardaré de alegar ese derecho. ¿Es usted escritor? (107).

Nadie lo invita a dar una charla; solo lo registran cuando se está por ir. Si la costa este es más permeable a lo hispánico, el *Midwest* es resistente —otro país— y Martínez Estrada se siente perdido. Es cierto que no ha hecho mucho a lo largo del viaje para caer bien o ser reconocido como escritor: deja de ir a las cenas a las que está invitado, no se relaciona con

nadie, trata de pasar desapercibido siempre que puede y borrarse lo más posible de las actividades públicas.

Por momento, asume su condición de invitado ‹‹político››, que está al servicio de sus anfitriones:

> Lo que ocurre es que el Departamento de Estado no tiene programa para los invitados. Para los sudamericanos de mi tipo —no banqueros ni comerciantes— no hay aquí programa fuera de entregar los pasajes —tampoco en seguida— y de pagar las dietas. Especie de servidumbre. No me importa, porque no he venido a que me agasajen, sino a ver qué es esto. Tampoco me gustaría que se ocuparan de mí con excesiva galantería. No soy hombre de etiquetas; aunque tampoco me parece bien ambular como un paria por las calles, rondar el hotel, recorrer la jaula (82-83).

No sabe qué hacer. La aventura de un viaje que le abrió las puertas de una cultura distinta se revela encierro y esclavitud, un inoperante estar a disposición de sus anfitriones, como si se tratara de un esclavo.

El viaje lo ha sensibilizado a pensar en los intelectuales, en la cultura y en las formas de intervención. Cumple el mandato a medias: escribe sobre Estados Unidos, no se vuelve su portavoz, deja en el limbo su «misión».

El otro mundo, el otro barro

En Washington, el jueves 2 de julio, Martínez Estrada había escrito: «Le dije (a Marina Cuevas): ustedes necesitan un poco de nuestra levadura bárbara. (Quería decirle yo: sentido de lo vital, terrestre, trágico; de lo humano sin desnaturalizar)» (61). Él creía conocer la barbarie, que había analizado nada menos que con rayos X. Muchos años después, entre el 12 y el 31 de enero de 1956 Martínez Estrada data su prólogo a *¿Qué es esto? Catilinaria*, publicado ese mismo año por la editorial Lautaro (de filiación comunista). Unos pocos meses antes la Argentina había vivido uno de sus episodios de violencia política más estigmatizantes de su historia. Y una década antes —poco después del regreso de Martínez Estrada de Estados

Unidos— había vivido una experiencia política que cambiaría para siempre su historia social y cultural y aún hoy se reescribe. Martínez Estrada fue el espectador sufriente de todo el teatro de operaciones de la política argentina, postrado por la enfermedad durante el peronismo, se rehabilita cuando la intervención militar interrumpe la institucionalidad pero, sin curarse completamente, inicia una nueva etapa de interpretación de la nación. *¿Qué es esto?* es un libro que mezcla muchos de los materiales que ya habían sido mezclados en *Radiografía de la pampa* (1933) y *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (1948); saberes, reflexiones, citas, autoridades de muy disímil procedencia. La diferencia con aquellos libros es que en *¿Qué es esto?* el recurso a esos materiales se realiza «sin filtro» y como condición de legibilidad de la realidad argentina presente, como si la única manera de entender la experiencia del peronismo fuera salirse completamente del país, de sus discursos, sus libros e ir a buscar inspiración no solo a las bibliotecas extranjeras sino a los diferentes tiempos de la historia. El volumen se organiza en siete libros, encabezados por títulos alusivos: «Los espíritus elementales de la tierra», «Fafner, Mime y los gnomos», «Koros, Hybris, Ate», «Las vidas paralelas», «El destino es la política», «El capital y el trabajo o la lucha de las clases», «Los daimones del alma». Y los intelectuales que guían —Goethe, Wagner, Toynbee, Plutarco, Aristóteles, Marx y Engels, Jung— son como ángeles guardianes de la palabra, padres tutelares de una realidad —en palabras de Martínez Estrada— menor, bastarda, plebeya. Si el método ya había sido intentado en los libros anteriores, me interesa pensar en este libro, explícitamente polémico, escrito bajo la furia del antiperonismo, fundamentalmente dos cuestiones: la primera tiene que ver con la necesidad de comprender, anunciada desde el título, la dimensión política y cultural del presente argentino; implica un posicionamiento en la historia intelectual de la Argentina del momento. La segunda cuestión se refiere a algo más complejo y quizás rebate las conclusiones de lo anterior: de qué modo Martínez Estrada se resiste a ocupar el lugar que previamente ha definido como el del intelectual. Mi propuesta es que en este libro, Martínez Estrada va más allá de todos los modelos e identidades intelectuales

posibles. Sale del lugar del hermeneuta o, mejor, entra y sale de ese lugar. Interpreta, se enfurece, interpreta, reacciona. Si en *Radiografía de la pampa* y *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* ascendía y descendía de lo abstracto a lo concreto, en *¿Qué es esto?* pasa de la interpretación a la furia, de la racionalidad a la pasión.

Considerado,por muchos, meramente un libelo, sin la profundidad de sus grandes textos, un libro de barricada, escrito al calor de una pasión política, *¿Qué es esto?* es también el libro en que vuelve a una trinchera de francotirador usando todo el arsenal de la biblioteca para atacar lo que todos los que tienen voz están atacando. Un libro con el que retorna al barro de la política para embadurnarse por mucho tiempo. Durante la segunda parte del peronismo, su enfermedad fue su exilio. Este libro, como siempre, enfureció a todos los sectores intelectuales porque su crítica homogeneizadora atacó al peronismo y al gobierno que lo derrocó. María Celia Vázquez, estudiando la polémica que este libro generó en el campo intelectual argentino (con Borges —curiosamente desplazada a escenarios de Uruguay— y con Arturo Jauretche, a quien Martínez Estrada no contesta) señala los tópicos más relevantes: Martínez Estrada en la figura, una vez más, del profeta, el recurso constante a la pobreza y el aislamiento, la moral como fuente de legitimación. Christian Ferrer también lo considera en esta etapa:

> Cada cual depositó en Martínez Estrada decepciones distintas, y se dio forma a un monstruo confeccionado con retazos desiguales de liberalismo, comunismo, anarquismo, conservadurismo, castrismo, individualismo y telurismo (236).

Pero Martínez Estrada acababa de ser ungido, antes de escribir este libro, por ciertos jóvenes de la Argentina. Como sabemos, el número 4 de la revista *Contorno*, dirigida entonces por los hermanos Viñas, que apareció en diciembre de 1954 estuvo dedicado a Martínez Estrada. El carácter monográfico no debe hacernos olvidar que el propósito del número, como todos los de *Contorno*, tiene como finalidad primera hacer

un posicionamiento de los jóvenes que hacen la revista. Sin embargo, Martínez Estrada no es solo una «excusa» para plantear los desafíos generacionales de los jóvenes intelectuales bajo el peronismo. Así lo deja en claro el texto que abre el número, «Los ojos de Martínez Estrada» firmado por Raquel Weinbaum (pseudónimo de David Viñas) que va directo a la crítica del lugar intelectual que encuentran en sus obras: el de quien mira al pueblo desde arriba, quien no se contamina con la realidad sino que simplemente la observa y describe, guardando siempre una distancia aséptica. Excepto el texto de Adelaida Gigli, el número se concentra en los ensayos de Martínez Estrada. Los artículos de Rodolfo Kusch y F(rancisco). J(orge). Solero valoran muy especial-mente el carácter americano/ista de su pensamiento. Mientras que los artículos de los hermanos Viñas destacan el carácter de modelo de intelectual crítico que Martínez Estrada aporta a las nuevas generaciones.

En «Reflexión sobre Martínez Estrada», Ismael Viñas declara que su escritura los inspira porque fue el primero que vio el país fuera del mito de la grandeza y el crecimiento, porque fue un rebelde que no creyó en la imagen entusiasta de la Argentina y por eso siempre ejerció la crítica. Si bien admite que su generación piensa distinto, cree que debe encontrar en él un modelo para pensar en negativo, críticamente, y volverse sujetos incómodos. El texto de David, «La historia excluida: ubicación de Martínez Estrada», es un pasaje por la historia intelectual de la Argentina moderna, pero haciendo de octubre de 1945 el punto de clivaje. En el método está su tesis: la historia es lo que sustenta la mirada del intelectual. De los cuatro modos de ver la historia (liberal, revisionista, mítico y crítico) Martínez Estrada es el que se ubica en la línea crítica. Es uno de los pocos que ejerce la denuncia y aunque subraya que la suya es una integración al sistema, agrega que siempre fue polémica. Sus obras son valiosas (y lo son para los jóvenes en busca de maestros) porque implican siempre una «toma de posición». Viñas declara: «de pronto caímos todos en la historia» y, desde entonces, debemos, todos, vivir y escribir como *culpables*. Como Roberto Arlt, Martínez Estrada es interpretado por la nueva generación como autor

problemático y de denuncia. «Nos sirve», por eso lo consideramos a ese «heterodoxo argentino». Cito a Viñas:

> En fin, tomar a Martínez Estrada no como aval o apoyatura, sino como rescate del pasado y del presente utilizables, porque el pasatismo es tan gratuito como la profecía, y los antepasados tan tramposos como la inmortalidad. Porque hoy y aquí ni la genealogía ni lo póstumo justifican a nadie (56)[6].

Si nos atenemos a la perspectiva de una historia intelectual de la Argentina, en este matrimonio mal avenido que formaron Martínez Estrada y *Contorno*, podríamos decir que se cierra una de las figuras intelectuales más interesantes y productivas de la cultura argentina. Un modelo que se sustentó en la crítica del liberalismo. Desde el otro lado, la crítica revisionista deploraba ese mismo canon liberal y se concentraba en las expresiones de una cultura popular entendida en términos autoreivindicativos.

En el breve epílogo de *¿Qué es esto?* Ezequiel Martínez Estrada comienza diciendo: «Estoy cansado» y deja como legado una frase de Sócrates en la que se reivindica como crítico. Está cansado de la experiencia de la Argentina pero no de la experiencia de la historia. Como sabemos, en 1960 va a Cuba y se pone al servicio de la revolución. Su libro sobre el peronismo es, en su desesperada búsqueda de una razón que explique la historia reciente de la Argentina, el diseño de un espacio para sí mismo: el de quien está cansado y no entiende lo que acaba de pasar, un nuevo refugio escriturario para tolerar la experiencia de un cambio perturbador. Nosotros y ellos, intelectuales y masas, ciudadanos y pueblos, nuevamente la explosión de las dicotomías para plantear lo inexplicable. El deseo de comprender guía un discurso lleno, como nunca, de exabruptos y contradicciones.

Final

Quisiera concluir diciendo que Martínez Estrada regresa de Estados Unidos para vivir la experiencia política más radical en la Argentina, la del

peronismo. Incluso la revolución cubana resulta más transparente que el opaco fenómeno argentino. Escribirá *En Cuba y al servicio de la revolución cubana* (1963) una comprensión de la historia que está lejos del escándalo de *¿Qué es esto?* Si los jóvenes de *Contorno* lo rescataron en 1954 como intelectual crítico, como provocador, como recordatorio de que, en la Argentina, todos los intelectuales son culpables, ¿cómo pensar a pensar a Martínez Estrada en el siglo XXI, en otra coyuntura polémica de la Argentina? Personalmente pienso que escuchar las voces que, además de la literatura y la erudición, pueblan su discurso, volver a los textos menores y a la minoridad de la experiencia intelectual de Martínez Estrada puede ser una experiencia que nos rediseñe sus lecturas. Escuchar su voz, la que no le gustaba oír. Las citas, la biblioteca, son parte de su sistema argumentativo, de su colocación intelectual, pero el resto, el barro en que se sustentan todas las cosas, permanece como residuo que puede emitir nuevas señales.

Bibliografía

Adam, Carlos. *Bibliografía y documentos de Ezequiel Martínez Estrada*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1968.

Clementi, Hebe. *Lautaro. Historia de una editora*. Buenos Aires: Leviatán, 2004.

Contorno. Edición facsimilar, Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2007.

Christian, Christian. «Palos de la crítica. Todos contra Martínez Estrada», *Revista del Departamento de Letras*. Primeras jornadas de la crítica en la Argentina, 2010.

Frank, Waldo. *South American Journey*. New York: Duell, Sloan and Pearce, 1943.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Panorama de los Estados Unidos*. Introducción, notas y bibliografía por Joaquín Roy. Buenos Aires: Torres Agüero Editor, 1985.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Las 40*. Buenos Aires: Gure, 1957.

Martínez Estrada, Ezequiel. *En Cuba y al servicio de la Revolución Cubana*. La Habana: Ediciones Unión/Ensayo, 1963.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Cuadrante del Pampero*. Buenos Aires: Deucalión, 1956.

Martínez Estrada, Ezequiel. *El verdadero cuento del Tío Sam*. Textos de Martínez Estrada, dibujos de Siné. La Habana, Casa de las Américas, 1963.

Pan American Union. *Documentary Material for the Good Neighbor Tour.An Imaginary Visit to the Republics of Latin America*. volumen I, Introductory Program, Source Material,Washington DC, Pan American Union, 1943.

Vázquez, María Celia (Coordinadora). *Intervenciones intelectuales en el contexto del peronismo clásico*. Bahía Blanca: EdiUNS, 2011.

Viñas, David. *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.

NOTAS

1 Escritura íntima: sin embargo, Martínez Estrada tiene conciencia de una posible publicación. En la tarde del lunes 29 de junio, escribe: «No debo escribir una palabra sobre lo que me ocurrió en la Embajada. Pero tampoco lo olvidaré, pues allí encontré de nuevo "un ambiente", un "estilo", una forma de ser muy argentinas» (52).

2 Todas las citas del diario corresponden a la única edición disponible: Ezequiel Martínez Estrada. *Panorama de los Estados Unidos*. Introducción, notas y bibliografía por Joaquín Roy. Buenos Aires, Torres Agüero Editor, 1985. Contiene: «Diario de viaje a los Estados Unidos» y «Diagrama de los Estados Unidos».

3 Será el momento en que comience a fortalecerse progresivamente el campo de los estudios latinoamericanos, muy por debajo hasta entonces de los de francés, alemán y español–peninsular.

4 *Points of View*, n.° 1, December 1940, pág. 1. La traducción me pertenece.

5 En: Pan American Union. *Documentary Material for the Good Neighbor Tour.An Imaginary Visit to the Republics of Latin America*. Volumen I. Introductory Program. Source Material. Pan American Union, Washington DC, 1943. En todos los casos, la traducción me pertenece.

6 En *Contorno*, n.° 4, 1954. Edición Facsimilar, Biblioteca Nacional, Buenos Aires, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 2007.

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 99-118.

MAL DE PIEL O PERONITIS

Christian Ferrer
Universidad de Buenos Aires

Al comenzar 1951, que fue el año de la reelección del presidente de la nación, el general Juan Domingo Perón, Ezequiel Martínez Estrada cayó en cama, afectado por una variedad extraña y severa de los males cutáneos. Al comienzo las llagas proliferaron. Luego, la piel entera se le ennegreció, inflándose en pequeñas costras que a veces rompían en descarnaciones, en muecas de cráteres, como el relieve de una salina sin solución de continuidad. Al mirarse en el espejo debió hacérsele evidente la enormidad de la transfiguración: su cara había adquirido coloración negra, lo que antiguamente se llamaba «el Mal de Bronce». Ahora el hombre era crisálida, o bien mutante. La dolencia, al intensificarse sus síntomas, impidió al convaleciente los más mínimos movimientos, incluyendo la lectura, la escritura y la oratoria, tres pócimas mágicas que podrían haberlo aliviado. Martínez Estrada quedó, literal y etimológicamente,

«impedido»: ya no pudo hacer pie. Durante ese tiempo en que la mayoría de los argentinos creyó experimentar una incesante utopía plebeya, él fue derrumbado por una enfermedad poco menos que oprobiosa, una «dermatitis de fuerte origen psíquico» que fue clasificada en el nomenclador de las enfermedades atópicas, es decir «insólitas». Cinco años después, en 1955, entre el estertor del gobierno peronista y el golpe de estado que extirpó a su líder de la casa de gobierno, los médicos comprobaron que el morbo epidérmico comenzaba a retirarse del convaleciente. ¿Síntoma o milagro? También Perón tenía la piel manchada y probablemente padecía una variante leve de la soriasis.

Ahora bien, los achaques y enfermedades de un escritor, por graves que sean, no son más que incidencias, desgracias privadas, salvo que se manifiesten, también, en sus opiniones públicas o en su obra. Si la edad del sufriente está más cerca del certificado de defunción que de la partida de nacimiento, un mal de cuerpo tan sostenido puede señalar el comienzo de la fama póstuma, o la del olvido. Tanto más extrañas debieron sonar las palabras que Martínez Estrada improvisó en Bahía Blanca a comienzos de 1956, en presencia de Atilio Dell'Oro Maini, ministro de Educación, y del coronel Emilio Bonnecarrere, interventor militar de la provincia de Buenos Aires, y conste que lo hizo en pantuflas, pues andaba algo decaído y no tuvo ganas de emprolijarse antes de salir de casa:

> Cinco años estuve sin leer ni escribir y casi sin hablar. Durante mi enfermedad muchísimas veces, casi como obsesión, he pensado que estaba sufriendo un castigo por alguna falta ignorada cometida por mí. Los teólogos dicen que no es menester que el reo sepa qué pecado ha cometido para ser culpable. A mí me parece que no hay castigo sin culpa y que muchos de los que juzgamos castigos son premios y que muchas de las desgracias que no nos podemos explicar, son castigos. Mi situación es muy semejante a la de Job y en lugar de discurrir sobre el bien y el mal, di en cavilar sobre mi país. Pues así como yo padecía de una enfermedad chica, él padecía de una enfermedad grande; y si yo pude haber cometido alguna falta pequeña, él la habría cometido inmensa. Yo y mi país estábamos enfermos.

El ministro Dell'Oro Maini, funcionario de la dictadura del general Uriburu, de la del general Ramírez y de la del general Aramburu, quizás lamentara no haber llevado un paraguas a Bahía Blanca, pues este chaparrón en día de festejo se añadía al chubasco previo que horas antes le habían propinado los muy enojados estudiantes de la Universidad Nacional del Sur, que él mismo acababa de inaugurar.

Entre hombres de letras, «sufrir de país» es una constante endémica. Quizás sea requisito del oficio, al menos en la Argentina, un problema de cabecera para pensadores de cátedra, de círculo o de partido, eternamente cariacontecidos ante el insomne caos nacional, al cual exorcizan por medio de consabidas y sempiternas solicitadas de las que se cuelgan las firmas. Demasiadas veces la conciencia «crítica» procede como órgano de distanciamiento e inmunización, como barbijo, pero casos de definitiva desesperación o de desplome total son raros entre intelectuales, usualmente rescatados de la noche cerrada por una nueva ilusión o un renovado activismo, cuando no por algún mesías de la política. Martínez Estrada no supo o no pudo recurrir a estos bálsamos para aligerar su calamidad, que era de rango ignominioso, como para los perros resulta serlo la sarna, que es lo que la palabra soriasis significa en griego antiguo, aunque no se privó de transmutar el padecimiento en prueba espiritual y espectacular. Por entonces escribió lo siguiente:

> ¿Era yo el enfermo o era mi pueblo? Vagué de hospital en hospital, con la piel negra como el carbón y dura como la corteza de un árbol. Yo, que siempre me había negado a ser instrumento de los enemigos del país, aparecí ante ellos como la conciencia que los acusaba. Y con mi enfermedad, expié también la sordera de mi pueblo enfermo.

Tal era su convicción, o su orgullo, en todo caso así de inmenso era el contrapeso. En las declaraciones suyas de esta época abunda el alegato patético y algo narcisista, que fue su modo de llamar la atención sobre la libra de carne que ha de sacrificar quienquiera pretenda meditar los dramas nacionales, y desde ya que Martínez Estrada disponía de una aguda percepción somática de la Argentina. Si se remonta la palabra

síntoma hasta su raíz, el significado etimológico es «caer conjun-tamente», o bien «colapso».

Fue un monólogo de cinco años. La mitad de una década pasada en camastros de hospital, con pocas visitas, desolado. En ese tiempo Martínez Estrada apenas publicó seis artículos en diarios y revistas. Una nimiedad, y encima eran reelaboraciones de temas anteriores. ¿Cuándo comenzaron esos años? Fue a fines de 1950, cuando se le evidenció una pertinaz erupción cutánea. Las progresivas manifestaciones del mal incluyeron prurito, picazón, eczema, pústulas, descarnes y negror de la piel. Se describió a sí mismo: «Yo, hombre de piel córnea». El primer diagnóstico fue el siguiente: «Neurodermitis melánica de origen so-mático». Origen «somático». Esto quería decir que no había certeza sobre la causa. O bien que el estado emocional previo del paciente era mal síntoma de por sí. Es posible. En ese mismo año de 1950, que fue llamado oficialmente «del Libertador», Martínez Estrada le confió un balance desolador a su amigo Arnaldo Orfila Reynal:

> La sedimentación de una vida que ha sobrepasado ya el límite que la naturaleza fija por lo general, la perplejidad del que siente que la ha perdido para siempre en juegos de salón.

Y en otra carta enviada a Gregorio Scheines: «Yo mismo me he convertido en un torturador de mí mismo». En los meses que precedieron a su internación hospitalaria sus misivas van acrecentándose en inquietud y toma de conciencia del marchitamiento. En carta dirigida a Orfila Reynal, residente en México, le escribió: «Vivo aislado, con mis fantasmas»; y meses después: «Es tremendo, la píldora que Dios me hace tragar como impuesto a lo que me dio»; y dos meses más tarde: «Estoy acomodándome a la soledad verdadera, como el que se prueba el ataúd». Tal parece que la amargura, ese cilicio filiforme, le corroía el alma y la piel.

Emir Rodríguez Monegal, crítico literario uruguayo que lo visitó por entonces, dejó una instantánea de su apariencia:

> Su cabeza parecía trabajada por el más sutil y diabólico artífice. El cráneo casi se le transparentaba; la carne estaba reducida a muy poca cosa; las venas dibujaban su curso previsible sobre la piel arrugada; en medio de la cara había dos ojos que eran ascuas y que descubrían en seguida el juego, porque este hombre contenido y delicado, sensato y cordial, era habitante cotidiano de un infierno.

A mediados de 1951, la condición de Martínez Estrada se agravó y se hizo inevitable la internación. Al poco tiempo le escribió a Victoria Ocampo: «Desde ayer estoy en casa, después de un mes de infierno en Buenos Aires y en total de tres meses de postración. Por suerte el médico me asegura que con un tratamiento podré curarme en algunos meses». Él creía estar sobrellevando una «alergia infernal», apenas. Estaba equivocado: pronto se pondría peor y entonces comenzaría el calvario por consultorios de dermatólogos, endocrinólogos y psiquiatras. Le escribió a Victoria Ocampo: «Tengo los nervios destruidos. ¡Estuve días sin dormir, días sin noches, con una comezón de arrancarse la piel! No sé cómo he soportado tantos tormentos».

Al principio le diagnosticaron «dermatosis universal», cuyas manifestaciones eran la urticaria, las excoriaciones y lesiones en el área del tórax. Pero de a poco los informes médicos fueron apilando agravantes. El paciente desesperaba. El escritor Rafael Arrieta lo visitó a comienzos de 1951, y años más tarde rememoró: «Era un esqueleto revestido por negro pellejo; la vida parecía concentrada en los ojos. Se rascaba continua-mente hasta el hueso, ante los médicos desconcertados». Meses después Martínez Estrada le envió un nuevo parte médico: «Mi situación es más o menos la misma y esta enfermedad, que no tiene diagnóstico, es cruel y pugnaz. El prurito en el cuerpo ya lacerado es insoportable». De allí en más, en sucesivos cuartos de hospital, quedó aislado, en una cuarentena que amenazaba con devenir en perpetua y por ese tiempo su enfermedad alcanzó rango mitológico en los corrillos de los ambientes culturales. Incluso fue mencionada en los diarios nacionales.

Pedro Orgambide recordó más luego que la piel de Martínez Estrada había adquirido «un color parduzco, violáceo, un color de musgo». El

ensayista León Benarós fue más claro: «Estaba casi tan negro como un negro del Congo», que es como decir la Argentina al norte. El tratamiento incluyó radioterapia, inyecciones de penicilina y aplicaciones de ácido y gas mostaza. Pero nada parecía aliviarlo. Escribió a un corresponsal:

> Llevo quince meses postrado en cama, peso 44 kilos y tengo la piel negra como de anguila seca. Ese es mi cuadro. Agréguese un prurito generalizado de los pies a la cabeza y más o menos se tendrá idea de mi infierno.

A las camas de hospital las llamaba «mis tumbas de lana». Seguirían varios años de padecimiento: un suplicio de mil quinientos días. Ante la ausencia de mejoría se intentó un tratamiento con cortisona, y también homeopatía, tentativas que no lo hacían ir «ni para atrás ni para adelante». De hecho, empeoró.

Centeneras de llagas: Un rosario de estigmas. Pedro Orgambide las describió: «El cuerpo de Martínez Estrada, que había perdido mucho peso, se mostraba llagado y ulcerado de una manera atroz. Los pocos amigos que lo visitaban se impresionaban al ver». Llegó a pesar 40 kilos. Tuvieron que hacerle transfusiones. Tenía continuos accesos de llanto. La fosa parecía estar a un paso. De Buenos Aires lo enviaron a Córdoba, a la prestigiosa clínica de reposo del Dr. Gregorio Bermann. Antes, Martínez Estrada había deambulado por los hospitales Rawson, Tornú y Argerich. Hiperqueratosis: así llamaba a su enfermedad. ¿Su piel? La describió: «Como de elefante». Y también: «Piel de pez». Para 1953 había tomado un color cianótico y eran incesantes los intensísimos picores y las tumefacciones. Tratar una enfermedad como esa era algo muy caro y el ex empleado de correos y ex profesor de escuela secundaria no tuvo más remedio que peregrinar por los pasillos de los hospitales públicos. Años antes había escrito, en *La cabeza de Goliat*: «Un hospital es una pesadilla como un idilio de amor es un sueño».

Fue por entonces, al agravarse el mal, que Victoria Ocampo le cedió un cuarto de huéspedes en un pequeño domicilio secundario que poseía al lado de la redacción de la revista *Sur* para permitirle el descanso mientras

intentaba curarse en Buenos Aires. Y fueron justamente dos médicos recomendados por Victoria Ocampo, el Dr. Carlos Galli Mainini, famoso por haber descubierto un método de detección precoz de embarazos conocido bajo el nombre de «Test de la Rana», y especial-mente el Dr. Arturo Manrique Mom, quienes consiguieron algo de alivio para el paciente. Por cierto, quince años antes, el Dr. Mom había tratado a Horacio Quiroga en la etapa final de la penosa enfermedad que lo condujo a darse de baja mediante la ingesta de cianuro. Victoria Ocampo llegó a visitarlo tres veces por semana. En su primera visita se despidió con un beso, a pesar de las pústulas purulentas visibles en su mejilla.

Graciela Scheines recordó que Martínez Estrada «llegó a tener el rostro oscuro, con escamaciones en la cara, húmedas». Esas «ronchas», o «zonas de erupción y de sismos», como él les llamaba, retornarán cíclicamente en sus últimos años de vida, como máculas escarlatas que le oscurecían el semblante. En una fotografía tomada en el tiempo posterior a su recuperación la piel del rostro aún está tiznada, como si hubiera sido transfigurado en «cabecita negra». Por entonces escribió: «Al pueblo lo he conocido y descubierto en mis muchos años de hospital». Recordaba el caso de una paciente, una mucama, con quien compartía el mate: «Había en esa pieza un altarcito con la fotografía coloreada de la mujer que les había ofrecido, más que amparo, comprensión». Era Eva Perón.

Acerca de su enfermedad, Martínez Estrada escribió: «El viaje de Dante a través del Infierno no fue más revelador ni pavoroso que el mío por las salas de los hospitales». Ese infierno concernía menos a la genérica soriasis que lo aquejaba que a la sarna local. Incluso antes de que fueran habituales sus declaraciones públicas que hacían de los males políticos del país la causa de su enfermedad, ya expresaba esa convicción a los conocidos. A Pedro Orgambide le dijo en 1952, «mi enfermedad es la que sufre nuestro país», y en el mismo año le confió a María Rosa Oliver «sufrir de peronitis». En los años siguientes Martínez Estrada recurrió muchas veces a metáforas fisiológicas u orgánicas para dar cuenta del estado moral del país. Por ejemplo:

> El mal de que adolecemos es muy grave, es un mal infeccioso que se propaga de la cúspide a la base y que los cirujanos que han de amputar los órganos gangrenados tienen las manos sucias;

o bien, «Nuestros males cutáneos no son una mera tiña y se han resumido bajo la piel. En vez de curarlos los reabsorbimos»; o bien, con respecto al influjo de Buenos Aires sobre el país: «Uno de esos tumores que devoran el cuerpo entero, extraños a su metabolismo, que se desarrollan por cuenta propia a expensas de todos los órganos sanos, agentes secretos de debilidad y muerte». Y en carta de fines de 1955 enviada a Arturo Frondizi, próximo presidente de la Argentina, le explica:

> La causa de nuestros males es orgánica. Por la enfermedad de la piel que he padecido durante muchos años supe que la causa verdadera era un trastorno glandular, o lo que he designado como desbarajuste peronista generalizado. (...) Hay que reestructurar y no enmendar, purificar y regenerar más que reconstruir política o económicamente, lo cual se refiere a las glándulas y no a la piel.

Y acerca de las instituciones públicas y privadas, dijo: «Allí se hospedan individuos contaminados, portadores a su vez de gérmenes de la infección general». Y sobre la terapia más conveniente para contener al peronismo:

> No es cuestión de emplastos; es cuestión de cirugía política y económica, de cirugía de cirujanos y no de carniceros. Diré de cirugía ética y estética para el pueblo, y del hueso y de los órganos profundos para el Estado.

Varios lectores suyos continuaron esa línea de pensamiento. Así, Héctor Murena:

> Las palabras de Martínez Estrada [sobre Argentina] son la dramática y exacta descripción de la enfermedad hecha por el enfermo mismo, son la voz de un médico narrando sin concesiones la génesis, el desarrollo y

> las perspectivas de un cáncer que se ha instalado en su propio cuerpo. (...) Martínez Estrada se valió de la extraña fuerza de la fiebre para luchar contra la enfermedad. Utilizó el virus, la podre, para vacunar, para sanar. Y no hay nada que conozca mejor los recursos, las celadas, el arrastrarse de la enfermedad que el virus contra el virus: es la espada exacta.

También el anarco-individualista Costa Iscar:

> Martínez Estrada nos muestra el cuerpo maltrecho [Argentina] por pestíferas llagas, en el que se han cebado todas las lacras que describe la patología social. Sobre el mármol del practicante yace el paciente; con pulso seguro y vista aguda nos irá mostrando el maestro quirurgo todos los tejidos, todos los órganos, todos los nervios enfermos. Nos hallamos ante un candidato a cadáver o un muerto que camina.

No por nada Eduardo González Lanuza sugirió que se podía leer a *Radiografía de la Pampa* como una «patología sociológica». Sin mucho entusiasmo, dirá más adelante Blas Matamoros que *Radiografía de la pampa* había sido «el texto de un tisiólogo que desahucia a su paciente». Victoria Ocampo así lo comprendió también: «Padeció su país a la manera de una enfermedad, como aquella tremenda enfermedad de proporciones bíblicas en que lo vimos debatirse durante años. Confundía un mal con otro». Quizás, quizás, quizás. No obstante, lo suyo no era el encarnizamiento, sino el diagnóstico. Martínez Estrada mismo había adelantado una advertencia: «No quiero que se crea que me divierto en apretar forúnculos y en quitarle la gorra al tiñoso».

En septiembre de 1955, ya repuesto, dio su primera conferencia pública luego de muchos años. Había más de mil personas esperándolo, y al año siguiente, en julio de 1956, la concurrencia alcanzaría las tres mil almas. Sin embargo, cinco años de enfermedad no pasan en vano. En verdad, Martínez Estrada nunca se repuso del todo, pero por el momento había resucitado, al igual que Lázaro, pero no para vivir una segunda vida, sino para enarbolar su propio evangelio: «Meditando sobre mi resurrección he

dado en pensar que si no he muerto en la cama, es porque debo morir en la calle». Es lo que suele sucederles a los perros estragados por la sarna. Y por cierto, alguna vez Martínez Estrada declaró a un periodista que su última salida de un hospital había sucedido el día 17 de septiembre de 1955. Esa fue justamente la fecha en que el general Juan Domingo Perón fue expelido de la Casa Rosada de malas maneras.

Tres meses después de esa salida del hospital, Martínez Estrada publicó *Qué es esto*, un libro bronco, tumultuoso y temerario. El tema era el peronismo y aquí está Martínez Estada en su paroxismo, contra todo y contra todos, lanzado al ruedo para dar cuenta del régimen caído. La fuerza del libro es la del mandoble, pero aunque en cada oración restalle un rayo jupiterino, al fin y al cabo prima la jeremiada, el largo lamento por el país. O quizás sea el libreto de una película caótica, al igual que lo es el peronismo. La prosa, torrencial y agitada por múltiples torbellinos de ideas, despliega un lenguaje amonestador, de predicador inflexible, que muchas veces suscita el fastidio del lector, pero es un lenguaje preferible al de los cuenteros del tío de la escena política de entonces, de ahora y de todos los tiempos. *Cuento del tío*, ya que Martínez Estrada creía que los políticos son subvencionados por aquellos que se dejan fascinar por el mecanismo del timo, o sea los ciudadanos, que son a su vez «estafadores en potencia».

Más que respuesta a un gusto temático es un libro escrito como un deber, un «yo acuso», según el antecedente no muy lejano inaugurado por Emile Zola en Francia. Una «catilinaria», tal el subtítulo del libro, que captura, del fondo de la historia, un momento dilemático de la antigua Roma. El acusado es Juan Domingo Perón y Martínez Estrada se mide con él tal como Marco Tulio Cicerón lo hizo dos mil años antes con Lucio Sergio Catilina, jefe del bando de los «populistas» y contra quien se levantaron cargos infames, entre otros haber asesinado a su propio hermano, haber cometido adulterio con una virgen vestal, haber planificado una degollina de senadores, haber puesto fecha y hora a un intento de asesinato de Cicerón, su principal inculpador, e incluso se dijo que había practicado sacrificios humanos y de paso también se le endilgó,

algo exageradamente, voluntad de destruir la forma de gobierno republicana. Poco después Catilina murió en batalla y su cabeza le fue separada del cuerpo para ser exhibida por las calles de Roma, aún cuando a él mismo se le había inculpado de hacer lo mismo con un rival político.

En enero de 1956, fecha de edición de *Qué es esto*, Martínez Estrada expresó, como motivación mayor de su empeño, una buena voluntad a la que nadie daría la bienvenida: «Espero que han de ser un día los peronistas quienes mejor me comprendan y me den la razón». Pero también dijo que el libro era lo suficientemente desagradable como para que los peronistas y los antiperonistas lo aborrecieran por igual. Y lo hicieron, en especial los peronistas, que nunca dejaron de considerar a Martínez Estrada un «antipatriota en el peor sentido», según un misil que le fuera arrojado por el diario *El Laborista* en ocasión de haber sido nominado por la Sociedad Argentina de Escritores al Premio Nobel de Literatura. El diario, oficialista, se empeñó en minimizarlo como «escritor correcto, como tantos», cuya obra carecería de «sustancia u originalidad». Inverosímilmente, le asignaban la cualidad de «autor frío». Justo él, que se ponía a vociferar en descampado como si fuera Eva Perón pariendo millones.

«¿Qué es esto?». La pregunta, formulada así, entre la sorpresa y la inquietud, más intempestiva que inquisitorial, sigue resonando en nuestros tiempos, pues resulta que Perón vive y todavía nadie logró averiguar de qué está hecho su portento. Era el primer libro de Martínez Estrada luego de cinco años de silencio, pronto continuado por una serie de publicaciones e intervenciones de índole política destinadas a confrontar el rostro esfíngido del país. Ese ciclo obsesivo se encastraba a la demanda del momento, la de dar explicación urgente al peronismo, que diez años antes, al hacer aparición en la escena pública, había desacomodado a muchos escritores y que ahora los forzaba a reacomodarse nuevamente. Publicado por la editorial Lautaro, de simpatías comunistas, el libro ha de haber sido escrito con bastante celeridad, puesto que durante el año anterior Martínez Estrada todavía estaba tirado en camastros de hospital y Perón fue derrocado cuatro meses antes de la primera edición y se sabe que los libros se culminan con anticipación a su

envío a imprenta. Quizás tuviera el tema entre ceja y ceja mientras estuvo confinado a su lecho de enfermo y sin duda mucho de su padecer se traspapeló al tono enfebrecido del libro, en cuya redacción hubo mucho hilo suelto, incluso hilachas, y otras fallas de costura.

El libro fue leído, en su tiempo, como alegato inmisericorde en contra del gobierno peronista. Ese equivoco se le adosó para siempre, a pesar de que poco tiempo después Martínez Estrada reconsideró algo más benévolamente a Perón, una vez que sus sucesores le terminaron por parecer mucho peores, por sus intenciones y por su ineficacia, y también por necios y falsos. Pero ya era tarde. Martínez Estrada quedó estampado en la historia de las ideas políticas como enemigo jurado del populismo. La atribución tiene sus fundamentos. Considérese que Estrada era miembro de la revista *Sur* y que publicaba en Losada y Argos, editoriales probadamente antiperonistas dirigidas por docentes cesanteados; que además solía dar conferencias en el Colegio Libre de Estudios Superiores, una institución opositora, y que era socio prominente de la Sociedad Argentina de Escritores, un panal de antagonistas a Perón. Sus contactos informales en el campo intelectual parecían todos «contreras».

Por ese tiempo Martínez Estrada daba charlas públicas y parecía esperarse de él, como de tantos otros disertantes de entonces, que ofreciera al auditorio claves de comprensión de los «problemas de la cultura» y más específicamente de los dilemas de la política nacional. Pero la respuesta que Martínez Estrada presentó a sus auditorios, a comienzos de la «Revolución Libertadora» y en plena algarabía de la clase media, no fue la esperada ni la deseada. Les dijo: «Tenemos preperonismo, peronismo y postperonismo para unos cien años más». Tal es la longitud temporal del enigma al cual Martínez Estrada se negaba a reducir al estatuto de partido político cualquiera o de régimen ya desbaratado. Perón era, por el contrario, el inevitable brote de invariantes históricos anteriores. Por su parte Perón no habría hecho otra cosa que organizar los residuos sociales desdeñados por los partidos tradicionales, a los que plegó al invariante político, es decir la barbarie, que es la otra cara de la civilización, que es la otra cara de la barbarie.

El peronismo, más que Perón y antes que él, eran sus seguidores, pues ningún líder, en democracia o sin ella, se impone por sí solo. Eran los habitantes del sótano, cuya realidad nadie miraba porque era fea. El sótano ocupaba el diámetro entero del suburbio, donde yacía acumulado todo aquello que antaño había sido barrido bajo la alfombra y que ahora retornaba mutante y con ímpetu de aluvión: la turba, la muchedumbre, el populacho. Tanto tiempo pasaron inadvertidos que al final desesperaron de las opciones políticas acostumbradas, pero ahí estaban, a la vista, por ejemplo el 17 de octubre de 1945. La jerga acusatoria de la oligarquía les provenía de la época de Hipólito Yrigoyen y el peronismo mismo suponía una recuperación de las energías populistas que en otro tiempo habían sido organizadas por el yrigoyenismo y que sus herederos no supieron custodiar. Martínez Estrada insistió en ese parentesco. Más atrás están Rosas, Facundo y los fantasmas de otros caudillos que regresan como lo hacen los malos sueños que han sido olvidados. Encabalgándose sobre ese invariante, Perón habría esparcido el lenguaje del resentimiento y promovido un socialismo «neorrosista» y un estado «césaropapista». Pero la culpa no es toda suya, le antecede. Dice Martínez Estrada:

> Perón ha sido un epígono del peronismo y los peronistas se reclutan también en el antiperonismo, sin contar la probabilidad muy alta de que se me atribuyera que considero a Perón como una víctima de este país.

Tal cual.

Perón habría sido «shaman», que es lo que es todo gran hombre de la política, y lo fue en grado sumo, amén de gobernante «manosanta», «limosnero», «exuberante» y «maquiavélico». Un mago, particularmente en lo que hace a la administración del discurso, pues Martínez Estrada advierte que su poder persuasivo era inmenso. Es el don de fascinar, el donaire que concede la simpatía nata, aunque Perón también conocía el arte de soliviantar las almas: arrear y enardecer a la vez. Un hombre con la intuición misteriosa del momento oportuno, que se circundaba con

utilería de gran teatro y figuras melódicas propias de la fanfarria. Y además, un renovador de la elocuencia gauchesca en el campo de la política, con toques de mistágogo y de encantador de serpientes, es decir de multitudes. Pero aunque Martínez Estrada admite que al pueblo postrado lo puso en pie y lo dejó andando, el suyo habría sido un gobierno de demagogos ambiciosos, sin dejar de ser, Perón mismo, el aleph que permite hacer luz sobre nuestros males congénitos aún cuando él haya sido, para el país, «un castigo de Dios». Por otra parte, el fervor masivo por Perón es comprensible, porque al pueblo le fue ofrecido un jubileo, y como el pueblo estaba cansado comió de la manzana con gusto.

¿Y qué más fue ese hombre? Martínez Estrada le dice «El Gran Jíbaro», «el Gran Mendaz», el «Agente Pestífero», «el Gran Hipnotizador», agravios que se continúan en progresión descontrolada en más vituperios y zaherimientos redoblados en intensidad justamente porque la pedrada que le arrojaba no le hacía mella alguna a Perón, y eso no solo por defecto de la puntería conceptual sino porque un soterrado asombro maravillado por el fenómeno populista tentaba a Martínez Estrada más a favor que en contra, tal como lo haría una intuición visceral e imperiosa alojada en los principios morales de quien lucha por anteponer la castidad de la conciencia a la fascinación erótica. Pero no se derrumba a una estatua con epítetos equivalentes a los que en su tiempo Sarmiento destinó a Juan Manuel de Rosas. La difamación también engrandece, incluso agiganta.

Así define Martínez Estrada al peronismo:

> Debemos de entenderlo como una misteriosa enfermedad del caracú que periódicamente se manifiesta por pústulas cutáneas, disenterías, neuralgias y también euforias en que los ciudadanos se abrazan por las calles y se intercambian amuletos contra el mal de ojo.

¿Y por qué no? Después de todo, a la gente se le había concedido indulgencias a granel, por no decir la absolución. Era el pan junto a la saturnalia. Martínez Estrada considera que los argentinos siempre hemos sido un poco «carnavalescos». Y por cierto, también registró el rol

cumplido por el cinematógrafo en la preparación anímica de las clases populares para la llegada de Perón y Evita. Dice: «Parecían haber descendido de una película estereoscópica». Y eso es cierto, el peronismo siempre tuvo algo de teatro mágico, de prestidigitación, de ensueño, de final feliz.

¿Y qué más era eso?: Nos dice:

> El peronismo es un tumor de la metrópoli. Acaso la descripción de un barrio suburbano, residencia del orillero, el guarango y el compadre, del asaltante de cachiporra y del cantor de tangos, nos diera un calco de la teodicea, la ideología y la ética del peronismo.

No puede decirse que esto sea un piropo, pero Martínez Estrada no pretendía embellecer literariamente al extrarradio para contento de los defensores de pobres y ausentes, tal como hizo en Crimea a fines del siglo XVIII el mariscal Potemkin, que mandó erigir enormes bastidores de cartón y madera con imágenes de pueblos idílicos para que Catalina II, que lo tenía por favorito, en la corte y en la alcoba, no se percatara del deterioro ambiente. Martínez Estrada solo procuraba dejar establecido, con mucho de caricatura costumbrista, que el arrabal da forma al alma peronista en la misma medida en que el lumpen y otros prófugos de las buenas costumbres dan forma al arrabal. De modo que en la estampita del bucolismo obrero redimido Martínez Estrada también incluyó a las cuadrillas que otorgaban vivacidad y vítores a la gesta de Perón: sus *sans-culottes*.

Pero Martínez Estrada también definió al peronismo como un cóctel de ingredientes heterogéneos, bonapartistas, fascistas, ultra conservadores y ultra socialistas, todo a la vez. Y el regusto ambiguo es aceptado a beneficio de inventario, pues Perón habría encendido en el pueblo la sensación de orgullo de clase dominante. Más importante aún, según Martínez Estrada: «Perón reveló a los argentinos la existencia de algunos miembros indeseables de la familia. Nos dieron miedo y debieron habernos dado compasión». De modo que Martínez Estrada no comprar-

tía la política revanchista en curso durante el gobierno del general Aramburu. ¿Algo más? Sí, hay algo más. Dijo Martínez Estrada: «Mi país estaba harto, se entregó a cierta orgía de sobremesa que llamamos peronismo, y fue castigado».

El libro es una ponderación del estado de la moral cívica de los conciudadanos una vez finalizada la década peronista y las cuentas dan números negativos. Y sin embargo, revisado retrospectivamente, a Martínez Estrada el peronismo se le evidenciaba paradojal, a la vez fuente de dignificación y envilecimiento. No obstante, una paradoja no es una justificación. Aunque Perón hubiera redimido la desesperación y el hartazgo del pueblo tras años de ser tratado como rebaño, su gobierno había predicado la «perfidia» y la «hipocresía» y la «obsecuencia» y la «venalidad», y lo había hecho por medio de la excitación y fomento de bajas pasiones e instintos atávicos. Sucede que los males que el peronismo trajo aparejados no le eran propios, sino genéricos, según Martínez Estrada, «inherentes a esa forma de la prostitución varonil que llamamos política del menudeo». En efecto, hacía tiempo que el comité, y también la unidad básica, habían dejado atrás el estadio de templo laico, o bien de sociedad de socorros mutuos, por el de garito. Nuevamente Martínez Estrada: «El juego honrado en la vida pública y privada del país conduce a la ruina y el descrédito, a la desesperación y a la soledad. El hombre honrado es entre nosotros un pobre infeliz». Es decir que un gobierno de timadores se corresponde con un pueblo de ventajeros y unos y otros esquilman al Estado como si fuera un bien de difuntos. Pero Martínez Estrada no explica el respaldo popular al gobierno peronista únicamente por causas asociadas a la dádiva: «El pueblo le lamió las manos porque era un pueblo verdaderamente grande, de corazón, leal, agradecido». No podía ser de otra manera, puesto que los abandonados y los despreciados habían sido invitados, por primera vez, al banquete de la vida.

¿Qué hacer? Cura de humildad y conducta honesta —tales las propuestas de Martínez Estrada— no desentendidas de la enorme transformación ya ocurrida. Las costumbres habían sido alteradas, el

peronismo había modificado el equipo mental del habitante, y al hacerlo introdujo en la política argentina una nueva cosmovisión político-social. De modo que si el pueblo siguió a Perón, aún por razones equivocadas, lo hizo porque, por una vez, había recibido maná del cielo, además de palabras bonitas y compasivas. La cuestión es que el personalismo, más acentuado, más atenuado, es un hábito repetido en la Argentina, del cual han hecho uso y abuso casi todos los gobernantes. El peronismo, entonces, es antiguo. El ministro o el diputado que se traslada en automóvil oficial al ministerio o al Parlamento es, para Martínez Estrada, el caudillo de a caballo que asaltaba las sedes institucionales de las provincias. Aquí se fue configurando un régimen político mezcla de liberalismo y despotismo, que numerosas veces han confluido en la figura del gobierno gendarme, cuando no en el de ocupación. En dos linajes que terminaron superpuestos, la trayectoria de la política argentina siguió los rumbos de Rivadavia, Roca y Sáenz Peña y los de Rosas, Yrigoyen y Perón. Y el de sus híbridos. En ese marco, los responsables de orientar al pueblo resultaban ser justamente sus corruptores. Y por cierto, lo que por entonces —época de la «Revolución Libertadora»— se llamaba «posperonismo» a Martínez Estrada le parecía una fase más del peronismo, aunque «sin los fastuosos alardes de sátrapa» que caracterizaban a su mandamás.

En cuanto a la «Revolución Libertadora», fue un contento que a él no se le contagió del todo. Sabía que el peronismo hundía sus pies en la irresuelta forja histórica de la nación. Según Martínez Estrada, el peronismo «existía desde mucho antes de aparecer el líder epónimo, subsiste, y probablemente subsistirá otros muchos años bajo las más increíbles metamorfosis». Este vaticinio se demostró certero. Como el nuevo gobierno cívico-militar del general Aramburu no se proponía comprender a los vencidos, el dilema planteado por la aparición del peronismo en la historia argentina iba a seguir vigente. Y no eran nada flexibles los barrotes que Martínez Estrada recomendaba doblegar: los de la sacristía, el cuartel, el comité y la oficina pública.

Los actores políticos del momento estaban muy lejos de considerar la profilaxis moral aconsejada por Martínez Estrada. Muy por el contrario, a

partir del desplazamiento del general Eduardo Lonardi en beneficio del general Juan Carlos Aramburu, la política estatal hacia el bando peronista no sólo fue la contraindicada, también instaló en el país el dispositivo institucional de la bomba de explosión retardada. Martínez Estrada tenía a los hombres de la política que reaparecieron por entonces poco menos que por constreñidos mentales y a sus partidos correspondientes por «bancos en quiebra con el capital de los ciudadanos». Perón, por comparación, le resultaba ser «un águila entre gallinas». Radicales, socialistas, conservadores o demócrata-cristianos entusiasmaban a Martínez Estrada poco y nada, y los alegatos de sus líderes le parecían «reyertas de parientes por el reparto y es inevitable pronosticar que acabarán picoteándose y arañándose entre sí». No se equivocaba, porque el compuesto era inestable y a los conflictos entre militares nacionalistas y militares liberales se les superpusieron los enconos entre nacionalistas católicos y nacionalistas a secas, y a las divergencias entre los partidos políticos que otrora habían conformado la «Unión Democrática» se les acoplaron las pugnas entre estudiantes «laicos» y estudiantes «libres», y por sobre los pases de factura que el generalato proclive al liberalismo y vagamente masón hizo en perjuicio de los generales peronistas moderados se encaramaron las escaramuzas entre los hombres de la armada y los del ejército. Eran demasiados gorilas para una sola jaula.

Los acontecimientos políticos sucedidos en los dos años siguientes de la caída del peronismo redujeron las esperanzas de Martínez Estrada a cero y en el recuerdo Perón se le agigantó:

> Al irse nos ha dado, más que la impresión cabal de su estatura superior a la normal, la de la pequeñez de sus rivales y enemigos. Ahora, parece el nuestro, el país que él abandonó, un país de liliputienses; antes parecía un país de cuatreros.

Martínez Estrada comprende que, en la vida social, la levadura está abajo, y que los hervores del rencor irredento repercuten sobre la política inmediata y también sobre el porvenir: Nos dice:

> Por el proceso de deformación propio de la leyenda y de los sentimientos muy pronto el peronismo será, más que el yrigoyenismo, la tentativa frustrada de una gran reestructuración social y política, económica y cultural, religiosa, etcétera. Si se desatiende al pueblo que Perón denominó trabajador y se lo hostiga, éste será el bautista de cualquiera de sus primogénitos que reclutarán sus huestes, si él no lo hace personalmente. Pero esto tampoco es terapéutica sino profecía.

Pero esto no era profecía, sino clarividencia. Creía él que el peronismo estaba destinado a reverdecer y que el regreso de Perón traería aparejado algún tipo de Apocalipsis. En este sentido, la revolución que se le hiciera a Perón no habría tenido otro sentido que el de la postergación o la pérdida de tiempo. Porque no toda la leña del árbol caído servía para encender la hoguera de la infamia. Según Martínez Estrada: «Si el peronismo no hubiera rebasado por mil codos la medida que colmaba la máxima de inmoralidad tolerable, habría sido un gran partido político».

Eva Perón era cosa distinta. Era «la intrépida», la «agitadora de fábricas y de plazas», la que conjugaba en sí misma a una lady Macbeth proclive al orgasmo verbal y a una santa dotada de poderes salutíferos. Era la «Virgen de los Desamparados» instalando en esta tierra un ideal de justicia maternal e idílica aunque no salomónica. No solo eso, Eva también era la «Gina Lollobrigida» de las campañas de propaganda estatales, la Nefertiti de la plebe, la reina de los lúmpenes. Nos dice Martínez Estrada: «Ella era una sublimación de lo torpe, ruin, abyecto, infame, vengativo, ofídico y el pueblo vio que encarnaba atributos de los dioses infernales». Todo eso era «Ella», aunque suene injusto, desencaminado o injuriante, es decir caprichoso, y por ende recusación enardecida que apenas puede disimular su condición de alabanza, el tipo de apología balbuceante de quien lucha por no entregarse a una mujer, a «esa mujer». Por lo demás, y recordando el velatorio de Eva Perón, Martínez Estrada escribió: «Me emocioné y me sentí poseído de la misma consternación de las gentes que estaban en el desfile, se me saltaron las lágrimas». Concede, al fin, Martínez Estrada, que Eva Duarte de Perón ofreció amor a un pueblo

huérfano y le dio lo que necesitaba. En palabras de Martínez Estrada, «la posibilidad de proyectar su amor hacia lo alto, de sentir que rebotaba hacia sí de un pecho cariñoso, de hacer un culto del amor, de amar el amor». Nunca mejor dicho.

La cuestión es que el libro no le gustó a nadie. Ni a los liberales, ni a los peronistas, ni a los nacionalistas, y tampoco a los comunistas. Lo más probable es porque la «catilinaria» que Martínez Estrada había escrito no acusaba solamente a Perón, sino también a sus cómplices, que eran todos los argentinos. Es así, los lectores prefieren que el autor designe al chivo expiatorio, y no que los deje rumiando una gran culpa.

Conviene recordar cuál fue el final de Marco Tulio Cicerón, el inventor del género «catilinaria» al que Martínez Estrada recurrió para hablar de Perón. Aunque alguna vez Cicerón llegó a cónsul, el cargo más alto alcanzable en la antigua República Romana, la guerra civil entre César y Pompeyo primero, y después entre Octavio y Marco Antonio, había trastrocado mucho el escenario político, dejándolo desacomodado. Justamente sobre el final de esa etapa, en el año 43 antes de Cristo, Cicerón dio a conocer varias filípicas en contra de Marco Antonio, quien, una vez conseguido el poder de triunviro, se vengó condenándolo a muerte. La ceremonia de ejecución fue una injuria en sí misma, puesto que Marco Antonio dio orden de clavar las manos y la lengua de Cicerón a su rostro decapitado. Fulvia Flacca Bambula, esposa de Marco Antonio, allí presente, atravesó la lengua de Cicerón con un largo alfiler para el pelo. El alfiler aquel era de oro y la mujer profanó la lengua del muerto, que tantas estocadas había dado en otros estrados, varias veces más. Era el momento del triunfo, pero pocos años después Fulvia moriría en el exilio tras ser derrotada en batalla y Marco Antonio, ya viudo, también se quitaría la vida, por propia decisión, poco antes de hacerlo también Cleopatra, la reina de Egipto, su amante, según es fama, por picadura de áspid, si es que no fue asesinada por órdenes del victorioso emperador César Augusto, quien al final se quedó con todo.

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 119-163.

LA DRAMATURGIA DE EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA. LA POÉTICA DEL DRAMA MODERNO, VERSIÓN AMPLIADA, EN *LO QUE NO VEMOS MORIR* (1941)

Jorge Dubatti
Director del Instituto de Artes del Espectáculo
Universidad de Buenos Aires

En diversas ocasiones se ha dicho que la relación de Ezequiel Martínez Estrada con el teatro es uno de los aspectos menos estudiados de su biografía y de su producción literaria. En los últimos años se han realizado nuevos aportes sobre el tema, pero falta aún un trabajo integral y sistemático sobre sus cuatro textos dramáticos, sus lecturas teatrales y su experiencia como espectador, sobre las referencias al teatro en su vasta ensayística, sobre la relación entre dramas y ensayos, entre otras focalizaciones.

Por esta razón la Dra. Nidia Burgos nos pidió que encaráramos una nueva lectura de la poética de sus dramas para el *Tercer Congreso Internacional sobre la Vida y la Obra de Ezequiel Martínez Estrada*. La

conferencia de 2013, en la que analizamos *Lo que no vemos morir, Sombras* y *Cazadores*, ha quedado registrada en soporte audiovisual[1]. El presente estudio difiere de aquella conferencia: por razones de extensión y voluntad de profundización en la materia, hemos optado por concentrarnos en el análisis de *Lo que no vemos morir*, cuya laboriosa complejidad exige detenimiento y observación de incontables detalles de composición[2].

Si bien hay trabajos de investigación y análisis sobre sus piezas dramáticas[3], la mayoría de los estudios se centra en su primer texto dramático: *Títeres de pies ligeros* (1929)[4]. Más allá de su concretización teatral en la puesta en escena de Teatro del Pueblo (1931), *Títeres…* posee un estatus liminal con la poesía, con el teatro para ser leído como poesía dramática, como lo señaló Juan Carlos Ghiano: *Títeres…* es «más poesía que drama» (1957: 11). Al respecto, no puede ignorarse que Martínez Estrada reeditó *Títeres…* —sin las ilustraciones— en el volumen *Poesía* (1947), junto a sus otros libros de poemas.

Por otra parte sus tres textos dramáticos siguientes: *Lo que no vemos morir, Sombras* y *Cazadores*, reunidos en libro en 1957, responden a una concepción teatral muy diferente a la de *Títeres…* Este combina el poema dramático o poema en diálogo, en verso, con componentes de la *Commedia dell'arte* y el intertexto pirandelliano, en cambio los otros tres responden a las estructuras del drama moderno en su versión ampliada. Se trata de dos concepciones teatrales bien diferentes, que marcan dos etapas diversas en su relación con el teatro. La primera, que integra *Títeres…*, corresponde a la búsqueda de un teatro liminal con la poesía, en verso, metateatral, que se autoexhibe como artificio, teatralista; la segunda, de la que participan *Lo que no vemos morir, Sombras y Cazadores*, se basa en el modelo mimético-discursivo-expositivo del drama moderno, aunque en su progresión histórica de escritura va acrecentando la incorporación de otros procedi-mientos del teatro contemporáneo, especialmente el expresionismo y el simbolismo.

Por lo antes expuesto, para este artículo elegimos detenernos en tres núcleos: una propuesta para pensar la articulación entre ensayo y teatro en la obra de Martínez Estrada; la productividad del drama moderno, su

poética y sus versiones; el análisis de la poética del drama moderno —en versión ampliada— en *Lo que no vemos morir*[5].

Teatro y ensayística, teatro y producción no-teatral

Basta observar rápidamente la bibliografía completa de Martínez Estrada para advertir la preeminencia de la ensayística en su producción. El teatro, como la poesía o el cuento, poseen un corpus más reducido que el ensayo, aunque no por eso menos relevante. Seguir un indicador cuantitativo —cantidad de volúmenes, cantidad de páginas— y concluir que el teatro es «menor» o «marginal» dentro de ese corpus sería, en el caso de Martínez Estrada, engañoso: ensayística y teatro, o mejor aún, teatro y producción no-teatral (ensayo, poesía, cuento, epistolario, etc.), más allá de las diferencias discursivas, son en Martínez Estrada una unidad. Luis Fernando Beraza escribe con acierto: «la producción teatral de Martínez Estrada fue concebida como una continuación del resto de su obra» (2015: 69). Su teatro es resultado de una vasta operación de permanente reescritura intratextual, si entendemos por intratextualidad «el proceso intertextual [que] opera sobre textos del mismo autor» (Martínez Fernández, 2001: 151). De esta manera podemos sostener que en sus dramas Martínez Estrada absorbe y transforma sus ensayos, sus poemas, sus cuentos, bajo un nuevo formato. También podemos afirmar que en sus sucesivas piezas teatrales Martínez Estrada absorbe y transforma su teatro anterior. *Lo que no vemos morir* retoma el símbolo del hijo perdido de *Títeres de pies ligeros*; *Sombras* y *Cazadores* son a su vez reescrituras de *Lo que no vemos morir*.

Si conectamos ensayística y drama, se puede definir poliédricamente esta condición de la escritura de Martínez Estrada por los diferentes ángulos en que se combinan pensamiento y teatro:

1. Su teatro es una *puesta en drama* de su pensamiento ensayístico: la reelaboración de su pensamiento bajo las reglas de un nuevo formato textual, el del *teatrar*[6]*;* pero también…
2. Su teatro *piensa* y *sabe* aquello a lo que no accede la ensayística: por su formato textual alternativo al ensayo, revela en sus estructuras

poéticas, en tanto metáfora epistemológica (Eco, 1985: 88-89) y de acuerdo con la semantización de la forma (Szondi, 1994: 14), aspectos de su pensamiento no explicitados en sus ensayos. Parafraseando a Alain Badiou (2005), en Martínez Estrada el *teatro piensa*, o de acuerdo con la expresión de Mauricio Kartun (2010: 110-114), en Martínez Estrada *el teatro sabe*. Piensa y sabe cosas que la ensayística no piensa ni sabe.

3. Su teatro es una *puesta en praxis* de su pensamiento: el teatro como creación que pone en ejercicio sus ideas sobre la existencia, la ética y la estética, ya no proyecto, programa o análisis, sino concre-tización artística, pasaje de la potencia al acto. Martínez Estrada hace en el teatro lo que dice en el ensayo.
4. Su teatro (como su cuentística y su poesía), en tanto cantera metafórica y poética, es el llamado a advertir cuánto hay de metáfora y *poíesis* artística en su ensayística. El teatro, el cuento y la poesía colaboran en la revelación de la dimensión poética de Martínez Estrada como ensayista.
5. Su teatro genera reflexión específica sobre teatro, metatextos ensayísticos sobre teatro que, directa o indirectamente, se refieren a la concepción de teatro del mismo Martínez Estrada (por ejemplo, sus reflexiones sobre Henrik Ibsen o Augst Strindberg). De la práctica teatral surge una Filosofía de la Praxis Artística/Teatral en doble inflexión: en la concepción que impulsa implícitamente la praxis y en el pensamiento que explicita los saberes de esa praxis (saber-ser, saber-hacer, saber abstracto), objetivado en ensayos y metatextos. Un hacer teatral que ayuda a comprender el propio teatro y el teatro que hacen los otros.
6. Su teatro se escribe a partir del análisis del teatro y las artes de los otros, especialmente del teatro europeo. El teatro de Martínez Estrada se hace con el teatro que analiza, es decir, el pensamiento de Martínez Estrada sobre teatro descubre la productividad del teatro de los otros en el teatro propio, es un puente entre teatro (de los otros) y teatro (de Martínez Estrada).

7. Su teatro es un *mediador, un difusor* de sus libros e ideas: creemos que Martínez Estrada sentía atracción por el teatro, entre otras razones, porque le abrían el acceso a un público mucho más amplio que el lectorado de sus libros y artículos. Público teatral del que podía devenir un público lector. El convivio teatral como correlato del ágora, en su plena dimensión multiplicadora del contagio político. El teatro en su doble dimensión de comunicación y estimulación.

Se pone en juego una fecunda dinámica de modalidades de lectura «dentro» de la obra de Martínez Estrada:

a) del teatro al ensayo
b) del ensayo al teatro
c) la búsqueda de un plano trans-genérico o trans-discursivo de los elementos comunes a ambos, manifestaciones de la misma fuente: una común concepción
d) el ejercicio contrastivo de identificación de lo que los diferencia, separa y a la vez complementa en el sistema de pensamiento de Martínez Estrada
e) la relación teatro-ensayo hacia el mundo, teatro-ensayo como mediadores de un pensamiento trans-teatral y trans-ensayístico, por ejemplo, hacia la construcción de una visión política e interpretativa sobre la Argentina, una visión filosófica y ética sobre la existencia.

Por esta articulación de múltiples perspectivas de análisis y modalidades de lectura, el teatro de Martínez Estrada se presenta como un *teatro liminal*[7] con el pensamiento ensayístico, con la poesía, con el cuento, es decir, un lugar de frontera y conexión entre campos ontológicos diversos, enlazados, conectados, fusionados, friccionados entre sí por la intratextualidad. Un teatro de poética liminal con la poesía (*Títeres de pies ligeros*), con el ensayo a través de la exposición escénica de ideas (*Lo que no vemos morir, Sombras, Cazadores*). Una relación intratextual de recursividad (Morin, 2003), ya que es imposible establecer qué texto es la causa y cuál el efecto: la relación es literalmente compleja, es decir, «complexus», «lo que está tejido junto».

También por dicha articulación, le corresponde a Martínez Estrada ser reivindicado como un investigador-artista o un artista-investigador[8], esto es, un productor de pensamiento ensayístico en diversos campos disciplinarios (Historia, Política, Estética, Ética, etc.), pero que al mismo tiempo produce pensamiento desde la praxis artística, tanto al hacer obras como al pensar ese hacer en metatextos.

Productividad del drama moderno

Hay un punto de partida ya destacado por la investigación anterior: la relación de Martínez Estrada con la dramaturgia de Henrik Ibsen y August Strindberg. En un pasaje de su prólogo a *Tres dramas*, Ghiano recuerda las reflexiones de Martínez Estrada sobre Ibsen y Strindberg en *Panorama de las literaturas* y afirma que esas observaciones «pueden aplicarse a las ambiciones de su propia dramática» (1957: 11-12). Hay que conectar este análisis de Ghiano con los puntos 5 y 6 arriba apuntados: Martínez Estrada lee a Ibsen y Strindberg desde su propio proyecto poético y a la par los toma como modelos productivos para su propia dramaturgia. Se trata, en términos de teoría de la complejidad, de un vínculo de recursividad: no se sabe bien cuál es la causa y cuál el efecto. Lo cierto es que la presencia de Ibsen —más que la de Strindberg— prolifera en la obra total de Martínez Estrada. Baste mencionar algunas referencias. En *El Hermano Quiroga*, en el capítulo «Literatura», asegura que «tema insistente para nuestras conversaciones era Ibsen, que los dos reverenciábamos si bien por motivos distintos» (2001: 110), y a continuación reproduce fragmentos de un intercambio epistolar sobre *Brand* (110-117). En el poema «El ombú»: «La soledad te ha hecho/luchador por el tronco,/por las ramas artista,/por la raíz filósofo./El árbol más potente/es el que está más solo», se descubre un intertexto de la última frase del Dr. Stockmann en *Un enemigo del pueblo*: «El hombre más poderoso del mundo es el que está más solo» (2006: 236). Hasta cuando no lo nombra, Ibsen parece estar presente como presuposición, como silencioso referente, por ejemplo en *La cabeza de Goliat* («El mundo de los fantasmas y los simulacros», «Payasos y fieras», 2009: 253-

258), cuando Martínez Estrada expresa su distancia respecto de un teatro del mero entretenimiento (cuyo contramodelo es el teatro ibseniano).

Ahora bien: hay que plantear una diferencia con la investigación anterior. Creemos que no importa tanto la huella intertextual de los dramas de Ibsen o Strindberg en una obra completa, una escena o un aspecto composicional del teatro de Martínez Estrada, como el hecho —relevantísimo— de que a través de esos dramas Martínez Estrada se conecta con la poética del drama moderno. En términos de Poética Comparada, Ibsen y Strindberg valen para el teatro occidental como instauradores de discursividad (Foucault), no solo para Martínez Estrada, sino para todo el teatro del siglo XX (Dubatti, 2006a: 6). Ibsen y Strindberg consolidan una forma teatral que luego se independiza de sus textos, se expande en miles de textos de otros creadores, forma teatral que Martínez Estrada reconoce condensada en los textos ibsenianos y strindberguianos, pero que también frecuenta en muchos otros autores, incluso en algunos rioplatenses, como Florencio Sánchez, Roberto Payró o Samuel Eichelbaum. Ya incipientemente a fines del siglo XIX, y de manera definitiva a comienzos del siglo XX, las estructuras del drama moderno pasan a formar parte del legado compartido del teatro occidental.

Detengámonos en el drama moderno, poética de enorme productividad, no solo en el teatro, también en el cine, la televisión, el video, incluso el documental[9].

El drama moderno comienza a constituirse en el siglo XVIII, a través de la emergencia del drama burgués, y se consolida como poética en la segunda mitad del XIX (Alejandro Dumas (h.) y Henrik Ibsen son dos de los principales responsables de esa consolidación). Desde entonces se ha desarrollado y sigue desarrollándose en todas sus versiones (canónica, ampliada, de fusión, crítica, paródica, disolutoria), por lo que resulta un referente fundamental para pensar la historia del teatro mundial entre 1870 y el presente. El drama moderno guarda relación con los principios basales de la Modernidad: es la poética de mayor representación histórica de la Modernidad, tal vez la contribución más específica y original que la Modernidad ha realizado a la historia del teatro mundial. En tanto metáfora

epistemológica, la poética del drama moderno es la síntesis poiética de la experiencia de la Modernidad, con sus logros y sus limitaciones. Sin la experiencia histórica de la Modernidad[10], la poética del drama moderno sería inconcebible. Llamamos drama moderno, de acuerdo con la Poética Comparada, a una poética abstracta (o archipoética) específica, que se recorta por su singularidad dentro de la historia del teatro moderno y que significa una contribución esencial a los procesos de modernización del teatro mundial, así como atraviesa, a lo largo de su historia, sus propios procesos de modernización (el drama moderno evidencia internamente cambios relevantes regidos por el valor de lo nuevo; véase más adelante, el tema de las «versiones» del drama moderno).

El pensamiento ilustrado introduce una nueva concepción teatral que comienza a imponerse en la segunda mitad del siglo XVIII a través de Denis Diderot (*La paradoja del comediante*, 1773[11], y los dramas *El padre de familia* y *El hijo natural*) en Francia, G. E. Lessing (con *Dramaturgia de Hamburgo*, 1769 y los dramas *Minna von Barnhelm* y *Emilia Galotti*) en Alemania, Oliver Goldsmith (*Ella se humilla para seducir*, 1773) y Richard B. Sheridan (*La escuela del escándalo*, 1777) en Inglaterra. El racionalismo comienza a dar un giro hacia el registro de la empiria y se acentúa la búsqueda de la ilusión referencial con el medio social coetáneo a través de la primera fundación de las matrices del «efecto de realidad» teatral. Ya se advierte una puesta del drama al servicio de la exposición de una tesis que articula una predicación sobre el mundo social contemporáneo. Robert Abirached (1994) afirma que, bajo la impronta de la Ilustración y el racionalismo, hacia 1770 el papel del teatro se vio sometido a revisión, y la jerarquía de las artes comenzó a experimentar un profundo cues-tionamiento. Lessing y Diderot dieron los primeros pasos que modificaron el alcance y el sentido de varios términos clave del dispositivo de la mímesis y su legado fue revolucionario. Es en el siglo XVIII que empieza a concebirse el personaje como un «reflejo» de los hombres tal como actúan en la vida pública, a la vez como tipos y como individuos. El teatro aspira a convertirse en un «espejo» donde se invita al espectador a reconocer a sus semejantes y a sí mismo en la comprensión de una «nueva naturaleza» (Lessing, *Dramaturgia de Hamburgo*). Al entrar en

la era burguesa, el teatro querrá cada vez más disimular su naturaleza teatral «convencional», reivindicada en el pasado por la mímesis aristotélica y su principio fundante de idealización: en el arte la realidad no debe ser como es sino como debería ser. Esa negación hace que el teatro deje de ser «la última fortaleza de los convencionalismos» (Émile Zola, «El naturalismo en el teatro», 2002: 153) y que, intentando acercarse cada vez más a la observación directa de «cómo es la vida», vaya sentando progresivamente los artificios del realismo. Zola reconoce que «Diderot y Mercier instauraron decididamente las bases del teatro naturalista» (2002: 165) y que a partir de allí se observaría una «evolución naturalista» que con-vertiría a los dramaturgos en «obreros de la verdad», «anatomistas, analistas, investigadores de la vida, compiladores de documentos humanos» (2002: 182).

El nuevo concepto de la mímesis cumple una función utilitaria: sirve ahora para excitar el interés del espectador halagando su complacencia y para confirmar el juicio favorable que tiene de la ideología y la moral de su grupo social; más adelante servirá para producir en él los cambios exigidos por el progreso, el autocuestionamiento burgués (tan caro a la burguesía) y la lucha de clases. En «Nuestros teatros en los noventa», uno de los máximos cultores del drama moderno, George Bernard Shaw, afirmará:

> [El teatro debe ser] una fábrica de pensamiento, un incitador de la conciencia, un elucidador de la conducta social, un arsenal contra la desesperación y la estupidez, y un templo del Ascenso del Hombre.

En el prólogo a *La señorita Julia*, August Strindberg explicita la función pedagógica que la burguesía otorga a ciertas formas de teatro, y en particular al drama moderno, ya sea para educar en su visión de mundo, afianzar su conformismo o para cuestionarlo:

> Durante largo tiempo he tenido al teatro, como al arte en general, por una *Biblia pauperum* [Biblia de los pobres], una biblia en imágenes para los que no saben leer la letra impresa, y al dramaturgo por un predicador laico[12] que va ofreciendo las ideas de su tiempo en forma popular, lo suficientemente popular para que la clase media, que es la que llena los

> teatros, pueda entenderlas sin demasiados quebraderos de cabeza. Por eso el teatro ha sido siempre una escuela para la juventud, las personas medianamente cultas y las mujeres, es decir, para aquellos que todavía conservan la capacidad primitiva de engañarse a sí mismos y de dejarse engañar, o, en otras palabras, de aceptar la ilusión o sugestión que les presenta el autor (1982: 89).

Un brillante continuador y renovador del drama moderno en el siglo XX, Arthur Miller, observará que

> El drama social es el hombre de la totalidad humana. Para mí, sólo accesoriamente es un análisis crítico de la sociedad. *Un tranvía llamado Deseo* es un drama social, así mismo *El mono velludo* y prácticamente todas las demás piezas de O'Neill. Pues en el fondo todas ellas calan en la pregunta: ¿cómo debemos vivir? («El drama social del futuro», 1959).

En nombre de la educación y de la ilusión escénica, el teatro burgués encuentra en la «utilidad» el fundamento político de la nueva poética: una herramienta para refrendar o cuestionar —como método superador— los valores de la burguesía. Todavía en el siglo XX Jean-Paul Sartre registra ese valor conformista y de ratificación del *statu quo* de algunas expresiones del drama moderno:

> Todas estas obras burguesas siempre me han parecido repletas de filosofía, sólo que los burgueses no la reconocen porque es la suya propia… Únicamente la ven cuando la filosofía es de algún otro; si se trata de la propia, entonces creen que es la verdad y exclaman: ¡Con qué elegancia está dicho! (*Un teatro de situaciones,* 1979).

En suma, en el siglo XVIII se sientan germinalmente las bases poéticas y epistemológicas que harán posible la configuración del drama moderno en la segunda mitad del XIX: se anhela y elabora una forma genérica alternativa a la tragedia y la comedia, el drama; se la destina a cumplir una utilidad social en un contexto inmediato y específico, el de la burguesía urbana, sus problemas, planes e ideología. Se estructura la poética de este nuevo drama de manera tal que la pieza expone una clara tesis sobre problemas sociales

vigentes. El objeto del teatro pasa a ser el análisis crítico de la sociedad contemporánea, su discusión y sobre todo su modificación. Para ello se diseñan recursos de registro escénico de la empiria observada que garanticen la ilusión referencial, la identificación temática y la comunicación de la tesis. El teatro adquiere una función de «espejo» o «reflejo» de la vida, y de esta manera comienza a proyectarse hacia el realismo con la intención de disimular su naturaleza teatral. Las primeras expresiones canónicas del drama moderno pueden hallarse hacia 1870. Encuentran antecedentes en el siglo XIX en Alexandre Dumas (hijo) y Émile Augier[13], y las poéticas del melodrama social y el drama sentimental. Dumas (hijo) escribe en el prólogo a su obra *El hijo natural* (1868): «Mediante la comedia, la tragedia, el drama, la obra bufa, en la forma que más nos convenga, pero inauguremos el teatro útil». Sobre Dumas (hijo) ha señalado Alfredo de la Guardia:

> Tiene el mérito de ser, en verdad, el fundador del teatro de ideas. Es evidente que su obra, no sólo revolucionó la escena francesa, y le abrió un ancho horizonte, sino que ejerció una influencia universal. El comienzo del realismo francés atrajo, sin duda, la atención de Ibsen y de Bjornson (1947: 38-39).

Sin embargo, en su revisión de una historia del teatro francés, Émile Zola cuestiona a Dumas (hijo) porque, si bien «es uno de los obreros más potentes del naturalismo y poco le ha faltado para que encontrara la fórmula completa [del teatro naturalista] y la realizara» (170), es sensible aún a los convencionalismos del teatro anterior.

> Nunca duda entre la realidad y una exigencia escénica; vuelve la espalda a la realidad (…) se diría que M. Dumas sólo se sirve de lo verdadero como un trampolín para saltar en el vacío. Hay algo que le ciega. No nos conduce nunca a un mundo que conozcamos, el medio es siempre penoso y ficticio, los personajes pierden todo el acento natural y ya no tocan con los pies en el suelo. Ya no se trata de la existencia en toda su amplitud, sus matices, su sencillez; se trata de un alegato, una argumentación, algo frío, seco, frágil, en lo que ya no hay aire. El filósofo ha matado al observador,

> ésta es mi conclusión; y el hombre de teatro ha consumado al filósofo. Esto es muy lamentable (2002: 171-172).

La consolidación de la poética del drama moderno, tardía respecto de la novela realista como sostiene Zola, se vincula además a los procesos de cambio en la puesta en escena y, especialmente, a los avances en escenotecnia (iluminación a gas y eléctrica, escenografía tridimensional). Destaquemos entre otros hitos iniciales (tanto dramáticos y escénicos como metateatrales) de productividad en el teatro europeo entre 1870-1880, el estreno de *Teresa Raquin* del mismo Zola en 1873 (versión escénica de su novela, de escasa permanencia en cartel); el inicio en 1874 de la gira de Meiningen por Europa; los estrenos de *La bancarrota* (1875) y *Leonarda* (1879) de Björnstjerne Björnson, *Los pilares de la sociedad (*1877) y *Una casa de muñecas* (1879) de Henrik Ibsen.

El desarrollo del realismo y el naturalismo ya no tendrá límites a partir de la década del ochenta, cuando se producirá su rica polémica (Chevrel, 1982), crecerá el número de obras y autores y aparecerán compañías que realizarán un aporte esencial a su poética, entre ellas el Théâtre Libre (1887) de André Antoine (Francia) y la Freie Bühne (Escena Libre) de Otto Brahn (Alemania). A partir de los años ochenta y noventa y en la primera década del siglo XX realizarán valiosas contribuciones a la poética del drama moderno, entre otros, Henri Becque, August Strindberg, Gerhart Hauptmann, George Bernard Shaw, Hermann Sudermann, Máximo Gorki, Antón Chejov, Angel Guimerá, Eugene Brieux, Jacinto Benavente, Enrique Gaspar, Giuseppe Giacosa, Romain Rolland, Girolamo Rovetta, Roberto Bracco, Arthur Schnitzler y, en el Río de la Plata, Florencio Sánchez y Roberto Payró. Adquirirá protagonismo impar el Teatro de Arte de Moscú (1896), liderado por Constantin Stanislavski y Nemirovich Danchenko.

La poética del drama moderno

La poética abstracta del drama moderno propondrá un modelo mimético-discursivo-expositivo que trabaja con una nueva concepción del teatro (que

reclama para el análisis su respectiva base epistemológica) a la que llamaremos objetivista, sustentada en cinco principios:

a) el ser del mundo es objetivo: existe un mundo «real», objetivo, compartido por todos los hombres, determinado y constituido por el conjunto de saberes y experiencias de la empiria, y ese mundo posee reglas estables, de base material, por lo que el hombre puede investigarlo, observarlo, conocerlo, medirlo y hacer predicaciones sobre él a partir de un principio de verdad que se sustenta en las constataciones —observación de las recurrencias y comprobaciones— del régimen de experiencia empírica. Ese mundo objetivo es el punto de referencia de la vida social (el común mundo compartido, el régimen de la vida cotidiana y las interacciones humanas) y todo conocimiento o posibilidad del hombre parte de su relación con él.
b) el ser del arte puede ser complementario con el ser del mundo real: el arte, si bien tiene rasgos específicos, posee la capacidad de mi-metizar sus mundos poéticos (ficcionales) a las reglas de fun-cionamiento del régimen de experiencia empírica. La *poíesis* teatral puede generar la ilusión de una reproducción mimética de la empiria, pero a la vez organiza esa ilusión para construir hipótesis, tesis, predicaciones sobre el mundo real, y preserva su naturaleza específica de obra de arte.
c) el fundamento es la ilusión de contigüidad entre mundo y arte: la dinámica de relación entre el ser del mundo y el ser del arte debe estar definida por la adecuación del segundo al régimen del primero. El arte se adecua a la percepción del régimen de experiencia y adquiere el estatuto de una extensión valorizada, de una pro-longación multiplicadora de la empiria, pero al mismo tiempo supera la diversidad-trivialidad del acontecimiento empírico con la organización en una idea y con la configuración de una estructura de reglas específicas.
d) el tipo de escena canónica en materia de arte teatral es la realista[14]: sustentada en el procedimiento de ilusión de contigüidad me-tonímica entre los mundos real y poético, el realismo exige la puesta

en suspenso de la incredulidad, la aceptación del pacto de recepción respecto de la posibilidad artística de dicha contigüidad. El espectador debe aceptar la convención por la que se sostiene que el mundo poético es una parte integrada al todo real, pero a la vez sabe que el arte proyecta una determinada valorización de la empiria y se separa de ella por su especificidad de construcción (reglas internas de la poética).

e) estatuto del artista y función del arte: es un observador del mundo real y un reproductor (reconstructor, recreador) de ese mundo en el arte, no crea un mundo autónomo a partir de su voluntad, sino que se limita a re-crear en la esfera poética las condiciones de funcionamiento de la empiria, con el objetivo de volver a ver la empiria, de verla mejor, de predicar sobre ella y, recursivamente, de incidir desde el arte en el mundo real. La recursividad es relevante en la poética del drama moderno: se parte del mundo para duplicarlo en el arte, pero se pretende que luego el arte incida en la modificación del mundo. Resulta muchas veces difícil precisar si se trata de un vínculo tautológico (el arte ilustra lo ya advertido en el régimen de experiencia) o revelador (el arte pone en evidencia lo propio de la empiria hasta entonces no advertido). La recursividad se resuelve como borramiento de los términos causa-efecto.

La poética naturalista propone una variante de la versión canónica del drama moderno: se trata de observar-analizar-exponer la empiria desde los saberes rigurosos de la ciencia: ilustrar los saberes científicos *a priori* a través de esquemas narrativos escénicos; acceder a esos saberes a través del contacto con las tesis científicas, de allí que el artista debe informarse, documentarse, leer ciencia; partir de la observación de la naturaleza y elaborar un método que garantice un conocimiento riguroso. A la vez se trata de colaborar con la ciencia en la provisión de nuevos saberes desde el «teatro-laboratorio». Como sostiene María Luisa Bastos (1989: 27-40), el naturalismo es un realismo que acentúa la «ilusión de cientificismo». Zola lo explicita en su manifiesto de 1879:

> El naturalismo en las letras es, igualmente, el regreso a la naturaleza y al hombre, es la observación directa, la anatomía exacta, la aceptación y la descripción exacta de lo que existe […] No más personajes abstractos en las obras, no más invenciones falseadoras, no más absoluto, sino personajes reales, la verdadera historia de cada uno, la relación de la vida cotidiana (2002: 150). No somos más que sabios, analistas, anatomistas, y nuestras obras tienen la certeza, la solidez y las aplicaciones de las obras de ciencia (163).

El drama moderno opera como mímesis realista en tanto posee la capacidad de someter los mundos poético-ficcionales al régimen de experiencia del mundo natural-social objetivo. Es discursivo porque se basa en la fluidez de la palabra dentro de la situación escénica, no cuestiona la posibilidad de contar con un alto caudal lingüístico: la acción verbal es un componente insoslayable de su poética, a veces más relevante que la acción física. Es expositivo porque los intercambios verbales son puestos al servicio de la exposición redundante de una tesis, del análisis, cono-cimiento y predicación sobre el mundo.

En la esfera del trabajo, el dramaturgo es consciente de cómo entabla vínculos entre empiria y creación poética. Obsérvese cómo resuelve Ibsen esa tensión en este metatexto:

> En general establezco para cada una de mis piezas tres planes que difieren mucho por los detalles, si no por la trama. Después del primer esquema, me parece conocer a los personajes como si yo hubiera viajado con ellos en tren. En el borrador siguiente, todo se me aparece con más nitidez y yo los conozco como si juntos hubiéramos pasado un mes en un lugar de veraneo: ya distingo en ellos los rasgos fundamentales y las pequeñas particularidades de su carácter. Con todo, todavía sería posible un error de mi parte en algún aspecto esencial. En fin, con el tercer borrador, llego a los límites de mi conocimiento: ya no ignoro nada de esas gentes que he frecuentado durante tanto tiempo y tan de cerca. Son mis amigos íntimos. No me han de decepcionar, y tal como entonces los veo, es como los veré siempre. Yo no busco símbolos, pinto hombres. No me atrevo a meter un personaje en una pieza hasta que sea capaz de contar mentalmente los botones de su levita[15].

Darío Villanueva ha señalado tres dimensiones del realismo que están presentes en la configuración del drama moderno:

— realismo genético:

> Todo lo fía a la existencia de una realidad unívoca anterior al texto ante la que sitúa la conciencia perceptiva del autor, escudriñadora de todos sus entresijos mediante una demorada y eficaz observación. Todo ello da como resultado una reproducción veraz de aquel referente, gracias a la transparencia o adelgazamiento del medio expresivo propio [del teatro], el lenguaje [dramático y escénico], y a la 'sinceridad' del artista (2004: 43).

— realismo formal:

> Hablaremos de realismo formal o inmanente como opuesto al realismo genético y le atribuiremos en vez de aquella 'hermenéutica de re-construcción' —la más lógica para poder proyectar en correspondencia el mundo interno descrito en el texto sobre el mundo real objetivo del que procedía— el principio desarrollado por Hans Georg Gadamer de la distinción estética, que lleva implícita la abstracción 'de todo cuento constituye la raíz de una obra como su contexto original vital, de toda función religiosa o profana en la que pueda haber estado y tenido su significado'. Es decir, la puesta en paréntesis de 'los momentos no estéticos que le son inherentes: objetivo, función, significado de contenido' (...) Esta doctrina gadameriana concede al texto vida propia, relativamente autónoma del autor y de su intención (2004: 68).

— realismo intencional:

> Nos acercamos así a la comprensión del realismo no desde el autor o desde el texto aislado, sino primordialmente desde el lector, con todos los avales necesarios de la fenomenología, que no concibe una obra de arte [teatral] en plenitud ontológica si no es actualizada, y de una pragmática que no considera las significaciones solo en relación al mero enunciado, sino desde la dialéctica entre la enunciación, la recepción y un referente. Un realismo en acto, donde la actividad del destinatario es decisiva y representa una de las manifestaciones más conspicuas del 'principio de cooperación formulado por H. P. Grice' (2004: 114).

El realismo del drama moderno presenta estas tres dimensiones: la de la presuposición y consecuente sujeción al régimen de experiencia empírica propio del mundo o la realidad; la de una lógica interna del texto dramático y del texto escénico que plantea un vínculo con la especificidad de lo artístico, la negatividad característica de la autonomía; la de la participación del espectador quien, para que haya realismo, debe partir de la aceptación de la convención realista incluso cuando es consciente de la especificidad artística de la obra y sus convenciones.

Consideramos que estas tres dimensiones del realismo son complementarias, no opuestas o refractarias entre sí y que, a diferencia de lo señalado por Villanueva, las tres están presentes en la teoría y en la práctica literaria-teatral de Zola (2004: 44 y sigs.). Por lo tanto, tres preguntas son insoslayables ante la poética del drama moderno:

1. ¿Cómo piensa la poética del drama moderno el mundo o la realidad con los que guarda un vínculo de realismo genético y sobre los que pretende incidir?
2. ¿Qué artificios o procedimientos estructurales establece el drama moderno para simultáneamente entablar el vínculo de la obra ar-tística con el mundo/la realidad sustentados en forma objetivista y preservar la autonomía, la monumentalidad, la diferencia que hacen de esa obra una contribución al arte?
3. ¿Qué le pide el realismo del drama moderno al desempeño del espectador en cuanto al desarrollo de destrezas para que, pragmáticamente, la poética sea posible? ¿Qué diseño de espectador implícito realiza?

En tanto archipoética o modelo abstracto, los rasgos estructurales inmanentes del drama moderno pueden sistematizarse en seis niveles, interrelacionados y a la vez subsumidos al efecto de ilusión de contigüidad metonímica entre mundo real objetivo y mundo poético:

— **realismo sensorial**: a partir de los datos provenientes de los sentidos (especialmente la vista, el oído y el olfato), la escena realista debe reproducir el efecto sensorial del mundo real, «como si» el espectador asistiera a una escena real[16]. El espectador debe poder aceptar la

ilusión de una «cuarta pared» invisible, debe sentirse el espía de una situación «real» que no reconoce su presencia como testigo. Esa ilusión no debe romperse de ninguna manera (principio de dramaticidad). Para ello son fundamentales la función icónica de los signos, el empleo en escena de accesorios reales (objetos), la escenografía tridimensional (que desplaza los telones pintados), la abundancia de detalles superfluos (R. Barthes) que contribuyen a crear el efecto de «diversidad de mundo» (Ph. Hamon), los materiales reales en la confección del vestuario, el efecto de la luz adecuado al régimen empírico, el acuerdo coherente entre escena y extraescena, el trabajo de los actores no direccionado frontalmente hacia el espectador (los actores pueden actuar «de espaldas» a la platea). Deben evitarse los guiños al público, los monólogos y soliloquios, el «salirse de personaje». El realismo canónico no puede evitar valerse de recursos del realismo ingenuo, por ejemplo, el uso de comestibles calientes y olorosos durante la situación de una cena, el uso de fuego, la inclusión de animales vivos; sin embargo, muchas veces no puede renunciar a la mediación metafórica, especialmente en las escenas de violencia, sangre, sexo o muerte, en esos casos se buscan las resoluciones sensoriales más veristas a través de efectos especiales (que tanto desvelaban a un director como el naturalista André Antoine).

— **realismo narrativo:** en el plano de la articulación de los acontecimientos ficcionales entre sí, la poética del drama moderno busca mimetizar el funcionamiento empírico de las representaciones temporales en la vida cotidiana, pero a la vez lo tensiona con las necesidades de la coherencia narrativa inmanentes a la obra dramática. Se trata de lograr un equilibrio entre la lógica del régimen de lo real y la materialidad del arte, ya que —como señalamos arriba— incluso en el realismo el drama no pierde su dimensión poética. Se requiere: la escena presentificadora de los acontecimientos (que se exponen «por ellos mismos» ante los ojos de los espectadores,

de acuerdo con la observación de P. Szondi, 1994: 29), combinada con la inclusión dramática de relato (referencia verbal de los acontecimientos en ausencia de los mismos, con el objetivo de informar lo sucedido en el pasado o lo acontecido en el campo de la extraescena) a través del personaje (narradores internos, Abuín González, 1997: 23); linealidad progresiva (principio, desarrollo, fin) articulada según gradación de conflictos; ritmo y velocidad acordes a cada situación según la observación del régimen de experiencia; alternancia de secuencias sintácticas con acción y sin acción; causalidad explícita o implícita (inteligible o explicitable) en el vínculo entre los hechos; cronotopo realista (acuerdo entre espacio y tiempo según la observación de la empiria); distribución de la elipsis para anular zonas de representación trivial; ubicación estratégica y valorización central de los encuentros personales (E. Bentley) en tanto en dichos momentos reveladores es cuando más avanza la acción de la pieza.

— **realismo referencial:** lo narrado o mundo representado en escena (cuerpo semiótico II)[17] debe guardar vínculos referenciales con la imagen del mundo real proveniente del régimen de experiencia. Dicha imagen varía de acuerdo con variables socio-culturales (por ejemplo, no conciben de la misma manera el régimen de experiencia un ateo y un creyente). Los componentes de la fábula y la historia (personajes, acontecimientos, objetos, tiempo y espacio representados) no pueden entrar en contraste con los datos y saberes que proveen las categorías de lo normal (lo que constituye norma, lo inexorable) y lo posible (lo contingente, incluso lo insólito) en el régimen de experiencia[18]. Algunos procedimientos en este nivel son: el personaje referencial de identificación social; el acuerdo metonímico entre el personaje y el espacio que habita; el personaje con entidad psíquica y social (lógica de comportamientos, afectaciones, pasado y memoria, motivaciones, pertenencia socio-cultural, diferencia); la oposición de caracteres; las nociones de tipo y de

individuo de rasgos definibles; el registro del tiempo contem-poráneo que (a diferencia del drama histórico) busca acentuar el efecto de contigüidad entre el teatro y la vida inmediata.

— **realismo lingüístico:** la lengua de los personajes en escena debe contribuir, a través de su convencionalización, a generar efecto de realidad de acuerdo a la naturaleza del personaje, las situaciones, la pragmática del diálogo, etc., siempre referenciados con los saberes de la empiria. La lengua poética de los personajes busca asimilar su convención a la lengua natural. El uso de la prosa es excluyente. Se recurre a un alto caudal lingüístico de los personajes, que evidencia una gran confianza de los dramaturgos realistas en la capacidad de expresión y creación de sentido de la palabra.

— **realismo semántico:** todos los niveles están atravesados por el objetivo de exponer una tesis, que consiste en una predicación relevante, significativa sobre el mundo social, resultado del examen de lo real social, con vistas a ratificar o modificar su realidad. La producción de sentido se concreta desde la estructura narrativa, desde la composición del personaje, desde el plano lingüístico, etc. Tres procedimientos fundamentales son el personaje-delegado (Ph. Hamon), encargado de explicitar las condiciones de comprensión de la tesis; la creación de una red simbólica que objetiva y sintetiza la tesis a través de un símbolo o conjunto de símbolos (la «casa de muñecas», el «pato salvaje», los «espectros», etc.); la redundancia pedagógica, herramienta de cohesión que garantiza la insistencia en la construcción de la tesis a lo largo del texto y en todos sus niveles. La tesis generalmente es unívoca, aunque la capacidad de producción de sentido del texto la supera y produce un efecto multiplicador de la semántica de la pieza. En el caso del naturalismo (variable interna de la poética realista), la tesis proviene de textos científicos pre-existentes. En el realismo canónico la tesis suele poseer un carácter tautológico, es decir, preexiste a la creación de la pieza teatral. El texto predica una tesis cuyo contenido es extra-artístico y ya se conoce antes de ver o leer la obra. Sin embargo, como observaremos

en el análisis de *Una casa de muñecas* en el capítulo que sigue, el drama posee una capacidad semántica que excede la univocidad de la tesis y en consecuencia posibilita la generación de saberes nuevos, no tautológicos. Es relevante la observación de Zola respecto del carácter objetivo de la tesis, que debe dejar de lado toda «emoción» o «prejuicio» del autor: la tesis debe ser «impersonal», el dramaturgo

> no es más que un escribano que no juzga ni saca conclusiones. El papel estricto de un sabio consiste en exponer los hechos, en ir hasta el fin del análisis, sin arriesgarse en la síntesis; los hechos son estos, la experiencia probada en tales condiciones da tales resultados; y se atiene a estos resultados porque si quisiera avanzarse a los fenómenos, entraría en el campo de la hipótesis; se trataría de posibilidades, no de ciencia (2002: 160-161).

— **realismo «intencional» o voluntario en la pragmática del espectador:** la violencia o presión que implica someter los mundos poéticos a la lógica del régimen de la empiria y de la exposición de una tesis, muchas veces no garantiza que los textos no se desdelimiten del principio organizador del efecto de real. En esos casos, de acuerdo con Darío Villanueva, es el lector o el espectador del drama el encargado de mantener viva, a puro pacto de recepción, la dinámica de la convención. Para que haya realismo, el espectador debe aceptar la existencia de un mundo anterior a la poíesis, la sujeción de ésta al funcionamiento de ese mundo, el sistema de convenciones que generan la ilusión de contigüidad, la función del arte y del artista antes señalados, etc. Como puede observarse, cada concepción de teatro exige a los espectadores un principio de colaboración, desempeños, presuposiciones y saberes diversos.

Tal como sostiene la Poética Comparada, las archipoéticas ofrecen al menos seis versiones de despliegue histórico y en el caso del drama moderno esto resulta verificable por la gran productividad de su modelo. Las versiones son:

1. la versión canónica, que acabamos de caracterizar en su modelo abstracto, y que puede hallarse en la micropoética de los textos de Henrik Ibsen de su período canónico: *Los pilares de la sociedad* (1877), *Una casa de muñecas* (1879), *Espectros* (1881), *Un enemigo del pueblo* (1882) y *El pato salvaje* (1884).
2. la versión ampliada, en la que la estructura canónica presenta intertextos de otras archipoéticas subordinadas. Puede verificarse en una vasta literatura dramática, entre la que se cuentan textos del mismo Ibsen (*El arquitecto Solness, El niño Eyolf, Cuando desper-temos entre los muertos*) y de Arthur Miller (drama moderno e intertextos del cine en *La muerte de un viajante*, 1949).
3. la versión fusionada de dos archipoéticas (ambas archipoéticas se imponen como formalizadoras de la organización del nuevo modelo) puede hallarse en el teatro de August Strindberg, ya en *El padre* (1887) y *La señorita Julia* (1888) pero especialmente en la versión más compleja, *La danza macabra* (1900). También en el teatro de Eugene O'Neill, *El mono velludo* (1922).
4. la versión crítica o cuestionamiento interno de la versión canónica: se trata de una versión avanzada por su capacidad de síntesis y economía sobre la organización de la poética canónica, y que recurre a intertextos de otras archipoéticas. Sobresale en el realismo crítico de Bertolt Brecht: *Madre Coraje* (1939), *Vida de Galileo* (1939), *El círculo de tiza caucasiano* (c1940).
5. la versión paródica, que trabaja sobre el modelo de la repetición y la transgresión de componentes de la versión canónica, puede hallarse tempranamente en la estructura de *Ubú Rey* (1896) de Alfred Jarry y en *La cantante calva* (1950) de Eugene Ionesco.
6. la versión disolutoria o versión negativa, cuya poética resulta del ejercicio de violencia sistemática contra los fundamentos de la versión canónica. Pueden leerse como versiones disolutorias del drama moderno *Esperando a Godot* (1952) o las piezas del teatro breve de Samuel Beckett.

Martínez Estrada y las estructuras del drama moderno

Los tres dramas escritos por Martínez Estrada en su segunda etapa teatral responden a las estructuras del drama moderno, pero en su versión ampliada, es decir, incorpora procedimientos de otras poéticas —expresionismo, simbolismo— subordinados a una matriz que proviene del drama moderno canónico. Como hemos adelantado arriba, en la secuencia de escritura *Lo que no vemos morir*/*Sombras*/*Cazadores*, se advierte una progresiva intensificación de la incorporación de otros procedimientos, pero la poética del drama moderno sigue siendo basal. Nos detendremos en el análisis de *Lo que no vemos morir* para señalar, primero, su relación con el drama moderno, y luego la presencia de procedimientos de ampliación con otras poéticas[19].

Martínez Estrada escribe *Lo que no vemos morir* desde la base mimético-discursivo-expositiva objetivista del drama moderno. La historia de Pablo, Marta y su familia está construida desde la mímesis realista por la ilusión de contigüidad que se genera entre el mundo poético-ficcional y el régimen de experiencia del mundo natural-social objetivo. La mímesis realista garantiza que el espectador establecerá relaciones entre la obra y el mundo contemporáneo, de allí que la historia que se cuenta sea contemporánea al mundo real del espectador. En cuanto a lo discursivo, Martínez Estrada se funda en la fluidez de la palabra dentro de la situación escénica, otorga a sus personajes un alto caudal lingüístico que coloca en primer plano la acción verbal. Pone todos estos componentes al servicio de la exposición de una tesis, del análisis, el conocimiento y la predicación sobre el mundo compartido con los espectadores. Martínez Estrada respeta los cinco principios de la concepción del drama moderno: a) parte del supuesto de que el ser del mundo es objetivo, «real», compartido por todos los hombres, posee reglas estables, y puede ser investigado, comprendido y predicado; b) el ser del arte tiene la capacidad de complementarse con el ser del mundo real, puede mimetizar sus mundos poéticos (ficcionales) de acuerdo a las reglas de funcionamiento del régimen de experiencia empírica; c) desarrolla los mecanismos de ilusión de contigüidad entre mundo y arte; d) recurre a la

escena realista; e) se autoatribuye un estatuto de artista observador del mundo real y capaz de reproducir el funcionamiento de ese mundo en el arte, así como otorga a su teatro la función de volver a ver la empiria, de verla mejor, de predicar sobre ella y, recursivamente, de incidir desde el arte en el mundo real. En el caso de Martínez Estrada la recursividad es relevante: parte de la observación y el análisis del mundo para duplicarlo en el arte, pero pretende además que el arte incida en la modificación del mundo. Es a la vez un vínculo tautológico (el arte ilustra lo ya advertido en el régimen de experiencia) y revelador (el arte pone en evidencia lo propio de la empiria hasta entonces no advertido). He aquí la doble instrumentalidad del drama moderno, presente en *Lo que no vemos morir*, en complementariedad con la función que el teatro independiente —y especialmente el Teatro del Pueblo, que estrena la obra— otorga al teatro como escuela[20].

No se trata en Martínez Estrada de la exposición de saberes científicos, tomados de sus lecturas de la ciencia, sino más bien de saberes que provienen de la auto-observación de la propia existencia en el mundo. En su caso, como en el de Strindberg (Dubatti, 2009), la base objetivista, como veremos enseguida, se combina con una dimensión subjetivista. En la esfera del trabajo, como el dramaturgo del drama moderno, Martínez Estrada es plenamente consciente de sus métodos de observación social y de auto-observación existencial, explicitados en sus ensayos e incluso en su poesía.

Para componer *Lo que no vemos morir*, Martínez Estrada pone en ejercicio las tres dimensiones del realismo presentes en la configuración del drama moderno señaladas por Villanueva (2004): *realismo genético* (la reproducción veraz del referente observado en la realidad social y existencial), *realismo formal* (concede al texto vida propia, relativamente autónoma del autor y de su intención) y *realismo intencional* (garantiza desde la construcción de la poética que el lector acepte la convención realista, su principio complementario de cooperación).

Detengámonos primero en los artificios o procedimientos estructurales del drama moderno canónico con los que Martínez Estrada construye *Lo que no vemos morir*, luego observaremos los procedimientos de ampliación

provenientes de otras poéticas. Seguiremos en nuestro primer paso los seis niveles de realismo:

— **Realismo sensorial:** a partir de los datos provenientes de los sentidos (especialmente la vista, el oído y el olfato), la escena realista de *Lo que no vemos morir* reproduce el efecto sensorial del mundo real, «como si» el espectador asistiera a una escena real. Esto se deprende de la primera didascalia, en la que Martínez Estrada diseña el espacio escénico: «Comedor, a todo lo ancho del escenario. Amplia puerta que puede cerrarse con cortinas, comunica con el escritorio», etc. (1957: 18). El dramaturgo diseña un espectador-modelo que acepta la ilusión de una «cuarta pared» invisible y sostiene el principio de dramaticidad (el mundo ficcional parece desempeñarse ajeno a la presencia del público en la sala, sin fracturas, a la manera del «drama absoluto» del que habla Szondi, 1994). En la descripción del espacio escénico Martínez Estrada recurre a todos los componentes de la escena realista característica del drama moderno: la función icónica de los signos, el empleo de accesorios reales (objetos), la escenografía tridimensional (que desplaza los telones pintados), la abundancia de detalles superfluos y el efecto de «diversidad de mundo», los materiales reales en la confección del vestuario, el efecto de la luz adecuado al régimen empírico, el acuerdo coherente entre escena y extraescena, el trabajo de los actores no direccionado frontalmente hacia el espectador (los actores podrían actuar «de espaldas» a la platea). Deben evitarse los guiños al público, los monólogos y soliloquios, el «salirse de personaje». Ningún componente de la imagen multisensorial de la escena quiebra el efecto de real.

— **Realismo narrativo:** Martínez Estrada combina la escena presentificadora de los acontecimientos (que se exponen «por ellos mismos» ante los ojos de los espectadores) combinada con la inclusión dramática de relato a cargo de personajes-narradores internos. Trabaja con una linealidad progresiva (principio, desarrollo,

fin) articulada según gradación de conflictos, según una secuencia narrativa prototípica (Adam, 1992)[21]:

1. Situación inicial: cubre casi todo el Acto I, en el que se cuenta la situación desesperante de los negocios de Pablo y el malestar de su relación con Marta, justo el día en el que cumplen 25 años de casados. Se trata de una situación inicial extensa, en la que Martínez Estrada actualiza abundante información sobre el pasado de los personajes (y estratégicamente oculta parte importante de esa información que nunca será revelada en el transcurso de la obra, en un juego relevante con las expectativas del público, deseoso de saber).
2. Complicación: el suicidio de Marta, magistralmente manejado por Martínez Estrada desde la elipsis y el recurso del entreacto madurativo. Se oye el disparo del arma justo en el cierre del Acto I. El espectador dudará durante el intervalo entre Acto I y Acto II quién se ha matado, ya que tanto Pablo o Marta pueden haberse suicidado. Recién sabremos efectivamente qué ha sucedido en el arranque del Acto II, Pablo aparece en el comienzo de la Escena 1y se refiere a la muerte de Marta.
3. Re(Acción): toma todo el Acto II y buena parte del III. Frente al suicidio de Marta, Pablo irá tomando conciencia de su nueva situación, se sentirá culpable e irá cayendo progresivamente en un nuevo estado de desesperación y agotamiento, confusión y lucidez. Dialogará con la sirviente María sobre el secreto de su esposa, se encontrará en el espacio del sueño con Marta, intentará ordenar en lo posible algunas cuentas pendientes, pedirá a sus hijos dinero para pagar la deuda con su cuñado Andrés (dinero que le será negado), se enterará del secreto de su mujer (el hijo perdido) en diálogo con su hija Ofelia.
4. Resolución: Acto III, Escena 6 (escena final). En diálogo con Eva, su cuñada, Pablo realiza una confesión final y le anuncia que partirá «Para no mirar a la muerte. Sino adelante. A la soledad» (1957: 74). Finalmente parte de su casa en un nuevo estado d

conciencia. Es ésta en realidad su segunda partida del hogar, pero ahora diferente: «Lo que ninguno de los dos sabremos es si me voy sin culpa. Ni cuál es el sentido de esas cosas que mueren en nosotros y que no vemos morir» (1957: 75).

5. Situación final: breve mirada final en la que Eva despide a Pablo (en la extraescena) mientras lo mira alejarse desde la ventana, en situación deliberadamente semejante a la de la despedida anterior de Pablo con el Cobrador. Escribe Martínez Estrada: «(*Sale Pablo. Eva mira por la ventana, a la calle, como Pablo cuando se fue el Cobrador. Un largo silencio. Eva levanta una mano, como saludando. Telón.*)» (1957: 75).

La secuencia se articula a través de la ubicación estratégica y la valorización central de los encuentros personales (procedimiento fundante del drama moderno canónico), y es en dichos momentos reveladores cuando más avanza la acción. Martínez Estrada multiplica los encuentros personales de Pablo con Marta (Acto I y Acto III, este último en el plano del sueño), con Eva (en los tres actos), con sus hijos, con la sirvienta María, con el Cobrador, con su cuñado Andrés. En todos los casos combina la acción verbal con la acción interna, la acción manifestada por el silencio de los personajes, lo que se dice y lo que se calla, de lo que resulta una causalidad implícita que se encarga, paradójicamente, de explicitar el misterio de la existencia, la necesidad de aceptar que no se sabe, la imposibilidad de decir. Martínez Estrada centra la acción en el balance existencial, la reflexión a partir del paso del tiempo en la propia vida y el devenir de la existencia, por lo que su obra busca un equilibrio entre realismo social y realismo psicológico. Es relevante recordar que este procedimiento de la acción interna ya está presente, con la consecuente anulación de las estructuras monologales, en la versión canónica del drama moderno, por ejemplo en *Una casa de muñecas* de Ibsen (véase al respecto Dubatti, 2006a, y especialmente nuestro estudio preliminar a Ibsen, 2006). Martínez Estrada preserva en los tres actos el mismo cronotopo realista del interior de la casa.

— **Realismo referencial:** el mundo representado por *Lo que no vemos morir* se vincula referencialmente con la burguesía argentina con-

temporánea, y por extensión con la sociedad argentina en su conjunto (los otros sectores sociales con los que la burguesía se vincula). Hay una correlación entre campo interno referencial de la obra y campo externo referencial (el mundo de la vida social/ existencial en la empiria). Los componentes de la fábula y la historia (personajes, acontecimientos, objetos, tiempo y espacio represen-tados) no entran en contraste con los datos y saberes que provienen de la empiria, Martínez Estrada se maneja dentro de las categorías de lo normal (lo que constituye norma, lo inexorable) y lo posible (lo contingente, incluso lo insólito) en el régimen de experiencia (Barrenechea, 1978). *Lo que no vemos morir* trabaja su poética con los principales procedimientos canónicos del realismo referencial: el personaje referencial de identificación social; el acuerdo metonímico entre el personaje y el espacio que habita; el personaje con entidad psíquica y social (lógica de comportamientos, afectaciones, pasado y memoria, motivaciones, pertenencia socio-cultural, diferencia), con historia (método biográfico); la oposición de caracteres; las nociones de tipo y de individuo de rasgos definibles; el registro del tiempo contemporáneo que (a diferencia del drama histórico) busca acentuar el efecto de contigüidad entre el teatro y la vida inmediata.

— **Realismo lingüístico:** la lengua de los personajes en escena genera efecto de realidad (tal como se pensaba ese registro en los años cuarenta). Martínez Estrada mimetiza el régimen lingüístico poético interno a la obra, a través del léxico, la pragmática del diálogo, las funciones del lenguaje, etc., de acuerdo con la observación de la lengua natural en la empiria. El habla de los personajes se funda en una convención que busca la ilusión de contigüidad con el habla en la sociedad contemporánea. Los personajes hablan en prosa, como es característico del realismo en oposición a la tradición ancestral del teatro en verso (y a diferencia de *Títeres…*). Se recurre a un alto caudal lingüístico de los personajes, que evidencia una gran confianza de Martínez Estrada en la capacidad de expresión y creación de sentido de la palabra, pero también al uso de lo no-dicho, de la

palabra silenciada, de la palabra de la acción interna, componente que Martínez Estrada reivindica como presente en la vida cotidiana.

— **Realismo semántico:** en *Lo que no vemos morir* todos los niveles del realismo están atravesados por el objetivo de exponer una tesis, que —como en el drama moderno canónico— consiste en una predicación relevante, significativa sobre el mundo social, resultado del examen de lo real social, con vistas a ratificar o modificar su realidad. La tesis de Martínez Estrada es desoladora, y a la vez catártica, y como veremos enseguida (al estudiar los procedimientos de ampliación del drama moderno) tiene una base subjetivista: la existencia nos condena a la muerte, la disolución y el fracaso, con el paso del tiempo todo va muriendo en nosotros pero nos empeñamos en no verlo morir, en algún momento de la existencia abrimos nuestra percepción a esos procesos de degradación y asumimos una nueva relación con la muerte. Nuestra nueva relación con la muerte se transforma en un nuevo estado de conciencia, que implica una mirada lúcida sobre la verdadera realidad. Conocer esa verdadera realidad implica aceptar el misterio, es decir, aceptar que nos está vedado conocer, comprender, desentrañar el por qué de esa verdad del mundo. Y esa lucidez, dolorosa, a la vez es catártica: es necesario enfrentar esta verdad porque «cuanto más padezco, más me siento aliviado», afirma Pablo (1957: 47). Como es característico de una zona del drama moderno (por ejemplo *Los pilares de la sociedad, Una casa de muñecas, Un enemigo del pueblo, Espectros* de Ibsen, no así su *El pato salvaje* que propondrá la tesis contraria de la «mentira vital»), Martínez Estrada propone valerse del teatro para mirar de frente la realidad, la verdad (tal como el autor la concibe). El (auto)engaño (no querer ver la realidad) es, a la larga, peor que la toma de conciencia sobre cómo funciona realmente la vida. Martínez Estrada se vale de los tres procedimientos fundamentales para la explicitación de esta tesis: los personaje-delegados (Pablo, Eva, Marta cumplen la función de explicitar las condiciones de recepción de la tesis); la creación de una red simbólica que objetiva y sintetiza la tesis a través de un símbolo o

conjunto de símbolos complementarios (la «tabla en el naufragio», el «hijo perdido», con la riqueza semántica que se despliega en estos símbolos-canteras que enlazan en red con el cierre de la fábrica, la muerte de Marta, la disolución de la familia, etc.); la redundancia pedagógica, la isotopía, la insistencia –repetición con variaciones- en los mismos núcleos semánticos para garantizar la comunicación de la tesis.

— **Realismo «intencional» o voluntario en la pragmática del espectador y el lector:** implícitamente, Martínez Estrada diseña un espectador y un lector encargados de mantener viva, a puro pacto de recepción, la dinámica de la convención realista. Todos los niveles anteriores diseñan pregnantemente un espectador/lector dispuesto a asumir el pacto de recepción realista del drama moderno, con la intención de volver a ver la empiria/existencia real desde el teatro, verla mejor, salir del teatro con una predicación sobre el mundo social/existencial, hacer con ese saber algo en la vida cotidiana.

Ampliación del drama moderno: procedimientos

Reconocida la matriz procedimental del drama moderno canónico, de la que sin duda Martínez Estrada es deudor, detengámonos ahora brevemente en los procedimientos de la versión ampliada con com-ponentes de la poética expresionista y simbolista:

— **Tesis subjetivista:** a diferencia del drama moderno canónico, Martínez Estrada no fundamenta su tesis en un corpus científico o en una documentación/observación objetivista sino en la propia experiencia subjetiva. Su tesis está relacionada con la vehiculización teatral de la propia visión de mundo: a la manera del proto-expresionismo (Dubatti, 2009), *Lo que no vemos morir* habilita la concepción de que el teatro puede transmitir tesis vinculadas a la experiencia autobiográfica, a la autorreflexión existencial, a las «dra-maturgias del yo» (como sucede precursoramente con Strindberg y más tarde, entre otros, con Eugene O'Neill; véase al respecto nuestro

análisis de *La señorita Julia* de Strindberg y *El mono velludo* de O'Neill en Dubatti, 2009). La concepción de Martínez Estrada se relaciona con el expresionismo por la valoración de la experiencia subjetiva del hombre como fundamento de la realidad y del mundo social. Paradójicamente, el expresionismo sostiene que la expe-riencia subjetiva construye el mundo compartido y por lo tanto dar cuenta de la experiencia subjetiva es ampliar los límites de la objetividad. Lo individual subjetivo también es histórico, y por lo tanto es transmisible a todos los hombres cuando adquiere un nivel trans-subjetivo. Como hemos estudiado en otra oportunidad, el expresionismo propone una nueva «objetividad subjetiva» que amplía, enriquece el conocimiento de la realidad y la empiria, como quería el drama moderno en sus orígenes canónicos objetivistas. Se trata de una visión evolucionada, enriquecida de la base objetivista del primer drama moderno, que deja «entrar» a las estructuras del drama moderno una visión más amplia de los límites del régimen de la experiencia humana.

— **Posible intertexto de la noción simbolista de «lo trágico cotidiano» de Maurice Maeterlinck:** para la tesis de Martínez Estrada vivir es enfrentar la muerte, el absurdo, la soledad, la falta de amor y comprensión (incluso de los hijos), la propia me-diocridad, enfrentar la humillación del tiempo y la degradación, asumir la depresión, la equivocación, la frustración de los ideales, el mundo como «infierno» (1957: 52). Hay un símbolo de síntesis:

> la vida es como una tabla en un naufragio, una tabla en el océano, a la que nos agarramos sin soltar (…) no sabía nada, en medio del misterio (…), agarrado a la tabla, nada más. Esto que vemos, es apenas lo que alumbra un fósforo en la noche (1957: 54, final del Acto II).

Con respecto a la supuesta «ausencia» de conflictos en la dramaturgia del primer simbolismo, Maeterlinck reflexiona en *Le trésor des humbles* (El tesoro de los humildes, 1896) sobre su voluntad de redefinir el conflicto trágico en la dimensión misma del misterio de vivir: «Existe un trágico cotidiano que es mucho más real, mucho más profundo y mucho más

> conforme a nuestro ser verdadero que el lado trágico de las grandes aventuras. Es fácil sentirlo, pero no es fácil mostrarlo, porque este sentimiento trágico no es simplemente material o psicológico. No se trata ya aquí de la lucha determinada de un ser contra otro ser, de la lucha de un deseo contra otro deseo, o del eterno combate de la pasión y el deber. Se trataría más bien de hacer ver lo que de sorprendente hay en el simple hecho de existir. Se trataría más bien de hacer ver la existencia de un alma en sí misma, en medio de una inmensidad que no está nunca inactiva. Se trataría más bien de hacer oír por encima de los diálogos ordinarios de la razón y de los sentimientos, el diálogo más solemne e ininterrumpido del ser y de su destino[22].

Hay en Martínez Estrada esta noción de que lo trágico está en la situación metafísica de existencia del ser humano: en su enfrentamiento con la muerte, el tiempo, lo absurdo, el misterio, la degradación, la disolución. El auténtico antagonista de esta tragedia cotidiana es el «personaje sublime» presente en el «teatro estático» del primer simbolismo, signo-cero, poética extrema de la representación sin significante (veáse nuestro análisis de *Los ciegos*, Dubatti, 2009: 181-208). El conflicto no puede pensarse solo en términos de causalidad social o responsabilidad individual, sino que accede a un plano metafísico, ligado a los fundamentos de la existencia, más allá de lo social y lo individual.

— Valor del misterio y aceptación de la infrasciencia: ya desde el título, en *Lo que no vemos morir* se pone el acento en la indigencia del hombre frente al conocimiento, en su no-saber, en la infrasciencia como categoría poética y filosófica (se sabe menos de lo que debería saberse, de lo que necesitaría saberse para vivir). La pieza de Martínez Estrada insiste en el «misterio» como lugar inabordable para el conocimiento y la comprensión humanos (1957: 56, 58, 64, 75). Tanto lo hace en la explicitación de la tesis (baste citar a Pablo como personaje-delegado en sus últimas palabras en la pieza: «Lo que ninguno de los dos sabremos es si me voy sin culpa. Ni cuál es el sentido de esas cosas que mueren en nosotros y que no vemos morir»,

(1957: 75), como en la construcción narrativa y referencial del drama (la acción interna de Marta en el Acto I, que ha decidido suicidarse y ni Pablo ni el espectador lo saben; el misterio que envuelve lo que ha hecho Pablo en su primera salida del hogar; la voluntad de Pablo de no conocer el «secreto» de boca de María; todo lo importante que está en el pasado de los personajes y de-liberadamente no se informa al espectador; incluso el final, abierto, ¿a dónde se va Pablo?, ¿qué hará de su vida ahora?). Todos los personajes son infrascientes, el dramaturgo coloca al espectador en un lugar de infrasciencia; es más, acaso el dramaturgo mismo escribe desde la infrasciencia como condición de creatividad, ni él mismo sabe lo que no saben sus personajes[23]. La infrasciencia otorga una condición paradójica a la tesis (se sostiene que se sabe que no se sabe) y a la función del drama moderno: a diferencia de la versión canónica, la versión ampliada propone el misterio como un límite. Este nuevo drama moderno confronta al autor y al espectador con la conciencia de su límite frente al conocimiento, el progreso, el saber y el poder. Se pone el drama moderno al servicio del planteamiento de los límites de la Modernidad. Paradójicamente, ese límite es un nuevo principio del conocimiento, la posibilidad de iniciar una nueva relación con el mundo, y por lo tanto, constituye un nuevo pulso de modernización.

— Procedimiento expresionista de objetivación escénica de los contenidos de la conciencia de Pablo: el Acto III se inicia con una típica escena de expresionismo subjetivo. Pablo dialoga con Marta, ya muerta, en lo que parece ser un sueño objetivado escénicamente. Se quiebra el cronotopo realista objetivista y se accede a la interioridad del personaje de Pablo. El escenario está en sombras pero el espectador oye el diálogo, que acontece en la conciencia del personaje. Se trata de un procedimiento relevante para la estructura narrativa, ya que en él se adelanta el contenido del secreto de Marta («el hijo perdido»), que ratificará más tarde Ofelia. Con inteligencia Martínez Estrada pone en suspenso la resolución del estatus ontológico de esa escena: sabemos que acontece en el «interior» de

Pablo, pero ¿es onírica?, ¿el sueño opera como un espacio de encuentro con el más allá de los muertos?, ¿es pura sugestión psicológica de Pablo, encausada en el sueño por la conexión con el inconsciente?, ¿cree Martínez Estrada en la vía de comunicación con los muertos? Nueva ruptura del diseño objetivista del drama moderno canónico: Martínez Estrada abre una instancia-puente entre mundos, más allá del mundo objetivo del drama moderno canónico. Coloca al espectador en un lugar de infrasciencia: ¿dónde acontece este diálogo, es puente con qué otras realidades que exceden el mundo objetivamente cognoscible, mensurable, predicable? ¿Podemos hablar de una hierofanía, de una manifestación de lo sagrado (entendido como lo radicalmente otro respecto del mundo profano, en este caso, el mundo metafísico de los muertos), o en realidad se trata de un mecanismo explicable en términos psicológicos? Una nueva instancia refuerza esta des-materialización de la escena realista y la apertura de lo real a otros planos de existencia: en el diálogo con la hija, en el Acto III, ésta parece transformarse en una «médium» de conexión con la esposa muerta. Deliberadamente Martínez Estrada lleva al espectador y al lector a preguntarse: ¿quién habla en la Escena 6 del Acto III?

— Superación de la idea de tipo/individuo del personaje realista y representación de otra trama de relaciones entre los personajes: en *Lo que no vemos morir* se sugiere una trama arquetípica que conecta a los personajes más allá de sus tipos sociales y sus individualidades. Todos los hombres son el mismo hombre, o todos los hombres atraviesan la misma experiencia, son iguales frente al misterio, parece decir Martínez Estrada. Pablo y el Cobrador se llaman de la misma manera, y el dramaturgo insiste en los paralelismos de sus acciones y existencias, más allá de sus diferencias sociales e individuales (edad, estatus social, relación empleador-empleado). Tanto en el encuentro personal expresionista con Marta como en el «realista» con su hija Ofelia, aparece el juego de correlaciones: la Mujer es a la vez Madre, Esposa, Hija. Nuevamente podemos establecer una conexión con el protoexpresionismo y con el expresionismo en la relación con una

representación de lo humano que rompe el concepto realista de personaje (Abirached) para ampliar los límites de la percepción de lo real, por el vínculo con lo inconsciente, con lo esencial y con la historia ancestral.

— Ampliación semántica del título: tal como señalamos en otra oportunidad (Dubatti, 2009), el título del drama moderno es significativo en la orientación del lector y del espectador hacia la tesis. En el caso de *Lo que no vemos morir*, se cumple ese valor, pero va más allá de la comunicación de los contenidos de la tesis. El título del drama es tan abierto que, más allá de garantizar la comunicación, habilita un plano de estimulación: el lector y el espectador pueden cargarlo de infinitas significaciones. Podríamos reescribir el título, en complementariedad con su cantera semántica, de la siguiente manera: «Todo eso que no vemos morir». El título adquiere una dimensión genérica, totalizante, que excede los planteos internos de la pieza. El título se ha vuelto deliberada y ampliamente polisémico. Si bien en casos como *Una casa de muñecas* el título ya registra ese valor de ampliación, en Martínez Estrada el título es más amplio aun en su capacidad abarcativa: designa todo aquello «que no vemos morir». Esto incluye sin duda aspectos de la trama (no vemos morir a Marta, no hemos visto morir al «hijo perdido», no vemos morir todo lo que muere en el alma y en la existencia de los personajes como Pablo), pero también permite al espectador establecer múltiples conexiones referenciales más allá de los planteamientos internos de la pieza. Hay que celebrar este título tan abierto de Martínez Estrada por su poder de estimulación referencial y en la producción de sentido.

— Estatismo de la estructura narrativa: se le ha cuestionado al drama de Martínez Estrada, tanto en la crítica de la época como en la bibliografía analítica posterior, la composición de su estructura dramática, ya sea por la falta de acontecimientos, por la relativa ausencia de acción física en los Actos II y III, o por los extensos parlamentos (en muchos casos con baja acción verbal). Se ha

vinculado estos componentes a su impericia en la construcción dramática. Sin embargo, podemos pensarlos de otra manera, al servicio de otra búsqueda. Por un lado, los Actos II y III responden a la gradación en la construcción de una nueva conciencia, los pasos que va dando Pablo entre la confusión y la lucidez, hasta la revelación final que marca su voluntad de alejamiento/des-prendimiento y la salida de su casa. Martínez Estrada piensa la estructura no como en la narrativa de acontecimientos del drama moderno canónico, sino como un drama del nacimiento de una nueva conciencia. Tal vez pueda leerse aquí una deuda con el expresionismo. Por otro, hay que establecer un vínculo con el «teatro estático» del simbolismo, con la representación dramática de lo «trágico cotidiano». Los mundos simbolistas aportan al teatro su propia lógica narrativa, diversa de la lógica temporal del régimen de experiencia, con el que contrastan radicalmente. Se favorecen las situaciones de pasaje/conexión, viaje y transformación de las representaciones del régimen empírico a la alteridad (a través del sueño, de lo fantástico, del acceso a lo metafísico), o se construye directamente un cronotopo específico, que sus-tenta sus reglas en la autonomía artística o la infrasciencia jeroglífica. Maeterlinck es claro al respecto:

> El poeta dramático (…) está obligado a hacer descender a la vida real, a la vida de todos los días, la idea que él se forja de lo desconocido. Es preciso que nos muestre de qué modo, bajo qué forma, en qué condiciones, según qué leyes, a qué fin obran sobre nuestros destinos las potencias superiores, las influencias ininteligibles, los principios infinitos, de los cuales, en cuanto poeta, está persuadido de que está lleno el universo (1958: 69).

Los acontecimientos responden a una causalidad implícita difícilmente inteligible por su conexión con la convención teatral o con lo desconocido. Se valora especialmente lo estático y el silencio. Ana Balakian señala que «las mutaciones que el simbolismo consiguió en la escritura poética son nada comparadas con los ataques que llevó

a cabo contra la forma dramática» (1969: 155). Aclaremos: contra la forma dramática de muchos siglos de historia. Balakian distingue tres aspectos singulares del simbolismo narrativo (extensibles a la totalidad de la poética) que fueron en su época considerados «defectos» o «puntos en contra» del teatro simbolista: el teatro simbolista «no daba personajes ni oportunidades para la interpretación» (156) de acuerdo con las fórmulas del teatro de éxito; «en el drama simbolista no hay crisis o conflicto» (156); «no contenía ningún mensaje ideológico, en un momento en que el teatro se había convertido en tribuna para la predicación de normas morales» (156). Nos complace abrir el siguiente interrogante: cuan-do se le cuestiona a Martínez Estrada su dominio de la estructura dramática, ¿no será que se lo está pensando desde una poética que justamente él está tratando de cuestionar por la vía del expresionismo y del simbolismo? Más allá de la posibilidad de llevar a escena esta pieza en las condiciones de la teatralidad actual, ¿por qué no pensar su búsqueda en las condiciones de su historicidad, la de dinamización interna del drama moderno, incluso dentro de un concepto de teatro para ser leído, no para ser representado?

En conclusión, con la segunda concepción de su dramaturgia, Martínez Estrada contribuye a desarrollar la poética del drama moderno en el teatro argentino (introducida a comienzos del siglo XX, Dubatti, 1998, 2006b). Martínez Estrada dinamiza las convenciones del drama moderno en el teatro nacional, trabaja con una versión ampliada con procedimientos del expresionismo y del simbolismo. Su conexión con el drama moderno va más allá de las lecturas de Ibsen y Strindberg, y se conecta con la poética abstracta del drama moderno, patrimonio del teatro mundial, presente en al menos cuatro o cinco décadas de teatro, incluso en expresiones del teatro del Río de la Plata. No hay que desestimar su conocimiento de Maurice Maeterlinck, O'Neill, Henri Lenormand, Georg Kaiser, Ernst Toller y otros dramaturgos (cuya producción puede haber sido vista en escena o leída por Martínez Estrada). Tampoco hay que desestimar la presencia de estas poéticas (drama moderno ampliado, simbolismo, expresionismo) en el cine.

Esta concepción de Martínez Estrada es complementaria con la que en paralelo está desarrollando la modernización del teatro argentino en los circuitos de producción independiente y profesional (o comercial de arte, Dubatti, 2012b). Por qué dinamiza Martínez Estrada las convenciones del drama moderno: para vehiculizar su tesis subjetivista y proponer una pedagogía existencialista, una nueva catarsis, una mirada de reconocimiento sobre el misterio contra una burguesía materialista. Ajusta el drama moderno a su proyecto creador, en íntima conexión intratextual con sus ensayos, sus poemas y sus cuentos.

Bibliografía

AA.VV. *Polémica sobre el realismo*. Ricardo Piglia (Comp.). Barcelona: Ediciones Buenos Aires, 1982, págs. 141-155.

Abirached, Robert. *La crisis del personaje en el teatro moderno*. Madrid: ADE, 1994.

Abuín González, Angel. *El narrador en el teatro*. Universidad de de Santiago de Compostela, 1997.

Adam, Jean-Michel. *Les textes: types et prototypes.* Paris: Nathan Université, 1992.

Anderson Imbert, Enrique (1946). *Ibsen y su tiempo*. La Plata: Editorial Yerba Buena.

Badiou, Alain. *Imágenes y palabras. Escritos sobre cine y teatro*. Buenos Aires: Manantial 2005.

Balakian, Anna. *El movimiento simbolista. Juicio crítico*. Madrid: Ediciones Guadarrama. Especialmente «El teatro simbolista», 1969, págs. 153-190.

Barrenechea, Ana María. «Ensayo de una tipología de la literatura fantástica». En su *Textos hispanoamericanos. De Sarmiento a Sarduy*. Caracas: Monte Ávila, 1978, págs. 87-103.

Barthes, Roland. «El efecto de real». En AA.VV., 1982, págs. 141-155.

Bastos, María Luisa. «Cambaceres o falacias y revelaciones de la ilusión cientificista». *Relecturas.* Buenos Aires: Hachette, 1989, págs. 27-40.

Bentley, Eric. *La vida del drama*. Buenos Aires: Paidós, 1964.

Beraza, Luis Fernando. *Antiperonistas. Los que forjaron otra mirada*, Buenos Aires: Ediciones B, 2010.

Beraza, Luis Fernando. *El pensamiento de Ezequiel Martínez Estrada. De Sarmiento al Che*, Bahía Blanca: Ediuns/Buenos Aires: Eudeba, 2015. Especialmente sobre teatro los capítulos «Meditaciones líricas», págs. 15-36, y «De Ibsen a Martínez Estrada (1941)», págs. 69-82.

Burgos, Nidia. «El teatro de Ezequiel Martínez Estrada. Sus *Títeres de pies ligeros*». En Martínez Estrada, E. *Títeres de pies ligeros*. Buenos Aires: Interzona, 2011, págs. XI-XXXVIII.

Chevrel, Yves. *Le naturalisme*. Paris: PUF, 1982.

De la Guardia, Alfredo. «Iniciación del realismo». En su *El teatro contemporáneo*. Buenos Aires: Schapire, 1947, págs. 31-111.

Domínguez, Marta Susana. «Análisis semiológico del drama *Lo que no vemos morir*». En *Actas Primer Congreso Internacional sobre la Vida y la Obra de Ezequiel Martínez Estrada*. Bahía Blanca, Fundación Ezequiel Martínez Estrada, 1995, págs. 134-139.

Dubatti, Jorge. «Florencio Sánchez frente a la estructura teatral ibseniana». En Pellettieri, Osvaldo y Mirza, Roger (Eds.). *Florencio Sánchez. Entre las dos orillas*. Col. Cuadernos del GETEA, n.° 9, Buenos Aires: Galerna, 1998, págs. 86-96.

Dubatti, Jorge. «Tematología Comparada. El sistema de ideas del nacionalismo en los ensayos y el teatro de Ricardo Rojas». En su *El convivio teatral. Teoría y práctica del Teatro Comparado*. Buenos Aires: Atuel, 2003, págs. 71-183.

Dubatti, Jorge. *Henrik Ibsen y las estructuras del drama moderno*, Serie Análisis Teatral, Buenos Aires: Colihue Teatro, 2006a.

Dubatti, Jorge. «Florencio Sánchez y la introducción del drama moderno en el teatro rioplatense». *Revista Teatro/Celcit, Revista de Teatrología, Técnicas y Reflexión sobre la Práctica Teatral Ibero-americana*, n.° 30, noviembre, 2006b, véase www.celcit.org.ar. También en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. Alicante, 2010.

Dubatti, Jorge. *Cartografía teatral. Introducción al Teatro Compa-rado*. Buenos Aires: Atuel, 2008.

Dubatti, Jorge. «El drama moderno» y «El drama simbolista». En su *Concepciones de teatro. Poéticas teatrales y bases epistemológicas*. Buenos Aires: Colihue Universidad, 2009, págs. 21-140 y 143-208 respectivamente.

Dubatti, Jorge. «La crisis del 'teatrista ilustrado' en la escena argentina contemporánea». *Latin American Theatre Review*, The University of Kansas, Center of Latin American Studies, USA; Special Issue: A Tribute to George Woodyard/Homenaje a George Woodyard, Guest Editors Jorge Dubatti y Beatriz J. Rizk, 46/1, Fall 2012, 2012a, págs. 103-128.

Dubatti, Jorge. *Cien años de teatro argentino. Del Centenario a nuestros días*, Buenos Aires: Biblos-OSDE, 2012b.

Dubatti, Jorge. «El artista-investigador, el investigador-artista, el artista y el investigador asociados, el investigador participativo: Filosofía de la Praxis Teatral». En su *El teatro de los muertos. Filosofía del Teatro y Epistemología de las Ciencias del Teatro*. México: Libros de Godot, 2014, págs. 123-174.

Dubatti, Jorge. «Teatro-matriz, teatro liminal. La liminalidad constitutiva del acontecimiento teatral». En su *Teatro-matriz, teatro liminal. Estudios de Filosofía del Teatro y Poética Comparada*. Buenos Aires: Atuel, 2016, págs. 7-28.

Eco, Umberto. *Obra abierta*. Barcelona: Ariel, 1985.

Esslin, Martín. «Modern Theatre: 1890-1920». En Brown, Russell, 1997, págs. 341-379.

Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI, 1979.

Ghiano, Juan Carlos. «El teatro de Martínez Estrada». En Martínez Estrada, E. *Tres dramas.* Col. Teatro Argentino, Buenos Aires: Losange, 1957, págs. 5-15.

González Salvador, Ana. *estudio preliminar* y edición de M. Maeterlinck, 2000, págs. 9-79.

Hamon, Philippe. «Un discours constraint». *Poétique*, n.° 16, 1973, págs. 411-445.

Holland, Peter y Patterson, Michael (1997). «Eighteenth-Century Theatre». En Brown, Russell, págs. 255-298.

Ibsen, Henrik (2006). *Una casa de muñecas, Un enemigo del pueblo*. Traducción de Chamatrópulos, Clelia, introducción, notas y apéndice por Jorge Dubatti, Buenos Aires: Colihue Clásica.

Kartun, Mauricio (2010). *El niño Argentino*. Buenos Aires: Atuel, págs. 101-104.

Kartun, Mauricio. *Escritos 1975-2015*. Buenos Aires: Colihue, 2015.

Lena Paz, Marta. «Ezequiel Martínez Estrada, dramaturgo». En AA.VV. *Actas Primer Congreso Internacional sobre la Vida y la Obra de Ezequiel Martínez Estrada*. Bahía Blanca, Fundación Ezequiel Martínez Estrada, 1995, págs. 181-184.

Lessing, G. E. *Dramaturgia de Hamburgo*. Madrid: ADE, 1993.

Maeterlinck, Maurice. *Teatro*, México: Aguilar, 1958.

Maeterlinck, Maurice. *La intrusa, Los ciegos, Pélleas y Mélisande, El pájaro azul*. Madrid: Cátedra, 2000.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Lo que no vemos morir*. Buenos Aires: Ediciones Conducta, 1941.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Panorama de las literaturas*, Buenos Aires: Claridad, 1946.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Poesía*. Buenos Aires: Argos, 1947.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Tres dramas*. Col. Teatro Argentino, Buenos Aires: Losange, 1957.

Martínez Estrada, Ezequiel. *El Hermano Quiroga*. Buenos Aires: Oberdán Rocamora Editor, 2001.

Martínez Estrada, Ezequiel. *La cabeza de Goliat. Microscopía de Buenos Aires.* Estudio preliminar de Christian Ferrer, Buenos Aires: Capital Intelectual, 2009.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Títeres de pies ligeros*. Ilustraciones del autor, Buenos Aires: Interzona, 2011.

Martínez Fernández, José Enrique. *La intertextualidad literaria (Base teórica y práctica textual)*. Madrid: Cátedra, 2001.

Melchinger, Siegfried. *El teatro desde Bernard Shaw hasta Bertolt Brecht*. Buenos Aires: Fabril Editora, 1959.

Miller, Arthur. «El drama social del futuro». En Melchinger, S, *El teatro desde Bernard Shaw hasta Bertolt Brecht*. Buenos Aires: Fabril Editora, 1959, págs. 93-95.

Morin, Edgar. *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa, 2003.

Naugrette, Catherine. *Estética del teatro*. Buenos Aires: Artes del Sur, 2004.

Redmon, James. «Si la sal perdió su sabor: algunas obras de teatro 'útiles', dentro y fuera de contexto, en los escenarios londinenses». En Scolnicov, H. y Holland, P. (Eds.). *La obra de teatro fuera de contexto,* México: Siglo XXI, 1991, págs. 86-117.

Russell Brown, John (Ed.). *The Oxford Illustrated History of Theatre*, Oxford-New York: Oxford University Press, 1997.

Sartre, Jean Paul. *Un teatro de situaciones.* Buenos Aires: Losada, 1979.

Scolnicov, Hanna, y Holland, Peter (Eds.). *La obra de teatro fuera de contexto*. México: Siglo XXI, 1991.

Shaw, George Bernard. *The Complete Prefaces of Bernard Shaw*. London: Paul Hamlyn, 1965.

Strindberg, August. «Prólogo a *La señorita Julia*» y «La señorita Julia». En su *Teatro escogido*. Madrid: Alianza, 1982.

Surgers, Anne. «En dirección al 'realismo'». En su *Escenografías del teatro occidental*. Buenos Aires: Ediciones Artes del Sur, 2005, págs. 130-136.

Szondi, Peter. *Teoría del drama moderno (1880-1950). Tentativa sobre lo trágico*. Barcelona: Destino, 1994.

Villanueva, Darío. *Teorías del realismo literario*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 2004.

Zola, Emile. *El naturalismo*. Barcelona: Península, 2002.

NOTAS

1 En soporte audiovisual, puede consultarse en la página oficial de la Fundación Ezequiel Martínez Estrada (www.fundeme.org.ar) y en youtube https://www.youtube.com/watch?v=nJi8aFp6wQw.

2 La Dra. Nidia Burgos nos ha invitado a prologar una edición del *Teatro* de Martínez Estrada, donde trabajaremos sobre su producción dramática completa de próxima aparición bajo el sello de Ediuns.

3 Veánse, entre otros, los trabajos citados en la Bibliografía al final de este artículo.

4 Véase al respecto la bibliografía citada por Nidia Burgos en su estudio fundamental «El teatro de Ezequiel Martínez Estrada. Sus *Títeres de pies ligeros*» (2011: XI-XXXVIII).

5 Estrenada el 29 de mayo de 1941 en el Teatro del Pueblo, con dirección de Leónidas Barletta.

6 Como también sucede con otros grandes ensayistas argentinos que escribieron teatro: Ricardo Rojas, Bernardo Canal Feijóo, Rodolfo Kusch, David Viñas, Pedro Orgambide. Sobre la posibilidad de articular esa relación desde el Teatro Comparado, véase nuestro «Tematología Comparada. El sistema de ideas del nacionalismo en los ensayos y el teatro de Ricardo Rojas» (Dubatti, 2003: 71-183), y especialmente el apartado «El sistemas de ideas en textos ficcionales y no-ficcionales: modelos de análisis para el ensayo y el teatro» (75-81).

7 Sobre el concepto de liminalidad en el teatro: Dubatti, 2016.

8 Sobre el concepto de investigador-artista: Dubatti, 2014.

9 Para un desarrollo más completo sobre el drama moderno y sus versiones (canónica, ampliada, fusionada, crítica, paródica, disolutoria), véase nuestro *Concepciones de teatro. Poéticas teatrales y bases epistemológicas* (2009, Primera Parte).

10 La Modernidad propone un conjunto de coordenadas que se hacen forma teatral en el drama moderno, en resumen: progreso (significación global, pensamiento totalizador, universales), saber es poder (dominio de la realidad, cientificismo), laicización y antropocentrismo, igualación social y democra-tización, lo nuevo como valor (cuestionamiento y superación crítica de lo anterior), teatro útil a la burguesía (visión materialista, racionalista, objetivista, pragmática), el teatro como escuela y el teatrista como guía. Al respecto, véase Dubatti, 2009: 21-31.

11 *La paradoja del comediante* se publica recién en libro en 1830. Hasta entonces su circulación fue restringida.

12 Implícitamente, Strindberg establece una continuidad del teatro como escuela desde la Edad Media (cuando estaba puesto al servicio de la educación en el

dogma cristiano) al teatro como escuela de la Modernidad (cuando, vaciado de su sentido religioso original, el nuevo teatro escuela «evangeliza» en los valores laicos de la sociedad moderna).

13 El primero, a través de obras que prefiguran el drama moderno: *La dama de las camelias* (1852), *Le Demi-monde* (1855), *El hijo natural* (1858), *Las ideas de Mme. Aubray* (1867) y *Monsieur Alfonso* (1874); el segundo, especialmente con *El yerno del señor Poirier* (1854).

14 Es importante señalar que el realismo excede las estructuras del drama moderno y se manifiesta en muchas otras poéticas. El drama moderno, en cambio, exige realismo para su versión ortodoxa.

15 Metatexto antológico de Ibsen, citado y traducido por Anderson Imbert (1946: 179).

16 Véase Anne Surgers, «En dirección al 'realismo'» en su *Escenografías del teatro occidental* (2005: 130-136).

17 Para la noción de cuerpo semiótico, véase *Cartografía teatral*, cap. II.

18 Por ejemplo, constituyen lo normal las leyes de la física y la química, la regularidad del tiempo (las estaciones, los momentos del día), las imposiciones de la naturaleza biológica, etc. En lo posible ingresa todo aquello que, de acuerdo con el régimen de experiencia, podría suceder, aunque no nece-sariamente (es posible que mañana sea un hermoso día, que vengan visitas, etc.) Sobre las nociones de lo normal y lo posible, véase Barrenechea, 1978: 89-90).

19 Para el análisis de *Sombras* y *Cazadores*, remitimos a nuestra conferencia citada en nota 1 o al prólogo de *Teatro* de Martínez Estrada de próxima edición en Ediuns.

20 Sobre la relación del teatro independiente con el concepto de teatrista ilustrado, véase Dubatti, 2012a.

21 Para Jean-Michel Adam (*Les textes: types et prototypes*. Paris: Nathan Université, 1992), el texto narrativo se define por una secuencia, estructura o red relacional jerárquica. Es la unidad constitutiva del texto conformada por grupos de proposiciones (macroproposiciones). La proposición es una unidad ligada por el movimiento doble complementario de la secuencialidad y la conexidad. La secuencialidad es la estructura jerárquica a la que se integran las proposiciones; la conexidad es la sucesión lineal de esas proposiciones. Para Adam hay cinco secuencias prototípicas (número reducido de tipos de reagrupamiento de proposiciones elementales): narración, descripción, argumentación, explicación y diálogo. La secuencia narrativa prototípica puede esquematizarse de este modo: Situación inicial - Complicación - Re(Acción) – Resolución - Situación final.

22 Citamos por la traducción de González Salvador, 2000: 62-63. Para ampliar esta noción, véanse los estudios sobre drama simbolista y el teatro de Maeterlinck en Dubatti, 2009: 143-208.

23 Sugerimos confrontar esta concepción con la que explicita Ibsen sobre la relación con sus personajes (citada arriba).

Martínez Estrada polifacético

165 - Proteger la memoria: el archivo Martínez Estrada
(Mariel Rabasa)

187 - La muerte de Ezequiel: trascendencia en imágenes, alegorías y símbolos
(Marta Susana Ramírez)

199 - Ezequiel Martínez Estrada, ajedrecista
(Juan Sebastián Morgado)

224 - Ezequiel Martínez Estrada y el abordaje de las relaciones interétnicas en *Radiografía de la pampa*. ¿Profeta que hablaba en el desierto?
(María Mercedes González Coll)

238 - Propuesta de traslado de la capital: bases para el desarrollo de una visión estratégica de transporte
(María Angélica Viceconte, Raúl O. Dichiara)

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 165-186.

PROTEGER LA MEMORIA: EL ARCHIVO MARTÍNEZ ESTRADA

Mariel Rabasa
Universidad Nacional del Sur

A partir de los manuscritos que resguarda la Fundación Martínez Estrada se puede *leer más*, mucho *más*. De la mano de los investigadores se habilitan nuevos sentidos, conexiones y lecturas desde esos papeles pre-existentes -organizados o no- que fueron reunidos por el escritor a lo largo de su proceso creador. El crítico —con los instrumentos que le brinda la crítica genética[1]— intenta visibilizar ciertas relaciones entre esos papeles y la obra o entre las diferentes ediciones de la obra, es decir, otorgar la posibilidad de *leer* aquello que está allí pero que no puede ser visto por todos.

La Fundación Martínez Estrada[2] resguarda —como parte del patrimonio cultural de la ciudad— los documentos del autor para su conservación por la enorme importancia que ofrecen como fuentes de información para la investigación y la difusión cultural, además de constituir un interesante patrimonio documental.

Aquellos papeles en los que el escritor comenzó a plasmar sus ideas, a reunir material para conformar su obra y a tomar decisiones para su escritura, pueden mantenerse ocultos y hasta perderse con el transcurso del tiempo. Sin embargo, con la colaboración de los investigadores literarios y las posibilidades que la misma *Fundación* otorga, este destino ha cambiado.

Hace algunos años comenzamos a exhumar documentos específicos, y relevamos casi dos mil papeles mecanografiados y manuscritos para iniciar un trabajo de crítica genética en relación con el ensayo *Sarmiento* de Ezequiel Martínez Estrada que dimos a conocer en una tesis de Maestría[3]. Hoy estamos en el camino de interpretar las razones de los cambios que se produjeron entre una edición y otra del libro mediada por la existencia de los pretextos.

Partimos de la concepción de la crítica genética como una política de lectura que puede aportar a la generación de proyectos diversos, tanto en el ámbito de las investigaciones literarias como en el del análisis del discurso en el marco de producciones escritas. Este trabajo se coloca en la intersección de varias disciplinas siendo nuestro propósito aportar elementos para que desde esos diversos campos del saber y la investigación, se pueda acceder a estos movimientos en el interior del archivo Martínez Estrada y dialogar como lo hicimos nosotros a través de la escritura.

Focalizamos en el análisis y la interpretación del primer[4] capítulo del ensayo *Sarmiento* de Ezequiel Martínez Estrada.

Existen ciertas características válidas para la práctica de la escritura: leer y escribir/escribir y leer no son resultados sino procesos inacabados[5] como posibilidad siempre abierta del *otro* que entra en juego y hace significar. Esta interlocución, este dialogismo bajtiniano, implica que comprender es una réplica al otro, los discursos suponen otros discursos, mostrando en su propio cuerpo las marcas de la incertidumbre, del error, de la contradicción, de la duda, ya que en la heterogeneidad de los componentes entra en juego lo afectivo, lo intelectual y también la experiencia. Apoyando esta idea de la *ilusión teleológica* —a la que la crítica genética no adhiere— las palabras de Borges a través de su ensayo *Nota sobre Bernard Shaw*, se inscriben en la misma línea:

> Quienes practican ese juego olvidan que un libro es más que una estructura verbal o que unas series de estructuras verbales; es el diálogo que entabla el autor con su lector y la entonación que impone a su voz y las cambiantes y durables imágenes que deja en su memoria. Ese diálogo, es infinito.

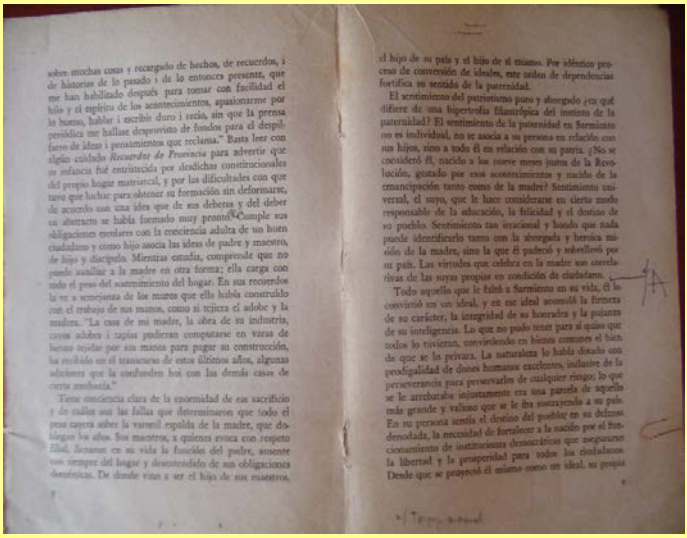
El ensayo presenta cuestiones políticas, sociales y culturales que son bien conocidas por los grupos que frecuentan determinadas conversaciones. Para Martínez Estrada estas conversaciones no son solo con Sarmiento sino que van más allá, abarcando personajes claramente identificables e ideas contundentes, es decir, Martínez Estrada se construye a sí mismo como un interlocutor privilegiado y crítico de Sarmiento, como alguien capaz de interpretar a Sarmiento en un diálogo incesante. El modo de escritura de Martínez Estrada es el de una construcción dialógica, más específicamente, doblemente dialógica, ya que por un lado puede comprender a Sarmiento y discutir con él, y por otro, construir su propia voz como una réplica a Sarmiento, adhiriendo o separándose de las conceptualizaciones del sanjuanino. Ese diálogo está atravesado por la idea de que el hombre sintetiza la historia. La centralidad de esta concepción en el pensamiento de Martínez Estrada se desprende de la hipótesis anterior: tanto para Sarmiento como para Martínez Estrada el hombre es reflejo del país. Por tal razón el nombre del libro: *Sarmiento*, sobrepasa el alcance que pueda suscitar la figura de Sarmiento para entrar en un análisis de la Argentina, actualizando el pensamiento sarmientino con nuevos aportes, interpretando lo político-social a partir de las contradicciones que Martínez Estrada lee en Sarmiento y reescribe en consecuencia.

Al tener la posibilidad de acceder al tesoro escriturario de Martínez Estrada a través de la *Fundación* que lleva su nombre, centramos el objeto de análisis en los documentos escritos, en los manuscritos que, agrupados en conjuntos coherentes, constituyen la huella visible de un proceso creativo. Los pre-textos[6], los agrupamientos de notas por parte del autor y la correspondencia, proporcionarán indicaciones variadas y detalladas que nos permitirán reconstruir los procedimientos de escritura del ensayista argentino.

El ensayo despliega una actividad interpretativa que, según manifiesta Adorno (2003), es deudora tanto de su relación con el mundo y los contenidos de los que quiere dar cuenta como del modo en que el espíritu del autor modela esa forma en prosa enormemente plástica. Las marcas de lectura remiten a una particular apropiación que adopta una determinada perspectiva para ver: la del autor y su relación con el mundo y con los lectores. El *Sarmiento* de Martínez Estrada se trata de una prosa de ideas que va desde un ensayo a otros y de otros a un ensayo particular. En este marco de situación, el estudio geneticista agrega una nueva dimensión al permitirnos acceder al diálogo textual en el que esas ideas son reestructuradas y aclaradas en el proceso de reescritura[7].

Las categorías analíticas fundamentales de Martínez Estrada se relacionan con las del discurso decimonónico, y son —dentro de la más pura tradición sarmientina— las de civilización y barbarie, que si bien aparecen en este primer capítulo no se presentan tan fuertemente como ocurrirá en capítulos posteriores. El discurso estradiano refiere al de Sarmiento y le confiere la función de apoyo, es decir, de justificación teórica de la lectura que el autor hace de la realidad.

Analizado e interpretado bajo las herramientas que otorga la crítica genética, el primer capítulo ofrece la mayor modificación con el cambio de lugar de las citas que Martínez Estrada extrae de su *Radiografía de la Pampa*; estas pasan de estar ubicadas en las páginas 17 y 18 (S1)[8] a unas páginas anteriores (S1, 9).

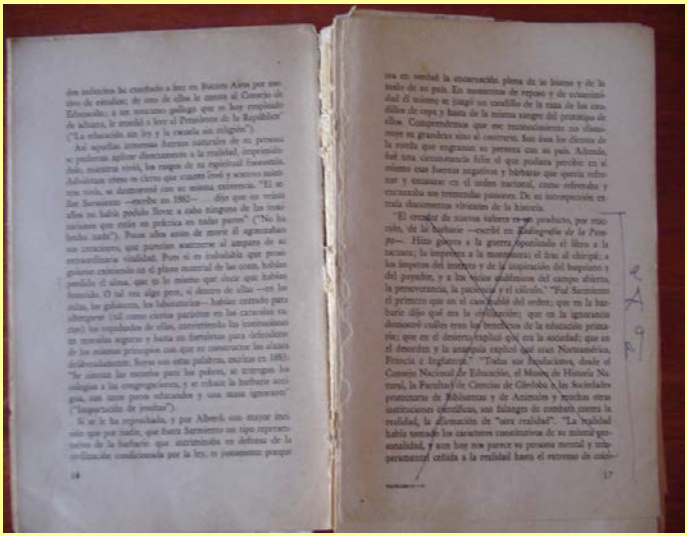


sobre muchas cosas y recargado de hechos, de recuerdos, i de historias de lo pasado i de lo entonces presente, que me han habilitado después para tomar con facilidad el hilo y el espíritu de los acontecimientos, apasionarme por lo burso, hablar i escribir duro i recio, sin que la prensa periódica me hallase desprovisto de fondos para el despilfarro de ideas i pensamientos que reclama." Basta leer con algún cuidado *Recuerdo de Provincia* para advertir que su infancia fué entristecida por dificultas constitucionales del propio hogar matriarcal, y por las dificultades con que tuvo que luchar para obtener su formación sin deformarse, de acuerdo con una idea que de sus deberes y del deber en abstracto se había formado muy pronto. Cumple sus obligaciones escolares con la conciencia adulta de un buen ciudadano y como hijo asocia las ideas de padre y maestro, de hijo y discípulo. Mientras estudia, comprende que no puede auxiliar a la madre en otra forma; ella carga con todo el peso del sostenimiento del hogar. En sus recuerdos la ve a semejanza de los muros que ella había construído con el trabajo de sus manos, como si tejiera el adobe y la madera. "La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes i tapias podíran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción, ha recibido en el transcurso de estos últimos años, algunas adiciones que la confunden hoi con las demás casas de cierta medianía."

Tiene conciencia clara de la enormidad de ese sacrificio y de todas aquellas fallas que determinaron que todo el peso cayera sobre la varonil espalda de la madre, que dolágan los años. Sus maestros, a quienes evoca con respeto filial, llenaron en su vida la función del padre, ausente casi siempre del hogar y desentendido de sus obligaciones domésticas. De donde vino a ser el hijo de sus maestros, el hijo de su país y el hijo de sí mismo. Por idéntico proceso de conversión de ideales, este orden de dependencias fortifica su sentido de la paternidad.

El sentimiento del patriotismo puro y almegado ¿en qué difiere de una hipertrofia filantrópica del instinto de la paternidad? El sentimiento de la paternidad en Sarmiento no es individual, no se asocia a su persona en relación con sus hijos, sino a todo él en relación con su patria. ¿No se consideró él, nacido a los nueve meses justos de la Revolución, gestado por esos acontecimientos y nacido de la emancipación tanto como de la madre? Sentimiento universal, el suyo, que le hace considerarse en cierto modo responsable de la educación, la felicidad y el destino de su pueblo. Sentimiento tan irracional y hondo que nada puede identificarlo tanto con la abnegada y heroica misión de la madre, sino la que él padeció y sobrelleró por su país. Las virtudes que celebra en la madre son correlativas de las suyas propias en condición de ciudadano.

Todo aquello que le faltó a Sarmiento en su vida, él lo convirtió en un ideal, y en ese ideal sostenía la firmeza de su carácter, la integridad de su honradez y la potencia de su inteligencia. Lo que no pudo tener para sí quiso que todos lo tuvieran, conviviendo en bienes comunes el bien de que se le privara. La naturaleza lo había dotado con prodigalidad de dones humanos excelentes, inclusive de la perseverancia para preservarlos de cualquier riesgo; lo que se le arrebataba injustamente era una parcela de aquello más grande y valioso que se le iba sustrayendo a su país. En su persona sentía el destino del pueblo en su defensa denodada, la necesidad de fortalecer a la nación por el fundcionamiento de instituciones democráticas que negaranlo la libertad y la prosperidad para todos los ciudadanos. Desde que se proyectó el mismo nació un ideal, su propia



dos indicios le cuestiono a ley en Buenos Aires por medio de estudios; de uno de ellos la atacan el Consejo de Educación; y un notorio gobiego que es hoy empleado de aduana, le pondrá a leer el Presidente de la República" ("La educación sin ley y la escuela sin religión").

Así aquellas intensas fuerzas naturales de su persona se proliferan aplicar directamente a la realidad, imprescindible, materna vivió, los rasgos de su espiritual fisonomía. Advertimos como en cierto que cuanto vivió y sentió mientras vivía, se desmoronó con su misma existencia. "El señor Sarmiento —escribe en 1882— dijo que en veinte años no había podido llevar a cabo ninguna de las instituciones que están en práctica en todas partes" ("No ha hecho nada"). Pocos años antes de morir él agonizaban sus creaciones, que partían asaltarse al amparo de su extraordinaria vitalidad. Pues si en realidadlo que proseguiría cumpliendo en el plano material de las cosas, habían perdido el alma, que no lo mismo que éste que habían fomentado. O tal vez algo peor, si dentro de ellas —en las aulas, los gobiernos, los laboratorios— habían entrado para alimentar (tal como ciertos parásitos en las cavaciñas vacías) los cuidados de ellas, convirtiendo las instituciones en novedas seguro y hasta en fortalezas para defendiar de los mismos principios con que se construyeron las alzaba (difícilmente). Sirve sus otras palabras, escritas en 1883: "Se abrirá las escuelas para los pobres, se entregan los colegios a las congregaciones, y se rebaja la barbarie antigua, con unos pocos educados y una masa ignorante" ("Importación de profesor").

Si se le ha reprochado, y por Alberdi con mayor insistencia que por nadie, que fuera Sarmiento un tipo representativo de la barbarie que determinaba en defensa de la civilización condicionada por la ley, es justamente porque

ma en verdad la encarnación plena de lo bueno y de lo malo de su país. En momentos de reposo y de relajamiento del mismo se jugó un cuadrilla de la raza de los caudillos de cuya y hasta de la misma sangre del prototipo de ellos. Comprendemos que ese reconocimiento no disminuye su grandeza sino al contrario. Son éstas las dicotos de la vorda que engranan su persona con su país. Además, fué una circunstancia feliz el que pudiera percibir en sí mismo esas fuerzas negativas y bárbaras que quería refrenar y canalizar en el orden nacional, como referendo y encauzaba sus terrenales pasiones. De su interpretación extrala documentos vivíamos de la historia.

"El crisolar de nuevos valores es un producto, por reacción, de la barbarie —escribí en *Radiografía de la Pampa*—. Hizo gloria a la guerra Apostólica el libro a la tacuara; la temperies a la mansedumbre; el lirio a el chirpi; a los linajes del instinto y de la inspiración del buquinar y del poyaller, y a los vicios gaúchescos del campo abierto, la perseverancia, la paciencia y el cálculo." "Fué Sarmiento el primero que en el caos habló del orden; que en la barbarie dijo qué era la civilización; que en la ignorancia democrat cuáles eran los beneficios de la educación primaria; que en el desierto explicó qué era la sociedad; que en el desierto y la anarquía explicó qué eran Norteamérica, Francia e Inglaterra." "Todas sus fundaciones, desde el Consejo Nacional de Educación, el Museo de Historia Natural, la Facultad de Ciencias de Córdoba a las Sociedades protectoras de Bibliotecas y de Animales y muchas otras instituciones científicas, son falanges de combate contra la realidad, la afirmación de "otra realidad". "La hombiad había tomado los caracteres constitutivos de su mismo gentualidad, y son hoy nos parece su persona mental y temperamental ceñida a la realidad hasta el extremo de coin-

Para interpretar este cambio es necesario señalar que el capítulo se inicia con el tema de la enseñanza en un diálogo directo de él con Sarmiento a

partir de las citas textuales que Martínez Estrada recupera del sanjuanino, para pasar al tratamiento de la patria y del patriotismo, sobre la idea de paternidad que en Sarmiento no es individual sino que se asocia con lo que implica la patria en su condición de ciudadano. Intercalar de manera diferente los párrafo de *Radiografía de la pampa* origina la pregunta acerca de por qué esa alteración. Es necesario recordar que Martínez Estrada actúa como un intelectual orgánico que renuncia a construir un discurso individualista, adoptando la valoración de un *nosotros* —incluso un nosotros americano— que parte del discurso enunciado por otro sujeto histórico. Escribe el *Sarmiento* en 1946, *Los invariantes históricos en el Facundo* en 1947 y *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* en 1948; también escribe varias biografías: la de Sarmiento, la de Hudson, la de Quiroga y la de Martí, y este tema de lo biográfico como histórico y como autobiográfico es otro de los ángulos desde el cual debemos posicionarnos para leer su ensayo y para interpretar los cambios que en él se producen a partir de la relectura y reescritura por parte de Martínez Estrada; ya que la historia para ser tal necesita de un ámbito de historicidad que le dé sentido. Compartimos la apreciación de A. Ciriza en relación con esto:

> Como prehistoria y etnografía, la historia americana es acontecer fatal al margen de la historia; como biografía, no es más que una serie de hechos aislados que no rebasan los límites de lo individual. La historia vista como biografía justifica la atención que E.M.E. prestara a nuestros 'grandes hombres', héroes de la espada o de la pluma. En el *Sarmiento* se juega plenamente la asunción del discurso sarmientino como propio, a través de la identificación: Martínez Estrada es Sarmiento, intelectual paradigmático que analiza la vida y la obra de otro intelectual paradigmático. La pretendida biografía no es sino una autobiografía (Ciriza, 1992: 38).

Esta idea aparece en palabras del propio Martínez Estrada en uno de los textos que oficia de pre–texto del *Sarmiento:* «La inmortalidad del Facundo»:

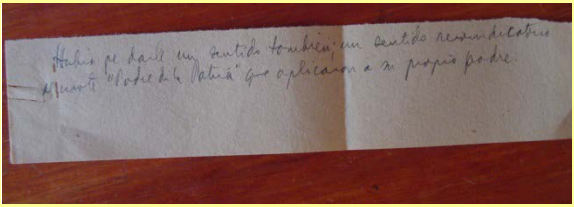
> La identificación de historia y biografía fue un hallazgo proficuo y esa es la forma desde entonces más aproximada para enfocar los problemas de

> nuestra inefable realidad (...) sigue siendo uno de los métodos de mayores promesas para el investigador (Martínez Estrada, 1945: 211).

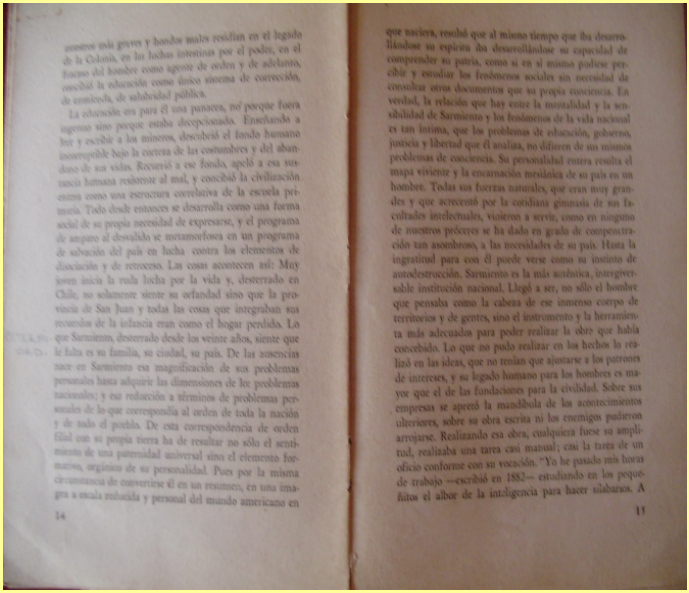
Las citas que Martínez Estrada cambia de lugar funcionan para poner en primer plano y en el principio del capítulo, la figura de Sarmiento y rescatan aquello que hizo como «creador de nuevos valores» (Las palabras en lápiz en el margen «antes+formación» en la página siguiente son indicativas del movimiento. S1, 17). Esta decisión se encuentra en correlación con el párrafo precedente ya que en él se mencionan sus virtudes, de modo que le sirve a Martínez Estrada para reunir —a partir de las citas— aún más elementos de la descripción del sanjuanino a fin de mostrar una imagen fuerte de Sarmiento ante el lector, y pasar al párrafo siguiente que comienza: «Todo aquello que le faltó a Sarmiento en su vida, él lo convirtió en un ideal, y en ese ideal acumuló la fuerza de su carácter, la integridad de su honradez y la pujanza de su inteligencia» (S1, 9) en una suerte de *continuum*. La enumeración de citas plasma la condición de ciudadano, de modo que el bloque que cambia de lugar ejemplifica lo dicho; son vías sucesivas que amplifican su significación.

El entrecruzamiento de textos plantea cómo la dialogicidad no surge aislada sino que se vincula con un entramado social, histórico y político que comparte y que sostiene con la figura de Sarmiento. Hay un sedi-mento, hay una historia, hay razones que hacen posible esa práctica cultivada por Martínez Estrada en su propio país. La dialogicidad en su dimensión epistémica se ve reflejada en estos cambios escriturales. En este sentido la anotación autorreferencial —a través de su ensayo de 1933— admite un estatuto genético en la investigación de las condiciones semióticas de la discursividad y del trabajo intelectual[9].

El papel manuscrito inserto entre las páginas 8 y 9 (S1) dice: «Había que darle un sentido también; un sentido reivindicatorio al mote 'Padre de la Patria' que aplicaron a su propio padre»».


Hubiera que darle un sentido también, un sentido responsabilizante
Muy 2º "Padre de la Patria" que aplicaron a su propio padre.

Más allá de que esto demuestra que Martínez Estrada relee sus propias anotaciones y las pone en correlación con su obra para una posterior reedición del *Sarmiento,* sabemos que muchos papeles sirvieron de pretextos, lo que especifica el sentido reivindicatorio que quiere otorgarle. De modo que esta serie de datos que proporciona Martínez Estrada y este papel en particular inserto en medio de estas páginas tiene esa intención: reivindicar su figura sosteniendo los valores de grandeza y pujanza, y de él como padre de la patria; esa es también la razón de la escritura al margen (S1, 14) en lápiz: PATERNIDAD.


nuestros más graves y hondos males residían en el legado de la Colonia, en las luchas intestinas por el poder, en el fracaso del hombre como agente de orden y de adelanto, concibió la educación como único sistema de corrección, de comodidad, de salubridad pública.

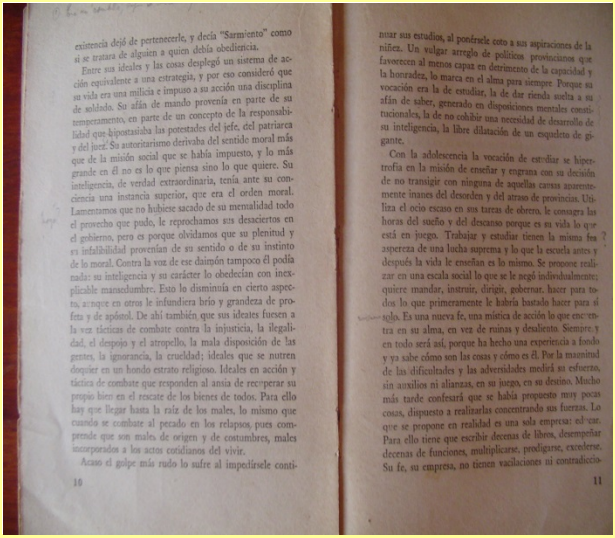
La educación era para él una panacea, no porque fuera ingenuo sino porque estaba decepcionado. Enseñando a leer y escribir a los mineros, descubrió el fondo humano incorregible bajo la corteza de las costumbres y del abandono de sus vidas. Recurrió a ese fondo, apeló a esa sustancia humana resistente al mal, y concibió la civilización entera como una estructura correlativa de la escuela primaria. Todo desde entonces se desarrolla como una forma social de su propia necesidad de expresarse, y el programa de amparo al desvalido se metamorfosea en un programa de salvación del país en lucha contra los elementos de disociación y de retroceso. Las cosas acontecen así: Muy joven inicia la rosa lucha por la vida y, desterrado en Chile, no solamente siente su orfandad sino que la provincia de San Juan y todas las cosas que integraban sus recuerdos de la infancia eran como el hogar perdido. Lo que Sarmiento, desterrado desde los veinte años, siente que le falta es su familia, su ciudad, su país. De las ausencias nace en Sarmiento esa magnificación de sus problemas personales hasta adquirir las dimensiones de los problemas nacionales; y esa reducción a términos de problemas personales de lo que correspondía al orden de toda la nación y de todo el pueblo. De esta correspondencia de orden filial con su propia tierra ha de resultar no sólo el sentimiento de una paternidad universal sino el elemento formativo, orgánico de su personalidad. Pues por la misma circunstancia de convertirse él en un resumen, en una imagen a escala reducida y personal del mundo americano en

14

que naciera, resultó que al mismo tiempo que iba desarrollándose su espíritu iba desarrollándose su capacidad de comprender su patria, como si en sí mismo pudiese percibir y estudiar los fenómenos sociales sin necesidad de consultar otros documentos que su propia conciencia. En verdad, la relación que hay entre la mentalidad y la sensibilidad de Sarmiento y los fenómenos de la vida nacional es tan íntima, que los problemas de educación, gobierno, justicia y libertad que él analiza, no difieren de sus mismos problemas de conciencia. Su personalidad entera resulta el mapa viviente y la encarnación mesiánica de su país en un hombre. Todas sus fuerzas naturales, que eran muy grandes y que acrecentó por la cotidiana gimnasia de sus facultades intelectuales, vinieron a servir, como en ninguno de nuestros próceres se ha dado en grado de compenetración tan asombroso, a las necesidades de su país. Hasta la ingratitud para con él puede verse como su instinto de autodestrucción. Sarmiento es la más auténtica, intergeneracional institución nacional. Llegó a ser, no sólo el hombre que pensaba como la cabeza de ese inmenso cuerpo de territorios y de gentes, sino el instrumento y la herramienta más adecuados para poder realizar la obra que había concebido. Lo que no pudo realizar en los hechos lo realizó en las ideas, que no tenían que ajustarse a los patrones de intereses, y su legado humano para los hombres es mayor que el de las fundaciones para la civilidad. Sobre sus empresas se apretó la mandíbula de los acontecimientos ulteriores, sobre su obra escrita ni los enemigos pudieron arrojarse. Realizando esa obra, cualquiera fuese su amplitud, realizaba una tarea casi manual; casi la tarea de un oficio conforme con su vocación. "Yo he pasado mis horas de trabajo —escribió en 1882— estudiando en los pequeñitos el albor de la inteligencia para hacer silabarios. A

15

Pensemos que el ensayo es un ejercicio solitario de la reflexión propia del yo, apela a un reencuentro y postula un diálogo no solo con muchos escritos sino también con otros ensayos y ensayistas contemporáneos de lo situacional, es decir: de aquellos a los que remite el personaje de que es objeto el ensayo —Sarmiento en este caso— y de quienes enfocan una perspectiva actual, desde la que Martínez Estrada es capaz de releer su propio ensayo. Así como el estado permanente del ensayo es el movi-miento —en varios sentidos— la reescritura también es permanente e incesante. El ensayo busca continuamente hacer surgir preguntas y provocar la polémica[10]. «Era un caudillo, según la certera sugerencia de Alberdi» es la expresión que aparece en el margen superior y en lápiz (S1, 10). Digamos que entra en diálogo Alberdi, pero Martínez Estrada lo hace ingresar desde las mismas ideas sarmientinas no para oponerlo en este caso sino para alinearlo en pos de sus ideales educativos. Por esto aparecerá Alberdi —entre tantos otros— sin dejar de lado las ideas que él y los otros plasmaron en sus respectivos ensayos, y por eso nos hace escuchar muchas voces y diversos temas. De allí el papel fundamental que cumplen en su composición los pre–textos en claro efecto dialógico.



existencia dejó de pertenecerle, y decía "Sarmiento" como si se tratara de alguien a quien debía obediencia.

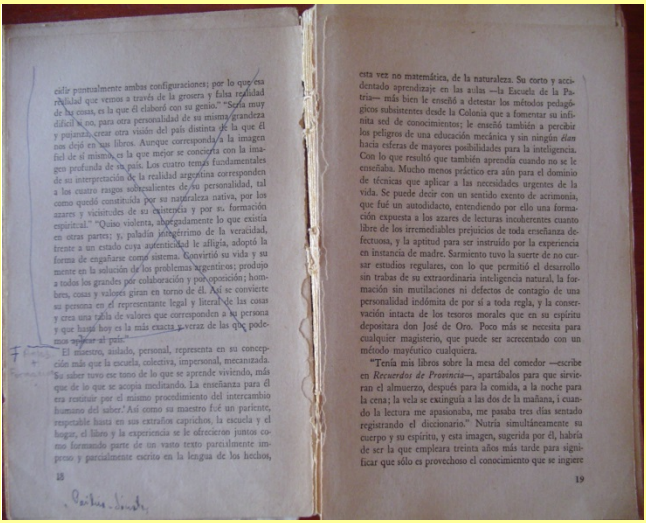
Entre sus ideales y las cosas desplegó un sistema de acción equivalente a una estrategia, y por eso consideró que su vida era una milicia e impuso a su acción una disciplina de soldado. Su afán de mando provenía en parte de su temperamento, en parte de un concepto de la responsabilidad que hipostasiaba las potestades del jefe, del patriarca y del juez. Su autoritarismo derivaba del sentido moral más que de la misión social que se había impuesto, y lo más grande en él no es lo que piensa sino lo que quiere. Su inteligencia, de verdad extraordinaria, tenía ante su conciencia una instancia superior, que era el orden moral. Lamentamos que no hubiese sacado de su mentalidad todo el provecho que pudo, le reprochamos sus desaciertos en el gobierno, pero es porque olvidamos que su plenitud y es infalibilidad provenían de su sentido o de su instinto de lo moral. Contra la voz de ese daimón tampoco él podía nada: su inteligencia y su carácter lo obedecían con inexplicable mansedumbre. Esto lo disminuía en cierto aspecto, aunque en otros le infundiera brío y grandeza de profeta y de apóstol. De ahí también que sus ideales fuesen a la vez tácticas de combate contra la injusticia, la ilegalidad, el despojo y el atropello, la mala disposición de las gentes, la ignorancia, la crueldad; ideales que se nutren doquier en un hondo estrato religioso. Ideales en acción y táctica de combate que responden al ansia de recuperar su propio bien en el rescate de los bienes de todos. Para ello hay que llegar hasta la raíz de los males, lo mismo que cuando se combate al pecado en los relapsos, pues comprende que son males de origen y de costumbres, males incorporados a los actos cotidianos del vivir.

Acaso el golpe más rudo lo sufre al impedírsele continuar sus estudios, al ponérsele coto a sus aspiraciones de la niñez. Un vulgar arreglo de políticos provincianos que favorecen al menos capaz en detrimento de la capacidad y la honradez, lo marca en el alma para siempre. Porque su vocación era la de estudiar, la de dar rienda suelta a su afán de saber, generado en disposiciones mentales constitucionales, la de no cohibir una necesidad de desarrollo de su inteligencia, la libre dilatación de un esqueleto de gigante.

Con la adolescencia la vocación de estudiar se hipertrofia en la misión de enseñar y engrana con su decisión de no transigir con ninguna de aquellas causas aparentemente inanes del desorden y del atraso de provincias. Utiliza el ocio escaso en sus tareas de obrero, le consagra las horas del sueño y del descanso porque es su vida lo que está en juego. Trabajar y estudiar tienen la misma fea aspereza de una lucha suprema y lo que la escuela antes y después la vida le enseñan es lo mismo. Se propone realizar en una escala social lo que se le negó individualmente; quiere mandar, instruir, dirigir, gobernar, hacer para todos lo que primeramente le habría bastado hacer para sí solo. Es una nueva fe, una mística de acción lo que encuentra en su alma, en vez de ruinas y desaliento. Siempre y en todo será así, porque ha hecho una experiencia a fondo y ya sabe cómo son las cosas y cómo es él. Por la magnitud de las dificultades y las adversidades medirá su esfuerzo, sin auxilios ni alianzas, en su juego, en su destino. Mucho más tarde confesará que se había propuesto muy pocas cosas, dispuesto a realizarlas concentrando sus fuerzas. Lo que se propone en realidad es una sola empresa: educar. Para ello tiene que escribir decenas de libros, desempeñar decenas de funciones, multiplicarse, prodigarse, excederse. Su fe, su empresa, no tienen vacilaciones ni contradiccio-

10 11

Los temas que preocupaban a Sarmiento básicamente podemos circunscribirlos a dos: la educación y la política, de los que dio cuenta en varios de sus libros. Este primer capítulo comienza con el tema de la educación y en este sentido es interesante advertir la escritura manuscrita, en lapicera en el pie de la página (S1,18): *Paideia*-Sócrates.



cisiv puntualmente ambas configuraciones; por lo que esa realidad que vemos a través de la grosera y falsa realidad de las cosas, es la que él elaboró con su genio." "Sería muy difícil si no, para otra personalidad de su misma grandeza y pujanza, crear otra visión del país distinta de la que él nos dejó en sus libros. Aunque corresponda a la imagen fiel de sí mismo, es la que mejor se concierta con la imagen profunda de un país. Los cuatro temas fundamentales de su interpretación de la realidad argentina corresponden a los cuatro rasgos sobresalientes de su personalidad, tal como quedó constituida por su naturaleza nativa, por los azares y vicisitudes de su existencia y por su formación espiritual." "Quiso violenta, abnegadamente lo que existía en otras partes; y, paladín intrépido de la veracidad, frente a un estado cuya autenticidad le afligía, adoptó la forma de engañarse como sistema. Convirtió su vida y su mente en la solución de los problemas argentinos; produjo a todos los grandes por colaboración y por oposición; hombres, cosas y valores giran en torno de él. Así se convierte su persona en el representante legal y literal de las cosas y crea una tabla de valores que corresponden a su persona y que hasta hoy es la más exacta y veraz de las que podemos aplicar al país."

El maestro, aislado, personal, representa en su concepción más que la escuela, colectiva, impersonal, mecanizada. Su saber tuvo ese tono de lo que se aprende viviendo, más que de lo que se acopia mostrando. La enseñanza para él era restituir por el mismo procedimiento del intercambio humano del saber. Así como su maestro fue un pariente, respetable hasta en sus extraños caprichos, la escuela y el hogar, el libro y la experiencia se le ofrecieron juntos como formando parte de un vasto texto parcialmente impreso y parcialmente escrito en la lengua de los hechos,

18

esta vez no matemática, de la naturaleza. Su corto y accidentado aprendizaje en las aulas —la Escuela de la Patria— más bien le enseñó a detestar los métodos pedagógicos subsistentes desde la Colonia que a fomentar su infinita sed de conocimientos; le enseñó también a percibir los peligros de una educación mecánica y sin ningún *élan* hacia esferas de mayores posibilidades para la inteligencia. Con lo que resultó que también aprendía cuando no se le enseñaba. Mucho menos práctico era aún para el dominio de técnicas que aplicar a las necesidades urgentes de la vida. Se puede decir con un sentido exento de acrimonia, que fué un autodidacto, entendiendo por ello una formación expuesta a los azares de lecturas incoherentes cuanto libre de los irremediables prejuicios de toda enseñanza defectuosa, y la aptitud para ser instruído por la experiencia en instancia de madre. Sarmiento tuvo la suerte de no cursar estudios regulares, con lo que permitió el desarrollo sin trabas de su extraordinaria inteligencia natural, la formación sin mutilaciones ni defectos de contagio de una personalidad indómita de por sí a toda regla, y la conservación intacta de los tesoros morales que en su espíritu depositara don José de Oro. Poco más se necesita para cualquier magisterio, que puede ser acrecentado con un método mayéutico cualquiera.

"Tenía mis libros sobre la mesa del comedor —escribe en *Recuerdos de Provincia*—, apartábalos para que sirvieran el almuerzo, después para la comida, a la noche para la cena; la vela se extinguía a las dos de la mañana, i cuando la lectura me apasionaba, me pasaba tres días sentado registrando el diccionario." Nutría simultáneamente su cuerpo y su espíritu, y esta imagen, sugerida por él, habría de ser la que empleara treinta años más tarde para significar que sólo es provechoso el conocimiento que se ingiere

19

Así, la educación entendida en tanto ostenta un carácter verdaderamente humano, centrándose en aquello que harían del individuo una persona apta para ejercer sus deberes cívicos, y en esta línea de pensamiento es interesante dar cuenta de lo que podemos interpretar que Sarmiento opinaba —en su *Facundo* (1924), por ejemplo— acerca de la educación popular:

> Los pueblos se encaminan a la igualdad y al nivelamiento posible en la distribución de los goces que la sociedad debe asegurar a cada uno de sus miembros, para que la asociación no sea en ventaja exclusiva de algunos cuantos nacidos para la riqueza, los honores, la ilustración y las ventajas de la vida civilizada, en detrimento del mayor número condenado a permanecer siempre en la miseria, el embrutecimiento y el vicio.

Es decir, *Facundo* oficia también como pre-texto redaccional, sobre todo teniendo en cuenta que en la biblioteca de Martínez Estrada aparece este ejemplar[11] con marcas autógrafas del propio ensayista y con el mismo lápiz del que dan cuenta algunas anotaciones sobre el ejemplar que está

reescribiendo. Es interesante interpretar qué nos dice este análisis acerca de la sociedad argentina: en este sentido el foco no está puesto tanto en la desmitificación de un destino de grandeza sino en la pérdida de una representación legítima de la civilización. La consideración de Maristella Svampa apoya esta idea:

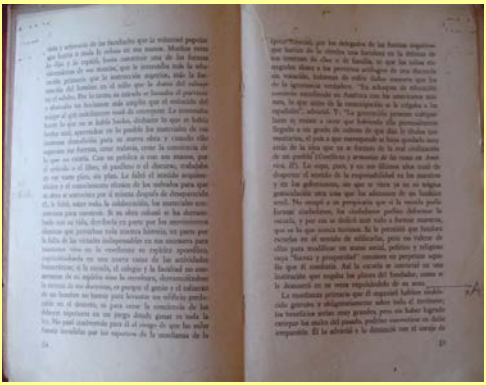
> En los años 30 (...) ciertos sectores intelectuales reconocen que la sociedad argentina no posee una figura presente de la Civilización, una encarnación legítima, en tanto que la imagen de la Barbarie, clara y múltiple en sus representaciones, vuelve a hacerse presente en la historia del país (Svampa, 2006, 247).

La crítica genética hace hablar al archivo, a las marcas que dejó Martínez Estrada, y nosotros lo analizamos, ya que a través de esas marcas, de esos papeles intercalados, de esos cambios de párrafos, podemos pensar en una suerte de intrahistoria del pueblo argentino que se remonta a la época de la colonia pero que resuelve desde un razonamiento que tiene en cuenta los contrarios. Desde este lugar no es posible separar las ideas de Sarmiento de las del mismo Martínez Estrada, como tampoco es posible separar la concepción sobre la educación con las del proyecto de país del propio Sarmiento. Por esto se vuelven significativas las palabras con que comienza este capítulo: «Enseñar fue para Sarmiento, siempre, una de las formas de dirigir». Martínez Estrada abre de este modo el ensayo porque para él también la educación fue pilar, eje y foco de su pensamiento. Nuevamente sobrevuela la idea de que Sarmiento y Martínez Estrada se encuentran en un diálogo permanente.

Resulta extraña la marcación en tinta azul con la letra A —similar a la que referimos respecto de la modificación del lugar de las citas de *Radiografía de la pampa*— que indicaría un posible cambio pero que finalmente no acontece en ninguna de las ediciones posteriores[12]. Tampoco otras escrituras como: + EDUCACIÓN (S1, 21), la expresión ANTES (S1, 28) y «Educar era para él civilizar» (S1, 29), no provocan cambios en poste-riores ediciones sino que ofician de marcación de estructura de aquello que va refiriendo.

Las iniciales MF al pie de la página (S1, 22) que refieren a una marca en el texto, «Dogma» (S1, 26) y otra en el margen izquierdo: «ojo R. de Pr.» (S1, 24) —todas en lápiz negro suave—, establecen claramente una intención de relacionar lo que el ensayo dice con otras obras, transformándose estas en nuevos pre-textos que conformarán el recorrido textual del *Sarmiento*.

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 165-186.



La escritura manuscrita en lápiz: «y el país» (S1,27) no provoca cambios en las ediciones posteriores, pero es interesante en función de la idea de Martínez Estrada acerca de que la obra y la vida de Sarmiento estaban estrechamente ligadas con lo que para él representaba el país: una imagen constitutiva de nuestro ser.

Se encuentra tachada parte de la expresión «llamada pedagogía social contemporánea (Cassani)» (S1, 29) leyéndose solo en la nueva versión (S2) ‹‹pedagogía social››. Esto se vincula con la adhesión a la idea de un ahora de la relectura, es decir, anteponer «llamada» y entre paréntesis el nombre de quien lo dice genera distancia, incluso no adhesión; pero al parecer posteriormente Martínez Estrada se suma a esa idea, se la apropia[13] entonces no es necesaria la aclaración autoral ni la expresión «llamada».

Otros cambios refieren a cuestiones específicas del lenguaje que se asocian con el proceso de revisión de la escritura al tener presente al potencial lector: «innumerables» por «numerosas» (S1, 29), por ejemplo, o quitar la expresión «fea» (S1, 11) o agregar «estas» (S1, 21). Pero no sucede esto con otras marcas como «hubiese» por «haya» escrito al margen en

lápiz negro (S1, 10) o «solo» (S1, 11) por «mismo» o el cambio indicado en la anteúltima página: «cerebro» por «mente» y «mente» por «espíritu» que a pesar de estar señaladas en el texto no operan cambios. Esto solo puede explicarse a partir de algunas entrevistas realizadas a quienes colaboraron con el escritor en su momento[14] y por el prólogo a algunas de sus ediciones: sabemos del hábito de Martínez Estrada para revisar y corregir constan-temente. Es posible que continuara con la relectura del *Sarmiento*, ya que poco antes de su muerte había manifestado la idea de reeditar *Los invariantes históricos del Facundo* y entendemos —a la luz de nuestras últimas investigaciones— que este texto actúa como intertexto también con aquellas conferencias de 1947[15]. Es decir, existen cambios en el ensayo que aún no fueron tenidos en cuenta en otras ediciones, incluso la edición de Beatriz Viterbo de 2001.

Conclusión

Tener en cuenta el proceso de escritura es pensar en los manuscritos de autor. Sin embargo, los manuscritos por sí mismos no explican la escritura sino que es interesante saber desde qué lugar y cómo miramos esos documentos para convertirlos en pre–textos de una obra. Cuando estos se vuelven centrales, la tarea del investigador es aprender a leer en esos lugares y dialogar de manera novedosa con aquello que se encuentra publicado intentando la máxima contextualización posible frente a la diseminación inevitable del archivo. Por esta razón indagar en los cambios y en las marcas que el escritor dejó plasmadas, es obtener información, seguir las huellas de un proceso creador.

Algunos investigadores han incursionado en los archivos del escritor, resguardados en su casa-museo. Difundir esta información ayudará a que al archivo del escritor adquiera la dimensión que merece. De este modo, no sólo se salvaguardan documentos y se dan a conocer para futuros trabajos interdisciplinarios sino que también se abren mayores posibilidades de estudio para el área de las Letras.

El archivo, dice Derridá (1995: 26), es un «aval del porvenir» que conserva la memoria de otro tiempo para el presente o para el futuro.

Bibliografía

Adorno, T. «El ensayo como forma». En *Notas sobre la literatura*. Madrid: Akal, 2003.

Camblong, Ana. *Macedonio. Retórica y política de los discursos paradójicos*. Buenos Aires: Eudeba, 2003.

Ciriza, A. «Un esbozo de interpretación del pensamiento de Ezequiel Martínez Estrada». *Revista de Filosofía y Teoría Política* (28-29) y en: *Actas del V Congreso Nacional de Filosofía* (35-41) *Memoria Académica UNLP*, 1992, disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.1332/pr.1332.pdf

Derrida, Jacques. *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Trotta, 1997.

Gressillon, Almuth. «Qué es la crítica genética». *Revista de Filología*, XXVII (1-2), Buenos Aires, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas (Ed.), UBA, 1994.

Lois, Élida. *Génesis de escritura y estudios culturales*. Buenos Aires: Edicial, 2001.

Lukacs, Georg. *El alma y las formas y La teoría de la novela*. México: Grijalbo, 1975.

Martínez Estrada, Ezequiel. «La inmortalidad de *Facundo*». *Cuadernos Americanos*. México, 5, año IV, septiembre-octubre, 1945.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Los invariantes históricos en el* Facundo. Buenos Aires: Viau, 1947.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Muerte y transfiguración de Martín Fierro: Ensayo de interpretación de la vida argentina.* 2 volúmenes, 2a. ed., México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1958.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Radiografía de la pampa*. Buenos Aires: Colección Archivos, 1991.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Sarmiento*. Buenos Aires: Argos, 1946.

Martínez Estrada, Ezequiel. Sarmiento. Buenos Aires: Sudamericana, 1969.

Martínez Estrada, Ezequiel. Sarmiento. Rosario: Beatriz Viterbo, 2000.

Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo*. Madrid, Espasa Calpe, 1924.

Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo*. La Plata, UNLP (Edición crítica y documentada con Prólogo de A. Palacios), 1938.

Sarmiento, Domingo Faustino. *Recuerdos de provincia*. Buenos Aires, Editorial Tor, s/f.

Sarmiento, Domingo Faustino. *Recuerdos de provincia*. Buenos Aires, Biblioteca de Grandes Autores, s/f.

Svampa, Maristella. *El dilema argentino: civilización o barbarie*. Buenos Aires, Taurus, 2006.

NOTAS

1Los estudios sobre este archivo serán abordados con los instrumentos que otorga la *crítica genética*. Centrarse en los estudios geneticistas —desde el lugar de la investigación— supone distinguir entre la experiencia de la creación tal como es vivida por el escritor —en este caso Martínez Estrada— y las huellas de esa actividad tal como se presentan en los manuscritos del autor, en los libros que se encuentran en su biblioteca personal con marcas de sucesivas lecturas y en los papeles mecanografiados y corregidos. En este sentido, la crítica genética instaura una nueva mirada sobre la escritura y se construye como disciplina teniendo como objeto de análisis crítico las transformaciones de los manuscritos de autor, es decir, la escritura en proceso.

2 La Fundación Ezequiel Martínez Estrada fue creada en 1968 por la esposa del escritor, Agustina Morriconi, y el Museo que alberga y exhibe dibujos del escritor, objetos personales, libros, cartas amorosas y amistosas, documentos, fotografías, mobiliario y esculturas, entre otros elementos significativos, fue creado por la Dra. Nidia Burgos —presidenta de la Fundación desde 1991 hasta julio de 2007— quien realizó tareas de salvaguarda y clasificación durante su gestión. Se encuentra ubicada en la avda. Alem 908 de la ciudad de Bahía Blanca.

3 Rabasa, Mariel (2009) *La escritura incesante: Sarmiento de Ezequiel Martínez Estrada*. Tesis de Maestría, UNLP. Disponible en Memoria Académica de la UNLP.

4 Establecemos este recorte ya que el capítulo 5 fue ejemplificado en una tesis de Maestría a modo de ejemplo (disponible en Memoria Académica de la UNLP. En este momento llevamos a cabo un análisis profundo de todo el libro (Tesis de Doctorado en Letras en proceso, UNS). Para esta ponencia —y por cuestiones de tiempo y espacio— solo analizamos e interpretamos el primer capítulo del libro.

5 El genetista del texto encuentra tensiones en el modelo de la variante, pero no por ello comparte la *ilusión teleológica*, es decir, articular la lectura de los manuscritos en función de un texto considerado como definitivo y final, al que la escritura y/o reescritura de los sucesivos borradores tenderían a un fin. La crítica genética abandona la *ilusión teleológica* porque considera que la etapa final, como las anteriores, son un conjunto de tendencias pero no representan un resultado inevitable. En palabras de Élida Lois (2001) la *ilusión teleológica* con su visión finalista nos llevaría a «confundir las huellas con el horizonte».

6 El término pre-texto es una adaptación de *avant-texte*, concepto fundador de la crítica genética, propuesto por Jean Bellemin-Nöel, 1972. Almuth Gresillon

(1994) lo define como «ensemble de tous les témois génétiques écrits conservés d' une oeuvre ou d'un projet déscriture, et organisés en fonction de la chonologie des étapes successives». Para Derrida (1997) los pre-textos son «un estado de escritura que preceden al establecimiento legal de la publicación». El término abarca también textos publicados que son reformulados en publicaciones posteriores, tal el caso de artículos, cuentos o adelantos de novelas que son incluidos en libros o vueltos a publicar. En estos casos se cumplen las condiciones señaladas por los geneticistas en el diálogo con Derrida (1997), en cuanto a intervención crítica que los identifique como pre-textos, y a la vez hay un cambio en el «establecimiento legal» en tanto el estatuto textual cambia (las leyes de protección del libro son específicas y diferenciadas de la protección de publicaciones periódicas).

7 Lukacs, en 1911, dice que el ensayo es un juicio pero que el valor está puesto en el mismo proceso de juzgar, es decir, no buscamos la conclusión en sí sino el proceso que nos lleva a esa conclusión; proceso que deviene en estético e intelectual a la vez.

8 De aquí en más S1 refiere a la edición Príncipe de editorial Argos de 1946 y S2 a la edición de Sudamericana de 1969.

9 En un sentido similar lo plantea Ana Camblong en su análisis sobre Macedonio Fernández (2003: 36).

10 Poco tiempo después de que Sarmiento se enemistara con la política de Urquiza, regresa a Chile (Alberdi ya había escrito las *Bases*) y publica *Campaña en el Ejército Grande aliado de Sud América*, con severas críticas a la política de la Confederación y una provocación a Alberdi en la dedicatoria. Alberdi, identificado con la política de Urquiza, y ofendido por la actitud de Sarmiento, le contestó con la publicación de un folleto: *Cartas sobre la prensa y la política militante en la Argentina,* fechadas en Quillota y conocidas como *Cartas Quillotanas*. Sarmiento (también públicamente) le respondió con *Las ciento y una*.

11 Los textos que nos interesan destacar son: *Facundo*, Editorial Calpe, Madrid, 1924, edición perteneciente a la Colección Universal (es una edición pequeña del tamaño de lo que hoy llamaríamos «de bolsillo»). *Facundo*, Edición crítica y documentada con Prólogo de A. Palacios, UNLP, La Plata, 1938. *Recuerdos de provincia*, Editorial Tor sin datos de edición. *Recuerdos de provincia*, Biblioteca de Grandes Autores, Boedo 841, Buenos Aires, sin fecha de edición

12 La edición de Beatriz Viterbo de 2000 reproduce la de Sudamericana de 1969.

13 Para más información sobre Cassani ver: http://ffyl.uncu.edu.ar/IMG/pdf/Tomo_15_07_Cassani.pdf

14 Lic. Rubén Benítez (Periodista y escritor) y Nélida Haydee Link (Asistente social).

15 *Los invariantes históricos del Facundo*, reúne dos conferencias realizadas en la librería Viau en 1947.

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 187-198.

LA MUERTE DE EZEQUIEL: TRASCENDENCIA EN IMÁGENES, ALEGORÍAS Y SÍMBOLOS

Lic. Marta Susana Ramírez

Las nuevas miradas historiográficas que surgen con la Escuela de los Anales francesa hacia la década del 70 trazan perfiles de una nueva historia de la cultura. La muerte y los rituales sociales como sepulcros y cementerios se convierten en material de estudio como señales materiales de la pérdida y el duelo.

La focalización de estos análisis está íntimamente vinculada a los sectores sociales *de abajo,* inspirada esencialmente en la *history from below*, de historiadores marxistas británicos y estructuralistas franceses, como Eric Hobsbawn, Edward Thompson, Paul Ricoeur y Philipe Aries.

En este caso la investigación propuesta pretende rescatar a través de símbolos culturales de una época los telegramas, cartas de pésame o coronas de flores, alegorías e imágenes de significados duales de intelectuales,

personalidades políticas y actores anónimos enviadas luego de la muerte del escritor consagrado.

Con documentos inéditos se pretenderá reencontrar a los hombres y mujeres que acompañaron su vida y su obra. Asimismo podemos estudiar en breves pero significantes discursos cómo situaban a su compañera y esposa: Agustina Morriconi.

La muerte incorpora al ausente a la historia y como sostiene Michel Vovelle «...como desenlace de toda aventura humana sigue siendo un revelador sensible» (Vovelle, 1985: 101).

Un nuevo concepto del tiempo en los rituales de la muerte

Desde la segunda mitad del siglo XX, los medios de comunicación comienzan a ocupar un lugar importante en el sistema de vida de la clase media. La radio, la prensa y con posterioridad la televisión exhiben en sus páginas y en las noticias diarias, nuevas formas de vida, que convierten al empleo del tiempo en un fenómeno cultural, y el peso del pasado deja su impronta. Se elaboran nuevas técnicas de gestión de tiempo cuya finalidad puede resumirse en dos palabras: que sea eficiente y efectiva. Dentro de este concepto aparece la palabra inglesa *planning* que busca liberar al hombre de su pasado para vivir el presente y proyectarse siempre hacia su futuro. Los nuevos paradigmas de comprensión temporal serán adoptados lentamente en los hogares de la Argentina, según el nivel socio-económico que facilitara su adquisición.

En este subconsciente más prospectivo que retrospectivo aparece una delegación hacia empresas comerciales encargadas de cumplir con los rituales de la muerte que buscarán minimizar la angustia y el pavor que da la pérdida de un ser amado y querido. Este sistema comercial de la muerte, que hizo que hasta la década del 50, la mitad de las personas que antes morían en sus hogares fue reemplazado con una nueva metodología: la del acompañamiento de los profesionales de la salud en hospitales o sa-natorios, donde alejaban al moribundo de su familia. Producido el fallecimiento, este procedimiento fue reemplazado por un nuevo imaginario llamado *pompas*

fúnebres organizado por empresas que dispensaban prestaciones como el *ornato*, la *exposición del cuerpo a rostro descubierto, cruces y coronas de flores* que adornaban las salas y los avisos funerarios con la representación presente del ausente que impone la referencia a su pasado y de su obra.

La corona ha sido símbolo de honor y esplendor, también señal de premio, galardón o recompensa. Antiguamente eran círculos de ramas o flores naturales o de metal precioso que engalanaban la cabeza de un emperador, un rey o una reina. En la ritualidad de la muerte del siglo XX, la corona de flores responde al imaginario judeocristiano, constituyendo franjas cromáticas mediante las cuales se visualiza en comitiva a los dolientes.

Tras la muerte de Martínez Estrada se ha podido cotejar el envío de quince coronas de flores que fueron enviadas por personalidades del mundo intelectual nacional y bahiense, por instituciones y amigos personales. Las mismas han sido catalogadas en el documento analizado según el carácter que guardaba esa persona para el escritor: A.Orfila Reynal, Movimiento por la Paz, Alejandro García (h.), Gregorio Scheines y Señora; S.A.D.E., Nina Cortese y José Bognani, Consejo Escolar de Bahía Blanca, Partido Comunista, Universidad Nacional del Sur, Fondo de Cultura Económica, Intendencia Municipal, Pablo Lejarraga y familia, Cooperativa Agrícola Ganadera de Goyena y Colegio Libre de Estudios Superiores (AHFUNDEME). Estos círculos cromáticos, rojos, blancos o amarillos, corresponden a la cosmovisión de lo que nuestros ojos no pueden ver: el aura de beatitud que ofrecen un recinto temporal y anuncian la coronación del difunto.

Un nuevo sistema comercial ante la muerte

Este sistema comercial del mercado de la muerte, como lo llama Jessica Mitford, en *American Way of death,* se extenderá también a los distintos formatos de avisos fúnebres donde se expresan desde breves condolencias hasta la promoción de enterramientos, bóvedas o cementerio privados (Midford, 2000: 7-10). La autora analiza el comportamiento de los dueños de las empresas funerarias que darán la bienvenida a la familia «casi para que se

sientan en su propia casa», ofrecen un espacio de recibo, bebidas o café, hospitalidad, una plegaria, coches fúnebres de calidad como símbolo de status, pero todo de acuerdo al precio pactado. Anteriormente, también Philipe Ariès denuncia la hipersocialización de la muerte: se muere en el hospital, rodeado no tanto de los seres queridos como de un equipo de especialistas en «morir y a su vez la de socialización del luto que comienzan a disimular los tupidos velos negros de la viuda» (Prost, 1991: 107-113). La tumba o el panteón serán de mármol porque es imperecedero, es lo que se frota y se cubre con flores:

> ... los restos del Ezequiel de Martínez Estrada fueron conducidos ayer por la tarde al cementerio local donde quedaron en depósito en el panteón de los maestros.

Dentro de las prácticas y rituales, que responden a la muerte del escritor, podemos mencionar las llamadas las *palabras de despedida* que amigos o figuras representativas de la intelectualidad bahiense y nacional pronunciaron en el cementerio. Por la Universidad Nacional del Sur, lo hizo el doctor Gregorio Scheines; por la Sociedad Argentina de Escritores, el profesor Jaime Rest; por la legislatura, el doctor Pablo Lejarraga y por el Colegio Libre de Estudios y por la Asociación Bernardino Rivadavia, su director y escritor don Germán García.

El doctor Scheines destacó los vínculos del escritor con la Universidad, considerándolo ahora propiedad de la misma: «fue un hombre de nuestra Universidad aunque llegó a ella desde distante mangrullo de solitario oteador de nuestra realidad», «celoso guardián de los valores humanos más altos»;

> nos dio la lección severa que la verdad era superior a la esperanza, nos dio la lección severa de conocernos en nuestros vicios que defendernos ciegamente de ellos y simular virtudes que no hemos alcanzado.

Jaime Rest se apropia de palabras del escritor a quien ubica en el tribunal de la historia ocupando el estrado de los jueces en cuanto a la responsabilidad de los intelectuales en «la guerra de la civilización contra la barbarie».

Homenajes escritos y gestuales

Los diarios suelen transcribir ante la desaparición biológica de una persona, el proyecto existencial de la misma y explorar los estratos de temporalización en sus registros. La escritura —dice Ricoeur— a la manera de un rito de enterramiento exorciza la muerte introduciéndola en el discurso (Ricoeur: 474).

El diario *La Nación* incorpora al ausente a la historia, convirtiendo su analogía en el equivalente escrito del rito social de la sepultura. Define al escritor fallecido como «un realista amargo»; «un fanático de la verdad ... que estaba pugna con la realidad». No fue para este diario simplemente un gran escritor sino «uno de los más grandes ensayistas de nuestro tiempo». La escritura de Martínez Estrada ejerce una función simbólica para el redactor del periódico: «... daba la impresión de estar ejerciendo siempre una tiranía sobre el lector hasta aplastarlo bajo el peso de sus razonamientos...».

Conduce la memoria del lector al terreno de la escenificación del pasado del escritor: «Estuvo abiertamente frente a la dictadura...sumó su esfuerzo a la Revolución Libertadora».

> Sus obras posteriores a 1956 marcan el testimonio a la discrepancia. Después de la caída de Batista se entusiasmó con el nuevo régimen de Cuba y allá se fue...desde el exterior procuró demostrar que su adhesión al régimen cubano estaba condicionada por una palabra que fue siempre el móvil más fuerte de sus discrepancias: libertad.

Consideramos de una enorme importancia los testimonios que describen la gestualidad como forma de representación del pensamiento. En la cátedra

de Sociología Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires «los alumnos se pusieron de pie y guardaron un minuto de silencio». El profesor Carlos Alberto Erro rindió su homenaje con palabras El lenguaje corporal se traduce en ponerse de pie y el silencio es un estímulo que actúa en la psiquis humana y nos conduce a la muerte cercana.

Los bienes

Martínez Estrada se ubica en el presente como conocedor y sufriente manifiesto de una larga dolencia. El testamento para que sus bienes se transformen en una fundación de difusión de las letras, es la materialidad de una huella: la anticipación que permitan evitar estas prácticas futuras, delineando en ese *presente del presente* un futuro que previene o predice la pérdida de su obra literaria ante su ausencia.

Ricoeur trae a la luz las paradojas de Aristóteles sobre *De la memoria y la reminiscencia* y el problema insoluble a la relación entre presencia y ausencia. El recuerdo implica la presencia de una cosa que está ausente (Ricoeur, 2000: 413). Martínez Estrada logra mirar sobre la base de las huellas que va dejando la enfermedad sobre su cuerpo y anticipa la *futuridad* de sus bienes materiales. Nos permite sospechar que realizó una *representación* de su mortalidad corporal y la íntima posibilidad del poder-ser más allá de su muerte biológica. El testamento suyo y el de su esposa Agustina, sería a las palabras del filósofo «la metafísica de la presencia», el resguardo de lo material, no en un sentido óptico o sensorial sino en sus registros de existencia: su obra literaria. La escritura testamentaria de Agustina Morriconi repetirá en gran parte la de su fallecido esposo, diciendo al respecto que «gran parte de sus bienes provienen de la herencia de su esposo y otra parte son las rentas que esos bienes producen». Pero es en el punto uno, dos, tres y cuatro del artículo sexto del testamento, donde deja asentado «que lega a la Fundación Ezequiel Martínez Estrada» los siguientes bienes: el campo de Goyena, la casa de avenida Alem y los derechos de autor que corresponden, libros, papeles y originales, «expresando su deseo de que la biblioteca, conserve su estructura y disposición que guardara en vida del

escritor[1]. Los amigos y vecinos que acreditan este testamento como testigos presenciales son Don Pedro Alberto Buffo, Juan Carlos Delrieux y José Antonio Otero».

Cartas de Condolencia

El escritor santiagueño Bernardo Canal Feijóo se excusa ante doña Agustina por haber estado «impedido de su propósito de volar a la ciudad». No obstante se pone a las órdenes de ella para lo que juzgue conveniente: «... sea en el terreno profesional, sea para el arreglo u ordenamiento de papeles que habría dejado don Ezequiel y fuera necesario publicar».

El 9 de enero en carta de Agustina a Samuel Glusberg, manifiesta la emoción con que leyó sus condolencias: «Ezequiel encontró en Ud. El mejor amigo que más estimó no solamente por su bondad, sino por sus consejos y su apoyo espiritual». En esta carta la esposa del escritor precisa que Samuel es «el mejor amigo», considerando que será el único capaz de transmitir la memoria y colaborar en la construcción de la historia de Ezequiel.

En síntesis, Agustina exige el rigor con que preservará la obra de él, tal como le ha indicado su amigo Samuel:

> Guardar los papeles...no dejar que se toquen sino por una sola mano experta, la suya, la única que deseo que examine los escritos de Ezequiel y me dé alguna orientación...

La respuesta no se hizo esperar. Glusberg el día 22 del mismo mes le contesta a Agustina su intención de revisar los papeles y preparar el segundo tomo de su obra «Martí» para el gobierno cubano. El editor y amigo de Ezequiel sostiene con énfasis «... hay que salvar todo el material que anda disperso por las revistas y organizarlo de acuerdo con Ud. Y las conversaciones que tuvimos en México». ‹‹No perdamos contacto —continúa— y reciba un afectuoso saludo mío y de Catita. Saludos a Lili». Estas expresiones retratan el nivel de conocimiento familiar e íntimo que existía entre Glusberg, Martínez Estrada y sus familiares. Ciertos tipos de documentos, según Hobsbawn, nos permiten explorar el mundo intelec-tual

de otras generaciones y a su vez, «acciones e ideas explícitas o suposiciones implícitas».

Carlos Carella y José M. Gutiérrez en representación de la Asociación Argentina de Actores, con fecha 11 de noviembre de 1964, manifiestan en una carta su dolor ante la muerte del escritor sobre todo «para quienes estaban comprometidos con el arte y la cultura del país...». La verdad de esta proposición expresa un hecho y su validez significa que merece el reconocimiento nacional a causa de su capacidad como autor en diversos géneros.

Existe una diversidad de cartas de pésame. Las de los amigos personales e intelectuales; las de instituciones y editoriales. El tenor de las mismas solo difiere de los intereses particulares y personales. En un nivel intermedio entre lo profundo y lo superficial, incluiría otras cartas como las de Nelly y Ernesto Álvarez Morán quienes escriben desde Madrid; el doctor León Sol, quien había asistido a Martínez Estrada en su larga enfermedad; Fermín Estrella Gutiérrez por la Academia Nacional de las Letras entre los primeros. En cuanto a las editoriales e instituciones que envían estas cartas de pésame, como el Fondo de Cultura Económica y la Editorial Losada o la Dirección de Radio Nacional y la Secretaría de Comunicaciones, predomina un texto formal asociado a la posibilidad de conseguir el permiso de la viuda para seguir publicando la obra del escritor, dar el nombre a una sala o proyectar una conmemoración bajo el peso de promesas de evitar el olvido donde queda manifiesto el uso práctico de la emoción, que cumple cierta función liberadora.

Telegramas de pésame

El telegrama de pésame —utilizado por instituciones, personalidades del mundo intelectual o político y también por *los de abajo*— constituyó luego de la segunda guerra mundial, una forma de expresión de la pena o aflicción con motivo de la defunción de una persona. Constituía una forma elegante por su brevedad y resumen de un sentimiento de participar en el duelo. Su origen es americano dado que quien lanzó el primero telegrama fue Samuel

Morse, el 24 de mayo de 1844. Inició una llamada *revolución de la comunicación*, tal como lo expresan Body–Gemdrot y Orfali. El tele-grama responde a la necesidad de un hombre que está *desbordado*, sin tiempo para cenas, citas y para responder en forma manuscrita o tipográficamente las cartas.

Analizamos cuarenta y siete telegramas de pésame para luego proceder a seleccionar aquellos que eran más relevantes, por quienes los enviaban y por el breve discurso que en ellos asentaban y se transforman en piezas lingüísticas que evidencian el temor a la muerte, el dolor y también los intereses materiales individuales de cada persona.

El poeta José Pedroni, como Director General de Cultura de la provincia de Santa Fe, escribe en su telegrama: «Por lo que aún pudo haber hecho en la total entrega de su inteligencia a las nobles causas del país y la humanidad» (Telegrama n.° 2234).

La escritora y cineasta Marta Mercader como Director de Cultura expresa su pesar a doña Agustina «del ilustre maestro auténtica gloria de nuestra literatura».

Desde México, Sara y Roberto Ibañez dirán: «un abrazo con lágrimas en la muerte de hombre puro, del amigo queridísimo» (Telegrama n.° 2547).

Carlos Sánchez Viamonte dirá estar «profundamente apenado por la pérdida de "su grande y querido amigo", para ubicar en un segundo lugar "la gloria del intelectual"» (Telegrama n.° 2495).

El telegrama de La Casa de las Américas desde la Habana revela en un micro–texto la significación histórica de Martínez Estrada en la memoria de los cubanos: «Gran pérdida de las letras y cultura para América Latina». La palabra pérdida adquiere un valor significante en la evocación de alguien casi irrepetible, «del inolvidable amigo y colaborador».

Bajo la misma óptica, Roberto Fernández Retamar manifiesta «profunda condolencia por desaparición de maestro, amigo, compañero inolvidable».

Otros sondean los recursos léxicos ante la experiencia de Agustina por la pérdida de su ser amado, entendiendo que «la pérdida del otro, es de alguna manera pérdida de sí mismo» (Ricoeur, 2002: 43-55). Entre ellas Victoria Ocampo, quien desde San Isidro, dice: «Recordándola con todo cariño, la

abraza: Victoria Ocampo». Esta aproximación a la mujer del escritor está en consonancia de la identificación de ella por su valor inmanente, no solo por quien representa sino el desarrollo de su existencia.

Los telegramas presentan un perfil distinto de aquellos actores que guardan silencio respecto a la vida y a la situación socioeconómica. Son los *sectores sociales de abajo*, quienes construyen la historia cotidiana, *the history from below*. Estos documentos están escritos a mano, no en forma prolija, y manifiestan las experiencias de vida que han impedido llegar a consolar los deudos: desde Goyena Alejandro García y su madre expresan cómo el «mal estado de los caminos» fue el obstáculo que les impidió asistir al sepelio. Su ahijado Ernesto Alfaro desde Tucumán evoca en palabras coloquiales escenas familiares: «Querida madrina, el padrino Exequiel se nos ha ido…le besa la frente».

Agustina, constituyó en su vida corriente la clase de mujeres de hablar poco, guardar silencio sobre su participación en grandes sucesos. Estas fuentes históricas la ubican en un nuevo orden en el mundo intelectual. En ella reposa la acción y el verbo de los hombres, sobre el muro de silencio que construyó junto al escritor: Ezequiel Martínez Estrada.

A modo de conclusión, hemos podido comprobar en esta investigación que relegando el arte funerario y los monumentos a los muertos, existen nuevos caminos de prospección para la interpretación de documentos, gestos y alegorías que muestran como representaciones simbólicas prácticas y ritualidades que acompañaban a los muertos en la segunda mitad del siglo XX y que aún perduran.

Fuentes documentales

AHFUNDEME. Sección: Documentos sobre fallecimiento de EME. Subsección: Cartas de pésame. Caja X.

Diario *La Nación*, jueves 5 de noviembre de 1964.

Diario *La Nueva Provincia*. 5 y 6 de noviembre de 1964.

Bibliografía

Body–Gendrot, Sophie y Orfali, Kristina. «Modelos extranjeros». En Ariês, Philipe y Duby, Georges. *Historia de la vida privada. El siglo XX. Diversidades culturales,* t. 10, Buenos Aires: Aguilar, 1991.

Hobsbawm, Eric. «History from belows». *American Journal of Sociology*. vol. 93, n.° 3, noviembre, 1987.

Midford, Jessica. *The american way of death revisited.* New York: Simon-Schuster, 2000.

Prost, Antoine. «Fronteras y espacios de lo privado». En Ariês, Philippe y Duby, Georges. *Historia de la vida privada. La vida privada en el siglo XX,* Buenos Aires: Taurus, 1991.

Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido,* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000, págs. 456–457.

Ricoeur, Paul; Kristeva, Julia; Gao, Xingjian y otros. «Prefacio» de Wiesel, Elie. *¿Por qué Recordar?.* Academia Universal de las Culturas, Buenos Aires: Granica, 2002.

Vovelle, Michel. *Ideologías y mentalidades.* Barcelona: Ariel, 1985.

NOTAS

1 Testamento de doña Agustina Morriconi de Martínez Estrada. Escritura n.° 24, folio n.° 42.

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 199-223.

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA AJEDRECISTA

Juan Sebastián Morgado

Contexto

Luego de la exposición de documentos del archivo personal de Ezequiel Martínez Estrada en la Biblioteca Nacional (2004-2005) y la posterior edición de su obra *Filosofía del Ajedrez*, colección Los Raros, Biblioteca Nacional, con un estudio preliminar de Teresa Alfieri, salió a la luz uno de los aspectos más interesantes y sorprendentes de la personalidad de este gran pensador. Si reparamos en la cantidad de horas de trabajo que Ezequiel Martínez Estrada debió realizar, en la profusa cantidad de citas de cultura universal, en sus conocimientos sobre la historia y la práctica del ajedrez, no podremos menos que reconocer que él seguramente pensó que el tema era merecedor de tamaños esfuerzos.

Para la época en que se estima que Ezequiel Martínez Estrada fue construyendo este ensayo, principalmente durante los años 1917 a 1929, el

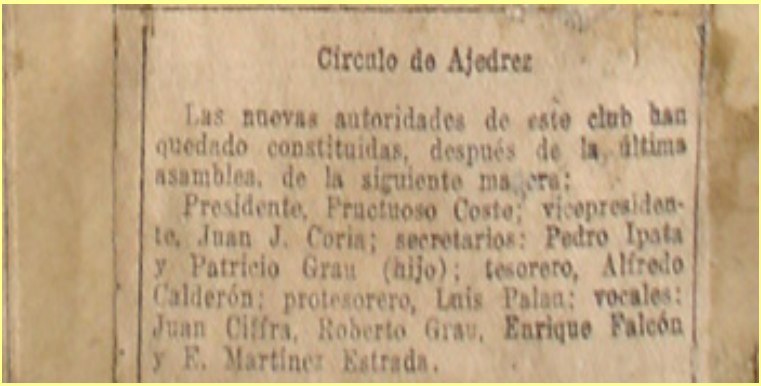
ajedrez en Argentina se encontraba en un desarrollo muy preliminar, pero a la vez muy dinámico. El primer club estable —Club Argentino— se había fundado en 1905, bajo el mecenazgo del masón don José Pérez Mendoza (1855-1937), que a los cuarenta años decidió dejar sus actividades laborales como martillero, las cuales le habían permitido convertirse en millonario, para dedicarse a la filantropía. Y es aquí donde el ajedrez recibe sus copiosas donaciones, mediante el aporte de dinero y contactos políticos para la nueva institución, e introduciendo el ajedrez en las cárceles, en las instituciones para ciegos, en las escuelas y universidades, y en el sistema penitenciario. Hasta ese entonces, el ajedrez era mal visto por amplios sectores de la sociedad, que lo consideraban poco menos que un pasa-tiempo para vagos. La figura central de esta concepción era don Miguel de Unamuno, que había publicado en *El Hogar*[1] un tremendo artículo contra el ajedrez. El Club Argentino logró amalgamar su *afectis societatis*, precisamente, para demostrar que el ajedrez era un juego donde se practicaban las buenas costumbres, la caballerosidad, y se combatían la inmoralidad y el juego por dinero. Esa institución tenía un carácter aristocrático y, aunque fue incrementando notablemente su cantidad de socios, no podían acceder a él los sectores más populares, por razones principalmente económicas.

En 1916 el país se preparaba para sus primeras elecciones libres, como consecuencia de la Ley Saenz Peña/Yrigoyen[2]. La población se encontraba en estado de efervescencia. En ese contexto se funda, en agosto de 1916, el Círculo de Ajedrez. Su primer local estaba situado en el sótano del desaparecido café Colón, avenida de Mayo 999, en su intersección con Bernardo de Irigoyen, en aquel momento llamada «Buen Orden». Era un café concurrido por anarquistas, ideología no solo de su propietario, sino de sus empleados, a quienes los clientes llamaban *compañeros*. Su dueño, un catalán discípulo de Kropotkin[3], repudiaba el alcoholismo, y ofrecía en su reemplazo *el mejor café de Buenos Aires*. Era habitué el doctor Juan Creaghe[4], quien en colaboración con Alberto Ghiraldo[5], otro cliente, convirtieron el periódico *La Protesta* en diario, con Ghiraldo como director. Excepto su presidente, el doctor Fructuoso Coste, la mayoría de los socios eran jóvenes, muchos de ellos provenientes del café de los 36 billares. En los

primeros tiempos, el Club Argentino vio con mucha simpatía la aparición del pequeño club, y organizaron varias actividades conjuntas. Se concretaron encuentros por equipos, y aún jugando el Club Argentino con un equipo B, superaba con creces al Círculo. Esta amigable relación se vio cortada cuando el Círculo, de crecimiento vertiginoso, comenzó a ganarle al Club Argentino algunas de esas competencias. Desde ese momento, esta institución, especialmente su sector más conservador, comenzó a considerar al Círculo como un rival de cuidado. De la amistad se pasó en un lapso breve a una confrontación que, con vaivenes, siguió durante los siguientes veinte años.

Primeros pasos de Ezequiel Martínez Estrada como ajedrecista

Martínez Estrada se introdujo en el ajedrez de competición, primero, en la Mutualidad Postal y Telegráfica, donde encontró en su compañero Enrique Falcón un buen rival. Muy probablemente ambos, Ezequiel Martínez Estrada y Falcón[6], se hayan asociado al Círculo desde los primeros momentos, 1916 o 1917, y ya en 1919 los encontramos integrando la comisión directiva de esa institución, en calidad de vocales. Informaba *La Razón*:



Círculo de Ajedrez

Las nuevas autoridades de este club han quedado constituidas, después de la última asamblea, de la siguiente manera:

Presidente, Fructuoso Coste; vicepresidente, Juan J. Coria; secretarios: Pedro Ipata y Patricio Grau (hijo); tesorero, Alfredo Calderón; protesorero, Luis Palau; vocales: Juan Ciffra, Roberto Grau, Enrique Falcón y E. Martínez Estrada.

Puede observarse que allí ya estaban los hermanos Grau —Roberto y Patricio—, Valentín Fernández Coria y Luis Palau[7], todos ellos ingresados luego de renunciar al Club Argentino. Posteriormente se integró también al

Círculo Damián Miguel Reca, que sería, junto a Grau, uno de los principales promotores de ideas revolucionarias. En 1911 el Club Argentino había dejado pasar una inmejorable oportunidad de organizar el primer campeonato nacional, rechazando una generosa oferta de un club de residentes asturianos llamado Orfeón. Precisamente, hacia 1920, el Círculo promovía dos reivindicaciones importantes: la fundación de una Federación Argentina de Ajedrez, y la organización del campeonato citado.

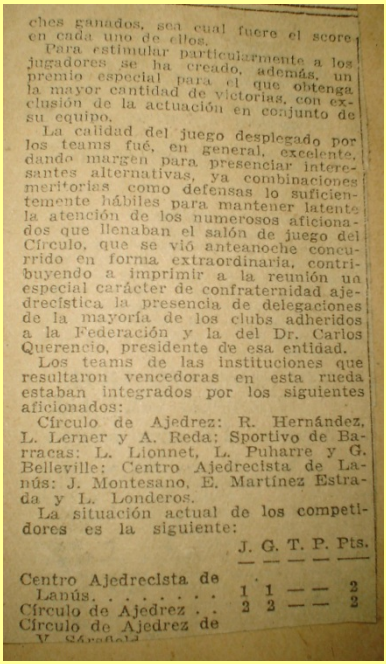
Bajo esta presión, el Club Argentino tomó las riendas y lanzó el llamado Gran Torneo Nacional en 1921, para el cual redactó reglamentos especiales, obtuvo premios, y lanzó una fuerte campaña publicitaria a través de los diarios y de invitaciones directas a clubes. Cerrada la inscripción, se anotaron 23 jugadores, no faltando ninguno de los mejores del país. Debido a la situación de tirantez y enemistad con el Círculo, el Club Argentino no invitó a éste a participar: todos los representantes de la entidad joven —Grau, Palau, Reca, Fernández Coria— debieron hacerlo como jugadores libres. El certamen comenzó en agosto de 1921, y terminó recién en mayo de 1922, venciendo Damián Reca, quien fue así reconocido el primer campeón argentino. Fue ésta una derrota política y deportiva importante para el Club Argentino.

A este momento se refiere Martínez Estrada en *La Cabeza de Goliat*:

> Cuando Damián Reca llegó al Círculo de Ajedrez, había ya muchas figuras preclaras, artistas consagrados: Rolando Illa, Valentín Fernández Coria, Benito Villegas, Julio Lynch, y como un efebo portador de brillantes destinos, Roberto Grau. De 1918 a 1920 se realiza entre nosotros un movimiento de superación sobre bases firmes y nuevas. Palau, De Witt, Guerra Boneo, Belgrano Rawson[8], y poco después Nogués Acuña, Maderna, Guimard, (Jacobo) Bolbochán, Piazzini y Pleci [9] traen con la juventud y el entusiasmo una conciencia más escrupulosa y una exigencia más imperativa de estudio a fondo del juego, de analizar, de formarse un estilo propio (Martínez Estrada, 2001: 195).

A pesar del enfrentamiento político, hacia 1922 se produjo un momentáneo *idilio* entre el Club Argentino y el Círculo, y el 28 de setiembre

ambos firmaron, junto a otras 28 entidades menores, el documento inicial de la fundación de la FADA[10]. Fue elegido como primer presidente el Doctor Carlos A. Querencio[11]. Concretada la trascendental decisión, el camino hacia una organización superior del ajedrez argentino parecía allanado, pero… ¡la unión solo duró tres meses! A raíz de tempranas divergencias sobre las futuras reglamentaciones que regirían los torneos nacionales, el Club Argentino decidió separarse de la recientemente creada FADA luego de una tumultuosa asamblea extraordinaria. El conflicto se reanudó inmediatamente, en peores condiciones aún que las anteriores. De aquí en adelante el calendario nacional adquirió una dinámica especial, ya que los torneos eran organizados en el marco de la lucha política entre el Club Argentino y la FADA: ambas instituciones competían por hacerlos, para beneplácito de los ajedrecistas. La FADA, en la carrera por conseguir nuevas afiliadas, organizó un torneo inter clubes de tercera categoría. Se inscribieron siete equipos, entre ellos el Centro Ajedrecista de Lanús[12], representado por *los señores* José Montesano, Ezequiel Martínez Estrada y León Londeros.



ches ganados, sea cual fuere el score en cada uno de ellos.

Para estimular particularmente a los jugadores se ha creado, además, un premio especial para el que obtenga la mayor cantidad de victorias, con exclusión de la actuación en conjunto de su equipo.

La calidad del juego desplegado por los teams fué, en general, excelente, dando margen para presenciar interesantes alternativas, ya combinaciones meritorias como defensas lo suficientemente hábiles para mantener latente la atención de los numerosos aficionados que llenaban el salón de juego del Círculo, que se vió anteanoche concurrido en forma extraordinaria, contribuyendo a imprimir a la reunión un especial carácter de confraternidad ajedrecística la presencia de delegaciones de la mayoría de los clubs adheridos a la Federación y la del Dr. Carlos Querencio, presidente de esa entidad.

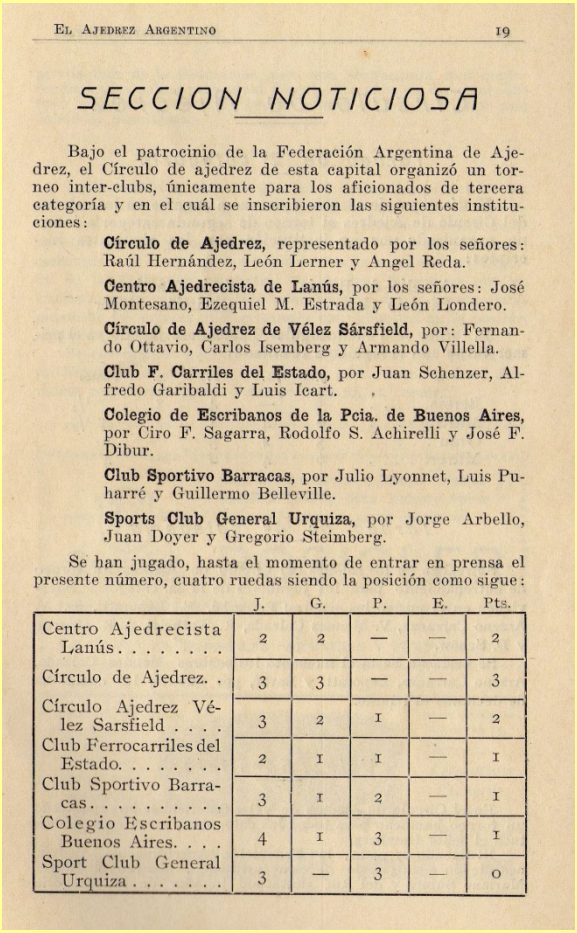
Los teams de las instituciones que resultaron vencedoras en esta rueda estaban integrados por los siguientes aficionados:

Círculo de Ajedrez: R. Hernández, L. Lerner y A. Reda; Sportivo de Barracas: L. Lionnet, L. Puharre y G. Belleville; Centro Ajedrecista de Lanús: J. Montesano, E. Martínez Estrada y L. Londeros.

La situación actual de los competidores es la siguiente:

	J.	G.	T.	P.	Pts.
Centro Ajedrecista de Lanús	1	1	—	—	2
Círculo de Ajedrez	2	2	—	—	2
Círculo de Ajedrez de V. Gándola					

Martínez Estrada en el equipo de Lanús (16 de octubre de 1923).



EL AJEDREZ ARGENTINO 19

SECCION NOTICIOSA

Bajo el patrocinio de la Federación Argentina de Ajedrez, el Círculo de ajedrez de esta capital organizó un torneo inter-clubs, únicamente para los aficionados de tercera categoría y en el cuál se inscribieron las siguientes instituciones:

Círculo de Ajedrez, representado por los señores: Raúl Hernández, León Lerner y Angel Reda.

Centro Ajedrecista de Lanús, por los señores: José Montesano, Ezequiel M. Estrada y León Londero.

Círculo de Ajedrez de Vélez Sársfield, por: Fernando Ottavio, Carlos Isemberg y Armando Villella.

Club F. Carriles del Estado, por Juan Schenzer, Alfredo Garibaldi y Luis Icart.

Colegio de Escribanos de la Pcia. de Buenos Aires, por Ciro F. Sagarra, Rodolfo S. Achirelli y José F. Dibur.

Club Sportivo Barracas, por Julio Lyonnet, Luis Puharré y Guillermo Belleville.

Sports Club General Urquiza, por Jorge Arbello, Juan Doyer y Gregorio Steimberg.

Se han jugado, hasta el momento de entrar en prensa el presente número, cuatro ruedas siendo la posición como sigue:

	J.	G.	P.	E.	Pts.
Centro Ajedrecista Lanús	2	2	—	—	2
Círculo de Ajedrez	3	3	—	—	3
Círculo Ajedrez Vélez Sarsfield	3	2	1	—	2
Club Ferrocarriles del Estado	2	1	1	—	1
Club Sportivo Barracas	3	1	2	—	1
Colegio Escribanos Buenos Aires	4	1	3	—	1
Sport Club General Urquiza	3	—	3	—	0

Información sobre el torneo por Equipos. Ezequiel Martínez Estrada en Lanús.
El Ajedrez Argentino n.° 1, diciembre de 1923.

El certamen fue ganado por un equipo del Círculo, integrado por Juan Hernández, León Lerner y Ángel Reda, en tanto el Centro Ajedrecista de Lanús ganó tres encuentros y perdió otros tres. Lo notable es que, en las actuaciones individuales, Martínez Estrada tuvo una actuación muy destacada en el segundo tablero: igualó el tercer mejor puntaje junto a otros competidores, con 4½/6 puntos, es decir, cuatro partidas ganadas, una

empatada y una perdida. Deduciendo de la información publicada en La Nación el 20 de noviembre de 1923, Martínez Estrada ganó frente a Carlos Isenberg, Antonio Garibaldi, R. Achivelli y A. Ravioli, igualó con Luis Puharré[13], y fue derrotado por León Lerner. Precisamente, la planilla original de su victoria frente a Isenberg se conserva en la Fundación Martínez Estrada. Para este entonces, Carlos Isenberg ya era un jugador experimentado, tanto había igualado con el gran maestro checoslovaco Ricardo Reti[14] en 1924, en una sesión de simultáneas.

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 199-223.

CIRCULO DE AJEDREZ

Partida jugada el 10 mayo de 1923

Blancas E. Martínez Estrada

Negras Isenberg

APERTURA

Defensa Siciliana

N.°	BLANCAS	NEGRAS	N.°	BLANCAS	NEGRAS
1	P4R	P4AD	20	D4C	AXA
2	C3AR	P3R	21	CXA	P5A
3	C3AD	P3TD	22	AXP	A1A
4	P4TD	C3AD	23	A2C	T3R
5	P5CD	C1A	24	A1A	C7R+
6	A2R	P4D	25	R1Z	CXA
7	PXP	PXP	26	CXP	T5R
8	P4D	5 ~~F~~ 6	27	C6R+	TXD
9	A2D	PXP	28	CXD	T2T
10	A5CD	D3C	29	PXT	CXP
11	P5Z	~~D4D~~	30	P1C	T ~~XC~~
12	~~C~~XP	D2A	31	TR1D	R2T
13	0-0	A3D	32	TD1D	A3D
14	CXC	PXC	33	R1C	A4R
15	A3D	0-0	34	R1A	R3C
16	P3TR	P3T	35	P3C	R4C
17	A3A	C4Z	36	P4A+	AXP
18	C4D	C4C	37	PXA+	RXPA
19	A5R	T1R	38	TXP	T2AR

Planilla Martínez Estrada–Isenberg (Fundación Ezequiel Martínez Estrada).

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 199-223.

guió finito contra uno.

El segundo match, jugado entre el team del Círculo de Ajedrez de Vélez Sársfield contra el del Sport Club General Urquiza, fué ganado por el team de la institución mencionada primeramente, y el conjunto del Club de los Ferrocarriles del Estado venció al del Colegio de Escribanos de la Provincia de Buenos Aires.

De estos dos matches ahorraremos el comentario, dado que su resultado no podía influir mayormente en la situación de los competidores, lo que obró en evidente perjuicio de la calidad de juego desplegado. Publicamos a continuación el cuadro final de posiciones:

	J.	G.	E.	P.	Pts.
Círculo de Ajedrez . .	6	6	—	—	6
Club Sportivo de Barracas	6	4	—	2	4
Club de los Ferrocarriles del Estado . .	6	3	1	2	3 ½
Centro Ajedrecista de Lanús	6	3	—	3	3
Círculo de Ajedrez de Vélez Sársfield . . .	6	2	—	4	2
Sport Club General Urquiza	6	1	1	4	1 ½
Colegio de Escribanos de la Prov. de B. A.,	6	1	—	5	1

La J. significa los matches jugados, la G. los ganados, la E. los empatados, la P. los perdidos y Pts. el total de puntos obtenidos.

Los premios destinados a los tres jugadores que hubieran obtenido mayor número de victorias han dado lugar a un interesante empate en el tercer puesto, que puede dar ocasión a un pequeño, pero bonito torneo. Primero se clasificó L. Lerner, con seis victorias sobre otras tantas partidas jugadas, y segundo R. Hernández, con 5 1½ puntos, ambos representantes de la institución vencedora. El tercer puesto ha quedado empatado entre los Sres. E. Martínez Estrada, del Centro de Lanús; J. Schenzer, del Club de los Ferrocarriles del Estado, y L. Puharre y L. Lionnet, del Club Sportivo de Barracas.

Martínez Estrada, entre los mejores tableros
(*La Nación*, 20 de noviembre de 1923).

La partida frente a Isenberg muestra el nivel[15] que Ezequiel Martínez Estrada tenía frente al tablero: produjo una muy bonita combinación basada en los Rayos X[16].

ChessBase 11 (Not Activated) Ausdruck, user , 26/07/2013 1

B40

☐ **Martínez Estrada,Ezequiel**
■ **Isenberg,Carlos**
Circulo 10.11.1923
[Juan S. Morgado]

25...♘xc1?
[La mejor posibilidad de las negras era 25...♖ae8 26.♘xh6+± aunque de todas maneras las blancas están mejor.]

(Diagrama)

EME ejecuta remate inmediato mediante una bonita combinación, aprovechando la doble acción de Rayos X. **26.♘xg7!!+−** Y el esto es sencillo: **♖e4**
[26...♗xg7 27.♕xe6+ ♔h7 28.♖axc1+−]
27.♘e6+ ♖xg4 28.♘xc7 ♖a7 29.hxg4 ♘xb3 30.cxb3 ♖xc7 31.♖fd1

(Diagrama)

Y como resultado de la combinación las blancas tienen gran ventaja material.

EME ganó en la jugada 39.
1-0

Ezequiel Martínez Estrada en la comisión directiva de la FADA

El domingo 30 de marzo de 1924 Ezequiel Martínez Estrada publica un anticipo de su obra, titulado *Un ensayo sobre Filosofía del Ajedrez*, que ha sido incluido como un capítulo en la obra recopilada por Teresa Alfieri, y el 31 de mayo de ese año se renovaron las autoridades de la FADA, manteniendo la presidencia Carlos Querencio, acompañado por José A. Dibur como Vicepresidente, Juan M. Monty Luro como Secretario General, Luis Belgrano Rawson como Secretario, Guillermo Lovegrove como Tesorero, Constante Ruiz como Protesorero y Ezequiel Martínez Estrada como Bibliotecario (*El Ajedrez Argentino,* n.° 11: 314, n.° 12: 345, n.° 14: 407).

Indudablemente a Martínez Estrada le interesaba este puesto, ya que de ese modo tenía acceso a una buena cantidad de libros y revistas extranjeros, que necesitaba para obtener datos para su ensayo *Filosofía del Ajedrez* ya en preparación. No hay información fehaciente acerca de los contenidos de la biblioteca de la FADA por ese entonces, pero puede deducirse que, al menos, recibieron donaciones de José Pérez Mendoza, quien oficiaba de mecenas tanto para el Club Argentino, como para el Círculo, el Círculo de Vélez Sarsfield y la propia FADA.

Poco después, la FADA contrató al gran maestro checoslovaco Ricardo Reti, quien dio una serie de cursos, conferencias y sesiones de partidas simultáneas, una de las cuales se realizó el 29 de agosto de 1924 en el Club FC Pacífico. Veamos el informe que publicó *La Prensa*:

> La sesión dio lugar a una interesante reunión de aficionados. Se hallaban presentes las autoridades de la FADA y destacados ajedrecistas de esta capital, quienes siguieron con atención el juego del profesor, que esta vez denotó más seguridad, concluyendo un gran número de juegos en forma brillante. A las 21.15 se constituyeron los 27 tableros, tomando parte los siguientes socios del Club FC Pacífico: Rafael Guastavino, Carlos Estrada Martínez. (...) (*La Prensa*, 30 de agosto de 1924)[17].

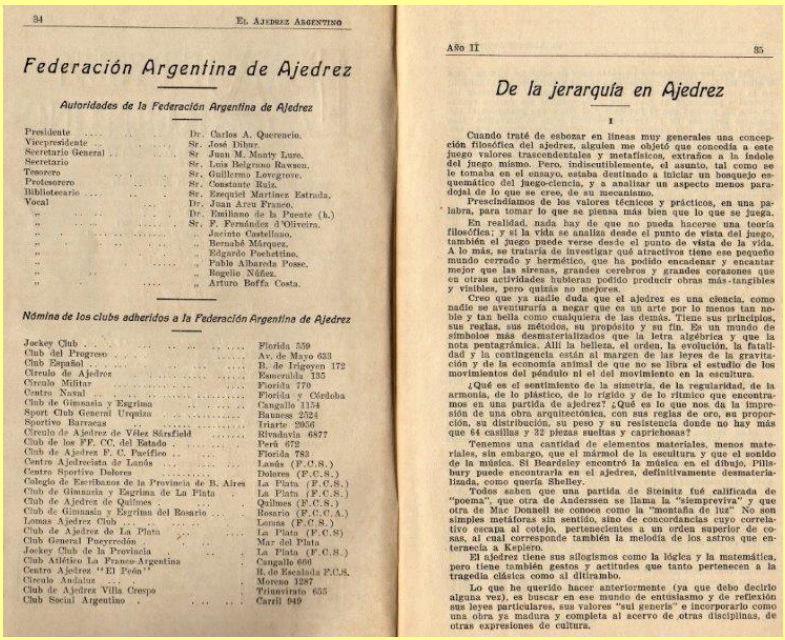
Puede asegurarse con un alto grado de certeza que quien es mencionado como Carlos Estrada Martínez no es otro que Ezequiel Martínez Estrada[18].

Apuntes de *Filosofía del Ajedrez* en la revista oficial de la FADA

La revista oficial de la FADA publica un artículo de Martínez Estrada que sería un apunte preliminar de *Filosofía del Ajedrez*, titulado *De la jerarquía en ajedrez,* que no se encuentra incluido en la edición de la Biblioteca Nacional. Argumenta a favor del estudio del ajedrez a través de la filosofía, expresando lo siguiente:

De la jerarquía en Ajedrez

> Cuando traté de esbozar en líneas muy generales una concepción filosófica del ajedrez, alguien me objetó que concedía a este juego valores trascendentales y metafísicos, extraños a la índole del juego mismo. Pero, indiscutiblemente, el asunto, tal como se le tomaba en el ensayo, estaba destinado a iniciar un bosquejo esquemático del juego ciencia, y a analizar un aspecto menos paradojal de lo que se cree, de su mecanismo. (…) Creo que ya nadie duda que el ajedrez sea una ciencia, como nadie se aventuraría a negar que sea un arte por lo menos tan noble y bello como cualquiera de los demás. Tiene sus principios, sus reglas, sus métodos, su propósito y su fin. Es un mundo de símbolos más desmaterializados que la letra algébrica, y que la nota pentagrámica. Allí la belleza, el orden, la evolución, la fatalidad y la contingencia están al margen de las leyes de la gravitación y de la economía animal, de las que no se libra el estudio de los movimientos del péndulo ni el movimiento de la escultura (…)
> Tomado el ajedrez por dentro puede dar motivo a grandes estudios, y si he analizado ya este juego como siendo un sistema de lenguaje, de psicología, de lógica, de moral, de estética y de física, es porque en él se ponen en actividad fuerzas mentales que abarcan todo el campo de pensamiento, sin relación con el mundo material, a la manera de las fuerzas platónicas (Martínez Estrada, 1925).



34 EL AJEDREZ ARGENTINO

Federación Argentina de Ajedrez

Autoridades de la Federación Argentina de Ajedrez

Presidente	Dr. Carlos A. Quercecio.
Vicepresidente	Sr. José Dibur.
Secretario General	Sr. Juan M. Monty Luro.
Secretario	Sr. Luis Belgrano Rawson.
Tesorero	Sr. Guillermo Lovegrove.
Protesorero	Sr. Constante Ruiz.
Bibliotecario	Sr. Ezequiel Martínez Estrada.
Vocal	Dr. Juan Arce Franco.
"	Dr. Emiliano de la Puente (h.)
"	Sr. F. Fernández d'Oliveira.
"	„ Jacinto Castellano.
"	„ Bernabé Márquez.
"	„ Edgardo Pochettino.
"	„ Pablo Albarracín Posse.
"	„ Rogelio Núñez.
"	„ Arturo Boffa Costa.

Nómina de los clubs adheridos a la Federación Argentina de Ajedrez

Jockey Club	Florida 559
Club del Progreso	Av. de Mayo 633
Club Español	B. de Irigoyen 172
Círculo de Ajedrez	Esmeralda 135
Círculo Militar	Florida 770
Centro Naval	Florida y Córdoba
Club de Gimnasia y Esgrima	Cangallo 1154
Sport Club General Urquiza	Rauscs 2324
Sportivo Barracas	Iriarte 2956
Círculo de Ajedrez de Vélez Sársfield	Rivadavia 6877
Club de los FF. CC. del Estado	Perú 672
Club de Ajedrez F. C. Pacífico	Florida 783
Centro Ajedrecista de Lanús	Lanús (F.C.S.)
Centro Sportivo Dolores	Dolores (F.C.S.)
Colegio de Escribanos de la Provincia de B. Aires	La Plata (F.C.S.)
Club de Gimnasia y Esgrima de La Plata	La Plata (F.C.S.)
Club de Ajedrez de Quilmes	Quilmes (F.C.S.)
Club de Gimnasia y Esgrima del Rosario	Rosario (F.C.C.A.)
Lomas Ajedrez Club	Lomas (F.C.S.)
Club de Ajedrez de La Plata	La Plata (F.C.S)
Club General Pueyrredón	Mar del Plata
Jockey Club de la Provincia	La Plata (F.C.S.)
Club Atlético La Franco-Argentina	Cangallo 660
Centro Ajedrez "El Peón"	R. de Escalada F.C.S.
Círculo Andaluz	Moreno 1287
Club de Ajedrez Villa Crespo	Triunvirato 655
Club Social Argentino	Carril 949

AÑO II 35

De la jerarquía en Ajedrez

I

Cuando traté de esbozar en líneas muy generales una concepción filosófica del ajedrez, alguien me objetó que concedía a este juego valores trascendentales y metafísicos, extraños a la índole del juego mismo. Pero, indiscutiblemente, el asunto, tal como se le tomaba en el ensayo, estaba destinado a iniciar un bosquejo esquemático del juego-ciencia, y a analizar un aspecto menos paradojal de lo que se cree, de su mecanismo.

Prescindiamos de los valores técnicos y prácticos, en una palabra, para tomar lo que se piensa más bien que lo que se juega.

En realidad, nada hay de que no pueda hacerse una teoría filosófica; y si la vida se analiza desde el punto de vista del juego, también el juego puede verse desde el punto de vista de la vida. A lo más, se trataría de investigar qué atractivos tiene ese pequeño mundo cerrado y hermético, que ha podido encadenar y encantar mejor que las sirenas, grandes cerebros y grandes corazones que en otras actividades hubieran podido producir obras más tangibles y visibles, pero quizás no mejores.

Creo que ya nadie duda que el ajedrez es una ciencia, como nadie se aventuraría a negar que es un arte por lo menos tan noble y tan bella como cualquiera de las demás. Tiene sus principios, sus reglas, sus métodos, su propósito y su fin. Es un mundo de símbolos más desmaterializados que la letra algébrica y que la nota pentagrámica. Allí la belleza, el orden, la evolución, la fatalidad y la contingencia están al margen de las leyes de la gravitación y de la economía animal de que no se libra el estudio de los movimientos del péndulo ni el del movimiento en la escultura.

¿Qué es el sentimiento de la simetría, de la regularidad, de la armonía, de lo plástico, de lo rígido y de lo rítmico que encontramos en una partida de ajedrez? ¿Qué es lo que nos da la impresión de una obra arquitectónica, con sus reglas de oro, su proporción, su distribución, su peso y su resistencia donde no hay más que 64 casillas y 32 piezas sueltas y caprichosas?

Tenemos una cantidad de elementos materiales, menos materiales, sin embargo, que el mármol de la escultura y que el sonido de la música. Si Beardsley encontró la música en el dibujo, Pillsbury puede encontrarla en el ajedrez, definitivamente desmaterializada, como quería Shelley.

Todos saben que una partida de Steinitz fué calificada de "poema", que otra de Anderssen se llama la "siempreviva" y que otra de Mac Donnell se conoce como la "montaña de luz" No son simples metáforas sin sentido, sino de concordancias cuyo correlativo escapa al cotejo, pertenecientes a un orden superior de cosas, al cual corresponde también la melodía de los astros que enternecía a Keplero.

El ajedrez tiene sus silogismos como la lógica y la matemática, pero tiene también gestos y actitudes que tanto pertenecen a la tragedia clásica como al ditirambo.

Lo que he querido hacer anteriormente (ya que debo decirlo alguna vez), es buscar en ese mundo de entusiasmo y de reflexión sus leyes particulares, sus valores "sui generis" e incorporarlo como una obra ya madura y completa al acervo de otras disciplinas, de otras expresiones de cultura.

El Ajedrez Argentino, 1ª época, n.° 16, pág. 35/6, febrero de 1925.

Dos meses después Ezequiel Martínez Estrada escribe otro artículo, titulado *El Rey*, que tampoco está incluido en *Filosofía del Ajedrez*. Dice:

> Si el ajedrez fuera la imagen atemperada de la guerra, tendríamos que convenir en que se trata de algo muy simple, y casi diríamos inocente, porque el hombre ya no combate así, con armas a la vista, sino que reserva su más ruda ferocidad para los ensayos de laboratorio, por ejemplo.
>
> Una pieza, empero, conserva aún fisonomía adecuada a la época: el rey, que como todos los que superviven en Europa, tiene más de títere que de semidiós. El rey del tablero está próximo siempre a escapar, y a grito limpio clama a veces por un caballo, por el cual daría su reino. Como en algunos países monárquicos, es preciso que se ponga rey en lugar del muerto; en el ajedrez, porque no habría partida posible sin él, y en el mundo, porque los advenedizos son peores que los mismos reyes.

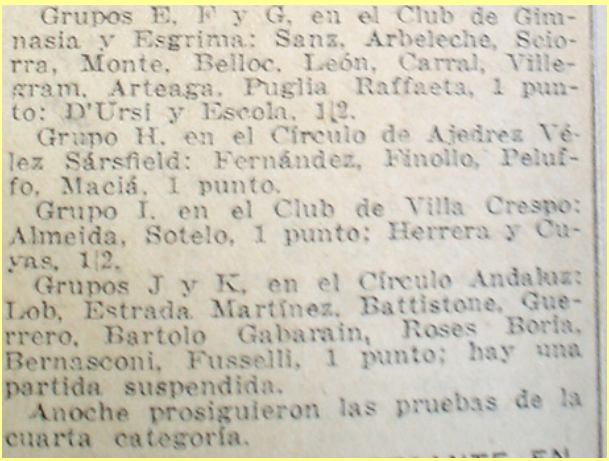
> Además, el rey del ajedrez tiene la misión de atraer sobre sí gran parte de las hostilidades, como si fuese un pararrayos; es resultado de cierto refinamiento republicano, el que hoy se busque la derrota por otro medio que el de la muerte trágica y en veces espeluznante del mate, intimando la vergonzosa confesión de la derrota.
> ¿Qué objeto tendría el ajedrez jugado sin rey? Libre de todo peligro, del juego malévolo, del ataque y la defensa, que compone lo más humano que tienen los animales, el mundo de la tierra y el mundo del ajedrez merecerían despoblarse de inmediato. El mundo del tablero, porque no tendría ideal común que mantuviera solidarios a los que combaten desinteresadamente, y el mundo de la tierra, porque perderíamos la ilusión de que, desaparecidos los tiranos y los opresores, nos convertiríamos, de lobos de Plauto[19] que somos, en corderos del Señor, que no podremos ser nunca jamás (Martínez Estrada, 1925b: 106-7).

Ezequiel Martínez Estrada en los primeros campeonatos nacionales

Informaban los diarios y *El Ajedrez Argentino*:

> En la reunión celebrada por el Consejo Federal[20] de la FADA se aprobó el reglamento para los grandes torneos nacionales de segunda, tercera y cuarta categorías. Cada club federado podrá participar con hasta seis jugadores de cada categoría. Se jugará a razón de cuarenta movimientos para las dos horas y veinte para cada hora subsiguiente, en el horario de 21 a 1. Se fija la suma de $ 2 m/n como derecho de inscripción individual. (...) El torneo de cuarta comenzará el 1º de octubre (*La Nación*, 27 de setiembre y 18 de noviembre de 1925)[21].

En total participaron 17 jugadores en segunda categoría, cuarenta y nueve en tercera, y noventa y uno en cuarta. En el grupo K de la cuarta participó Ezequiel Martínez Estrada, siendo posible que haya representado al Centro Ajedrecista de Lanús o al propio Círculo.



Grupos E, F y G, en el Club de Gimnasia y Esgrima: Sanz, Arbeleche, Sciorra, Monte, Belloc, León, Carral, Villegram, Arteaga, Puglia Raffaeta, 1 punto: D'Ursi y Escola, 1|2.

Grupo H, en el Círculo de Ajedrez Vélez Sársfield: Fernández, Finollo, Peluffo, Maciá, 1 punto.

Grupo I, en el Club de Villa Crespo: Almeida, Sotelo, 1 punto; Herrera y Cuyas, 1|2.

Grupos J y K, en el Círculo Andaluz: Lob, Estrada Martínez, Battistone, Guerrero, Bartolo Gabarain, Roses Boría, Bernasconi, Fusselli, 1 punto; hay una partida suspendida.

Anoche prosiguieron las pruebas de la cuarta categoría.

Martínez Estrada en *La Prensa*, 8 de octubre de 1925.

Martínez Estrada juega a ciegas en el tren

Respecto al ajedrez competitivo, se han encontrado en los archivos de la Fundación algunas partidas anotadas frente a su compañero de trabajo Enrique Falcón, una de ellas fechada 27 de diciembre de 1927. Posteriormente, puede deducirse que Ezequiel Martínez Estrada no participó más en partidas de torneo, aunque sí lo hacía como pasatiempo en diversas circunstancias. Muy expresivos son, al respecto, los recuerdos de Gaspar Soria[22]:

> Ezequiel Martínez Estrada salía del Colegio Nacional de La Plata, donde dictaba cursos, y se dirigía caminando hasta la estación del ferrocarril acompañado de Luis Atencio[23]. En el camino, disputaban una partida de ajedrez a ciegas. Martínez Estrada era socio del desaparecido Círculo de Ajedrez, y durante 1924 y 1925, fue bibliotecario de la Federación Argentina. En su obra *La cabeza de Goliat* dedica varias páginas al ajedrez. En un artículo publicado en *La Nación* trazó un paralelo entre el violinista Paganini y el ajedrecista Morphy, a quienes llamó *artistas de afinación intelectual* (...).

En cuanto a Jorge Luis Borges, en alguna ocasión de partidas simultáneas con grandes maestros en la calle Florida, se hallaba entre el público. No fue ésa, precisamente, su única demostración de afecto por el ajedrez. Están sus sonetos, y está su presencia en el acto de clausura del Torneo Escolar de la Ciudad de Buenos Aires, organizado por el Ministerio de Cultura y Educación. Allí confesó con visible tristeza que no pudo releer a Martínez Estrada[24].

La visión del futuro de Ezequiel Martínez Estrada: la máquina de ajedrez

Es muy instructivo el siguiente párrafo del prólogo de Teresa Alfieri: «El autor sospecha la llegada de una máquina de jugar ajedrez que abarque todas las posibilidades del juego y de algún modo lo clausure, pero ello no le impide exprimir sus otras posibilidades, las filosóficas».

Por algún motivo, la siguiente parte del manuscrito no salió en *Filosofía del Ajedrez*, y lo hallé en el CD editado por la Biblioteca Nacional en 2005 que muestra numerosos papeles de Ezequiel Martínez Estrada. Lo agrego aquí como un nuevo documento:

> Es una tentación natural la de buscar posibilidades de someter a mecanismo las funciones matemáticas de la mente. Tan de consuno marchan hoy la vida y la mecánica, tan riguroso se ha tornado el método de investigación, que aparentemente podrá obtenerse un aparato mediante el cual, dados los términos de una ecuación, fuera posible resolverla. Ya existen, como sabemos, máquinas aritméticas, cuya infalibilidad y rapidez sólo Inaudi[25] logró aventajar. Inaudi era otra máquina de calcular. Bastaría aumentar sus signos y disponer su funcionamiento con arreglo a principios ya sólidamente establecidos en matemáticas, para resolver problemas de cálculo integral, diferencial, etc. La complicación de esta máquina y el esfuerzo para idearla serían supremos, pero posibles. La matemática es tanto más perfecta cuanto más se aproxima a la infalibilidad mecánica. El cálculo es mecánico y no puede ser otra cosa, dado que la inteligencia opera

> en función de principios y de sus combinaciones, universalmente las mismas. La posibilidad de construir una máquina que realizara operaciones de cálculo superior sólo daría en honor de la inteligencia, como cuando la Naturaleza corrobora alguna de las últimas afirmaciones en materia de relatividad, no ocurre sino que se testimonia la grandeza del espíritu. Claro que la única objeción podría ser que esa máquina funcionaría de acuerdo con lo que el hombre previamente hubiese dispuesto que expresara, que haría lo que el hombre ya conocía. Estando preparada para resolver los problemas que el hombre, como matemático, se hubiera impuesto a sí mismo antes de usar la máquina, y por consecuencia, a resolverlas con su método. Esa objeción afectaría a la inteligencia del género humano, y no privativamente a las matemáticas (...)

Luego de referirse a la máquina de calcular, Martínez Estrada pasa a considerar el dilema de si es posible o no construir una máquina que juegue al ajedrez. En principio, es pesimista... ¡pero luego prevé, con más de ochenta años de anticipación, el modo en que la máquina debería funcionar para resolver el ajedrez!:

> Lo que, a pesar de las numerosas tentativas hechas, no se descubrirá nunca, es la máquina de jugar ajedrez. Poe decía sobre esas dificultades.
> En ajedrez no hay ningún principio absoluto que establezca que, en una posición cualquiera —excepto aquellas que conducen al mate o a una posición claramente superior por jugadas que sólo tienen cada vez una respuesta, e ineficaz— deba hacerse un movimiento y no otro. En una posición del medio juego, los grandes maestros harían distinta jugada, es decir, tomarían caminos distintos.
> A lo más puede establecerse que jugadas no pueden realizarse porque son malas —demostrándose enseguida por qué—, pero este sistema de eliminación, fácil para un grupo muy grande de jugadas que ningún jugador mediocre considera, ofrecería, en sus últimos análisis, las mismas dificultades que elegir la jugada mejor, como es evidente. Por otra parte, cada una de esas jugadas más o menos débiles, exige para su aprovechamiento que el contrario halle la respuesta justa o alguna de las respuestas eficaces. Por lo tanto, aún la jugada débil plantea un

> problema de tanta complejidad, o caso más, que la jugada exacta. Y si a esa jugada débil no se contesta bien, puede, automáticamente, convertirse en una gran jugada en el siguiente movimiento.
> Por lo pronto, tanto las blancas como las negras juegan para ganar, y tienen las mismas posibilidades, excepto la iniciativa, que es de las blancas, por convención. Pero aun cuando el hecho de tener las blancas la apertura, y por lo tanto la iniciativa, autorizara a pensar en una ventaja de tiempo, nada nos autoriza a decir que en un juego absolutamente perfecto sean las que inician las que hayan de ganar.

Hoy nos encontramos en este exacto punto: ya tenemos máquinas que juegan al ajedrez mejor que los hombres, y son pequeños *softwares* que están al alcance de todos. Las máquinas ya resolvieron el juego de damas: correctamente jugada la partida por ambas partes, es tablas. En cuanto a si las máquinas resolverán finalmente el ajedrez, todavía no está tan claro, y él sobrevive orgullosamente. Se está tratando de resolver por dos caminos: desde la apertura, mejorando las jugadas; las *tabias*[26] ya tienen hoy en muchos casos treinta y más jugadas, y la partida real comienza recién en la jugada siguiente. Y desde el final, mediante el método retrógrado. Primero se le cargó a la máquina un final de Rey y peón contra rey (tres piezas), y ella resolvió todas las posiciones. Luego se siguió con cuatro, cinco, seis y siete piezas, con el mismo resultado. Actualmente se está trabajando con los finales de ocho piezas, pero el avance es mucho más lento. El agregado de cada pieza produce una cantidad tan enorme de posiciones, que hasta el momento no se ha podido avanzar lo suficiente. ¿Qué pasará cuando se intente seguir con nueve, diez piezas?

Como decíamos antes, ya en aquel lejano 1925 Martínez Estrada había previsto ambos métodos:

> He aquí una pregunta que al ajedrecista puede parecer rara: ¿acaso una vez que se conociera la índole del juego, no resultara que abrir el juego, iniciar una línea de desarrollo, jugar, es ya estar inferior? La jugada inicial, ¿no será ya un punto débil?

> Para construir una máquina puede partirse de los siguientes conceptos:
> 1) De la apertura, eligiendo un número limitado de variantes, las reconocidamente mejores en cada línea, y fijas las respuestas y réplicas.
> 2) Estableciendo en cada posición una integral de valores, líneas de menos resistencia, puntos vulnerables, zonas débiles, por dispositivos electrónicos muy sensibles.
> 3) Partir de las posiciones de mate posibles y proceder por método regresivo. Este sistema se puede dividir en dos: mate con todas las piezas, mate con una pieza, con dos, etc. (...)
> **El ajedrez no consiste en las posiciones dadas, sino en las posiciones a devenir.** Y aun cuando de una posición dada siempre hubiera de llegarse a otra inmediata y una sola, esa posición única se obtendrá no sólo en función de la partida jugada hasta entonces, sino en función de las jugadas sucesivas hasta el mate, y que son incógnitas con integrales de incógnitas para cada una. Es decir, muy superior a lo que el hombre puede concebir, y por tanto, construir. Realizado un cálculo matemático, nos daría una suma inconcebible de posibilidades combinatorias, una suma inconcebible de mates posibles, una suma inconcebible de variantes previas a cada variante próxima, y así sucesivamente: una suma inconcebible de posibilidades de regresar a la posición inicial para cada una de las variantes.
> Pero aún quedaría por hallar el procedimiento para sacar ventaja del error. Y no hay que olvidar que un error mal contestado suele convertirse en jugada muy fuerte. Y además, como dice Tartakower, el ajedrez en realidad no se basa en la verdad sino en el error.
> **Una partida absolutamente correcta no sería ajedrecística; el ajedrez sería el juego más estúpido para un dios, y por eso es el más interesante para el hombre**. El ajedrez es esta lucha de la razón y de lo desconocido, en la síntesis de lo que el hombre puede hacer mediante su raciocinio, operando en un mundo que está más allá de su razón, y que se integra, aún en lo racional que tiene, con todo lo que en él hay de irracional, de instintivo, de absurdo, de delirante.

Y aquí estamos, a casi cien años de los textos de Ezequiel Martínez Estrada, con un panorama todavía no del todo definido: si bien es cierto que la máquina hoy día puede jugar al ajedrez y ganarle al campeón

mundial, no está tan claro que pueda resolver el juego. Es decir, no puede todavía afirmarse que, al hacer la primera jugada, si las blancas juegan 1.P4R (u otra), ganan, o empatan, o, tal vez, ¿pierden? Más lógico sería pensar que si las blancas y las negras realizan las mejores jugadas, la partida será tablas. También en esto tuvo razón Ezequiel Martínez Estrada: si hoy vemos las partidas absolutamente correctas jugadas por las máquinas entre sí, nos aburrimos soberanamente.

Partidas de Martínez Estrada halladas en la Fundación

(1) Martínez Estrada,Ezequiel - Isenberg,Carlos [B40]
Circulo, 10.11.1923
[Juan S. Morgado]
1.e4 c5 2.Cf3 e6 3.Cc3 a6 4.a4 Cc6 5.b3 Cf6 6.Ae2 [**6.Ab2 d5= Nikolic,S (2355)-Vouldis,A (2425)/Aegina 1995**] 6...d5 7.exd5 exd5 8.d4?! Da5?! [**8...cxd4 9.Ca2 Da5+ 10.Ad2 Db6 11.Af4 Ac5 12.0–0 0–0 iniciativa**] 9.Ad2 cxd4 10.Cb5?! [**10.Ce4 Dd8 11.Cxf6+ Dxf6 12.0–0=+**] 10...Db6?! [**10...Ab4 11.Axb4 Cxb4 12.Cd6+ Rd7 13.Cxf7 Cxc2+ 14.Rf1 Cxa1 15.Cxh8 Dc3 16.Cxd4 Ce4 iniciativa**] 11.a5 Dd8 12.Cbxd4 Dc7 13.0–0 Ad6 14.Cxc6 bxc6 15.Ad3 0–0 16.h3 h6 17.Ac3 Ch5 18.Cd4 Cf4 19.Af5? Te8? [**19...c5 20.Axc8 cxd4 iniciativa**] 20.Dg4? [**20.Axc8=+**] 20...Axf5? [**20...h5! iniciativa**] 21.Cxf5 f6? [**21...g6=**] 22.Axf6± Af8 23.Ab2?! [**23.Ta4±**] 23...Te6? [**23...h5 24.Dg5 Te6 25.Ta4 Ce2+ 26.Rh1iniciativa**] 24.Ac1! Ce2+ 25.Rh1 Cxc1? [**Permite un remate inmediato mediante una bonita combinación; si 25...Tae8 26.Cxh6+±**] 26.Cxg7!+– Te4 [**26...Axg7 27.Dxe6+ Rh7 28.Taxc1+–**] 27.Ce6+ Txg4 28.Cxc7 Ta7 29.hxg4 Cxb3 30.cxb3 Txc7 31.Tfd1 Rf7 32.Tac1 Ad6 33.Rg1 Ae5 34.Rf1 Rg6 35.g3 Rg5 36.f4+ Axf4 37.gxf4+ Rxf4 38.Txd5 Tf7 39.Tf5+ 1–0

(2) Falcón,Enrique - Martínez Estrada,Ezequiel [D63]
Mutualidad Postal y Telegráfica, 15.12.1927 ***[Juan S. Morgado]***
1.d4 d5 2.c4 e6 3.Cc3 Cf6 4.Ag5 Cbd7 5.e3 Ae7 6.Tc1 0–0 7.Cf3 c5 8.Ad3 b6 9.cxd5 exd5 10.Dc2 [**10.0–0 Ab7 11.dxc5 bxc5 12.Af5 Dumitrache,D (2495)-**

Glienke,M (2390)/Balatonbereny 1997] 10...h6 11.Ah4 Ab7 12.0–0 Tc8 13.Dd2 Ce4 14.Axe7 Dxe7 15.De1 Cdf6 16.Ce5 Ch7 17.f3 Ceg5 [**17...Cxc3 18.bxc3=**] 18.h4 Ce6 19.Ce2 Tfe8 20.Af5 cxd4 21.Cxd4?! [**21.Txc8 Axc8 22.exd4=**] 21...Txc1 22.Dxc1 Cxd4 23.exd4 Dxh4 iniciativa 24.Cxf7? [**24.Td1 Cf8**] 24...Dxd4+ 25.Rh1 Df6 26.Dc7 Te7 0–1

(3) Falcón,Enrique - Martínez Estrada,Ezequiel [D37] Año ¿?
Mutualidad Postal y telegráfica *[Juan S. Morgado]*
1.d4 d5 2.c4 e6 3.Cf3 Cf6 4.Cc3 Ae7 5.e3 0–0 6.Ad3 dxc4 7.Axc4 c5 8.0–0 a6 9.a4 Cc6 10.Dc2 [**10.dxc5 Axc5 11.De2 Dc7 12.e4 Cg4= Aturupane,H (2300)-Anand,V (2345)/Dubai 1986**] 10...cxd4 11.Td1 e5 12.exd4 exd4 13.Ce2 Db6 14.Cexd4 Cxd4 15.Cxd4 Ag4 16.Ae2?! [**16.Td3 Tac8 17.Ae3=**] 16...Tac8 iniciativa 17.Dd3 Tfd8 18.Ae3 Ac5 19.Axg4 Cxg4 20.a5 Dd6 21.h3?? [**21.g3 De5 iniciativa**] 21...Dh2+ 22.Rf1 Cxe3+ 23.fxe3 Axd4 24.exd4 Tc6 0–1

(4) Martínez Estrada,Ezequiel - Falcón,Enrique [E12] Año ¿?
Mutualidad Postal y telegrafica *[Juan S. Morgado]*
1.d4 Cf6 2.Cf3 e6 3.c4 b6 4.Cc3 Ae7 5.Af4 Ab7 6.e3 0–0 7.Ad3 c5 8.Cb5 [**8.0–0 d5 9.De2 Cc6 10.dxc5 bxc5 11.cxd5 exd5 12.Tfd1 Forintos,G-Karpov,A/Budapest 1973**] 8...d6 9.0–0 a6 10.Cc3 Ch5 11.Ag3 f5 12.Cg5?! [**12.d5 e5 13.Cg5 Axg5 14.Dxh5=**] 12...Cxg3 13.Cxe6 Dc8 14.Cxf8 Cxf1 15.Cxh7 g6 16.Rxf1? [**16.e4! Cxh2** a) **16...cxd4 17.Cd5 Axd5 18.exf5 Axc4 *(18...Rxh7 19.Dg4 con compensación)* 19.Axc4+ Dxc4 20.Dg4 con compensación;** b) **16...Rxh7 17.exf5 Cxh2 18.fxg6+ Rg7 19.Dh5 Dh8 20.Df5 con compensación; 17.exf5 Cf3+ 18.gxf3 Rxh7 19.f4 con compensación**] 16...Rxh7 iniciativa 17.d5 [**17.e4 fxe4 18.De2 Rg7 19.Axe4 Af6 20.Df3 Ta7 21.d5 De8 iniciativa**] 17...Cd7 18.e4 f4 19.Ce2?! [**19.Dg4 Rg7 20.Dxf4 Dh8 iniciativa**] 19...f3 iniciativa 20.Cf4 Ce5 21.Ce6 Dh8 22.gxf3 Rg8 23.f4? [**23.Rg2 g5 iniciativa**] 23...Dh3+ –+ 24.Re1 Cxd3+ 25.Rd2 Cxf4 26.Cxf4 Ag5 27.Rc2 Axf4 28.De2 Te8 29.Tg1 Rh7 30.f3 b5 0–1

(5) Falcón,Enrique - Martínez Estrada,Ezequiel [C44] año ¿?
Torneo de 3ª *[Juan S. Morgado]*

1.e4 e5 2.Cf3 Cc6 3.c3 Ac5 4.b4 Ab6 5.b5 Cce7 6.Cxe5 d5 7.exd5 Dxd5 8.d4 Cf6 9.Aa3 [**9.Cd2= Jesus,L-Santos,R/Lisbon 1998**] 9...Ae6 10.Ae2 Cf5?! [**10...Cg6 leve ventaja blanca; 10...Dxg2 11.Af3 Dg5 12.h4 Df5 13.Axb7 Tb8 14.Ag2 posición compleja**] 11.Af3 iniciativa Ce4? [**11...Dxb5 12.Axb7 Cxd4 13.cxd4 Aa5+ 14.Cd2 Axd2+ 15.Dxd2 Dxb7 16.0–0 iniciativa**] 12.0–0?! [**12.Cd2+–**] 12...Cxd4?! [**12...Ch4 13.Te1 Cxf3+ 14.Dxf3 Cf6 15.Cd2±**] 13.Axe4+– Dxe4 14.Te1 Dd5 15.c4?! [**15.cxd4 Dxd4 16.Df3±**] 15...Dd8 16.Da4? [**16.Cc3±**] 16...c5? [**16...a6 17.bxa6+ c6 con contrajuego**] 17.bxc6+– bxc6 18.Cc3 Tc8 19.Tad1 f6 20.Cxc6 Txc6 21.Txe6+ Rf7 22.Txc6 Te8 23.Td6 Ce2+ 24.Cxe2 Db8 25.Db3 1–0

(6) (EME) 0 Falcón - (EME) 0 Falcón [C15] Año ¿?
Torneo de 3ª *[Juan S. Morgado]* [la planilla no indica los nombres de los jugadores, que se supone son EME y Falcón.]
1.e4 e6 2.d4 d5 3.Cc3 Ab4 4.Cge2 dxe4 5.a3 Axc3+ 6.Cxc3 Cf6 7.Ag5 e3 8.fxe3 h6 9.Ah4 a6 10.Ad3 Ad7 11.0–0 Ac6 12.b4 Cbd7 13.b5 axb5 14.Cxb5 0–0 15.Cc3 g5 16.Ag3 Ad5 17.Cxd5 Cxd5 18.Dh5 Rg7 19.Ae5+ Cxe5 20.dxe5= [**jugadas restantes ilegibles**]
=

NOTAS

1 El artículo de Miguel de Unamuno a *La Nación* indicaba ‹«Salamanca, junio de 1910», y fue publicado en el diario durante la primera semana de ese mes. El 10 de junio, durante la asamblea del Club Argentino, su presidente, doctor Antonio Montenegro, leyó un fuerte discurso a favor del ajedrez y repudiando los conceptos de Unamuno.

2 Me parece más justo calificar a la llamada Ley Saenz Peña, a secas, de esta manera, ya que si no hubiera sido por las revoluciones del caudillo radical el político aristócrata nunca hubiera accedido a promoverla.

3 El príncipe Piotr Alekséyevich Kropotkin (1842-1921) es considerado como uno de los principales teóricos del movimiento anarquista.

4 John (Juan) O'Dwyer Creaghe (1841-1920) fue un médico irlandés anarquista que actuó en la Argentina.

5 Alberto Ghiraldo fue un escritor argentino que adhería a esas ideas.

6 Por lo que se ve en las partidas jugadas entre Enrique Falcón y Ezequiel Martínez Estrada hacia 1927, sus fuerzas eran más o menos equivalentes. Cuatro años después Falcón ascendía a la categoría superior.

7 Roberto Gabriel Grau 1900-1944; Valentín Fernández Coria 1896-1955, Luis Argentino Palau 1897-1971, Damián Miguel Reca 1894-1937.

8 Ajedrecistas que se destacaron principalmente entre 1918 y 1923.

9 Esta siguiente generación de jugadores sobresalió entre 1926 y 1932.

10 Sigla de la Federación Argentina de Ajedrez.

11 El doctor Carlos Alberto Querencio era un reconocido médico. Adhería al sector más emprendedor del Club Argentino, y permaneció en la presidencia de la FADA aún después que el Club Argentino se separara de la misma.

12 El Centro Ajedrecista de Lanús estaba ubicado en José C. Paz 165, actual avenida 9 de Julio de esa localidad.

13 Luis Puharré ascendió rápidamente a la categoría superior, falleciendo muy joven.

14 Richard Reti era uno de los más fuertes jugadores del mundo, creador de la teoría del ajedrez hipermoderno. Estuvo en la Argentina alrededor de tres meses, y sus enseñanzas dejaron notorias influencias en el estilo de varios de los mejores ajedrecistas argentinos.

15 Podría decirse que para esta época había seis o siete ajedrecistas de categoría superior, unos diez de primera, treinta de segunda, y después venía un grupo más grande de unos cuarenta, entre los que se ubicaría Martínez Estrada.

16 Martínez Estrada estaba fascinado con el descubrimiento de los Rayos Roentgen, y menciona el hecho en varias ocasiones en *Filosofía del Ajedrez*. Además, le dio el título a *Radiografía de la pampa*.

17 En varias oportunidades sus apellidos aparecieron invertidos, y la E transformada en C.

18 No han podido encontrarse los resultados finales de esta sesión. Recordemos que este club tenía su sede en el monumental y lujoso edificio de Florida 783, y fue uno de los primeros en afiliarse a la FADA.

19 Tito Maccio Plauto (251-184 a.C.). Comediógrafo, cuya gran contribución literaria reside en su lenguaje de gran riqueza: *Lobo es el hombre para el hombre, y no hombre, cuando desconoce quién es el otro.*

20 Órgano ejecutivo de la FADA.

21 No se publicó la tabla de posiciones de los torneos de cuarta categoría.

22 Gaspar Darwin Soria fue un jugador de primera categoría durante largos años, tanto en el ajedrez frente al tablero como en el ajedrez postal. Vivió en Concordia, Posadas, Córdoba, Mar del Plata y Buenos Aires. Fue presidente de la FADA en el período 1974/8. También fue presidente del Círculo de Villa Martelli, y poseedor de la colección más importante de libros de ajedrez antiguos de la Argentina.

23 Luis Atencio fue un destacado ajedrecista de 1ª categoría de La Plata. Jugó con Reti en las simultáneas del 16 de diciembre de 1924, y participó en varios campeonatos de la ciudad. La familia Atencio es muy conocida en esta ciudad.

24 *Escritores y poetas en el arte-juego ciencia*, Gaspar D. Soria, *Deporte y Arte* n.° 2, octubre de 1977.

25 Giacomo Inaudi (1867-1950) fue un famoso calculista, estudiado por el psicólogo Alfred Binet. Era pastor de ovejas, pero pronto se destacó por su extraordinaria memoria, dando exhibiciones en los teatros. Su cráneo fue estudiado por Broca.

26 Posiciones estandarizadas desde donde la partida comienza en la práctica.

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 224-237.

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA Y EL ABORDAJE DE LAS RELACIONES INTERÉTNICAS EN *RADIOGRAFÍA DE LA PAMPA*. ¿PROFETA QUE HABLABA EN EL DESIERTO?

Dra. María Mercedes González Coll
Universidad Nacional del Sur

Introducción

La presente ponencia es una aproximación que pretende pesquisar, a partir de una lectura etnohistórica de la obra de Ezequiel Martínez Estrada *Radiografía de la pampa*, su personal mirada sobre las relaciones interétnicas hispano indígenas y criollo indígenas.

Los temas a desarrollar serán: la imagen del mundo indígena en Ezequiel Martínez Estrada, la mujer indígena como ser vulnerable en un mundo dominante y culturalmente ajeno y la ruptura de los sueños de los conquistadores y de los criollos que produjeron la barbarización de la pretendida civilización que se intentó imponer.

El abordaje se hace desde las herramientas que nos brinda la etnohistoria; de manera que a partir de las propuestas de esta disciplina se logra conjugar el método crítico propio de la historia y la inter-pretación a partir de la teoría antropológica y establecer estrategias suficientes para registrar la mirada del autor sobre los temas que nos interesan a través de convertir el texto, en este caso *Radiografía de la pampa* en documento válido para esta reconstrucción.

Marco teórico

Como afirma el autor, cada una de las partes de *Radiografía de la pampa* integra un tema fundamental de psicoanálisis social. En sus propias palabras «que yo, intuí veinte años antes de que se aceptase como método científico de interpretación» (Martínez Estrada, 1969: 131-6).

Igualmente podríamos afirmar que toca el tema de la identidad y la interetnicidad y sus traumáticas relaciones en la cultura de frontera étnica que se gesta en un espacio que él llama Pampa, a partir del siglo XVI, muchos años antes que la Etnohistoria, subdisciplina emergente de la antropología a partir fundamentalmente de los procesos de decolonización tras la posguerra, fuera formulada como tal.

La Etnohistoria es un campo de conocimiento que consiste en el estudio del proceso histórico de interacción retroalimentadora o dialéctica hegemónica entre alteridades sociales colectivas, creadas, modificadas y eventualmente disueltas por ese mismo proceso[1].

Siguiendo a Bechis, consideramos a la etnicidad como un proceso relacional que da cuenta de la relación interétnica o sea entre grupos sociales en un contexto de contacto y distinción entre el grupo mío o comunidad mía y los grupos otros o las otras comunidades.

A cada una de estas unidades sociales en un contexto de contacto la llamaremos etnia. Tomaremos a estas etnias como una realidad emergente en el proceso de etnicidad es decir entre grupos que se auto consideran y son considerados por otros como culturalmente distintos.

Hay que tener en cuenta que las identidades étnicas no solo cambian con el tiempo sino que, más importante aún, cambian en términos de la específica situación relacional o contexto relacional.

Para que haya un grupo o comunidad que exprese en alguna forma su contenido étnico fragmentado, inventado o mejorado pero contenido al fin, tiene que haber otro grupo o comunidad que esté en conflicto con ella. No puede haber una etnia que exprese su etnicidad en soledad sino directa o indirectamente frente a otro que pueda competir por algún interés mutuamente excluyente.

Las etnias en oposición son ambas un emergente simultáneo, un producto del conflicto que las crea.

También hay que considerar las reacciones étnicas de resistencia, una de las formas más generales que estas toman son el surgimiento de etnias en la oposición conflictiva.

Etnia, etnicidad e interacción retroalimentadora o dialéctica son los instrumentos metodológicos aglutinantes en esta mirada.

La aplicación al texto del análisis etnohistórico nos habilitaría

> el estudio de un proceso histórico de interacción dialéctica hegemónica entre alteridades sociales colectivas, creadas, modificadas y eventualmente disueltas por este mismo proceso (Bechis, 2005).

En este trabajo, la lectura de *Radiografía de la pampa* se hará desde la interacción retroalimentadora interétnica dirigida por la consecución de metas excluyentes por parte de las etnias participantes las que fueron o van definiendo por medio de la construcción de barreras socio-cul-turales, tanto sus características como las características del otro en conflicto.

El espacio, el tiempo, la naturaleza y los hombres

Si bien desde el título, el autor nos indica un determinado espacio, la pampa, mucho se ha discutido sobre el significado y alcances del término.

La angustiosa descripción de estas tierras sin límites visuales, llanos anchos y monótonos, nos remiten a la geografía de las pampas, fun-

damentalmente de la pampa seca y norpatagonia, sin embargo y también como afirma Leo Pollman (1996), el autor dice pampa con minúscula, porque no piensa solamente en el territorio pampeano, sino en las pampas como casi sinónimo del interior e incluso, no se limita al interior y a las pampas: su objeto es la Argentina con sus estructuras, que según Martínez Estrada, abrazan también a Buenos Aires.

Al hablar de pampa como espacio, trasciende el lugar en sí, lo extiende a los destinos del país.

El tiempo histórico, en que ubica su relato es lineal, abarcaría desde la llegada del conquistador hasta su tiempo y podríamos decir aún más allá, pero existencialmente es también un tiempo circular, ya que sea en el período hispano indígena o en el criollo indígena, el drama vuelve a comenzar.

Además se observa que tiempo y actores se conjugan de manera yuxtapuesta, posiblemente como escusa o intención adrede del autor de alterar la ecuación acontecimiento/tiempo histórico real, con la finalidad de fortalecer el objetivo del ensayo: la reflexión abierta sobre la barbarización de la civilización en estas tierras y la crisis de identidad nacional.

Al respecto hagamos algunas precisiones Si consideramos pampas, incluyendo Chaco y Patagonia, sabemos que recién se integraron a la soberanía nacional tardíamente, últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, tras las conocidas compañas del Gral. Roca y el Gral. Victorica.

Tras la frontera trazada por el blanco se extendía la inmensa territorialidad del indígena libre. Cabe recordar que es durante el siglo XIX, específicamente su primera mitad cuando los cacicatos indios cobran mayor poder e incidencia. Pensemos por ejemplo en el poder de Calfulcurá.

En este análisis de la historia argentina desde la conquista europea, parece ser que su intención es captar la esencia de la identidad argentina, se persigue establecer un diagnóstico para los problemas y males argentinos, dónde al hablar de pampa el término se convierte en un

espacio metafórico para su radiografía, que permanece y evoluciona con sus errores a través del tiempo.

El nuevo mundo no tenía forma ni estaba ubicado en el planeta según la concepción de los europeos. Era una tierra vasta formada por imágenes, que pertenecían a los sueños que tenían los españoles antes de partir. Esos sueños surgían de la hiperbolización que sufrían en la transmisión oral los relatos sobre América. Esta hiperbolización era favorecida por un léxico pobre y una inteligencia torpe. América era un mundo nacido por error, que despertaba la ambición y la soberbia de un pueblo español que había estado sometido durante siglos por los árabes.

Embarcarse era huir de la realidad, Abandonar el Viejo Mundo les permitía dejar atrás a sus familias sin lastre y sin dinero, para llegar a una tierra con regímenes sociales menos exigentes, que les eran más convenientes que las modalidades de lo conocido. Llegaban a un mundo lejano, del cual nada conocían. Esperaban encontrarse con monstruos, dificultades y riquezas. Aquí radica el espíritu aventurero del conquistador.

El recién llegado no encontraba indicios que le ayudaran a concebir al Nuevo Mundo como un sistema racional y continuo.

Cuando llegaron a América se dieron cuenta que la realidad del suelo se superponía a la realidad de la utopía. La vida en América era radicalmente opuesta a la que se vivía en Europa

Lo único que no variaba era la tierra y el que llegaba al Nuevo Mundo se aferraba a este bien. En palabras del autor, «el Nuevo Mundo…había nacido de un error» (Martínez Estrada, 1933: 9). «La amplitud del horizonte que parece siempre el mismo… da la impresión de algo ilusorio en esta ruda realidad del campo» (Martínez Estrada, 1933: 12). «La pampa es una ilusión; es la tierra de las aventuras desordenadas en la fantasía de un hombre sin profundidad…» (Martínez Estrada, 1933: 12).

Los que se embarcaban venían soñando, recalentadas sus cabezas con irrealidades muy propias de las narrativas del siglo XVI/XVII, estas crónicas y diarios de viajes constituían una tentativa de justificación y propaganda sobre el dominio de este nuevo espacio geográfico y sobre todo de señorío de esa naturaleza desconocida que les era esquiva. La

naturaleza, es vista como enemiga, y al ningunear al hombre natural de estas tierras la vacían de contenido cultural. Como afirma Larraín (2001), esa mentalidad extraña a la tierra va a ser heredada por los siguientes períodos criollo indígenas, ya sea durante la independencia o en el estado moderno y aún durante el siglo XX, cuando el proceso modernizador cobre fuerza, se profundizará también el afán de explicar este mundo que, a ojos de la elite letrada que formada en los patrones hegemónicos europeos, parecía inexplicable.

Lo único que no variaba era la tierra y el que llegaba al Nuevo Mundo y sus descendientes, se aferraban a este bien

Martínez Estrada, presenta a la naturaleza como un actor cargado de misterio y poder, se rinde a ese misterio desde las primeras páginas, que comienzan con un primer capítulo denominado *Trapalanda*, al territorio quimérico donde existirían príncipes indígenas rodeados de inmensas riquezas y elíxires de eterna juventud, país ilusorio, el imperio de Jauja, que atrajo al conquistador y al colono con su promesa de oro y especias. La desilusión fue que en vez de *Trapalanda*, pisaba una tierra agreste, que sería preciso labrar y sembrar, regar con sudor y sangre para obtener su fruto. El intruso decepcionado concibe una seudo trapalanda que en su frustración no le recuerde la derrota. Quiere lo que no tiene, y lo quiere como lo que quiso tener.

El énfasis recae permanentemente en la lucha entre una naturaleza caracterizada por su descomunal fuerza y el hombre. Sin embargo, para el mundo indígena, América, las pampas, eran un mundo simplísimo hasta la llegada de los españoles. Luego éstos incorporaron un aparato burocrático muy corrupto y el conquistador, su descendiente y el criollo vieron cómo peligraba la posición del único elemento inalterable al que se aferraban: la tierra.

El indígena había vivido en perfecto equilibrio con la naturaleza; se relación con el medio ambiente le había permitido crear y recrear formas culturales que le permitían la perdurabilidad. El europeo no estaba dispuesto a ejercitarse en la rudimentaria tecnología indígena, aunque siempre que pudo aprovecho sus técnicas y su fuerza de trabajo, ya sea con

la implementación de instituciones españolas como la encomienda o propiamente indígenas como la mita.

Al decir de Martínez Estrada, esta tierra ‹‹que no contenía metales a flor de suelo, ni viejas civilizaciones que destruir«…sino puñados de salvajes desnudos» (Martínez Estrada, 1933: 14) se les presentó como un bien metafísico no solamente al conquistador sino también al hijo, a su descendencia. Constituyó un bien de poder, documento de dominio, de jerarquía. Conquistaba extensión; dominaba millares de leguas cruzadas por indígenas fugitivos.

El conquistador y su descendencia, en vez de cooperar con la naturaleza, de labrar, cercar, cultivar, hizo leyes para dar a esa posesión usurpada valor jurídico.

El indígena fue su enemigo, defendía su territorialidad, pero también había incorporado a su cultura la verdadera riqueza, que introducida a estos espacios por los europeos se había adaptado a la naturaleza, prosperado y naturalizado. Nos referimos a la riqueza ganadera.

Ganado vacuno y equino que había sido amansado en un caso y domesticado en otro por los indios, que justamente por conocer su territorio, sabían de potreros fértiles y aguadas.

Territorio, ganado y rutas estaban en la base del conflicto étnico.

La destrucción del mundo indígena era asegurarse el usufructo de la tierra, pero a la vez destruir la evidencia de su fracaso. El conquistador, «tomaba así la represalia por el engaño de la naturaleza y contra el hombre (natural) a la vez» (Martínez Estrada, 1933: 16).

Esta venganza significaba la derrota de un sueño irracional, implantado por la fuerza en una naturaleza, con la fuerza del pleistoceno; era a la vez la victoria de la tierra, el triunfo de la prehistoria (Martínez Estrada, 1933: 19).

Afirma el autor que «las poblaciones regresaron a un estado inferior, las recidivas de la barbarie, más rudos que el estado natural, es una renuncia la civilización» (Martínez Estrada, 1933: 19).

A los conquistadores y colonos siguieron la inmigración; vinieron sin armas, venían a conseguir dinero como las anteriores tierras y prestigio; a

trabajar, como los otros a pelear; a colectar y partir, como los otros. Con sueños y engaños, como los otros. La situación moral de este nuevo colono desengañado era al fin la misma del conquistador harapiento, famélico, con su harén de indias inmundas (Martínez Estrada, 1933: 21). Tenía ovejas, vacas, su rancho (pero) era una res en el cálculo del terrateniente y del financista (Martínez Estrada, 1933: 21).

La verdadera riqueza de ganado, rastrilladas, rutas y conocimiento del territorio, lo tenían los indios.

Al respecto nos dice Martínez Estrada: «salvajes y animales formaban una curiosa entidad de resistencia, de mutuo amparo conviviendo con las normas vitales que el desierto (pampa) y el enemigo les imponían». (Martínez Estrada, 1933: 22). Con ello se planteó en términos categóricos la lucha sin piedad, renuncia a todo pacto o transacción. Se impuso la norma del odio.

El viejo y nuevo conquistador, se proclamó Señor de la tierra, de sus hombres y de sus cosas. Los rodeos y manadas eran tesoros, arrebatárselos fue la empresa, más que cuidarlos y criarlos.

Los animales, multiplicados en el misterio de la planicie, eran por adopción del indio. Al dominio del indio sometido a la defensa se lo persiguió, y para lograrlo, el dominador debió tomar los hábitos del despreciado aborigen, debió aprender de su táctica de combatir y vivir; usó el arma que él había adoptado, se juntó con la mujer de la toldería y dejó descendencia (Martínez Estrada, 1933: 24)

El blanco perpetuaba con saña la humillación engendrando en las indias «cuya desnudez le inflamaba instintos caprinos a la vez que desprecio» (Martínez Estrada, 1933: 26). Pero en esa siembra desdichada nacían enemigos… Nuevamente el blanco afrentaba a la naturaleza y al autóctono juntamente; ambos más tarde, en lo que él hacía y engendraba le pedirían cuentas de sus delitos. El indio, destinado por el modelo a desaparecer, redobló su voluntad de no someterse y no murió. Fue confinado, pero desde la frontera étnica lanzaría su amenaza pertur-bando el disfrute pacífico del despojo.

> Allá lejos estaba inminente… golpeando a las puertas de las ciudades, hasta que se presentara en el malón, a rescatar sus mujeres raptadas, sus hijos sometidos, sus animales y terrenos confiscados sin derecho (Martínez Estrada, 1933: 27).

El fin de otro sueño, el mestizaje como factor de encuentro

Las uniones casuales entre el invasor y la mujer indígena sometida dejaban una consecuencia irremediable en el mestizo, que llegada su hora se volvería contra el pasado y la sociedad; «de ella brotarían las guerras civiles y las convulsiones políticas posteriores con sus cabecillas mestizos o mestizados» (Martínez Estrada, 1933: 28) fieles represen-tantes de una emergente cultura mestiza identitaria.

Al mestizo se le había engendrado en la infamia. Era más indio que blanco, sobreviviente y custodio de la raza materna, la madre pertenecía a los vencidos, moriría, pero él era el pueblo que iba a quedar.

A los ojos del mundo indígena, el blanco debió representar aspectos inferiores de animal insaciable. La india sirvió al invasor de piel blanca como nocturno deleite. No se le exigía amor, ni siquiera fidelidad, porque «el macho y la hembra estaban juntos anatómicamente … en condición de bestias de trabajo y placer» (Martínez Estrada, 1933: 29). Una nota interesante es la que trae a colación Martínez Estrada cuando nos recuerda que muchos cronistas hubieron de confesar que el contacto con el blanco depravó a los indígenas en la pureza de sus vidas simples.

Mientras que en la toldería de cuero y paja, la mujer india tenía su lugar como madre, esposa, hermana, hija. Era mujer en el sentido social, sentimental, corporal y se sujetaban a una moral indígena donde el adulterio por ejemplo era penado, el choque cultural deshizo sus costumbres sin reemplazarlas por otras. El blanco, arrancó a las mujeres del hogar y se las llevó consigo para satisfacción propia u ofrenda carnal a su amo.

Formaban las indias parte del botín, cargadas de hijos, podían repudiarse y hacer que volvieran a los toldos, a que las matasen o

escarneciesen. Hacían los trabajos que el blanco consideraba humil-lantes; sembrar, cuidar del ganado doméstico, tejer, extraer agua y leña, cocinar, limpiar. Se encargaba pues del hogar y del campo, además engendraba hijos mestizos.

El mestizo optó por el mundo materno y el indio se hizo cada vez más desconfiado.

Civilización y barbarie

La Historia está constituida por una urdimbre repleta de misterios; en este sentido el autor trata de demostrar cómo lo civilizado se barbarizó, como la resultante de esa historia que comenzó con la colonización, terminó con la derrota del proceso civilizador tal como lo proponía Sarmiento.

La dicotomía civilización/barbarie traía en su seno los dilemas de la modernidad, los antagonismos de un continente que convivía en un mismo tiempo histórico con órdenes sociales estructuralmente distintos. Ese ideario civilizador que servía de modelo, hacía que todo lo europeo fuera apetecible y los grupos hegemónicos eran los propagadores orgánicos y militantes del mismo. Todo lo que representase la modernidad europea y fundamentalmente parisina era muy bien aceptado y venerado como símbolo de civilización.

Lo que para Sarmiento significaba introducir la civilización, a saber hacer inmigrar gente de Europa que remplazara al habitante natural, para Martínez Estrada era no respetar la personalidad del país, caer en la trampa de sustituir lo cualitativo por lo cuantitativo de una seudo civilización.

Martínez Estrada, no quiere implantar una civilización ajena como Sarmiento, lo que quiere es que se desarrollara una cultura argentina y americana propia (Pollmann, 1995).

El autor intenta mostrar los males que han inhibido el desarrollo de esa cultura propia, tanto en lo material como en lo espiritual.

Los problemas que padece la argentina propone el autor, se deben a que esta es una mala copia, destinada a ser una mala imitación de Europa,

la nación se convierte entonces en una realidad falseada, en un simulacro (Altamirano y Sarlo, 1983).

Conclusión

Nos interesa reproducir los propios testimonios del autor que a modo de conclusión nos marcan el qué, el cómo y el para qué de su ensayo.

> Basta leer los tres párrafos finales de *Radiografía de la Pampa*, este libro amargo y saludable, escrito con lágrimas y pagado con el sacrificio ritual de mi vida. Se los recordaré: Los baluartes de la civilización habían sido invadidos por espectros que se creían aniquilados, y todo un mundo, sometido a los hábitos y normas de la civilización, eran los nuevos aspectos de lo cierto y de lo irremediable. Conforme esa obra y esa vida inmensas van cayendo en el olvido, vuelve a nosotros la realidad profunda. Tenemos que aceptarla con valor, para que deje de perturbarnos, traerla a la conciencia, para que se esfume y podamos vivir unidos en la salud (Martínez Estrada, 1958).

Por mi parte, con respecto a la cuestión de la etnicidad y de las relaciones interétnicas, mundo indígena/estado, considero que los planteos de Ezequiel Martínez Estrada son válidos, cual profeta que habla en un desierto.

Con respecto al tema indígena, nuestro país es en la actualidad unos de los más avanzados en cuanto a la sanción de leyes proactivas. Desde la reforma constitucional de 1994, que en el artículo n.° 75, inc. 17 consagra los derechos de los pueblos indígenas; las Leyes Nacionales 23302 y 26160 entre las más relevantes y además la incorporación de convenciones internacionales como la 169 de la OIT y la Declaración Universal de los Derechos Indígenas de ONU. Sin embargo las comunidades indígenas siguen siendo en la actualidad los grupos sociales más vulnerables, sin tierra, sin trabajo en la mayoría de los casos ni en blanco ni en negro, sin salud, sin educación concreta que contemple el fortalecimiento de su cultura, sufriendo violencia de género y trata.

Si el profeta del desierto, escribiera en estos días, seguro que llamaría nuestra atención hacia estos problemas que nos rodean y seguro que los señalaría como causales también del desencuentro cultural, en el que todo vuelve a empezar, ya no en forma circular, sino en un tiempo espiralado y acumulativo, sin solución de continuidad.

Bibliografía

Altamirano, C. y Sarlo, B. *Ensayos Argentinos: De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: CEAL, 1983.

Bechis, M. «La interacción retroalimentadora o dialéctica como unidad de análisis de la Etnohistoria, un campo antidisciplinario del saber». *VI Congreso Internacional de Etnohistoria*. Buenos Aires: Multimedia, 2005.

Cvitanovic, D. «Radiografía de la pampa en la historia personal de Martínez Estrada». En Ezequiel Martínez Estrada. *Radiografía de la Pampa*. Leo Pollmann coordinador, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1996.

Corvalán, G. N. V. *Leer y escribir*. México: Joaquín Mortiz, 1969. Edición digital.

Lamoso, A. «Literatura y política: dilemas culturales en *Radiografía de la Pampa* de Ezequiel Martínez Estrada». *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 40, Buenos Aires, 2006, págs. 333-342.

Larraín, J. *Identidad Chilena*. Santiago: Lorn, 2001.

Martínez Estrada, E. *Radiografía de la pampa*. Buenos Aires: Losada, 1985.

Melo, A. A. «Reflexiones sobre la identidad latinoamericana». *Persona y sociedad*. Río de Janeiro, Universidad Alberto Hurtado, vol. XX, n.° 2, 2006, págs. 41-52.

Pollmann, L. «Introducción del coordinador». En Martínez Estrada, Ezequiel. *Radiografía de la Pampa*. Leo Pollmann coordinador, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1996.

Rosman, S. *Fragmentos: Ensayos y Nación en Martínez Estrada.* New York University, (Copia s/f).

NOTAS

1 Cfr. La interacción retroalimentadora o dialéctica como unidad de análisis de la Etnohistoria, un campo antidisciplinario del saber. En Bechis, Martha. *VI Congreso Internacional de Etnohistoria*. Buenos Aires, 2005.

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 238-246.

PROPUESTA DE TRASLADO DE LA CAPITAL: BASES PARA EL DESARROLLO DE UNA VISIÓN ESTRATÉGICA DE TRANSPORTE

María Angélica Viceconte
Raúl Oscar Dichiara

Introducción

El motivo del presente trabajo nace a partir de una carta de Ezequiel Martínez Estrada publicada en el diario *El Atlántico* en diciembre de 1955. La misma está dirigida al General Aramburu, expresando los motivos por los cuales Buenos Aires no debería ser sede del Gobierno. Más aún proponía a Bahía Blanca como capital de la República, fundamentos que claramente podrían actualizarse sin cambiar nada de la redacción original. Sus motivaciones y sus fundamentos son claramente válidos en la actualidad. No obstante estas conclusiones son parte del resultado de sus ensayos *La Cabeza de Goliat* y *Radiografía de la pampa*. Es decir, estos fundamentos no son casuales sino estudios profundos que cimientan esta fundamentación,

afirmación y convicción. Una cita destacada del artículo mencionado es la siguiente:

> ... lo hago convencido de que mi proyecto no es un exabrupto, sino resultado de algunos estudios y reflexiones que expuse en *Radiografía de la Pampa* y en *La cabeza de Goliat*, donde planteé la situación creada al país por la federalización de Buenos Aires y que significa esta ciudad en el metabolismo nacional de la cultura y la riqueza. De no resolverse bien ahora lo que se resolvió mal en 1880, no pasarán cincuenta años sin que Buenos Aires tenga ocho millones de habitantes y el país sea una granja para alimentar a sus zánganos. No es preciso ser profeta para un vaticinio tan escolar. Todo el superávit de esa ciudad es el déficit de la Patagonia.

El objetivo del presente trabajo es recuperar el pensamiento plasmado en el estudio realizado por Martínez Estrada relacionado a la «Reorganización Geográfica» que se vincula con la relocalización de la capital y comprender su relación con conceptos actuales de economía del transporte y sustentabilidad.

Más allá de que el resultado de su estudio haya sido expuesto hace más de cincuenta años, rescatamos su pensamiento como un análisis estratégico de reordenamiento geográfico para el logro de la economía del transporte. Nuestro objetivo es identificar las bases fundamentales de la reorganización geográfica nacional en el marco del análisis de Martínez Estrada. Retomando la idea del estudio del pasado de nuestra nación argentina y su proyección para un futuro ya cumplido. El presente trabajo tiene cuatro secciones. En la primera, exponemos las bases fundamentales de la economía del transporte. En la segunda parte, la noción de sustentabilidad relacionada con la economía del transporte. En la tercera, la noción de reorganización geográfica previa y necesaria de una visión estratégica de país. Y finalmente, algunas apreciaciones en relación a la relocalización de la capital particularmente la consideración de Bahía Blanca como capital de la República.

Economía de transporte

Para el desarrollo de la economía y la competitividad de un país, la economía del transporte y la estrategia de transporte juegan un rol fundamental. La primera noción está relacionada a la elección del modo más económico, es decir de menor costo.

Desde una perspectiva micro logística (decisión de empresa) una vez definido el modo, la operación debe desarrollarse un marco de eficiencia. Esto implica por ejemplo, que cuando se opera con un modo como el camión, un objetivo de la operación consiste en no realizar transporte sin carga. Es decir, «no transportar aire»[1]. Este tipo de acciones ganaron costos adicionales que finalmente se trasladan al costo de los productos. Las tarifas de los transportes aumentan y por ende el costo de los productos también. Por lo tanto, la determinación de una estrategia de transporte a nivel nacional es fundamental para el logro de un desenvolvimiento económico y productivo aceptable.

En este sentido es necesario considerar que, una de las decisiones típicas que toman las empresas está relacionada con la selección de modos de transporte dentro de la infraestructura disponible. Una elección típica entre medios terrestres es la de elegir entre el transporte entre tren o camión. En ambos casos, una operación eficiente consiste en enviar una unidad de transporte completa con carga y en destino descargar y volver a traer carga completa. Como parte del trabajo de coordinación de los operadores logísticos consiste en lograr este objetivo denominado comúnmente *round trip* [2]. Adicionalmente no debería incurrirse en tiempos muertos o interrupciones durante la operación de tráfico y cargas y descargas. Esta operación debe llevar la menor cantidad de tiempo posible.

En la práctica para lograr este objetivo hace falta más que co-ordinación, ya que muchas veces en los lugares de destino no existen cargas disponibles y adaptables al tipo de vehículos y compatibles con otras cargas transportadas. El problema de carga y flujo de carga se transforma en un problema de la operación que excede a la operación y está relacionado con una concepción estratégica geográfica de producción y transporte. En países

del mundo la estrategia de transporte está basada en la estrategia territorial. Es en este punto en donde encontramos una coincidencia entre el diagnóstico realizado por EME en sus ensayos *Radiografía de la pampa* y *La cabeza de Goliat*.

Asombrosamente encontramos en la primera de estas obras más de una afirmación relacionada con la falta de planificación no solamente del transporte carretero y la red vial sino también, y más profundamente, la falta de planificación estratégica en relación al trazado de las líneas de ferrocarriles, impuestas externamente para justificar empréstitos al servicio de capitales foráneos. Más aún fundamenta las razones por las cuales, se realizó el trazado que aún se mantiene:

> De todos esos itinerarios, Buenos Aires es el punto de llegada y de partida. Las líneas quedaron establecidas entre Buenos Aires y Europa mucho antes de que la hubiese con el interior. Puerto de embarque y atracadero de buques repletos de gentes en busca de bienestar, fue desde los comienzos la lupa a través de la cual se vio a la Republica. (…) El puerto estaba unido a Europa; había que unirlo al interior y para ello se trazaron las rutas del hierro, siguiendo en parte la dirección de las manos aplicadas al trabajo , pero mucho más principalmente, siguiendo la marcha de los buscadores de riquezas (Martínez Estrada, 2011: 83).

Plantea alguna fundamentación en su distribución, pero con mayor predominio de las necesidades externas que internas del país.

> Al establecerse con carácter permanente algunas de esas líneas de comunicación, el interior comenzó a moverse y las distintas regiones que formaban la República fueron colocándose en disposición diversa, según sus pastos, calidad de tierra y otros factores. Los caminos produjeron desplazamientos de tierras y de los ganados; a la vez que algunos puntos se ponían en contacto con la metrópoli, otros se apartaban hacia las regiones del pasado y la soledad (Martínez Estrada, 2011: 84).

Lo que representa un descubrimiento también es que en los mismos párrafos, lejos de trazar un ferrocarril al servicio del comercio y las

necesidades de fomento local, estos han destruido la industria nacional de aquella época, favoreciendo las exportaciones para equilibrar la balanza con el mercado local. Es decir, el intercambio de productos de valor agregado por productos de nuestra tierra. De esta forma, se retrae la incipiente industria nacional.

> El predominio de la agricultura, en los años de buena cotización para el grano, aportaba en un reflujo de anhelos y de brazos, a las poblaciones hacia otros terrenos preferibles. El movimiento de ese interior errante, inestable, obedecía a la demanda del producto en mercados desconocidos. Se iban organizando los pueblos y diseminando las vidas según las fluctuaciones de esos precios, al servicios de intereses cuya sede central estaba de aquel lado del océano. Más aún ME agrega, «Cada vez menos podremos organizar nuestra existencia independiente, ni producir otras materias que las que demanda un mundo cuya necesidad de consumo determina nuestra necesidad de producción» (Martínez Estrada, 2011: 84).

Otro mito, es el de que el ferrocarril vino a unir regiones, lejos de esta afirmación EME indica y justifica las razones por las cuales no ha sido sino otra herramienta de división:

> A la vez que se lo perseguía (haciendo referencia al indio) iba arrastrando por él; marchaba a su zaga como la retaguardia de las hordas fugitivas. AI azar de tales avances sembraba de posiciones el trayecto y la victoria no significaba nada, porque era lo complementario de la huida del salvaje. Ese itinerario pudo ser otro, y entonces el trazado de los caminos, de las vías ferroviarias y del telégrafo habría sido otro. Al establecer un fortín, al acampar, no tenían en cuenta que ese punto quedara como eslabón de una cadena, para servir de nudo a una red. Aquí expresa con claridad la noción cadena de valor y de red que hoy constituye la base de una organización del transporte y de la organización territorial.
>
> Faltábales la visión del conjunto y la idea de un plan. Eso no era conquistar sino ser diseminados en lo desconocido. Hecha la conquista, se la aseguro; pero todo ello era una construcción casual, en que no habían colaborado los accidentes geográficos ni la fertilidad del suelo. Era

> la ruta de la derrota y nada más. Según estos lugares fueran luego más o menos aptos para la ganadería y la agricultura, formarían sectores de relativa prosperidad, pero aislados. Podrían progresar o ser despoblados merced a indeterminables circunstancias. Verdaderos oasis de ubicación caprichosa, que resultaban quedar a distancias mayores aun por la interposición de las zonas áridas, por el costo del transporte y la decepción del trabajador.
>
> Ubicados así los pueblos, el ferrocarril vino a estirar tales distancias, porque el precio de los fletes por centenares de Leguas deshabitadas arrojaría el producto a una lejanía económica mucho mayor aún que la distancia geográfica. Los animales se distribuían mejor. Ocupaban los terrenos de pastos más tiernos y abundantes, y se trasladaban siempre con cautela (Martínez Estrada, 2011: 88)

Más adelante continúa:

> Vendría después el ferrocarril a consagrar la desunión, a fijar los pueblos y los caminos, a eternizar el error, a dar estructura férrea a la fuga del indio. El ferrocarril hacia el norte marca el itinerario inverso del buscador de tesoros; al sur y al oeste, el del perseguidor de salvajes y del cazador de ganados, que eran uno. No basto que nuestra República estuviera mal hecha y en el confín del planeta; hubo de poblársela mal para que subsistiera. Mal hecha y mal poblada, sirve maravillosamente al capital extranjero y puede prosperar surtiendo los mercados remotos (Martínez Estrada, 2011: 91).

Sustentabilidad y reorganización geográfica

En la actualidad y sobre todo en los últimos años aparece fuertemente en todas las gestiones organizacionales y empresarias el concepto de sustentabilidad. Esto implica un manejo adecuado de los recursos tanto en la producción como en el transporte para potenciar su consumo. Los fundamentos de EME en la descentralización de Buenos Aires están centrados en que: La consideración de Buenos Aires como sede de gobierno cumple una función negativa. Absorbe los tributos del interior y no los

retribuye. También porque «se tiende a salvar a Buenos Aires de su propia ruina por el crecimiento desorbitado». Y concibe una mirada nacional, planteando: «este problema se ha planteado al país desde el siglo pasado y que se pretendió solucionarlo equivocadamente en 1880, con la federalización de Buenos Aires». Más aún plantea «Nombrar a Bahía Blanca como sede del gobierno federal no es utópico, por ser ella, económica, geográfica e históricamente, el punto más indicado del país». En este sentido: «Bahía Blanca seria el nudo de enlace entre el norte y el sud del país por su posición estratégica». Finalmente «el plan de desmantelamiento de Buenos Aires es sencillo contra lo que la mayoría puede creer» (Martínez Estrada, 1955).

Conclusiones

Luego de esta revisión por el pensamiento planteado por EME hay algunas nociones que es de interés puntualizar. En primer lugar, destacar el punto de encuentro entre el pasado y el presente; entre el concepto de lo nuevo como la necesidad de manejo sustentable y lo pasado como el desarrollo histórico del tendido de las redes de comunicación, que van más allá de su propia construcción. Con una incidencia recíproca y biunívoca. En segundo lugar, subrayar la existencia de una red de comunicación basada en la construcción casual y no planificada, sumando esta situación a un desaprovechamiento histórico en distintas oportunidades de tomar acciones correctivas y establecer las bases fundamentales de desarrollo interregional. En tercer lugar, la persistencia en el bicentenario de los rasgos fundacionales de la trama interurbana del país interior y de la profundización de los problemas de origen. Por último, la percepción actual de la falta de visibilidad de que en un futuro próximo exista un atisbo de construcción de una estrategia planificada de las redes de comunicación. El pensamiento de EME fue, es y seguirá teniendo vigencia como punto de partida y diagnóstico para el desarrollo de las futuras estructuras de desarrollo. «Necesitamos dar marcha atrás para seguir adelante».

Bibliografía

Iribarren, Claudia y Torre, Elena. «Ezequiel Martínez Estrada: su visión histórica sobre Buenos Aires y el proyecto de transferencia de la Capital Federal». En *Segundo Congreso Internacional sobre la vida y Obra de Martínez Estrada*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur.

Martínez Estrada, Ezequiel. «Bahía Blanca es de hecho la Capital de media República» Diario *El Atlántico*, Bahía Blanca, miércoles 21 de diciembre de 1955.

Martínez Estrada, Ezequiel. *La Cabeza de Goliat. Microscopía de Buenos Aires*. Buenos Aires: Losada, 1983.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Radiografía de la pampa*. Buenos Aires: Eudeba, 2011.

NOTAS

1 Esta frase hace referencia a la necesidad de no hacer «falsos fletes» o lo que es lo mismo movilizar flota de camiones vacíos.

2 *Round trip* es la forma en que se denomina la operación en la que la unidad productiva de transporte en un tramo que opera punto a punto, sale cargado y vuelve cargado. Es decir no incurre en la operación de falsos fletes.

Paralelismos y confrontación

248 - Ezequiel Martínez Estrada y Luis Franco: la construcción del *escritor*, entre la utopía y la revolución
(María Lourdes Gasillón)

258 - Héctor Murena, discípulo y detractor de Martínez Estrada
(Marcela Crespo Buiturón)

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 248-257.

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA Y LUIS FRANCO: LA CONSTRUCCIÓN DEL *ESCRITOR*, ENTRE LA UTOPÍA Y LA REVOLUCIÓN

María Lourdes Gasillón
Universidad Nacional de Mar del Plata - CONICET

Los *hermanos* rebeldes[1]

Durante la década de 1920, Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco y Samuel Glusberg formaban una *hermandad* literaria que se reunía en diferentes bares y cafés porteños. Unidos en las tertulias y luego, a través de una correspondencia fluida, los amigos siguieron en contacto durante años. Entre otras afinidades, el grupo se caracterizaba por compartir una serie de lecturas e ideas, centradas en una sensibilidad de corte americanista, anticapitalista, antiburgués, libertario y en contra del clero cristiano (Tarcus, 2009). En este trabajo nos proponemos realizar una primera aproximación a la producción de dos de sus integrantes más jóvenes: Ezequiel Martínez

Estrada (1895-1964), de tendencia anarco–liberal, y Luis Franco (1898-1988), que adhería al anarco–trotskismo. Estos *hermanos menores* siguieron en contacto postal después de los suicidios de Quiroga y Lugones, pero luego se distanciaron y reencontraron varias veces. En sus producciones diseñan un imaginario de *escritor* a partir de sus propios desplazamientos por territorios asociados con políticas socialistas o comunistas a mediados del siglo XX, que fueron destinos emblemáticos de la revolución: la Unión Soviética y Cuba (Saítta, 2007). Durante y después de los viajes, dejaron testimonio de su mirada respecto de la experiencia revolucionaria en textos ficcionales y ensayísticos, de los cuales seleccionamos en esta oportunidad algunos aspectos centrales de *En Cuba y al servicio de la revolución cubana* (1963) de Martínez Estrada y *Espartaco en Cuba* (1965) de Franco.

Escribir para revelar

El escritor «comprometido» sabe que la palabra es
acción; sabe que revelar es cambiar y que no es
posible revelar sin proponerse el cambio.
Jean-Paul Sartre. *¿Qué es escribir?* (2008: 61-62).

Las palabras de Sartre describen al escritor posicionado en el campo: aquel que cumple una *función social* al intervenir en el universo discursivo y, en última instancia, provocar ciertos cambios en el universo real a través de su opinión y descripción de la condición humana. Esta clase de intelectual no quiere pasar inadvertido en su época; es el *mediador* entre la realidad y los lectores. Debido a ello y para completar el acto creativo, *pide* al lector que colabore con él de modo libre y generoso, pues sin un destinatario que lea y actualice el texto, la revelación no puede realizarse completamente. En ese sentido, el autor santafecino y el catamarqueño utilizaron la palabra como instrumento de expresión e intervención ideológica entre sus contemporáneos, en un momento histórico efervescente y cambiante. Así, Martínez Estrada fue conocido por sus ensayos más difundidos, que

analizaban de manera profunda el contexto social, político y literario de Argentina y América Latina, al punto de considerarlo un *denunciante* (Viñas, 1954) de la realidad social y política entre los años 30 y 60. Al final de su vida, incorporó lecturas nuevas al archivo personal; sus textos favoritos —como los de Frantz Fanon—[2] trataban sobre la política anticolonialista y antimperialista. En 1960, llega a Cuba para recibir el premio *Casa de las Américas* por su texto *Análisis funcional de la cultura*. Durante su estadía en la Isla, fue miembro de la Academia de Historia de La Habana, llevó a cabo una importante investigación sobre José Martí y Nicolás Guillén, y fue director del Centro de Estudios Latinoamericanos de Casa de las Américas hasta 1962. En ese contexto, durante su estancia caribeña, sale a la luz *En Cuba y al servicio de la revolución cubana*, que constituye una compilación de artículos dispersos publicados en otros medios anteriormente[3]; una edición posterior apareció en Montevideo con el título *Mi experiencia cubana* (1965). A pesar de su presunta heterogeneidad, los trabajos individuales reflejan el objetivo común de denunciar la situación opresiva que vivía Cuba y los demás países latinoamericanos —la Argentina principalmente—. Situado en el lugar de un *cubano más*, tal como expresa el epígrafe inicial a cargo de Fidel Castro, defiende la causa revolucionaria y pretende extenderla al resto del continente, pues es un ejemplo a seguir según él. Cree en la liberación de las *víctimas* en manos del capitalismo imperialista si en todas partes se despierta el desprecio solidario hacia ese sistema de raigambre colonial. Discursivamente, en primera persona señala la tiranía ejercida por Estados Unidos, Inglaterra y Francia, sobre todo, en los países latinoamericanos. A ese aparato capitalista desmedido, agrega la aceptación pasiva y cómplice de los miembros gubernamentales y los pensadores desinformados y apartados de los intereses del pueblo. No obstante, en gran parte, intenta describir la situación actual de Cuba y América Latina para contraponer y resaltar el sistema que considera más adecuado: el Socialismo. Este régimen de gobierno liderado por Castro era incipiente y recién comenzaba a desarrollarse en la Cuba sesentista, pero para Martínez Estrada es el paradigma de la verdadera cultura popular de

raíz americana, que propone a la vez, un modelo de intelectual a seguir, como ya había enunciado Martí —al que alude asiduamente—.

Luis Franco también fue un ensayista prolífico; sus textos demuestran un profuso archivo de lecturas relacionadas con la historia, la política, la economía y la literatura argentina, latinoamericana y mundial. Pese a ello, en la actualidad es bastante difícil encontrar algunos de sus textos en las librerías, las bibliotecas o internet y asimismo, trabajos críticos que lo aborden. Tal vez, su marginación por parte de la crítica se ha debido al hecho de ser considerado un escritor de corte *regionalista* que defendía una ideología socialista particular. No cumplió funciones públicas ni se *autoexilió* en el extranjero como Martínez Estrada, aunque sí recorrió por iniciativa personal, la Unión Soviética y Cuba. Poco después de su regreso de la isla del Caribe, escribe *Espartaco en Cuba*. Su texto es un extenso ensayo de catorce capítulos, que no registra directamente datos o anécdotas personales del autor durante su estadía. Los primeros capítulos tratan sobre hechos y personajes histórico–políticos del pasado que tienen relación con el presente de la escritura. Los principales asuntos en los que se detiene morosamente giran en torno de la conquista y colonización americana, la explotación y matanza de los pueblos originarios, la esclavitud de los negros africanos, la expansión desmedida de los norteamericanos a nivel territorial y económico, la actitud cómplice y pasiva de la Iglesia Católica ante los abusos del poder de los estados más poderosos, las guerras mundiales y la Revolución China. Todo ello resulta una introducción general al tópico central de su texto y a partir de allí, elabora su conclusión final. Los últimos capítulos versan sobre una extensa caracterización de la economía, la sociedad, la política y la educación a partir del proceso revolucionario cubano, y la exaltación laudatoria de sus figuras más representativas —Fidel Castro y el Che Guevara—. A nivel estilístico, respalda su discurso un lenguaje coloquial, directo, mordaz, cargado de citas de palabras ajenas, ironía, exclamaciones y cifras numéricas que destacan la iniciativa liberadora caribeña y las represalias que le tocó afrontar desde 1959.

La revolución, una bella utopía

La Revolución Cubana comenzó en enero de 1959 con la caída del dictador Fulgencio Batista (apoyado por Estados Unidos) como respuesta al dominio norteamericano y al de los grandes dueños de tabacales e ingenios azucareros. En sus primeros tiempos tuvo una etapa de esplendor cultural y fue un movimiento capaz de disolver las diferencias ideológicas que había provocado el gobierno anterior. Así, hubo una «suerte de hechizo mutuo» (Rojas, 2010: 46) entre los políticos y los intelectuales; no obstante, ese pacto con el poder duró solo unos diez años, cuando los pensadores le retiran su apoyo y comienzan a manifestar sus críticas más duras. Siguiendo esta tendencia general, Martínez Estrada y Franco son un claro ejemplo de fe en una revolución que cambiará la desfavorable situación. Su fascinación los lleva a creer y crear un discurso convencido en esa utopía:

> Gustavo Roca quiere llevar, de regreso a la patria, algunas palabras mías, destinadas a los que extrañan mi ausencia. [...] Él ha visto la realidad de lo que en Cuba se ha hecho en veinte meses y de lo que se está haciendo para organizar una vida común de paz y de progreso. Vio lo que puede un pueblo que se levanta de su postración y adquiere conciencia cabal de sus derechos y deberes. Les contará lo que es posible hacer cuando un pueblo entero se une para defender un ideal, y les dirá de la integridad y capacidad extraordinarias de sus líderes, de los poderes insospechables de las fuerzas morales (Martínez Estrada, 1963: 7).

> Los hombres en su inmensa mayoría comienzan noviando con la verdad, doncella hermosa aunque muy delgada y pulcrísima, y terminan casándose con la conveniencia, viuda provecta, pero abundosa de nalgas y caudales. Y he aquí que la historia ha traído al mundo a una encrucijada en que es preciso no olvidar que quien cae muy bajo cae siempre más bajo, y elegir entre el reposo encarcelado del mundo viejo o el ímpetu de la revolución y la liberación (Franco, 1965: 313).

Para ellos, Cuba y sus nuevos líderes ofrecen la concreción de un ideal perseguido desde hacía tiempo para todos los latinoamericanos que luchaban por independizarse de España antes, y ahora, de Estados Unidos. En esa coyuntura, los intereses comunitarios estaban por sobre los individuales, lo cual constituía una «garantía de felicidad» según los cronistas, políticos izquierdistas y hombres de letras atraídos por este nuevo sistema experimental, que les otorgaba una posición de poder sin precedentes (Saítta, 2007).

Los artículos que componen *En Cuba y al servicio de la revolución cubana* sirven en conjunto para responder y explicar al lector el título general, donde el sujeto del enunciado se posiciona lejos de su patria y declara explícitamente su función de intelectual que apoya la causa revolucionaria. Martínez Estrada, en el título y en el interior del texto, instiga a ser un artista que sienta y sirva a la Revolución popular, al punto de ponerla por encima de todo, sacrificando lo personal, como muestra de su amor al pueblo «infeliz y olvidado». A continuación, justifica su estancia en el país caribeño, pero siempre su mirada está puesta también en el gobierno y la intelectualidad argentina o los «enemigos traicioneros de un pueblo» que solo cuenta con «soberanía de papel». Es decir, el autor aporta información histórica, política y económica a lo largo de sus artículos, sin embargo, termina centrando su discurso en una defensa del valor y la acción que revisten la cultura y los artistas en un sistema socialista —que admira y desea para su propia nación—.

Por su parte, esa ambición subyace en las páginas del escritor catamarqueño, pero con un estilo discursivo diferente. Comienza con un extenso y digresivo análisis del desarrollo de la esclavitud en Europa, África y América, hasta llegar a los latifundios y monopolios financieros e industriales del siglo XX, que critica por instalar una estructura social injusta. Ya desde el título —menos *transparente* que en el caso de Martínez Estrada— resalta la figura del esclavo y gladiador tracio Espartaco (113 a.C.–71 a.C.) y su rebelión contra la tiranía de la poderosa República Romana, a la que terminó derrocando, aunque la muerte no le permitió disfrutar de su logro. Ese personaje es la condensación simbólica

de los líderes revolucionarios Fidel y Guevara (o quizás el propio Franco, como intelectual desafiante de la historia y la política impuestas), quienes se enfrentaron al opresor —encarnado por el capitalismo yanqui— a pesar de las consecuencias y el bloqueo posterior. En su interior describe minuciosamente la expansión territorial de los antiguos europeos mediante el exterminio y utilización de los indios y los esclavos africanos negros, el engaño de indígenas aliados y convertidos al cristianismo, entre otros. Esto contribuyó a la apropiación de las riquezas latinoamericanas por parte de las *clases poseyentes* (tal como él denomina) en su mayoría, representadas y respaldadas por gobernantes, miembros eclesiásticos, grandes industriales y comerciantes. Este ensayo es una arista de su ideología política combativa, que intenta mirar el pasado para redefinir el presente y adherir a un proyecto revolucionario de cumplimiento futuro. El ámbito americano y las relaciones entre sus habitantes explicarán las causas de la actual organización social y económica de los países sometidos a la ‹‹dictadura del dólar››: la Argentina, Brasil, Bolivia, Honduras, Cuba...

Martí, el faro intelectual revolucionario

La figura de José Martí (1853–1895) fue analizada por nuestros autores en sus artículos, libros y ensayos[4]. En los textos que nos ocupan Martínez Estrada subraya sus ideas en torno de la defensa de una cultura popular que cumpla una función social, con conciencia americanista y en ese marco, tener en cuenta el papel relevante de la escuela para *humanizar* al hombre. Ello le posibilita realizar una autocrítica de su rol hasta ese entonces y de la *intelligentsia* argentina; quiere abandonar el lamento y la crítica superficial al sistema capitalista para no ser un espectador impasible, pero sin permitir que peligre su libertad de pensamiento y expresión.

En una línea similar, Franco lo ubica en un lugar privilegiado junto con Sarmiento y los considera dos espíritus sensibles de gran intuición, que sentaron las bases para una futura revolución cultural. Destaca sus roles

precursores en trabajos sobre educación de masas con un claro conocimiento sensible de *lo americano* y la entrega en sus funciones a pesar de morir en la pobreza.

Varias líneas resaltan su cualidad de artista comprometido, libre, inteligente, que siente amor hacia su pueblo y se *sacrifica* por él... De esta manera, el pensador cubano constituye el modelo del intelectual al que ellos aspiran y quieren actuar desde su discurso para intervenir en la realidad, dejando sus huellas.

Reflexiones finales

Los autores abordados, pese a sus estilos y fines algo diferentes, sienten la responsabilidad de informar sobre la situación de los países *subdesarrollados*. Desde un lenguaje fuertemente ideológico y panfletario en varias oportunidades manifiestan sus duras críticas a la explotación y subordinación militar, política y económica que ejerce el capitalismo financiero e industrial. La adhesión a la izquierda revolucionaria de Martínez Estrada y Luis Franco fluye por sus textos de manera explícita; su objetivo es provocar una reacción en sus lectores para que se comprometan con la causa. En ambos, la Revolución reveló la situación servil de Latinoamérica y significó el papel determinante del pueblo, que defendió masivamente el cambio y la liberación, aunque el contexto político fuera desfavorable.

Bibliografía

Adam, Carlos. *Bibliografía y documentos de Ezequiel Martínez Estrada*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1968.

Bazán, Armando *et al. Luis Franco (1898-1998). Homenaje en el Centenario de su Nacimiento*, San Fernando del Valle de Catamarca, Universidad Nacional de Catamarca, 1998.

Devés Valdés, Eduardo. «El ensayo durante un período modernizador:

conciencia y expresión». En *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX*, tomo II, cap. III, Buenos Aires: Biblos, 2003.

Fernández Retamar, Roberto. *Ensayo de otro mundo*. La Habana: Instituto del Libro, 1967.

Fernández Retamar, Roberto. «Desde el Martí de Ezequiel Martínez Estrada». En *Concierto para la mano izquierda*. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas, 2000, págs. 71-83.

Franco, Luis. *Espartaco en Cuba*. Buenos Aires: Dávalos y Hernández, 1965.

Franco, Luis [1968]. *La Pampa habla*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2008.

Martínez Estrada, Ezequiel. *En Cuba y al servicio de la revolución cubana. Escritos políticos.* La Habana: Unión, 1963.

Mertens, Carlos y Federico, Jorge. *Volví, soy Luis Franco*. Mar del Plata: Suárez, 2010.

Orgambide, Pedro. *Un puritano en el burdel. Ezequiel Martínez Estrada o el sueño de una Argentina moral*. Rosario: Ameghino, 1997.

Penelas, Carlos. *Conversaciones con Luis Franco*. Buenos Aires: Torres Agüero Editor, 1991.

Rojas, Rafael. «Anatomía del entusiasmo. Cultura y Revolución en Cuba (1959-1971)». En Altamirano, Carlos (Ed.) *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la «ciudad letrada» en el siglo XX*. Buenos Aires: Katz, 2010, págs. 45-61.

Saítta, Sylvia. *Hacia la revolución: viajeros argentinos de izquierda*. México: Fondo de Cultura Económica, 2007.

Sartre, Jean Paul [1948]. *¿Qué es la literatura? Situations. II*, Buenos Aires: Losada, 2008.

Tarcus, Horacio. *Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Samuel Glusberg*. Buenos Aires: Emecé, 2009.

Viñas, David. «La historia excluida: ubicación de Martínez Estrada». *Contorno*, n.° 4, 1954, págs. 10-16.

NOTAS

1 Este trabajo es parte de mi tesis doctoral, que desarrollo bajo la dirección de las Dras. María Coira y Rosalía Baltar en la Universidad Nacional de Mar del Plata con el subsidio de una beca doctoral tipo I del CONICET. Agradezco a las profesoras sus comentarios y sugerencias durante el desarrollo del artículo.

2 Frantz Fanon (1925-1961) nació en la isla de Martinica, se formó profesionalmente en Francia (fue médico psiquiatra) y se instaló en Argelia hasta el final de su vida. Desde su condición de «negro entre blancos» participó en movimientos de liberación anticolonialista y lucha independentista argelina; uno de sus libros más destacados en este sentido fue *Los condenados de la tierra* (1961). El texto trata la situación de los pueblos africanos, el papel del campesinado, organizaciones revolucionarias, entre otros, pero presenta una mirada susceptible de extender a los países subdesarrollados de América Latina (Fernández Retamar, 1967: 127-129).

3 Algunos de ellos son: *Por qué estoy en Cuba y no en otra parte* (Casa de las Américas, 1960), *Martí revolucionario* (*Lunes de revolución*, 1961 y la edición completa y aumentada del texto publicada por Casa de las Américas en 1967), *Réplica a una declaración intemperante* (Principios, 1961), *Por una alta cultura popular y socialista cubana* (Unión, 1962).

4 Se destacan los textos: *Familia de Martí* (*Cuadernos de la Casa de las Américas*, 1962), *Martí: el héroe y su acción revolucionaria* (1966), *Martí revolucionario* (1967) de Martínez Estrada y *Sarmiento y Martí* (1958) de Luis Franco.

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 258-276.

MURENA, DISCÍPULO Y DETRACTOR DE EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA. LA BÚSQUEDA DE LA RESTITUCIÓN DE LA UNIDAD PERDIDA EN *EL PECADO ORIGINAL DE AMÉRICA* Y OTROS ESCRITOS

Marcela Crespo Buiturón
CONICET

... siempre quedarán algunas almas que no se dejen cegar. Semejantes almas querrán reflexionar sobre nuestro origen, único camino para buscar una salud no engañosa: este libro es una palabra, equivocada o no, sobre el origen.
H.A. Murena, *El pecado original de América*.

Una obra en el olvido

Aunque Héctor A. Murena haya desarrollado una intensa actividad ensayística, poética y narrativa en el universo intelectual argentino, no deja de resultar extraña la poca atención que ha merecido su obra luego de su

muerte, salvo algunos trabajos críticos, como *Murena: un escritor argentino ante los problemas del país y de su literatura* de Teresita Frugoni de Fritzsche (1985), *Murena un crítico en soledad* de Américo Cristófalo (1999); *El intelectual ultranihilista: H.A. Murena antisociólogo* de Leonora Djament (1999); y algunos artículos, aparecidos en revistas o diarios, de Silvio Mattoni, Cristian Ferrer, Ariel Schettini, Jorge Cruz, Luis Ignacio García o Leonor Arias Saravia, entre pocos más. Recién a comienzos de este nuevo siglo, se han vuelto a editar algunos de sus textos, como es el caso de *Visiones de Babel*, que editara Fondo de Cultura Económica con prólogo de Guillermo Piro, en el que se ha incluido gran parte de su obra, y *El pecado original de América*, también publicado por la misma editorial. Algo semejante ha sucedido, curiosamente, con su esposa, Sara Gallardo, de quien luego de años de olvido a su obra, también se han rescatado prácticamente todos sus textos ya agotados en *Sara Gallardo. Narrativa breve completa*, publicada por Emecé y prologada por Leopoldo Brizuela.

Algunos escritos circulan por Internet: reseñas, anecdotarios y algún que otro ensayo. En ellos, se pueden rastrear algunos testimonios de quienes se consideran sus discípulos o quienes fueron sus amigos. La presencia de Murena se mantiene más visible, entonces, en este ámbito y en las charlas de café y en los círculos literarios, como lo comenta Esteban Moore:

> No obstante el estado de cosas, en la última parte de la década de los 80 sus libros comienzan a ser buscados por un grupo de autores, en su mayoría poetas, que desean saber más acerca de la obra de este hombre que con pasión se dedicó a pensar la Argentina. Se comienza a hablar nuevamente de Murena. En bares como el Argos de Colegiales, donde la ginebra se sirve generosamente durante toda la noche, o en la pizzería Llao Llao de Barrancas de Belgrano, en las inmediaciones del Barrio Chino, su nombre flota enigmáticamente en las conversaciones. La charla de café lleva a la lectura, algunos de sus libros circulan de mano en mano, ajados y anotados. Al contrario de Borges, que participa de «*un fenómeno vinculado a la cultura de masas* […] *y ha ingresado, por acción del periodismo escrito, oral o visual, en el campo de lo que Roland Barthes denomina mitologías*», Murena parece hacer pie en este misterioso

> territorio gracias a la voluntad de un reducido grupo de lectores (Moore, 2005: 5).

Asimismo, se ha abierto un sitio también en la Internet, denominado *Espacio Murena*, que es la expresión virtual del Instituto H. A. Murena, en el que se incluyen textos de su autoría y de otros pensadores, y se plantea la importancia de su obra en estos términos:

> Una de las enseñanzas más importantes que nos ha legado Héctor A. Murena (Buenos Aires, 1923–1975) es haber señalado que no es posible pensar propiamente nuestra realidad apelando a categorías extrínsecas, fundamentalmente europeas. Ello no implica el rechazo de un pensamiento en clave cosmopolita, pero sí la aceptación de que es preciso atender el aspecto local, tomando la precaución de no trasladar sin más a nuestra realidad, categorías de pensamiento que no respondan inmediatamente a ella.

Nacido en Buenos Aires en 1923, Héctor Álvarez Murena publica tempranamente su *Primer testamento* (1946), volumen de cuentos, y dos años después un artículo titulado «Reflexiones sobre el pecado original de América» en la revista *Verbum*, que luego daría origen al ensayo *El pecado original de América* (1954), que se tratará particularmente en este breve ejercicio.

Como codirector de la *Colección de Estudios Alemanes* de la editorial Monte Ávila de Caracas, ha sido uno de los principales difusores del pensamiento filosófico alemán, traduciendo la obra de Jürgen Habermas, Theodor Adorno, Herbert Marcuse, Max Horkheimer y Walter Benjamin, y también ha colaborado asiduamente con la revista *Sur* y el diario *La Nación* de la Argentina.

En el transcurso de tres décadas aproximadamente, Murena publicó una veintena de libros de narrativa: *Fragmentos de los anales secretos* (1948), *La fatalidad de los cuerpos* (1955), *Las leyes de la noche* (1958), *Los herederos de la promesa* (1965), *Epitalámica* (1969), *Polipuercón* (1970), *Caína muere* (1972) y *Folisofía* (póstuma, 1976); de ensayo, (además de los ya citados): *Homo*

atómicus (1962), *Ensayos sobre subversión* (1962), *El nombre secreto* (1969), *La cárcel de la mente* (1971) y *La metáfora y lo sagrado* (1973); y de poesía: *La vida nueva* (1951), *El círculo de los paraísos* (1958), *El escándalo y el fuego* (1959), *Relámpago de la duración* (1962), *El demonio de la armonía* (1964) y *El águila que desaparece* (1975).

Sus personajes ficcionales siguen una estela de incomunicación y viven en ambientes en los que priva la hostilidad. Tal vez una clave de lectura podría plantearse en el diálogo con sus ensayos, en los que la reflexión sobre el nihilismo y la búsqueda de la restitución de la unidad perdida con lo sagrado son ejes vertebradores y se conjugan con una visión del universo, como dijo Octavio Paz, entendido como un sistema de correspondencias, en el que el lenguaje es su doble. Claramente se pueden identificar estas ideas, así como su rechazo a la ilusión progresista de la técnica y al ímpetu mercantilista, en la totalidad de su obra ensayística, pero especialmente en *El pecado original de América*, *Ensayos sobre subversión* y *La metáfora y lo sagrado*. Estas coordenadas hacen de Murena, paradójicamente olvidado, un escritor de gran vitalidad en la sociedad actual, pero de pensamiento inconveniente, como lo concluye Ferrer, quien prologara la edición española de *Escritos sobre subversión* y, con motivo de la edición de *Visiones de Babel* de Fondo de Cultura Económica ya mencionada anteriormente, reflexionara sobre esta nueva reaparición de su obra:

> … es justamente lo sagrado, matriz impensable por la época, aquello que Murena promovía como único alojamiento para una comunidad auténticamente subvertida. Los demás inquilinatos eran variantes episódicas del conformismo, espejismos que aumentaban el grado de confusión o sucedáneos babélicos del conocimiento. Quizás por eso Héctor Murena es el nombre actual de una soledad (Ferrer: 11).

Asimismo, Ricardo Rey Beckford, amigo de Murena, acordaba con Ferrer:

> … fue la gran voz disonante de una generación casi sin disonancias, de un tiempo dominado por las mezquinas disputas de las ideologías y por

> algunas de las formas más torpes de la intolerancia (Rey Beckford, 2003: 33).

Un dato curioso lo representa el hecho de que Murena comenzara la carrera de Ingeniería en la Universidad Nacional de La Plata, para luego abandonarla y estudiar Filosofía en la Universidad de Buenos Aires. Ernesto Sábato, escritor argentino contemporáneo a él, también dedicó sus primeros años a la ciencia (Física y Matemáticas) para luego consagrar el resto de su vida a la literatura y a la pintura. En ambos autores, se pueden encontrar planteos ontológicos muy solidarios, compartidos también por otros literatos de la época, como lo son Alberto Girri u Olga Orozco, y también por escritores de generaciones posteriores, por ejemplo, María Rosa Lojo y Juan Martini. Estas coincidencias podrían dar lugar a la hipótesis de una cierta línea estético-deológica que gira en torno a la cuestión del exilio ontológico del hombre, producto de ciertas circunstancias ideológicas, económicas y sociales, que será comentada más adelante.

Tres años después de su muerte, acaecida en 1975, D. J. Vogelmann editó junto a Sara Gallardo, una recopilación de una parte de los diálogos que sostuviera con aquél en un programa radial titulada *El secreto claro*.

Murena, discípulo y detractor de Ezequiel Martínez Estrada

Como ya lo analizara Emir Rodríguez Monegal, la nueva generación de intelectuales argentinos, que escriben en torno a los años 50 del pasado siglo, entre los que se incluiría Héctor Murena, se volvió críticamente hacia sus maestros —o «padres»—, actitud que el crítico uruguayo ha dado en llamar «El juicio de los parricidas». Esos padres serían Ezequiel Martínez Estrada, Eduardo Mallea, Jorge Luis Borges y Roberto Arlt y en los cuestionamientos a sus obras habría que prestar especial atención, según David Viñas, a la crítica de Juan José Sebreli al primero de ellos, aunque «a través de los diversos prólogos a las ediciones sucesivas de su *Martínez Estrada, una rebelión inútil*, [… se puede percibir] que si en 1966 lo ataca frontalmente, en 1986 atenúa la impiedad de sus juicios anteriores» (Viñas, 1996: 409).

Liliana Weinberg, quien pone sobre el tapete la posible discusión de si la crítica ha inventado a Martínez Estrada o fue él quien ha dirigido los pasos de aquélla, hace un exhaustivo relevamiento de las orientaciones de esta última y concluye que:

> Lo curioso es que esa propia crítica cayó en cierto determinismo y psicologicismo al explicar la génesis de su obra y comenzó —como lo observó el propio Martínez Estrada al estudiar a José Hernández, autor del Martín Fierro— a «virar en redondo». Por ello no existen diferencias sustanciales entre el diagnóstico de que Martínez Estrada era un «enfermo de patria», cuyo «pesimismo profético» lo condujo a un callejón sin salida, a «una rebelión inútil» y los juicios más recientes sobre su obra, que aluden al «ambiguo sueño revolucionario» de Martínez Estrada, quien nunca dejó de analizar los problemas sociales «desde afuera y desde arriba» (Weinberg, 1990: 9-10)[1].

En el caso de Murena —que considerara a Martínez Estrada su padre intelectual—, si bien lo ha alabado infatigablemente, también lo ha sometido a severa crítica, constituyéndose así en discípulo y al mismo tiempo, aunque parezca paradójico, en detractor de su obra, especialmente en lo que respecta a *Radiografía de la pampa*.

En su ensayo «La lección a los desposeídos: Martínez Estrada», Murena, abandonando cualquier pretensión de objetividad y apelando a la propia experiencia personal y al diálogo con los eventuales lectores, enuncia él mismo el núcleo de esa supuesta paradoja:

> Excúseseme la necesaria referencia personal. Hace pocos años yo mismo escribí ciertas páginas sobre la obra de Martínez Estrada, páginas de censura a veces agria, pese al fundamental respeto por el valor del pensamiento de este hombre que en ellas anotara, páginas de disidencia a menudo tajante. Y estaba bien. Está bien, pienso, que escribiera páginas de disentimiento y negación, y está bien porque era entonces, y sigo considerándome ahora —en la personal medida en que puedo alcanzar los problemas, se descuenta—, su discípulo[2] (Murena, 2006: 89).

Esta declaración recuerda, tal vez, aquellas palabras de otro pensador, Nietzsche (2007), al que Murena había leído extensamente:

> ¡Ahora yo me voy solo, discípulos míos! ¡También vosotros os vais ahora solos! Así lo quiero yo. En verdad, éste es mi consejo: ¡Alejaos de mí y guardaos de Zaratustra! Y aún mejor: ¡avergonzaos de él! Tal vez os ha engañado. El hombre del conocimiento no sólo debe saber amar a sus enemigos, tiene también que saber odiar a sus amigos. Se recompensa mal a un maestro si se permanece siempre discípulo (Murena, 2006: 13).

¿Qué es lo que motivó a Murena para declararse primero discípulo de Martínez Estrada? En cada página de su ensayo *La lección de los desposeídos…*, su autor no abandona una de las problemáticas que más lo preocupan: la excesiva dependencia del pensamiento y de la cultura europea de la que hacen gala los intelectuales americanos:

> ¡Todo lo que se ha visto en los libros europeos es tan hermoso, tan dramático, tan denso, en suma, tan vivo comparado con lo que nos rodea acá! Así se va aprendiendo que esta realidad es un detalle a evitar (Murena, 2006: 91).

Esta intelectualidad americana comienza sus estudios partiendo de un imposible, que es la tendencia a acumular en el tiempo limitado de su vida siglos de cultura europea, una inmensa cantidad de volúmenes dispuestos en bibliotecas que le hacen sentir que está «en ese recinto como un criminal que ignora su delito ante un tribunal que lo ha condenado a muerte de antemano» (Murena, 2006: 92). ¿Cuál es el delito, o mejor dicho, el pecado que se ha cometido? Nacer en América y convertirse en un difundidor, un repetidor, que no gana su conocimiento a través de su esfuerzo, sino por «una ofrenda no usada ya por otros» (Murena, 2006: 93).

Adrián Gorelik, en un reciente estudio sobre *Radiografía de la Pampa*, justamente puntualiza la influencia que han tenido las reflexiones de su autor en los ensayistas de las generaciones posteriores, entre quienes se encuentra Héctor Murena:

> …algunos rasgos biográficos de Martínez Estrada han sido objeto de diversas transposiciones en su obra bajo la forma de temas recurrentes: la inmigración, interpretada en términos de soledad y fracaso, de transitoriedad e interés; la presencia aplastante en la vida argentina del poder público —entendido en el sentido específicamente político pero especialmente en el de las esferas de la administración y, de modo más puntual, las instituciones educativas y artísticas—, cuyo funciona-miento corrupto y burocrático explicaría en buena medida los males argentinos; el tema del autodidactismo como virtud, única escapatoria al alcance de las grandes individualidades para obtener su inde-pendencia intelectual y moral frente al peso ominoso y homogeneizante de la cultura oficial (Gorelik, 2010: 316-317).

Con este panorama a cuestas, Murena descubre los libros de Martínez Estrada. Bajo su tutela, entiende que el *ser* americano es un «desposeído», tanto de su cultura como de su historia. Lo peculiar de esta afirmación es que, detrás de la misma, se encuentra la visión de una historia narrada desde Europa, de la cual el hombre americano queda irremediablemente fuera, víctima de un «desamparo fundamental» (Murena, 2006: 96). Por ello, en este continente, en el que la mayoría de los pensadores que constituyen el universo intelectual tanto de Martínez Estrada como de Murena, son hijos de inmigrantes que han perdido, en su éxodo, la protección paternal de su historia, la sensación omnipresente que impera es la de orfandad.

Lo que en otros pueblos ha desatado ira, valentía o racionalidad, en América ha provocado miedo:

> ¿Con qué hemos respondido nosotros, americanos, a este desafío del mundo, a esta incitación a ser hombres? Es un secreto a voces: hemos respondido con miedo. Claro que no se trataba de lo mismo, claro que ellos [se refiere a los españoles, franceses, alemanes, en suma, a los europeos] habían partido de no tener nada y nosotros de haberlo perdido todo (Murena, 2006: 98).

Este sentimiento de desposesión ha generado en América el afán de restaurar la herida con un paliativo inútil: el dinero y los bienes materiales

que, como son ajenos a las cuestiones del alma, en la que se ancla ese desgarro, resultan del todo ineficaces y generan una disminución del impulso vital. Por lo tanto, el hombre americano se ha negado a aceptar que no tenía cultura propia, que «la cultura se hace hincando las rejas del pensamiento en el mundo que se pisa» y no resignándose a «ingerir lo que nos llegaba ya preparado y masticado de Europa» (Murena, 2006: 101). Murena entiende que la conciencia de esta precaria situación americana es el eje vertebrador de la obra de Martínez Estrada —de allí su reconocimiento como maestro— y que él se erigió ante la intelectualidad de su generación como el «primer hombre del espíritu» (Murena, 2006: 102) al aceptar su desposesión y:

> Después del rubenismo, después de Lugones, después de Rodó, que presumían que la cultura americana podía ser una cultura ecléctica, es decir, una cultura que tomara un poco de aquí y un poco de allá, una cultura hecha con un retazo de recia y un retazo de Francia, una cultura partícipe, dueña de todas las culturas, Martínez Estrada, después de haber practicado él mismo en sus poemas tal presunción, entendió, dijo que no, quemó las naves fáciles (Murena, 2006: 102).

Si bien Murena reconoce que otros autores han indagado en la cuestión y han rozado esta idea, como Sarmiento, Alberdi, Martí, Echeverría, Ingenieros…, considera a Martínez Estrada como el surgimiento de la conciencia de América.

¿Qué le cuestiona, entonces, a su maestro, para convertirse en su detractor? El que, luego de alcanzar la conciencia de la enfermedad que atacaba al hombre americano, tomara una posición de exterioridad, ya que Murena entiende a esta última como un rastro innegable del resurgir de aquella enfermedad a la que se pretende atacar:

> Como enfermo que acaba de descubrir su enfermedad, Martínez Estrada está aún demasiado ligado a la idea de salud, no puede desprenderse de ella. Esta idea de salud es su obsesión, en ella se refugia constantemente para hablarnos de nuestros males […]. Está bien claro: esa idea de salud es

> lo que queda del miedo a la enfermedad. Esa idea de salud absoluta es otro brote de la enfermedad (Murena, 2006: 107).

Es decir que esa apología a una supuesta salud es lo que Murena considera que lo aleja de su maestro, aunque Martínez Estrada «haya de quedar siempre en lo alto para guiarnos» (Murena, 2006: 108).

Del exilio del hombre americano al del hombre universal: el surgimiento de una peculiar estética en la ensayística y la ficción argentinas

Murena había anticipado su postura, como se comentara al principio de este ejercicio, en un ensayo aparecido en la revista *Verbum* en 1948: «Reflexiones sobre el pecado original de América», incluido luego en *El pecado original de América*, en el que denunciaba el carácter accidental —en oposición a la idea de raigambre vital y cultural— de la presencia del hombre americano en su tierra, así como de las consecuencias que esto supone, ligándolo a la sensación de destierro que impidiera la comunión del uno con la otra:

> Nadie buscó en América una patria. Unos porque no entendían lo que ello significaba; otros porque ya la tenían. Lo único que podían construir, lo único que podía salir de manos de esos hombres, eran factorías. El que integra una factoría está ante la realidad en que ésta se encuentra implantada como ante una presa de la que hay que apoderarse; en el caso en que tenga realmente afectividad, la tiene siempre proyectada hacia otra parte, y respecto al ámbito que lo circunda sólo experimenta voracidad y desprecio; desterrado, obligado a abandonar la tierra madre por el dinero, está dispuesto a la destrucción y la violencia con tal de poder dar término cuanto antes al exilio (Murena, 2006: 206).

La equiparación del hombre americano al de un exiliado instalaría al primero, como diría muchos años después —y, de alguna manera, convirtiéndose ella misma en continuadora de su pensamiento—, María Rosa Lojo, escritora argentina hija de exiliados españoles por la Guerra Civil,

en un mundo que «tiene a menudo la dudosa calidad de las copias platónicas, […] un 'mundo de segundo grado', en tono menor, a punto de desvanecerse, deslucido e insuficiente» (Lojo, 2006: 91).

Un detalle que es lícito destacar es que, según esta concepción, el *ser* americano, que ha sido llamado a «ser hombre» y no lo ha logrado, habría devenido en un ser a medias, un hombre incompleto, fragmentado en el éxodo, desposeído no sólo de su cultura y de su historia, sino también de la esencia de su ser: «De poder ser todo lo que el hombre es, hemos pasado a no poder ser casi ni siquiera hombres» (Murena, 2006: 140), como sostiene en *El pecado original de América*.

El legado de Martínez Estrada a Murena consiste en la convicción de que el hombre americano considera a América como una tierra «en bruto, vacua de espíritu» (Murena, 2006: 139) y a la historia como una paternidad perdida.

Repitiendo el error del Iluminismo europeo, el americano cree haber quedado fuera de un mundo preclaro, cuando en realidad debería aprovechar la oportunidad de revisar aquel acto de soberbia de esos «hombres que, por ser el hombre actor de la historia, creen que es el autor de ésta, y pueden por tanto explicarla desenfadadamente desde el principio hasta el fin…» (Murena, 2006: 140).

En consonancia con esta crítica de Murena, Juan Martini[3], escritor exiliado por la última dictadura militar en la Argentina, ha publicado, luego de su regreso al país, cuatro novelas protagonizadas por el desterrado Juan Minelli en las que hace un cuestionamiento radical a esta visión iluminista. Su personaje no logra, a pesar de repetidos esfuerzos, recomponer la historia de su propia vida ni la de su sociedad, como queda claro ya desde la primera entrega de la saga, *Composición de lugar*:

> Lloró, sin dolor, sin un motivo real, sólo cautivo de una pena indecible. Quiso componer un relato de los últimos años de su vida. Una historia. Algo para contarle al Juez. Le fue imposible. La memoria actuaba en fragmentos, se detenía, aislaba escenas. No había en ella un verdadero sentido (Martini, 2004: 63).

La máxima ironía que se alcanza en el personaje es precisamente que Minelli es un historiador de profesión, incapaz de restituir la memoria perdida, que en el exilio intenta infructuosamente hallar sus orígenes en un pueblo italiano —lo cual recuerda la queja de Murena de que nadie busca su patria en América—, pero al llegar, no solo no encuentra lo que busca (apenas un lugar extraño y desierto, con una pariente sin memoria), sino que se siente catapultado a un nivel más profundo de destierro. Al final, luego de una larga *peregrinatio*, encuentra a su padre, pero este solo es capaz de darle un obsequio altamente significativo: una brújula. Es entonces cuando Minelli decide volver a Buenos Aires. En este sentido, Murena ya había planteado que «nos veremos obligados a reconocer que los viajes no sólo no liberan de la tierra originaria, sino que nos atan a ella más y más» (Murena, 2006: 144).

La inutilidad de buscar la propia identidad en Europa queda claramente sugerida en la novela de Martini, lo cual evidencia que la cuestión planteada por Murena no solo afecta a los inmigrantes que han llegado a América, sino también a sus hijos. Y este es, precisamente, uno de los tópicos siempre presente en la obra de María Rosa Lojo quien, tras una exhaustiva elucubración tanto ficcional como metaficcional, arriba a la visión más desgarrada de esta problemática. En su última novela publicada, *Árbol de familia*, uno de sus personajes —hija de españoles afincados en la Argentina— visita la tierra de sus padres, España, y frente a un pariente que le pregunta por qué no vuelve, ella piensa: «Quién le dice al tío Benito que no podemos volver porque de aquí no partimos. Quién le dice que pagamos y pagaremos, sin embargo, la deuda de quienes nos precedieron» (Lojo, 2010: 138).

Esta idea del *ser* fragmentado, presente tanto en la ficción como en la ensayística de Murena, se repite una y otra vez en otros escritores y se integra al núcleo central de esta posible estética: una búsqueda de la restitución de la unidad perdida con lo sagrado, aunque, como el mismo Murena intuya: «una afirmación de índole teológica como la que se acaba de formular, incitará a la sonrisa y al desdén» (Murena, 2006: 140).

Ambas generaciones[4], la de Héctor Murena, Alberto Girri, Ernesto Sábato y Olga Orozco, entre otros, y la de sus posibles continuadores, como puede considerarse a María Rosa Lojo y Juan Martini apelan a un lenguaje primordial perdido que el poeta, cual misionero, debe restituir, como lo sugiere Orozco:

> Creo en una realidad absoluta que abarca planos visibles e invisibles, y que la poesía es una incursión en todos ellos, aún en aquellos que no podemos captar ordinariamente porque nuestros sentidos son escasos (Alifano, 1988: 79).

Asimismo, Sábato completa:

> … el arte, a mi juicio, no es solamente la expresión de la crisis de nuestro tiempo: es un intento de salvación del hombre. […] El arte tiene esa misión: es una misión sagrada (Paoletti, 1984: 18).

Esta fragmentación del *ser* se ha producido, entonces y en gran medida, por el alejamiento del hombre de lo sagrado en pos de un supuesto progreso tecnológico, se duele Sábato:

> En esta época desdichada en muchos sentidos, trágica, sangrienta, depredadora, arrasadora, tanto en el orden de lo físico como de lo espiritual, se ha puesto de moda la palabra desmitificar y, lo que es peor, confundiéndola con desmixtificar, como si el mito fuera una especie de mentira. Esto es típico de una civilización que toca a su término entre escombros sangrientos, la civilización de los tiempos modernos, esta civilización edificada sobre la razón pura y sobre la ciencia, sobre el fetichismo de la ciencia, sobre la tecnolatría (Sábato, 16).

Recuérdese que la literatura argentina, siguiendo modelos europeos, también había apostado, a fines del siglo XIX, por la ciencia. Las narraciones del naturalismo promovían la supremacía de las leyes biológicas. El concepto de raza adquiriría gran relevancia y supondría la inclusión o exclusión de unos y otros (Nouzeilles). Coincidentemente con el afianzamiento de esta

postura, la ciencia médica —en gran medida proveedora de los argumentos para el discurso hegemónico— se erigiría como el saber que asegura y organiza la salud y la higiene nacionales.

Esta ciencia y aquella historiografía de corte iluminista cometen el error, según estos escritores, de ignorar el misterio, como lo afirma rotundamente Murena en *El pecado original de América*:

> El día que la ciencia de la historia decida regir sus especulaciones por estos misterios […] contribuirá a disipar en el hombre la negativa ilusión de que lo que le ocurre en la tierra son accidentes «económicos», «sociales», «culturales», etc., acontecimientos naturales, en suma, cuyo sentido se agota en sí mismos, pues esa ilusión tiende a hacer que el hombre se piense cada vez más como un ser natural, animal, lo lleva a rebajarse ontológicamente… (Murena, 2006: 149).

Murena examina y cuestiona, en este ensayo, varias posturas, haciendo hincapié en, al menos, las de dos disciplinas: las de la Historia y de la Sociología.

De la primera de ellas, la Historia, Murena critica el hecho de que pretenda arrobarse el derecho a la verdad. Los historiadores narran acontecimientos, un recorte particular de los mismos, desde su perspectiva individual, no carente de razón, pero sí del sentido último de esos hechos a los que hacen referencia, por lo que es posible que, en esta selección efectuada, cometan el error de descartar algunos que son fundamentales. Es decir que la Historia elabora una *razonable versión* y lo que los «historiadores narran es una brillante y minuciosa patraña urdida con hechos reales» (Murena, 2006: 145). En última instancia, lo que denuncia Murena es que estos estudiosos —por poseer solo una visión fragmentaria de la totalidad— ignoran la esencia de lo absoluto que determina la naturaleza humana y sus actos:

> Las corrientes de lo histórico que nos arrastran a nacer y vivir en una situación determinada en el tiempo y en el espacio constituyen un misterio que escapa a las explicaciones de los historiadores. Y los hechos

> que componen la historia son como esos rompecabezas en cuyos trazos un observador puede reconocer un paisaje; otro, una manada de elefantes; un tercero, las nubes de un cielo tormentoso, y así sucesivamente, con el grave añadido de que en este caso los observadores forman parte del rompecabezas (Murena, 2006: 145).

En beneficio de la ciencia de la Historia, se han esgrimido filosofías que pretenden demostrar estructuras definitivas, leyes que rigen todo acontecer y que pretenden explicar el pasado, el presente y hasta predecir el futuro: Spengler y su concepción de las culturas como ‹‹organismos de índole absolutamente natural, con vida de curso previsible y mensurable›› (Murena, 2006: 146) y Toynbbe que, si bien pone a las civilizaciones en manos de Dios y sus designios, no abandona un cierto «determinismo de corte sin duda humano» (Murena, 2006: 146).

En una línea desligada de lo filosófico, otros historiadores pretenden realizar interpretaciones puramente económicas o sociológicas de los hechos y desarrollan una simple crónica de los mismos:

> El equívoco, en este caso, reside en que los hechos, o las interpretaciones, son presentados como *todo lo que hay*[5], como un juego de fuerzas en el cual el puesto y el sentido de cada hombre quedan total y exhaustivamente esclarecidos (Murena, 2006: 146).

Con respecto a la Sociología, la crítica de Murena se vuelve, como poco, despiadada. No solo la considera una pseudociencia, un estudio fraudulento que se denomina tal porque se fundamenta en cifras estadísticas, sino que la acusa de arrastrar al hombre al anonimato existencial. En su afán de constituirse en conocimiento científico, esta disciplina ignora con sus estudios cuantitativos, el fundamento cualitativo del hombre, presentando una visión de este en «su aspecto petrificado, muerto, inhumano» (Murena, 2006: 16). Asimismo, le cuestiona la pre-tendida neutralidad, como si esto fuera posible en cualquier estudio realizado por el hombre:

> … el supuesto de la sociología de ser neutral, científica, de dejar hablar a los hechos en bruto, a las cifras desnudas, es un despropósito o una

> quimera, puesto que no solo tal neutralidad es imposible —porque ningún hecho existe sin el parcial registro humano y porque el hombre no puede eludir la parcialidad de su registro—, sino que además no se puede iniciar la recolección de las cifras sin una hipótesis previa que ordene tal recolección, con lo cual las cifras son amoldadas a la hipótesis, para constituir el todo una mera conjetura vergonzante (Murena, 2006: 16).

En definitiva, Murena cuestiona a la Historiografía y a la Sociología que desarrollen sus estudios dejando de lado la noción y la relevancia de lo absoluto, es decir que, como ha pretendido el Iluminismo y las corrientes del pensamiento posteriores, se desacralice al mundo.

Por ello mismo considera a Martínez Estrada su maestro, porque a pesar de las diferencias ya comentadas, sus libros «no son de índole sociológica, sino ontológica», es decir,

> no se refieren a una accidental situación por la que atraviesa una comunidad, sino a la instancia de ser o no ser, a un problema de vida o muerte, a una deuda que hay que pagar antes de poder arribar a lo universal (Murena, 2006: 104).

Para Murena, acceder a la universalidad, a lo absoluto, al Todo, por lo tanto, restituir la unidad perdida por el hombre para así alcanzar una humanidad plena, es la única y verdadera meta a la que aquél debe aspirar. También la única manera de reconocer «nuestra desposesión, o sea triunfo verdadero sobre la enfermedad, vía única hacia Dios». (Murena, 2006: 108).

Post-scriptum

Las ideas de Héctor Murena, expuestas en este trabajo, permiten situarlo en una línea estético-ideológica de la literatura argentina que aborda la problemática del exilio desde una perspectiva ontológica, —independiente de su anclaje en una experiencia histórica de destierro— abriendo así un resquicio a la tendencia mucho más consolidada y difundida que plantea esta cuestión desde un enfoque socio–político referido exclusivamente a

escritores que hubieran transitado por la dicha experiencia en su historia vital.

Esta línea mencionada, constituía por las dos generaciones ya citadas, efectúan en sus textos ficcionales o ensayísticos, un cuestionamiento radical a los legados del Iluminismo, movimiento que habría sistema-tizado las propuestas de modernización de la cultura en clara oposición a las viejas representaciones del mundo regidas por lo teológico, imponiendo su visión desacralizadora en pos de lo científico–técnico.

No es lícito sostener que pretendan, ni Murena y ni los demás escritores en cuestión, regresar a esas viejas concepciones ni detener el decurso del conocimiento científico, sino que se hace evidente que definitivamente objetan la certeza que parece imperar sobre la supuesta salvación del hombre en manos de la ciencia y la idea de que la desacralización del mundo sea la vía para lograrlo.

Bibliografía

Alifano, Roberto. «Olga Orozco. Reflexiones para un Ars Poética. Entrevista», *Proa* 2, 1988-89, págs. 77-81.

Ferrer, Cristian. «El regreso de Héctor Murena». *Clarín*, 14 de diciembre. 15 de noviembre de 2012. <http://edant.clarin.com/suplementos/cultura/2002/12/14/u-00601.htm>.

Gorelik, Adrián. «Radiografía de la pampa, de Ezequiel Martínez Estrada. La imaginación territorial en el ensayo de interpretación nacional». En Weinberg, Liliana (Ed.). *Estrategias del pensar: Ensayo y prosa de ideas en América Latina*. Vol. I, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2010, págs. 315-355.

Instituto H. A. Murena. *Espacio Murena,* 11 de febrero de 2013. *<http://www.espaciomurena.com/>*

Lojo, María Rosa . «Mínima autobiografía de una exiliada hija». En Fuentes Vázquez, Manuel y Tovar Blanco, Francisco (Eds.) *L'exili literari republicà.* Tarragona: URV, 2006, págs. 87-96.

Lojo, María Rosa. *Árbol de familia*. Buenos Aires: Sudamericana, 2010.

Martini, Juan. *Composición de lugar*. Córdoba: Alción, 2004.

Moore, Esteban. «H. A. Murena: la inversión de la mirada». *Espéculo. Revista de estudios literarios de la Universidad Complutense de Madrid,* 30, 27 de noviembre de 2012. <http://www.ucm.es/info/especulo/numero30/hmurena.html>.

Murena, Héctor A. *El pecado original de América*. Buenos Aires: FCE, 2006.

Nietzsche, Friedrich. *Ecce Homo*. Buenos Aires: Losada, 2007.

Nouzeilles, Gabriela. *Ficciones somáticas: Naturalismo, naciónalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo, 2000.

Paoletti, Mario (Coord.). *Sábato oral*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1984.

Rey Reckford, Ricardo. «H. A. Murena: inventario de un silencio». *Ciberletras. Revista de crítica literaria y de cultura,* 9, 28 de enero de 2013. <http://ww w.lehman.cuny.edu/ciberletras/v09/reybeck ford.html.

Rodríguez Monegal, Emir. *El juicio de los parricidas*. Buenos Aires: Deucalión, 1956.

Viñas, David. «Martínez Estrada, de *Radiografía de la Pampa* hacia el Caribe». En Pollmann, Leo (Ed.). *Ezequiel Martínez Estrada: Radiografía de la Pampa*, Madrid: CEP de la Biblioteca Nacional de España, 1996, págs. 409-423.

Weinberg de Magis, Liliana Irene. «La dimensión americana de Ezequiel Martínez Estrada». Prólogo a *Diferencias y semejanzas entre los países de la América Latina*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1990, págs. 9-36.

NOTAS

1 Weinberg se refiere en este párrafo concretamente a las críticas de Bernardo Canal Feijóo, James Maharg y Juan Manuel Rivera, pero su relevamiento continúa: Pedro Orgambide, Martín Stabb, Roberto Fernández Retamar y otros.

2 La cursiva está en el original.

3 Contemporáneo a María Rosa Lojo, la escritora citada anteriormente.

4 La primera generación a la que se alude está constituida por autores que han nacido en las primeras décadas del siglo XX: Olga Orozco (1920-1999); Ernesto Sábato (1911-2011) y Alberto Girri (1919-1991) y Héctor Murena (1923-1975), mientras que la segunda, por los nacidos hacia la segunda mitad de siglo: Juan Martini (1944) y María Rosa Lojo (1954) y que actualmente son escritores activos y muy reconocidos por la crítica.

5 La cursiva está en el original.

Poesía y humor

278 - Del centro al margen: el canon y la poesía de Martínez Estrada
(Enzo Cárcano)

288 - Ironía y humor en la poesía de Ezequiel Martínez Estrada: a propósito de *Humoresca*
(Marta S. Domínguez, Sofía Alderete)

300 - Las *Coplas de ciego* de Martínez Estrada y la tradición hispánica
(Carmen André de Ubach)

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 278-287.

DEL CENTRO AL MARGEN: EL CANON Y LA POESÍA DE MARTÍNEZ ESTRADA

Enzo Cárcano[1]
Universidad del Salvador

Introducción

Si bien el lugar de Ezequiel Martínez Estrada en el canon nacional es indiscutible, esto responde, básicamente, a su labor como ensayista. Gracias a ésta, hoy es reconocido por la crítica como uno de los más lúcidos e incisivos escritores latinoamericanos que han abordado la realidad nacional y continental. El ensayo define su figura, su trascendencia y su actualidad. Aunque cultivó otros géneros, como la narrativa y la poesía, esta parte de su producción permanece aún en el margen. En lo que respecta a su obra lírica, ha sido objeto de intentos esporádicos por instalarla en el canon (incluso por el más canónico de todos los escritores, Jorge Luis Borges), pero estas operaciones no

rindieron mayores efectos en la crítica. En el presente trabajo, proponemos un relevamiento y una relectura de algunos prólogos de antologías, individuales o colectivas, en los que se incluye parte de la producción poética de Martínez Estrada, con el objeto de ver qué concepciones del canon subyacen en los juicios, positivos o negativos, que allí encontramos. De esta manera, creemos, estaremos más cerca de responder al porqué de la relegación de la lírica martinezestradiana.

Ideas contrapuestas

En el prólogo a una curiosa antología de poesía argentina traducida al chino, el embajador argentino Carlos Lucas Blanco señala, con toda seguridad, que

> … los historiadores y críticos están de acuerdo en general acerca de las tendencias y creadores que más influyeron en la poesía argentina en los primeros cuarenta años de este siglo [XX]… (Blanco, 3).

La crítica, en rigor, todavía no se pone de acuerdo en permitir a ciertos autores en el canon. Es el caso de Martínez Estrada como poeta: si bien parte de su obra ha sido recogida en numerosas antologías[2] y ha sido elogiada por autores canónicos, aun entre estos no parece haber consenso sobre los motivos del mérito de la lírica del autor de *Radiografía de la pampa*; méritos que, por lo demás, otra parte de la crítica ni siquiera reconoce. La razón de estas opiniones divergentes van, según Pedro Luis Barcia, del «elogio desbordado» a

> … las apreciaciones mezquinas y retaceadoras […], las que lo hacen una mera prolongación de un aspecto de Lugones, o, también, las que lo muestran como jugueteador del vocablo (Barcia, 11).

Entre los primeros de los que menciona Barcia, en realidad, podemos hallar sólo dos nombres consagrados: el de Leopoldo Lugones y su «Brindis jovial»[3], y el de Jorge Luis Borges. Este último, en una antología

que preparó, en 1941, con Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares, escribió que Martínez Estrada era «nuestro mejor poeta contemporáneo» (Borges, *Antología* 8), de la talla de otros «poetas mayores», como Lugones, Capdevila, Fernández Moreno, Almafuerte o Banchs (Borges, *Antología* 7 y 11). Más de cuarenta años después, Borges incluye parte de la obra poética martinezestradiana en su Biblioteca Personal de la editorial Hyspamérica. En el prólogo a ese libro, vuelve a equiparar a Martínez Estrada con figuras literarias de gran renombre (en este caso, Lugones y Darío), y apunta a modo de apología:

> Iniciar géneros, firmar manifiestos, hacer escándalos importan más para la fama que escribir bien. Estas reflexiones son pertinentes en el caso de Ezequiel Martínez Estrada. No proyectó una sola sombra, no fue fundador de una escuela. Fue un ápice, no un punto de partida. Por consiguiente, se lo olvida o se lo ignora (Borges, *Obra* 11).

Lo curioso es que, en ninguno de los dos textos que mencionamos, Borges justifica sus apreciaciones. Aunque en el de 1941 desliza primero y desmiente después que Martínez Estrada sea una faceta o hipóstasis de Lugones (Borges, *Antología* 8), no se detiene a considerar los méritos de la poesía de aquel. Curiosamente, sin embargo, Borges servirá de referencia en algunos prólogos que repiten este procedimiento de omitir juicios críticos:

> … para Borges (y así lo declaró en el prólogo de una antología lírica) Martínez Estrada era el primer poeta argentino contemporáneo. Lo fuera o no, lo cierto es que Martínez Estrada ejerció la poesía hasta el golpe de Estado de 1930, cuando decidió cambiar el hacer lírico por la reflexión política y sociológica, que lo llevó a pensar a su país y al mundo desde una perspectiva crítica (Orgambide, 3).

Sin embargo, allende estas elusiones, en la mayoría de los prólogos que consideramos, sí se esbozan las razones que hacen de la poesía de Martínez Estrada, de acuerdo con los autores de esos textos, parte del canon. En la introducción a la antología que él mismo prepara, Oscar

Bietti, quien curiosamente parece repetir el tono del «Brindis jovial» lugoniano, señala, al hablar de *Humoresca*, dos corrientes que afloran, alternadamente, en la poesía del autor de *La cabeza de Goliat*; el intimismo y el intelectualismo:

> Bastante perfilado lo recóndito de su ser, ofreciendo a la mirada del lector un poco de su pulpa sentimental, de las corrientes tristezas pequeñas que engrisan el alma, de su sonreír bondadoso y agrio aparece [...]un Martínez Estrada alejado de las palabras congeladas, que olvida, momentáneamente, de hablarnos en verso de cuanto lo rodea, de las lecturas que cultiva, del volar intelectual, de lo que está afuera y es ajeno, para acercarnos un poco al latido de su pulso, a la tibieza de su piel, a su soledad, a su desesperanza, al temblor del hombre, al miedo de partir con las alforjas desprovistas (Bietti, 31).

También en el prefacio escrito por Alberto M. Perrone para *La poesía argentina* de la colección Capítulo, quizá la mayor referencia en relación con el canon de la literatura nacional durante las décadas de 1960 y 1970, hallamos, aunque de un modo un tanto general y confuso, uno de los elementos que continuará apareciendo, en todos los demás prólogos, como la mejor insignia de la lírica martinezestradiana, el intelectualismo:

> ... con Alfonsina Storni, Baldomero Fernández Moreno, Enrique Banchs y Ezequiel Martínez Estrada, comienzan las líneas que lleva-rían hacia la efusividad, el sencillismo e, incluso, un intelectualismo volcado sobre el acontecer cotidiano (Perrone, III-IV).

En la misma línea, en su extenso estudio preliminar a la *Poesía argentina del siglo XX*, antología que preparó para Editorial Huemul, Miryam E. Gover de Nasatsky afirma, con Juan Carlos Ghiano, que, en la poesía Martínez Estrada, pueden identificarse dos «direcciones»: la celebración de lo nacional y el humorismo sombrío. Nasatsky acierta al señalar que, en esta producción lírica se hallan, germinalmente, los más característicos elementos de su prosa ensayística posterior, entre los que se destaca, nuevamente, el intelectualismo crítico y desencantado. Aun-que

este hecho había sido ya estudiado por la crítica[4], parece ser la primera vez que aparece en un texto prologal.

Por su parte, Horacio Armani va un poco más allá en sus consideraciones y ya no solo señala el intelectualismo de la poesía de Martínez Estrada como un valor, sino también su notable pesimismo, inusitado en la lírica del primer tercio del siglo XX:

> Pesimista como Leopardi o Schopenhauer, llena de arrebatos mesiánicos a los Nietzsche, la poesía de Martínez Estrada tiene su acento propio, porque, aun apegada a los moldes tradicionales, ensaya temas trascendentes no tratados por poetas anteriores (Armani, 14).

Del mismo modo, en una interesante antología bilingüe castellano–francés de la poesía de Martínez Estrada, la compiladora, Marie Thabuy Ramalingam, ve, en los aspectos más «prosaicos», lo mejor de su lírica:

> … es posible encontrar en su poesía sus mejores momentos literarios. Allí, sus impulsos moralistas y su lucidez crítica dan paso a la ternura, a la expresión profunda de un sentimiento de la vida visceral y trágico; Sus versos captan la intimidad dolorosa y suspendida de su mundo. Martínez Estrada era quizás un pagano sin fe con una máscara de moralista (Ramalingam, 7-8)[5].

Esta opinión es compartida por Nidia Burgos, autora de la introducción a la edición completa de *Coplas de ciego*, que recoge la producción que Martínez Estrada compuso al volver al género lírico, luego de treinta años de abocarse al ensayo y a la prosa. Burgos, como Barcia, piensa que el pesimismo vital, nacido de una profunda reflexión sobre el acontecer cotidiano, no fue cabalmente comprendido por la crítica, y que esa ha sido la principal razón de la relegación de la poesía martinezestradiana. En sus propias palabras:

> La abismal profundidad de sus textos líricos no fue cabalmente entendida ni siquiera por quienes los ponderaron, tal el caso de su notable exégeta, Leopoldo Lugones, pues sus títulos, de ligera

> apariencia, despistan sobre la cabal hondura de sus contenidos, que reflejan una desilusionada visión del mundo. Y aquel malentendido inicial marcó su incomodidad con reconocimientos y premios que no partían de una clara comprensión de su pensamiento (Burgos, 11-12).

En síntesis, para los autores que hemos considerado hasta aquí, parece que lo mejor de la poesía de Martínez Estrada es, como en sus ensayos, su profundo carácter reflexivo, intelectual, que tiende, ineluctablemente, hacia una dolorosa y desengañada lectura del mundo. Sin embargo, hay quienes ven en esos elementos, precisamente, las mayores falencias líricas. En el prólogo a la *Poesía de Ezequiel Martínez Estrada* que editó Eudeba en 1965, Juan José Hernández sintetiza, en un par de páginas, estas ideas. Para el escritor tucumano, el autor de *La cabeza de Goliat*, fue víctima de un conflicto de identidad artística. Aunque era discípulo de Lugones, la hondura de su pensamiento y sus inquietudes lo alejaron estéticamente del maestro, para quien el fin supremo del verso era agradar:

> Ezequiel Martínez Estrada fue un hombre de profundas tensiones espirituales: su conmovedora humanidad, su erudición y su ironía lo llevaron a apartarse de la estética de su maestro, o a prolongarla, si se prefiere, con la dudosa variante de agradar diciendo cosas poco agradables.
>
> También escribió Lugones: el idioma es un bien social. Creo que a Martínez Estrada no le fue sencillo conciliar el bien social con lo meramente agradable en el verso o en la vida. Contra esta posición hedonista se rebelaba su *pathos* moral, especia de demonio so-crático empeñado en provocar en el lector un irritante examen de conciencia (malestar que extendió luego por todo el país con su *Radiografía de la pampa*). A otra misión, didáctica y moral, y no únicamente estética, Martínez Estrada sacrificó sus invenciones de poeta (Hernández, 6-7).

Como se ve, para Hernández la poesía de Martínez Estrada es un campo de prácticas en el que, si bien ya se ha hallado el qué, no se ha dado aún con el cómo. La estética lírica que el poeta había heredado de su maestro estaba profunda e inconciliablemente reñida con sus inquie-

tudes, con su pensamiento, por lo que una ruptura resultaba esperable. Así lo señala, en el cuarto número de la revista *Contorno*, Adelaida Gligi:

> … un proyecto cabal, un esfuerzo constante, una indecisión aniquiladora. Poemas sin futuro. Y también poeta sin futuro o con su futuro tan escrutado, que prefirió la prosa (Gligi, 19).

Todavía en el margen

Quizá esas ideas de Gigli, para quien la poesía de Martínez Estrada era demasiado cartesiana, enciclopedista y falta de tensión vital, sean, en realidad, las que subyacen en la crítica silenciosa que relega al poeta al margen del canon lírico nacional. En todos los prólogos que hemos considerado en este estudio, los autores destacaban el intelectualismo de la poesía de Martínez Estrada como un valor. Pero quizá ese valor esté reñido, al menos en su caso, con la forma poética mediante la que quiso plasmar sus reflexiones, ya que, aun cuando el autor se acerca a lo confesional, el esquema parece encorsetar el sentimiento.

Los temas de la poesía de Martínez Estrada vuelven a verse en sus ensayos, y estos no solo forman parte del canon sino que han contribuido a definirlo. Sin embargo, el intelectualismo, y el carácter reflexivo y crítico no resultan, para los gestores del canon lírico actual, argumentos suficientes para incluir en él la poesía de Ezequiel Martínez Estrada, que, no obstante, tampoco ha desaparecido de las antologías[6].

En síntesis, la lírica martinezestradiana aparece hoy en un borde impreciso, ni completamente fuera ni completamente dentro del canon poético. Mientras que parte de la crítica parece ignorarla o destaca su falta de méritos líricos, otra hace esfuerzos por consagrarla y reivindica su lugar germinal en relación con la etapa ensayística. Con esto último se trata, parece, de continuar con una estrategia que, como señala Liliana Weinberg, apunta a ganar la figura de Martínez Estrada para el campo literario.

Referencias bibliográficas

AA.VV. *200 años de poesía argentina*. Selección y prólogo Jorge Monteleone, Buenos Aires: Alfaguara, 2010.

Armani, Horacio. «Prólogo». *Antología esencial de la poesía argentina (1900-1980)*. Buenos Aires: Aguilar, 1982, págs. 9-35.

Barcia, Pedro Luis. «La poesía de Martínez Estrada, una lírica reflexiva». *Primer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada*, Bahía Blanca, Fundación Martínez Estrada, 1995, págs. 11-29.

Bietti, Oscar, «Introducción». *Ezequiel Martínez Estrada*. por Ezequiel Martínez Estrada. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, 1978, págs. 13-58.

Blanco, Carlos Lucas, «Prólogo». *Antología poética argentina contemporánea*. por AA.VV, Beijing: China Hoy, 1993, págs. 3-4.

Borges, Jorge Luis. «Prólogo». *Obra poética*. por Ezequiel Martínez Estrada. Jorge Luis Borges. Biblioteca Personal, Buenos Aires: Hyspamérica, 1985, pág. 9.

Borges, Jorge Luis. «Prólogo». En Borges, Jorge Luis; Ocampo, Silvina y Bioy Casares, Adolfo (Comps.). *Antología poética argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 1941, págs. 7-11.

Burgos, Nidia. «Introducción». En Martínez Estrada, Ezequiel *Coplas de ciego. Edición completa*. Bahía Blanca, EdiUNS, 2011, págs. 7-18.

Ghiano, Juan Carlos. *Poesía argentina del siglo XX*, México: Fondo de Cultura Económica, 1957.

Gigli, Adelaida. «La poesía de Martínez Estrada. Oro y piedra para siempre». *Contorno*. Número especial dedicado a Martínez Estrada. 4, 1954, págs. 17-19.

Gover de Nasatsky, Miryam E. «Estudio preliminar». *Poesía argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Huemul, 1981, págs. 5-127.

Hernández, Juan José. «Ezequiel Martínez Estrada, poeta». En Martínez Estrada, Ezequiel. *Poesía de Ezequiel Martínez Estrada*. Buenos Aires: EudeBA, 1965, págs. 5-10.

Lugones, Leopoldo. *Obras poéticas completas*. Madrid: Aguilar, 1959.

Orgambide, Pedro. «Prólogo». En Martínez Estrada, Ezequiel. *Ezequiel Martínez Estrada. Antología*. Buenos Aires: Ediciones Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, 1995, págs. 3-9.

Perrone, Alberto M. «Prólogo». *La poesía argentina*. Capítulo. La historia de la literatura argentina, 4, I-IV, Buenos Aires: CEAL, 1979.

Pucciarelli, Eugenio. «Motivos filosóficos en la poesía de Martínez Estrada». *Cuadernos hispanoamericanos,* 326-327, 1977, págs. 353-372.

Ramalingam, Marie Thabuy. «Prólogo». En Martínez Estrada, Ezequiel. *Poèmes–Poemas*. París: Centre Culturel Argentin, 1984, págs. 7-8.

Stabb, Martin. «Ezequiel Martínez Estrada: The Formative Writings». *Hispania* XLIX, 1966, págs. 54-60.

Weinberg de Magis, Liliana Irene. «La dimensión americana de Ezequiel Martínez Estrada». En Martínez Estrada, Ezequiel. *Diferencias y semejanzas entre los países de América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1990, IX-XXXIX.

NOTAS

1 Enzo Cárcano es doctorando en Letras en la Universidad del Salvador (USAL); Máster en Lengua Española y Literaturas Hispánicas por la Universitat de Barcelona, con un trabajo sobre la poesía de Jacobo Fijman; Corrector literario, Profesor y Licenciado en Letras por la USAL. Actualmente, trabaja, en esta misma institución, como investigador del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras (IIFyL) y como profesor auxiliar de Seminario de Literatura Argentina y de Teoría Literaria. Es miembro del Comité Ejecutivo de la Colección *La Vida en las Pampas* de Editorial Corregidor, que dirige la Dra. María Rosa Lojo.

2 La primera de la que tenemos noticia es la *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)* que preparó Federico de Onís, en 1934, para el madrileño Centro de Estudios Históricos. Allí se recopilan los poemas «Bienvenida a los Reyes Magos», «Humo», «El mate» y «San José de la Esquina», y se señala: «Poeta y prosista de emociones intelectuales, que envuelve su sinceridad en el esfuerzo barroco de la expresión, de modo muy personal y muy rico y de cultura» (de Onís, 885).

3 Poema que, el 9 de diciembre de 1932, Lugones leyó en homenaje a Martínez Estrada, quien acababa de ser galardonado con el Primer Premio Nacional de Letras por sus libros *Humoresca* y *Títeres de pies ligeros* (Lugones, 1243).

4 A modo de ejemplo, pueden verse los artículos de Stabb y de Pucciarelli citados en el apartado bibliográfico final.

5 El original dice: «…il est peut-être posible de trouver dans sa poésie ses meilleurs moments littéraires. Là, l'élan moraliste et la licidité critique cèdent à la tendresse, expression profonde d'un sentiment de la vie visceral et tragique»; «Ses vers captent l'intimité douloureuse et suspendue de son monde. Martínez Estrada était peut-être un païen sans fête, avec un masque de moraliste».
La traducción es nuestra.

6 A modo de ejemplo, en *200 años de Poesía Argentina*, Jorge Monteleone recoge dos poemas de Martínez Estrada: «El mate» y el autorretrato «Ezequiel Martínez Estrada».

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 288-299.

IRONÍA Y HUMOR EN LA POESÍA DE EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: A PROPÓSITO DE *HUMORESCA*[1]

Marta S. Domínguez - Sofía Alderete
Universidad Nacional del Sur

‹‹Martínez Estrada construyó los límites de
su mundo entre la admonición y la
blasfemia.
Pero su verdadero mundo estaba hecho de
una materiaetérea, pródiga y desbordante››[2].

No es lo mismo la ironía que la sátira, la burla o el sarcasmo, aunque buscando *ironía* en los diccionarios nos aparece cierta confusión con estos otros conceptos. Tampoco es lo mismo que la posición cínica. En el sarcasmo o en la burla se trata de develar la falta del otro, poner en evidencia sus puntos débiles, exagerarlos incluso, de ahí que el efecto que se produce suele ser más bien cercano al orden de la crueldad cómica y/o de la humillación. La verdadera ironíano apunta en absoluto a eso, más bien

muestra la falta de estructura; es una suerte de atentado a las *doxas* completas y a los fanatismos, alertándonos del peligro de creernos en posesión de la verdad definitiva que ya no requiere más interrogaciones. Es una estrategia de conocimiento.

La noción de *ironía* aparece ya en Aristóteles como una de las actitudes fundamentales del ser humano, y no como un estilo literario, por eso no se incluye en la *Poética* sino en la *Ética a Nicómaco*, quien pone por ejemplo a Sócrates. Este basa en la ironía, que hoy conocemos como el primer paso del *método socrático*, su método de la *mayéutica*. Posteriormente, durante siglos se identificará a la ironía con ella y a ella se refiere Friedrich Schlegel cuando aborda el tema[3]. Sin embargo, y en particular debido a los román-ticos, hablamos de una ironía literaria, llamada también ironía escrita. Reconocemos en ella dos formas —según el modo— la ironía narrativa y la ironía dramática. La ironía narrativa renuncia a señales gestuales, usadas en la ironía oral, aunque las reemplaza por puntos suspensivos, comillas, o signos de exclamación entre paréntesis, pero la ironía se torna más efectiva aún, cuando renuncia definitivamente a estas marcas y lo irónico surge del contexto. En la ironía dramática la mímica de los actores es muy importante porque a través de ella se pueden reconocer las ironías.

Por lo visto la teoría de la ironía no se ha preocupado de estudiar la ironía en la lírica, solo se ha estudiado desde los modos narrativo y dramático, por ello nuestra propuesta, al postular el estudio de estos rasgos de ironía y humor en la poesía de Ezequiel Martínez Estrada, es novedosa.

En principio queremos problematizar las afirmaciones de los críticos sobre su poesía, como ya lo ha señalado Barcia (1995, 16) porque ellos entienden en general, con un criterio netamente historicista, que hubo un gran cambio en su producción, pues antes de la crisis del 30 Martínez Estrada aparece como un poeta bucólico, al que se presenta como un buscador del Nirvana en la naturaleza, describiendo un paraíso rural armonioso, repleto de hadas y brahmanes. Ese virtual paraíso se transformará en el infierno del *crac* financiero y en Martínez Estrada se mezclarán una nostalgia rousseauniana con enormes brillos de lucidez, a partir de la producción de sus ensayos, específicamente a partir de

Radiografía de la Pampa (1933)[4]. No obstante la poesía lo acompañó hasta el final de sus días como lo atestiguan: *Poesía* (l947) —compilación de sus seis poemarios anteriores[5]—, *Coplas del ciego y Otras coplas del ciego* (l959), y «Tres poemas del anochecer» (l964). Es importante destacar, sin embargo, que para Prior (s/f, 35) en los poemarios ya se va gestando un lenguaje que se esgrimirá como un arma en *Radiografía de la pampa* y en los ensayos posteriores, y según afirma el propio Martínez Estrada, en esos años le resultaba más fácil expresar sus sentimientos e ideas en verso que en prosa.

Poco nos aportan para nuestro trabajo los escasos estudios que encontramos sobre su poesía: Alicia Caturelli y Martha Colodni (1995, 129) se concentran en el análisis del tema del amor; mientras que Martha Pantano de Bosco (1995, 207) desarrolla el tema del tiempo. Sin embargo coincidimos con Pedro L. Barcia (1995, 15), quien en una importante conferencia define la poesía de Martínez Estrada como una «lírica reflexiva», en ella rescata no solo «[…] cierto decir directo y categórico y otro irónico, humorístico y lateral, pero siempre pleno de apelaciones y alusiones culturales e intelectuales […]»,sino también otro aspecto: «La suya es una poesía cuestionadora, llena de interrogaciones, de dudas, de perplejidades» (Barcia, 1995: 17). Estas expresiones suyas parecen encuadrarla en la noción de ironía como sistema que hemos definido inicialmente y es la conclusión a la que llega Barcia (1995, 26): «Lo que prima en Ezequiel Martínez Estrada es la ironía y no el humor: lo penetrativo e incisivo y no lo comprensivo». Pero podemos llegar a disentir si seguimos la evaluación de Rubén Benítez (1972, 51): «Martínez Estrada logra utilizar la ironía como un elemento expresivo de primera magnitud. Lejos de caer en el sarcasmo más bien se aproxima al humor» Raúl Castagnino (1997, 44) también señalaba: «[…] buena parte de la producción lírica de Martínez Estrada roza variadas cuerdas del humor, humor satírico, humor diabólico, humor negro, humor rosado, humor sarcástico, etc.». Como vemos la postura de Castagnino tanto como la de Benítez parecen hacer hincapié en el humor por oposición a la de Barcia que pone el acento en la ironía. Intentemos ver entonces si, como suponemos, siguiendo el camino del medio, ambas posturas son susceptibles de conciliación en el poemario en cuestión.

Humoresca

En primer lugar es evidente que el título ya nos anticipa el tema que pertenece al campo de la música[6]; según Barcia (1995, 25) muchos críticos erraron el camino al asociar este término a la jovial *humorada*, a lo sumo en ella encontramos los «Poemas de humor sombrío», que están alejados del buen humor, como lo indica el carácter despectivo del sufijo *–esca* aplicado a humor. El epígrafe general de la obra, extraído de *Antonio y Cleopatra* de Shakespeare, corrobora la ambigüedad del término[7]. En segundo lugar la estructura de esta obra compuesta por poemas lírico-narrativos ya nos resulta llamativa no solo por la heterogeneidad que manifiesta —característica de la menipea—[8] sino por el carácter de homenaje a Baudelaire[9], a Leopardi y a Valery ejercida a través de una reescritura muy libre de algunos de sus poemas, a los que se refiere en los epílogos respectivos en «Variaciones»[10]; otro tanto ocurre en el tributo que se rinde a los poetas norteamericanos: Whitman, Emerson y Poe, bajo el subtítulo «Tres estrellas de la Osa Menor»[11]. Este carácter de homenaje se mantiene en *Humorescas*: así en «Humorescaheiniana» rinde culto a Heine[12], porque es el centenario del *Libro de las canciones*[13]. Otro tanto ocurre con «Humorescaquiroguiana» que dedica a su amigo Horacio Quiroga, pero parece casi una narración de ciencia ficción, o una utopía científica con la conjugación de referencias al cine, y nociones de psicoanálisis del *yo*, el *superyó* y el *ello* de Freud mezcladas con las ideas de *animus* y *anima* de Jung, tanto como las desarrolladas por Leopoldo Lugones en aquellos *Cuentos extraños*, siguiendo el modelo de Edgar A. Poe. Por otra parte, casi formando un marco, el tono más íntimo de los poemas iniciales incluidos en «Yo, tú, él», transitando por «Humoresca de la vocación», en la que habla de su verdadera vocación de músico contrariada, mantiene una conexión temática con la última sección: «Poemas del humor sombrío», más autobiográficos y autorreferenciales.

Al percibir que estos poemas líricos-narrativos son una recreación literaria que asume la forma de un homenaje a distintos escritores —ya mencionados—, lo que confirma el carácter filosófico–metafísico de su poesía, debemos revisar nuevamente los conceptos teóricos. Ya hemos

comenzado esta ponencia con la definición de ironía filosófica —un sistema que cuestiona un orden dado pero no propone otro que lo reemplace—, en lo que coinciden la mayoría de los críticos citados como autoridades, aunque en lo que disienten es en la relación que establecen entre ella y el humor y en los tipos de humor según hemos planteado. Nosotras, por nuestra parte, sostenemos que el humor es una especialización de la sátira menipea (Domínguez, 2010: 55) y que la menipea no es un género sino un estilo que atraviesa la mayor parte de lasproducciones culturales humanas —llámense literatura, medios oarte en general—, en consecuencia también la lírica es transitada por ella y en particular estos poemas lírico-narrativos.

Es apropiado recordar ahora los conceptos de Linda Hutcheon (140-155), quien acota los campos de la ironía como tropo, y de los géneros parodia y sátira, superando la noción de *antífrasis*, propia del nivel semántico. Define la *parodia* como una modalidad del canon de la intertextualidad y confirma que la *parodia* no puede tener como *blanco* nada que no sea un texto o una convención literaria, a diferencia de la *sátira*, cuyo blanco es *extra textual* porque su objeto es corregir ciertos vicios e ineptitudes del comportamiento humano, ridiculizándolos y estos son morales y sociales y no literarios. La *sátira* para lograr su intención correctiva debe centrarse en una evaluación negativa —ridículo, burla— para asegurar la eficacia de su ataque. Hutcheon señala igualmente que, tanto en la *parodia moderna o reverencial* como en la *antigua o peyorativa*, apunta siempre a marcar una diferencia entre dos textos, aún allí donde el blanco está desplazado (Hutcheon, 144). En el caso de los homenajes de *Humoresca*nos encontramos frente a uno de los recursos de la menipea que es la parodia irónica o parodia crítica, definida también, por oposición a la parodia antigua, como parodia por homenaje —propia del siglo XX—.

Ahora bien ¿qué otros elementos de los que hemos comentado nos hacen sentir que estamos frente a un texto humorístico en un sentido amplio? Se presenta en esta colección de poemas una suma de elementos que son propios de la sátira menipea: la heterogeneidad; las claves que residen en los elementos paratextuales (Genette, 1989): en el título, cuyo juego de sentidos apunta a un campo doble —literario y musical—, y el

epígrafe; e incluso la estructura misma del poemario. Además, por ejemplo, en «Humorescaheiniana», hay una mención específica a la famosa anécdota que cuenta Freud (1923), transmitida por Heine: «Su tío Salomón/lo recibió famillionariamente/lo cual dio a Freud motivo para estudiar el chiste. Eso es para reírse ciertamente/y no para ponerse triste» (*Humoresca*, 1929, 79). Esta referencia es muy importante[14], porque demuestra el interés que tenía Martínez Estrada por los temas de la sátira y de lo cómico. Se crea así no solo un campo semántico en torno al humor, como variante contemporánea de la menipea, sino una red transtextual que va a ser corroborada en los ensayos posteriores, por ejemplo, con su preocupación continua por los antiguos satiristas: anti-utopistas como Swift —«Plan Swift para remediar la miseria» (Martínez Estrada, 1967: 63-9), y utopistas como Tomas Moro— «El Nuevo Mundo, la Isla de Utopía y la Isla de Cuba» (Martínez Estrada, 1967: 221-271), tanto como los borradores hallados por Teresa Alfieri que apuntaban a la redacción de una novela satírica: *Conspiración en el país de Tata Batata*.

En síntesis

El tono del poemario es el de una ironía trágica pero no hablaríamos ni de lirismo reflexivo, ni de depresión agónica en Martínez Estrada; para nosotras es un poeta muy lúcido, un intuitivo que corrobora sus intuiciones a través de la luz del discernimiento y su dolor brota de su propia consciencia, de su misma sabiduría[15]. Está despierto y solo la menipea con sus formas proteicas puede servirle para expresar la exuberancia de su pensamiento a través de sus formas derivadas: la parodia, el humor y la ironía, tanto en la obra poética como en la narrativa[16]. Así se puede señalar la existencia de una constante en la elaboración de su obra poética, narrativa, y ensayística que indica siempre como una brújula su norte magnético: la denuncia de los males desde un lugar privilegiado, el de la menipea, pero no se puede determinar si predomina la ironía sobre el humor, o a la inversa, porque ambos son recursos propios de la menipea. En suma estamos frente a un texto que tiene un fuerte tono paródico pero cuya intencionalidad es irónica,

porque hay un descreimiento sobre la postulación de cualquier sistema de cualquier orden.

Bibliografía

Allemann, Beda. «De la ironie en tant que príncipe littéraire». *Poétique,* n.º 36, 1978, págs. 385-398.

Armani, Horacio. «La poesía en la obra de Martínez Estrada». En *Homenaje a Ezequiel Martínez Estrada*. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1997, págs. 11-20.

Bajtín, M. *Problemas de la poética de Dostoievski*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1993, págs. 150-193.

Booth, Wayne. *Retórica de la ironía*. Madrid: Taurus, 1989.

Barcia, Pedro Luis. «La poesía de Martínez Estrada, una lírica reflexiva». *Actas del Primer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada*, Bahía Blanca, Fundación Ezequiel Martínez Estrada, 1995, págs. 11-29.

Benítez, Rubén. «Enigma y misterio en la poesía de Ezequiel Martínez Estrada». *Cuaderno n.° 1*, Bahía Blanca, Fundación Ezequiel Martínez Estrada, 1972.

Castagnino, Raúl. «Radiografía espiritual de Ezequiel Martínez Estrada». *Homenaje a Ezequiel Martínez Estrada*. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1997, págs. 41-57.

Caturelli, Alicia y Colodni, Martha. «Ezequiel Martínez Estrada, escritor multifacético: su estudio desde el punto de vista, a través del amor como pauta existencial». *Actas del Primer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada*, Bahía Blanca, Fundación Ezequiel Martínez Estrada, 1995, págs. 128-133.

Ciocchini, Héctor. «Notas sin orden para la contribución a una imagen de Ezequiel Martínez Estrada». *Homenaje a Ezequiel Martínez Estrada*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 1968, págs. 51-62.

Domínguez, Marta S. «*La tos y otros entretenimientos*: una lectura paródica». *Actas del Segundo Congreso Internacional sobre vida y obra de Ezequiel Martínez Estrada.* Bahía Blanca, Fundación Ezequiel Martínez Estrada, 1996, págs. 136-141.

Domínguez, Marta S. «Fantasía e ironía en los cuentos de Ezequiel Martínez Estrada». En Cernadas, Mabel y Marcilese, José (Eds.). *Política, Sociedad y Cultura en el Sudoeste Bonaerense, Actas de lasV Jornadas interdisciplinarias del sudoeste bonaerens*e. Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur y Archivo de la Memoria de la Ciudad de Bahía Blanca: EdiUNS, 2008, págs. 287-296.

Domínguez, Marta S. *Las parodias satíricas de Jorge L. Borges y Adolfo Bioy Casares*. Bahía Blanca: EdiUNS, 2010.

Freud, Sigmund. «El chiste y su relación con el inconsciente» [1905]. En *Obras Completas*. vol VIII, Buenos Aires: Amorrortu, 1979.

Genette, Gerard. *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*. Madrid: Taurus, 1989.

Genette, Gerard. *Umbrales*. México: Siglo XXI, 2001.

González, Horacio. «Martínez Estrada de vuelta». En *Ensayos argentinos: alegorías, intuiciones y blasfemias argentinas*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional, (Catálogo de la muestra del mismo nombre realizada entre el 17 de noviembre de 2004 y el 30 de marzo de 2005).

Hodgart, Matthew. *La sátira*. Madrid: Guadarrama, 1969.

Hutcheon, Linda. «Ironie et parodie: stratégie et structure». *Poétique*, n.° 36, 1978, págs. 467-477.

Hutcheon, Linda. «Ironie, satire, parodie. Une aproche pragmatique de l' ironie». *Poétique,* n.° 46, 1981, págs. 140-155.

Martínez Estrada, Ezequiel. *En torno a Kafka y otros ensayos*. Enrique Espinoza (Comp.), Barcelona: Seix Barral, 1967.

Orgambide, Pedro. *Un puritano en el burdel*. Rosario: Ameghino Editora, 1997.

Pantano de Bosco, Martha. «El tiempo en la poesía de Martínez Estrada». *Actas del Primer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada*, Bahía Blanca, Fundación Ezequiel Martínez Estrada, 1995, págs. 207-211.

Prior, Aldo. «Después de Martínez Estrada». *Sur*. Buenos Aires, págs. 32-43. (Separata).

Rest, Jaime. «Trayectoria de Martínez Estrada». *Homenaje a Ezequiel Martínez Estrada*. Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 1968, págs. 46-51.

Rose, Margaret. *Parody: ancient, modern and post-mod*ern. London: Cambridge University Press, 1993.

Sangsue, Daniel. «Parodie et humour noir». *Poétique*, n.° 118, 1999, págs. 219-237.

Sperber, Dan y Deirdre, Wilson. «Les ironies comme mentions». *Poétique,* n.° 36, 1978, págs. 399-412.

Tittler, Jonathan. *La ironía narrativa en la novela hispanoamericana contemporánea.* Bogotá, Banco de la República, 1990.

Fuentes

Martínez Estrada, Ezequiel. *Oro y piedra.* Buenos Aires: Nosotros, 1918.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Nefelibal*. Buenos Aires: Tor, 1922.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Motivos del cielo*. Buenos Aires: Babel, 1924.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Argentina*. Buenos Aires: Babel, 1927.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Humoresca*. Buenos Aires: Babel, 1929.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Títeres de pies ligeros,* Ilustraciones del autor, Buenos Aires: Babel, 1929.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Coplas del ciego. Edición completa.* Bahía Blanca: Ediuns, 2012.

Martínez Estrada, Ezequiel. «Tres poemas del anochecer». *Sur*, n.° 291, Buenos Aires, noviembre-diciciembre, 1964, págs. 32-34.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Obra poética*. Buenos Aires: Hispamérica, (Colección: Biblioteca personal de Jorge L. Borges), 1985.

NOTAS

1 Este trabajo se enmarca en el PGI: «La sátira en la literatura argentina:ironía y humor en Roberto J. Payró, Jorge L. Borges, Adolfo Bioy Casares y Ezequiel Martínez Estrada». (2012-2015), bajo mi dirección totalmente financiado por la Universidad Nacional del Sur. La Srita Sofía Alderete —alumna de la carrera de Licenciatura en Letras— es colaboradora del mismo.

2 Con estas palabras se iniciael catálogo que Horacio González escribió para la Muestra *Ezequiel Martínez Estrada: alegorías, intuiciones y blasfemias argen-tinas*, realizada entre el 17 de noviembre de 2004 y el 30 de marzo de 2005 en la Biblioteca Nacional.

3 Sobre sátira e ironía: cf. Domínguez, 2010, 38 y ss.

4 «Ya he mostrado el error de la crítica de estimar que hay dos etapas contrapuestas en la producción de Ezequiel Martínez Estrada: una jovial hasta *Radiografía* y otra desoladora a partir del ensayo mayor» (Barcia, 1995: 23).

5 Pues de 1918 a 1929 publicó seis libros de poemas. Recibió importantes premios por su obra poética: en 1923 recibe el Tercer Premio Nacional de Literatura por *Nefelibal*; en 1927 recibió el Premio Municipal de Literatura por *Argentina;* y durante la década del treinta recibió dos veces el Premio Nacional de Literatura: por *Títeres de pies ligeros* y por *Humoresca.* Además fue postulado en 1949 para el Premio Nobel de Literatura. La obra poética de Ezequiel Martínez Estrada «[…]se salvó de la dispersión —que es camino de olvido— merced a la gestión amical de Luis Baudizzone, José Luis Romero, y Jorge Romero Brest, quienes asociados a la editorial Argos, reunieron en el volumen *Poesía*, hacia 1947, los principales ejercicios líricos publicados por Ezequiel Martínez Estrada hasta esa fecha». (Castagnino, 1997: 43-4).

6 Denominado también *Humoresque*o *Humoreske* es un género de música romántica caracterizado por piezas con un imaginativo humor como con-figuración de un ambiente, no desde el punto de vista del ingenio. Cf. Randel, Don Michael (1999), *The Harvard Concise Dictionary of Music and Musicians*. Cambridge, Massachusetts, Belknap: Harvard University Press.

7 «Son palabras de Domicio Enobarbo a Cleopatra (*Antonio y Cleopatra*, IV, 2): 'Es uno de esos caprichos extraños que el dolor hace surgir del alma'. Es el pesar el que parte a, *out of the mind*, la expresión poética que es *Humoresca*» (Barcia, 1995: 25).

8 Para un análisis del contenido de los poemas de *Humoresca* (Cf. Barcia, 1995: 26-7).

9A Rubén Benítez (1972, 31). «Variaciones sobre un tema de Baudelaire» le recuerda *Títeres de pies ligeros*, porque comparte el mismo tono ligero y fatalista, concepción que se encuentra plasmada explícitamente en «Todo está bien».

10 «Ezequiel Martínez Estrada, siguiendo la usanza del tríptico y el busto policromado, le dedica a Whitman una de las "Tres estrellas de la Osa Menor" en *Humoresca* (1929), imagina allí al poeta *divagando en los círculos superiores y abstrusos/o bien sencillamente contradictorio y vivo,* y promete perseguir fielmente su huella, dice, con *la ansiedad del perro.* Martínez Estrada profesa oportunamente su veneración, aunque con ese inquietante toque perruno, pero le devuelve la posibilidad de ser contradictorio y de estar vivo; después de que Darío lo canonizara en vida sin revisar demasiado su expediente» (Cf. Magaril, Nicolás, (s/d.), «Walt Whitman: una extraña criatura». En *Hablar de poesía*. n.° 16, Buenos Aires, Grupo Latinoamericano).

11 Para Borges en el «Prólogo» a la *Obra Poética* (Martínez Estrada, 1985: 9) estos son los poemas más inolvidables que escribió Martínez Estrada en lo que supera a sus modelos Lugones y Darío.

12 Ezequiel Martínez Estrada admira en particular a Heine porque su arma más poderosa es la ironía.

13 Sobre quien volverá en su ensayo «Heine y la libertad» incluido en *En torno a Kafka* (Martínez Estrada, 1967:71) allí comenta que la «Humorescaheiniana» la escribió en el centenario del *Libro de las canciones* como homenaje a Heine. Considera a Heine junto a Spinoza como sus maestros desde la juventud.

14 Cf.: En la parte de sus «Estampas de viaje» tituladas «Los baños de Luca», Heine delinea la figura de Hirsch–Hyocinth, de Hamburgo, agente de lotería y pedicuro, que se gloría ante el poeta de sus relaciones con el rico barón de Rothschild, y al final dice, «Y así, verdaderamente, señor doctor, ha querido Dios concederme toda su gracia; tomé asiento junto a Salomón Rothschild y él me trató como a uno de los suyos, por entero famillonarmente» (Freud, 1979: 18).

15 En el estudio biográfico que le dedica Orgambide (1997, 18), no declara la cita, pero menciona un párrafo donde el poeta reconoce que desde su infancia: «[…] poseí el triste privilegio de comprender las cosas de la vida con precoz claridad de adulto. Debo confesar que no recuerdo ninguna época que haya vivido la ingenuidad de la niñez […]», y más adelante «[…] él lo llama prematuro despertar del sentido de la vida […]». Sobre la doble vía de la intuición y la razón (Martínez Estrada, 1967: 23)

16 Ya estudiada anteriormente (Domínguez, 2008: 287).

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 300-308.

LAS *COPLAS DE CIEGO* DE MARTÍNEZ ESTRADA Y LA TRADICIÓN HISPÁNICA

Carmen André de Ubach
Universidad Nacional del Sur

«Soñé que estaba viejo/y enfermo en un asilo./Me preguntó una anciana:/¿No le gustan los libros?»
Martínez Estrada, 2011: 50.

Ezequiel Martínez Estrada se autocita en la carta a Victoria Ocampo del 22 de noviembre de 1963, luego de descalificar al cenáculo literario de *Sur*:

> [...] no transigiré con la basura que lee y escribe. Nada tengo que ver con ellos. Todos son genios, buenos patriotas, catadores de tabacos, cafés y vinos literarios. Se han tragado las *Coplas de ciego* como sordos comedores de virutas.

En ese contexto, la copla espeja la relación del poeta con su amiga; la vida es sueño, ambos ya son viejos, él es un exiliado en su propia tierra y ella

será siempre una intelectual de élite. No solo hay crítica, hay reproche y desilusión: las mentadas *Coplas de ciego* habían sido publicadas por la editorial Sur en 1959 y su profundidad no había sido apreciada ni siquiera por sus pares.

El mismo sello las reedita póstumamente en 1968, con el agregado de las inéditas *Nuevas coplas de ciego*, que Samuel Glusberg —alias Enrique Espinoza— recopila por encargo de la Universidad Nacional del Sur, y el poemario vuelve a pasar desapercibido.

La obra recién es motivo de una nueva impresión completa en 2011, a través de EdiUNS, la editorial de nuestra Universidad, con el deseo de acercarla a nuevos lectores que busquen comprender su valor artístico y la hondura de su pensamiento.

El título de *Coplas de ciego* sugiere su encuadre en un género tradicional de cantares narrativos populares similares a los romances, que desarrollan extensas historias trágicas, crueles y pasionales en un lenguaje simple y coloquial, las que son plañidas por ciegos ambulantes con el acompañamiento de algún instrumento musical de cuerda o percusión. También se las denomina 'coplas de cordel', pues finalizada la actuación, los lazarillos exhiben para la venta los pliegos con los textos de las coplas, colgados en un cordel que atan entre dos árboles. Es inevitable asociar la imagen de aquellos copleros invidentes con la del vate ciego de la tradición clásica, Homero, el último eslabón de la larga cadena de transmisión aédica de los sucesos épicos de la guerra de Troya, de quien se dice que cantaba los poemas marcando el ritmo del hexámetro con el golpe de su bastón en el suelo. En la literatura española las composiciones de ciegos pueden rastrearse desde la Edad Media, tal como lo testimonia la inclusión de dos «cantares de ciegos» en el cierre del *Libro de buen amor* de Juan Ruiz Arcipreste de Hita (s. XIV)[1]. Pero la génesis y el dominio genuino de realización de este tipo de coplas son los de la oralidad y con tal carácter el género pervive hasta la primera mitad del siglo XX con considerable auge (Burgos, 2011: 8).

Sin embargo, las *Coplas de ciego* de Martínez Estrada son meditaciones breves, profundas y desencantadas, «reflexión condensada en estrecha materia verbal» según precisa Pedro Barcia (1995: 27) y, por lo tanto,

resultan más afines a discursos poéticos que combinan contenido sapiencial y expresión concisa. En la literatura hispánica existe esta clase de producciones desde el Medioevo, en la que confluyen y se mezclan manifestaciones proverbiales con canciones tradicionales, vínculo que para Margit Frenk queda patentizado en las acepciones amplias e intercambiables concedidas a los vocablos 'refrán' y 'verso':

> Muchos proverbios no sólo tienen aire de canción, sino que son o han sido canciones, y... entre el mundo del refranero y el de la lírica musical hay como una zona intermedia en que ambos se encuentran, se mezclan, se funden y confunden (Frenk Alatorre, 1978: 154).

La filiación referida ha sido también sucintamente señalada por Barcia, en su estudio del corpus de *Coplas de ciego* y *Nuevas coplas de ciego* dentro del conjunto de la poesía del autor:

> Los dos libritos de Ezequiel Martínez Estrada se insertan en una antiquísima tradición hispánica: la literatura sapiencial o parenética. La sabiduría humana en coplas y cantares, forma que compite con el refranero en su sesgo experiencial (Barcia, 1995: 27).

Con respecto a la forma métrica insinuada en el título, cabe apuntar que de las ciento cincuenta y siete composiciones que integran la edición completa, solo veintiocho son coplas, es decir cuartetas octosílabas con rima asonante en los versos pares, y algunas presentan irregularidades en la medida silábica y en la rima de los versos. Hay seis poemas pareados, forma que se halla a lo largo de toda la historia literaria española, especialmente en sentencias y refranes; la breve estrofa constitutiva de este tipo de formulaciones tiene dos versos que riman entre sí, normalmente consonantados, en tanto que los versos pueden ser de arte mayor o menor, sin que sea necesario que ambos tengan el mismo número de sílabas. Las restantes producciones (ciento veintitrés) son tercetillas o tréboles, conformadas por tres versos octosílabos con rima en los impares, por lo general consonante.

El título de *Coplas de ciego*, entonces, no debería entenderse en sentido literal sino que aludiría a una búsqueda lírica próxima a la canción sentenciosa popular, en la que el poeta penetra el mundo con los ojos del alma para extraer su sentido abismal.

La colección editada en 1959 está dedicada a Antonio Porchia, autor de una única obra titulada *Voces*, integrada por aforismos que fueron apareciendo en la revista *Sur* y en series sucesivas a partir de 1943; la referencia sugiere la afinidad que Martínez Estrada ve entre las producciones de ambos, en cuanto a la expresión sucinta de meditaciones agudas.

Allanadas estas cuestiones preliminares, me propongo examinar la personal adaptación de la tradición hispánica que hace Martínez Estrada en los cantares gnómicos de sus *Coplas…*, centrándome en las composiciones sobre el mundo femenino y el tema del amor, en las que se percibe la visión desengañada y melancólica que caracteriza el discurso poético del autor.

Algunos de estos versos reflexionan en torno a la soledad humana, incontrastable aún en compañía de una pareja. La soledad se objetiva en la desamparada imagen de la mujer reproducida en un cuadro fijo: «Había en una consola/un retrato de mujer/absolutamente sola» (Martínez Estrada, 2011: 50).

El matrimonio es considerado desde un punto de vista negativo; para la mujer, significa la continuidad de la ausencia afectiva: «Sólo después de la boda/advirtió que era otro modo/de seguir estando sola» (Martínez Estrada, 2011: 31) y para el hombre, representa percatarse de unos lazos problemáticos de parentesco: «Era muy inocente:/creyó que se casaba/con ella únicamente» (Martínez Estrada, 2011: 39). Aunque Martínez Estrada vuelca su experiencia en un molde expresivo y una tonalidad diferentes, sin embargo su línea de pensamiento arraiga en las tradiciones proverbiales medievales, en cuanto a la visión pesimista de las uniones maritales; baste recordar una sentencia de Don Juan Manuel en el *Conde Lucanor* (s. XIV): «Más valdría seer omne soltero, que casar con mujer porfiosa» (Don Juan Manuel, 2003: 281) o el refrán recopilado por el Marqués de Santillana en los *Refranes que dizen las viejas tras el fuego* (colección del s. XV publicada en el

s. XVI): «Antes que cases cata que fazes, que no es ñudo que assi desates» (López de Mendoza, 1995: 78).

El desgaste de las relaciones conyugales impregna unos versos amargos que discurren sobre el naufragio del amor en aguas de la costumbre; una manifestación es la invisibilidad de la mujer dentro del contexto cotidiano, la naturalización de una presencia silenciosa rayana con la ausencia: «Salió a buscarla,/pues no sabía/que estaba en casa» (Martínez Estrada, 2011: 31); otra es la resignación a la rutina: «Vivieron de acuerdo, pues/todo lo que se decían/carecía de interés» (CIX: 75); otra, la incomunicación que determina la extrañeza: «Te miro dor-mida,/eres la de siempre,/la desconocida» (CII: 72); otra, el desamor y sobre él, la indiferencia: «Nunca me has querido,/dijo poco antes/de quedar dormido» (C: 71) y, en fin, el profundo desencuentro esencial: «Vivieron juntos treinta años/y murieron sin saber/que eran dos seres extraños» (CI: 71).

La opción para preservar la integridad de un vínculo amoroso parece paradójica, pues contempla el matrimonio pero no con el amado: «Ella siempre le fue fiel/y para serlo del todo/se casó, mas no con él» (CXX: 81). Sin embargo, en esta exaltación de la 'fidelidad adúltera' subyace la tradición literaria del amor cortés, según la cual el amor necesita del permanente deseo y no puede mantener su fuerza entre dos cónyuges, porque el matrimonio anula el deseo. Pero el autor subvierte los códigos idealizados del *fin'amour*, de modo que no es el hombre quien consagra su servicio a la dama sino que es ella quien le guarda fidelidad y la mujer no es inalcanzable porque está desposada, sino que se casa después.

De las meditaciones sobre el amor, solo una es halagüeña: «De aquel amor se diría/que era el frescor de una parra/bajo el sol del mediodía» (LXXXVII: 64); por lo general las observaciones sobre la afección amorosa son escépticas y perturbadoras; el sentimiento verdadero acongoja: «Se querían tanto/que daba tristeza/mirarlos» (XXX: 35) y la pasión no resulta sino un reflejo narcisista: «¡Qué amor inmenso fue aquél!/La adoraba mucho, y ella/también se adoraba en él» (LV: 48).

El conocimiento de las jóvenes sobre el amor aparece mediado por la experiencia de las mujeres de generaciones anteriores y transmitido a través de un mudo lenguaje de sobreentendidos; así, «Una niña preguntó/qué era el amor/a una anciana,/y la anciana sonrió» (XXXIX: 40) y «La madre esperó al amado/tanto tiempo, que a la hija/le fue fácil encontrarlo» (XCIV: 68).

La mirada sobre las relaciones humanas escudriña bajo la apariencia del destino en común, para descubrir la hendidura que distancia a los individuos: «Tenían los dos/una misma estrella;/mas los separaban/un mar y una selva» (XCVII: 69); peor aún, bajo la ilusoria unidad, entre el hombre y la mujer no solo hay hiato sino disparidad, gradación que eleva al varón a la cima y relega a la mujer a la planicie: «Van de la mano;/él por la montaña,/ella por el llano» (LXXXIX: 65). Aquí el poeta recoge la tendencia misógina desarrollada por los moralistas medievales, que se funda en el modelo negativo de Eva y considera a la mujer como un ser inferior, culpable del pecado y la perdición de los hombres[2].

El mismo sustrato abona una reflexión acerca de la virtud femenina: «Era una mujer virtuosa:/cuando estaba por pecar/se le ocurría otra cosa» (LXXXVIII: 65). No obstante, la actitud de Martínez Estrada frente al cultivo de la virtud es ambigua, pues en un caso la considera un ejercicio arduo y ornamental: «Para ella la virtud/era un arte semejante/al de tocar el laúd» (VIII: 24), mientras que en otro cuestiona su valor y sugiere, *contrario sensu*, el tópico de *carpe diem*: «Conservó su castidad/hasta morir./Luego, el limbo;/y después la eternidad» (XXXVI: 38).

Hay dos meditaciones que recrean episodios bíblicos en torno a figuras femeniles. Una abreva en la fuente del Génesis (2.7-3.24), pero el poeta manipula la materia heredada y hace foco en la maternidad, el atributo mariano por excelencia, para proponerla como raíz del pecado original: «La serpiente nada dijo,/para seducirla, a Eva,/sino que le habló de un hijo» (XLII: 41). Según este pensamiento, el fruto del conocimiento no es una tentación para Eva, quien sin embargo no puede resistirse a la promesa del fruto de su vientre. Una idea afín se expresa en otro razonamiento: «La

mujer inteligente/ha de sentirse a menudo/como una reina indigente» (XXXV: 38); la impronta cultural que liga mujer con madre determina que, en la asociación mujer con intelecto, la condición femenina resulte pauperizada, incomprendida y hasta trágica.

La otra composición de filiación bíblica se inspira en los Evangelios y recrea un milagro de Cristo: «Después de resucitar/a una niña recién muerta,/fue a caminar y a llorar/por una calle desierta» (XLIX: 45). El relato del acontecimiento es detallado en Mateo (9, 18-26), en Marcos (5, 21-43) y en Lucas (8, 40-56) y, según los dos últimos, luego de oficiar el milagro Jesús muestra su naturaleza humana pidiendo que le den de comer. En la copla, el poeta apenas esboza el hecho fundamental, la omnipotencia divina, para abocarse a humanizar a Cristo con rasgos más específicos, como la compasión ante la muerte de la niña y la emotividad luego de resucitarla, y para resaltar la profunda soledad inherente a su doble naturaleza.

Nidia Burgos señala con acierto que «hay un grupo de coplas que cuenta una breve historia con moraleja» (Burgos; 2011: 13); en efecto, las relaciones entre narraciones y discurso sapiencial son estrechas y antiguas, según lo documenta la práctica literaria castellana medie-val (Bizzarri, 2004: 135-52). En el caso de Martínez Estrada el procedimiento es complejo, porque adapta a la forma poética enunciados metafóricos con un fondo doctrinal, que contienen una narración en potencia; el relato omite los detalles superfluos y se reduce a presentar los elementos esenciales para caracterizar conductas humanas o situaciones de la vida cotidiana, cuya interpretación se halla implícita y no es necesariamente unívoca.

Los personajes femeninos que pueblan estas sombrías reflexiones son seres vulnerables y marginados. En una copla, el autor tipifica la indiferencia, a la vez que cuestiona el concepto de justicia: «Comentó el juez la condena/de la indiecita mucama/que mató al hijo: veinte años./Bebió el té y se fue a la cama» (CLII: 97). Con sensible conocimiento del mundo, el poeta contrasta dos personajes notablemente asimétricos, de modo que, a través de los dichos impasibles del juez, la mujer aparece condenada legal y socialmente por filicida, por «indiecita» y por «mucama».

Otro caso plantea la exclusión de quien ya no resulta útil en el ámbito del trabajo: «A la actriz que es ya vieja y está enferma/ le han rescindido el contrato./Fue al almacén, compró azúcar,/coñac, carbón, té y tabaco» (CLIV: 98). A la iniquidad de una determinación que relega a la mujer, el autor contrapone la capacidad humana de goce y de resistencia al infortunio.

La riqueza de la poesía reflexiva de las *Coplas de ciego* no se agota con lo expuesto, pero creo que lo apuntado basta para ilustrar la original impronta con que Martínez Estrada cultiva, en el suelo de la tradición hispánica, estas flores crepusculares de filosofía[3]: breves, esenciales, iluminadas y conmovedoramente melancólicas.

Bibliografía

Barcia, Pedro Luis. «La poesía de Martínez estrada, una lírica reflexiva». En *Actas del Primer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada*, Bahía Blanca, Fundación Ezequiel Martínez Estrada, 1995.

Bizzarri, Hugo. *El refranero castellano en la Edad Media.* Madrid: Ediciones del Laberinto, 2004.

Frenk Alatorre, Margit. *Estudios sobre lírica antigua*. Madrid: Clásicos Castalia, 1978.

Juan Manuel, don. *El Conde Lucanor*. Manuel Blecua editor, Parte II Madrid: Clásicos Castalia, 2003.

López de Mendoza, Iñigo. *Refranes que dizen las viejas tras el fuego*. Hugo Bizzarri editor, Reichenberger: Kassel, 1995.

Martínez de Toledo, Alfonso. *Arcipreste de Talavera*. Joaquín González Muela editor, Madrid: Clásicos Castalia, 1970.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Coplas de ciego. Edición completa,* Introducción de Nidia Burgos, Bahía Blanca: EdiUNS, 2011.

Ruiz, Juan, Arcipreste de Hita. *Libro de buen amor*. Alberto Blecua Editor, Madrid: Cátedra, 2003.

NOTAS

1 Cfr. Juan Ruiz Arcipreste de Hita. *Libro de buen amor*, Alberto Blecua editor, Madrid: Cátedra, 2003, coplas 1710 a 1728, págs. 449 a 454.

2 Ejemplo de esta tendencia es el *Arcipreste de Talavera* de Alfonso Martínez de Toledo (s. XV), quien fustiga el amor mundano y satiriza a las mujeres endilgándoles todos los pecados.

3 Parafraseo el título de una colección castellana de sentencias del s. XIII: *Flores de filosofía*.

Influencias y caminos

310 – Aportes de intelectuales y lecturas de Martínez Estrada en *Diferencias y semejanzas de los países de América Latina*
(Rodrigo González Natale)

326 - Itinerarios del pensamiento crítico de Ezequiel Martínez Estrada: sus interacciones transculturales
(Adriana Lamoso)

336 - Martínez Estrada y la reformulación desarrollista del «problema nacional»
(Luciano Campetella)

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 310-325.

APORTES DE INTELECTUALES Y LECTURAS DE MARTÍNEZ ESTRADA EN *DIFERENCIAS Y SEMEJANZAS ENTRE LOS PAÍSES DE AMÉRICA LATINA*

Rodrigo González Natale
Universidad Nacional del Sur

Diferencias y semejanzas surge a partir de un seminario que Ezequiel Martínez Estrada (a partir de ahora EME) dictó en la Universidad Nacional Autónoma de México en 1959 y de la idea de plasmar una obra latinoamericana. Esta obra, en palabras de Liliana Weinberg, presenta un aspecto de conglomerado de materiales diversos, careciendo de unidad como otras obras de este autor (Weinberg, 1990).

En este trabajo nos proponemos aportar un abordaje sobre algunos de los autores que EME se nutre para construir esta obra. Acordando con la autora del prólogo de la edición de 1990, la multitud de referencias bibliográficas es vastísima, quizás no están presentadas de manera formal y también puede criticarse la ausencia de determinados autores (Weinberg, 1990: XXIII). Particularmente nos centraremos en esta parte a los citados en

la tercera sección, en las «Consideraciones políticas», especialmente en el «Panorama político».

Partimos de la propuesta crítica que hacen tanto Gregorio como Liliana Weinberg para avanzar sobre estas lecturas de Ezequiel Martínez Estrada y el americanismo contundente que evidencia nuestro autor, resultado de su evolución como intelectual. En palabras de don Gregorio, «una suerte de radiografía de América Latina» (Weinberg, 1993).

Sin dudas, EME confecciona una obra multidisciplinar, confluyendo la antropología cultural, la sociología, la economía y por supuesto filosofía y política. No se vale de la linealidad histórica[1] para avanzar en la significación de los hitos que le valen a EME para apuntalar su tesis central de la obra: América Latina dominada, colonia con distintas metrópolis a lo largo de su existencia.

Y es aquí que en la elaboración de su tesis vuelve la dualidad «civilización y barbarie» transmutada en «explotador-explotado» o enmarcada, si se quiere, en los parámetros de los economistas estructuralistas que para los tempranos 60 ya habían consolidado conceptos como «centro y periferia» que EME utilizará para caracterizar a lo largo de la obra las dimensiones que determinan el subdesarrollo de los países latinoamericanos. Liliana Weimberg, en el prólogo de *Di-ferencias y Semejanzas,* señala como la tesis matínezestradiana de la obra, la idea de la dependencia a partir de un «destiempo» de América con respecto a Europa y que en las etapas de progreso y crecimiento o de aparente emancipación e independencia desembocaron en distintas dependencias, otrora con España, luego con Inglaterra o Estados Unidos (Weinberg, 1990: XXXIII).

Continúa en *Diferencias y Semejanzas* lo presente recurrentemente, tanto en *Radiografía de la Pampa* como en otras obras: reinventar la dicotomía sarmientina civilización/barbarie, donde la «barbarie camuflada de progreso» (Martínez Estrada, 1990: 317) margina a Latinoamérica y se trasviste de «civilización». Es así que repensará la idea del progreso mate-rial con desarrollo cultural. Por acá rondará permanentemente, aunque no todo

será taxativo y «es conveniente dejar algo para la refutación del lector» (Martínez Estrada, 1957: 85).

En cuanto a su americanismo, no hay duda que su construcción como intelectual —en todo el sentido del término— no fue solamente a partir de la Revolución Cubana de 1959, tanto Roberto Fernández Retamar como Liliana Weinberg coinciden en una simiente subyacente en *Radiografía de la pampa*, donde la Argentina se vincula dramáticamente al resto de América Latina a partir de percibirla subdesarrollada (Weinberg, 1990: XXVII). Es así que las estructuras de dominación tanto españolas en un principio, como las norteamericanas después, se presentan en EME como un esquema permanente en la revisión de los países latinoamericanos. Denostará el colonialismo e imperialismo como opuestos al americanismo planteado por nuestro autor.

La obra se divide en tres grandes bloques llamados ‹‹Consideraciones››, el primero aborda las antropogeográficas, el segundo las económicas y el tercero las políticas. Como adelantamos, el análisis no sigue estrictamente la linealidad histórica desde la perspectiva tradicional, sino a partir de problemáticas, estructuradas a partir del binomio dicotómico antes expuesto y que se supera a partir de la complejización de opuestos significativos como campo-ciudad, explotador–explotado, lo popular-la elite, desarrollo-subdesarrollo, entre otros.

Es en el ideario martiano donde fija guía para la superación de la marginalidad periférica a la que se ha sometido a NuestrAmérica toda. Es así que establece un valor espiritual y trascendente a los «dioses tutelares de Cuba que Martí adoró: la libertad, la justicia y la dignidad»[2] y ellos mismo materializados en la Revolución Cubana de 1959.

Pensando en Martí nos lleva a proponer una lectura en paralelo de la *Carta de Jamaica*[3] escrita por Simón Bolívar en 1815, durante su exilio temporario en dicha isla. El libertador utiliza apoyaturas doctrinales como Rousseau, Sieyés y Montesquieu, pero galvanizadas a partir del propio pensamiento.

Bolívar aboga por un gobierno original para América: «voy a arriesgar el resultado de mis cavilaciones sobre la suerte futura de la América; no la

mejor sino la que sea más asequible»[4]. En el mismo sentido Martí propone la conformación de una ideología americana que comenzar a conocerse a sí misma y deje de lado las ideas e instituciones foráneas. El hombre americano resuena en Martí como natural, que defiende esa misma naturaleza y dignidad cuando la ve amenazada. Bolívar sostiene que los americanos podrán tener su gobierno en tanto lo hagan a partir de las estructuras realistas del medio social, despojándose de las teorías perfectas de gobierno.

Nuestro autor, imbuido del espíritu martiano, avanza en su *Diferencias y semejanzas* a partir de una misma consideración antropológica que rescata al pueblo —único capaz de producir la verdadera revolución que rompa sus cadenas de dominación— desde la conciencia de la identidad americana. Acá estará la clave, donde podemos encontrar un lejano co-mienzo en Bolívar, desarrollado con genialidad por Martí y vuelto a significar en el siglo XX por Arturo Roig, Leopoldo Zea, Roberto Fernández Retamar y el mismísimo Martínez Estrada.

En el capítulo «Consideraciones políticas» de la obra que seleccio-namos para este trabajo introductorio solo destacaremos algunos países, recorriendo arbitrariamente una selección de autores de los que se vale el santafecino para establecer estas diferencias y similitudes de las naciones latinoamericanas.

Independencia

Bolívar en su *Carta de Jamaica* profetiza en cierta manera, las dificultades que encontrarán las naciones emancipadas luego de la independencia. Uno por uno va señalando, a partir de sus características, un futuro complejo que, en la gran mayoría se cumplirá.

Para EME, la independencia no será tal, afirma que «(...) los libertadores sudamericanos acaudillaron tropas y no pueblos, y tenían como meta la reforma de las naciones y de los estados, más que re-estructurar sociedades (...)». En contraposición, individualiza a Louverture de Haití, a Hidalgo y Morelos de México como los verdaderos revolucionarios que liberaron pueblos esclavizados (Martínez Estrada, 1990: 200).

Cita para contrastar a Mario Bunge, el autor de *Nuestra América*, obra psicosociológica ensayística sobre Hispanoamérica. Rotula al proceso de mayo como una revolución democrática, pero sin *demos*. La tierra pertenecía a ricos holgazanes de las ciudades. La plebe inicia un segundo movimiento histórico: los caudillos. En la guerra de independencia triunfó la burguesía criolla, en las luchas provinciales la plebe campesina (Martínez Estrada, 1990: 200)[5].

En los años posteriores al proceso emancipador, las potencias europeas apoyaron la relativa independencia para volcar sus redes de dominios[6], acá EME trae a colación la situación de África y Asia, apoyándose en esta línea desde Vicente F. López, conspicuo liberal conservador argentino[7], a Carlos Pereyra, el historiador mexicano autor de *Historia de América* y Benjamín Carrión, el diplomático ecuatoriano que avanza sobre la idea de una segunda independencia: «la guerra de independencia nos dio únicamente el beneficio de la separación de España. Los problemas humanos, económicos, sociales quedaron intocados y, en general agravados». Los autores coinciden en el predominio de la milicia, la presencia clerical y la utilización de la fuerza como rémora hispánica (Martínez Estrada, 1990: 201).

EME retoma la última independencia americana de España, Cuba, para establecer un paradigma de todas las revoluciones hispanoamericanas: bajo la independencia subyacía un factor de dependencia de segundo grado.

Nuestro autor destaca en este capítulo al historiador cubano Emilio Roig de Leuchsenring, contemporáneo del santafesino y contundente antiimperialista, que desarrolla los 200 años de la lucha del pueblo cubano por su independencia, referenciando a los conspiradores vegueros que se levantaron entre 1717 y 1723 contra el monopolio abusivo de los peninsulares. EME destaca a este levantamiento como el único contra el imperialismo económico español (Martínez Estrada, 1990: 203).

Retomando a nuevamente a Martí, en *NuestrAmérica*, destaca cómo la colonia siguió viviendo en la república, apelando a excesivas ideas y formas ajenas, desdeñando la raza aborigen: «con los oprimidos hay que hacer

causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores» (Martínez Estrada, 1990: 204).

Resalta las figuras de V. F. López y Lucas Alamán en México y la voluntad de incorporar la interpretación económica a sus escritos, aunque no pueden escapar a la estructura canónica de la historia político-militar del período de la independencia. EME afirma que la historia económica hasta hace poco (momentos de dictar el seminario) había considerado tabú estas fases históricas.

Queda demostrado ante la lectura de *Diferencias y semejanzas* un manejo soberbio de bibliografía de una heterogeneidad compleja, ci-tando a autores marginales como es el caso de Luis Sommi[8], militante comunista y autor de diversas publicaciones. En el caso de este período EME cita a la «estructura económico social de la Argentina de 1890», para corroborar cómo la independencia no destruyó la propiedad latifundista, sino que la proyectó y modeló la estructura social argentina. En 1956 vuelve sobre el tema económico y escribe una obra analizando críticamente al Plan Prebisch.

EME explica la aparición negativa que significaron los caudillos, como Rosas, liderando a fuerzas conservadoras (metropolitanas) y revolucionarias (campesinas) para reunir la «suma del poder público», poniendo de relevancia el sustrato material específico detrás de la jefatura autoritaria de estas figuras históricas.

En el abordaje de la historia económica rescata a Ricardo Ortiz y a Rodolfo Puiggrós que se evaden de la historia tradicional —y que serán valorados por el mundo académico bastantes años después— abocada solo a los hechos que constituyen la consolidación jurídica del Estado. Se lamenta EME la falta generalizada de historia económica en Latinoamérica y la que hay «nos es más edificante que la historia política» (Martínez Estrada, 1990: 207)

Panorama Político

México

Como adelantamos, sigue en este capítulo una estructura que podríamos también comparar con la *Carta de Jamaica*, donde Bolívar va destacando las problemáticas de cada zona de América[9].

Para analizar este país aparece Palerm Vich, el antropólogo social español que aborda la importancia de los sectores medios de la sociedad mexicana en las guerras de Hidalgo y Morelos, que transforma las maneras de comerciar y lucrar, fiel reflejo de las transformaciones del capitalismo (Martínez Estrada, 1990: 265).

Otro es Justo Sierra, notable ensayista e historiador mexicano que junto Martí se constituye en uno de los creadores de la corriente hispano-americana. Al igual que Sarmiento avanza en la necesidad de educación del pueblo, empobrecido y hambriento es víctima de las contiendas entre conservadores reaccionarios y liberales progresistas y que en esas condiciones es imposible instruirse. Al pueblo no le queda otro camino que ser rehén del Estado federal, ya sea como soldado o apresado por la burocracia.

EME considera cómo las dictaduras de Díaz, Alamán y Santa Anna terminaron de consolidar las ideas coloniales, donde la política es un pacto entre la estructura de los seres humanos y la de instituciones que se le han superpuesto. En México los problemas políticos son los problemas sociales (Martínez Estrada , 1990: 272).

Argentina

En el panorama político argentino, EME inicia su análisis con José Ingenieros[10], que declara que los males políticos han calado hondo en las costumbres del país y nuestro autor suma otras, siguiendo la tesitura de la obra: los males estructurales como los antropogeográficos irresueltos y planteados por eternos convocados en la reflexión martinezestradiana:

Echeverría, Alberdi y Sarmiento con respecto a la vastedad territorial despoblada, contexto generador de varios de los males argentinos.

EME explica la consolidación de una oligarquía terrateniente vinculada a los intereses económicos ingleses. Cuando EME expone cómo estaba estructurada la posesión de la tierra en Buenos Aires, cita a Ricardo M. Ortíz[11], uno de los pioneros en exponer una visión conjunta de las distintas etapas de la economía argentina[12].

Para EME la situación de la república es la misma: despoblamiento, necesidad de industrias, falta de educación en la justicia, necesidad de saneamiento de la administración y la milicia, etc. EME desarrolla dos líneas contrapuestas que pueden ser analizadas como un continuo: Rivadavia-Roca-Sáenz Peña y Rosas-Yrigoyen-Perón, cada uno con una similitud formal evidente pero cada uno como un modelo más espurio que el anterior. Líneas-fuerzas que dejan al actor genuino —el pueblo— fuera de una construcción nacional superadora.

Fustiga a la historia política pura que justifica la dominación desde lo jurídico, lo científico y de las medidas drásticas para evitar el desastre económico[13]. Las protestas populares (con respecto a la política petrolera y ferroviaria) son presa de la represión estatal. Para EME las leyes del estado no son nada más que un sistema de ilegalidades consentidas.

Río de la Plata

EME destaca la figura de Artigas como un caudillo popular, pero que está a juicio abierto todavía su actuación. Critica a López y Mitre por sus juicios negativos a Artigas, considerándolo un contrabandista igual que a los demás ganaderos orientales, aunque no así con los argentinos que comerciaban ilegalmente sus ganados en la Banda Oriental. Para EME la figura de Artigas, al igual que la de los Carrera de Chile o Santander de Colombia, entre algunos otros, se manifiestan esquivos ya que si bien encarnan la arista caudillística deplorada, es cierto que estuvieron al frente de movimientos de masas con intereses económicos que se agitaban en las sociedades oprimidas decimonónicas (Martínez Estrada, 1990: 277).

Vuelve EME a citar a Leopoldo Zea para trazar la línea conflictiva de gobiernos y revoluciones uruguayas del siglo XIX concluyendo que el cuartel es la única fuente de orden en las tierras orientales: «Pero el pueblo uruguayo ensangrentó su tierra para encontrar su manera de vivir conforme a su origen, su índole y su destino» (Martínez Estrada, 1990: 278).

W.E. Hudson en su *Tierra purpúrea* regresa con EME para enmarcar cómo la democracia es un sistema natural y no una filosofía de la justicia social en Uruguay. El discurso final de Lamb lo atestigua magistralmente.

Brasil

El panorama político del Brasil que perfila Martínez Estrada es apoyado principalmente por Pedro Calmón[14], literato e historiador brasileño, contemporáneo a don Ezequiel.

La otrora colonia lusitana tiene en la *bandeira* la institución que fija las líneas tectónicas de la vida política, económica y social brasilera, aunque no haya adquirido nunca forma gubernamental. Es una amalgama que fragua elementos dispares que perduran y hacen de Brasil «el país del futuro» según Stefan Zweig, novelista austríaco muerto en Brasil. Esta misma la componen el portugués, el africano el indígena, incluso para Martínez Estrada, siguiendo a sociólogos e historiadores brasileños —que no cita— el sistema de plantación esclavista colonial e imperial era más benévolo que el trabajo libre es las regiones hispanoamericanas. «El factor prevaleciente es el de la solidaridad social y el usufructo equitativo de la explotación de la tierra» (Martínez Estrada, 1990: 283).

Centroamérica

EME, en su permanente prédica americanista evidenciada en esta obra, resalta a los defensores de la unidad centroamericana como Morazán, Barrios, Zaldívar o a Sandino «que se eleva sobre el aplastado nivel moral de gobernantes y población», pero que es visto, igual que antes a Villa y Zapata,

como bandidos montaraces. Repite el paralelismo con los protagonistas de Sierra Maestra, encarnadores de la voluntad sofocada de libertad y justicia (Martínez Estrada, 1990: 285).

Las críticas que se elevaban a la Revolución Cubana durante el seminario que dio origen a la presente obra, para EME provienen de los mismos defensores de las instituciones coloniales que señalaron a Sandino, Hidalgo y Bolívar y que ahora trasmutaron las mismas de «anarquistas y sacrílegos» a «comunistas y ateos».

Martínez Estrada realiza una breve pero completísima síntesis de gobiernos y facciones políticas de los países de esta región y se apoya en la obra del completísimo intelectual hondureño Rafael Heliodoro Valle, *Historia de las idas contemporáneas en Centroamérica*, otro de los americanistas convocados por Martínez Estrada, relacionado con Alfonso Reyes, Rubén Darío, entre otros[15]. Otra vez se vale de historiadores que bucearon en el espíritu y cultura de los americanos para reconstruir la historia de explotación continental y las resistencias populares.

Para esta región, EME marca el derrotero de las repúblicas y la dominación de los Estados Unidos, tanto en forma directa como a través de sus personeros locales. Vuelve otra vez sobre la determinación geográfica en los procesos históricos finiseculares: el nacimiento de Panamá como fin a los intereses imperiales norteamericanos así como Cuba y Puerto Rico. Cita en este caso a la introducción a la reedición del libro de Leland Jenks, *Nuestra colonia Cuba*, escrita por el historiador norteamericano Harry Barnes[16].

Palabras finales

Las múltiples lecturas de esta —o cualquier— obra de EME hablan de la complejidad que implica abordar el pensamiento latinoamericano. En este veloz y sesgado paso realizado por algunas porciones de la misma, nos demuestra una capacidad consolidada para nutrir su ensayística genial con autores de la más diversa índole, que pueden aportar tanto estadísticas y cifras comparativas como a poetas, antropólogos y filósofos buceadores de la

cultura identitaria americana, necesaria para ofrecerse de trampolín a la emancipación final.

Permanentemente nos llega el sabor de la *marginalidad* —no solo la continental de Latinoamérica en su subdesarrollo— sino también cuando EME destaca a autores que provienen de marxismo, como Sommi, Peñaloza Cordero, entre otros o algunos ‹‹malditos›› como Harry Barnes y O`Connor.

Con ellos confluyen Pedro Henriquez Ureña y Leopoldo Zea, por ejemplo, convirtiéndose la obra en una plataforma espléndida para una construcción genuina de pensamiento latinoamericano que permite la toma de conciencia de la marginalidad producto de la dependencia geopolítica y no ya el posicionamiento fuera de los *limes* a partir de la raza.

En la yuxtaposición de autores tan heterogéneos y a pesar de la sensación tumultuosa de la organización de la obra, siempre está la búsqueda martínezestradiana de la identidad, que nos ofrece un patrón para ordenar el acometimiento de *Diferencias y semejanzas*.

En esta requisa permanente de Martínez Estrada a través de sus distintas obras evidencian contradicción; muestran al lector de Marx o de Spengler y no teme en citar a Levene y a Bunge o a Vasconcelos y Furtado, si esto le permite pensar: sea la pampa, la ciudad, la Argentina o América a partir del ensayo que ayuda a develar, a revelar una realidad de-sesperanzada, un trabajo constante y erudito que EME realiza con una presencia constante de valores, a pesar de los giros políticos a través de su historia personal.

Bolívar y su *Carta de Jamaica*, como juego de continuidades que nos propusimos, ofrece un paralelismo —quizá forzado— que ayuda a linear a EME a través del ideario de Martí: la reivindicación del aborigen, del pueblo en definitiva se transforma en el verdadero sujeto de la revolución, pues solo ellos pueden significarla con contenido latinoamericanista y la figura de José Martí encarna para Martínez Estrada al héroe que posee una voluntad de hierro[17], síntesis de un pueblo —el cubano— que logró la tan ansiada utopía americana, que rompió con la evolución histórica —marcada desde las metrópolis y que significaba dependencia y miseria— a partir del salto que fue la revolución, pero como afirmó Liliana Weimberg y citamos antes, es en

un «destiempo»: también la revolución es una forma de vindicar las luchas pasadas y al sujeto colectivo que las protagonizó.

Bolívar renace en Martí y este es Martínez Estrada en la temprana idea de una América unida. Y ahí estarán los intelectuales para pensarse americanos y consolidar la emancipación: «trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra», en palabras de Martí sabiendo que enfrente para Bolívar, el cubano y EME esta «el Tío Sam»[18].

Bibliografía

Actas del *Primer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada*. Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 1995.

Bolivar, S. *Carta de Jamaica*. http://www.educ.ar/sitios/educar/ recursos/ ver?id=70084.

Bunge, C. O. *Nuestra América. (Ensayo de psicología social).* Buenos Aires: Moen, 1911.

Cairo, A. *José Martí y esa pasión por el mito de Ezequiel Martínez Estrada*. Conferencia ofrecida en el 2do Congreso sobre la vida y obra de EME, Bahía Blanca, 1996.

Coleman A. «Martí y Martínez Estrada: Historia de una Simbiosis Espiritual». *Revista Iberoamerinana*, Pittsburgh, n.° 41, 1975.

Lamoso, A. «Literatura y política: dilemas culturales en *Radiografía de la pampa* de Ezequiel Martínez Estrada». En *Anales de Literatura Hispanoamericana*. vol. 40. 2011.

Leland, J. *Cuba nuestra colonia.* Buenos Aires: Palestra, 1960.

Lettieri, A. *Vicente Fidel López. La construcción histórica de un liberalismo conservador*. Buenos Aires: Biblos, 1995.

Martínez Estrada, E. *Diferencias y Semejanzas entre los países de la América Latina*. Biblioteca Ayacucho, 1990.

Orbe, P. *Entre la Reforma Universitaria y la revolución: análisis del discurso político del ingeniero Ricardo Ortiz como primer rector estatutario de la*

Universidad Nacional del Sur (1958-1959). http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/orbe.pdf.

Rapoport, M. *Economía e historia: contribuciones a la historia económica argentina*. Buenos Aires: Tesis, 1988.

Sommi, L. V. *La revolución del 90*. Buenos Aires: Editorial Pueblos de América, 1957.

Sorá, G. «Una cuestión de Estado. La traducción del pensamiento social nacional entre Argentina y Brasil». *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*; vol. 13, Caracas, 2005.

Varia, R. H. *Thesaurus*. Tomo XIV. n.° 1,2 y 3, Caracas, 1959.

Weinberg de Magis, Liliana. «*Radiografía de la pampa* en clave paradójica». En Martínez Estrada, Ezequiel. *Radiografía de la pampa*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993.

Weinberg de Magis, Liliana. «La dimensión americana de Ezequiel Martínez Estrada». En Martínez Estrada, E. *Diferencias y Semejanzas entre los países de la América Latina*. Biblioteca Ayacucho, 1990.

Zea, L. *La esencia de lo americano*. Buenos Aires: Pleamar, 1971.

NOTAS

1 Según Gregorio Weinberg, EME se interroga sobre la legitimidad de pensar América en el tiempo y orden europeo, una idea de progreso construida en torno a elementos exógenos. Construye un tiempo distinto al cronológico (Weinberg, 1993: 69).

2 Edmundo Desnoes, citando a EME. Ana Cairo: *José Martí y esa pasión por el mito de Ezequiel Martínez Estrada*, conferencia ofrecida en el 2do Congreso sobre la vida y obra de EME, Bahía Blanca, 1996.

3 Escrita por Simón Bolívar y dirigida al corresponsal inglés Henry Cullen. Es considerada el programa estratégico del libertador en la lucha por la independencia venezolana, demostrando la clara visión política de Bolívar al proyectar la misma en una perspectiva americana desde una visión socio-política novedosa.

4 Simón Bolívar: *Carta de Jamaica*

5 Carlos Bunge es uno de los exponentes de la corriente interpretativa de la nacionalidad argentina desde una perspectiva biologista-positivista preocupada por la emergencia de la sociedad de masas, los cambios traídos por la inmigración y la cuestión obrera. Hacia el centenario, esta visión comenzará a perder énfasis. En la obra citada por EME, *Nuestra América*, Bunge sigue la línea sarmientina de achacar a la educación española y al mestizaje los males de las sociedades hispanoamericanas.

6 En la *Carta de Jamaica*, Bolívar se dolía de la indiferencia europea a la revolución hispanoamericana y sostenía las ventajas recíprocas que podían lograrse si prestaran auxilio a la América. Por supuesto la visión del Libertador se ve limitada por la valoración de la época con respecto a la «reciprocidad teórica» del liberalismo comercial europeo.

7 Cf. Lettieri, A.: *Vicente Fidel López. La construcción histórica de un liberalismo conservador*. Buenos Aires: Biblos, 1995.

8 Luis V. Sommi. *La revolución del 90*. Buenos Aires: Edit. Pueblos de América, 1957.

9 El belicoso estado de las provincias del Río de la Plata ha purgado su territorio y conducido sus armas vencedoras al Alto Perú, conmoviendo a Arequipa, e inquietado a los realistas de Lima. Cerca de un millón de habitantes disfruta allí de su libertad.

El reino de Chile, poblado de ochocientas mil almas, está lidian do contra sus enemigos que pretenden dominarlo; pero en vano, porque los que antes pusieron un término a sus conquistas, los indómitos y libres araucanos, son sus vecinos y

compatriotas; y su ejemplo sublime es suficiente para probarles, que el pueblo que ama su independencia, por fin la logra.

El virreinato del Perú, cuya población asciende a millón y medio de habitantes, es, sin duda, el más sumiso y al que más sacrificios se le han arrancado para la causa del rey, y bien que sean vanas las relaciones concernientes a aquella porción de América, es indubitable que ni está tranquila, ni es capaz de oponerse al torrente que amenaza a las más de sus provincias.

La Nueva Granada que es, por decirlo así, el corazón de la América, obedece a un gobierno general, exceptuando el reino de Quito que con la mayor dificultad contienen sus enemigos, por ser fuertemente adicto a la causa de su patria; y las provincias de Panamá y Santa Marta que sufren, no sin dolor, la tiranía de sus señores. Dos millones y medio de habitantes están esparcidos en aquel territorio que actualmente defienden contra el ejército español bajo el general Morillo, que es verosímil sucumba delante de la inexpugnable plaza de Cartagena. Mas si la tomare será a costa de grandes pérdidas, y

desde luego carecerá de fuerzas bastantes para subyugar a los morigeros y bravos moradores del interior.

En cuanto a la heroica y desdichada Venezuela sus acontecimientos han sido tan rápidos y sus devastaciones tales, que casi la han reducido a una absoluta indigencia a una soledad espantosa; no obstante que era uno de los más bellos países de cuantos hacían el orgullo de América. Sus tiranos gobiernan un desierto, y solo oprimen a tristes restos que, escapados de la muerte, alimentan una precaria existencia; algunas mujeres, niños y ancianos son los que quedan. Los más de los hombres han perecido por no ser esclavos, y los que viven, combaten con furor, en los campos y en los pueblos internos hasta expirar o arrojar al mar a los que insaciables de sangre y de crímenes, rivalizan con los primeros monstruos que hicieron desaparecer de la América a su raza primitiva. Cerca de un millón de habitantes se contaba en Venezuela y sin exageración se puede conjeturar que una cuarta parte ha sido sacrificada por la tierra, la espada, el hambre, la peste, las peregrinaciones; excepto el terremoto, todos resultados de la guerra. Simón Bolívar, *Carta de Jamaica.*

10 Como Carlos O. Bunge, Ingenieros participa de la interpretación de la historia desde la perspectiva biologista-positivista.

11 Ortiz fue el primer rector estatutario de la Universidad Nacional del Sur, elegido en 1958. Cf. Patricia Orbe. *Entre la Reforma Universitaria y la revolución: análisis del discurso político del ingeniero Ricardo Ortiz como primer rector estatutario de la Universidad Nacional del Sur (1958-1959).* http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/orbe.pdf.

12 Mario Rapoport lo considera unos de los principales aportes a la historia económica argentina, junto a Juan Álvarez, Scalabrini Ortiz o el propio Alejandro Bunge, citado por Martínez Estrada en la obra analizada. Cf. Rapoport, M. *Economía e historia: contribuciones a la historia económica argentina*. Buenos Aires: Tesis, 1988.

13 EME hace referencia en la conclusión del apartado sobre la Argentina, a Frondizi y sus alocuciones sobre las penurias del erario público y el uso del pago de la deuda pública como herramienta de sometimiento para el pueblo. (Martínez Estrada, 1990: 276)

14 Pedro Calmón, entre otros autores brasileños, fue publicado en la Argentina en 1937 por iniciativa del estado nacional en una colección llamada Biblioteca de Autores Brasileños, presidida por Ricardo Levene, en paralelo con una colección homóloga —de autores argentinos— en Brasil, dirigida por el mismísimo Calmón. Si bien puede ser paradójica la temática por la etapa histórica de la publicación en la Argentina —restauración conservadora— y por lo academicista de la dirección, la colección gira en torno al ensayo de interpretación nacional. Si es cierto que se evidencia el nuevo rol del estado en la década del 30, en este caso como editor. Cf. Gustavo Sorá. «Una cuestión de Estado. La traducción del pensamiento social nacional entre Argentina y Brasil», *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*; vol. 13, Caracas, 2005, pág. 257.

15 Valle ha construido su americanismo a partir de descubrir su ser auténtico del continente y su potencial a partir de la búsqueda de su vida espiritual, así como sus fuentes y curso histórico cultural. Cf. Varia, R. H. En *Thesaurus*, tomo XIV. n.° 1,2 y 3, Caracas, 1959, p. 363. Homenaje con motivo de su muerte.

16 Harry Barnes, historiador revisionista y antiimperialista norteamericano. Explica cómo la pérdida de relaciones con Cuba debe contextualizarse en las políticas de dominación económica de los Estados Unidos sobre América como método más disimulado, dando un cierre a la temprana obra de Leland Jenks sobre las inversiones norteamericanas azucareras en Cuba, escrita en 1928. Cf. Jenks, Leland. *Cuba nuestra colonia.* Buenos Aires: Palestra, 1960.

17 Alexander Coleman. «Marti y Martinez Estrada: Historia de una Simbiosis Espiritual». *Revista Iberoamerinana*. Pittsburgh, n.° 41, 1975, pág. 632.

18 Bolívar manifiesta en su *Carta*… «los Estados Unidos parecen ser destinados por la providencia a plagar de hambre y miseria a toda América en nombre de la libertad».

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 326-335.

ITINERARIOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO DE EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: SUS INTERACCIONES TRANSCULTURALES

Adriana Lamoso
Universidad Nacional del Sur

Ezequiel Martínez Estrada se constituyó en un pensador que propugnó la interacción con corrientes del pensamiento filosófico, sociológico e histórico de amplio alcance y difusión en Europa. En esta interconexión con centros de irradiación cultural se destaca Alemania, tal como es visible a través de la correspondencia discursiva de sus ensayos con las teorizaciones de Johann Gottfried von Herder, Wilhelm von Humboldt, Georg Simmel, Oswald Spengler y Friedrich Nietzsche, entre otros, de quienes fue un profundo lector, conocedor y difusor en el marco del Río de la Plata.

En este sentido, resulta de singular importancia indagar acerca del trayecto de las redes intelectuales transnacionales, que implicaron la internacionalización de los saberes, su influencia sobre intelectuales

latinoamericanos como Martínez Estrada, el tipo de comunicación que se entabló entre estos espacios, de qué forma estas tradiciones alemanas ingresaron en los espacios de saber de la Argentina, el por qué de esta elección, el grado de apropiación y su fidelidad o alejamiento de las fuentes, cuáles fueron las lógicas que modularon la inserción de los intelectuales en tales dinámicas, los nexos que se entablaron entre los espacios, sus actores y el desenvolvimiento de sus prácticas.

Su estudio permitirá enriquecer, ampliar, profundizar e ilustrar el clima cultural que se construyó a partir de la circulación de los saberes, suscitada mediante las imbricaciones transnacionales, que formaron parte significativa de los procesos de construcción ideológico-cultural en Latinoamérica.

Dado este interés particular por las redes de circulación de los saberes, sus implicancias, apropiaciones, resignificaciones y proyecciones, haremos referencia, en este caso, a un estudio de índole textual, que se basará en el análisis de uno de los ensayos de Ezequiel Martínez Estrada que resulta altamente significativo para dar cuenta de tales procesos configurativos, que se constituyeron como tales en conexión estrecha con el horizonte intelectivo internacional.

En este sentido, Nietzsche resulta una figura de crucial incidencia en el marco especulativo del escritor. Su importancia es visible a través de la edición, en 1947, del ensayo que le dedicó[1], dentro de la serie de publicaciones orientadas al análisis del escenario argentino. La crítica, por su parte, ha notado la filiación de sus presupuestos desde épocas tempranas[2]. Las conexiones entre ambos pensadores residen en numerosos aspectos, más de los que a simple vista podría pensarse.

Además de la singular reinterpretación del par sarmientino ‹civilización-barbarie›, que reevalúa el ensayista a la luz de la dicotomía ‹lo dionisíaco-lo apolíneo› desarrollada por el filósofo en *El origen de la tragedia,* tal como lo señala Liliana Weinberg (1992), un haz de singulares ejes se entrecruzan, temáticos tanto como discursivos, interpretativos como configurativos, constructivos tanto como legitimantes.

Uno de los puntos que se distingue en su ensayo *Nietzsche*, lo constituye la referencia paralela a ideas nucleares del filósofo con otras pertenecientes a

Marx. El contrapunto que establece entre ambos implica situar el trabajo especulativo de Nietzsche en el marco intelectivo y moral, desde el punto de vista de una gnoseología de la cultura, frente a las dimensiones política y económica de las problemáticas sociales, que establece en correspondencia con la teoría marxista. En este sentido, afirma que «… Nietzsche es el utopista, el idólatra de la verdad, que sueña la polis de los filósofos aristocráticos…» (Martínez Estrada, 1947: 220).

Como sabemos, el ciclo de escritura ensayística de Ezequiel Martínez Estrada implica un proceso de variabilidades y recolocaciones, en el que intervienen sus concepciones relativas al rol de los intelectuales, que va cobrando significativa mutabilidad. Ha sido posible delinear una suerte de *momentos* que señalarían estos cambios. El primero puede inscribirse temporalmente en la década del 30 y principios de los 40, cuando la postura del escritor respecto del deber que les cabe desempeñar a los escritores se vincula estrechamente con planos de injerencia de índole especulativa atravesados fuertemente por la coordenada moral, como los encuentra y distingue en Nietzsche, mientras que, conforme avanza la década de 1940 y, en especial, durante las dos décadas siguientes, las dimensiones político–económicas irán cobrando mayor índice de impacto en el marco del pensamiento intervencionista del escritor y, por ende, de sus concepciones respecto del deber que cabe asumir y desempeñar a los intelectuales, aunque no se corresponderán estrictamente en los sentidos y en los términos planteados por Marx.

Uno de los asuntos que resulta más inquietante para Martínez Estrada consiste en evaluar y mensurar el estilo que singulariza la escritura de las figuras que son centro de sus elecciones. En este sentido, el ensayo *Nietzsche* incluye una gama de valoraciones que apuntan a tal preocu-pación. Mensura la habilidad para utilizar el lenguaje en sintonía con una concepción musical de la cultura, en el ensamble del aspecto instrumental y técnico de la música con el creativo (en el sentido de engendrar ideas y formas) que encuentra propio de dicho pensador. Afirma el ensayista:

> La concepción nietzscheana es original, pues, y responde en él al sentido arquitectónico, de simetría y de equilibrio de tipo musical que supuso en la base de todos los conocimientos, de toda intuición, de todo lenguaje (Martínez Estrada, 1947: 248).

Dentro de las consideraciones vinculadas a tal aspecto[3], Martínez Estrada destaca una serie de observaciones que provienen del mismo Nietzsche, quien señala aspectos inherentes a la constitución de un ‹libro perfecto›. Dentro del estilo, alude al concepto de *monólogo ideal*, programa de escritura que implicaría la siguiente consigna: que la historia ‹entera› debía plasmarse atravesada por el *vivir* y por el *sufrir* personal, con la finalidad de que pueda ser leída y aprehendida como *verdadera*. La recomendación incluye el referirse a ‹cosas visibles›, ‹precisas›, con ‹ejemplos› concretos, así como alejarse de la palabra ‹noble›, junto con una contundente prescripción: transponer los problemas en *sentimientos*, hasta llegar a la *pasión*.

Sabido es que estos modos de construcción de la experiencia subjetiva forman parte crucial de diversos ensayos de Martínez Estrada, en particular y más intensamente los que abordan la problemática peronista, en su etapa *post*, donde el testimonio de vida y el *pathos* del denuncialista cobran singular y virulenta visibilidad, a la par que los modos discursivos y la forma que adquieren los ensayos, contundentemente panfletarios, transponen el conjunto de figuraciones del intelectual, y sus nuevos modos de concebirlo y asumirlo, al plano del lenguaje, donde estas prerrogativas encuentran sus vías más efectivas de concreción.

El llamativo «libro perfecto» también debe incluir una «colección de palabras expresivas», así como imágenes del escritor que atiendan a sus múltiples posibilidades de expresión y representación, en tanto impliquen un alto índice de impacto en los receptores, a saber:

> Condiciones del legislador, del que ensaya, del que está forzado al sacrificio, que hesita, de la gran responsabilidad, del sufrimiento que causa la necesidad de la apariencia, la necesidad de causar mal, la voluptuosidad de la destrucción (Martínez Estrada, 1947: 250).

A lo que Martínez Estrada selecciona y agrega un nuevo ítem, para indicar que, en palabras de Nietzsche, la obra debe construirse en vistas de una catástrofe (Martínez Estrada, 1947: 250).

Este conjunto de ideas relativas a la construcción discursiva y al estilo compositivo, propios de las especulaciones del filósofo, son considerados por el ensayista, de manera distinguible y destacable, en la elaboración de sus ensayos. Es posible pensar que el proceso de configuración de imágenes del intelectual por parte de Martínez Estrada, así como el ángulo de análisis asentado sobre lo ‹catastrófico›, junto con la identificación del cuerpo del intérprete en estado simbiótico y patológico con el cuerpo del país, y la pasión de un compromiso que se tradujo en las fervientes batallas y duelos discursivos, significativos elementos constitutivos de su trama ensayística, tienen fuerte asidero en esta filiación electiva del ensayista; que se torna visible en sus esforzados análisis tanto como en sus valoraciones grandilocuentes a este filósofo, poeta, músico y filólogo alemán.

Otros puntos de llamativa convergencia se encuentran en lo que Martínez Estrada considera una de las maneras características del estilo nietzscheano: exhibir los problemas a tratar bajo la forma de seres vivientes (Martínez Estrada, 1947: 225-6). Recordemos de qué modos representó el ensayista, por ejemplo en *Cuadrante del Pampero* (1956), a las fuerzas opositivas, en lo que concierne a las esferas político-económicas en pugna con los destinos deseables de estas tierras, así como culturales en lo que respecta a las figuras antagónicas a su propio desempeño en el campo de las letras argentinas. Entes antropomorfos, seres caracterizados mediante la apelación a formas animalísticas, monstruos dantescos, forman parte de numerosos textos ensayísticos y resultaron, por otra parte, el blanco de ataque de gran parte de sus detractores, mientras que tomaron por asalto al intrépido lector de tales textos políticos.

Concebir al artista como un ser dotado de una inteligencia privilegiada, una sensibilidad exacerbada, moldeado por un riguroso trabajo personal, y nutrido su pensamiento por fuerzas *supra*, es un modo recurrente de legitimar, afianzar y sostener el poder asentado en el dominio de las herra-

mientas y estrategias que posibilitan llegar a la *verdad*. Expresa respecto de Nietzsche:

> El artista está siempre en primer término y por él nos es posible descender a los infiernos y los cielos de sus ideas (…) Su pensamiento se nutre por órganos en contacto con energías secretas de la naturaleza y de la sociedad tan incomprensibles como los de los insectos y los peces. Así nació y así se obstinó en ser mediante ejercicios terribles en toda clase de exigencias y torturas (Martínez Estrada, 1947: 226).

Y más adelante afirma:

> (…) Nietzsche pertenece a la constelación de los poetas místicos alemanes, quienes guiados por la revelación de la belleza y entregados a los descubrimientos de la intuición, labran y abonan el terreno en que florecerán sus obras (Martínez Estrada, 1947: 230).

Al riguroso trabajo manual (artesanal, en palabras de Liliana Weinberg), le suma el saber de una revelación (profético); quien posee, además, una inteligencia y una sensibilidad privilegiadas, será capaz de producir conocimientos, en los que el valor de la intuición, tanto como el saber producido, resultarán irrefutables.

En la referencia al par dicotómico *dionisíaco-apolíneo*, donde el primer elemento se corresponde con ‹lo problemático› y el segundo con ‹lo asertórico›, Martínez Estrada despliega un concepto de *verdad* que nos permite iluminar el campo de construcciones diseñadas sobre la base de tal encriptado término, y que forma parte significativa de los paradigmas de análisis presentes en la mayor partes de sus ensayos de interpretación. Según él, la *verdad* resulta de un sistema de problemas irresolubles, en tanto Nietzsche lo pone en correlación con el mundo de las apariencias (en el que sitúa a la metafísica del lenguaje, que llama, a su vez, a la razón), y no con el de una colección de teoremas, que pretendan representar las cosas en sí. (Martínez Estrada, 1947: 257). ¿Sería posible pensar los ensayos de Martínez Estrada con relación a este sentido de *verdad*, en el diseño de un entramado

que pondría de relieve problemas fundados en la razón, como tal en la apariencia, es decir, en el dominio de ‹lo irresoluble›?

Curiosamente también encuentra en Nietzsche la introducción de la idea de resentimiento (Martínez Estrada, 1947: 257-8) en el sentido del filosofar y del vivir: es el impostor que promete explicarlo todo mediante el razonamiento (lo sitúa en Sócrates a quien llama el feo, el resentido)[4].

Como ha sido visible, los núcleos mencionados permitirían establecer una serie de contrapuntos entre los textos del filósofo alemán y la construcción de los ensayos, así como entre los marcos interpretativo-especulativos que caracterizan a la producción de ambos pensadores. Con la finalidad de mensurar tales afinidades con mayor rigor y especificidad, es necesario contemplar la mediatización del esforzado ejercicio de lectura e interpretación que Martínez Estrada debió realizar sobre el conjunto de las publicaciones de Nietzsche. Algunas cuestiones importantes a considerar tienen que ver con desentrañar datos relativos a las fuentes que el ensayista utilizó, tales como las ediciones que consultó, las traducciones con las que trabajó, la relación triangular con las casas editoras-traductoras francesas y españolas, los modos, momentos y lugares de adquisición de los ejempla-res, sus ámbitos de circulación, el horizonte de lecturas que frecuentaron los intelectuales argentinos y latinoamericanos respecto de dichas fuentes. El proceso interpretativo del escritor, sus inflexiones y cambios también implica contemplarlos a la luz de las resignificaciones que se deriven del interés y la atención puestos en el estudio exhaustivo de las teorías filosóficas del pensador alemán. Cabe preguntarse el por qué de esta elección.

Tengamos en cuenta que, según apunta David Sobrevilla (1986: 302), «el influjo de Nietzsche en el mundo hispanoamericano se ha dado más en el campo de la literatura que en el de la filosofía».

Para dar respuesta a algunos de estos interrogantes, señalaré que la revista *Nosotros,* fundada en Buenos Aires el 1 de agosto de 1907 y dirigida por Alfredo Bianchi y por Roberto Giusti, fue uno de los órganos de difusión del pensamiento nietzscheano y se constituyó en la caja de resonancia de las discusiones que se suscitaron en el país en torno a tales lecturas.

Así, desde el número de enero/febrero al de septiembre de 1909 la Revista editó una versión de *Ecce Homo*, traducido al castellano por el poeta argentino Enrique Banchs, quien lo había tomado de la versión francesa de Henri Albert (Barcia, 1983: XIV).

Por su parte, según señala la crítica, Leopoldo Lugones incluyó citas, referencias, alusiones al filósofo, a la par que determinados aspectos del pensamiento de Nietzsche se encuentran presentes en diferentes textos en prosa tanto como poéticos de este escritor argentino (Caeiro, XLVII). En 1924, Lugones se hallaba en un período de profundo estudio y construcción reflexiva a partir de los textos del filósofo. Este hecho puede apreciarse en su *Filosoficula*, libro publicado por la editorial Babel, que dirigía su amigo Samuel Glusberg, en ese mismo año.

De este modo, y en vinculación con la información precedente, Martínez Estrada da cuenta de su conocimiento de la filosofía de Nietzsche desde su primer poemario, editado en 1918 y titulado *Oro y Piedra*, así como también en su *Nefelibal* de 1922.

Entretanto, la revista *Sur* también publicó artículos referidos al filósofo alemán, como por ejemplo el trabajo titulado «Nietzsche y los problemas "repugnantes"», escrito y enviado desde París por Benjamin Fondane en 1938, «Nietzsche y el nazismo» del español Ricardo Baeza, editado en 1940.

Para concluir

La profusa constelación de discursos e ideas que se inscriben en los ensayos de Martínez Estrada nos permite reflexionar acerca del complejo horizonte de lecturas en el que confluyen las perspectivas analítico-interpretativas del escritor argentino, así como sobre la circulación de los saberes en el ámbito latinoamericano, las conexiones estrechas, los vínculos transnacionales en la transmisión de los bienes simbólicos, el alto índice de impacto en la construcción de ámbitos de reflexión, en la toma de posiciones, y el amplio alcance de su resignificación, adaptación contextual y difusión continental.

Bibliografía

Barcia, Pedro Luis. «La prosa de Enrique Banchs». Estudio preliminar en: Banchs, Enrique. *Prosas*. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1983.

Caeiro, Oscar. «Lugones y Nietzsche». *Criterio*, n.° 1713 y 1715, 10-IV-75 y 8-V-75, año XLVII, Buenos Aires.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Nietzsche*. Buenos Aires: Emece, 1947.

Sebreli, Juan José. *Martínez Estrada. Una Rebelión Inútil*. Buenos Aires: Palestra, 1960.

Sobrevilla, David. *Repensemos la tradición occidental*. Lima: Amaru Editores, 1986, pág. 302, citado por Caeiro, Oscar. «Notas sobre Nietzsche y la literatura argentina». En *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. n.° 249-250, tomo LXIII, Buenos Aires, julio-diciembre de 1998.

Weinberg de Magis, Liliana. *Ezequiel Martínez Estrada y la interpretación del* Martín Fierro. México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

NOTAS

1 Cfr. Martínez Estrada, Ezequiel. *Nietzsche*. Buenos Aires: Emece, 1947.

2 Juan José Sebreli aludía a la fervorosa admiración del ensayista hacia el filósofo, que notaba evidente en la recurrencia a ciertas temáticas que estructuraron sus interpretaciones de la escena nacional (Sebreli, 1960: 37-8).

3 Es importante destacar que el ensayista considera al estilo de Nietzsche como «el estilo de la cultura occidental y el idioma del hombre culto contemporáneo» (Martínez Estrada, 1947: 230).

4 Según Martínez Estrada, resentimiento implica una clase de acción insidiosa, con la carga secreta de destruir, de emponzoñar.

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 336-344.

MARTÍNEZ ESTRADA Y LA REFORMULACIÓN DESARROLLISTA DEL «PROBLEMA NACIONAL»

Luciano Campetella
Universidad Nacional del Sur

Partimos de una oposición que se ha vuelto natural: artículo científico vs. ensayo. El llamado proceso de modernización e internacionalización de las ciencias sociales que se consolidó en América Latina durante la década de 1960 habría limitado severamente el impacto de un género muy prolífico en nuestro país como el «ensayo de interpretación nacional». La rigurosidad del método habría superado el estilo de escritura. La abundancia de tablas y cifras estadísticas cubriría un vacío explicativo dejado otrora a la libertad del autor.

Pero la obra de Ezequiel Martínez Estrada desmiente esta afirmación. No solo por un libro como *Semejanzas y diferencias entre los países de América Latina*, sino también por una colaboración en apariencia marginal a la que accedí por medio de una búsqueda en el acervo bibliográfico de la Biblioteca

Popular Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca. Se trata del prefacio a un cuaderno llamado *Organización del espacio nacional. La regionalización administrativa, base de un auténtico federalismo*, publicado por la Oficina de Investigaciones Económicas y Sociales y de Desarrollo Regional Planificado de la Corporación del Comercio y la Industria de Bahía Blanca en 1958[1].

En este cuaderno, se observan las huellas de un proceso de citación/legitimación recíproca entre una tesis formulada en un registro ensayístico (el crecimiento hipertrófico de la ciudad de Buenos Aires, sintetizado en la imagen *la cabeza de Goliath*) y una propuesta de planeamiento regional formulada según criterios de racionalidad e instrumentalización gubernamental. En el análisis subsiguientepondremos el foco en los modos en que opera la reformulación de la tesis estradiana en el lenguaje del planeamiento regional argentino.

En 1958, Haroldo Casanova, candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente (la fracción partidaria que impulsaba la candidatura de Arturo Frondizi a la Presidencia de la Nación) gana las elecciones con la proscripción nacional del peronismo y asume como intendente municipal de Bahía Blanca. La ciudad, entonces, tiene un gobierno que *comulga* con las ideas del desarrollismo. Pero recién a principios de la década siguiente —Frondizi visita Bahía en febrero de 1962— comenzarán a desplegarse las obras y los factores que harán de la ciudad un *polo de desarrollo* para el sur argentino, de acuerdo a la denominación acuñada oficialmente a fines de la década de 1960[2]. En efecto, el presidente vendrá a inaugurar nuevas turbinas para la usina General San Martín de Ing. White (la *super-usina*, en el lenguaje popular de entonces), el acueducto Paso Piedras-Grünbein y el oleoducto Challacó-Puerto Rosales, tres obras que, en palabras de Frondizi, harían de Bahía Blanca un «nuevo fortín del progreso». La ciudad es reconocida, entonces, como modelo de un crecimiento *hacia adentro*, como posibilidad de lograr un desarrollo equilibrado territorialmente.

En este contexto, la Corporación del Comercio y la Industria de Bahía Blanca comienza a publicar una serie de cuadernos relativos al desarrollo de la ciudad y la región. La Oficina de Investigación Económicas y Sociales

de la entidad estaba por entonces a cargo del profesor RemusTetu. De acuerdo a las contribuciones de Marcilese (2006), Fernández Stacco (2009) y Orbe (2014), la figura y la trayectoria de Tetu se muestran como fundamentales para entender buena parte de los procesos históricos desarrollados a nivel local y nacional entre las décadas de 1940 y 1970. Este profesor de origen rumano había emigrado a la Argentina luego de la Segunda Guerra Mundial para formar parte del cuerpo docente del Instituto Tecnológico del Sur, sobre cuya base se fundó en 1956 la Universidad Nacional del Sur. Con el golpe de 1955 contra Perón fue cesanteado, para reincorporarse a la Universidad durante el gobierno de facto de J. C. Onganía, del cual participó como asesor en diversas dependencias. En 1975 fue designado interventor de la Universidad Nacional del Sur y de la Universidad Nacional del Comahue, cargo desde el cual desplegó un conjunto de medidas represivas que trascendieron los límites de los claustros, ya que diversos testimonios prueban sus vinculaciones con el grupo parapolicial autodenominado Triple A.

También en el catálogo de la Biblioteca Rivadavia, figuran cinco entradas referidas a «Tetu, Remus»: dos ejemplares de un *Atlas de Planeamiento de la Provincia de Buenos Aires*, fechados en 1971; un libro denominado *Estructura y dinámica territorial argentina 1947-1965*, publicado por el máximo organismo de planificación que tuvo la Argentina, el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE) en 1967 y dos cuadernos de la Corporación del Comercio, el primero de 1957 denominado *Inmigración y Colonización: con referencia especial a la parte sur de la República y a la región de Bahía Blanca* y el segundo *Organización del espacio nacional. La regionalización administrativa, base de un auténtico federalismo*. Este último contiene los siguientes textos: el prefacio de Martínez Estrada, que aparece fechado en Bahía Blanca en marzo de 1958; el texto de Tetu, el cual contiene una segunda parte que, según se indica, fue publicada originalmente en el diario local *La Nueva Provincia* y un apéndice denominado «Aplicación experimental del federalismo intercomunal cooperativo», presentado como declaración y ponencia de la Corporación del Comercio y la Industria en el Congreso Regional de Turismo tendiente a la creación de la «Federación

Intercomunal Cooperativa del Sur». De acuerdo a estos datos, Tetu desarrolló lo que hoy llamaríamos una investigación aplicada sobre problemáticas centrales de nuestro país desde una perspectiva local y regional, tarea que fue reconocida por distintas entidades e instancias gubernamentales.

La noción de (re)formulación se inscribe dentro de lo que el Grupo de Estudios en Historia y Discurso (GEHD) con sede en el Centro Cultural de la Cooperación *Floreal Gorini* denomina *Análisis Materialista del Discurso* (AMD) (*cfr.* Glozman, 2014). El AMD tiene como principio fundante la «distinción entre una instancia de *constitución/formación* del discurso e instancias de *formulación/enunciación* y *circulación/difusión* [de discursos]» (Glozman, 2014: 58). Mientras que la primera instancia remite a una *zona* del decir que resulta inaprehensible para el sujeto, puesto que lo constituye en tanto tal, la segunda refiere a una serie de fenómenos lingüístico-discursivos que el sujeto de la enunciación puede controlar y el lingüista-analista reconstruir de manera relativamente directa. Es en este último nivel en el que nos situamos en este trabajo[3].

En el Prefacio de *Organización del espacio nacional*, Martínez Estrada define el texto de Tetu como una «contribución valiosísima, y en múltiples conceptos notable, a la comprensión de los problemas básicos de la nacionalidad» (Martínez Estrada, 1958: 5). A continuación, procede a desarrollar los motivos de tal afirmación. Según Martínez Estrada, el autor

> trae a primer plano… el problema-clave que está en la raíz de todos los otros: la relación (antagónica) en que se encuentran la Capital Federal, que es una nación autónoma de *alto desarrollo económico y cultural*, y el resto del país como un inmenso bloque apendicular de ella (*área infra-desarrollada*)… (Martínez Estrada, ídem; subrayado propio).

Las frases resaltadas señalan la apelación de Martínez Estrada a un vocabulario que comenzaba a estar en boga en la época, y que podemos definir genéricamente como *desarrollista*. A continuación, la analogía entre el diagnóstico gubernamental y la tesis ensayística se vuelve aún más profunda:

> La fórmula antitética fue acuñada por Sarmiento en el *Facundo*: civilización y barbarie, que nosotros debemos traducir al lenguaje actual de las ciencias sociales.

Martínez Estrada ubica la concepción de Tetu dentro de lo que denomina «nuestra concepción clásica», la de Echeverría, Sarmiento y Alberdi, concepción que reformula como «[el país] de *alto* y [el país] de *bajo nivel de desarrollo*» (Martínez Estrada, 1958: 6; subrayado propio).

Pero la reformulación estradiana no solo opera bajo las modalidades de la analogía y la selección léxica, sino que él afirma que «con orgullo» debe reconocer que «*encuentro confirmadas mis tesis* de *Radiografía de la pampa* y de los demás libros sobre el tópico...» (Martínez Estrada, ídem; subrayado propio).

A partir de esta confirmación, el autor concluye que se vuelve necesario *iluminar* un cuadro de las principales anomalías del país y *orientar* los esfuerzos de las búsquedas hacia soluciones definitivas. Esa es la tarea que Martínez Estrada, intelectual, delega en el planificador gubernamental. Este cierre nos da el pie para continuar con la otra *cara* del proceso de citación/legitimación recíproca que venimos analizando.

En efecto, Tetu, en el apartado VIII del artículo «Organización del espacio nacional», retoma lo que denomina la «tesis» de Martínez Estrada y, lejos de subestimar su reflexión como «intelectual» o «ensayística», «pre o anticientífica» o incluso «pre o antipolítica», menciona su propuesta de trasladar la Capital Federal a Bahía Blanca como una consecuencia lógica de su obra. La valoración va más allá, y desmiente las oposiciones que muchas veces operan como naturales:

Martínez Estrada no es un técnico, y *esta es su ventaja*, porque libre de las servitudes de un tecnicismo estrecho, tiene acceso a zonas donde puede identificarse con la realidad global e intuirle la esencia. Y la esencia de su idea de trasladar la Capital a Bahía Blanca esconde la imperiosidad de la organización del espacio nacional, y la afirmación de que eso se puede conseguir por intermedio de la descongestión de la *Cabeza de Goliath* y el desarrollo preferencial del interior. Como se ve, *entre visionario y técnico no hay divorcio alguno*. (Tetu, 1958: 28; subrayado propio).

Creemos que, a la luz del *encuentro* entre un intelectual y un planificador gubernamental, se vuelve necesario repensar viejas antinomias que, probablemente, siguen incidiendo en nuestros análisis y diagnósticos actuales.

Bibliografía

Eberle, Adriana. «Contextualización ideológica de la definición de Bahía Blanca como polo de desarrollo desde el discurso del radicalismo intransigente». En Cernadas de Bulnes, Mabel y Marcilese, José (Eds.). *Cuestiones políticas, socioculturales y económicas del Sudoeste Bonaerense*, Bahía Blanca: UNS, 2007.

Fernández Stacco, Edgardo. *Abandono a la contemplación. Apuntes para la Historia de la Universidad Nacional del Sur*. Buenos Aires: Las Cuarenta Libros, 2009.

Glozman, Mara. «Ensayos, diálogos, folletos: formulación y circulación de saberes sobre la lengua nacional en la Argentina». En Eni Puccinelli, Orlandi (Org.). *Linguagem, Sociedade, Politicas*. Campinas RG, Pouso Alegre: Univás, 2014.

Marcilese, José. «Los antecedentes de la Universidad Nacional del Sur». En Cernadas de Bulnes, Mabel (Dir.).*Universidad Nacional del Sur 1956-2006*. Bahía Blanca: UNS, 2006, págs. 13-75.

Orbe, Patricia. «El "proceso de reorganización" de los claustros: el impacto de la última dictadura en la Universidad Nacional del Sur»,a publicarse en el Dossier «Universidad y Dictadura», coordinado por Rodríguez, Laura, en: *PolHis. Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*, 2º semestre de 2014.

Tereschuk, Nicolás. *Organismos de planificación y Estado desarrollista en la Argentina, 1943-1975*. Buenos Aires: UNGS, 2008.

Materiales de archivo:

«Bahía Blanca Polo de Desarrollo», Provincia de Buenos Aires, Secretaría General, Departamento de Prensa, 1968.

Martínez Estrada, Ezequiel. «Prefacio». En *Organización del espacio nacional. La regionalización administrativa, base de un auténtico federalismo*. Bahía Blanca, Oficina de Investigaciones Económicas y Sociales y de Desarrollo Planificado de la Corporación del Comercio y la Industria de Bahía Blanca, 1958.

«Sobre desarrollo y soberanía versó el discurso de Frondizi». *La Nueva Provincia*, Bahía Blanca, 11 de febrero de 1962.

Tetu, Remus. «Organización del espacio nacional». En *Organización del espacio nacional. La regionalización administrativa, base de un auténtico federalismo*. Bahía Blanca, Oficina de Investigaciones Económicas y Sociales y de Desarrollo Planificado de la Corporación del Comercio y la Industria de Bahía Blanca, 1958.

NOTAS

1 La institución se denomina actualmente «Corporación del Comercio, Industria y Servicios de Bahía Blanca» y nuclea a entidades, cámaras y empresas relacionadas con esos tres rubros. Fue fundada en 1919 y junto a la Municipalidad de Bahía Blanca organiza la feria denominada popularmente FISA (Feria de la Producción, el Trabajo, el Comercio y los Servicios del Sur Argentino), realizada habitualmente a fines de marzo en el predio ubicado en el kilómetro 9 del Camino Sesquicentenario de Bahía Blanca.

2 Esta designación tiene su origen en la denominada Ley Nacional de Desarrollo (n.° 16964), de setiembre de 1966, que instituyó el Sistema Nacional de Planeamiento y Acción para el Desarrollo. Por el Decreto Nacional n.° 10977/67, reglamentario de esa ley, se dividió el país en ocho regiones de desarrollo, siendo la segunda de ellas (por orden de prioridad) la denominada Comahue, cuyos polos de desarrollo eran Bahía Blanca y Neuquén.

3 El AMD tiene como punto de partida la denominada *escuela francesa*, pero no debe entenderse como una corriente de análisis discursivo sino como una propuesta, original y situada, de lectura y trabajo en el archivo que articula la teoría althusseriana de la ideología, la perspectiva arqueológica y genealógica de Michel Foucault y la teoría materialista del discurso encarnada, entre otros, en Michel Pêcheux, Jean-Jacques Courtine y Jacqueline Authier-Revuz.

Afinidades y diálogos

346 - Sarmiento y Martínez Estrada en «diálogo intelectual»
(Adriana Eberle)

362 - Martínez Estrada y Hudson, una mirada de a dos
(Virginia Martin)

371 - Ezequiel Martínez Estrada y su hermano Quiroga. Dos almas en un espejo
(Nidia Burgos)

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 346-361.

SARMIENTO Y MARTÍNEZ ESTRADA EN ‹‹DIÁLOGO INTELECTUAL››

Lic. Adriana Eberle
Universidad Nacional del Sur

[Sarmiento] era el más idealista de todos,
el más peligroso idealista en acción...
Ezequiel Martínez Estrada

Introducción

Como estudiosos del pasado argentino siempre resulta un desafío emprender la tarea de leer y reflexionar a Ezequiel Martínez Estrada, auténtico desafío porque, en general, los historiadores no suelen adentrarse en el pensamiento del intelectual posiblemente por encuadrarlo como un escritor que, si bien elaboró algunos ensayos, debe entenderse desde el plano exclusivo de la literatura. También podemos pensar que esa falta de atención se explique porque Martínez Estrada no tuvo una trascendencia política de impacto en el medio local, ni aspiró ni

ocupó cargos electivos, pese a haber dejado en claro sus posicionamientos ante el pasado, el presente y el futuro nacional y continental. Por lo mismo, por ese vacío creemos necesario incorporarlo como un intelectual de inexcusable consideración en el panorama cultural del siglo XX. Entendemos que leer a Martínez Estrada solo desde la literatura es minimizar la fuerza de sus ideas y la agudeza de su capacidad de análisis para diagnosticar los problemas del país y ensayar eventuales soluciones a los mismos.

Nuestra propuesta entonces se centrará en presentar la obra *Sarmiento*[1], escrita por el autor en 1946. Aclaramos que no es una biografía convencional: no obstante aludir permanentemente a momentos de la vida del gran sanjuanino, nos atrevemos a sostener que es una meditación, dolorosa aunque esperanzada, de la Argentina durante los primeros pasos del movimiento peronista, a un tiempo que el autor se identificó hondamente con Sarmiento, como queriendo equiparar sus destinos. *Sarmiento* no es un texto que podamos agotar en esta ponencia; hay referencias recurrentes a temas de la vida nacional que —como historiadores del pasado argentino— nos invitan a continuar la consideración de la obra, aunque también fue inevitable no sentirnos, desde algún lugar poco claro, identificados con el intelectual que se asumía como voz en el desierto. Por lo mismo, en esta ocasión nos centraremos en el análisis que hizo Martínez Estrada del momento nacional en que publicó *Sarmiento*, o sea, la década del 40 coincidiendo con la afirmación de Juan Domingo Perón como presidente de la Nación por el sufragio popular.

Entendemos que esta propuesta contribuye a esclarecer un poco más el panorama de las ideas imperantes por aquellos años, tanto fuese la ideología dominante como también —y sin descuidar— las de carácter *alternativo*, o en apariencia aisladas o periféricas, pero que permiten sostener la riqueza, diversidad y profundidad del pensamiento argentino.

Consideraciones sobre la persona y la vida del *biografiado*

Como anticipamos, *Sarmiento* no es una biografía tradicional, si por ella entendemos la exposición ordenada y detallada relativa a la vida y la obra de una persona. En el caso que nos ocupa, es *biografía* en tanto Martínez Estrada aludió a distintos momentos de la existencia privada y pública del sanjuanino, sin embargo, lo hizo comojustificación para destacar alguna faceta sarmientina que le habilitase a un tiempo, a otras reflexiones sugestivas sobre la realidad nacional. No vamos a profundizar el retrato que se nos ofrece sobre Sarmiento, solo destacaremos a continuación aquellas apreciaciones del intelectual que nos parecen sugerentes y poco habituales al momento de exponer sobre el sanjuanino, sobre todo por tratarse de tan conflictivo personaje de la historia argentina, y sobre todo, por el modo en que el escritor las presenta.

En este sentido, Martínez Estrada destacó que en Sarmiento se consustanciaron dos sentimientos: la paternidad y el patriotismo, en tanto y en cuanto, el primero aparecía no como algo individual sino colectivo, y por lo mismo, penetrado del segundo. Así el destino del país fue su propio destino, y los destinos personales se convirtieron en anhelos de todos para el bien de la patria. Al respecto leamos al intelectual:

> Sus ideales [refiere a los de Sarmiento] fuesen a la vez tácticas de combate contra la injusticia, la ilegalidad, el despojo y el atropello, la mala disposición de las gentes, la ignorancia, la crueldad… Ideales en acción y tácticas de combate que responden al ansia de recuperar su propio bien en el rescate de los bienes de todos (Martínez Estrada, 1946: 10).

La existencia por momento adversa de Sarmiento, lejos de desanimarlo, lo impulsó a «trabajar y estudiar», y vio Martínez Estrada en ella no solo la identidad con la Nación sino la justificación del empeño sarmientino, asociando al respecto verbos que —a su juicio— operaron en ambas vidas: mandar, instruir, dirigir, gobernar, educar; ése fue el camino de Sarmiento y ése fue el trayecto que buscó imponerle al país.

> Cuando Sarmiento piensa en las cosas de su país, en sus instituciones, en sus desvíos, en sus posibilidades de progreso y de grandeza y en su proclividad a la barbarie, proceder exactamente como el padre de una familia numerosa que procura encauzar y sanear esas mismas manifestaciones individualizadas en sus hijos (Martínez Estrada, 1946: 12).

Tamaño compromiso le llevó a *crear* nuevas formas de vida y de expresión, pero ese engendrar de Sarmiento excedió las formas concretas para alcanzar también las intenciones e inspiraciones que hacían a la atención y corrección con que debían llevarse adelante todas y cada una de las acciones públicas y privadas, intenciones por cierto que el gran sanjuanino concibió *superiores* a él.

E insistió Martínez Estrada en este proceso de identificación no solo en el hacer sino también en los problemas y angustias que aquejaron a su entender al individuo Sarmiento y a la Patria argentina. Así conciencia, vivencia y experiencia de vida personal fueron —para Sarmiento—, herramientas de juicio al momento de valorar y apreciar fenómenos de la vida nacional:

> La personalidad entera resulta el mapa viviente y la encarnación mesiánica de su país en un hombre…Sarmiento es la más auténtica, intergiversable institución nacional. Llegó a ser, no sólo el hombre que pensaba como la cabeza de ese inmenso cuerpo de territorios y de gente, sino el instrumento y la herramienta más adecuados para poder realizar la obra que había concebido (Martínez Estrada , 1946: 15).

Y así, al ir repasando distintos momentos de la vida de Sarmiento, nuestro autor fue reincidiendo en esa instancia de identificación entre ambos destinos. Leemos: «Adviértase que cuanto creó y sostuvo mientras vivía, se desmoronó con su misma existencia». (Martínez Estrada, 1946: 16); y también, Sarmiento «era en verdad la encarnación plena de lo bueno y de lo malo de su país…» (Martínez Estrada, 1946: 17).

En idéntico sentido, nuestro autor consideró que recorrer las páginas de la obra escrita de Sarmiento era acceder a la síntesis de la historia

argentina, por entender que cada biografía o ensayo que editó eran, en el fondo, autobiográficos. Esa instancia de profunda identificación entre individuo y ser colectivo constituyó —según Martínez Estrada— la esencia misma de Sarmiento:

> El atraso, la injusticia, el fanatismo, la inmoralidad, la jefatura de cáfila[2] le ofenden personalmente más que le acongojan en condición de sano patriota; lo que se le hace a él, lo que a él le acontece en su azarosa vida es imagen reducida de lo que le acontece a su país... (Martínez Estrada, 1946: 133).

En coherencia con cuanto venimos diciendo, Martínez Estrada eligió el momento particular del exilio del intelectual para aseverar que en aquel momento, la nacionalidad, lo argentino, también estaba exilado; sin embargo, el exilado fue «viajero», «nómada», «peregrino», y en ese peregrinar iría fortaleciendo convicciones e ideales que al regresar, cimentaran el país soñado. Nuestro intelectual vio a Sarmiento «un hombre que pertenece al mundo» y lejos de caracterizarlo como un solitario, lo presentó siempre en compañía de otros que de algún modo le permitían crecer.

Pese a ello, Martínez Estrada advirtió una carencia en el ser de su biografiado. Nos referimos a su afirmación de que «Sarmiento nunca examinó su interior; no tuvo tiempo y se privaba de tiempo para no hacerlo...» (Martínez Estrada, 1946: 42). Según el autor, esa ausencia de introspección se advertía tanto en la obra como en la vida de quien no parecía dispuesto a estar a solas o peor aún, de quien sabía que su lucha era individual y sin compañeros de ruta. Por lo mismo, concluyó que, pese a haber sido un «elegido», Sarmiento se volvió un «apartado», en tanto y en cuanto se le presentó «desajustado», acosado por la disociación entre ideales y realidad; y ese desajuste fue —a criterio del autor— lo que fue acrecentando la incomprensión de sus pares y arraigando en él un fuerte sentimiento de extranjería en su tierra natal.

Hombre de acción y en permanente dinamismo fue otra de las caracterizaciones que hizo de Sarmiento. Martínez Estrada lo vio «paragmático», «impulsivo», «inquieto», y lo comparó con la iniciativa de un empresario. Incluso nuestro autor echó luz sobre un conocido mote que se le ha dado habitualmente desde distintos ámbitos al sanjuanino; nos referimos a «loco». Para nuestro biógrafo, ese adjetivo salía tanto para el excéntrico como para el infeliz, por lo que solicitó delimitar el alcance del concepto:

> Cuando alguien se destaca por acentuados rasgos de talento o personalidad, se lo califica de loco y así se equiparan el exceso de talento y el desequilibrio mental. Pero cuando tiene por fundamento las actitudes y la mímica, la vehemencia de los ademanes, y el énfasis de la voz, entonces la analogía se establece entre el hombre apasionado y el histrión. Sarmiento incurría en excesos y exageraciones, pero nacían de él de un estado de permanente tensión y desacomodo con interlocutores y congéneres (Martínez Estrada, 1946: 157).

Por ello nuestro autor entendió que no correspondía adjudicarle el adjetivo «loco» a quien se desesperaba por ser comprendido y hacer realidad su sueño. Porque para Martínez Estrada, Sarmiento «era un soñador. Pero soñaba cosas. Sus sueños no eran fantasías sino las mismas cosas evolucionando y transformándose hasta constituir otras cosas mejores...» (Martínez Estrada, 1946: 158). Devino entonces que las ideas valían en tanto pudiesen volverse realidades, y por tanto el sanjuanino fue inspirado por una fuerza semejante a la fe, a un impulso irrefrenable que lo inspiraba siempre a más. Y entonces se preguntó nuestro autor ¿dónde radicaba la fuerza de Sarmiento? Sin haber alcanzado certezas, se limitó a concluir que la fuerza le nacía de su «actitud de opositor» y de la «tensión de lucha de su pensamiento», justificando ambas en la naturaleza misma de su persona, frecuentemente «indignado», aunque le asistió la duda de si esa postura respondía a las coyunturas que enfrentó o si era su misma esencia el reducir todo a términos de lucha o confrontación. Sin embargo, entendió que muy lejos de opacarlo a Sarmiento, esa circunstancia emocional lo mostró tal cual

era, es decir, como un pensador, como «un escritor que actuó para realizar sus ideas...» (Martínez Estrada, 1946: 197) y el no pertenecer a un partido político le dio esa autonomía que le habilitó para cuestionar todo y a todos, distanciándose del resto de los políticos en tanto y en cuanto bajo ningún concepto, buscó beneficiarse o sacar provecho personal de lo que vivía.

Posiblemente, a partir de esta caracterización que realizó Martínez Estrada, llegó a la conclusión que como hombre de gobierno fue «tímido», pues lo vio valiente en el plano de las ideas pero contenido al momento de pasar a la acción, aunque parezca contradictorio ya que nuestro autor vino sosteniendo que su biografiado fue más un hombre de acción que de ideas. Creemos que Martínez Estrada intentó exponernos la esencia misma del sanjuanino, esto es, la permanente y sistemática disociación entre sus ideas y el país mismo, y las conductas y prácticas vehementes que esa misma disociación le imprimieron a su temperamento y que —en parte— justificarían sus reacciones y acciones.

Como se desprende de los párrafos anteriores, entendemos que Martínez Estrada expuso en *Sarmiento* una perspectiva por de más original sobre el gran maestro: original porque apuntó a conductas y rasgos que hasta mediados de los años cuarenta no sólo no habían sido tratados hasta entonces en Sarmiento, sino que no formaban parte de los intereses de los biógrafos al momento de acometer la empresa de biografiar, sobre todo a un compatriota. En general, o era un panegírico, una apología, o era una condena incuestionable e indiscutible. La propuesta de nuestro escritor fue por demás superadora de los enfoques tradicionales; fue al alma y a la psiquis, a los sentimientos más íntimos del personaje, como si entrase en un diálogo profundo e introspectivo, ahondando en motivaciones e incluso, ayudando al héroe a escrudiñar lo que en soledad no había hecho. Por otro lado, la instancia de indagar los puntos débiles de la personalidad junto a los destacables y elogiables, lejos de desmerecer al hombre, creemos que lo muestran en su total dimensión, en su humanidad; y por momentos hasta percibimos que Martínez Estrada abandonó a Sarmiento y se enfrentó con su propia interioridad, como intentando hallar respuestas a las encrucijadas de su ser y de su tiempo. ¿Por qué no

arriesgarnos a decir que Martínez Estrada se identificó con su biografiado? ¿Por qué no pensar que también se sintió un exilado en su propio tiempo? ¿Por qué no especular que nuestro autor llegó a asumir que no era comprendido y valorado?

Y en el mismo sentido, Martínez Estrada se preguntó ¿qué fue, qué significó Sarmiento para el país? Desprendió entonces del análisis efectuado, que su biografiado tenía en sí todos los talentos para líder o profeta; de hecho, arriesgó a sostener que Sarmiento

> creyó que podía ser un profeta en su país, para su país… El éxito del profeta o del líder está en la cantidad de amor que inflama a su empresa… Sarmiento se hubiera hecho quemar por sus ideas, pero por amor al pueblo no habría dado una gota de su sangre (Martínez Estrada, 1946: 159).

Careció entonces de un genuino amor por el pueblo, y si bien llegó a compadecerse del individuo sin fortuna, no fue consciente del infortunio colectivo. Martínez Estrada adjudicó esta circunstancia a la experiencia previa que sobre las multitudes tenía el gran maestro: las multitudes eran solamente semejables a las montoneras. En la reflexión de nuestro autor, un auténtico líder defendería a su pueblo, a todos los seres humanos que contuviese, sin embargo, para Sarmiento, el pueblo se limitaba —según Martínez Estrada—, al conjunto de los ciudadanos, al ‹‹soberano››; y concluyó, «jamás pensaba en los infelices que soportaban el peso de las injusticias y de los trabajos mal retribuidos…» (Martínez Estrada, 1946: 160). Se animó incluso a plantear que si bien Sarmiento fue capaz de pensar el progreso y el mejoramiento del hombre, no alcanzó a ver la raíz social del problema, no se adentró en las cuestiones sociales y políticas que se derivaba del progreso y que, a un tiempo, lo hacían posible. Creyó Sarmiento que bastaba con educación y no advirtió el intrincado tejido que sostenía a las sociedades. No alcanzaba —citando al gran sanjuanino— «con limpiar el suelo de tiranos» para fundar la República.

De la Argentina sarmientina a la Argentina de Martínez Estrada

El profundo proceso de identificación que encontramos entre biógrafo y biografiado, también lo advertimos entre el diagnóstico que diera el sanjuanino sobre las provincias argentinas a mediados del siglo XIX y el estado general del país tal como lo vivió y percibió Martínez Estrada. Recordemos que en momentos en que aparece la obra que nos ocupa, Juan Domingo Perón había asumido la primera magistratura: es comprensible entonces que nuestro autor optara por adentrarse en la Argentina que vivió Sarmiento y que este puso en discusión, como excusa para echar luz sobre los tiempos peronistas. Escritos posteriores permiten corroborar que no solo fue crítico del peronismo sino que su postura fue severamente opositora, incluso sin posibilidad de conciliación o acercamiento.

El primer punto de contacto entre ambas Argentinas, a criterio de Martínez Estrada, está dado por lo que podríamos denominar una *crisis de cultura*, en tanto y en cuanto, crisis es el término elegido por nuestro autor remitiéndola específicamente a la *empresa civilizadora* implementada por Sarmiento. Así el estado de los bienes espirituales había alcanzado su mínima expresión y provocaba —por lo mismo— un nivel de ajuste entre las pautas sociales y las individuales. Es decir, un desajuste cuyo origen se ubicaba en la lentitud con que los grupos sociales iban dando respuesta a nuevas situaciones planteadas por la implementación de organismos de justicia, enseñanza, gobierno y administración. Así la barbarie del siglo XIX aparecía, a los ojos del ensayista, transmutada en su versión moderna:

> La verdadera barbarie moderna se da en el desajuste entre lo que se es y lo que se tiene. Este es el planteo que debemos hacer de nuestros problemas de cultura en su acepción lata: desentrañar la fórmula en sus componentes elementales, fijar los valores en la evolución históricas y subrayar las calificaciones dentro del corpus social eternamente fluido y cambiante por el hecho mecánico de vivir (Martínez Estrada, 1946: 64).

No sin desazón, Martínez Estrada advirtió en los años 40 que aquellos males que Sarmiento buscó corregir y frenar en su propagación, seguían

vigentes en la convicción que el progreso material consolidaba el atraso espiritual; y así como otros tantos intelectuales entre Sarmiento y él mismo habían señalado el problema, supo el ensayista que predicaría en el desierto. Fundamentalmente —y aunque los separaba un siglo— ambos pensadores encontraron que los conceptos vertebradores del ser nacional: patria, progreso, honor, aparecían tergiversados, menospreciados, debilitados. Pensamos que Martínez Estrada, por entonces, sintió que su batallar declamatorio iba a ser tan estéril como el esfuerzo sarmientino y, por lo mismo, su visión de las cosas del país denota desaliento. Como el sanjuanino, buscó en el pasado las razones que le permitiesen comprender el presente, e imbuido del espíritu decimonónico, lo actualizó:

> En ellos [refiere a Moreno y Saavedra] están vivas las dos corrientes históricas que perduran hasta hoy: la nueva, democrática, progresista, que mira hacia el futuro, cancelando el pasado, y la vieja, monárquica, clerical, de estamentos y castas que mira hacia el pasado y refrena toda ansiedad de porvenir (Martínez Estrada, 1946: 55).

Dos corrientes que, para el autor, se le presentaron no como opuestos sino como *dicotomía*, «avenimiento de dos fracciones que perviven con la misma fuerza lógica y con la misma fuerza natural de los hechos históricos auténticos…» Por esto mismo, por más que a lo largo de una centuria se hubiese advertido un grado considerable de progreso material y se hubieran adoptado instituciones políticas y jurídicas dignas de las naciones más avanzadas, la pervivencia y acción autónomas de esas fracciones dicotómicas provocaba que los efectos de los avances fuesen contrarios a los esperados, o, por lo menos, desnaturalizados y a veces hasta imprevisibles.

Nuestro autor volvió una y otra vez a Sarmiento, y, coincidiendo ambos, vieron que el desorden general no debía atribuirse a personas, sistemas políticos y/o proyectos, sino a la

> persistencia del dominio de España en las costumbres, en las prácticas viciosas: España era pues, para él [refiere a Sarmiento] como para

> muchos grandes americanos amantes de la libertad, un lema de opresión más que un país… (Martínez Estrada, 1946: 153).

y le atribuyó todos los males que aquejaban al país. Siguiendo esta línea de pensamiento, aclaró nuestro ensayista:

> Nosotros por España leemos hoy dos cosas: supervivencia de la historia colonial e imperialismo anglo-sajón. Por eso es que la realidad de 1945 era la misma de 1845 y que Facundo es la obra de mayor actualidad. Sólo requiere una lectura actualizada (Martínez Estrada, 1946: 154).

Incluso si hubiese sido posible que el sanjuanino analizase los hechos del siglo XX, Martínez Estrada creyó que habría vuelto a repetir los conceptos centenarios. Como en los tiempos del rosismo, no le comprenderían ni le escucharían. Creemos que en estas apreciaciones, Martínez Estrada ve su propio destino y, por lo mismo, su identificación tan íntegra con Sarmiento; sin embargo, se permitió señalar lo que éste no alcanzó a vislumbrar, esto es que «civilización y barbarie se integraban en un tipo de cultura, en un status social complejo» (Martínez Estrada, 1946:61)[3]. Lejos de desmerecer el pensamiento sarmientino, esta carencia invitaba a continuar la reflexión. Es decir que si el gran maestro entendía cada entidad como un intrincado complejo de elementos raciales, sistemas de gobierno, psicología de conquistador y conquistado, creencias e intereses, a nuestro escritor tocaba relacionar las dos entidades y concluir que, pese al transcurrir de un siglo desde su formulación, las dos seguían siendo verdaderas y, por lo mismo, actuantes, renovadas, transfiguradas, resignificadas pero siempre activas.

Ahora bien, ¿había alguna alternativa de superación o estábamos condenados a un fracaso también recurrente? Martínez Estrada creyó que era factible superarse, aunque bajo algunas condiciones.

> El único plan viable ha de surgir sobre la base de la vida ordenada del pueblo, de su conciencia, de la honradez, en su tarea de convivir y trabajar, de su repudio de la ilegalidad, de su condenación de la

> indignidad y del fariseísmo de los gobernantes, de su *reeducación*, para abreviar (Martínez Estrada, 1946: 95)[4].

¿Y por qué reeducar? Porque no alcanzaba —como creyó Sarmiento— con aclimatar en estas tierras los factores que habían hecho poderosa a Inglaterra, por ejemplo, justamente porque el medio receptor era culturalmente diferente y actuaban en él *entes históricos impersonales*[5]. En vez de progresar o civilizar, vino a crear nuevas formas de injusticia, crueldad, infamia, codicia, tanto en el siglo XIX como en el XX. Por lo mismo seguía vigente la perspectiva sarmientina aunque con una diferencia. «Lo irremediable —dirá Martínez Estrada— no está hoy en los males mismos sino en no verlos» (Martínez Estrada, 1946: 206), en no asumirlos como tales y emprender un plan reparador consecuente. Posiblemente nuestro autor, como el intelectual sanjuanino, se sintió abatido por el desaliento y exilado en el propio suelo nacional, por la indiferencia de sus contemporáneos; solo así se puede comprender el último párrafo de la obra que nos ocupó:

> Porque nuestros enemigos hoy no están, como en tiempos de Sarmiento, al frente, en la trinchera opuesta, sino que junto a nosotros emplean en propio provecho los beneficios de las instituciones democráticas, y hacen inevitable el yugo actual de la vieja traición (Martínez Estrada, 1946: 207).

Estas palabras de Martínez Estrada son por demás provocativas. Sin dudas, si nos animásemos al mismo ejercicio intelectual que practicó nuestro escritor con el gran sanjuanino, creemos que acabaríamos coincidiendo no solo con el diagnóstico que hizo de la realidad argentina sino también compartiríamos el desaliento y abatimiento de los escritores. Cuando Martínez Estrada expuso que el grave conflicto que nos aquejaba, a mediados del siglo XX, era *no ver los problemas nacionales*, es inexcusable que nos preguntemos: ¿Y ahora? ¿Acaso no estamos invadidos por un relato que nosmuestra un estado de cosas más virtual que real? ¿No compartimos la impresión de que la ficción se ha vuelto moneda corriente en el discurso

de quienes tienen responsabilidades políticas, económicas, sociales y/o culturales? ¿O es que estamos predestinados a repetir una y otra vez los mismos errores? ¿No será que necesitamos entrar nuevamente en *diálogo intelectual*, al modo de Martínez Estrada con Sarmiento, para entender quiénes somos y qué nos pasa en un proceso de introspección colectivo?

Fuentes consultadas

Martínez Estrada, Ezequiel. *Sarmiento*. Buenos Aires: Argos, 1946.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Meditaciones Sarmientinas*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1968.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Los invariantes históricos en el Facundo*. Buenos Aires: Pardo, 1974.

Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación, 2002.

Bibliografía

Acha, Omar. *Historia crítica de la historiografía argentina.* Vol. 1. «Las izquierdas en el siglo XX». Buenos Aires: Prometeo, 2009.

Altamirano, Carlos. «Intelectuales y pueblo». En AA. VV. *La Argentina en el siglo XX*, Quilmes. UN de Quilmes: Ariel, 1999, págs. 314–324.

Ansaldi, Waldo (Comp.). *Historia/Sociología/Sociología histórica*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1994.

Beltrán, Miguel Ángel. «Pensar la historia en ¿tiempos posmodernos?». *Anuario de Historia*, n.º 4, Pamplona, Universidad de Navarra, 2001, págs. 19-41.

Benda, Julien. *La traición de los intelectuales.* Santiago de Chile: Ercilla, 1941.

Campione, Daniel. *Argentina, La escritura de su historia*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación, 2002.

Casullo, Nicolás y otros. *Itinerarios de la modernidad.* Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC, 1997.

Cattaruzza, Alejandro y Eujanián, Alejandro. *Políticas de la historia, Argentina 1860-1960*, Buenos Aires: Alianza, 2003.

Cattaruzza, Alejandro. «La presencia del pasado». En *Nueva Historia Argentina*. tomo 7, Buenos Aires: Sudamericana, 2001, págs. 431-473.

Devoto, Fernando (Comp.). *La historiografía argentina en el siglo XX.* Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1993.

Duda, Marta. «Transformaciones de la historiografía posmoderna». *Revista de Estudios Regionales*. n.° 23, Mendoza, UN de Cuyo, 2000, págs. 25-41.

Eberle, Adriana. «Aproximaciones a la concepción de la historia de Ezequiel Martínez Estrada en *Radiografía de la pampa». Actas del Primer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada*, Bahía Blanca, Fundación Ezequiel Martínez Estrada-Universidad Nacional del Sur, 1994-1995, págs. 140-146.

Eberle, Adriana. «Propuestas metodológicas para la construcción/investígación de la historia política argentina», presentado en la mesa especial *La historia política argentina en cuestión: funcionalidad tradicional y nuevas perspectivas de abordaje metodológico*, coordinado por la que suscribe, en el marco de las *Segundas Jornadas de Filosofía Política, Democracia, Tolerancia, Libertad*, organizadas por el Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, 2009, publicado en: www.cefysmdp.com.ar.

Fiorucci, Flavia. «Aliados o enemigos? Los intelectuales en los gobiernos de Vargas y Perón». *EIAL*, vol. 15, Tel Aviv, 2005, págs. 119-141.

Galasso, Norberto. *La larga lucha de los argentinos*. Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional, 1995.

García Canclini, Néstor. *Ideología, cultura y poder.* Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC, 1997.

Ginzburg, Carlo. *El hilo y las huellas, Lo verdadero, lo falso, lo ficticio.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Neiburg, Federico. *Los intelectuales y la invención del peronismo.* Buenos Aires: Alianza, 1998.

O'Donnell, Pacho. *La Otra Historia, el Revisionismo nacional, popular y federalista*. Buenos Aires: Ariel, 2012.

Pomer, León. *La construcción de los héroes: imaginario y nación.* Buenos Aires: Leviatán, 2005.

Rojas Mix, Miguel. *El imaginario, Civilización y cultura del siglo XXI*. Buenos Aires: Prometeo, 2006.

Sebreli, Juan José. *Crítica de las ideas políticas argentinas*. Buenos Aires: Sudamericana, 2003.

Sebreli, Juan José. *Comediantes y mártires, ensayo contra los mitos*. Buenos Aires: Debate, 2008.

Sevilla, Sergio. *Critica, Historia y Política*. Madrid: Cátedra, 2000.

Terán, Oscar. *Historia de las ideas en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2010.

NOTAS

1 Ezequiel Martínez Estrada. *Sarmiento*. Buenos Aires: Argos, 1946.

2 Creemos que aquí estamos frente a un error de imprenta en la edición, «cáfila» tendría que leerse como «califa», en alusión al caudillo o jefe musulmán. Recuérdese al efecto que Sarmiento recurrentemente en su obra *Facundo*, comparó a los caudillos del Interior y sus montoneras con las huestes que recorrían las arenas del Sahara. Por eso pensamos en la viabilidad del uso de califa por parte de Martínez Estrada quien —por momentos— fusiona su estilo al de su biografiado.

3 El destacado nos pertenece.

4 El destacado nos pertenece.

5 Este tema de los *invariantes* lo hemos abordado en nuestro trabajo *Aproximaciones a la concepción de la historia de Ezequiel Martínez Estrada en* Radiografía de la pampa (Eberle, 1994-5: 140-6).

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 362-370.

MARTÍNEZ ESTRADA Y HUDSON, UNA MIRADA DE A DOS

Virginia C. Martin
Universidad Nacional del Sur

«...había en él algo de gorrión,
si se leen bien sus obras y
se observan bien sus retratos»
Martínez Estrada (2001: 208).

En el libro *El mundo de los libros*[1] editado en Santa Fe en 1955, que presume de ser el primero «en el género que se publica en el país», Domingo Buonocore, al recopilar textos sobre lecturas, libreros, bibliotecas y bibliofilia, selecciona un capítulo de Martínez Estrada perteneciente a *La cabeza de Goliat,* «La gloria en el nicho». Esa decisión de uno de los padres de la bibliotecología argentina está fundamentada en lo que Martínez Estrada expresa acerca de las bibliotecas y sus usuarios a los que generaliza en la palabra *público*. Las bibliotecas acogen cada vez menos personas y aquí aparece una clasificación que el autor hace de los lectores. Ya no van a las

bibliotecas los lectores que resultan «peligrosos para la cultura», aquellos que enfrentan libros agitadores, tumultuosos, capaces de sembrar «el desorden o el escepticismo»; en cambio, solo asisten sedentarios que consultan libros sobrevivientes de un expurgo que determina su presencia. Las salas de lectura solo registran identidades para obtener resultados estadísticos, tanto de los préstamos como de los libros solicitados. Las bibliotecas bajo control, la cultura en estado de sospecha, los lectores como objeto de estudio que deben dar «la prueba de que no se es un desordenado en estado nativo» (Martínez Estrada, 2001: 218).

Martínez Estrada se reconoce como un «concurrente habitual» de la Biblioteca Nacional en una época a la que cifra en el año 1912. Su director en ese tiempo era Paul Groussac; cuando escribe *La cabeza de Goliat,* año 1940, el director es Gustavo Martínez Zuviría.

El silencio de la Biblioteca Nacional contiene voces de «seres in-visibles… que están presentes como partículas de polvo» (Martínez Estrada, 2001: 19). La atmósfera que advierte se resume en la palabra «secreto»: «hay una especie de secreto en el ambiente», el tutor del silencio es un busto de Mariano Moreno que va mutando su lugar y al que Martínez Estrada supone que «mañana quizá nos mirará posado en la cornisa, cabeza abajo, como un murciélago». Paul Groussac dirige la biblioteca desde su condición de lector constante que lo convierte «en un trabajador más intensivo que los ordenanzas» (Martínez Estrada, 2001: 220).

«La otra biblioteca» y así comienza la referencia a la Biblioteca del Consejo Nacional de Educación, hoy la Biblioteca del maestro, alberga a Leopoldo Lugones. La construcción de la imagen en el recuerdo lo presenta bosquejado en una austeridad que describe categóricamente: «frío, vejez y pobreza». El tutor de esas carencias de recursos es Guillermo Enrique Hudson que desde un marco en la pared, «velaba con su noble y santa cara de pájaro rapaz el encierro de ese otro pájaro… su pobre hijo cautivo». (Martínez Estrada, 2001: 220). La mirada de Martínez Estrada enfoca ese retrato y la referencia a los pájaros surge o brota con la premura del descubrimiento que acontece en la identificación. En esas descripciones fotográficas el autor enfoca los tutores como quien se detiene en el punctum

barthesiano y admite que eso ya es recuerdo y que lo que busca en la realidad está demasiado lejos y hace tiempo. Si bien Moreno responde a la vehemencia política y a la decisión de fundar con palabras y hechos, Hudson pregunta acerca de la naturaleza que habita en los hombres y que tan poco tiene que ver con lo natural que lo atrae desde niño. Es un pájaro que mira a quien lo mira y quien lo mira es el ojo admirador de Martínez Estrada. Ve a Lugones y se detiene en Hudson: «el pájaro es solo el accesorio del nido» (Martínez Estrada, 2001: 209).

La relación de Hudson con las aves es inmediata. Referencia que también puede observarse respecto de Martínez Estrada, al pensar en las escenas cotidianas en su casa en la que entraban los pájaros, en especial los gorriones, a comer de su mano o a posarse en sus muebles. Sebreli emparenta el gesto de dar de comer a los pájaros en la mano con la de un «chaman de alguna antigua comunidad religiosa» y aclara «que esta relación debe resultar sumamente agradable al espíritu arcaico de Martínez Estrada» (Sebreli, 1960: 83).

Ese retrato en el despacho de Lugones conecta inmediatamente con la figura andariega de Hudson, «con el ocio del vagabundo más bien que del naturalista» (Martínez Estrada, 1941: 34) y su condición de observador incansable, con una mirada obstinada y minuciosa que presagia el carácter científico pretendido y la sensibilidad profunda que lo detiene allí donde la naturaleza despliega algún encanto. En el prólogo de «El naturalista en el Plata» editada en 1892, Martínez Estrada confirma este gesto metodológico:

> Este observador nato, indiferente a todo acontecer político e histórico, contemplaba con los mismos ojos absortos y apasionados a las personas y a los demás habitantes irracionales de la llanura [...] La actitud que Hudson asume al narrar cualquier episodio de la vida de una familia no es distinta de la que asume al contarnos una escena entre pájaros o roedores que presenció algún día sin fecha. La preferencia da o historia o zoología (Martínez Estrada, 1953: 8).

Básicamente Hudson escribe cuatro libros sobre los pájaros y, ahora se puede pensar, destinados a ellos; el mismo Martínez Estrada admite que «Hudson ha confesado que para él tenía el mismo interés un insecto que un hombre» (Hudson, 1951: 203). Esos cuatro libros se destacan dentro de una vasta bibliografía dedicada a los pájaros[2]: *Pájaros del Plata, Pájaros de Londres, Los pájaros y el hombre* y *Pájaros ingleses.* Textos que podrían considerarse los más destacados dentro de otros trabajos en los que Hudson desarrolla su pasión por las aves del lugar donde vive.

Martínez Estrada en *La cabeza de Goliat*, concentra su atención hacia los pájaros en cuatro ensayos: «Nidos de aves paradisíacas», «Pájaros», «Gorriones» y «Palomas y golondrinas». En todos ellos menciona a Hudson: en el citado en primer lugar, lo califica como el «supremo juez ornitológico», el texto se detiene en una larga cita de Hudson dedicada a «la más humana de las criaturas de plumas» (Martínez Estrada, 2001: 202): el cuervo, que le permite plantear algo más que las características del animal y moviliza al lector para pensar en el amaestramiento y en la domesticidad de un ave tan opuesto a la convivencia con los hombres. Domesticidad que puede alcanzar a la especie humana al decir: «Como el cuervo amaestrado y también como los seres humanos de un primitivo orden mental…» (Martínez Estrada, 2001: 203). La reflexión sobre los animales no deja de lado una inquietud filantrópica que Hudson resuelve a través de acotaciones o generalizaciones. Este ensayo termina con una exclamación de Martínez Estrada que sitúa a los pájaros en el paraíso: «Criaturas paradisíacas» (Martínez Estrada, 2001: 203), o lo que es lo mismo, en *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*, libro que escribe en 1951.

En «Pájaros», el escritor alude a la mirada del otro, del foráneo aunque sea autóctono, al hacer notar que «Nosotros no hemos tenido ojos para observar nuestro campo ni nuestros poetas han sabido cantar el mundo casi abstracto de la luz y del color infinitamente variado» (Martínez Estrada, 2001: 203). Remata ese párrafo citando a Hudson quien concluye en que «América era el continente de los pájaros» (Martínez Estrada, 2001: 203). El autor responsabiliza directamente a la ambición de los habitantes, que la

inmigración aumenta desproporcionadamente en estas tierras. Otra vez, las aves son pretextos para ocuparse del contexto:

> Poco amor se trajo a estas tierras; poco amor y mucho apuro. Esa urgencia colonial, agudizada por el ansia de los inmigrantes rapaces y comedores de oro, ha hecho desaparecer de nuestros campos los pájaros que en miríades variadísimas de voces y colores embellecían los cielos y las tierras y ofrecían júbilo y hermosura al hombre (Martínez Estrada, 2001: 204).

Culpa de la tristeza de la ciudad de Buenos Aires al exterminio de los pájaros en manos de los «agricultores-hormiga» (Martínez Estrada, 2001: 204). La partida de Hudson de la Argentina se da al mismo tiempo que el establecimiento de grupos migratorios y esa coincidencia, para Martínez Estrada señala que junto con Hudson, emigran pájaros y plantas y solo quedan los capaces de convertir los bosques en desiertos. «Porque el que mata los pájaros es el mismo que no planta árboles» (Martínez Estrada, 2001: 204) y ese movimiento hacia la destrucción es imparable, los exterminadores «son indemnes del germen de la decadencia». (Martínez Estrada, 2001: 205).

El tercer ensayo sobre pájaros, «Gorriones», tiene un epígrafe que es un fragmento del poema de Hudson, «Gorrión de Londres». En esas líneas, el autor lamenta el haber perdido su pasado habitado por pájaros del que solo le queda un gorrión con el que habita en una jaula, prisionero y solo. Aquí aparece el afán persecutorio de lo que se considera opuesto a los beneficios económicos o gananciales, se persigue al gorrión «tomando en cuenta el daño que causa en las huertas y no su modo de ser» (Martínez Estrada, 2001: 207). La persecución bajo orden gubernamental que no advierte ni se sensibiliza ante los «himnos libertarios» ni entienden la sorpresa del alboroto. En este texto Martínez Estrada se vuelve confidente y cuenta detalladamente la relación que, junto con su mujer, entablaron con una pareja de gorriones. De la misma manera que Hudson relata en «Cardenal: historia de mi primer pájaro enjaulado», su afán por observar la fidelidad de los pájaros que han sido liberados y el asombro y la tristeza ante la muerte

violenta de esas aves. Martínez Estrada enumera los pájaros en-terrados en «el pequeño cementerio que tienen». (Martínez Estrada, 2001: 210) y el tono del narrador adquiere una silenciosa ternura que se presumía silenciada. El gorrión muerto está allí «con ellos y con ese poquito de nosotros que también enterramos allí» (Martínez Estrada, 2001: 210).

En el ensayo «Palomas y golondrinas» no aparece el apellido Hudson, pero sí «un hombre extraño que enseñó a una ciudad de más de dos millones de habitantes a mirar el cielo» (Martínez Estrada, 2001: 210). Las palomas persisten en Buenos Aires mientras que las golondrinas llegaron un día de 1932 y emigraron para siempre. Se posaron en los árboles y comprobaron que «un árbol sirve para albergar más pájaros que seres humanos una ciudad» (Martínez Estrada, 2001: 212). El autor se pregunta por qué no anida en Buenos Aires esta especie que «conoce el mundo, la hospitalidad» y que «no tiene qué enseñarnos, y siendo la misión de los pájaros la enseñanza y purificación del género humano, otros deberes tendrá que cumplir» (Martínez Estrada, 2001: 212). ¿Qué puede agregar a la urbanidad de los porteños? La respuesta necesita de la ironía para confirmar el desalojo al que las golondrinas estaban destinadas.

Los cuatro ensayos confluyen en el cuadro de la biblioteca y los ojos de Hudson son de un pájaro con una «noble y santa cara de pájaro rapaz» (Martínez Estrada, 2001: 220) que observa a «su pobre hijo cautivo» (Martínez Estrada, 2001: 220). Allí está la confirmación de la cita textual. En *Aventuras entre pájaros* hay un relato «Cardenal: historia de mi primer pájaro enjaulado». El pájaro enjaulado «brillante y melodioso» (Martínez Estrada, 2001: 220) está en cautiverio y Lugones y Groussac parecen estarlo en sus despachos. Afuera, «azotaba la ventisca de la ignorancia furiosa y de la jubilosa imbecilidad» (Martínez Estrada, 2001: 221). Adentro, en el nicho, en el nido, la gloria y los gloriosos estaban a salvo.

Esta transformación o simbiosis humano-ave fraterniza con la mirada y el gesto tierno de Martínez Estrada que reconoce y vindica a Hudson al admitir que «Nuestras cosas no han tenido poeta, pintor ni intérprete semejante a Hudson, ni lo tendrán nunca. Hernández es una parcela de ese

cosmorama de la vida argentina que Hudson contó, describió y comentó» (Martínez Estrada, 1941: 37).

Tanto Hudson como Martínez Estrada hablan de los pájaros para decir algo más, algo que el lector termina de construir a partir de su capacidad de conexión con el pensamiento más profundo sobre un espacio que es Argentina y una condición que es ser argentino: «Hudson es nuestro, de aquí, un producto genuino del suelo y de las costumbres argentinas» (Martínez Estrada, 1941: 38). Es en esta combinación entre naturaleza y humanidad que se encuentra la mirada común entre los dos escritores, por eso el estudio que inicia la *Antología de Guillermo Enrique Hudson* escrito por Martínez Estrada se titula «Estética y filosofía de Hudson», allí confirma que «el arte del escritor en él esté supeditado a la vida, y que no recurra jamás a las galas de la imaginación abstracta, sino a las substancias de la realidad, viejo comedor de caracú» (Martínez Estrada, 1941: 39). En Hudson no se puede delimitar lo filosófico de lo estético, su pensamiento aparentemente simple encierra la sabiduría del decir cotidiano para hablar de lo que, en definitiva, no lo es:

> De su filosofía hablan quienes lo han entendido mejor, leyéndolo con el cuidado que merece un autor que procede siempre descarnando sus temas, reduciéndolos a lo esencial; de su belleza quienes han penetrado la rica fibra humana de sus personajes y de sus ambientes, combinados unos y otros con suma destreza (Martínez Estrada, 1941: 44).

Martínez Estrada mantiene una relación epistolar con Victoria Ocampo que confirma la admiración que el escritor siente por Hudson y que llega ser tal que lo describe como su «hermano, escritor, pastor y hereje».

Hudson y Martínez Estrada componen una misma mirada que trasciende lo que se puede ver y de esta manera, comparten una cosmovisión relacionada con la naturaleza. Atentos, dinámicos y merodeadores, algunos adjetivos con los que se puede describir sus caracteres, como los pájaros.

Bibliografía

Buonocore, Domingo, selec. *El mundo de los libros: páginas sobre el libro, el escritor, la imprenta, la lectura, la biblioteca, el bibliotecario, el bibliófilo y el librero.* Santa Fe: Castellvi, 1955.

Martínez Estrada, Ezequiel. «Estética y filosofía de Hudson». En Hudson, Guillermo Enrique. *Antología*. Precedida de estudios críticos sobre su vida y su obra. Buenos Aires: Losada, 1941, págs. 33-46.

Martínez Estrada, Ezequiel. *La cabeza de Goliat*. Barcelona: Losada, 2001.

Martínez Estrada, Ezequiel. *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson,*.Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1951.

Hudson, Guillermo Enrique. *El naturalista en el Plata.* Buenos Aires: Emecé, 1953.

Ocampo, Victoria. Correspondencia. http://www.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/20Victoria-Ocampo-y-Ezequiel-Mart%C3%ADnez-Estrada-Correspondencia.pdf.

Sebreli, Juan José. *Martínez Estrada: una rebelión inútil.* Buenos Aires: Palestra, 1960.

NOTAS

1 Este libro es una selección que realiza Domingo Buonocore sobre distintas miradas sobre el libro y las bibliotecas, a partir de escritos de autores de variadas nacionalidades. El subtítulo del libro aclara el contenido. «páginas sobre el libro, el escritor, la imprenta, la lectura, la biblioteca, el bibliotecario, el bibliófilo y el librero».

2 La bibliografía de Hudson incluye los siguientes textos que tienen a la palabra pájaros o *birds* en sus títulos: *El gorrión de Londres,* 1883*; Argentine Ornithology,* 1888*; Birds in a village,* 1893*; Lost british birds,* 1894*; Aves británicas,* 1895*; Birds in London,* 1898*; Los pájaros y el hombre,* 1905*; Adventures among birds,* 1913*; Aventuras entre pájaros,* 1913*, Birds and man,* 1916*;* 1919*; Aves del Plata,*1920*; English birds and Green places,* 1904 *y Birds of a feather,* 1981.

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 371-379.

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA Y SU HERMANO QUIROGA. DOS ALMAS EN UN ESPEJO

Nidia Burgos
Universidad Nacional del Sur

Horacio Quiroga nació en Uruguay en 1878 y Ezequiel Martínez Estrada, diecisiete años después, en San José de la Esquina, provincia de Santa Fe, en 1895. Quiroga le llevaba pues, diecisiete años, no veintiséis, como dijo un prologuista, y un error en estas cuentas, modifica la perspectiva. El argentino realmente podía sentirlo su hermano mayor. Martínez Estrada tuvo dos hermanos de sangre, de los que sin embargo, cuando se produjo la separación de sus padres y se efectivizó la diáspora familiar, él perdió contacto efectivo y afectivo con ellos y también con su madre. Ni el tiempo ni la vida los volvió a unir.

En cambio, encontró en Quiroga el mayorazgo intelectual; lo reconocía casi sabio en comparación suya. Decía: «su conocimiento de la literatura narrativa, desde Voltaire hasta nuestros días, superaba la cantidad y

calidad de mis lecturas». Halló en él, sincero amor mutuo; admiraciones comunes: como Thoreau, Simone Weil, y coincidencias felices en evaluaciones compartidas sobre personajes del arte y la cultura; además de la comprensión, el auxilio afectivo y aún económico, la consideración anímica, el amor incondicional que conlleva al respeto de las decisiones ajenas. Y por sobre todo, la necesidad de verse, de estar juntos, de compartir experiencias. Decía EME: porque

> al separarme de él, sentía yo un bien en el alma, como si se hubiese abierto ante mis ojos un luminoso horizonte y estuviera en posesión de una llave secreta para gozar de tesoros ocultos hasta entonces.
>
> Quiroga y yo sentimos una hermandad de sangre, una afinidad espiritual y una identidad de ser y de destino como sólo se conocen en mitos y leyendas. Más fino él, lo captó antes que yo.

Y Quiroga a su vez, le decía cuando lo invitaba a Misiones: «Piense ahora lo calmo, cariñoso y admirable de tener aquí un vecino como usted».

> [...] Bien sé que ambos, entre tal vez millones de seudo semejantes, andamos bailando sobre una maroma de idéntica trama, aunque tejida y pintada tal vez de diferente manera. Somos Ud. y yo, fronterizos de un estado particular, abismal y luminoso como el infierno.

En 1937 murió Quiroga y veinte años después Martínez Estrada publicó su *Hermano Quiroga,* fundando sus apreciaciones sobre el escritor, en su conocimiento del autor y en la correspondencia casi semanal que mantuvieron entre agosto de 1934, cuando aún resonaban los ecos de su recién publicada *Radiografía de la pampa,* y febrero de 1937, once días antes de la trágica muerte de Quiroga.

Conociendo el valor documental de aquellos testimonios, Martínez Estrada, donó aquellas cartas al Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios de Montevideo, que las publicó en 1959. Si bien Quiroga era uruguayo ¿por qué Martínez Estrada entregó aquellos

documentos al vecino país? Simplemente porque ya estaba rompiendo lanzas con la Argentina. En 1960 Martínez Estrada se marchó a México, donde dio a la imprenta su *Semejanzas y diferencias entre los países de América Latina* y luego se radicó en Cuba por tres años, cumpliendo allí uno de los períodos más fructíferos de su existencia.

La Argentina lo había desalentado a Martínez Estrada. En cambio, había cifrado esperanzas en el Uruguay. Primero, porque se venía interesando hacía tiempo en la biografía de José Artigas, como antes se había ocupado, de Montaigne, de Balzac, de Kafka y después ya en Cuba, se ocuparía de José Martí. Segundo, porque en Montevideo encontró junto a jóvenes escritores, terreno fértil para una utopía: proyectar una República Literaria de la Tierra Purpúrea[1], cuyo estudio presentamos en el Primer Congreso del escritor en 1993 y que luego nos publicó *Cuadernos Americanos* de México.

El hermano Quiroga[2] es el testimonio vivo de una de las formas más altas del amor humano: la amistad de dos espíritus preclaros cuyas vidas ejemplares en su diversa singularidad, siguen aún hablándonos.

¿Qué llevó a Ezequiel Martínez Estrada, tan pudoroso en sus afectos más íntimos, a exhibir la intimidad desgarradora de su Hermano, máxime cuando aún vivían la mayoría de las personas a que hacían referencia las cartas que le había enviado a lo largo de sus años de amistad? Quiroga no había tenido reparos en volcar en aquel epistolario sus confidencias más íntimas, desde la atormentada relación con su segunda esposa y con sus hijos, su juicio adverso hacia algunas personas del mundo intelectual, verbigracia, Waldo Frank, o algunas apreciaciones que no habrán caído bien a sus destinatarios: Samuel Glusberg o Lenoble, el esposo de su hija Eglé, de quien ésta se había separado. Juicios que, claramente se entiende, compartía también Martínez Estrada.

Corría 1947, y Martínez Estrada, profeta no solo por el nombre, se sentía ahogado por males endémicos de nuestro país y preveía su inexorable aumento. Entendió que una cultura del trabajo estaba dejando camino a la cultura del agio. Especialmente en el ámbito intelectual veía

una —cada vez más— señalada caída de valores. Y lo denuncia. Y así dio sentido a la inmolación de su Hermano, denunciando a los Tartufos de la cultura que contribuyeron a hacerles a ambos la vida más amarga.

Dice Martínez Estrada:

> Hasta dónde la identidad de nuestras personas y de nuestros dáimones era un hecho cierto aunque absolutamente inexplicable —que él percibió inmediatamente— lo he corroborado después, a lo largo de veinte penosos años marcados con su sino (Martínez Estrada, 1966: 88).

Es tal la identidad de destino que Martínez Estrada traza con su hermano mayor, que termina la presentación de las *Cartas* con la desgarrada pregunta del justo perseguido: *¿lamma sabacthani?* Esta oración, que pertenece al Salmo 22, expresa el desamparo de un hombre justo que ha tocado el límite del sufrimiento físico y moral, sobre todo, el de sentirse abandonado por Dios. Si Martínez Estrada eliminó la invocación que la precede en el original: *Elí, Elí*, que significa Dios mío, y ha dejado significativamente la frase «¿por qué me has abandonado?», es porque le hace ese reclamo —no a Dios— sino a su hermano Quiroga, como Jesús se lo hizo a su padre, pues este salmo ocupa un lugar de excepción en la piedad cristiana porque es nada menos que la frase que el propio Jesús expresó al expirar en el Gólgota.

Si además revisamos otros fragmentos del mismo salmo:

> *Me rodea una manada de novillos,*
> *me acorralan toros de Basán,*
> *abren sus fauces contra mí*
> *como leones rapaces y rugientes.*
> *Me rodea una jauría de perros,*
> *Me asalta una banda de malhechores;*
> *Taladran mis manos y mis pies*
> *Y me hunden en el polvo de la muerte.*
>
> *Yo puedo contar mis huesos;*
> *Ellos me miran con aire de triunfo,*

Se reparten entre sí mi ropa
Y sortean mi túnica.

Así como Jesús expresó el cumplimiento del Salmo 22 en su persona, Martínez Estrada corrobora ese cumplimiento en la persona de Quiroga y veinte años después, en la suya propia. Traduzcamos el Salmo en las palabras de Martínez Estrada al referirse a Quiroga y a sí mismo:

> Su desdén era tan grande como el mío por la cultura de fábrica. Iban sucumbiendo o esterilizándose los valores verdaderos, y avanzaba la ola de la barbarie alfabetizada que pondría las letras en el nivel de la política. Era una caída en cascada que comenzó antes de fines del siglo XIX, en una crisis espiritual más que económica, que ahora marca una de las mínimas extremas.
> Llegará el Día del Juicio en que sean juzgados los pecadores y los justos de nuestras letras; cuando la resurrección de los desterrados y de los sepultados vivos (Martínez Estrada, 1966: 20).

> Por él puede enjuiciarse a su época y su tiempo, a la medianía opresora de la clase intrépida de los intelectuales agrarios, con quienes es preciso convivir a ras del suelo, celebrando sus establos, o desprenderse de ellos para refugiarse en sí mismo o en la selva, sea la que fuere. Su ejemplo me ha valido para explicarme la soledad de las alturas, el frío de las cumbres, y me ha servido para fortalecerme y sobrevivir de mis propias reservas. Pensaba en él y en Lugones, cuando escribí sobre Hernández: Creo ver cumplirse, también en Hernández, esa ley terrible de nuestra historia que exige el sacrificio humano en pago de la gloria. [...] ocultar esta lacerante verdad sería hacerles juego a los fariseos y escribas de la cultura, y echar sobre sus hombros agobiados el fallo de antisocial con que algunos han echado su piadoso puñado de tierra en su sepultura.
> Su soledad era el resultado natural de las fuerzas centrífugas y disolventes que arrojan al hombre superior allende las fronteras del ámbito vital. Acaso éste sea el *fatum* secreto de toda hurañía, de todo desafío a las sociedades de mirmidones... (Martínez Estrada, 1966: 83-84).

> ¿Quién se destierra voluntariamente? ¿Quién se confina, sino bajo la sanción de un destierro dictado contra él, por la sociedad de sus competidores? Todo desterrado sobrelleva el dictamen de hereje, y todo hereje es desterrado de una feligresía que lo acosa y lo niega.[...] Desde el primer instante advertí en su afán de entregarse a una compañía salvadora, la necesidad de ser comprendido y amparado. Topó conmigo como con su Sosías más desgajado aún del árbol de tribu y clan. Pero mi ordalía no había llegado, y él puso mis pies en la senda del Gólgota. Lo percibió agudamente, de inmediato, antes de conocer cómo me había formado a mí mismo, saltando las trampas de los domesticadores y dejando, a lo más la cola, pero no el penacho. Con una punzada caló el tuétano:
> *Es posible que usted haya andado por el mundo más solitario e incomprendido que yo. Si su mujer lo comprende a fondo, dése por bien servido, hermano* (Martínez Estrada, 1966: 84).

Cuando Martínez Estrada habla de Quiroga, habla de sí mismo. Expresa su propio sentir ante las ingratitudes del mundo: «Ni era fuerte ni era huraño, pero la vida lo había hecho inflexible en su carácter y en su voluntad, reacio al trato con seres de otra estirpe espiritual». (Martínez Estrada, 1966: 85). Esto es válido para Don Ezequiel: Basta leer la entrevista que le hizo Tomás Eloy Martínez tres meses antes de su muerte, que reeditó Editorial Planeta en 1998, en el libro *Lugar común la muerte,* para entender que la amarga soledad de Martínez Estrada al final de su vida, era la misma que había padecido su hermano Quiroga. Dijo entonces al periodista: «Me siento abatido ahora, destruido moralmente, solísimo».

Sabemos que a su casa aquí en Bahía Blanca, uno de los pocos que por entonces lo visitaba, era su dilecto discípulo René Favaloro. El suicidio de este tiene su paralelo con el de Quiroga y su desesperanza final con la del propio Martínez Estrada. ¿Por qué en nuestro país los hombres íntegros terminan en tal estado espiritual?

Las acusaciones últimas de Martínez Estrada que recogió Eloy Martínez fueron contra los tratadistas de Derecho «que no han señalado con el dedo las usurpaciones políticas», contra los jueces, «que han abrazado la corrupción general como si fuera una cruzada patriótica»;

contra los profesores de literatura que, «cuando ven luchar a un hombre como yo, se le arrojan encima para que sus amos les ofrezcan un poco más de carne».

Dice Eloy Martínez: «Podía aceptar como una fatalidad las estrecheces de su vida, pero con las del país era intolerante». Oigamos lo que dijo Martínez Estrada sobre Quiroga:

> Se había conformado siempre con lo muy poco que la vida le dio, reduciéndose resignado a un lugar cada vez más estricto y alejado, sepultándose literalmente en la soledad, hasta que también se le negó el espacio para su cuerpo...

Cuando Quiroga estaba en el hospital le escribió: ¿Se da cuenta usted de un sobrevivir de mil años, con las mezquindades de sus jefes, de sus amigos a cuestas? ¡Ah, no! La esperanza de vivir para un joven árbol es de idéntica esencia a su espera del morir cuando ya dio sus frutos. Entonces Martínez Estrada reflexiona: «... aceptó esa última exigencia inventándose un consuelo como se había inventado una fuerza».

Así, un afecto tan entrañable entre dos seres culminó en la muerte trágica de Quiroga que hasta el final le testimonió su honda simpatía a su gemelo espiritual:

> Querido Estrada: También yo extraño cuando pasa un correo sin carta suya. Y hoy estoy mal, mal a darme un palo. En vez de enviarle un pedazo de prospecto, según aviso suyo, le mando dos líneas de extremo cariño. He de mejorar mañana o pasado (mal por dentro, tan sólo) y le escribiré cuanto le debo. Fuerte abrazo. H. Quiroga.

La patética aclaración «mal por dentro, tan sólo» es la placa que radiografía el mal de muchos de nuestros intelectuales, víctimas de la incomprensión de un medio chabacano espiritualmente que los vilipendia y los malogra.

Conocer las personalísimas cartas de Quiroga enmarcadas en el enjundioso estudio de Martínez Estada es asaz interesante para conocer a

dos personalidades relevantes de nuestra cultura, sus padecimientos y sus sueños, sus cotidianos avatares y en ellos, entender también nuestro desacierto para captar a tiempo, quiénes son venero de nuestra mejor parte espiritual.

Bibliografía

Martínez Estrada, Ezequiel. *El hermano Quiroga.* Montevideo: Arca, 1966.

NOTAS

1 Cfr. Diario *La Mañana* de Montevideo del 18 de marzo de 1956 y el artículo nuestro «Un documento inédito de Martínez Estrada: la creación de otra *Tierra purpúrea:* una República libertaria, federal y representativa» *Cuadernos Americanos,* n.° 42, México, Universidad Nacional Autónoma de México, noviembre-diciembre de 1993.

2 En 1968, cuatro años después de la muerte de Martínez Estrada, *El hermano Quiroga* y *Las cartas de Horacio Quiroga a Martínez Estrada* se unieron por primera vez. Se reeditaron en 1995 en Venezuela, en la Colección «La Expresión Americana de Editorial Ayacucho.

Temas cubanos I

381 - La Cuba profunda en revolución que vivió y pensó Ezequiel Martínez Estrada
(Ivette García González)

403 - *Cromosomas históricos*: una lectura de Martínez Estrada sobre la Utopía de Tomás Moro y la isla de Cuba
(Elena Torre, Laura Rodríguez)

421 - Contexto, mímesis y revolución: Martínez Estrada y Cuba
(Adriana C. Rodríguez)

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 381-402.

LA CUBA PROFUNDA EN REVOLUCIÓN QUE VIVIÓ Y PENSÓ EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA

Ivette García González
Cuba

Preámbulo

La Revolución que triunfa en la mayor de las islas del Caribe a inicios de 1959, constituye un parteaguas histórico que rebasa los ámbitos de ese pequeño territorio en el que tuvo lugar. No solo porque fracturó el esquema de dependencia de la América Latina y el Caribe respecto a los Estados Unidos de Norteamérica, tampoco únicamente por su radicalidad, su simbolismo o la genialidad de su liderazgo. También y especialmente por lo que significó como ejemplo de rebeldía y alternativa de un pueblo de *Nuestra América* en tiempos del apogeo de la hegemonía norteamericana, cuando se quebraba el sistema colonial del imperialismo y emergían, a escala global, energías progresistas que tendrían su máximo despliegue durante los

años 60, justamente los más dramáticos a la vez que auténticos lustros iniciales del proyecto cubano.

Esos iniciales sesentas, especialmente complejos y riquísimos del proyecto nacional, fueron precisamente los del «capítulo cubano» de don Ezequiel Martínez Estrada, una de las figuras más relevantes del pensamiento y las letras latinoamericanas, hombre de su tiempo que avizoró igualmente para el nuestro importantes desafíos para la Revolución cubana y el proyecto emancipador latinoamericano.

Varios de los textos que escribió durante aquellos años —especial-mente los compilados en el libro *En Cuba y al servicio de la Revolución cubana*—, título que también puede servir para tipificar la última etapa de su producción intelectual y actuación política, constituyen fuentes altamente estimables en tanto muestran aquellas sus vivencias, inter-pretaciones y valoraciones acerca de lo que estaba pasando en Cuba, lo que cabalgaba junto a la maduración de su pensamiento y la consagración de su vida. Porque también don Ezequiel fue de esos intelectuales que se aprestan a vivir su historia junto a la del proyecto emancipatorio que define la vanguardia de su tiempo, así como para otros fue luego la Revolución sandinista o más recientemente la venezolana.

El análisis que se propone, con toda la honra que merece un convite a tierra de Martínez Estrada en la Argentina, no va a su obra literaria sino a ese capítulo cubano que vivió, a esa Cuba profunda que en tiempos como aquellos y todavía hoy no alcanza a ver y comprender cualquier obser-vador. Aquellas vertientes que constituyen la esencia misma del proyecto, su naturaleza, sus raíces y la legitimidad de sus argumentos.

Lo anterior alude a las peculiaridades de la orticiana visión de *cubanidad*, esas que explican el hecho cubano, la revolución y el socialismo que ella asume como opción que viabiliza el proyecto de independencia, soberanía y justicia social que llevó a sus patricios, desde el siglo XIX, a diversas y cada vez más sólidas formas de resistencia. Se trata de, en palabras de Ortiz, la cubanidad como «(…) cualidad de lo cubano; o sea, su manera de ser, su carácter, su índole, su condición distintiva, su individualización dentro de lo universal (…)», desde una lectura generosa del presente pues justo es una

asunción de la realidad, del fenómeno identitario cubano desde su vivencia y no del conocimiento de la obra de don Fernando Ortiz, que sin duda le habría aportado mucho para una visión todavía más profunda e integral[1].

Pretende también este ensayo llamar la atención sobre un flujo o influencia bidireccional, es decir, el significado del pensador argentino desde los años 40 en la vanguardia intelectual cubana, su lugar en el sistema de ideas de aquellos, en su mayoría jóvenes, que mantuvieron una postura activa en relación con aquel profundo proceso de cambios que inició alborando el año 1959.

Aquellos mismos que siendo, al decir de Roberto Fernández Retamar, «hombres de transición», vivenciaron en calidad de protagonistas una de las más singulares e importantes polémicas de entonces, que sigue siendo un referente, en torno al papel de los intelectuales en la Revolución, problemática que igualmente mereció la atención y la pluma comprometida de Martínez Estrada.

Inicio de un vínculo. Cuba y Martínez Estrada - Martínez Estrada y Cuba

Compartir con Cuba y en Cuba aquellos años iniciales de ejecución de un proyecto autóctono, ansiado por otros pueblos latinoamericanos, emancipador y de justicia social, en medio de una virulenta lucha entre la Revolución y la contrarrevolución junto con los Estados Unidos. a través de los más disímiles actos terroristas y de otras diversas manifestaciones, era un verdadero acto de valentía y compromiso. Fue tiempo de hermosísimos alumbramientos (alfabetización, playas y centros sociales abiertos, campañas de vacunación, fundación de centros culturales, apertura de escuelas, una «Revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes» en palabras de Fidel Castro), a pesar de los bombardeos, sabotajes y campañas estadounidenses contra la Revolución.

El capítulo cubano de don Ezequiel, como rápidamente le empezaron a llamar en Cuba, se inició en febrero de 1960, momento en que ya estaba

consagrado como la más alta figura de las letras argentinas y una de las más interesantes de la literatura latinoamericana. Vino entonces, en principio y con sus 64 años, a recibir un premio del concurso de «Casa de las Américas».

Fue ese febrero de su llegada, recuérdese, el de la trágica explosión del vapor «La Coubre» y el de la histórica frase «Patria o Muerte» de Fidel Castro[2]. Fue aquel su primer contacto directo con la Isla y el torbellino de la Revolución. Y apenas llegado pidió ir a la casa natal de Martí, así como este una vez al llegar a Venezuela y «antes de quitarse el polvo del camino» fuera a rendir homenaje al libertador de América, Simón Bolívar.

Fue aquel también su primer encuentro con figuras como Roberto Fernández Retamar, entonces un joven intelectual de apenas 28 años, devenido en figura imprescindible de la cultura cubana, ejemplo excelso del intelectual comprometido con la Revolución y el destino de su pueblo.

Volvería pronto a residir largo tiempo y en realidad ya no se separaría más en su corazón y pensamiento hasta el 3 de noviembre de 1964 cuando fallece[3]. «Estoy en Cuba para servir a la Revolución —diría— que es también la causa humanitaria de los pueblos expoliados (...)». (Martínez Estrada, 1963: 8). Y a ese servicio al cual se dio por programa dedicó su pluma, su influencia, su extraordinario prestigio en tiempos en que las campañas mediáticas de parte de los Estados Unidos eran violentas y se afanaban por aislar política y diplomáticamente a Cuba, lo que logran casi totalmente al menos en el plano diplomático, justo en estos años estradistas.

Bien pudiera decirse, sin embargo, que en la relación biunívoca entre Cuba y don Ezequiel, ese contacto se inicia realmente antes del triunfo revolucionario, desde los años 40. Ocurre, bien por su interés vivo en el más universal de los cubanos, José Martí, bien por la influencia que sus ideas tuvieron en la generación de intelectuales jóvenes de la época, mismos que tendrían luego un importante protagonismo en el proceso de cambios que viviría la Isla.

El propio Retamar ha rememorado más de una vez aquel influjo del escritor argentino en la generación de escritores jóvenes cubanos de los años 40 de los que formaba parte. Una de las más importantes lecturas fue para ellos el *Panorama de las literaturas* (1946), en el cual Don Ezequiel reconocía

en Martí a «la figura más grande de Iberoamérica como escritor». También *Radiografía de la pampa* (que había sido Premio Nacional de Literatura en 1933) y luego *La cabeza de Goliat*.

El impacto haría historia pues se trataba de la generación que se afincaba al acervo martiano para recuperar la República por la que habían luchado los cubanos y que les había sido arrebatada por el imperialismo estadounidense y sus lacayos del patio. Fue incluso Martínez Estrada el ejemplo que en aquel entonces empleara José Lezama Lima, director y alma de *Orígenes* en su polémica de 1949 con Jorge Mañach, una de las cabezas de la revista *Avance*[4].

Entre los años 20 y los 40 se da un interesante proceso de maduración y radicalización del pensamiento de Martínez Estrada, resultado de sus propias experiencias y sus vínculos personales con figuras importantes de Nuestra América. De modo que en los 50 es portador de una postura de izquierda latinoamericanista categórica, que en la plenitud de su coherencia abraza la Revolución Cubana.

Es todo ese ciclo de pensamiento y vivencia latinoamericana que lleva a la maduración de un auténtico sistema de ideas en el argentino. Explica que devenga durante los años 50 en portador de una postura de izquierda categórica, latinoamericanista, que coherentemente abraza entonces la Revolución cubana. Así bien lo han caracterizado conocedores de su obra como David Viñas, Pedro Orgambide y Fernández Retamar[5]. Ella, la Revolución, viene a ser entonces seguramente, el suceso espectacular, la oportuna expresión concreta de ese ideal que se proyectaba entonces en su mente, el sorprendente e inestimable laboratorio donde volcar energías y recrear nuevos quehaceres y pensares.

¿Y por qué en la mayor de las Antillas del Caribe… por qué una Revolución tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos?

En realidad, no pocas de las condiciones que existían en Cuba durante los años 50 podían verificarse en algunos casos incluso de modo más complejo

en otros países de Nuestra América. También en otros se escenificaban recurrentemente expresiones diversas de resistencia. Sin embargo es en esa Isla donde la vanguardia política consigue el triunfo a través de una auténtica rebelión, poniendo en marcha un proyecto nacional independiente con una fuerte carga y sustento democrático, popular, antimperialista y de justicia social que deriva rápidamente al socialismo.

Fue posible realmente porque se logró juntar en un mismo programa las tareas democráticas, de la lucha antimperialista y antidictatorial aprovechando la coyuntura. También porque se pudo constituir un bloque social popular sólido y un Movimiento 26 de Julio (M-26-7) que consiguió legitimarse y convertirse en la dirección política del proceso. Pero igualmente porque la lucha se reflejó en las mentalidades colectivas, como continuidad de las epopeyas cubanas desde el siglo XIX, por la existencia de un líder con dotes excepcionales (Fidel Castro) y muy especialmente porque las masas populares apoyaron el proyecto y pusieron a su servicio todos los recursos de su imaginación creadora.

La Revolución se abría en definitiva como una nueva posibilidad de cumplir la esperanza histórica del pueblo cubano desde el siglo XIX: libertad, justicia social e independencia nacional. En medio de aquella coyuntura dramática y compleja se definía, junto con la soberanía y el desarrollo económico, el rumbo que iría tomando el proyecto en sus objetivos estratégicos.

Por eso también el laboratorio era excepcional especialmente para Latinoamérica. Y eso lo comprendió rápidamente Martínez Estrada. Ese rumbo se iba definiendo hacia el socialismo, pero es preciso conocer esas particularidades para comprender el carácter y el cómo se llega al socialismo. No es momento para extender demasiado la explicación sobre el particular.

Valga decir, no obstante, que quien calara bien ese laboratorio que es Cuba, se percataba de que no devenía allí el socialismo como había previsto en su análisis Carlos Marx, ni obviamente como podían prever los comunistas militantes de la época. El socialismo acá respondía esencialmente a dos ideales básicos: nacionalismo y justicia social; en Cuba el

nacionalismo y el socialismo se fundían en la medida que este último era la única posibilidad de hacer el primero viable. Otra historia sería, inabordable en este momento según los propósitos del presente ensayo, la de ¿qué tipo de socialismo se asume?

Pero en definitiva lo que realmente explica la Revolución y el socialismo cubano de todos estos años es, además de las circunstancias en las que se ha desenvuelto y la evolución misma del proceso, las raíces profundas de su formación nacional. Esas raíces se manifiestan a través de particularidades notorias que tienen que ver con la matriz colonial mucho más prolongada que en el resto de la América Latina y menos que en su entorno inmediato que es ese Caribe que fue y sigue siendo ‹‹frontera imperial›› como lo definiera el ilustre dominicano Juan Boch, la condición insular en ese contexto geopolítico que es el Caribe, la prolongación y el peso de la esclavitud y con ello del problema racial y los recurrentes procesos de transculturación vividos por los más diversos grupos étnicos que la formaron[6]. Pero también el haber sido pionera en la conquista, en la implementación del neocolonialismo y del socialismo en el hemisferio, la conflictividad histórica con los Estados Unidos, la cultura de resistencia y otras muchas que dilatarían mucho este propósito, dado que no fueron objeto de atención por el argentino, que es lo que ahora interesa.

Durante ese ciclo cubano de Martínez Estrada, definitorio para él —en términos de su papel y legado en la historia latinoamericana— y para la Revolución cubana en el sentido de autoafirmación y definición del rumbo socialista, ella destruye y a la vez crea. Se transforma la estructura económica del país, dentro de lo cual las dos leyes de reforma agraria (1959 y 1963) y las nacionalizaciones de los grandes sectores de la economía comenzando por la tierra, la refinación de petróleo, el azúcar, la banca y el comercio exterior son fundamentales, se reconstituye el aparato del Estado, se reorienta la política exterior de la nación y se llevan a cabo numerosas obras sociales. Estas van desde el incremento de los salarios y la reforma urbana hasta la apertura de las playas y otros espacios sociales, la campaña de alfabetización, de sanidad y el proceso de vertebración de organizaciones e instituciones que responden a la nueva dinámica y a la necesidad de

preservar la Revolución y proyectar su estatura a escala nacional e internacional.

El contexto, sin embargo, no podía ser más complejo. De un lado la consolidación —no sin traumas y debilidades de fondo como es sabido— de un sistema socialista mundial que contrapesaba al imperialismo y bipolarizaba el sistema internacional ofreciendo ventajas a los procesos emancipatorios y las luchas populares en general, pero del otro, el más inmediato, un panorama particularmente conflictivo por la hegemonía y control que en las relaciones hemisféricas tenían los Estados Unidos.

Más que eso, porque la relación tan visceralmente dependiente que tenía Cuba respecto a ese vecino del norte, hacía que cualquier proyecto de cambio revolucionario tuviera que chocar necesariamente con los intereses estadounidenses en la Isla, pero especialmente con ese encadenamiento que ya estaba construido también en relación con el resto de América Latina. Cuba tendría necesariamente que pagar un precio, altísimo como se ha visto, por atreverse a romper o zafarse de esa importante relación dependiente de los países de la región en relación con los Estados Unidos.

La hostilidad del gobierno estadounidense hacia el nuevo proyecto cubano que intenta desplegarse durante aquellos iniciales años, sería una constante. Tal sería el impacto, que los resultados de la Revolución no pueden medirse a cabalidad sin tomar en cuenta esa circunstancia, que a la postre ha terminado por ser una patología en las relaciones internacionales contemporáneas. Es el inevitable balance de los 30, 40 o 50 años transcurridos, lamentablemente una realidad tan vigente como hace medio siglo. Pero ¿cuánto de dramatismo y crudeza no tendría en aquellos primigenios 60(s) que le tocó vivir con los cubanos a don Ezequiel Martínez Estrada?

La Revolución comienza de inmediato a generar una mutación ideológica en la mayoría de la población, transforma la conciencia política del pueblo, sustituye valores individuales por sociales, el propio hecho revolucionario impulsa la nación y su concordancia con el Estado nacional por primera vez en la historia de la Isla, e igualmente impacta su proyección nacional para el mundo, especialmente el mundo periférico, latino-

americano y caribeño. Por otra parte pero relacionado con esos cambios, genera efectos antagonizantes para con los Estados Unidos en tanto primer país que realmente lograba desafiar el axioma de la «soberanía limitada».

Es lo que explica la reacción tras bambalinas del gobierno norteamericano cuando se produce la primera visita de Fidel Castro a ese país, la aprobación del Programa de acciones encubiertas contra el régimen de Castro, conocido como «Proyecto Cuba» en marzo de 1960, antes de declararse el carácter socialista de la Revolución, el establecimiento del bloqueo económico, comercial y financiero, el estímulo a la contrarrevolución interna y apoyo para que durante esos primeros años actuaran varias decenas de grupúsculos armados en las montañas de la Isla y una cifra no inferior de organizaciones contrarrevolucionarias, todos dedicados a realizar —como parte de la estrategia estadounidense— actos terroristas para coadyuvar al propósito de revertir el proceso revolucionario, fuera por un levantamiento general interno que justificara una intervención, una invasión de mercenarios para pedir la intervención en una «cabeza de playa», o, por una intervención directa de las tropas estadounidenses. En todas esas variantes se movieron la estrategia y las tácticas del gobierno norteamericanos a través de diversos planes operativos de la CIA, desde la Operación Generosa, el Plan Pluto o la Operación Mangosta, por solo mencionar tres que se diseñaron y pusieron en vigor durante esos años estradistas en Cuba[7].

Junto a eso todo el denodado esfuerzo por aislar a Cuba en el plano internacional y entrenar una brigada mercenaria para invadir la Isla, lo que se consumó y abortó en abril de 1961, momento en que Fidel Castro anuncia en discurso publico en ocasión del sepelio a las víctimas de lo que se conoce como «el preludio de la invasión», el carácter socialista de la Revolución cubana.

Es el momento y el dramático clima de un país en estado de guerra, de defensa del suelo patrio frente a una invasión el que dicta la proclamación, pues ya desde octubre del año anterior se había dado cumplimiento al programa mínimo de la Revolución conocido como Programa del Moncada[8]. Y es que, tal como ha dicho el profesor Arnaldo Silva,

> el imperialismo no fue meramente el enemigo externo del país. La dominación imperialista en Cuba configuró toda la estructura económica, política y social del capitalismo dependiente cubano. Esta fue parte constitutiva del sistema de dominación y explotación del país (...) (Silva, 2007: 189).

La suerte está echada: Martínez Estrada, la nación y la Revolución cubana

Es tiempo de radicalización en parte también compulsada por el contexto extraordinariamente difícil en que se tiene que desenvolver la Revolución durante esos primeros años. Y don Ezequiel estuvo ahí, para acompañar, para defender a Cuba y para estimular la solidaridad de su pueblo y de los otros con la pequeña antilla. Insiste en la incapacidad de los gobiernos latinoamericanos para auxiliar a Cuba ante la agresividad de los Estados Unidos, por la incapacidad para auxiliarse ellos mismos, de lo cual deriva la urgencia de la unidad latinoamericana.

En la Isla se le publicaron varias obras y ensayos insertos en otros libros sobre temas cubanos. Dentro de esa producción, *En Cuba y al servicio de la Revolución cubana* fue considerado entonces (1963), de acuerdo con valoración de Retamar quien tuvo a su cargo la presentación, uno de los más altos testimonios que a favor de la Revolución de Cuba se haya publicado.

Es sin duda ese compendio el que permite reflejar la agudeza y la profundidad del pensamiento de Don Ezequiel. Está ahí, a pesar de lo variopinto de su temario, de las lecturas que le faltan y de los riesgos de la «historia inmediata» que hace, no solo la muestra de la evolución y maduración de su pensamiento sino como evidente expresión de ello su visión no solo sobre el proceso de cambios que estaba teniendo lugar en la Isla, sino sobre la nación cubana, entendida esta última desde una perspectiva ontológica. De las raíces y peculiaridades de esa tierra, que explican que la revolución se hubiera desarrollado, triunfado y encaminado justamente en ese punto de Nuestra América, asumiendo a la vez un carácter de vanguardia de la lucha latinoamericana.

Martínez Estrada recibe un fuerte influjo de la Revolución también a través de sus figuras más representativas, de su liderazgo, especialmente Martí, el Che y Fidel, convertidos rápidamente en símbolos más allá de sus fronteras. El primero, revivido una y otra vez por los cubanos, sería su extraordinaria inspiración para entender a Cuba. ¡Tantas lecturas, interpretaciones y definiciones sobre él! Pero Martínez Estrada resume todas sus cualidades en la sublime y abarcadora denominación de *revolucionario.*

Ahí estaría su monumental obra sobre el Apóstol cubano y ahí su impronta definitiva, la de Martí, en el espíritu del escritor. En carta que escribiera a Roberto Fernández Retamar el 25 de junio de 1964, pocos meses antes de su muerte, le decía:

> Los cuatro últimos años de mi vida consagrados a Martí han sido para mí el tiempo mejor aprovechado. Me he purificado y he aprendido a estimar la sabiduría, la santidad, el heroísmo, la abnegación, todos los atributos esencialmente humanos en él (Martínez Estrada, 1967: XVI).

El impacto del Che, con quien compartía con aderezo dado el mismo origen, fue muy fuerte, no solo en lo personal sino en lo que pudo calar de su significado para la Revolución y sobre todo para los jóvenes. Desde aquel primer encuentro en la Plaza Cadenas de la Universidad de La Habana, donde el comandante Guevara pronunciaba un discurso, Don Ezequiel se sumaba a quienes le admiraban y terminaban enrolándose con mayor pasión en su lucha. De aquel primer momento diría poco después: «(…) lo admiré en su actitud de tribuno de la plebe, docto y circunspecto como un patricio» (Martínez Estrada, 1963)[9].

Luego vino la entrevista, el contacto más personal que igualmente recreara con su visión poética y casi mítica que él mismo le atribuía ya al Che en relación con el pueblo cubano. Refiere entonces que

> (…) él, que puede ser mi hijo, me condujo del brazo como si cumpliera conmigo su misión de amparar y guiar. Así nos despedimos y no nos separamos (…) siento en mi brazo una energía que me hace sentirme más libre y más resuelto. Comprendo que debo contar lo mejor que pueda y

> en la forma más fiel, lo que me ha sido revelado. Cumpliré ese deber hasta el fin (Martínez Estrada, 1963: 154).

No menos impresionante fue para él la figura de Fidel Castro, ese es otro de los más importantes registros de la Revolución en la mente de Don Ezequiel. En «Imágenes de Fidel Castro» presenta cuatro instantáneas que son fotografías clásicas de la Revolución con Fidel, la detención luego del ataque el cuartel Moncada en 1953, junto a Camilo Cienfuegos entrando a la Habana luego del triunfo en enero de 1959, en la Plaza de la Revolución «José Martí» a propósito de un multitudinario acto del pueblo en que se aprobó la 1ª Declaración de La Habana en septiembre del 60 y en la denuncia ante las Naciones Unidas y en su condición de 1er Ministro del gobierno revolucionario, sobre la situación de la base naval de Guantánamo, ocupada ilegalmente por el gobierno de los Estados Unidos en la isla. Se trata, como bien refleja, de una lectura muy personal, interpretativa de cada gesto, de cada color, de cada símbolo, resaltando su traducción como revolución, hidalguía, liderazgo…

No pocos ejemplos de esos años servirían ahora para mostrar los servicios prestados por don Ezequiel a aquella Revolución que se batía a pecho descubierto por el futuro. En 1961 ya le era reconocida aquella postura que patentiza a propósito del «Mensaje de la Liga Argentina por los derechos del Hombre ante la Conferencia Latinoamericana por la soberanía nacional, la emancipación económica y la paz» realizada en México en 1961 y que justamente se dedicaba a Cuba.

En el texto, escrito a poco menos de un mes de la invasión mercenaria por Playa Girón, don Ezequiel vuelve a la cuestión de la inserción de la Revolución cubana en el proceso emancipatorio de América Latina. Expresa su satisfacción personal de que el tema central de la conferencia sea la Revolución cubana, con la cual, dice, se habían manifestado solidarios 10.000 adherentes y simpatizantes de dicha Liga.

Más adelante se manifiesta en relación con lo que representa Cuba para los demás pueblos latinoamericanos:

> (…) la Revolución cubana, que ha planteado de manera inequívoca y en términos categóricos de rebelión, cuál es la verdad de nuestro estado, las rémoras de nuestro atraso, el manantial oculto de nuestras tribulaciones y el obstáculo insalvable a nuestro progreso (Martínez Estrada, 1963: 61)[10].

Es también en su visión la constatación de que es posible superar ese estado de cosas, de ahí que en varias ocasiones se refiriera a Cuba como ejemplo de que en la Argentina y en otros pueblos es posible levantar un gran movimiento de liberación.

Aborda en igual documento los entretejimientos de la dominación y los límites a la soberanía, así como las agresiones que vive la Isla en virtud de lo cual enfatiza:

> La Liga argentina por los derechos del hombre desea vehementemente que la Conferencia latinoamericana de México halle la forma de unir la voluntad y la acción de los pueblos del continente para obtener la soberanía nacional, la emancipación económica y la paz de las naciones hermanas (Martínez Estrada, 1963: 72).

Tiempo después, a comienzos de 1962, esta vez poco antes de que la rebelde Isla fuera expulsada de la Organización de Estados Americanos (OEA), expondría su prestigio e influencia en un mensaje enviado a los estudiantes argentinos que participarían en la Conferencia de los Pueblos representando a la Federación Universitaria de su país llevando a la Revolución cubana como parte de su mensaje. A estos los exhorta a continuar la solidaridad pues dice que en esta hora

> Cuba es el portaestandarte de las reivindicaciones sociales, la voz vibrante de la nueva ciudadanía, el brazo fuerte de los derechos de las naciones a ser tratados con respeto y equidad (Martínez Estrada, 1963: 85)[11].

Fundamenta el lugar de Cuba en Latinoamérica y la importancia de su presencia tanto en la OEA como en la Organización de Naciones Unidas (ONU) para la defensa del respeto a los pueblos.

Esa defensa de Cuba partía no solo de las vivencias del momento, de lo que representaba el proceso cubano para la emancipación de los latinoamericanos. También de una mirada profunda de lo que es Cuba, del por qué de su Revolución, de la nación. Pocos como don Ezequiel han podido aquilatar la pertinencia que tiene para el caso cubano aquello que él denominara como «Los poderes insospechados de las fuerzas morales». (Martínez Estrada, 1963: 7).

En el descubrir de la eticidad de lo cubano, o de «ese sol del mundo moral» como diría Cintio Vitier, se ubica su encuentro con Martí, sobre el cual como antes se refirió, había considerado escribir desde antes del 59, si bien fue la Revolución quien le dio el impulso final. Y lo define en principio y ante todo como un *revolucionario*. También con el poeta nacional de Cuba, Nicolás Guillén, de cuya obra hace un análisis tremendo especialmente enfocado en su aporte, desde el punto de vista ético, a «lo cubano» (Martínez Estrada, 1974: 71-9).

Es justamente ese componente moral de la cubanidad el hilo conductor de toda su valoración a través de las analogías que establece entre ella y su otredad en lo español o lo estadounidense desde el siglo XIX. Desde José de la Luz y Caballero, hasta el poeta Juan Clemente Zenea, José de la Concepción Valdés (Plácido), Luisa Pérez de Zambrana, Gertrudis Gómez de Avellaneda, José María Heredia, José Martí y otros tantos.

Tres dimensiones de la Revolución cubana son particularmente analizadas por el escritor argentino, las tres asociadas precisamente a especificidades y problemáticas de su fundamento histórico, de su formación nacional. En primer lugar considera clave tener en cuenta el papel de la Isla en la organización y afianzamiento de la conquista de Hispanoamérica a inicios del siglo XVI. En tal sentido cuenta la insularidad y el papel del Caribe en la encrucijada de su historia ligada a tres continentes, de Cuba como llave central en el escenario principal del tráfico de personas, productos y mercancías entre tres continentes, Europa, África y América. Pero también el lugar del *problema racial* en cualquier proceso emancipatorio que tuviera lugar en esa subregión tan particular.

Otra dimensión fundamental la señala en los factores dinámicos que intervinieron en ella, la Revolución, como propios de la historia. Cuenta muy especialmente en ese plano, el significado de la dependencia luego de la independencia política respecto a España y el parteaguas del 98, así como la conciencia de los cubanos de que sus sacrificios habían sido usurpados y que una revolución es mucho más que un cambio de régimen político.

La tercera de esas dimensiones, que en definitiva se articula inevitablemente con las otras dos, es la índole de su pueblo y el significado que tiene el haberse formado en una cultura de resistencia en pos de la independencia, elemento imprescindible para poder entender y explicar la nacionalidad, la nación y la revolución cubanas. Don Ezequiel lo comprende y resalta en las diversas expresiones que dicha cultura porta desde el siglo XIX. Especialmente en lo que respecta a las guerras por la independencia en tanto impulsoras de la nacionalidad, la integración del pueblo cubano y la transculturación.

Sobre la base de esa percepción realiza un recorrido en tiempo largo desde la conspiración de Aponte en 1812 al Moncada en 1953, destacando la Revolución como un proceso ‹‹continuo, interior y orgánico›› que hace crisis en determinados momentos y con diferentes programas reivindicativos. (Martínez Estrada, 1963: 27) Dentro de ese análisis resalta el factor unidad, su significado en la formación de ese pueblo y esa nación y lo que dentro y para ella han significado históricamente el Partido Revolucionario Cubano fundado por Martí, en 1892.

Hay una comprensión cabal de la profunda herida cubana cuando don Ezequiel refiere las luchas sucesivas contra el dominio español primero y el de los Estados Unidos luego, siempre contra los gobernantes locales que hacían el juego a la dependencia y la tiranía. Refiere así algo que es consustancial a la definición del pueblo cubano, de su naturaleza, en el sentido de que se forma contra los explotadores de fuera y que ese sistema de contradicciones de larga duración articula consensos y una vocación unitaria a lo largo de su historia.

Es ese encadenamiento y contradicción de tiempo largo donde se van distinguiendo incluso las complejidades de la propia Revolución, sus

alcances y sus límites. Así, por ejemplo, cuando dice que Estados Unidos no empuja a Cuba al socialismo, como entonces se decía y a veces en debates posteriores se ha repetido, sino que Cuba llega al socialismo porque es la forma política económica más racional y equitativa, viabiliza la recuperación del patrimonio por el pueblo e implicaba una ruptura con la dependencia respecto a los Estados Unidos para Cuba, está tocando una de las esencias fundamentales de la nación y de la Revolución cubana hasta hoy.

O igualmente cuando penetra en una de las polémicas internas más enconadas de aquellos años iniciales de la Revolución, en relación con el papel de los intelectuales y su posicionamiento dentro del proceso, en tanto revolución misma en todos los sectores y ámbitos de la sociedad cubana.

Proceso que tuvo un punto de encuentro marcante respecto a la política y el decursar de ese relacionamiento a veces conflictivo y doloroso, en las famosas «Palabras a los intelectuales» de Fidel Castro, a mediados de 1961. (Castro Ruz, 1980: 10)[12]. Su anclaje en este espinoso caso vuelve a ser Martí pues para él la Revolución estaba en condiciones de habilitar el ideario cultural martiano en el proceso, con todo lo cual se introdujo de lleno en la polémica, en uno de los más candentes temas de esos años y del futuro «(...) el problema de la cultura como elemento vital y esencial de la sociedad (...)» (Martínez Estrada, 1963: 138).

Con su apreciación al respecto no todos coincidieron necesariamente en su momento —y con razón— pues tal vez algunas otras lecturas y un acercamiento más directo a los riquísimos debates de esos días entre la dirección de la revolución naciente y los intelectuales, le habrían dado una visión más ponderada. No por ello, sin embargo, deja de ser su auténtica y personal visión del asunto, al contemplar aquellos elementos que considera los más importantes obstáculos a las sugerencias que hace Fidel en aquel planteo a los intelectuales centrado en la histórica frase «Dentro de la Revolución todo, contra la Revolución ningún derecho». Entre ellos los cambios y aperturas de la Revolución para la creación intelectual y sus límites, la complejidad del tema, las particularidades de la Revolución cubana y la necesidad de enfrentarse a muchos problemas al mismo tiempo, la complejidad de la libertad de contenido en la creación, la preocupación de

si la Revolución asfixia o no el espíritu creador y la compleja relación entre lo individual y lo colectivo.

En su percepción hay una ida y vuelta constante en el hecho cubano a la impronta de Martí. Por eso para explicar la naturaleza y el trasfondo de la Revolución como utopía, como proyecto de nación se basa en el Apóstol cubano.

Esos elementos de base explican en su más amplia y profunda comprensión su pensamiento si se quiere conclusivo en aquel momento:

> La Revolución cubana es (...) como hecho concreto el más importante en el proceso de su propia historia y también de la historia de la independencia de los pueblos americanos. Se produjo, se mantiene y se desarrolla de acuerdo con factores metabólicos integrantes de la misma historia cubana auténtica (...). Se gestó en las entrañas de la nación entera (...) una revolución social, total y radical. Hay que aceptarla como lo que es y juzgarla en consecuencia (...) (Martínez Estrada, 1963: 43).

Y otra vez don Ezequiel nos trae a la larga duración para sopesar en la formación cubana, fenómenos metabólicos como el contrabando, la raza, los componentes humanos, la cultura de resistencia, la continuidad de un proyecto y una filosofía política, una doctrina moral y finalidad económica que en su esbozo coloca desde un Carlos Manuel de Céspedes, prócer que dando la libertad a su esclavos proclamara el inicio de la guerra por la independencia y la abolición de la esclavitud el 10 de octubre de 1868, y un Martí en pleno apogeo de su lucha y gloria para Cuba y Nuestra América, ciclo todo que en su visión se corona con el fenómeno del 59.

Hay además un destaque que pareciera no solo dirigido a los latinoamericanos sino a los cubanos de su tiempo muy especialmente, en el sentido del significado que el proyecto de la Isla tiene para el resto de América Latina. De ahí que explicite las aportaciones de la Revolución en tanto fenómeno sociopolítico, económico y social en América Latina. De ahí su expresión de que con ella «(...) se consuma y se sostiene por primera vez en América una Revolución integral (...)» (Martínez Estrada, 1963: 36).

En tal sentido se detiene incluso en un segmento solo para explicar los «efectos derivados de la Revolución» y establece una conexión que parte de destacar las particularidades de Cuba y sus enlaces permanentes pero muy específicos en relación con la trayectoria latinoamericana, léase en el sentido de la dependencia, la frustración de la revolución a fines del siglo XIX, el estreno del neocolonialismo, la colonia viviendo en la república y el papel de las oligarquías. (Martínez Estrada, 1963: 38-47). Es su más extraordinario aporte a la visión de la regularidad y especificidad de la Revolución cubana en la historia de los procesos emancipatorios de América Latina y el Caribe.

Corolario

Una de las particularidades más notorias que no escapa por lo general a quienes se interesan por la Revolución cubana, es que ha sido un fenómeno que históricamente ha provocado grandes pasiones, de modo que por lo general se le apologiza o se le sataniza. Es realmente difícil encontrar visiones ponderadas.

Don Ezequiel Martínez Estrada se comprometió con la Revolución cubana, puso su alma, espíritu y prestigio en función de su defensa, pero no asumió ni proyectó una visión idílica de ella. Con eso ayudó más a que se le comprendiera y respetara. La Revolución cubana es lo que es y hay que aceptarla tal cual, no como quisiera alguno, amigo o enemigo, que fuera. Esa fue la visión y postura del argentino, porque rescataba del proceso, para definir su postura, la esencia, el valor indiscutible de emprender un proyecto de esa envergadura en Nuestra América.

En ocasión del 2º Congreso Internacional sobre la vida y obra de Ezequiel Martínez Estrada efectuado en esta misma ciudad argentina de Bahía Blanca en 1996, la presidenta del congreso y de la Fundación Ezequiel Martínez Estrada, Dra. Nidia Burgos, afirmaba:

> Los próximos 100 años no serán de soledad porque así como en Cuba vi que en manos de niños florecían los recuerdos de José Martí en el centenario de su muerte, si en estos tres días (...) logramos esclarecer en

> la exégesis el pensamiento de Ezequiel Martínez Estrada, seguramente nuestros niños amarán a este hombre (Burgos, 1996).

Como cubana intelectual y martiana que creció honrando a Martí y continúa haciéndolo, dejo mi gratitud y pequeño servicio a ese empeño de multiplicar la obra y el conocimiento que desde las múltiples dimensiones cultivó, vivió y merece el *Don Ezequiel* de los cubanos.

Bibliografía

AA. VV. *De Einsenhower a Reagan. La política de Estados Unidos contra la Revolución cubana*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1987.

Arboleya, Jesús. *La contrarrevolución cubana*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1997.

Boch, Juan. *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial.* La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 2003.

Diez Acosta, Tomás. *La guerra encubierta contra Cuba. Documentos desclasificados de la CIA*. La Habana: Editora Política, 1997.

Fernández Retamar, Roberto; Martínez Heredia, Fernando y otros. *Los caminos del Che*. Buenos Aires: DIRPLE, 1998.

Fornet, Ambrosio. *Narrar la nación*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2011.

García González, Ivette. *La Habana: tiempo de conflictos*. La Habana: Verde Olivo, 1998.

Guanche, Julio César. «El camino de las definiciones. Los intelectuales y la política en Cuba: 1959-1961». *Temas*, n.° 45, La Habana, enero-marzo, 2006.

López Civeira, Francisca; Loyola Vega, Oscar y Silva León, Arnaldo. *Cuba y su historia*. La Habana: Félix Varela, 1997.

Martínez Estrada, Ezequiel. «La poesía afrocubana de Nicolás Guillén». *Nicolás Guillén*, Casa de las Américas, serie valoraciones múltiples, 1974

Martínez Estrada, Ezequiel. *En Cuba y al servicio de la Revolución Cubana*. La Habana: Unión, UNEAC, 1963.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Martí revolucionario*. La Habana, Casa de las Américas, 1967.

Ortíz, Fernando. «Los factores humanos de la cubanidad». En Almazán del Olmo, Sonia y Serra García, Mariana (Comps.). *Cultura cubana. Colonia*. Parte 1, La Habana: Félix Varela, 2006.

Ortíz, Fernando. «Del fenómeno social de la transculturación y de su importancia en Cuba». *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1963.

Primer Congreso Internacional sobre la vida y obra de Ezequiel Martínez Estrada, a propósito de los 60 años de Radiografía de la pampa. Bahía Blanca, Fundación Ezequiel Martínez Estrada, 1995.

Segundo Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada. Actas. Bahía Blanca, Fundación Ezequiel Martínez Estrada, 1996.

Sebreli, Juan José. *Martínez Estrada: una rebelión inútil*. Buenos Aires: Catálogo, 1986.

Torres-Cuevas, Eduardo. «En busca de la cubanidad». *Debates Americanos*, La Habana, parte I, n.° 1, 1995; parte II, enero-junio de 1996 y parte III, n.° 3, enero-junio de 1997.

Vitier, Cintio. *Ese sol del mundo moral*. La Habana: Félix Varela, 2006.

NOTAS

1 Se refiere a la clásica definición de Fernando Ortíz parte de cuya síntesis enfatiza en lo dicho y que en detalle puede verse en el trabajo de su autoría titulado: «Los factores humanos de la cubanidad». En Almazán del Olmo, Sonia y Serra García, Mariana (compiladoras). *Cultura cubana. Colonia*. Parte 1, La Habana: Félix Varela, 2006, pág. 110. Fue publicada originalmente en la *Revista Bimestre Cubana*, n.° 2, vol. XLV, La Habana, marzo-abril de 1940.

2 El vapor francés «La Coubre» traía armas procedentes de Bélgica para el Ejército Rebelde. En dicho sabotaje terrorista murió un centenar de personas y más de 200 resultaron heridas en el área del puerto de La Habana. En el sepelio de las víctimas al día siguiente, 5 de marzo, uno de los actos masivos más impactantes en la historia de la revolución es cuando Fidel Castro pronuncia la histórica frase. Es también cuando nace, del lente y la cámara de Korda, la histórica y mundialmente conocida foto del Che resultado de un lente disparado por efecto del impacto de su mirada desde la tribuna. Más detalles en Colectivo de autores*: De Einsenhower a Reagan. La política de Estados Unidos contra la Revolución cubana*. La Habana: Ciencias Sociales, 1987, pág. 35.

3 Luego de esa primera ocasión de apenas unos días, volvió para residir durante dos años trabajando en la propia institución que lo había premiado (Casa de las Américas) junto a Haydeé Santamaría Cuadrado, presidenta de dicha institución y una de las heroínas cubanas sembrada entrañablemente en el pueblo cubano, particularmente en la intelectualidad y la cultura de la Isla.

4 Fernández Retamar, Roberto. «Desde el Martí de Ezequiel Martínez Estrada». Conferencia leída por la Dra. Adelaida de Juan de Fernández Retamar, en el *1er. Congreso Internacional sobre la vida y obra de Ezequiel Martínez Estrada a propósito de los 60 años de* Radiografía de la pampa. Bahía Blanca, Argentina, Fundación Ezequiel Martínez Estrada, 1995.

5 Es la más objetiva explicación a la evolución y actuación de Ezequiel Martínez Estrada durante los últimos años de su vida, contraria a la visión que algunos de sus principales detractores han pretendido difundir, como ocurre con Juan José Sebreli y que aparece bien detallado en su libro: *Martínez Estrada: una rebelión inútil.* Buenos Aires: Catálogo, 1986.

6 Más detalles sobre estos elementos que caracterizan la formación nacional cubana y particularmente la transculturación que tipificara Fernando Ortíz, pueden encontrarse en su trabajo: «Del fenómeno social de la transculturación y de su importancia en Cuba». *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. La Habana,

Consejo Nacional de Cultura, 1963, págs. 98-104. Igualmente en el trabajo de Eduardo Torres-Cuevas. «En busca de la cubanidad». *Debates Americanos*, La Habana, parte I, n.° 1, 1995; parte II enero–junio de 1996 y parte III, n.° 3, enero-junio de 1997.

7 La visita de Fidel Castro en abril de 1959 a los Estados Unidos. se produce por invitación de los directores de periódicos de Washington. El breve encuentro con el entonces vicepresidente, Richard Nixon, fue suficiente para que este ordenara armar en el acto una fuerza de exiliados cubanos para derrocar a Castro. Más detalles en Fidel Castro: Entrevista en el programa «Meet the press», Washington, el 19 de abril de 1959, en *Prensa Libre*, 21 de abril de 1959, pág. 1. Detalles sobre las tácticas y planes de la CIA así como de la con-trarrevolución interna pueden consultarse en la obra de Ivette García González. *La Habana: tiempo de conflictos*, La Habana: Verde Olivo, 1998. Jesús Arboleya. *La contrarrevolución cubana*, La Habana: Ciencias Sociales, 1997. Y Tomás Diez Acosta. *La guerra encubierta contra Cuba. Documentos desclasificados de la CIA*. La Habana: Política, 1997.

8 El Programa del Moncada constituye parte del alegato de autodefensa de Fidel Castro durante el juicio al que fuera sometido luego de los asaltos a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes en Santiago y Bayamo respectivamente, el 26 de julio de 1953.

9 Ezequiel Martínez Estrada. «Che, capitán del pueblo» es uno de los textos que se incluyeron en el volumen de Roberto Fernández Retamar, Fernando Martínez Heredia y otros. *Los caminos del Che*. Buenos Aires: Dirple, 1998.

10 Don Ezequiel fue designado representante de la Liga ante la Conferencia y como no pudo asistir envió el mensaje. El texto lo escribe don Ezequiel el 5 de marzo de 1961, el 17 del siguiente mes se efectuaría la invasión mercenaria de la Brigada 2506 financiada y entrenada por el gobierno de los Estados Unidos para destruir por la fuerza la Revolución cubana. Se publica originalmente en *Lunes de Revolución*, el 10 de abril.

11 El Mensaje a los estudiantes argentinos fue escrito el 28 de enero de 1962.

12 Un análisis muy bien logrado sobre este tema ha sido realizado por Julio César Guanche. «El camino de las definiciones. Los intelectuales y la política en Cuba: 1959-1961». *Temas*, n.° 45, La Habana, enero-marzo, 2006, págs. 106-113.

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 403-420.

CROMOSOMAS HISTÓRICOS: UNA LECTURA DE MARTÍNEZ ESTRADA SOBRE LA UTOPÍA DE TOMÁS MORO Y LA ISLA DE CUBA

Elena Torre, Laura Rodríguez
Universidad Nacional del Sur

... Y por eso, hizo isla su idea[1]

Planteamiento del tema

Hace cincuenta años se publicaba en México DF el artículo de Ezequiel Martínez Estrada titulado *El Nuevo Mundo, la Isla de Utopía y la Isla de Cuba*, también en 1963 y desde la ciudad de La Habana, salen a la luz las obras de su autoría: *Cuba y al servicio de la revolución cubana* y *El verdadero cuento del Tío Sam*. Un año antes, tomaba forma de libro *Diferencias y semejanzas entre los países de América Latina*, texto resultante del seminario que Martínez Estrada dictara en 1959, en el Instituto de Ciencias Políticas de la UNAM. Tiempo más tarde y de manera

post mortem, fueron editadas sus obras: *Mi experiencia cubana* (El Siglo Ilustrado, Montevideo, 1965), *Martí: El héroe y su acción revolucionaria* (Siglo XXI, México, 1966), *La Poesía Afrocubana de Nicolás Guillén* (Editorial Nacional de Cuba, Casa de las Américas, La Habana, 1966) y *Martí Revolucionario* (México, tomo III, 1966. Tomo I, Casa de las Américas, La Habana, 1967), «… la tarea de mayor envergadura que acometió (…) quizás en toda su vida», según la autorizada opinión de Roberto Fernández Retamar (Fernández Retamar, 1995: 48)[2].

Esta breve enunciación de las obras estradianas de los años sesenta —y que no se agota con sus trabajos publicados, ya que la Fundación Ezequiel Martínez Estrada custodia materiales inéditos a ser investigados— tiene por objeto ubicar al autor en su contexto de producción. El último lustro de la vida de Don Ezequiel fue atravesado por la *estructura de sentimientos* (Raymond Williams) que irrumpe y define con carácter epocal a la etapa nuestroAmericana que se inicia en 1959 con la Revolución Cubana.

> Las condiciones objetivas (para la revolución) están dadas en toda América —pronunciaba Ernesto Che Guevara en mayo del 62— No hay país de América donde no estén, en este momento, dadas al máximo. Las condiciones subjetivas, sin embargo no han madurado en todos los países con igual intensidad —y agregaba— Nosotros llamamos condiciones subjetivas a la conciencia de la necesidad de un cambio en una situación social dada y a la certeza de la posibilidad de ese cambio… (Guevara, 1997: 99).

Ezequiel Martínez Estrada fue uno de los escritores argentinos que se sintió fuertemente interpelado por esta experiencia ruptural. Como él, gran parte de la comunidad intelectual latinoamericana se valió de la palabra para contribuir al desarrollo de las condiciones subjetivas de la revolución; el discurso crítico se convirtió en una forma de insurrección permanente que movilizaba la voluntad de cambio. (Rodríguez-Torre, 2010: 199).

En el caso de nuestro autor, podríamos señalar un momento previo de inmersión americanista de su pensamiento, que inmediatamente decanta

en su ciclo cubano. Así como el año 59 se constituye en el registro epocal para el contexto Americano, también esa fecha supuso en la trama vida de Don Ezequiel, cambios, apertura y recomienzos. Luego de una breve estancia en Chile, Martínez Estrada es recibido en la Universidad Autónoma de México para participar de la puesta en marcha del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA). Junto al Dr. Pablo González Casanova, tuvo a su cargo el discurso de inauguración del nuevo instituto, en el cual impartió un seminario sobre las problemáticas históricas y contemporáneas de América Latina[3]. Siguiendo la opinión de Gregorio Weinberg:

> … esta instancia significó un momento revelador en su evolución intelectual (…) cuando se traslada a México y a Cuba, su penetrante don de observador se vuelve hacia América Latina (…). Sensibilizado políticamente por diversos acontecimientos, amplía en forma decidida el horizonte de sus intereses y preocupaciones: comienza una nueva etapa. En este sentido nos permitimos anunciar una hipótesis: *Diferencias y semejanzas entre los países de América Latina* es un notable esfuerzo de acumulación y organización de conocimientos sobre nuestro Continente, al servicio de otro objetivo (Weinberg, G., 1995: 68).

Aceptando tal hipótesis, podríamos arriesgar que el objetivo disruptor y constructivo en su sistema de ideas fue la revolución Cubana y la consustanciación de Martínez Estrada con la causa histórica y política, desde la proyección martiana.

Ha sido detalladamente estudiada por especialistas la relación de compromiso que asume Martínez Estrada, con la política cultural de la revolución y, en particular, con el Centro de Estudios Latinoamericanos de Casa de las Américas[4]. No obstante, queremos remarcar la importancia del año 1959 en la vida de don Ezequiel en tanto es el momento hacedor de su encuentro con Cuba, propiciado por el Dr. Roberto Fernández Retamar, a quien lo unió un cariño filial hasta sus últimos días. Entendiendo que el espíritu que impulsa a la cátedra Martí- Martínez Estrada[5], de la cual formamos parte, es la investigación y socialización del pensamiento y obra

de ambos en su concreta dimensión histórica, nos permitimos transmitir el testimonio de ese acercamiento que en primera persona, y en este mismo ámbito, nos brindara hace veinte años su protagonista: Don Fernández Retamar:

> … la vorágine sobrevino como un trueno al romper en 1959, y no sólo iba a alterar mi vida, sino también (…) la de Martínez Estrada, quien tenía entonces sesenta y cuatro años, al lado de mis veintiocho. Aquel 1959 se funda en Cuba (…) la *Nueva Revista Cubana*, cuya dirección pasó de las manos sabias de mi fraterno Cintio Vitier, (…) a las inexpertas mías. En calidad de director de la revista le escribí a Martínez Estrada, y recibí de él una respuesta fechada en Viena el 29 de julio de 1569, la cual iniciaría una cálida correspondencia sólo interrumpida por su muerte, y una relación personal que *me* alimentó como pocas, y siento que nada ha detenido. (…) Lo invité en 1959 a ir a Cuba, lo que al cabo hizo en 1960, cuando obtuvo el Premio Casa de las Américas, inicialmente por unos días, y luego por dos años, para trabajar con la legendaria Haydee Santamaría en la institución que lo había premiado, y de la que yo mismo formaría parte después de la muerte de aquél, con lo mucho que me hubiera satisfecho colaborar con él allí, como ambos queríamos y el azar no permitió (Fernández Retamar, 1995: 45).

Desde ese momento iniciático, Martínez Estrada se compenetra con las medidas de la primera etapa de la revolución

> … y decide unir su vida a la causa tan antigua y tan nueva de la revolución en Cuba, a sus esperanzas, labores, dificultades, caídas y riesgos, frente a los cuales no fue nunca neutral ni aquiescente (Fernández Retamar, 1995: 47).

Completando esta valoración, creemos que en la afirmación del escritor y crítico cubano Ambrosio Fornet, posiblemente confluyan todas las opiniones que dan cuenta del compromiso y praxis asumida por el autor argentino en tales circunstancias históricas:

> Don Ezequiel Martínez Estrada ha sido el único intelectual extranjero que ha escrito sobre la Revolución como lo podía haber hecho un cubano: fragmentariamente, a manotazos, comprometido con ella hasta la médula, con furia y esperanza, un poco perplejo ante su complejidad, estimulado y abrumado al mismo tiempo por la responsabilidad que significa erigirse en su ideólogo (Fernández Retamar, 1995: 48).

La consideración de ideólogo de la revolución, al menos para un sector referencial de los mismos protagonistas, en su condición de extranjero recién llegado a la isla e internamente transformado o transfigurado por una realidad situada, complejiza nuestra reflexión en torno a pensar a Martínez Estrada a partir dicha perspectiva.

Desarrollar las contribuciones que efectuó desde ese lugar es una tarea que excede las posibilidades de este trabajo. No obstante, el tema queda planteado y tomando como supuesto esa idea, nos interesa indagar en su obra *El Nuevo Mundo, la Isla de Utopía y la Isla de Cuba* cómo utiliza el concepto acuñado por Tomás Moro en el Siglo XVI como recurso hermenéutico, para fundamentar que el sentido y la cristalización del proyecto revolucionario cubano se hallan en la historicidad constitutiva de América. Siguiendo esta hipótesis de trabajo, procuraremos una lectura políticamente valorativa del texto que nos permita acercarnos a la comprensión del gesto e intencionalidad disruptiva de Martínez Estrada a través de Tomás Moro. Por último, trataremos de demostrar que esta obra —desde nuestro punto de vista— representa la expresión de la originalidad de la revolución según la interpretación estradiana, en tanto sitúa a las condiciones de la revolución en un *ethos* americano-cubano, originarias y existentes en los *cromosomas históricos*[6] de América.

Pensar a América como Utopía

Es sabido que Tomás Moro en su obra *Sobre la mejor condición del estado y sobre la nueva isla Utopía*, (1516), crea el término *Utopía* que literalmente significa *lo que no está en ningún lugar*. Su sentido es el de una sociedad

modélica, ideal, que se supone alcanzable, pero de difícil realización (Nieto-Gordillo, 2007: 153). El término se asocia al género literario iniciado a fines del Renacimiento y seguido por Tomasso Campanella (*La imaginaria ciudad del Sol*, 1623) y Francis Bacon (*La Nueva Atlántida*, 1624). Entendemos que la voz utopía no designa solo un género literario, sino más bien un modo de pensar, que se materializa en una representación estética. En tal sentido, remite a un cuerpo de ideas que conforma un sistema de pensamiento y que conlleva como intencionalidad —explícita o no— modificar un estado de cosas, independientemente de la probabilidad práctica de su concreción. (Fernández–Barbosa, 1996: 322). Para el investigador Karl Mannheim:

> La mentalidad utópica presupone no solamente estar en contra-dicción con la realidad presente, sino también romper los vínculos con el orden existente. No se trata sólo de un pensamiento y menos de una fantasía (…) es una ideología que se realiza en la acción de ciertos grupos sociales (Maffey, 1982: 1618).

Más allá del debate en torno a esta y a las demás definiciones de utopía que anteriormente señalamos, nos apoyamos en ellas para analizar el texto de Martínez Estrada, porque creemos encontrar el sustrato de la intencionalidad del autor con su obra.

Podemos afirmar que la presencia de la utopía es una de las variables estructuradoras del proyecto *Ser de América*. En tal sentido, Hugo Biagini expresa:

> La unidad y la especificidad latinoamericana constituyen dos de las preocupaciones esenciales de nuestro discurso utópico, como variante alternativa de un ordenamiento innovador, distinto al establecido. La misma utopía ha de erigirse en el *leit motiv* del pensamiento continental (Biagini, 2004: 51).

Sin abundar en el riquísimo corpus desarrollado por el arco intelectual que ha construido conocimiento desde la utopía de América, resulta

imposible dejar de mencionar los planteos y las contribuciones teóricas de Pedro Henríquez Ureña en la década del 20[7], como así también reconocer los estudios que sobre el tema efectuara Félix Weinberg en la década del 70 para el caso argentino y entre la década del 90 y los primeros años del nuevo siglo, los aportes de Fernando Aínsa, Arturo Roig, Horacio Cerutti Gulberg y Hugo Biagini, entre otros[8].

Vale señalar que el contexto del Bicentenario de las revoluciones de independencia hispanoamericana, renovó el impulso de pensar la emancipación en clave de perspectiva utópica.

Si aceptamos la dimensión fáctica de la utopía americana y entonces reconocemos en el movimiento libertario de Tupac Amarú, (1780-1781), la primera utopía para sí y a la revolución de Haití de 1804, como la primera utopía de igualdad (Nieto-Gordillo, 2007: 158) podríamos situar a la revolución cubana de 1959, como la gran utopía originaria continental. Entendemos que éste es mensaje que procura expresar Martínez Estrada. Siguiendo la propuesta de Arturo Roig podríamos considerar que el autor que estamos analizando es uno de los pensadores que descubre —desde su propio razonamiento— la *función utópica*[9] en el sentido de nuestra América martiana.

La perspectiva utópica en Martínez Estrada

Si rescatamos lo anteriormente expuesto: utopía como género literario, modo de pensar, sistema de ideas que contiene intencionalidad de cambio y hasta ruptura con el orden existente; ideología de acción de grupos sociales, entendemos que estamos en condiciones de señalar que Martínez Estrada conocía bien la potencia implícita en el género y que recurre a la utopía como dispositivo ideologizante.

Al intentar definir un rasgo que caracteriza a la visión de Martínez Estrada, desde el ensayo hasta su ciclo cubano, es el ángulo excéntrico desde donde focaliza la realidad y la toma de posición que el autor asume del universo que lo rodea (Torre-Arias, 2005: 157). Desde esa mirada excéntrica direcciona la utopía como modo de pensar, en su construcción

están presentes las influencias de Moro y los humanistas, sino también de Pedro Henríquez Ureña (que él mismo cita en la obra que analizamos), como así también un antecedente de su propia producción intelectual: *La Tierra Purpúrea.* Este curioso proyecto que elabora en el año 1956, alude a la creación —en clave utópica— de una república libertaria, federal y representativa en el territorio rioplatense (Argentina y Uruguay) «… la pampa y en la penillanura, o sea, geográficamente en el `hábitat del gaucho´». (Burgos, 1995: 122)[10].

Resulta interesante este documento como ejercicio intelectual estructurador de ideas que organiza el autor, conforme a sus propios procesos. Coincidimos en valorar este aporte como nexo en el desarrollo ideológico de Martínez Estrada, que liga a la tierra utópica de Moro con la Cuba de Martí y la cristalización de ambas en la Cuba que nace en 1959.

El medulosos análisis de Cintio Vitier respecto al abordaje de Martínez Estrada sobre Martí interpela nuestro interés por indagar acerca de los registros intelectuales del escritor argentino y sus desplazamientos de los modelos hermenéuticos del canon. Según Vitier, la peculiaridad del enfoque estradiano reside en el tratamiento crítico y sólidamente metodológico de la dimensión hagiográfica, aplicada a los atributos y vida de José Martí en su obra *Martí Revolucionario*.

> La 'valoración religiosa' en el carácter de Martí –señala el propio autor– es indispensable, siquiera sea como instrumento auxiliar o hipótesis de trabajo (…). Prescindir de la intelección sagrada (…) para entender a las grandes personalidades que, efectivamente elevan el nivel humano en determinadas épocas (…) es obedecer demasiado estúpidamente al 'Pensar las cosas', al pensar materialista y positivista (de mediados del Siglo XIX) (Martínez Estrada en Vitier, 1995: 58).

La afirmación de Martí como arquetipo mítico y la lectura de su biografía como mitologema (Vitier, 1995: 59) resultan significativas para comprender la intencionalidad que subyace en el texto que estamos analizando. En la obra dedicada a Martí, es Martínez Estrada quien explica su acción de «… operar con símbolos, vale decir, etimológicamente, con equivalencia de las

cosas». La misma, supone poseer una «indispensable elasticidad mental» (Vitier, 1995: 59) que —entendemos— estaría en la misma lógica con la que también utiliza el discurso utópico como recurso para construir otro tipo de relación con la realidad, a partir de un mecanismo de «pensar por imágenes» (Vitier, 1995: 65).

La Utopía de Tomás Moro según Martínez Estrada

Tomas Moro denomina *Utopía* a una isla de la que ha tenido noticias por viajeros. La voz utopía se vuelve realidad material, que a nuestro juicio abre el campo de lo conjetural y de lo verosímil. Estos dos órdenes tienen la potencialidad política de impugnar las formas habituales que hay de mirar y de decir lo que hay en este mundo.

La *Utopía* concretizada como isla rehúsa que su sentido se cifre solo en lo que *no tiene lugar*. En el texto de la carta de Tomás Moro a Pedro Egidio (Utopía 1517), el filósofo prefigura el lector de su obra: No es un lector agudo el que se pone a dudar de si la cosa es de verdad o pura fantasía. La verdad en *Utopía* no pertenece al registro de la fantasía, si por ella se entiende una fábula, esto es, el discurrir de una verdad que tiene la textura de la miel, que afecta sin que note, sino la textura de un relato renuente a la perfección y pletórico en barbarismos: Martínez Estrada se constituye como lector político, por ello afirma que es una obra *más audaz que imaginativa,* y en una mirada retrospectiva, se detiene en aquel horizonte epocal y destaca la perplejidad de los sectores dominantes mediante la siguiente comparación:

> Es muy curioso que la revolución cubana , 1953-1858, dé a *Utopía* base para una nueva correlación entre la utopía socialista de los precursores románticos y la realidad marxista-leninista, frente a la cual el gobierno y las clases co-gobernantes de los Estado Unidos se encuentran en una perplejidad semejante a la de un landlord que leyera la Utopía en 1516 (Martínez Estrada, 1963: 26).

Martínez Estrada declara el cumplimiento de la utopía en la isla de Cuba; lee la obra de Moro como la anticipación de una matriz ético-política que también recoge en los escritos de José Martí: ambos pensadores pertenecen a la misma posición tectónica: Uno y otro comparten la misma contraposición. La Nueva Inglaterra es para Moro lo que Estados Unidos para Martí, quien mira a Cuba como la posibilidad de realización de un nuevo *ethos*:

> … él coloca en Cuba lo bueno y excelente, que concertaba con su ideal tipo de humanidad y sociedad (…) La isla de Cuba de Moro es la de José Martí, quien concibe en el último cuarto del siglo XIX una sociedad de libertad y justicia, trabajo y honradez muy semejante (Martínez Estrada, 1963: 32).

Moro escucha con atención las extrañas historias de viajeros que traen noticias de hombres que viven bajo el régimen de la propiedad colectiva: acerca de cómo allí se resuelve y se tramita la vida misma de forma que ésta siempre se potencie. Tanto en la voz de Moro como en la de Martí hay la afirmación de un socialismo telúrico, originario, que Martínez Estrada sitúa en las comunidades andinas. No obstante, las diferencias epocales obligan a reconocer que Martí, el apóstol, fue y es la antorcha de la revolución cubana, mientras que Moro —como lo señala Martínez Estrada— es un reformador, un funcionario de la monarquía inglesa contemporáneo al surgimiento de los *enclausure*, es decir al fenómeno de desterritorialización de los sectores más desfavorecidos y su posterior disciplinamiento como fuerza de trabajo en el capitalismo incipiente.

Demarcada aquella diferencia entre Moro y Martí; y si como se indicó más arriba Cuba representa el cumplimiento de la utopía, entonces el discurso utópico es un discurso en cierta medida profético, sin ser por ello una profecía. Es así como Martínez Estrada lee el texto de Moro, quien apoyándose en Quevedo afirma:

> En Moro hay una *antevisión*, como la llama Quevedo, de lo que habría de ocurrir más tarde en diversos lugares de la Conquista, donde los representantes de la Corona abusaban del poder (Martínez Estrada, 1959: 29).

En efecto el texto de *Utopía* advierte sobre los problemas que conlleva el desarrollo de las tiranías para la cristiandad, y en consecuencia se detiene y contrapone a la experiencia histórica europea, las formas comunitaristas de resolución de la vida.

A nuestro criterio el carácter anticipatorio reside también en la insularidad de *Utopía*, vale decir en su prescindencia de marcos de referencia temporales y geográficos: si bien esta ausencia de indicadores espacio-temporales pareciera impedir el establecimiento de líneas evolutivas, de cierta historicidad, el texto entendido como género y modo de pensar se ofrece por un lado como un modelo crítico hermenéutico de lo establecido, y por otro lado abre el campo de los verosímil, de aquello que es de una manera, pero podría pensarse de otra.

Desde el punto de vista crítico, el discurso utópico manifiesta una exterioridad radical respecto de lo real[11]. Pareciera entonces que la palabra, si ha de ser crítica debe poder encontrar oídos capaces de escucharla, puesto que planteada como consejos al monarca, como ley o modelo de regulación de la conducta se devalúa a sí misma, se vuelve huera o costosa para su enunciador.

La utopía como género oscila entre el vacío de significado para quien no puede escucharla y el destierro de su titular, entre la extrañeza de la burla y el exilio. La utopía como género requiere entonces de su migración. No se hospeda ni en Nueva Inglaterra, ni en Estados Unidos, y por lo tanto, tampoco en su propio tiempo[12]. En tanto campo de lo verosímil y de lo conjetural, el discurso utópico migra hacia otros tiempos: La revolución socialista de 1959, le permitió a Martínez Estrada regresar a Moro y a los humanistas y establecer un puente entre un comunitarismo telúrico volcado en papel y el socialismo real cubano.

En la consideración de Martínez Estrada, esta continuidad reclama como mediación la figura de Martí. José Martí un intelectual que a pesar de haber estudiado pensamientos provenientes de fuentes europeas y norteamericanas, recoge un *ethos* de igualdad y equilibrio en los elementos naturales de Nuestra América como matriz para pensar lo político en América. Precisamente, es por este gesto de volver la mirada hacia adentro, de buscar allí la ley y no en el pensamiento hegemónico, lo que convierte a su obra en una especie de correa de transmisión entre el pensamiento de Moro y de los humanistas y el socialismo real cubano. Martínez Estrada instala a través de esta mediación una Cuba que da cumplimiento al destino Nuestro Americano se ser una interpelación constante para el mundo entero.

Consideraciones Finales

Este trabajo tuvo como propósito presentar una lectura de la obra *El Nuevo Mundo, la Isla de Utopía y la Isla de Cuba*, bajo la intención de señalar algunas claves interpretativas que —esperamos— puedan contribuir al estudio del ciclo cubano de Martínez Estrada desde un enfoque integrador, vale decir, desde la búsqueda de respuestas, en la unidad de su producción.

Las reflexiones de Ambrosio Fornet en torno a pensar a Martínez Estrada —escritor argentino, exógeno—

> ... como un ideólogo de la revolución (...) que a los sesenta y cinco años empezó a poner a prueba sus ideas a la luz de la práctica revolucionaria y decide renunciar a todo un repertorio de ideas enmohecidas...,

motivaron nuestro interés por poner en diálogo al texto con esa perspectiva.

Estudiar —provisionalmente— a Martínez Estrada desde un posible lugar de ideólogo de la revolución, es una tarea tan arriesgada como interesante que excede a este trabajo. Sin embargo, al interrogar a *El*

Nuevo Mundo, la Isla de Utopía y la Isla de Cuba desde esa clave, podríamos dar cuenta que la intencionalidad del autor con su obra es demostrar que la Cuba que emerge en el 59 es genuina e inmanente al pueblo cubano, porque sus bases están en los elementos constitutivos de su esencia. La Utopía, pierde su carácter de Ucronía, según la construcción estradiana.

Homotaxis, juego de paradojas y tensión utópica[13] son categorías instrumentales que con gran destreza aplica para plantear *El Destino Manifiesto* de Cuba y Estados Unidos: mientras que el primero transita dialécticamente su elevación, el segundo atraviesa su decadencia. ¿Dónde hallar la razón de sendos procesos? ¿Cuál es su historicidad? La respuesta debe buscarse en la naturaleza de cada ser colectivo: en sus respectivos *cromosomas históricos.*

La Cuba de los taínos es la América profunda de Martí, y Martí es el epítome de la historia de Cuba/nuestra Americana. Ligadas en su pasado y proyectadas como utopía por la misma sustancia genética que Ezequiel Martínez Estrada resignifica.

Finalmente, la palabras de Ana Cairo que mejor representan a Don Ezequiel: «Ningún martiano —y mucho menos los martianos cubanos y del resto de América Latina— ha estado en momento alguno (ni aún hoy) exento de desbordamientos de pasión».

Bibliografía

Burgos, Nidia. «Un documento inédito de Martínez Estrada: la creación de otra Tierra Purpúrea, una república Libertaria, Federal y Representativa». *Actas. I Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada.* Bahía Blanca: Heligraf, 1995.

Cairo Ballester, Ana. «José Martí y la pasión por el mito de Ezequiel Martínez Estrada». *Actas. II Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada.* Bahía Blanca: Heligraf, 1996.

De Armas, Ramón. «De Facundo a Nuestra América en el Martí revolucionario de Ezequiel Martínez Estrada». *Actas II Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada.* Bahía Blanca: Heligraf, 1996.

Fernández, Marta y Barbosa, Susana. *Tendencias Sociales y Políticas Contemporáneas.* Buenos Aires: Docencia, 1996.

Fernández Retamar, Roberto. «Desde el Martí de Ezequiel Martínez Estrada». *Actas I Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada.* Fundación Ezequiel Martínez Estrada–UNS, Bahía Blanca: Heligraf, 1995.

Fernández Retamar, Roberto. *Pensamiento de nuestrAmérica. Autorreflexiones y propuestas.* Buenos Aires: Clacso, 2006.

Jamenson, Frederic. «La política de la utopía». *AdVersuS*, año III, n.° 6-7, agosto-diciembre 2006.

López, Carolina. «Antimperialismo en la direccionalidad de dos revoluciones». En Cernadas, Mabel y Vaquero, María del Cármen (Eds.). *Estudios culturales. Modernidad y conflicto en el sudoeste bonaerense,* Bahía Blanca: EdiUNS, 2005.

Maffey, Aldo. «Utopía». En Bobbio, N.; Matteucci, N. y Pasquino, G.: *Diccionario de Política*. L-Z. Buenos Aires: Siglo XXI, 1982.

Martínez Estrada, Ezequiel. «El Nuevo Mundo, la Isla de Utopía y la Isla de Cuba». En *Cuadernos Americanos*. nº 2, México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, UNAM, marzo-abril de 1963.

Martínez Estrada, Ezequiel. «Por una alta cultura popular y socialista cubana». En *Cuba y al servicio de la Revolución Cubana*. La Habana: Unión, 1963.

Moro; Campanella y Bacon. *Utopías del Renacimiento*. México: FCE, 2005.

Nieto, Juan Carlos y Gordillo, Eduardo. «La Utopía. Fundamento y posibilidad (Del pensamiento latinoamericano)». En Liendo, M.; Gramalia, P. y Salazar, J. (Comps.). *Los sujetos y las ideas en Nuestra América*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2007.

Ory, Pascal. *Nueva historia de las ideas políticas.* Madrid, Biblioteca Mondadori, 1992.

Ramírez Fierro, María del Rayo. «Utopía». En Biagini, Hugo y Roig, Arturo (Comps.). *Diccionario de Pensamiento Alternativo.* Buenos Aires: Biblos, 2008.

Rodríguez, Adriana y Torre, Elena. «Un contexto de miradas: Rodolfo Walsh y Ezequiel Martínez Estrada en la revolución cubana». En Fridman, Silvia (Coord.). *La década del sesenta y la celebración del sesquicentenario en Hispanoamérica.* Buenos Aires: FEPAI, 2010.

Roig, Arturo. *El pensamiento latinoamericano y su aventura.* Buenos Aires: CEAL, 1994.

Roig, Arturo. *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano.* Buenos Aires: Una Ventana, 2009.

Rumiäntsev, A. *Diccionario de Comunismo Científico*. Moscú: Progreso, 1975.

Trouson, Raymond. *Historia de la Literatura Utópica. Viajes a países inexistentes.* Barcelona: Península, 1995.

Torre, Elena y Arias, Pablo. «Un andamiaje complejo: percepción de las tecnologías de poder en Martínez Estrada». En Cernadas, Mabel y Vaquero, María del Carmen (Comps.). *Estudios culturales, modernidad y conflicto en el sudoeste bonaerense.* Bahía Blanca: EdiUNS, 2005.

Vitier, Cintio. «El Martí de Martínez Estrada». *Actas. I Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada.* Bahía Blanca: Heligraf, 1995.

Watkins, Frederick. *La Era de la Ideología. El pensamiento político moderno.* Buenos Aires: Troquel, 1970.

Weinberg, Gregorio. «Diferencias y Semejanzas». *Actas. I Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada.* Bahía Blanca: Heligraf, 1995.

Weinberg, Liliana. «Aventuras de las ideas. Las intuiciones de Ezequiel Martínez Estrada». *Actas. II Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada*. Bahía Blanca: Heligraf, 1996.

NOTAS

1 Francisco Quevedo*: Noticia, juicio y recomendación de la Utopía y de Tomás Moro.* Prólogo de la primera edición en castellano de Utopía de Tomás Moro, Córdoba, 1637. Citado por Ezequiel Martínez Estrada en «El Nuevo Mundo, la Isla de Utopía y la Isla de Cuba» *Cuadernos Americanos*, nº 2, México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, UNAM, marzo-abril de 1963, pág. 29.

2 Con respecto a la vasta obra de Ezequiel Martínez Estrada sobre José Martí, vale recordar que la misma quedó inconclusa y que los dos tomos publicados —de los tres previstos— no aparecieron en el orden cronológíco que les correspondía: el tomo III, fue publicado en México un año antes que el tomo I, a cargo de la editorial de Casa de las Américas. En cuanto a los materiales que conformarían el segundo tomo que Don Ezequiel había titulado: *La doctrina social y política: el Apóstol*, el autor informa en carta de junio de 1964 —cuya copia conserva Fernández Retamar— que había terminado el capítulo tres y que le faltaba dactilografiar partes del capítulo dos. Tras el fallecimiento de Martínez Estrada producido en noviembre de ese año, tanto su albacea como su viuda, la Sra. Agustina Morriconi, no pudieron dar conocimiento de dichos textos. *Vide*: Roberto Fernández Retamar, ‹‹Desde el Martí de Ezequiel Martínez Estrada››, en: *Actas I Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,* Bahía Blanca, Fundación Ezequiel Martínez Estrada – UNS, Heligraf, 1995, págs. 49-50.

3 El profuso listado de bibliografía —como otras notas manuscritas— que utilizó para elaborar el programa del seminario que llevó el mismo nombre que su libro: *Diferencias y semejanzas entre los países de América Latina,* se encuentra en el archivo de la Fundación Ezequiel Martínez Estrada de la ciudad de Bahía Blanca, Argentina

4 En referencia a este tema vide: Roberto Fernández Retamar, «Desde el Martí de Ezequiel Martínez Estrada». *Op.cit*, págs. 44 a 55. Adriana Rodríguez y Elena Torre, «Un contexto de miradas: Rodolfo Walsh y Ezequiel Martínez Estrada en la revolución cubana». En Silvia Fridman (Coord.*). La década del sesenta y la celebración del sesquicentenario en Hispanoamérica***.** Buenos Aires: FEPAI, 2010, págs. 198 a 210. Carolina López «Antimperialismo en la direccionalidad de dos revoluciones». En Cernadas, Mabel y Vaquero, María del Carmen (Eds.). *Estudios culturales. Modernidad y conflicto en el sudoeste bonaerense.* Bahía Blanca: Ediuns, 2005, págs. 147 a 153.

5 La Cátedra Martí-Martínez Estrada, fue creada el 15 de mayo de 1993, mediante un acuerdo suscripto entre la Fundación Ezequiel Martínez Estrada de la ciudad de Bahía Blanca y el Centro de Estudios Martianos de La Habana.

6 Frente a frente Cuba y los Estados Unidos siguen siendo términos de la misma ecuación Inglaterra-Utopía, cada cual con sus propios vicios y virtudes, sus cromosomas históricos, exaltados a un grado frenético hoy. Los taínos-amaurotos y los sajones-amelonios (Martínez Estrada, 1966: 33).

7 Vale citar las palabras de Fernández Retamar con relación a la contribución de Henríquez Ureña al pensamiento nuestrAmericano:

> No es extraño que el crítico colombiano Rafael Gutiérrez Girardot, en el centenario del nacimiento de Henríquez Ureña (1983), escribiera para la revista *Casa de las Américas:* `Pedro Henríquez Ureña, dominicano y cubano, sembró en la Argentina las semillas de utopía que Ernesto Guevara devolvió a Cuba´ (Fernández Retamar, 2006).

8 Pedro Henríquez Ureña. *La utopía en América*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978; Fernado Aínsa. *La ciudad anarquista americana (Estudio de una utopía)*, Toulouse: Caravelle, C.A.H.L.B, 1986 y *La reconstructuion de la utopie.* París: Alcánteres, 1997; Arturo Roig (Comp). *Proceso civilizatorio y ejercicio utópico en nuestra América.* Universidad nacional de San Juan, 1995 y *El pensamiento latinoamericano y su aventura.* Buenos Aires: CEAL, 1994; Horacio Cerutti Gulberg. *Filosofar desde nuestra América*. México: Porruá–UNAM, 2000, *Ideología y pensamiento utópico y libertario en América Latina*. México: UCM, 2003.

9 Para Roig, la función utópica está presente en los hechos semiológicos y en los hechos históricos, bajo tres subfunciones básicas: crítico-reguladora, libera-dora del determinismo de carácter legal y anticipadora del futuro. A estas tres subfunciones se le han agregado dos más: la de historización y dialecticidad, junto a la de constitución de nuevas formas de subjetividad (Ramírez Fierro, 2008: 542).

Cabe aclarar el interés que nos despierta esta propuesta teórica que, a los efectos de los límites de este trabajo, sólo dejamos presentada para desarrollar en futuras investigaciones.

10 La Dra. Nidia Burgos realizó un importante hallazgo de materiales inéditos que dan forma a este proyecto estradiano, cuyo nombre es un homenaje a Guillermo Hudson y a su obra*: The Purple Land*. Podríamos ver en la idea utópica literaria, una posible reminiscencia de la *Argirópolis* sarmientina, si bien trasciende a ésta en su visión americanista, de corte bolivariana:

> Pertenecen a este territorio espiritual todos los ciudadanos libres de América (…) Cuando se obtenga la adhesión de otras Repúblicas libertarias purpúreas, se

> constituirá la confederación de repúblicas libertarias de América (Burgos, 1995: 123).

11 El diálogo entre Rafael y Moro así lo manifiestan:

> Ea, imagíname, en la corte del rey de Francia y formando parte de un Consejo, cuando en el más secreto retiro y prescindiendo él mismo a los varones más sabios, se están tratando cuestiones como estas: los medios e intrigas para conservar a Milán, atraer de nuevo la escurridiza Nápoles, destruir luego a los venecianos, someter a Italia entera (…) (Moro/Campanella/Bacon, 2005: 63).

12 Rafael recuerda el fracaso del proyecto platónico de la república para indicar precisamente la renuencia del discurso utópico a su ubicuidad*:*

> Si les hablase de aquellas cosas inventadas por Platón en su República, o de las que hacen los Utópicos, en la suya, aunque fuesen, como en realidad son, mejores podrían no obstante parecerles extrañas por existir aquí la propiedad privada, al paso que allí todo es común (Moro/Campanella/Bacon, 2005: 63).

13 Categoría de análisis que propone y trabaja el investigador argentino Horacio Cerutti Gulberg.

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 421-430.

CONTEXTO, MÍMESIS Y REVOLUCIÓN: MARTÍNEZ ESTRADA Y CUBA

Adriana Claudia Rodríguez
Universidad Nacional del Sur - CEINA-CECIES

La presente comunicación se direcciona a establecer un cruce entre un contexto histórico revolucionario y su incidencia sobre actores sociales, en este caso Ezequiel Martínez Estrada, que circunscripto en un rol, el de intelectual, sufre un impacto fuerte del peso de determinados acontecimientos históricos que lo atraviesan de manera singular.

Así, nos sumergiremos en los diversos registros que encuadran a Cuba como una revolución a principios de 1960, para luego analizar su influencia sobre un actor receptor inserto en ese acontecer, en la fase de determinación inmediata de dicha revolución. Como se señaló, se incluye como estudio de caso a Ezequiel Martínez Estrada y su estadía en la Isla, en el intento de identificar a través de su variada producción durante ese ciclo, los cambios que se visualizan a partir de la sólida internalización con un hecho transformador que se caracteriza como integral.

Este momento histórico juega un papel esencial sobre el autor en estudio, que a su vez lo resignifica a través de diversos canales logrando una verdadera retroalimentación entre: historia, escritor y escritura.

Aproximaciones

El trabajo intenta su abordaje a partir de una mirada histórica sobre la relación entre el contexto revolucionario cubano y la visión de Ezequiel Martínez Estrada (en adelante EME), en tanto síntesis de una postura que lo tiene como actor de contexto interno.

La obra sobre la que se centra este trabajo es *Mi experiencia cubana* de Martínez Estrada y publicada como segunda edición en Montevideo en 1965[1]. El texto reúne diferentes escritos en torno al hecho en estudio, que reflejan una eclecticidad temática condensada con el fin de dejar no solo asentado su apoyo incondicional a la revolución, sino también su rol dentro de la misma.

A la vez se cristaliza una red de actores vinculados al proceso y legitimadores del mismo que aparecen nombrados en su vida cotidiana como quien escribe el prólogo de este texto, Leónidas Barletta: periodista y dramaturgo de la izquierda independiente, quien formó parte de la generación literaria Boedo. Este intelectual presenta un *prólogo tributo* que resalta las cualidades de EME como escritor y también personales. Se alude a su fisonomía, carácter y detalles de la vida cotidiana como su relación con los pájaros. Asimismo resalta la ubicuidad de EME en el campo intelectual argentino colocándolo *al margen* o en *un afuera* poblado de soledad y aislamiento provocado por los intelectuales de su generación. Este desplazamiento se agrava ante su estancia en Cuba y posicionamiento sobre la revolución. El prólogo marca también una misión internalizada en el escritor que es la de dar a conocer su posicionamiento sobre la revolución cubana a través de diversos escritos y especialmente en el seleccionado.

El mismo EME, aclara «estoy en Cuba para servir en la revolución, que es también la causa humanitaria de los pueblos yo no soy especialista en

revoluciones, ni siquiera un agitador, más debo dar mi parecer» (Martínez Estrada, 1965: 5).

La mención espontánea también a Gustavo Roca, abogado cordobés defensor de los derechos humanos y presidente de la liga de exiliados en Madrid, quien también militó en la izquierda independiente, realizando luego en décadas acciones a presos políticos de la lucha armada argentina de las organizaciones ERP y Montoneros. También ante la desaparición de Walsh hace un llamado a la reflexión y lo mismo ante la muerte del poeta Santoro. También aparece nombrado Hugo Gambini, periodista socialista y colaborador de *La Vanguardia*, entre otros socialistas que legitiman este proceso.

Los destinatarios conforman entonces un campo dicotómico en tanto, destinatarios positivos definidos por su afinidad y compromiso con la revolución y destinatarios negativos, enemigos de la misma. Este campo se observa claramente en dos de los textos: «Anverso y perverso» y fundamentalmente en «Réplica a una declaración Intemperante».

A su vez, el libro contempla a través de sus diversos relatos la finalidad esencial de legitimación que persigue esta escritura. La misma madura a la luz de la revolución cubana, proceso que se intenta asentar y divulgar en un espacio de construcción de opinión pública más amplia.

La revolución en la trama de contextos intrincados

El posicionamiento de Martínez Estrada frente a la revolución cubana incluye un análisis de coyunturas diferentes a las que cualifica y operativiza en el doble juego de resaltar: el proceso revolucionario en su propia internalidad y a la vez enmarcándolo en una contextualización más amplia. Lo dota así de un significado que podría instalar a la revolución cubana no solo como ejemplo sino como paradigma. Utiliza incluso mecanismos de legitimación que basan su argumentación en tópicos del imaginario moderno.

> Con la Revolución cubana se consuma por primera vez en América una revolución integral y es natural que hasta las mentalidades progresistas y de formación liberal vean con sorpresa que va cumpliéndose la «voluntad general» que ellos habían extraído del «Contrato Social» como una fórmula jurídica para constituir una sociedad «con todos y para todos» (Martínez Estrada, 1965: 27).

Esta contextualización en clave histórica, contempla un cruce de coyunturas que a manera de planos en interacción marcan o exhiben procesos políticos. También líneas de rescate histórico que son usadas como registros representativos y funcionales a la construcción de su relato. Así observamos:

A- Un contexto de verticalización/imposición que externaliza principalmente las conductas imperialistas y engloba al marco internacional en el encuadre de la guerra fría, que incluye también encuadres de la Europa Occidental. Demuestra un conocimiento sobre la fase del imperialismo en curso, a través del relato de sus hechos más recientes, como el intervencionismo, los gobiernos títeres y su escalada hacia América Latina. También la conformación de sus aristas de hegemonización asociadas a la política pentagonista y a instituciones como la CIA y el FBI. El paraguas dogmático de acción es condensado en la Doctrina de Seguridad Nacional y el Macartismo. Con respecto a Estados Unidos y su actualización en su presente contemporáneo, la lectura de contexto se nutre directamente de la coyuntura experiencial en la Isla amenazada en ese momento por las fuerzas imperialistas.

B- Un contexto de *coyuntura plena*, que incluye el plano interno o local de los hechos representados. Sobre el mismo se centran y giran la mayoría de las argumentaciones y es allí donde asienta su postura de manera firme y compacta. Además en torno a este proceso escribe la obra citada y a la vez otras que se relacionan. Es este el momento de una revolución que se ha determinado en cronotopo paradigmático de desarrollo concreto, aunque por su

inmediatez y radicalidad de cambios despierta incertidumbres y amenazas por parte del bloque imperial comandado por los Estados Unidos.

La Revolución se analiza inmersa en un proceso de acumulación con tópicos crisis claros y líderes genuinos que parten de José Martí y se sustancian luego en un liderato colectivo representado en la conducción revolucionaria que tiene como génesis el año de 1953 y la formación del movimiento 26 de Julio. Todo ello constituye los momentos que construyen revolucionariedad, (Rodríguez, 2008: 12) hasta alcanzar su consumación en el gran crono de 1959 que determina una revolución socialista.

Dicha revolución en sí misma, es caracterizada en concatenación y emergencia de cualidades que se van relacionando, dotándola de originalidad por un lado, y fuerza contra hegemónica por otro. He aquí el papel de la construcción creadora de la historia que opera como una vector fuerza fundamental que impacta también en la escritura y marca un camino central a revisarse en el campo de la literatura, aspiración que este trabajo no contempla.

Asimismo se agregan las tres cualidades esenciales a la revolución que se asientan en la ideología, los objetivos y elaboración de un proyecto acabado y totalizador. El pilar de validación de este proyecto se ancla en un nodo central o mejor dicho el rol revolucionario, centrado en el atender a las necesidades de todo un pueblo. Esta función de servicio imprime a la revolución otro tópico que es el de *popular*, en tanto composición y posibilidades de legitimación. Es novedoso el rescate de la cualidad *popular* en EME, que se asegura y fortalece a partir de una ética que representa un nodo central a la hora de instalar un viraje de sistema. Todas las cualidades señaladas permeabilizan el camino de instalación del socialismo.

Otra peculiaridad es la que se une al impacto y resultado revolucionario y es este su condición develadora y desenmascaradora de realidades sociales polarizadas y asignaturas pendientes. Todo ello se desprende de la sujeción amplia y extendida del colonialismo y sus diversas formas de imposición, pasando por otras formas de dominación como el imperialismo.

Desde otro ángulo, observa a la revolución como un verdadero hecho de subversión, una verdadera torsión encuadrada en un giro histórico que da lugar a la instalación de un sistema político nuevo: el socialismo. Este nuevo patrón político se presenta como la fórmula política necesaria y obligada. Siguiendo sus palabras:

> No pudo ser de otro modo porque es la forma política más racional y equitativa y concordante con los adelantos de la civilización tecnológica y de la cultura humanística. La recuperación de su patrimonio por el pueblo implicaba la ruptura completa con los poderes que lo mantenían en situación de dependencia y estancamiento (Martínez Estrada, 1965: 63).

El socialismo como nuevo sistema político lo indaga e interpela y es su vez un maestro experiencial. La experiencia o lo experiencial del momento se articulan a vivencias que son adquiridas principalmente de sus estancias en México y Cuba. Ambas despiertan su interés por las temáticas nuestroamericanas con énfasis en la historia del continente.

C- Por último analiza un contexto nuestroamericano en el que ingresa a partir de sus ejes situacionales y sobre los que rota para sumergirse comparativamente a los otros planos. Una clave nueva en el análisis y de impacto en sus escritos que parte de una novel convicción de él mismo como sujeto escritor.

Acude al contexto de Latinoamérica como intermediario de catalizaciones de coyunturas inconclusas, su argumentación se asienta en las llamadas independencias de 1810 portadoras de un formalismo republicano, pero no de transformación verdadera. Asimismo refleja las diferencias del desarrollo de las revoluciones articulando esa *inconclusividad* (Rodríguez y Rodríguez, 2011), a través de la dependencia que se origina en los procesos independentistas de matriz hispana, luego el intervencionismo en Cuba ante el fracaso del 98 y la «absorción» de Puerto Rico. «Las revoluciones emancipadoras de 1810 a 1812, se malogran con su mismo triunfo, por inmaduras e incompletas y de mano de los funcionarios de la corona caen en los agentes diplomáticos y financieros» (Martínez Estrada, 1965: 53).

En el itinerario revolucionario latinoamericano focaliza en personajes como Bolívar, Juárez Madero y Sandino[2], una línea de revolución que refleja una heterogeneidad de actores revolucionarios y a su vez asume una secuencia no tradicional en tanto reconocimiento de líneas de resistencias.

Lo anteriormente señalado, denota un conocimiento recortado y discrecionalmente incorporado que se refuerza con el reconocimiento para Cuba de un actor revolucionario de inicio como José Martí y de consolidación libertaria como Fidel Castro.

Conclusiones

En esta comunicación se ha trabajado sobre una contextualización que incluye *endo* y *exo* espacios que cruzan diversos contextos específicos, en el marco de una coyuntura revolucionaria que tiene como epicentro a la revolución cubana.

Luego identificamos y cualificamos a un actor inserto en la llamada *coyuntura plena* identificada en esa novedad histórica que significó la instalación de una Revolución socialista en Nuestra América.

El actor es posicionado como un intra-actor, esta definición posibilita una verdadera metamorfosis del personaje analizado que parte de su itinerario propio y personal e impacta en *su visión de mundo* y en *su necesidad de cumplir una misión en el mundo.* Aspiración que problematiza constantemente y que lo interpela frente a un camino vivenciado y asu-mido que intenta dejar atrás. La historia rescatada como novedad revolucionaria es la que dinamiza esta mímesis o acción mimética que el actor experimenta con la revolución cubana.

Por otra parte, esta interacción: coyuntura revolucionaria y sujeto; en este caso un escritor, incide sin duda en los escritos de la zaga estradiana de la post-revolución cubana, que se presentan atravesados por una ideología en tanto legitimación de valores y virtudes que son abrevados de un proceso revolucionario en marcha y consolidándose. El mismo movimiento revolucionario, incluida la concatenación de los hechos de coyuntura (internos - plasmación de la praxis revolucionaria y exógenos de amenaza-alerta)[3],

logran un impacto en EME que denota una verdadera absorción positiva un hecho histórico, desde el cual parte su claro posicionamiento de apoyo al proceso, dentro de la isla y fuera de la misma.

Por último en su tarea de legitimación es importante ver el recorrido que le imprime a la revolución rescatando hitos como el de 1898 y la revolución incompleta, hecho que lo lleva a indagar en la figura de José Martí presente sin duda en la textualidad de esta obra analizada. Según palabras de Roberto Fernández Retamar:

> Cuando se vuelve, pues, a Martí, como responsable ideológico de este momento de nuestra historia, está partiendo de un conocimiento directo de lo que es una revolución, de lo que es un revolucionario. Si nos hace verificar en qué medida las realizaciones actuales corroboran lo anunciado por aquel vidente, también esas realizaciones le dan un punto de mira para comprender a Martí, de que habían carecido los otros estudios del gran cubano. Martí vuelve a ser, de alguna forma, un contemporáneo, y Martínez Estrada será para él ese testigo excepcional que todos querríamos que hubiera tenido en vida (Martínez Estrada, 1974: 76).

La cita anterior demuestra de manera clara el reconocimiento de una línea de construcción revolucionaria que tiene su punto de inicio en José Martí y su consumación en la revolución de 1959. No se entiende este proceso como una mera secuencia de datos y hechos históricos lineales, sino precisamente de aquella *revolución inconclusa* que insufla el ideal libertario en su función utópica, pero a la vez lo concreta frente a las intrincadas demandas que ponen de manifiesto un devenir histórico en movimiento.

Bibliografía

Cairo Ballester, Ana. «José Martí y la pasión por el mito de Ezequiel Martínez Estrada». En *Actas del Segundo Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada.* Bahía Blanca, Fundación Ezequiel Martínez Estrada, 1996.

De Armas, Ramón. «De Facundo a Nuestra América en el *Martí revolucionario* de Ezequiel Martínez Estrada». En *Actas del segundo congreso internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,* Bahía Blanca, Fundación Ezequiel Martínez Estrada, 1996.

De Armas, Ramón. *La Revolución Pospuesta*. La Habana: Pensamiento Crítico, 1971.

De Diego José Luis y Triana, Alfredo. «Del Martí de Sierra Maestra a la rebelión productiva». En *Actas I Congreso de Estudios Latinoamericanos*, La Plata, Secretaría de Extensión, Facultad de Humanidades y Educación, UNLP, 1994.

Fernández Retamar, Roberto. «Desde el Martí de Ezequiel Martínez Estrada». En *Actas del Primer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada*. Bahía Blanca, Fundación Ezequiel Martínez Estrada, 1996.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Mi experiencia cubana*. Montevideo: Kraft, 1965.

Vitier, Cintio. «El Martí de Martínez Estrada». En *Actas del Primer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada*. Bahía Blanca, Fundación Ezequiel Martínez Estrada, 1996.

NOTAS

1 La primera edición fue escrita en Cuba y llevó el título *Cuba y al servicio de la revolución cubana*, (La Habana en 1963), libro que condensa sus reflexiones políticas de principios de la década del 60 contiene diversas temáticas en torno a la Cuba revolucionaria, dedicando también una densidad importante en sus páginas a los líderes de esta revolución. Este libro se reedita en Montevideo en 1965 con el título *Mi experiencia Cubana*.

2 El rescate de esta línea histórica de resistencia tiene una clara influencia de las lecturas recientes que había comenzado a realizar sobre José Martí, quien rescata también a Bolívar y especialmente a Juárez y en ambos casos dedica escritos. Esto se puede corroborar en la siguiente cita que escribe posterior-mente en 1964. «Los cuatro últimos años de mi vida consagrados a Martí han sido para mí el tiempo mejor aprovechado. Me he purificado y he aprendido a estimar la sabiduría, la santidad, el heroísmo, la abnegación, todos los atributos esencialmente humanos en él» (Martínez Estrada, 25 de junio de 1964*)*.

3 *Vide*: El proceso revolucionario cubano se contiene en un amplio trayecto plagado de peculiaridades que se enmarcan en una periodización que de manera simplificada podemos iniciar en 1868 con la Guerra Grande atravesando cronos como la revolución martiana de 1895, la salida de independencia formal que significó el año de 1898, la neocolonia y la reestructuración. Este último hito da paso a una serie de reformas estructurales que provocan la puesta en marcha de una praxis revolucionaria antisistémica que sin duda atenta contra el bloque imperial con corazón en Estados Unidos, quien intenta detener con mecanismos de invasión directa, conservación de bases militares y con el bloqueo comercial a Cuba desde 1962, entre otras muchas formas de ataque hasta la actualidad.

Temas cubanos II

432 – Entrecruzamiento de caricatura y discurso. La visión de Martínez Estrada y Siné de la diplomacia de Estados Unidos en *El verdadero cuento del Tío Sam*
(Javier Pretti)

442 - Externalización del lenguaje imperialista en Martínez Estrada
(Claudio Gallegos)

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 432-441.

ENTRECRUZAMIENTOS DE CARICATURA Y DISCURSO. LA VISIÓN DE MARTÍNEZ ESTRADA Y SINÉ DE LA DIPLOMACIA DE ESTADOS UNIDOS EN *EL VERDADERO CUENTO DEL TÍO SAM*.

Carlos Javier Pretti
Universidad Nacional del Sur

El triunfo de la *Revolución Cubana* el 1 de enero de 1959 marco un hito en la historia nuestroAmericana, generando y determinando distintos procesos políticos, sociales y económicos en toda la geografía de nuestro continente, a la vez que su ideario, profundamente imbuido del pensamiento martiano impactó en numerosos intelectuales en todo el mundo. De esta manera, Ezequiel Martínez Estrada se ve influenciado por la Revolución y en 1960 realiza su primer viaje a la Isla. Ese mismo año es designado director del Centro de Estudios Latinoamericano de Casa de las Américas, lugar donde desarrollará una importante labor hasta octubre de 1962. En este período, denominado *ciclo cubano*, Don Ezequiel publicará numerosas obras en las que reflejará su interés por el proceso cubano y por la figura de José Martí,

además de dictar conferencias y seminarios de investigación. Entre las obras publicadas encontramos: *Martí revolucionario*, publicado por Casa de las Américas en l967, *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*, publicado en México en l966 y «La doctrina, el apóstol». En cuanto a la defensa de la Revolución escribió varios artículos compilados en *Cuba y al servicio de la Revolución Cubana* y *El verdadero Cuento del Tío Sam* ilustrado por el dibujante francés Siné.

En este sentido, *El verdadero cuento* es una sátira que narra críticamente la historia del coloso del norte, desnuda los mitos autolegitimadores esbozados por Estados Unidos y denuncia de una manera mordaz el avance del imperialismo yanqui en nuestrAmérica. En este trabajo trataremos de reconstruir la visión de Don Ezequiel y Siné acerca de la política exterior de Estados Unidos y las críticas que los autores realizan a los mitos que sirven de sustento legitimador del intervencionismo estadounidense.

Las trincheras de la irreverencia

El libro analizado en el presente trabajo, como comentamos anterior-mente, fue escrito por Ezequiel Martínez Estrada con ilustraciones del dibujante francés Siné y editado por primera vez por Casa de Las Américas en La Habana, Cuba, en febrero de 1963. Esta primera edición trilingue (español, inglés y francés) fue prologada por el novelista y diplomático cubano Lisandro Otero. El mismo está compuesto de 52 caricaturas que acompañan al texto de Martínez Estrada.

Tal como reza su título, el libro narra la historia del Tío Sam utilizando el género de cuento infantil. Esta manera de contar una historia destinada a ser escuchada o leída por adultos y la utilización de la caricatura como complemento del texto, refuerza la satirización del personaje que realizan los autores. En este sentido, la sátira se convierte en la principal arma de los autores para atacar las prácticas imperialistas de Estados Unidos en Nuestramérica. De esta manera, el humor y la caricatura, en su rol dual de denuncia y ridiculización se erigen en la trinchera desde la que Martínez

Estrada y Siné despliegan su praxis revolucionaria en apoyo de la causa cubana en particular y de la causa de la liberación nuestroAmericana.

Desde este punto de vista, Lisandro Otero caracteriza al libro de la siguiente manera:

> Hablando del Libro. Verán que se trata de una historia infantil para ser contada a los adultos. Nos narra la vida del Tío Sam que ha engordado tanto con sus víctimas que está a punto de reventar. Es un libro impetuoso y tronante que ayudará a comprender verdades entre risas.

En el nombre de la bestia. La figura del Tío Sam

Según la tradición popular, el personaje surge en la ciudad de Nueva York, creado por un grupo de soldados acuartelados durante la guerra de 1812 y estaría inspirado en uno de los proveedores de carne del ejército estadounidense Samuel Wilson. Luego de la Guerra de Secesión la figura del *Tío Sam* comienza a adquirir mayor difusión e importancia.

A fines del siglo XIX y en el marco de la guerra interimperialista de 1898, el *Tío Sam* es utilizado por la prensa que legitimaba el accionar de la potencia del norte. Sin embargo, por primera vez se hace uso del personaje resaltando sus características negativas mostrándolo como un ser avaro y codicioso. La caricatura del Tío Sam cercenando a la isla de Cuba del Imperio Español es una de las imágenes más utilizadas por la prensa hispanista como símbolo del expansionismo de Estados Unidos.

Luego de la guerra de 1898 y su utilización propagandística durante las dos guerras mundiales catapultará al arquetipo del Tío Sam a la fama mundial y lo elevarán a la categoría de símbolo nacional[1].

La resignificación de la figura del Tío Sam, hasta ese entonces, elemento propagandístico del imperio, marca el tono panfletario y netamente satírico del relato. La personificación de las prácticas de Estados Unidos, permite a los autores resaltar de una manera más simple y accesible la doble moral de la sociedad norteamericana, las omisiones y tergiversaciones de los discursos legitimadores, así como también la de desnudar las distintas formas de

intervención en nuestrAmérica, desde la vía militar hasta la penetración cultural.

El discurso

Como mencionamos con anterioridad, el objeto de este trabajo es realizar un esbozo de la crítica que realizan los autores de la política de relaciones exteriores de Estados Unidos y de los principales sustentos discursivos de la misma. En este sentido, nos interesa este aspecto del imperialismo norteamericano, ya que consideramos que el mismo es la punta del iceberg o el mascarón de proa de una serie de acciones que buscan expandir el dominio de la República del Norte en nuestro continente.

El primer tópico que los autores atacan es el mito fundante de la *Historia de la Nación Americana,* que es el «Mito de los Padres Peregrinos»:

> Hace muchos años, los padres peregrinos llegaron al Norte de América con la Biblia en una mano y el fusil en la otra, para predicar a los indios la excelencia de la república para arrasar con los demonios y las brujas y para fundar el Paraíso Terrenal (Martínez Estrada, 1963: 11)[2].

De esta manera, los autores hacen hincapié en la imposición forzada de una religión y una cultura o tal como lo expresan los autores en una *evangelización a la fuerza*, que se erige en un método de conquista y sometimiento y luego se convierte en un mecanismo de control social en los primeros tiempos de la historia norteamericana. A la vez, los autores critican la doble moral de los colonos sosteniendo:

> Se habituaron a llevar un género de vida en el hogar y otro fuera de casa. Durante el día atendían sus negocios, y por la noche avanzaban por tierra hacia el Oeste y por mar hacia el Sur. Los misionero iban delante y los mosqueteros detrás (Martínez Estrada, 1963: 17)[3].

Siguiendo entonces con la crítica a los basamentos de la ideología imperialista norteamericana, los autores atacan la idea de la predestinación

de Estados Unidos como el *pueblo elegido* destinado a expandirse a costa del resto del mundo:

> Consiguieron que Jehová celebrara con ellos un Contrato Social por el cual el pueblo elegido reinaría sobre los pueblos bárbaros, los herejes, los negros, los irlandeses, los blancos pobres, los indios y los latinoamericanos (Martínez Estrada, 1963: 13)[4].
>
> El Tío Sam les reconoció la soberanía y sus consecuencias, y les leyó un papiro en que estaba escrito el destino de los imperios, de las razas superiores, de los pueblos elegidos y de los hombres providenciales. Les explicó que a los imperios hitita, romano, germánico, británico y persa les había sucedido el contemporáneo Imperio de la Banana, el Petróleo y el Caucho (Martínez Estrada, 1963: 98)[5].

Siguiendo las palabras de Jorge Hernández Martínez:

> El ideario de los Padres Fundadores se prolonga rápidamente con la democracia jacksoniana, el monroísmo y el panamericanismo. Los valores que conforman el llamado «credo americano» se afianzan en una matriz que resulta central para comprender la psicología nacional y la cultura política en Estados Unidos. La presentación mítica que rodea al «destino manifiesto» y a la Doctrina Monroe es parte de ella. El mesianismo es, por excelencia, el elemento que le imprime organicidad a esa mitología. El fariseísmo, el engaño y la manipulación, le aportan su funcionalidad, la hacen creíble (Hernández Martínez: 5).

En cuanto a las estrategias de la política exterior yanqui, vamos a analizar cuatro momentos arquetípicos: La doctrina Monroe[6], la política del Gran Garrote[7], la diplomacia del Dólar[8], la política del Buen Vecino[9].

En cuanto a la doctrina Monroe Don Ezequiel y Siné sostienen:

> El presidente Monroe tuvo la genial ocurrencia de impedir que las potencias europeas siguieran ocupando tierras y esclavizando infelices en América: «América para los americanos», dijo, y comenzó la americanización del Continente (Martínez Estrada, 1963: 34).

Y luego agregan:

> Desde entonces (1823), los negocios internacionales, la piratería, la Trata, el comercio con frutos tropicales, el azúcar, el cacao, el petróleo, la diplomacia y la política económica estuvieron a cargo del Departamento de Estado, que tiene muchas filiales como la Standard Oil, la United Fruit Company, etc. (Martínez Estrada, 1963: 36).

Como vimos con anterioridad, la Doctrina Monroe es el principal basamento teórico-discursivo de la política exterior yanqui como eje de legitimación del intervencionismo de Estados Unidos, y de la instalación de un nuevo sistema de dominación que se pragmatizará sobre todo en la zona del Caribe.

En cuanto a la política del Gran Garrote, los autores ironizan acerca de las acciones y de las intervenciones de Estados Unidos en distintos lugares del mundo:

> Pocas veces se apropió por la fuerza de lo que podía adquirir gratis. Lo que hizo con México, Colombia, Puerto Rico, Cuba, Haití, Santo Domingo, Filipinas, Guam, Nicaragua, Guatemala, Honduras, Costa Rica, El Salvador, Panamá y la Bahía de Guantánamo pertenecía a la Época del Hierro, conocida también como la era del Gran Garrote (Martínez Estrada, 1963: 66).

A través de esta cita, podemos ver la magnitud de la agresión norteamericana en nuestrAmérica, reforzada por la descarnada ironía que le imprimen los autores.

En cuanto a la diplomacia del dólar, si bien los autores no la mencionan explícitamente, tal como lo hacen con el resto de los casos esbozados en esta ponencia, sí reconocen el poder económico de Estados Unidos, a la vez que juegan con la idolatración del dinero para mostrar la esencia del capitalismo:

> Además encontró en una tribu de pieles rojas un talismán que los salvajes llamaban «dollar» y adoraban como diosa propicia de la fertilidad y la discordia. Posee virtudes mágicas: opera a distancia, transmuta los

> metales, ablanda las piedras, endurece las entrañas, abre todas las puertas y las claraboyas, corrompe los Poderes Públicos, vence ejércitos, rompe huelgas, hace liga con cualquier materia, y no tiene olor (Martínez Estrada, 1963: 42).

Finalmente abordaremos la política del Buen Vecino: «Con el nuevo trato del buen vecino, el Tío Sam pudo instalarse en las casas de sus sobrinos adoptivos a invitación de los padres de familia» (Martínez Estrada, 1963: 72).

Y continúan: «Les enseñó a trabajar bien y sin descanso, a comer poco y a guardar los ahorros en el *First Federal Bank*» (Martínez Estrada, 1963: 74).

Luego, los autores atacan la penetración cultural de Estados Unidos llevada adelante a través de las historietas, juegos, distintos productos de mercados etc.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo hemos intentado mostrar alguno de los aspectos del imperialismo yanqui en nuestrAmérica. Hemos recorrido someramente los itinerarios del *Gigante de las Siete Suelas* en su construcción de un sistema de dominación continental y mundial que se objetivó y pragmatizó a través de las distintas estrategias de la Secretaría de Estado, el Pentágono, la CIA, entre otras.

A lo largo de la obra de Don Ezequiel y Siné, podemos ver cómo la sátira, la ridiculización, funcionan como una trinchera, desde la que los autores ejercen una praxis revolucionaria denunciando el accionar del Coloso del Norte en nuestro continente. La sátira refuerza la crítica, ya que resignifica y ridiculiza los principales tópicos del discurso hegemónico imperialista de Estados Unidos para utilizarlos como principales ejes de deslegitimación.

En este sentido, los autores demuestran que si bien varían las estrategias y las tácticas de acuerdo al devenir histórico y a las coyunturas políticas y económicas, no varía el objetivo central imperialista de Estados Unidos desde los inicios de su historia hasta mediados del siglo XX.

Para finalizar, quiero renunciar a cualquier originalidad y quiero cerrar esta ponencia con el diagnóstico *médico* que Don Ezequiel y Siné utilizan para lapidar al Tío Sam:

> Reunidos los sobrinos legítimos y los adoptivos, acordaron que en lugar de un pentágono se celebrara una Junta Internacional de Expertos en Enfermedades Secretas; la cual, después de examinar concienzudamente al paciente diagnosticó: acromegalia, gigantismo, decrepitud precoz y numerosos trastornos derivados de un súper desarrollo rápido e incontrolado; el electroencefalograma reveló síntoma de encefalitis letárgica, endurecimiento de la corteza y reducción de los hemisferios al tamaño de una nuez, el cardiograma demostró que el corazón había dejado de latir en el año 1865.
> Agotamiento de la hormona de la inventiva; hipertrofia de los aparatos de locomoción, aprehensión y succión. En la sangre no se encontraron glóbulos rojos ni azúcar de caña, y sí jugo de tomate y residuos de uranio.

Y recordar la postrera condena: «Jehová le quitó la llave ganzúa del Paraíso Prometido, y lo sometió a un tratamiento de sueño prolongado en un refugio cavernario contra bombas termonucleares» (Martínez Estrada, 1963: 120).

Bibliografía

Brown, Gillian y Yule, George. *Análisis del discurso*. Madrid: Visor, 1993.

Chust, Manuel y Mínguez, Víctor (Eds.). *La construcción del héroe en España y México.* Valencia: PUV, [s/f].

Martínez Estrada, Ezequiel y Siné. *El verdadero cuento del Tio Sam.* La Habana: Casa de las Américas, 1963.

Colom González, Francisco. *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico.* vol. 2, Madrid: Iberoamericana, 2005, págs. 663-7.

Devés Valdés, Eduardo. *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950).* Buenos Aires: Biblos, 2000.

Ibarra, Jorge. «Cultura e identidad nacional en el Caribe hispánico: el caso puertorriqueño y el cubano». En Naranjo, Consuelo; Puig-Samper, Miguel A. y García Mora, Luis Miguel (Eds.). *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98.* Madrid: Doce Calles, 1996, págs. 85-95.

Naranjo Orovio, Consuelo. «Blanco sobre negro. Debates en torno a la identidad en Cuba (1898-1920)». En Colom González, Francisco. *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico.* vol. 2, Madrid: Iberoamericana, 2005, págs. 849-868.

Opatrný, Josef. «El fin de la época europea en América: Cuba 1878-1898». En Naranjo, Consuelo; Puig-Samper, Miguel A. y García Mora, Luis Miguel (Eds.). *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98.* Madrid: Doce Calles, 1996, págs. 785-796.

Rodo, José Enrique. *Ariel*. Barcelona: Lingkua Ediciones, 2008.

Rodríguez, Adriana *et al.* «Cómo se escriben y componen los prolegómenos del conflicto del 98 en Cuba desde una percepción argentina». En *Actas del Congreso sobre Historia Latinoamericana*. Buenos Aires, UCA. 2001.

Rodriguez, Adriana *et al.* «El Maine como prisma cristalizador de co-rrientes de opinión en el campo periodístico argentino». En *Simposio Praxis y Valores Políticos en América Latina.* Rusia, FIEALC VI, 2001.

Rodriguez, Adriana *et al.* «Identidad-Alteridad y cristalización de intereses de los grupos actuantes en el conflicto hispano cubano de 1898 analizados desde una mirada argentina». *Revista Vegueta*, Islas Canarias, Universidad de Las Palmas, 2002.

Rodríguez, Adriana *et al.* «El *98 cubano* como disparador de opinión en Argentina: posturas anti norteamericanas». En Roig, Arturo y Biagini, Hugo. *Repensando la mundialización desde el sur.* Mendoza, UNCuyo, 2000.

NOTAS

1 La imagen más difundida del *Tio Sam* fue creada por el dibujante James Montgomery Flagg y habría aparecido por primera vez en la portada de la Revista *Leslie`s weekly* el 6 de abril de 1916. Ver. Fenster, Bob (2003). *They Did What!*, Andrews McMeel Publishing. Ver Gallegos y Pretti. «Un otro Calibán, de los Héroes Nacionales al Arquetipo del Tío Sam». En *Actas de las VI jornadas del FEPAI*.

2 La ilustración que acompaña a este fragmento representa a un misionero armado crucificando a un miembro de pueblo originario y al ‹pie de la cruz hay una biblia y un mosquete›.

3 La ilustración muestra a un misionero golpeando a un esclavo negro con una cruz mientras un hombre armado lo atraviesa con una espada. En el piso yacen muertos su familia y sus mascotas.

4 La ilustración representa a un sacerdote encaramado sobre una montaña de cuerpos humanos estrechando la mano de Dios.

5 La caricatura presenta al Tío Sam leyendo un gran papiro parado sobre un atril.

6 Doctrina expresada por el presidente Monroe, para legitimar la injerencia de Estados Unidos en nuestro continente y la pretensión hegemónica del imperio.

7 Política de intervención militar directa llevada adelante por Estados Unidos a principios del siglo XX. El nombre está inspirado por *habla suavemente y lleva un gran garrote, así llegarás lejos.*

8 Término acuñado para caracterizar la política de préstamos llevada adelante por la administración norteamericana con el propósito de cimentar su presencia en nuestrAmérica.

9 En el marco de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos intentó acercarse a los países latinoamericanos en busca de apoyos en el esfuerzo bélico.

Tercer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada,
Adriana A. Lamoso – Alejandro M. Banegas (Comps.), ISBN 978-987-655-18-3, págs. 442-449.

EXTERNALIZACIÓN DEL LENGUAJE IMPERIALISTA EN MARTÍNEZ ESTRADA

Claudio Gallegos
Universidad Nacional del Sur - CONICET

Palabras previas

Ezequiel Martínez Estrada conoce Cuba a meses de la revolución. Su experiencia es de primera mano. Vive allí casi dos años. Tiene a cargo un área de estudios latinoamericanos de Casa de las Américas e investiga la vida y la obra de José Martí. Se interesa por la poesía de Nicolás Guillén y escribe epígrafes para las viñetas de Siné en *El verdadero cuento del Tío Sam*[1]. Esos gestos le valieron el desdén de la intelectualidad argentina.

Como contrapeso fue elegido miembro de la Academia de Historia de La Habana. En *Mi experiencia cubana* testimonia su adhesión a aquel pueblo. Una frase de Fidel Castro abre el libro: «Cubano no es el que nació aquí; cubano es el que ama y defiende a este país». También eso lo hermanaba

con el Che, con quien se profesaban mutuo respeto. Haydeé Santamaría dijo que «ha sido a dos argentinos a quienes he oído hablar con más pasión, con más identificación, de José Martí: uno es don Ezequiel, el otro, Che».

Martínez Estrada, pensador de los destierros, había encontrado en Cuba una suerte de patria utópica y con sus eruditas investigaciones sobre Martí acompañó la fundición de la tradición nacional.

En febrero de 1953 es editado en la Habana el texto referenciado con anterioridad, ilustrado por el dibujante Siné, titulado *El verdadero cuento del Tío Sam*. El mismo apela al género infantil unido a la caricatura para desarrollar la temática del imperialismo de los Estados Unidos sobre NuestrAmérica.

Es objeto de este breve trabajo clarificar, por un lado la necesidad de la construcción del héroe como hito fundante de las naciones de NuestrAmérica, y por otro lado la creación del antihéroe, satirizada en la fuente mencionada en la figura del Tío Sam, como elemento deslegitimador de la otredad que plantea la consolidación de los vínculos identitarios nacionales con miras hacia el continente.

Sobre la construcción de los Héroes

El tránsito de lo que se conoce como Antiguo Régimen a la modernidad, también caracterizado como el momento de conformación de los estados–naciones, descolonización, etc., representa el contexto de surgimiento de los héroes de nuestrAmérica. Más precisamente representa un período temporal que se extiende desde la Independencia de las Trece Colonias en Norteamérica, las guerras contra la República de Francia, las guerras napoleónicas y las destinadas a lograr la independencia en Hispanoamérica. Héroe y nación, un ideal casi romántico que entrecruza imágenes y realidades, mitos e historias, etc.

En dicha construcción, tanto el poder estatal como el local juegan un rol protagónico, representan un rasgo esencial en lo que respecta a la idealización de las cualidades y acciones de las personalidades destinadas a proyectarse en héroes. Personajes absorbidos por las recientes naciones que

de alguna manera las legitiman en sí mismas, ejemplos nacionales a imitar por el resto de los ciudadanos. En otras palabras, la creación de los mismos se vincula con la necesaria aparición de referentes de identidad colectivos que colaboren en la conformación de los estados a fin de unificar la diversidad característica de NuetrAmérica (Chust, Martínez, 2003: 51-70).

Surgidos desde la guerra como núcleo común, los libertadores americanos preceden a los reyes, príncipes y monarcas, tomando como referente crucial sus victorias o sus derrotas en los enfrentamientos bélicos frente al poder español. De esta manera, cristaliza un panteón de héroes que adquiere el rango de referente homogeneizador que desde el siglo XIX eclosiona en un mito fundador rescatado desde la historiografía del siglo pasado.

San Martín y Bolívar emergen como héroes indiscutidos, como padres de la patria, como referentes esenciales de un panteón de héroes incuestionable por gran parte de la historia.

También es necesario reconocer que este hecho no plantea una arbitrariedad casi romántica. Hubo necesidades reales de cortar con el nexo colonial. Y por ello se llegó a la confección en primer término del *padre de la patria* antes que de la patria misma, porque sería él quien la fundase a través de su gesta independentista, por lo cual su paternidad no podría ser consultada. Así, las críticas a los «padres de la patria» casi ni existirían (Gallegos, 2010: 8).

Para el caso de Estados Unidos, la construcción del arquetipo del *Tío Sam* como emblema nacional y signo del país del norte, tanto en la esfera interna y externa, representa un ideal a seguir que se encuentra en franca oposición a la idea de héroe anteriormente detallada. El rescate siempre oportuno de dicha figura sirve, en este caso, para busca personificar a la potencia a deslegitimar, facilitando el desmantelamiento del accionar del imperio sobre nuestrAmérica.

El imperialismo en la figura del Tío Sam

Si bien es luego de la Guerra de Secesión cuando la figura del Tío Sam comienza a tomar una considerable importancia, es menester destacar que dicha representación surge en la ciudad en Nueva York, creada por u grupo de soldados acuartelados en medio de la guerra de 1812. Supuestamente la inspiración está basada en la figura del proveedor de carne del ejército estadounidense Samuel Wilson. La imagen más difundida del *Tio Sam* fue creada por el dibujante James Montgomery Flagg y habría aparecido por primera vez en la portada de la Revista *Leslie`s weekly* el 6 de abril de 1916.

El Tío Sam aparece en reiteradas oportunidades en la prensa mundial, en lo que respecta al conflicto desatado en Cuba hacia 1898. En este caso, varios medios gráficos apelan al personaje desde una mirada negativa, como opresor, avaro y codicioso, hambriento de territorios.

Luego de la guerra de 1898 y su utilización propagandística durante las dos guerras mundiales catapultará al arquetipo del *Tio Sam* a la fama mundial y lo elevarán a la categoría de símbolo nacional (Gallegos y Pretti, 2010: 5).

Ver al Tío Sam como el anti-héroe, como la figura del imperialismo estadounidense tiene como base el uso de algunas características de la sociedad norteamericana y determinados mitos de la Historia Oficial del país del Norte: los padres peregrinos, el pueblo elegido o los campeones de la democracia y la Doctrina Monroe.

En lo que respecta a los padres peregrinos podemos leer[2]:

> Hace muchos años, los padres peregrinos llegaron al Norte de América con la Biblia en una mano y el fusil en la otra, para predicar a los indios la excelencia de la república para arrasar con los demonios y las brujas y para fundar el Paraíso Terrenal (Martinez Estrada, 20)[3].

La vinculación de evangelización con conquista es permanente en las primeras hojas del texto. Otra de las ideas vectoras de la identidad yankee que es atacada es, como dijimos, la de «pueblo elegido o campeones de la democracia»:

> Consiguieron que Jehová celebrara con ellos un Contrato Social por el cual el pueblo elegido reinaría sobre los pueblos bárbaros, los herejes, los negros, los irlandeses, los blancos pobres, los indios y los latinoamericanos (Martinez Estrada, 22)[4].

Y también hace alusión a la política exterior estadounidense encarnada en la Doctrina Monroe, signada como la principal base teórico-ideológica de la política imperialista de Estados Unidos:

> El presidente Monroe tuvo la genial ocurrencia de impedir que las potencias europeas siguieran ocupando tierras y esclavizando infelices en América: «América para los americanos», dijo, y comenzó la americanización del continente (Martinez Estrada, 34).

Y continúa:

> Desde entonces (1823), los negocios internacionales, la piratería, la Trata, el comercio con frutos tropicales, el azúcar, el cacao, el petróleo, la diplomacia y la política económica estuvieron a cargo del Departamento de Estado, que tiene muchas filiales como la Standard Oil, la United Fruit Compny, etc. (Martinez Estrada, 36).

La fuente trabajada también repara en la importancia de la utilización del dinero como arma de dominación en la búsqueda para saciar su «hambre» de materias primas desde los países periféricos (Gallegos y Pretti, 2010: 7)

> Además encontró en una tribu de pieles rojas un talismán que los salvajes llamaban *dollar* y adoraban como diosa propicia de la fertilidad y la discordia. Posee virtudes mágicas: opera a distancia, transmuta los metales, ablanda las piedras, endurece las entrañas, abre todas las puertas y las claraboyas, corrompe los poderes públicos, vence ejércitos, rompe huelgas, hace liga con cualquier materia y no tienen olor (Martinez Estrada, 52).

En este sentido, el anti–héroe se relaciona, entonces, con las necesidades materiales, con la instrumentación de diversos medios para poder abastecerse. Así apela a las relaciones internacionales, a la diplomacia, a la intervención directa por medio de las armas. Martínez Estrada y Siné los asemejan a los encantadores de serpientes (Martinez Estrada, 58).

Los responsables del texto y los dibujos culminan diciendo:

> Al oír la voz, el Tío Sam la reconoció y convocó a un Pentágono Internacional para defensa de la democracia. Reunidos los sobrinos [...] después de examinar concienzudamente al paciente diagnosticó: acromegalia, gigantismo infantil, decrepitud precoz y numerosos trastornos derivada de un superdesarrollo rápido e incontrolado; [...] el cardiograma demostró que el corazón había dejado de latir en el año 1865.

Palabras finales

Ezequiel Martínez Estrada deja plasmada sus ideas sobre el imperialismo estadounidense de manera clara en la fuente trabajada. Su estadía en Cuba colaboró indiscutidamente en la construcción de sus pensamientos al respecto.

La obra insiste en marcar la figura del Tío Sam como la representación gráfica de todo lo concerniente al imperialismo del país del norte. Y para los autores la valoración de esa identidad es totalmente negativa, remite a lo más nefasto de la política mundial. Y es por eso que las caricaturas están plagadas de sátira, para poder decir desde el humor verdades trágicas.

El Tío Sam es elevado a la categoría de anti-héroe, en contraposición a los héroes propios de NuestrAmérica, que forjaron las independencias y se convirtieron en los Padres Fundadores de las nacientes naciones. La relación héroe/anti–héroe es funcional a una trama histórica ideológica que, si es abordada desde otra perspectiva revierte el binomio y el héroe connota en antihéroe. Precisamente la resignificación que el ensayista argentino y el dibujante francés provocan sobre el icono del *Tío Sam* lo desplazan de su lugar de modelo nacional para ubicarlo en el rol de antihéroe, desde donde

sus valores se convierten en anti-valores desarticulando los basamentos fundamentales de la historia (Gallegos y Pretti, 2010: 8).

Bibliografía

Brown, Gillian y Yule, George. *Análisis del discurso*. Madrid: Visor, 1993.

Chust, Manuel y Mínguez, Víctor (Eds.). *La construcción del héroe en España y México*. Valencia: PUV, 2003.

Colom González, Francisco. *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. vol. 2, Madrid: Iberoamericana, 2005, págs. 663-677.

Gallegos, Claudio. *Antonio Maceo y Máximo Gómez en la encrucijada libertaria. Aproximaciones a la idea del héroe desde el semanario «Cuba Libre»*. España: Editorial Académica Española, 2011.

Gallegos, Claudio y Pretti, Javier. «Otro Calibán: De los héroes nacionales al arquetipo del Tío Sam». *Boletín de Historia FEPAI*, n.° 14, 2010.

Naranjo, Consuelo; Puig-Samper, Miguel Ángel y Mora, Luis Miguel (Eds.). *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*. Madrid: Doce Calles, 1996.

Naranjo, Consuelo; Puig-Samper, Miguel Ángel y Mora, Luis Miguel (Eds.). «Blanco sobre negro. Debates en torno a la identidad en Cuba (1898-1920)». En Colom González, Francisco. *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. vol. 2, Madrid: Iberoamericana, 2005, págs. 849–868.

Rodríguez, Adriana *et al*. «El *98 cubano* como disparador de opinión en Argentina: posturas anti norteamericanas». *Anales del IV encuentro del Corredor de las ideas: Pensar la mundialización desde el Sur*, TII, Unesco-Mercosur, 2002, págs. 179-189.

NOTAS

1 Escrito por Ezequiel Martínez Estrada con ilustraciones del dibujante francés Siné y editado por primera vez por La Casa de Las Américas en La Habana, Cuba, en febrero de 1953. Esta primera edición trilingue (español, inglés y francés) fue prologada por el novelista y diplomático cubano Lisandro Otero.

2 Los colonos arribados a tierras de Virginia a bordo del Mayflower en 1620.

3 La ilustración que acompaña a este fragmento representa a un misionero armado crucificando a un aborigen y al pie de la cruz hay una biblia y un mosquete.

4 La ilustración representa a un sacerdote encaramado sobre una montaña de cuerpos humanos estrechando la mano de Dios.